

Eridano

Suplemento Nº 25 de Alfa Eridiani



CRÓNICAS DE LA TIERRA MESTIZA

Javier Cosnava



ISSN: 1696-6538

CRÓNICAS DE LA TIERRA MESTIZA
Javier Cosnava

CRÓNICAS DE LA TIERRA MESTIZA

Javier Cosnava

Edita: Asociación Alfa Eridiani.

Comité de Redacción: José Joaquín Ramos, Graciela I. Lorenzo, J. A. Menéndez, Daniel Yagolkowski, Adriana Alarco de Zadra, Sergio Bayona y J. Javier Arnau.

Ilustrador de portada: Sergio de Amores.

Conversión a epub y mobi: Luis Dawson.

Infografía portada: Sergio Bayona.

ÍNDICE:

PRÓLOGO:

EL ESTANQUE..... 5

PRIMERA PARTE:

LA SEÑORA DEL CIELO 33

CAPÍTULO 1: ARREGLOS FLORALES 34

CAPÍTULO 2: FRUTALES..... 57

CAPÍTULO 3: ESTANQUE Y PLANTAS
DE RIBERA 82

SEGUNDA PARTE:

EL GUARDIÁN DE NUESTROS HIJOS . 122

CAPÍTULO 4: TREPADORAS..... 123

CAPÍTULO 5: ARBUSTOS Y MALAS HIER-
BAS..... 158

CAPÍTULO 6: JARDÍN BULBOSO. MACI-
ZOS..... 200

TERCERA PARTE:

UNA REINA-REY 237

CAPÍTULO 7: HUERTO. ÁRBOLES DE
NLÒPLAL AMARILLO..... 238

CAPÍTULO 8: TERRAZA Y PLANTAS DE
INTERIOR 291

EPÍLOGO:

IRTA TERMINA NUESTRA HISTORIA. 334

DRAMATIS PERSONAE 348

Subido a la red el 25 de mayo de 2015

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en ALFA ERIDIANI para difundirla por Internet. No obstante, los derechos sobre el conjunto de número y su logo son © de la Asociación Alfa Eridiani.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número.

No obstante, se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto de la obra que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ZONA DE DESCARGA: <http://www.alfaeridiani.es>

E-MAIL DE CONTACTO: alfaeridiani@gmail.com

FACEBOOK: <http://www.facebook.com/pages/Alfa-Eridiani/226578536318>.



PRÓLOGO: EL ESTANQUE

146 d.A. (146 después de Akhenaton)

He venido a tomar posesión de mi trono,
a que se reconozca mi dignidad,
pues todo esto era mío antes
de que existierais vosotros, los dioses;
así pues, bajad y colcaos detrás de mí,
porque yo soy un mago.

Texto de los sarcófagos



Crónicas de la Tierra Mestiza.

0

La Reina-madre Constelación era la última de los Primeros, de aquellos que fueron llevados desde su planeta de origen hasta la Tierra Mestiza.

Cuarenta mil humanos y quince mil Loo habían despertado un día en las arenas de un nuevo mundo aún por descubrir. De eso hacía casi ciento cincuenta años. Toda una eternidad durante la cual se habían gestado odios, envidias, intrigas, asesinatos y, por fin, devastadoras guerras, heredadas como una plaga de generación en generación. Los que más sufrieron fueron las mujeres y los niños, que murieron diezmados en los primeros años del conflicto. Al fin, al oeste, al borde del Desierto Occidental, se habían asentado los Puros, un pequeño grupo de humanos supervivientes. Al sur, buena parte del pueblo Loo, los más belicosos e irreductibles, amantes de las antiguas tradiciones. En el centro y el norte estaban los mestizos, machos humanos y hermafroditas Loo unidos en un principio para paliar la falta de hembras en un mundo sin diversidad genética, para finalmente convertirse en una nueva raza destinada a gobernarles elevándose por encima de los prejuicios y las disputas.

Pero la guerra nunca había cesado. Cada año morían los mejores de cada grupo, y sobre el futuro de un nuevo mundo planeaba el fantasma de la destrucción. Constelación lo sabía mejor que nadie. Su primogénito y Rey, Rameses, acababa de perder en la última batalla de un conflicto que no terminaría jamás a menos que encontrase la manera de poner freno al destino que les acechaba.

El destino. La vieja Reina lo sabía todo acerca de las negras y tortuosas simas que rodeaban la montaña del destino; recordaba cada bifurcación, cada oportunidad perdida, cada celada que sus enemigos habían orquestado para destruirla. Lo recordaba todo, sí..., y buena parte había elegido olvidarlo. Había olvidado que ellos, la clase dirigente Loo, habían llegado a la Tierra Mestiza antes que ninguno de los otros Primeros. Con sus propios ojos había visto a los seres que les habían traído hasta allí. Les miraron y entonaron telepáticamente: *Tenéis otra oportunidad*. Y luego hablaron de los árboles de Nlòplal amarillo. Aún sentía arcadas cuando en sueños volvía a entrever aquellos cuerpos nudosos, sangrantes, cubiertos de úlceras y tumores que supuraban un humor negro hasta el suelo. Eran una raza moribunda que, en último esfuerzo, había salvado a otros por no poder salvarse a sí mismos. Así, al menos, lo entendió Constelación. Ninguno de los otros Loo de la casta dirigente volvieron a referirse a aquel breve encuentro con los Moribundos y pronto se convirtió en un tabú cuya violación se castigaba con la muerte.

Pero nunca nadie lo había violado y, ahora, solo ella sabía la verdad.

Los humanos y el resto de Loo llegaron a la mañana siguiente; pronto, la rueda del destino comenzó a girar, lenta o rápida, directa o sinuosa, pero siempre camino



Crónicas de la Tierra Mestiza.

de este presente donde ella, una alienígena, se había convertido en la Reina y regente del destino de casi medio millón de almas mestizas. Constelación esbozó una sonrisa de afilados dientes, y sus pequeños ojos, sin párpados, brillaron a la luz del sol. Estaba desnuda, en un balcón del Doble Palacio donde residía. Sus súbditos lo llamaban Balcón de las Apariciones, pues desde él se dirigía al pueblo durante las festividades más solemnes. Se asomó y, desde la balaustrada, pudo ver a los robots porteadores llevando en parihuelas a sus dos hijos, que regresaban de su viaje nupcial. Solo era uno de los muchos sacrificios que habían tenido que hacer con los humanos. Constelación, en realidad, no apreciaba esa obsesión por la corrupción de la sangre real que tanto preocupaba a algunos de sus súbditos y hubiese preferido que sus hijos no se casasen entre ellos, pero era una costumbre arraigada en aquel pueblo llamado –ah, ¿cómo le habían explicado que se denominaban a sí mismos antes de llegar a la Tierra Mestiza?– *Kemit*, egipcios, eso era.

Los humanos provenían de una ciudad llamada Horizonte de Atón. Un lugar que, de la noche a la mañana, se había convertido en una ciudad fantasma después de que sus cuarenta mil moradores fueran arrancados de su planeta y transportados hasta allí. Por desgracia, su líder, Akhenaton, había muerto durante el tránsito. Se rumoreaba que solo él, al igual que la casta dirigente de los Loo, estuvo en contacto con los seres que les habían dado aquella segunda oportunidad. *Ojalá hubiera podido conocerlo*, pensó la Reina-madre. Ella sabía mucho más que nadie de aquella abducción; siempre estuvo segura que Akhenaton planificó, junto a los Moribundos, el nacimiento de la Tierra Mestiza. No en vano aquel planeta había sido terraformado a imagen y semejanza de Egipto, y no de la patria de los Loo, el planeta Biwoses, cuyas ciudades-estanque, verdaderos viveros semisubterráneos, habían sido homenajeados con la construcción de más de un centenar de pequeños lagos artificiales, estratégicamente ubicados a lo largo de aquel planeta. Solo ese gesto habían tenido sus salvadores hacia ellos, y así, cada mañana se zambullían en aquellos estanques como homenaje a su mundo de origen, dando gracias por haber sobrevivido. De hecho, los Loo se llamaban a sí mismos Biwoses, *los que existen*, o, más exactamente, *los que subsisten*.

—Perdone, Majestad.

Reconoció la voz al instante. El Superintendente de los Calabozos estaba postrado a sus pies. Un tipo enjuto, con la cara picada, al que le aterrorizaba tanto su cargo como el haber de enfrentarse a una soberana de casi dos metros de piel carmesí, escamosa y nervuda. Constelación corrió a buscar una túnica, cuya forma imitaba el caparazón de una tortuga, y se vistió por la cabeza. Su gesto no pretendía disimular la contrariedad que sentía por que aquel idiota osase interrumpirla en un momento privado de reflexión.

—¿Qué sucede ahora? —ladró, con los ojos vidriosos de ira.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Siptah, se ha quitado la vida, mi Señora —tartamudeó el sirviente, y desenrolló para ella un RLV.

—¿Suicidio, dices? —Constelación acercó una falange carnosa a la pantalla del rollo de lectura virtual y este se encendió. Leyó unas líneas y lo dejó de lado—. Sabes que odio estos trastos —objetó, mirando de soslayo a su sirviente.

—Pero lo que hay escrito es muy importante, señora. Le ruego que prosiga la lectura, o que lo escuche al menos. ¡Es la confesión que hizo el mago antes de suicidarse!

La magia, sí, otra de esas terribles costumbres humanas primitivas, pensó la Reina. A los Loo no les fue fácil entender el pensamiento mágico que atesoraban los egipcios. Ellos eran un pueblo tecnológico, de convicciones dualistas, creyentes de que el bien y el mal eran fuerzas antagónicas pero igual de poderosas, padre y madre de su civilización. Muy pronto, los credos de ambos pueblos chocaron de forma trágica. A Constelación le constaba que algunas de las guerras se habían iniciado por la intolerancia. Pero ella había conseguido reunir en un solo pueblo dos razas, así que no se amilanó ante el reto de fusionar magia y religión con ciencia y filosofía. Ahora, los Loo estaban integrados en el complejo culto pagano de los egipcios y asistían a todos sus estúpidos rituales. A cambio, la magia, mucho más peligrosa, en tanto adversario directo de la ciencia, se había ido debilitando lentamente bajo su regencia. No estaba prohibida, pero ya no gozaba del prestigio de antaño. En realidad, agonizaba. Solo quedaba un único mago vivo en toda la Tierra Mestiza, y acababa de morir por su propia mano.

—Mi hija, Nube, se apenará mucho cuando lo sepa —dijo Constelación, sabedora del profundo afecto que se profesaban.

Y entonces sus pensamientos volaron de nuevo de la balaustrada a los jardines, por donde avanzaba el cortejo real. Tuvo miedo por el niño-Rey y la Reina-consorte. Pronto, en un par de años, abdicaría sobre el joven Tutmose y dejaría de ser Reina-regente. Era una anciana, y sus fuerzas comenzaban a flaquear. Aunque llevaba diciendo eso mismo hacía décadas.

¿Qué sería de la Tierra Mestiza cuando ella faltase?

Suspiró. Las leyes ancestrales de los egipcios le impedían abdicar sobre su hija, que había nacido más Loo que humana, como todas las hembras desde que descubrieron que podían procrear con una especie que no era la suya. Ahora ya no había propiamente humanos ni Loo, ya no había hermafroditas como la vieja y cansada Constelación: solo machos vagamente humanos y hembras vagamente Loo; en una palabra: mestizos. Ese era el trágico destino de la nueva especie; que las mujeres, mucho mejores y más sabias, mucho más prudentes y versátiles, estuvieran a las órdenes de unos machos obcecados, belicosos, egoístas, pedantes, superficiales, zafios e ignorantes.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Pero eso no explicaba el misterio original de cómo era posible que pudiesen tener descendencia con unos seres cuya biología en apariencia no tenía nada en común. Al poco de su llegada a aquel nuevo mundo, Constelación había destinado a los más capaces de cada generación a un pequeño feudo privado llamado el Dominio de las Esposas del Dios. Simulando que entre sus muros rendían pleitesía a Amón, una de las principales deidades de los humanos, en realidad estudiaban los genes de ambas especies intentando descifrar un misterio de momento insondable. La SoGen, o Sociedad Genética, dirigía las investigaciones, y Constelación estaba segura que, muy pronto, conseguirían resultados, y el secreto de aquella absurda interprocreación sería desvelado. Entonces, quién sabe, acaso podrían librarse del yugo de los malditos machos humanos de una vez y para siempre.

Ah, Constelación, pese a ser la madre de una nueva especie, detestaba en secreto a la mitad de esa especie.

Y eso solo podía ser signo de que su tiempo tocaba irremediablemente a su fin.

1

La línea del horizonte parecía inmóvil, preñada de lapislázulis que colgaban en el sólido esmalte de la losa de los cielos. Subidos a su podio bamboleante, el Rey y la Reina contemplaron por un instante al halcón, al milano y al buitre, aparecidos de la nada, suspendidos del azul interminable casi como en un sueño, sin batir apenas sus alas otrora poderosas, rindiendo acaso un tributo inconsciente a aquellos que habrían de soportar sobre sus hombros el peso del gobierno de la nación más grande de la Tierra Mestiza, el Doble País en el que coexistían como una sola raza humanos y Loo. El niño-Rey Tutmose se echó a reír, como si no diera crédito a sus ojos, y Nube, su hermana y esposa, le miró con dureza. Un hombre sensato nunca despreciaría un signo de los dioses como aquel, significase lo que significase. Pero Tutmose no era un hombre, sino un muchacho impúber, ese era el primer problema con el que todos se enfrentaban, acaso la causa de la ira o la desazón de los dioses.

—Creía que vosotras, las Loo, no teníais demasiado aprecio por las viejas creencias egipcias —dijo el niño, adivinando la reprobación en su gesto.

—Hemos aprendido a respetar esas «viejas creencias», hermano. Tú deberías hacer lo mismo y no llamarnos a las mujeres «las Loo», como si no fuéramos la misma especie. Ahora ambos somos mestizos; ya no hay humanos ni Loo entre nosotros, salvo nuestra madre, claro. Ella es la última de los Primeros.

—Vaya, perdóname —rio el niño Tutmose—, se me había olvidado que soy de color rojo, nací cubierto de escamas y con cola, y que... ¡Espera! Yo no tengo nada de eso, ¡eres tú la que nació con el estigma de tu sangre Loo!



Crónicas de la Tierra Mestiza.

La muchacha soltó un bufido e hizo una seña a los robots porteadores, que parecieron aliviados de que les permitieran librarse de su preciosa carga y bajaron el baldaquino hasta el suelo en medio de profundas reverencias y piafar de relés y circuitos electrónicos. Precipitadamente, la pareja real abandonó la silla de manos y penetró en el Doble Palacio de Ity-tawy, seguida de un nutrido grupo de escoltas. Solo entonces repararon en los gritos, en que algunos sirvientes se mesaban los cabellos y que una atmósfera luctuosa se desprendía de los muros, se escurría entre las angosturas, se intuía en las miradas, se percibía en los gestos y sobre todo en el silencio cómplice de los que les rodeaban. Nube maldijo para sus adentros: alguna cosa terrible había sucedido en su ausencia.

A través de sinuosos corredores, interminables pasillos, entre susurros, ruegos y voces entrecortadas que vienen y van pero nunca desaparecen, Nube consiguió discernir una frase, un rumor que podía ser tan verdad como cualquier otro cuchicheo de la servidumbre, un rumor que ella supo cierto tan pronto alcanzó sus oídos:

—¡Siptah está agonizando!

El niño Tutmose, que estaba como siempre haciendo a los criados mohines y burla, detuvo su última mueca, de lengua colgante y carrillos tumefactos, fascinado con los mismos murmullos que a ella muy pronto la cubrieron de ansiedad.

¡Él estaba detrás de las muertes del estanque!

¡El Tribunal de la Regente le condenó!

¡Ha sido el viejo mago!

¡Siptah! ¿Es posible? Hoy se ha sabido.

Los Nlòplales de flores amarillas...

De pronto, el niño Tutmose soltó una carcajada y le estiró del vestido para reclamar su atención. Sus palabras fueron crueles, como era de esperar de un mocoso criado para gobernar sobre todos los mortales:

—El viejo loco se ha vuelto definitivamente loco, hermanita, esposa mía.

El niño-Rey, perdido en una falsa expresión beatífica, le miraba ahora perverso temblar ante la noticia de la desgracia acaecida al anciano maestro, al último de los hombres mágicos de la Tierra Mestiza.

—Cállate, Tutmose, esposo mío. Tú no sabes nada de Siptah. Es uno de los principales del Doble País. O lo fue, al menos. Y precisamente por ello le debemos aún mayor respeto.

—Yo no le debo respeto a nadie porque pronto seré Rey —dijo entonces Tutmose, echando hacia atrás la trenza infantil que le caía sobre la frente— y gobernaré la Tierra Mestiza como lo hizo mi hermano y como antes de él lo hizo mi padre, y antes el padre de su padre, y antes todavía el padre del padre de su padre, y antes...



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Nube dejó que el muchacho se alejase pasillo abajo camino de los jardines y sus violentos juegos en el Patio de Ejercicios, desgranando el linaje de unos antepasados cuyo nombre acaso había olvidado, pero que habían vivido por la espada, matado y muerto por ella, y que un día seguramente el propio Tutmose se vería obligado a emular. La princesa no envidiaba su destino. Acaso lamentaba que su propio destino estuviese ligado a aquellos machos humanos sedientos de sangre que terminarían destruyéndoles a todos.

Y Siptah, el poderoso taumaturgo, solo había tratado de luchar contra la decadencia de su país, su empobrecimiento y su extinción, mas se equivocó de bando y acabó amparando a aquellos que había jurado combatir.

—Pobre viejo gruñón.

Encontró a la Reina-madre Constelación unos corredores más allá, en el Balcón de las Apariciones, contemplando a la figura del Superintendente de los Calabozos que, postrado de hinojos ante su Señora, balbuceaba alguna cosa que Nube no pudo entender. Disimuladamente, un RLV cambió de manos y la Reina-madre lo sopesó un instante con aire circunspecto.

—¿Siptah? —dijo la joven, tratando de adivinar la verdad que se ocultaba tras los gestos velados del cortesano y la Gran Dama.

La Reina-madre se volvió para mirarla. Sus ojos le revelaron todo aquello que las palabras no hubieran podido decirle.

—El mago enloqueció luego que te desposases con tu hermano Tutmose. No quise causarte ningún desvelo durante vuestro viaje nupcial. Intuía que ya te resultaba lo bastante desagradable como para alarmarte con noticias de esta índole.

—Debiste hacerlo, en cualquier caso.

—Era algo demasiado terrible, hija mía.

Nube negó con la cabeza. No, nada era lo bastante terrible. Ella amaba a su pobre viejo gruñón. No importaba lo que hubiese hecho. Ella le perdonaría.

—Lo que haya hecho es cosa del pasado. Quiero hablar con él y...

—Siptah ha muerto, Nube. Se quitó la vida esta mañana. Nada pudimos hacer para salvarle.

El silencio, en adelante, fue la única respuesta de la muchacha. Bajó la cabeza y trató de luchar contra las lágrimas que acudían a sus ojos.

—Dejó un rollo de lectura virtual con sus anotaciones durante su estancia en los calabozos; se trata de una confesión —añadió Constelación—. ¿Quieres oírlo?

Pero el silencio era lo único que era capaz de interpretar Nube. Y en silencio aguardó hasta que su madre, luego de desenrollar el artefacto, pulsó suavemente en la pantalla y esta comenzó a hablar.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

2

El cautivo, Siptah, Amigo Único del Rey Tao, antiguo Sacerdote-horóscopo del todopoderoso Amón, merece ser desollado por mil demonios, decapitado, que se abran en su pecho un sinfín de heridas propiciadas por el cuchillo de Seth. En el otro mundo, caminará boca abajo, con aquellos que fueron abandonados a las sombras y, luego de su muerte, ya no será más Siptah, sus títulos se olvidarán y con ellos su dignidad y sus méritos. En adelante solo podrá hablarse de él con su nombre tenebroso: el Devorador del Doble Palacio de Ity-tawy.

Porque el cautivo, a ojos del Alto Tribunal de la Regente, no es más que un asesino.

Tal vez la Reina-madre Constelación esté en lo cierto y, creyendo servir a la luz, serví al mundo de la oscuridad y el desorden. Pero no puedo negar lo que vi, no puedo negar lo que hice, y que cada acto, cada decisión, cada pensamiento, hasta el más simple, lo exhalara mi corazón desde su ideal de Armonía.

Así pues, ¿soy un asesino?

Me enseñaron desde joven a preservar la vida y, por ende, a todo aquello que existe. La magia que hay en mí era poderosa, nadie como yo entonaba las Palabras de Poder: el Cofre del Conocimiento se abrió colmado ante mis ojos; ¡eran tan sabrosos, tan fértiles sus tesoros! ¿Y todo lo utilicé para obrar mal, para dar pábulo a las fuerzas de la negrura y el caos?

No, me resisto a creerlo.

Yo, Siptah, me acostaba en un manto de rosas, revivía en mi carne la pasión de Osiris, y en mis visiones el Ahogado me prometía todos los placeres del Bello Occidente, recorriendo caminos de agua, a la cabeza del séquito de Thot, convertido en fulgor eterno. ¿Podría, un hombre impuro, malvado, merecer tales honores?

Todo es mentira. Debe serlo.

Aunque mi carne se abraza y mi nombre sea maldito por siempre, aunque se me impida reunir los pedazos de mi ser y no alcance el estado luminoso y de gracia que espera a los justos, aunque me vea convertido en un aparecido, un espectro errante de la noche..., no sucumbiré y todos podrán oír mi grito elevándose desgarrador desde el lugar de los muertos:

¡Siptah no es un asesino!

Y, sin embargo, hace solo unos días, dicen que di muerte a ocho hombres. ¡Ocho! Parece un número escandaloso, casi obsceno. Sus cuerpos flotan en mis recuerdos como en el estanque de los Nlòplales, donde terminó su viaje. Todos los ojos me miraban entonces y ninguno se atrevería a hacerlo ahora, tal es la magnitud de mis faltas.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Privado de un guía para el más allá, de mis amuletos, un sudario, siquiera una morada de adobe donde cobijar mi cuerpo mortal, de todas las cosas que un hombre necesita en su lucha por alcanzar a salvo la otra orilla, haré de la verdad mi cayado, que las palabras de Dios me sostengan, para que el Ahogado y sus cuarenta y dos Asesores, llegado el momento, juzguen mis actos en pleno conocimiento de ella.

Erramos al pensar que las cosas son de una sola manera. Deliciosas fueron una vez, hace ya tanto tiempo, grises las más de las veces, negras también como el olvido; resplandecientes se tornan en medio de este último anochecer, y en su reflejo veo lacerantes destellos del pasado, que nunca sucedió, y del futuro que, sin mi sacrificio, nunca sería.

El mal que habita en mí debe ser terrible, si soy capaz en esta hora de entrever tantas cosas que no sabría por dónde empezar a explicaros y que siempre habían permanecido ocultas.

Si el mal no habita en vosotros, no sabréis comprenderme.

Y Siptah será olvidado, después de todo.

3

Es hermoso recordar que una vez fuimos algo más que un criminal confeso apoyado contra un muro de simbio-piedra, en un rincón de una celda oscura, esperando la muerte.

Es reconfortante saber que, llegado ese momento, podemos recordar las cosas como queramos y ser mejores, de tez más blanca y brazos más fuertes o más dignos de honores –loados por unos y por otros, dioses y hombres–. Pero para mí no es necesario el engaño, las bravatas y la falsa presunción. Porque yo, una vez, fui Siptah.

Sí. Me sentaba a la diestra de Tao, el Horus Viviente, y bebía de su copa. Yo era como un hermano para el primer Rey de la Tierra Mestiza. No había persona más reconocida en el Doble País, nadie que el Rey amase tanto ni fuese tan hondamente correspondido. Nadie como Siptah.

A mis estancias acudían nobles aquejados de un millón de males, cortesanos cuyos sueños soñaban se les interpretasen, sacerdotes inferiores que atesoraban mis predicciones de los días fastos y los nefastos, princesas que escondían su insatisfacción tras dolencias imaginadas, collares de nueve vueltas y pulseras hechas de caparazones y de pequeños esqueletos marinos. Todos temían a Siptah, todos lo reverenciaban, porque Siptah no era ya un hombre mágico, un hijo de la luz, sino el mismísimo Gran Padre, Re, Amón, Osiris redivivos. Él era Heka, la magia viva que da forma a todas las cosas. Siptah era como un Dios.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Como un Dios.

Pero el sabio Rey Tao murió en combate. Esos bárbaros solo-humanos, los Puros, golpearon su cabeza hasta que nadie fue capaz de reconocerlo más que por sus ropas doradas. Su cadáver fue arrastrado por el campo de batalla y colgado de un muro para que se pudiese a la vista de la soldadesca enemiga. «Mestizo», gritaba una muchedumbre extraviada, «maldito puerco mestizo». Entonces, el mundo soltó un quejido y se quebró, y por sus grietas escapó la luz de la vida. La Armonía estaba incompleta. Ya nada volvería a ser como antes.

El hijo del Gran Tao, Sequenenre, combatió con determinación a los Puros y también a los solo-Loo del sur, en los años siguientes. Siptah desfiló con él en no pocas ocasiones hasta que estuvo viejo y se le recluyó en el Doble Palacio como a una esposa o una concubina. Ya nadie venía a las estancias de Siptah a pedir limosnas de su conocimiento. ¡Ah, fueron días tristes para Siptah!

Todos pensaban que Siptah estaba ciego, que estaba sordo o medio tonto, que no entendía lo que estaba pasando. Las mujeres Loo, desde la sombra, estaban arrinconando la magia de nuestro mundo. Ellas querían que la ciencia gobernase a los hombres del mañana; pero, ¿acaso podemos vivir en paz si damos la espalda a la Armonía? Porque el equilibrio de nuestro pueblo reside en la Armonía y esta se asienta en la magia de los sabios como Siptah, los que conocen las palabras, los que dan forma al universo.

Un año después, el joven Rey Sequenenre murió en combate. Esos bárbaros solo-humanos, los Puros, golpearon su cabeza hasta que nadie fue capaz de reconocerlo más que por sus ropas doradas. Para entonces la Armonía era solo un recuerdo en el corazón de ancianos criados en otro tiempo. Gente como Siptah.

El hijo del joven Sequenenre, Rameses, aunque solo era un adolescente, se ciñó su casco azul y marchó a la batalla. Siptah ni siquiera llegó a conocerle. Cada vez más decrepito, cada vez más molesto, se le trasladó de estancias dos, tres, ¡cinco! veces, y cada vez más lejos del ala de los Reyes y los Amigos, a él, que había sido el primero de los Amigos durante tantos años. Al final, alguien decidió que el sitio más adecuado para Siptah era un cuartucho pequeño y maloliente, justo encima de las caballerizas.

Constreñido en tan diminuto espacio, rodeado del olor de los explosivos –ese nuevo y terrible invento–, del relincho de esos pobres equinos cubiertos de armaduras y artefactos electrónicos que esconden armas, bombas y submuniciones..., así habrían de pasar los últimos años del último de los magos de la Tierra Mestiza.

Y Siptah bajó la cabeza y acató su destino. Paseando por los jardines, esperaba que el olor perfumado del loto o de los lirios de agua despertaran para él escenas recién desvanecidas. La risa del Gran Tao, el murmullo envidioso de los notables cuando los dos paseaban a solas en la Barca del Rey... ¡Ah, pero hasta eso se lo habían quita-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

do! Ahora, el viejo estanque se hallaba dominado por un olor nauseabundo. Los Nlòplales se habían extendido como las malas hierbas, con esas flores como pequeñas ánforas del color de la llama; ese hedor como la quemadura, a carne chamuscada.

Siptah se alejó pensando que no hay más enemigo que el tiempo.

4

En el horizonte, los últimos rayos de sol desaparecían en destellos de gris y azul. Siptah se había echado ya en la cama. Tenía frío. Su cuartucho despedía aromas rancios a causa de las muchas humedades que cubrían las paredes. Se apoyó en el reposacabezas y llamó a su servidumbre para que le trajeran ropa de abrigo, pero todos habían desaparecido. Alargó la mano para prender la mecha de su lámpara. Entonces Siptah tuvo miedo. Supo que estaba solo y que a la vez, de alguna forma, no lo estaba. Pero su mano no tembló. Porque Siptah amaba la luz y odiaba las tinieblas. Prendió la mecha.

Pero la claridad no se hizo y una forma envuelta en un pálido halo de transparencias se apareció al viejo mago. El espectro dijo llamarse el Amigo del Alba.

—Habla conmigo en nombre de la verdad —dijo Siptah, repitiendo las antiguas fórmulas tal y como él mismo las enseñaba.

—La verdad, ¿qué significado tendrá ese signo en tu voz, hijo mío? Verdad, ¡verdad!, ¿verdad? Me espanta como suena, la forma casi casual en que cada sonido se une para formar esta palabra: verdad —Su voz se elevó hasta convertirse en un grito—. ¡Pero yo no tengo tiempo para la verdad! Y tiempo es todo lo que necesito.

Siptah se echó hacia atrás. No esperaba un arrebato de ira. En realidad estaba todavía demasiado sorprendido para esperar nada en absoluto.

—Yo te conmino, espectro de ultratumba, en nombre de la piel de Sobek... —entonó, tratando de ahuyentar al espectro siguiendo las antiguas fórmulas mágicas que había aprendido en la Casa de la Vida cuando era un muchacho.

—Cállate, mago. Ahórrame tu cháchara y tu jerigonza.

Había pronunciado mago casi en una sonrisa, como si fuese algo que invitase a reír, y Siptah supo que el Amigo del Alba no temía sus poderes; tal vez su propio poder fuera tan grande que Siptah, a su lado, no le pareciese más que un aprendiz, o tal vez no temiera nada porque no había venido a enfrentarle.

—No te atrevas a tocarme, espectro de la noche, porque yo soy el destroza-huesos, la fuerza de Anubis es mi fuerza, y en mi palma está escrito que...

De pronto, el Amigo del Alba empezó a temblar, el haz que formaba su ser se estiraba y contraía como una antorcha titilante, y toda la estancia retumbó en un poderoso



Crónicas de la Tierra Mestiza.

aullido que emanaba de su fantasmagórica garganta. Siptah se echó de nuevo hacia atrás y cayó de la cama con estrépito. Cuando se incorporó el espectro había terminado su metamorfosis. Ahora tenía el aspecto de un Horus Viviente, nuestra Majestad, Vida, Salud y Fuerza. Vestía falda corta plisada, delantal y una vaporosa camisa del mejor lino; en sus manos, el flagelo y el cetro Uas, y en su cabeza, la corona blanca y roja, símbolo de la unión entre los humanos y los Loo.

—¡Déjame! —gritó—. ¡Déjame, espectro!

—No, hijo mío, debo hablarte.

—¡No!

—No temas, por favor, confía en mí.

Poco a poco, se fue serenando. La noche había avanzado fulmínea en pocos instantes y en el cielo se adivinaban signos de un próximo amanecer. El poder de aquel ser debía, con toda certeza, alcanzar lo inalcanzable, si era capaz de rendir a su antojo el paso de Re, el sol, por los infiernos.

—La oscuridad se cierne sobre nuestro mundo. Solo tú puedes aplacar las fuerzas que se han desatado.

—Pero yo no soy nada a vuestro lado. ¿Qué podrá hacer Siptah donde el Amigo del Alba no alcanza?

—Cosas que solo puede hacer alguien a esta orilla de la vida.

Así pues, se trataba de un difunto, de un Rey, de un mago, eso ya no era importante, alguien que había vivido y no había cumplido con las apetencias de su Ka, y ahora vagaba sin descanso, incapaz de renacer ni de alcanzar el Bello Occidente ni de extinguirse. Las fórmulas mágicas habían fallado y su transición no había podido completarse. Pero su corazón, a la par que exponía este razonamiento, le inundaba con nuevas dudas. ¿Por qué no podía aceptar lo que veía?

Como Siptah permanecía en silencio, el Amigo del Alba tomó de nuevo la palabra:

—La Tierra Mestiza está sin Rey, hijo mío, una vez más.

—Está el joven Rameses, señor.

—El niño Rameses está herido de muerte. En estos momentos traen su cuerpo exánime a palacio.

Siptah sintió que la rabia crecía dentro de él.

—¡Ah, si yo tuviera aún fuerzas para combatir a esos Puros solo-humanos del demonio!

—Tu misión es aún superior. ¡Escucha! Tú mismo conoces ya las respuestas, pero no has mirado en tu interior, porque te cegaba la injusticia. El pueblo mestizo aban-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

donó a Siptah, y Siptah abandonó su tarea como guardián de la vida.

El mago trató de digerir las palabras como si fuesen un papiro médico de los que él mismo confeccionaba. Intentó discernir si algún críptico designio se escondía en ellas o en el gesto de su interlocutor. Se revolvió, receloso.

—¿Qué es lo que ya sé y no recuerdo? ¿Por qué es tan importante?

—Dime, ¿cuál el principio de todo?, ¿el primer conocimiento que no puede ser olvidado? Esto lo sabe hasta un escolar.

—Todo vive.

—¿También las paredes, la roca, las plantas, la tierra?

—Todo vive.

—¿Cual es el primer deber de un hijo de la luz, de un mago?

—Preservar la vida.

—¿Cuál es su principal arma?

—El conocimiento.

—¿Por qué?

—Da la libertad; sin libertad no hay vida.

—¿Y su error más grande?

—El olvido. Los hombres siempre olvidan, olvidan lo que es preciso recordar.

Siptah se removía inquieto. Otra vez el olvido, pero, ¿qué demonios había olvidado? El Amigo del Alba se frotaba las manos, ansioso. Detrás de él, Re comenzaba a levantarse. Los primeros rayos jugaban a luces y a sombras, correteando por el rostro del mago.

—La Tierra Mestiza está sumida en el dolor. La Armonía ha desaparecido, el caos ha tomado su lugar. ¿Cómo es esto posible? ¿Qué es la única cosa que puede atacar la Armonía, el equilibrio del Doble País que hemos creado en esta tierra extraña?

—La negatividad, las fuerzas de las tinieblas, el...

—¿Y cuál es su instrumento?

—La novedad, la rebeldía, el cambio, la diferencia.

—Bien, muy bien —el espectro parecía satisfecho. Pero tenía miedo. La luz del sol comenzaba a diluir su esencia y Siptah tuvo que acercarse para oír su voz.

—Señor, desaparecéis.

—No temas, mi tiempo era escaso, como ya te dije, pero nos hallamos en el buen camino.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Siptah asintió.

—Decídme más.

—Así pues, una novedad, un acto de rebeldía, un cambio, una diferencia en nuestro universo ha llevado a la muerte al Rey Tao, a Sequenenre y ahora a Rameses. Debe ser algo cercano, un acto de maldad, de magia negra y de sedición perpetrado aquí mismo, en el Doble Palacio, algo en apariencia inofensivo que ha hecho cambiar el equilibrio de las cosas en un lugar donde cualquier cambio es irreparable, porque de él participa todo el universo.

Siptah estuvo a punto de decir lo primero que le vino a la cabeza, pero no, era una estupidez.

—No digas nada ahora y trata de recordar lo que has pensado. Recuerda esta vez, Siptah.

—Lo haré.

—Y una última cuestión. Detectado el mal, el caos, la diferencia que quebró la Armonía, el destino se habrá cerrado. Es como si las Háthores hubieran dictaminado el aciago destino de un bebé. ¿Qué podrá vencer una conjura semejante?

Siptah respondió sin dudar.

—La magia doblegará a la magia.

—¿Por qué?

—El mago tiene el poder de restablecer la realidad como fue en un comienzo, la primera vez.

El Amigo del Alba apenas era ya visible en el despertar de Re. Sonreía. Parecía inmensamente cansado.

—Debo irme, Siptah. El resto está en tus manos.

—No os vayáis, aún no me revelasteis dónde está ese cambio que ha quebrado la Armonía.

—Tú ya lo sabes. Dijiste que lo recordarías.

—Pero es una cosa insignificante, señor, una...

—Justamente por eso nadie reparó en ello.

—Pero, mi señor...

El espectro se había ido. Siptah retuvo cada pregunta, cada respuesta, cada idea en su corazón tanto como le fue posible. Luego pensó en el mal, en el cambio, en obrar la diferencia, abandonar la tradición, en el caos... El caos a partir de algo tan miserable como aquello. Pero el Amigo del Alba había dejado poco margen para la duda: una única cosa que había cambiado en el Doble Palacio desde y durante la muerte de los



Crónicas de la Tierra Mestiza.

tres Reyes.

Se asomó presuroso al balcón. La luz del sol estallaba ahora magnífica cegándole los ojos. Deslumbrado, no pudo ver sino líneas borrosas de lo que su mirada estaba buscando. Aspiró hondo, y cuando el olor nauseabundo de los Nlòplales llegó hasta su nariz, su gesto se contrajo en una mueca.

5

Un babuino saludaba al sol naciente. Los chillidos del pequeño simio, que sin duda había escalado el muro sur de las caballerizas durante la noche, le acompañaron mientras regresaba al lecho. Los párpados le pesaban y, casi sin quererlo, descendió al mundo de los sueños. Allí Siptah se vio a sí mismo corriendo por un estrecho camino, huyendo de una prisión en cuyas cuatro esquinas había uno de aquellos feos mandriles. En su visión fue incapaz de recordar de qué lugar escapaba. Luego, durante días, fue incapaz de recordar lo que había soñado.

Siptah durmió hasta bien entrada la tarde. Al despertarse todos sabían ya de la agonía de su Majestad, el Dios Bueno Rameses, otra vez frenada su mano por las salvajes jaurías de solo-humanos. Siptah llamó a sus criados y les ordenó que le trajeran natrón para purificar su boca y sus orejas. Luego se lavó con parsimonia, recordando todas las cosas que había aprendido del Amigo del Alba.

—Habéis pasado mala noche. Estabais débil y febril. Hablabais en sueños —decía su asistente—. Quizá deberíais guardar reposo.

Siptah se echó a reír. El universo se quebraba, y Siptah, ¿guardaría reposo? Ordenó que despidieran de inmediato a su asistente y pidió que le trajeran su baúl de instrumentos mágicos.

—Los Nlòplales... —se repetía una y otra vez.

Cogió de su arcón un faldellín y una camisa nueva y se ciñó en la frente la cinta del conocimiento. Vestía todo él de blanco inmaculado. Se calzó unas sandalias, blancas también, y él mismo dibujó en su lengua el signo de Maat. Ahora todos podrían ver que decía Armonía por la boca.

Los poderosos, como siempre, despachaban en la Sala de Audiencias. Siptah, con paso y porte majestuosos, enfiló hacia los portones de la Sala ajeno a la expectación que despertaba entre la servidumbre.

La Reina-madre Constelación se negó a recibirlo. Tenía otras cosas más importantes que hacer, asuntos de estado. Tal vez llorara la próxima muerte del mayor de sus hijos. Siptah tomó la negativa como una muestra de su ignorancia de los verdaderos males que asolaban a la Tierra Mestiza, y con un poderoso sortilegio durmió a la



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Guardia y al Superintendente de la Sala de Audiencias, que custodiaban la entrada. Atravesando sin prisas el largo corredor, ajeno a los murmullos reprobatorios de los Amigos y los notables allí reunidos, se postró ante la Reina-madre, que le miraba desde el Trono sin disimular su ira, que se mezclaba con asombro y, acaso, con una brizna de curiosidad.

—¿Qué hacéis aquí, Siptah?

—He venido a advertiros, mi Reina, de los males terribles que se ciernen sobre nosotros.

Constelación soltó una carcajada. Siptah entonces levantó los ojos del suelo, desafiante. Al momento sintió lástima de aquella pobre mujer. Parecía rendida y desesperada. Los médicos habían desahuciado a Rameses aquella misma mañana, los Loo habían iniciado una ofensiva desde el sur, los Puros habían vencido ya demasiadas batallas en el norte y en el este. Ahora, cogida entre dos frentes, hacía ver que ignoraba por completo las secretas alianzas de sus gobernadores y ministros. Finalmente, estaba en juego la continuidad dinástica. «Buscan un Rey fuerte», le habrían dicho sus espías, «una nueva línea de sangre». El viejo mago también había oído rumores de intrigas y sordas celadas. En verdad, eran demasiados Reyes muertos en pocos años. Muchos veían signos de una debilidad que no debería perpetuarse. Y Tutmose, debía pensar la Reina, su último hijo varón, contaba solo nueve años.

—¿Ah, sí, de verdad? ¿Se ciernen sobre nosotros nuevas desgracias, amigo mío?

—Sí, Majestad.

El tono de la mujer se volvió repentinamente grave.

—¿Va a morir de enfermedad mi hija Ahotep, la Reina-consorte, la esposa del aún Rey Rameses?, ¿o acaso peligran mis otros hijos, Nube y Tutmose, y no podrán desposarse esta tarde para que haya un nuevo Rey? ¿O es que no regresarán de su viaje nupcial? ¿Has visto eso?

—En realidad, no, Majestad, venía a advertiros sobre los Nlòplales de flores amarillas.

—¿Los qué...?

—Nlòplales, Majestad.

—Detienes una reunión del Consejo del Doble País para hablarme de... ¿Nlòplales?

—Todo es lo mismo, Señora. La Armonía del universo peligra.

—¿Desde cuándo sabes eso, Siptah? ¿Desde que murió mi padrastra, el Gran Tao, o cuando lo hizo mi esposo Sequenenre, o cuando supiste esta mañana de las terribles heridas con que ha regresado del campo de la muerte mi hijo mayor? Dime, ¿cuándo comenzaste a sospecharlo?



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Hace años, Majestad, pero se me aparecieron esta noche los espíritus para explicarme la causa de tales desgracias y cómo atajarlas.

—¿Sí? ¿Qué causa?

—Los Nlòplales.

La Reina Constelación soltó un bufido que atravesó toda la Sala. De reojo, Siptah advirtió que la Guardia despertaba y venía a prenderle. El mago, por primera vez, fue consciente del peligro. De lo que dijera y cómo lo dijera dependía continuar en el mundo de los vivos.

—Nos atacó —dijo el Jefe de la Guardia, inclinándose ante su Reina.

—Todo está bien —dijo Constelación—. Habla ahora, Siptah. Di lo que has venido a decir. Y hazlo con gran elocuencia. Si eres inteligente, sabrás que debes entonar como lo haría la misma Isis.

—Yo digo Armonía por la boca —dijo el taumaturgo, sacando la lengua para que la Reina advirtiera el signo de Maat dibujado en ella.

—Levántate y habla, Siptah.

El mago se alzó. Todos le miraban. A esas alturas todos recordaban cómo los Nlòplales habían venido del norte, de más allá de las Tierras Baldías y del océano, el Gran Verde, a mediados del Reinado del Gran Tao. Era la única planta o animal de todo el planeta que en el Antiguo Egipto del que provenían jamás se había conocido. Nunca más se volvió a encontrar ningún otro espécimen que no coincidiese con los que coexistieron con ellos un siglo y medio atrás, antes de que Akhenaton les trajese a la Tierra Mestiza. Solo aquellos malditos Nlòplales de color amarillo. La entonces princesa Constelación se había enamorado de ellos, y ahora, en el estanque, los lotos y nenúfares se arracimaban para dejar espacio a la plaga extranjera. ¡Y no solo en Ity-tawy! Había oído rumores que aseguraban que se pretendía plantar Nlòplales en todos los estanques que los Loo habían dejado construidos por toda la Tierra Mestiza. ¡Mas no si él podía evitarlo!

Siptah carraspeó.

—Todos sabéis que, cada día, en los templos, con las ofrendas a los dioses, se otorga Armonía a los señores de la Armonía para que todo sea como siempre ha sido y nuestro amado Doble País se vea ausente de lo foráneo, de lo nuevo, de lo maligno, que podría destruir nuestro mundo con su lengua voraz.

Alguien tosió y Siptah le lanzó una mirada asesina.

—Pero la Armonía ha sido doblegada, aquí mismo, en el Doble Palacio, por la invasión de la barbarie, de una esencia extraña y demoníaca que, cada día, al entrar en contacto con todos nosotros, Amigos, notables y Reyes, ha ido debilitándonos en nues-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

tra lucha contra el caos. Los espectros me han revelado que los Nlòplales han de ser destruidos y todo volverá a ser lo que era.

Siptah notó al instante la incredulidad de sus oyentes, el desprecio de muchos. Ya no creían en la magia. La ciencia Loo había vencido y sus palabras eran como un adarme de agua en el desierto. Siptah se volvió hacia la Reina-madre, que permanecía en silencio en el Trono de Horus.

—Majestad, debéis creerme.

La hija del Gran Tao, la esposa de Sequenenre, la madre de Rameses, las tres mujeres en una sola, le miraban con los ojos entreabiertos, sin fuerzas, encorvadas y diminutas en el estrado que debería sostener a un Rey.

—Así que los espíritus te dijeron todo eso.

—Me lo insinuaron. Sin libertad no hay conocimiento, y sin conocimiento no hay vida. Debía aprender por mí mismo, recordar la verdad que ya sabía.

Constelación se alzó y se llegó hasta el mago. Le cogió de la mano en un gesto que escandalizó a todos los presentes, incluido Siptah, pues nadie podía tocar a aquellos cuya sangre detentaba el poder en el Doble País. Pero era la mano de un enfermo que toca a su sanador. Aquella mujer sufría enormemente por sus hijos, por la Tierra Mestiza, por un universo siempre a la deriva. Pero Siptah notó algo más, algo que le sorprendió, incapaz de abarcarlo. Casi retira la mano, anonadado. En ese momento, no supo de qué se trataba.

—Tú dices que el cambio ha llevado a nuestro mundo al caos, y has buscado algo que ha cambiado desde el Reinado de Tao y que ha llevado a nuestro mundo al desastre. Y has pensado en los Nlòplales del estanque. Has pensado que el mal ha tomado la forma de Nlòplal para destruirnos.

Se oyeron risas.

—Yo te diré qué es lo que ha cambiado y nos lleva al desastre y la extinción. Recuerdo un día en que todos éramos felices. Yo me sentaba allí, en la gran mesa, junto a mi joven hermano Sequenenre. Tú también estabas, y Tao y mi madre, la sabia Telaraña. ¿Lo recuerdas, Siptah? Bebíamos vino y comíamos hasta reventar. La Tierra Mestiza rebosaba dádivas. La Armonía triunfaba sobre el caos.

Los nobles asentían. Algunos que estaban muy alejados y seguramente no la oían, hablando en un susurro a su lado, asentían también.

—Después de las primeras guerras nos habíamos repartido este planeta, y Puros, Loo y mestizos coexistíamos en una vecindad, si no ideal, bueno, no sé, al menos nos tolerábamos —Constelación elevó entonces el tono de su voz y apretó un poco más la palma de su mano—. Entonces, mi noble padre me habló de unas ofensas. Las gentes le llamaban cobarde. ¿Qué ha conquistado el Gran Tao, decían? Los solo-Loo se ríen de



Crónicas de la Tierra Mestiza.

él al sur, y los Puros, al este, parecen no tener bastante con sus tierras y anhelan las marismas del norte. ¿Qué derecho tiene a que le llamemos el Gran Tao?

Siptah tragó saliva. Sabía ya a dónde conducían aquellas palabras. Sintió que había perdido el tiempo con aquella mascarada y, al igual que el Amigo del Alba, se lamentó, porque tiempo era lo único que, a aquellas alturas, no les sobraba.

—¿No ves en esos comentarios la mano del caos, Siptah? Yo sí.

Los notables asintieron de nuevo. Sus cabezas se movían arriba y abajo como impulsadas por un resorte.

—Y llegó la guerra. Muchos hombres han muerto. Muchos nuevos nacidos ni siquiera saben quién era el Gran Tao. Recuerdan a Sequenenre, o a Rameses, y pronto a ninguno de ellos. Espero que recuerden a quien haya de sucederles. ¿Cuántos más de mi sangre habré de perder en esta guerra absurda? ¿Llegaremos algún día a Hetuaret, la fortaleza de los Puros solo-humanos? ¡Dímelo, tú que hablas con los espíritus!

—Si eliminamos los Nlòplales del estanque, entonces...

—¡Oh, calla, Siptah! —Soltó su mano e hizo un gesto a la Guardia—. Sacadlo de mi vista.

Tan pronto como sus dedos perdieron el contacto con los de la Reina-madre, Siptah supo la verdad del misterio que guardaba en el corazón la maga Constelación, y su propio corazón, en ese mismo instante, se volvió duro como la simbio-piedra que habían inventado los Loo.

—No será necesario, Majestad. Ya marchó yo por mi propio pie. Lamento haberos importunado con los desvaríos de un pobre viejo.

—Siptah, un día fuiste el mejor amigo de mi padre. No vuelvas a perturbar la memoria que, de esa amistad, hay en mí —dijo la Reina-madre.

—No volveré a molestaros, mi Señora.

El viejo mago se alejó en silencio. ¿Cómo podía llegar a ser tan estúpido? El Amigo del Alba había confiado demasiado en su sagacidad. Pero todo él estaba reseco, marchito, como un cargamento de mies olvidado demasiado tiempo en el silo. Era Constelación la que se había encaprichado de los Nlòplales extranjeros, la que los había hecho plantar y reproducirse por todo el estanque. Ella era su enemiga, ella era el caos. Su tacto frío y desabrido, el tacto que oculta el fuego y la quemadura, la había delatado. Y él había ido a pedir ayuda a la madre del caos. ¡Era un estúpido! Y ahora estaba solo.

—¿Decías, Siptah, viejo gruñón?

Levantó la vista. Era Nube. La joven princesa que, con apenas dieciséis años, se desposaría ese mismo día con su hermano Tutmose y se convertiría en Reina. Siptah se había encargado de su educación cuando era apenas un bebé recién salido del pe-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

cho de su nodriza. Por entonces, los Loo aún no se atrevían a desairar públicamente al último mago vivo sobre la faz de la tierra. Luego, Siptah había caído en el olvido. Pero ella le recordaba. ¡Ah, su pequeña niña!

—Decía que estoy solo, princesa.

—Oh, sí, seguro, sobre todo después de la que has montado en la Sala de Audiencias.

—Yo solo quería preveniros de...

—¿Los Nlòplales? —Nube reía.

—Veo que las noticias vuelan en el Doble Palacio.

—Tú, mejor que nadie, deberías saberlo, viejo gruñón.

Sí. Siptah llevaba casi toda su vida tras aquellos muros. Pero un anciano olvida a menudo a discreción para no perder la facultad de sorprenderse.

—Dime, pues, explícame eso de los Nlòplales —le exhortó la muchacha, sacándole de sus ensoñaciones.

—Seguro que tenéis cosas mejores que hacer que burlaros de un pobre viejo.

—En absoluto, estoy muy interesada.

Siptah suspiró, esbozando una sonrisa.

—Todo lo que conocemos depende de la Armonía, del equilibrio universal, si...

—Si se quiebra, ¿todo cambiará?

—En efecto, princesa; el caos, el cielo en la tierra, los peces en la montaña, una mujer Loo vestida con la barba postiza ceremonial, comportándose como un Rey, ¿quién sabe?

—Una mujer con barba postiza, dices... ¿De verdad?

—Sí. Todo es posible.

—Aclárame una cosa, Siptah, ¿qué tienen que ver con todo eso los Nlòplales?

6

La alegría de reencontrarse con su antigua discípula iluminó aquella jornada de sinsabores con un soplo de aire fresco. El viejo mago habló más y rio tanto como no alcanzaba a recordar haber hecho en varios años. En una noche de tormenta, a veces, la luna Tonutir consigue que escape un haz de luz para enseñarnos el camino.

La muchacha tardó en quedar satisfecha de sus explicaciones. Los jóvenes quieren siempre saber más de lo que pueden entender. Al cabo, Siptah regresó a sus estancias,



Crónicas de la Tierra Mestiza.

donde sus sirvientes le esperaban azorados, sabedores de las nuevas que circulaban por el Doble Palacio y de la definitiva caída en desgracia de su señor. Siptah era el único mestizo que no tenía ni un solo robot doméstico, y era algo de lo que se enorgullecía. No soportaba la idea de una entidad biomecánica gobernada por una de esas hidras de pequeños tentáculos que los Loo llamaban Krank. Pero en un momento como aquel hubiese preferido que existiese un botón de desconexión en el torso de todos esos estúpidos y miedosos desleales. Pronto, sin embargo, los razonamientos de Siptah volvieron al punto donde los interrumpiera la princesa, pronto Reina, Nube: estaba solo.

Y en la soledad de sus estancias, Siptah se transfiguró en el universo, aposentado en la suma de los puntos cardinales. Él era el último de los magos y demostraría a las Loo y al Doble País entero que la ciencia no era el único poder que debía ser temido y respetado. De su corazón extrajo la verdad y la energía de la luz, sus últimas fuerzas, que, en adelante, le abandonarían. Con voz potente entonó Palabras de Poder que llamaron a la Guardiana de la Gran Casa, la serpiente de veinte Codos, con ojos de electro, que vela en la oscuridad. Él la llamo y ella vino a su encuentro.

—¿Quién eres tú? —dijo la Guardiana.

—Soy Siptah, el señor de la noche. He probado tu veneno y te he vuelto la cabeza del revés. Ya no puedes herirme.

—Me das miedo. Tu dedo obstruye el agujero de mi escondite. No puedo regresar. Dime, pues, qué quieres —repuso el monstruo.

Y Siptah arrojó a la Guardiana al estanque donde se había originado todo el mal. Y ella, con una gran dentellada, empezó a devorar los Nlòplales de flores amarillas. El viejo mago pensó que todo había acabado, que Tutmose sería coronado y su Reinado no tendría fin, que caería la fortaleza de Hetuaret y la Armonía regresaría a la Tierra Mestiza.

—No aflojes en tu empeño y cumple con tu cometido —le dijo a la serpiente.

Más tarde preparó la pócima de muerte. Un huevo de ibis, excremento de escriba, sangre de gusano, semillas de palmera y media cebolla; ingredientes que hirvió, coló, embrujó y vertió en una redoma para cuando la Guardiana hubiera hecho su parte.

Agotado, cerró un momento los ojos. Y, aunque se encontraba en su banqueta, tras una mesa, rodeado de papiros, sobras de su hechizo, sahumeros y de sus instrumentos mágicos, le ganó el sueño.

Como el día anterior, se vio a sí mismo corriendo por un estrecho camino, huyendo de una prisión en cuyas cuatro esquinas había un babuino, mirándole esquivo y chillando a un amanecer que ya nunca regresaría. Esta vez fue un poco más allá, y traspuso el umbral de la prisión. Antes de que pudiera darse cuenta, las llamas le habían engullido. En su visión fue incapaz de recordar a qué lugar había llegado. Luego, du-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

rante días, fue incapaz de recordar lo que había soñado.

El despertar a medianoche fue como verse precipitado de nuevo a la peor de sus pesadillas. Los gritos venían del oeste. Se asomó a su balcón. Sirvientes y nobles con antorchas corrían hacia el estanque. Oyó sus voces pero no pudo discernir lo que decían en medio de la confusión. Siptah bajó corriendo y se unió a ellos. Aún no habían llegado a los jardines cuando vieron al primer cadáver. Desnudo, cubierto de sangre, desmembrado. Nadie fue capaz de reconocerlo.

—Amón misericordioso —gimió el viejo mago.

Sin duda, los jardineros habían descubierto a la Guardiana y la habían atacado para salvaguardar el estanque y su maléfico contenido. Con el corazón roto de dolor Siptah contó dos, tres, ¡cinco cadáveres!, antes de alcanzar las turbulentas aguas donde Heb, el Maestro de los Jardines, y sus dos últimos ayudantes arponeaban a la Guardiana en medio de una selva de Nlòplales cercenados.

—¡Siptah! ¡Libérame! —la voz de la gran serpiente, como un eco de ultratumba, traspasó estanque y arboleda, delatándole. Todos le miraban.

El mago supo en ese instante que estaba condenado, y un solo pensamiento guio sus actos en adelante. Él se sacrificaría, pero los Nlòplales perecerían y la Armonía sería restablecida.

Cogió un poco de tierra fangosa y modeló una burda figura con temblorosas manos. Luego recitó el encantamiento. Y con su potente voz llamó a Rostro Oscuro, la serpiente maléfica de Seth, que emergió poderosa de las aguas, maldijo al que le hubiera despertado y embistió la barca de los jardineros, que cayeron al vacío y se hundieron entre las fauces de las dos bestias.

Las gentes chillaban a su alrededor. Algunos osados hicieron acto de presencia y, con las dagas en la mano, fueron hacia Siptah, que se arrojó a las aguas. Allí, frenético, rasgó, partió, hundió los Nlòplales que aún seguían en pie. Cuando hubo terminado, vio a las dos serpientes acercarse.

—Libérame. Quita tu dedo de mi escondite —dijo la Guardiana.

—Nos veremos al otro lado —dijo Rostro Oscuro.

Hizo un gesto de Poder, movió los labios recitando el primer hechizo de la lluvia. Habían desaparecido.

—Ojalá un hechizo pudiera hacerme desaparecer también a mí —dijo Siptah, lleno de dolor y de vergüenza por las muertes causadas.

Finalmente, Siptah extrajo la redoma que, horas antes, llenara hasta rebosar con su pócima de muerte, y la vació en el estanque. No volverían a crecer Nlòplales en aquel lugar. Había salvado el universo.

Entonces oyó los pasos marciales, el sonido inequívoco de la Guardia de la Reina-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

madre Constelación y todo su séquito. Oyó también las voces que le traicionaban.

—Fue Siptah, Majestad, ha matado al Maestro de los Jardines y a siete de sus ayudantes.

—Le guiaba una fuerza demoníaca —decía otro—. Nadaba como una serpiente, agujoneaba como un escorpión. Con su cuerpo embistió la barca del Maestro de los Jardines y estranguló a sus ocupantes con sus propias manos.

Todos asentían. ¡Estúpidos! ¡Mentirosos! ¿No habían visto a la Guardiana de la Gran Casa y a Rostro Oscuro? ¿Acaso un hombre viejo como él podría con ocho hombres jóvenes? ¿O acaso mentían por alguna razón que no llegaba a comprender? No, no era eso. Ahora lo entendía: a los hombres simples les estaban vedadas casi todas las vías de conocimiento. Era como si caminasen ciegos por los caminos de la tierra. Vivían en el fuego y no podían vislumbrar ni el reflejo de algo que no alcanzaran a entender. Así pues, no habían visto ni a la Guardiana ni a Rostro Oscuro, solo a un viejo braceando torpemente sobre las aguas. ¡Necios! Siptah sintió lástima de ellos.

La Reina-madre se inclinó hacia el viejo mago, que recobraba fuerzas junto a los restos del naufragio, con dos cadáveres flotando turbadores a su lado, cubiertos de desgarrones. Vio los Nlòplales destruidos, los Nlòplales que ella tanto amaba y había tardado años enteros en propagar por aquellas aguas. Le miró con odio, con una cólera inmensa que, pensó el viejo mago, ahora que se encontraba exhausto, sin energías para dar una bocanada, le desgarraría a él. Pero Constelación se limitó a apuntar, fríamente:

—Enhorabuena, Siptah, supongo que, luego de estos actos, la Armonía en el Doble País se habrá restablecido.

7

La puerta se ha cerrado. Tras ella, el cautivo, el Devorador de Ity-tawy, un ser cuyas cuatro partes fueron un día Siptah, esperará la muerte. El Alto Tribunal de la Regente dio su veredicto. El crimen era execrable, las pruebas abrumadoras. No negaré nada. Siempre estuve preparado para asumir mis actos.

Y, sin embargo, he de insistir en que no soy un asesino ni un criminal. Los que murieron cayeron a manos del destino solamente; yo, como instrumento primero de ese destino tan aciago y mordaz, puedo dar fe de que es el peor amo que un mestizo pueda tener.

Hoy tuve, por tercera vez, un sueño. Recordé haber transitado antes por sus lúgubres senderos. Recordé asimismo qué prisión custodian los cuatro babuinos: el Lago de Fuego, el lugar del castigo para las almas impuras, el infierno donde me abrasaré cuando mi alma abandone mi cuerpo para no volverse los amantes a encontrar.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Pero el hambre acaso me quitará la cordura antes que la vida. La oscuridad, veneno para un ser de luz como mi esencia aún se concibe, hará el resto.

Alma, cuerpo, esencia luminosa y Ka, los cuatro eslabones unidos por última vez en esta celda viva y sintiente, sin ventanas ni aire que respirar, esperando que la locura o la muerte las amparen. ¿Cuál dama llegará la primera? ¿Sabré darle el recibimiento que merece?

Tal vez alguna haya hecho su callada aparición y esté sentada en la penumbra a mi lado, sin yo saberlo, pues aunque estoy cubierto de suciedad y de mugre costrosa, nada me importa; aunque mi dignidad y mis honores serán, como mi nombre, una humarada que se lleve el viento, solo me dan risa; aunque mi hijo, joven médico de la Casa de la Vida y estolista del templo de Ptah, y al que hasta ahora, preso de mi desgracia, no había dedicado un signo; aunque mi hijo, decía, deberá inclinar su cabeza y reconocer la deshonra y, probablemente, si la ira de la Reina-madre le alcanza, pierda su cargo y su oficio, la verdad es que su futuro me trae ya sin cuidado.

Ni pensamientos me quedan para la Armonía del universo; yo, que fui su celoso guardián, y que, en este momento, me preocupa tanto como un excremento de rata.

Solo hay espacio en mi corazón para los dátiles.

Sí, no sé a qué vienen esas medias sonrisas.

Hablo de dátiles suaves, dátiles grandes, hermosos, en mis manos, en mi boca, en mi lengua. Su pulpa dulcísima se deshace entre mis dientes, y el hueso, ¿cómo es posible?, apenas es un punto negro, una pepita, que dejamos pasar sin problema a la garganta. Nada se desperdicia en mi dátil, grande como una montaña, carnoso como unos labios de mujer...

Desde joven han sido mi debilidad. Los cogía yo mismo mientras tuve fuerzas y las palmeras no resultaron demasiado altas. Luego los hice comprar, traer, almacenar, servir... Nada echo en falta de mi vida anterior salvo los dátiles. Maldita sea. Si mi espíritu no estuviese ya condenado lo vendería por un puñado de ellos.

Al final, el hombre se revela en toda su miseria.

Pero, ¿qué es eso? ¿No es acaso un viejo conocido envuelto en un pálido halo de transparencias, que regresa para salvarme? Amigo del Alba, ¿eres tú? ¿Por qué no avanzas y esperas, inmóvil, al otro lado de mi celda? ¿Te he fallado, quizá? ¿Me miras con desaprobación? ¡Oh, ingrato! ¡Puerco demonio embaucador!

Iré a tu encuentro aunque tenga que arrastrarme. No te escaparás. No huyas. ¡Devuélveme mi vida!

Dime, Amigo del Alba, ¿por qué lloras por mis ojos?



Crónicas de la Tierra Mestiza.

8

La Reina-madre Constelación terminó la lectura en silencio y miró apenas levemente al Superintendente de los Calabozos, que aguardaba inclinado con los brazos extendidos.

—¿Nada más?

—Nada, mi Majestad, parece que Sip... el Devorador de Ity-tawy murió mientras completaba su confesión. Lo encontramos hecho un ovillo en un rincón, la mesa volcada, con sus heces y orines esparcidos por el suelo, desnudo, con golpes y magulladuras como si se hubiese arrojado contra las paredes. En su puño derecho tenía el RLV del que os he hecho entrega. Pensamos que tal vez sufrió un ataque de locura y...

La Reina-madre detuvo su lengua con un gesto nervioso de la mano, que se llevó luego a la cara para cubrirse sus párpados cansados.

—Ahorradme nuevos detalles escabrosos y dejadme a solas con mi hija. Vuestro trabajo ha sido, como siempre, de notable eficiencia. Seréis recompensado como os merecéis.

El Superintendente de los Calabozos se alejó gesticulando entre reverencias y cumplidos. Cuando los portones se cerraron, Nube surgió de la penumbra, en la que había permanecido inmóvil durante la charla.

—Pobre viejo gruñón.

—Era un estúpido. No merece que la futura Reina-consorte se preocupe del destino que él solo se buscó.

Nube enarcó una ceja en un gesto de censura que su madre no supo desentrañar. En efecto, pronto sería Reina de Egipto y aún no había cumplido los diecisiete años. Pero Siptah tenía más de setenta, y había sido su maestro.

—Supongo que nada dejó dicho de los Nlòplales.

—Nada que nos importe, hija.

—¿Siguen muriendo los que se implantan?

—Ya sabes que sí.

Constelación abrió un pequeño cofre en que guardaba ciertos documentos que, por su naturaleza, merecían especial atención y cuidado. Enrolló el RLV con la confesión del Devorador y lo puso con otros, pero al tiempo extrajo un pedazo de papiro y lo sostuvo un momento. Había mandado registrar las estancias del mago hasta reducir las a polvo. Todo en vano, salvo por aquel pliego cuyo encabezamiento rezaba: «Nlòplales», e incluía apenas una lista de ingredientes y algunas frases enigmáticas.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Mostró el documento a su hija, pero esta, después de echarle un vistazo, negó con la cabeza.

—Retruécanos, frases de taumaturgo: «Con empeño él lo conseguirá, nada puede luchar contra el tiempo y el anhelo. Pero solo un Rey deshará lo que por un Rey se hizo.»

—¿Y eso, qué significa? ¿Hablabas de Tutmose? ¿Mi hijo deshará...?

—No creo que signifique nada. Siptah conocía bien su arte, y sus peligros. Seguro que hizo un nudo que ni él mismo, ni nadie de este tiempo, podría deshacer.

Se escuchó una maldición. La vieja Reina llevaba demasiado en tensión para seguir mostrándose en todo momento digna.

—Debí ordenar su muerte el día que se presentó en la Sala de Audiencias. Ahora, si no se obra un milagro, todo por lo que hemos luchado se perderá.

—Si nos valiésemos del crimen como hacen nuestros enemigos no conseguiríamos crear una nueva Armonía. El crimen se volvería contra nosotras —objetó Nube.

—Que se vuelva, pues. Tú deberías gobernar la Tierra Mestiza y no Tutmose, tu esposo..., mi hijo. Ahora es un niño, pero crecerá, se subirá a un carro de guerra y pensará que la Armonía puede regarse con sangre.

—Quizá deberíamos intentarlo, aun sin la magia de los Nlòplales.

—Sin la magia de los Nlòplales no se produciría el cambio. Los machos humanos creen todavía en la magia, y todo en lo que un ser vivo cree es fuente de poder contra él. La magia, aunque la hayamos doblegado y casi apartado de este mundo, es y será el último vínculo de nuestros hombres con lo que son —Constelación se detuvo, mientras buscaba las palabras—: un pueblo supersticioso, terco, apegado a las tradiciones milenarias que trajeron de Egipto, pero en el fondo admirable, de una inventiva y una imaginación desbordantes. Nosotros hemos asumido la mayor parte de sus costumbres y construido para ellos un Doble País a semejanza del Egipto que recuerdan. En él se sienten seguros, y así, poco a poco, hemos introducido pequeños cambios que acabarán por transformar nuestro estado en algo mucho más parecido al mundo Loo que dejamos atrás.

—Con eso de los cambios te refieres a los robots domésticos, los RLV, las simbio-piedras, que el pueblo llano llama piedras sintientes..., y poco más en un siglo y medio —le advirtió Nube.

—¿Te parece poco? Han aceptado como sus esposas a unos seres que les sacan un cabeza, que respiran indistintamente con pulmones y branquias, de color cobrizo y que se asemejan a algunos reptiles que nadan en el Gran Río que atraviesa este continente de sur a norte. Y, en realidad, nuestro origen no es precisamente muy distinto.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Nuestros antepasados vinieron del mar, sí —dijo Nube, asintiendo mientras hablaba—. Vivíamos en comunidad con el Krank, un ser que nos ofrecía la protección de sus tentáculos venenosos frente a los depredadores marinos; entretanto, nosotros le dejábamos vivir sobre nuestro caparazón, desplazándonos para el bien de ambos. En la evolución perdimos el caparazón, emergimos fuera del agua y el Krank se extinguió para la gran mayoría de nosotros, excepto para las sabias Lithistas. Sin embargo, en nuestro interior queda esa reminiscencia que busca la comunidad con otra especie. —Nube se detuvo, pensativa. Al cabo prosiguió—: Para nosotros ha sido más fácil. Nosotras somos Biwoses y ante todo buscamos la supervivencia y no el conflicto abierto. Ahora entiendo lo que quieres decir.

—Así es —dijo Constelación—. Para los humanos no ha sido tan sencillo dar el paso de fundar una nueva especie. Han renunciado a mucho a cambio de perpetuar esta forma de gobierno, de sus viejos dioses, de todo aquello que les da seguridad. Piensa que llegaron aquí con un solo Dios, ese tal Atón, pero muerto Akhenaton y luego de las guerras, han regresado a las creencias politeístas de siempre. Los egipcios tienen miedo a los cambios. Por eso debemos administrarlos sabiamente.

—Sigue siendo un camino arduo y demasiado calmo, madre.

Constelación rio, relajándose la tensión en su gesto.

—Eso es porque eres solo una niña, Nube, y te falta la perspectiva que dan los años. Pero yo te prometo que, a partir de esos cambios que tú juzgas insignificantes, levantaremos una nueva civilización. Nosotras somos pacientes, una virtud que los hombres humanos desconocen. Además, necesitábamos tiempo para controlar las materias primas de este planeta. Dentro de muy poco, los avances serán vertiginosos, te lo puedo asegurar. Y el primero de ellos debería haber sido el poner en el trono del Doble País a una Loo. Pero sin la magia de los Nlòplales no será posible.

—Pero los Nlòplales, por sí solos, no justifican que esperemos otra generación —protestó Nube, que deseaba con toda su alma gobernar por fin a incapaces como su hermano Tutmose.

—Hija mía —la voz de Constelación no dejaba espacio para la duda—, los Nlòplales no son de este mundo, y ese es precisamente su poder, pues en este mundo una mujer nunca se sentaría en el Trono de los Vivientes como legítimo Rey. No desdeñes a la magia que durante miles de años ha regido los destinos de nuestros hombres. Sin ella, una Loo nunca será Rey. Los egipcios creen en su interior en la magia como nosotras buscamos la dualidad y el mutualismo de nuestra simbiosis primigenia. La fe convierte las cosas más necias en poderosas. No cometas el error de despreciarla.

Un ruido de pasos, pies que trotan, se resbalan, se detienen. Una discusión con la Guardia de la entrada. Los portones se abren imperceptiblemente, y por la breve exclusiva se cuele una pequeña figura que avanza presurosa con su mejor zancada. Es Tutmose, que corre con su nodriza pisándole los talones. El niño-Rey termina su recorrido arrodillándose ante ellas, juntando las manos en una súplica. Y Nube sonrío,



Crónicas de la Tierra Mestiza.

pues sabe que Constelación es la única persona a la que Tutmose teme y respeta en verdad. A nadie más rendiría pleitesía.

—Madre, dejadme ir al Patio de Ejercicios. Mis amigos están allí, jugando a que matamos a todos los Puros y a la conquista su fortaleza, esa infame Hetuaret. Pero ella —señaló con un dedo acusador a su nodriza—, ella dice que no puedo ir, que no me dejáis. Que no queréis que juegue a la guerra.

La mujer, inclinada tras el niño, levantó la cabeza.

—Majestad, se escapó. Echó a correr y...

La Reina-madre detuvo su lengua con el mismo gesto nervioso que antes acallara al Superintendente de los Calabozos.

—Ya basta. Ve con tus amigos, Tutmose, si así lo deseas.

El cuello del Rey se volvió de inmediato hacia su niñera.

—¿Ves?

Pero Constelación no había terminado.

—Otra cosa, hijo. No vuelvas a inclinarte ante una mujer, ni ante un hombre, ni ante nadie de este mundo ni del otro. ¿Me oíste? Jamás. Tú eres el Soberano del universo, Horus redivivo, padre de la humanidad. —Su mirada furiosa y el tono de su voz dejaron a su hijo helado y confuso. Se había levantado, pero estuvo a punto de volver a arrodillarse, y permaneció al fin de pie, temblando.

—Ahora puedes irte.

Los portones volvieron a cerrarse. Nube se quedó observando a su madre, que cruzaba los brazos bajo su pecho, mirándola con expresión grave.

—Al fin y al cabo, lo último que deseamos es, hombre o mujer, humano o Loo, un Rey débil.



PRIMERA PARTE: LA SEÑORA DEL CIELO

El que guarda su corazón y su lengua
se aleja de su enemigo.
El que revela una palabra oculta
es como si hiciera quemar su casa.
Mejor es la parte del que sabe esperar
que la de aquel que nos seduce con el verbo.
Numerosas son las pequeñas cosas
dignas de ser temidas.
Raras son las grandes cosas
dignas de provocar nuestras alabanzas.

Papiro moralista



CAPÍTULO 1: **ARREGLOS FLORALES**

193 d.A.
(47 años después)

0

En el Doble Palacio nada parecía haber cambiado en los últimos cincuenta años. La Señora del Cielo, la Reina-madre Constelación, avanzaba ceñuda por los jardines reales, junto a la primera de las torres de vigilancia de la Muralla Sur, con el suave roce del lino como único acompañante. Vestía larga túnica hasta los tobillos, ceñida a la cintura; un pectoral de oro y unos brazaletes de cobre completaban el conjunto. Ni siquiera se había puesto una peluca y su cráneo afeitado brillaba en el mediodía de Re.

—Soy vieja. Mi tiempo ha pasado —le dijo a una de las aves que perlaban el cielo azul, danzando sobre las aguas del estanque.

Como en sueños, recordó sus años de juventud en Biwoses, donde la civilización Loo había florecido durante cinco mil años. Recordó su primer baño en el estanque sagrado, cuando una Lithista le mostró su Krank y le enseñó a caminar bajo las aguas usando sus casi-pulmones como rudimentarias vejigas natatorias. Parecía que todo aquello no hubiera sucedido jamás, que fuese parte de un sueño particularmente real, perlado de nostalgias.

—Debo aceptar que mi vida comenzó de verdad cuando me trajeron a esta tierra —concluyó, mordiéndose los labios de rabia.

Y es que apenas quedaban en su memoria unos pocos y esquivos trazos de ese otro ayer en aquel planeta mestizo; trazos mezclados con la añoranza por los seres queridos. Recordaba a su madre, la gran Telaraña, que había soportado el peso de tantas cosas... También recordaba a su esposo Sequenenre, al que amó todo lo que se puede amar a un hombre, que no es demasiado; o a su hijo Tutmose, jugando en el Patio de Ejercicios a la conquista de Hetuaret con nueve años recién cumplidos. Dos décadas le había costado a aquel niño cumplir su sueño y someter a la capital de los bárbaros Puros solo-humanos. Total, para nada. Al poco tiempo había muerto y le había dejado a ella la carga de gobernar un país con un nuevo Rey que no era



Crónicas de la Tierra Mestiza.

sino un mocoso recién destetado que soñaba con ir a jugar al Patio de Ejercicios, jugar a la conquista del reino Loo del sur, de las tierras inexploradas más allá del Gran Verde o de los mismísimos Nueve Arcos: su nieto Jiserkare. Para cuando llegó el día de cederle al mocoso el gobierno de la Tierra Mestiza, el joven se había convertido ya en un joven fogoso que pensaba solamente en subirse a un carro de guerra y regar la Armonía con sangre.

—¡Bah! ¡Hombres!

Si su predilecta, la pobre y dulce Nube, no hubiese muerto tan joven, dando a luz precisamente al futuro Rey Jiserkare, sus últimos años en este mundo no serían tan solitarios ni tan aciagos. Pero no servía de nada lamentarse por lo que no tenía solución. A sus más de doscientos años, Constelación sabía que su sino era ver morir a sus semejantes. Las nuevas generaciones de sangre mestiza Loo-humana no eran tan longevos como los Loo genuinos. En realidad, no eran ni tan longevos como los humanos podían llegar a ser. La esperanza de vida en el Doble País, pese a todos los avances médicos de los últimos tiempos, no pasaba de los sesenta años. La nueva raza destacaba precisamente por la fugacidad de su existencia; parecía, de alguna forma, como destinada a no perdurar.

La Reina-madre Constelación echaba de menos a demasiados de su sangre y lamentaba seguir viva para seguir lamentándose.

Sin embargo, últimamente, no solo los seres queridos venían a visitarla desde el lugar de los recuerdos. Hacía un mes que acudía hasta ella, desde esos angostos corredores del pasado, la figura de Siptah, aquel mago entrometido, el hombre mágico más poderoso de la historia del Doble País, para su desgracia. El taumaturgo había maldecido el estanque y anudado a los Nlòplales que podrían haber cambiado el universo y llevar a las mujeres al ejercicio del poder, lejos de los soldados y de sus interminables guerras.

—El Nlòplal de flor amarilla en un símbolo, una imagen de lo imposible. Si consigo que renazca, también renacerá la esperanza de un universo mejor, un universo donde lo femenino no estaría subyugado a lo masculino. Un universo de luces sin sombras —murmuró, hablando consigo misma.

Sin saber cómo había llegado hasta allí, Constelación contempló el antiguo edificio de las caballerizas, en cuya planta superior estuvo la última residencia del mago. Ahora toda esa ala estaba sellada y su interior provisto de sortilegios, maldiciones para los profanadores y de una falsa puerta por si su inquilino decidía regresar al mundo de los vivos, no pudiera abandonar su prisión de adobe. Constelación no era tonta y había dispuesto contra el mago precisamente lo que este más temía: la propia magia. Había emparedado el cadáver sin momificarlo y dispuesto todo para evitar que renaciese como un fantasma con el alba, como muchos de sus súbditos aún creían que podían hacer aquellos que en vida no habían cumplido con su objetivo en



Crónicas de la Tierra Mestiza.

este mundo.

Todo esto ha sido hecho por mandato de la Reina-regente Constelación para salvar a nuestro mundo de las fuerzas de la oscuridad y el desorden que en ella se cobijan y que podrían quebrar el equilibrio del universo.

Eso decía el sello real. Constelación había ascendido al segundo piso hasta el muro y leído aquella breve exhortación que su madre había hecho cincelar para que en el futuro nadie olvidase los crímenes de Siptah.

—Debería haberte matado antes de que quebrases mi sueño, maldito —le gritó a la estela que franqueaba el paso a las antiguas habitaciones del mago.

Constelación estiró una mano y contempló cómo se le erizaba el vello del antebrazo. Por si no fuera suficiente con todos aquellos barrotes invisibles entre los que le había aprisionado, también había ordenado construir un campo de fuerza delante de la estela. Toda precaución era poca, y dado que ningún muerto podría salir de aquella prisión, se había asegurado que ningún vivo pudiera tampoco intentar liberar al viejo mago. Retiró la mano, y el cosquilleo que atravesaba sus miembros desapareció.

—Tu magia es poderosa, pero la mía es mejor —murmuró esta vez, esbozando una sonrisa de victoria.

Porque el nudo que el taumaturgo había enredado no era tan fuerte como imaginaba. Constelación lo había descubierto finalmente, tras décadas de estudio.

Con empeño él lo conseguirá, nada puede luchar contra el tiempo y el anhelo. Pero solo un Rey deshará lo que por un Rey se hizo.

Eso decía el papiro de Siptah, el papiro que contenía los ingredientes con los que había envenenado las aguas del estanque para que el Nlòplal no pudiera ver ya más la luz en el seno del Doble Palacio de Ity-tawy.

Su hija, Nube, que había sido discípula del hombre mágico, sabía algunas cosas de su arte y se las había enseñado antes de morir. Constelación, con la fuerza de su determinación, perfeccionó sus conocimientos leyendo cuantos libros de magia habían llegado con los colonos egipcios a la Tierra Mestiza. Así, descubrió que los nudos, las maldiciones, los hechizos..., no eran sino fruto de la misma realidad que nos rodea, y participan de sus elementos, aunque deformándolos hasta parecer su contrario. Mas de la misma vida se nutre la magia, y la vida es sórdida, es monótona, es repetición. Siptah había dado forma a un nudo que parecía no tener término, pero todo nudo es imperfecto, y en su propia concepción contiene la llave que conduce a su revulsivo.

—Va a nacer una niña. Una niña que será Rey —dijo Constelación, mientras desandaba el camino y regresaba al pie de la Muralla Sur—, y un niño-Rey ha nacido para deshacer el sortilegio que pesa sobre nosotras, sobre el estanque, sobre nuestro porvenir.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Ella iba a deshacer el nudo del viejo mago anudando uno propio en torno al primero. Sus ojos habían vislumbrado dos Reyes, uno sin corona, que luchará contra las artes de Siptah, y una niña, que gobernará Egipto con mano firme para devolverlo al esplendor de la paz y la Armonía con los dioses. ¿Era su sueño posible?

Y el niño ya había nacido. Lo intuía. Podía sentirlo. ¿Pero dónde estaba ese niño que enfrentaría a las fuerzas del caos y las derrotaría? ¿Cómo encontrarlo?

A lo lejos, la compañía de jardineros regresaba de la labor con sus herramientas bajo el brazo. Al frente iba Jeda, el nuevo Maestro de los Jardines, un cortesano sin noble linaje que había llegado hasta allí por méritos propios, sin que nadie le diese ni un ápice que no se hubiese ganado con su sudor y su sangre.

Constelación se detuvo a observar detenidamente al Maestro de los Jardines. Era un hombre pequeño, enjuto, de mirada soñadora; pero al mismo tiempo altivo, valiente y trabajador, consciente de su insignificancia y de la gratuidad de la existencia del hombre pobre.

Acaso Jeda tuviera algunas de las respuestas. El niño-Rey llegaría al Doble Palacio a través de un hombre justo. Así tenía que ser.

Había que ser paciente. Solo eso. Debía sentarse esperar.

Y Constelación llevaba ya más de cuarenta años esperando. Un día se cansaría de esperar. Muy pronto, acaso antes de lo que nadie podía imaginarse.

1

El avefría se alzó de la tierra limosa penetrando flameante en el campo de cañas. Su cuerpo, contoneándose incansable, compuso una sinfonía de negros aleteos, en la que el curvo rodete que coronaba su cabeza parecía danzar con el viento. Pensó luego en ir un poco más allá, hasta la orilla, donde pálidos gigantes vestidos de lino vivían en su universo de lentos reflejos y apagados colores. Pero intuyó dos sombras colosales acercarse, e imparable, vertiginosa, rectificó su movimiento y se perdió hacia el oeste, difuminándose su rastro en la losa de los cielos.

—¡No, esa no!

Kamutef había extendido su mano derecha intentando asir el vacío, y sus dedos se cerraban ya sobre uno de los capullos, acariciando con la imaginación sus blancos pétalos. Se volvió hacia su madre y sonrió; de entre los arbustos emergía pálida y radiante su bella dama, y su faz desprendía mil aromas de aceites perfumados, y sus palabras eran como ríos de vino, que vuelven ebrio al que escucha y loco al que recuerda:

—Las azucenas son los espíritus predilectos de la Señora de los Campos. Se al-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

zan coquetas de sus largos talles y nos ignoran cuando torpes las embestimos en pos de un esplendor imposible de recrear. Pero también son novias ladinas y exigentes, mudarán su belleza y se despojarán de sus vestiduras si las tomas antes de que estén completamente abiertas, listas al fin para ser poseídas por nuestra avaricia.

Ocultas en las copas de los árboles, una mona les lanzaba cáscaras de dátiles y hubieron de refugiarse unos Codos más allá, junto al cauce de las aguas. Kamutef sonrió a la traviesa figura e intentó luego imaginar una flor desnuda, su encanto marchito, su perfección demudada en nombre de rígidos preceptos que no admiten salvedad ni explicación, y pensó que la naturaleza era en verdad un amo caprichoso, demasiado pronto a volver inextricables las cosas sencillas.

—¿Por qué?

—Es la Regla. Al hombre obediente y mesurado le ofrecen los dioses atenciones sin fin. Al que se obstina en enfrentar la vida ninguna dádiva le bastará, pues tras un muro siempre hay otro. Ninguna batalla conduce a la victoria.

Kamutef conocía bien las enseñanzas de los antepasados y sabía hasta qué punto Luminosa-nova, su bella dama, necesitaba de ellas para aceptar el dolor y la miseria de aquellos últimos años. Aunque solo un niño, su corazón era despierto y ágil como una gacela y admiraba ya maravillado pero distante el universo de los mayores como al Gran Río que, inagotable, hendía su lengua de limo y caña para dar vida a la Tierra Mestiza.

—Madre...

Su voz se había vuelto fría como el aire de la noche.

—¿Sí, hijo mío?

—¿Podría un hombre vivir sin el amparo de la Regla?

Cuando tuvieron suficientes vástagos, Luminosa-nova juntó los tallos en su regazo y tomó la senda de la dársena; más allá alcanzarían el embarcadero y los primeros edificios de la vieja Ipu y, finalmente, serpenteando por olvidados y cenagosos senderos de tierra, avistarían la casa y sus huertos. Kamutef conocía bien el camino, todos los días iban a buscar a los marjales, o incluso más allá, un ramo para su abuela, la buena Medianoche. Ella les esperaba sentada en su taburete, el rostro vuelto a un lado, los ojos vidriosos. En la quietud del mediodía, parecía una talla de piedra esculpida a cincel, acechando torva en los lindes de su finca para guardarla de extraños.

—¿Dónde has ido, Senra? Llevo esperándote desde hace una eternidad. ¿Por qué maltratas así a tu pobre madre? —decía siempre Medianoche, con voz cansada.

Y Luminosa-nova se inclinaba entonces sobre el abatido perfil de la anciana y acariciaba su barbilla, la prendía de la cintura y terca aguardaba que se avivase



Crónicas de la Tierra Mestiza.

algún apagado rescoldo en el fondo de su alma. Lentamente, siempre lentamente, las tinieblas se disipaban y Medianoche sonreía por un instante; luego sus facciones se ensombrecían y los recuerdos levantaban negros corredores de angustia, corredores por los que Medianoche trataba de huir y Luminosa-nova la perseguía.

—Senra ya no está entre nosotros. Hace ya muchas Estaciones que falta. Tu nieto te ha traído unas flores para que las pongas junto a tu estera, en ese jarrón que...

—No quiero flores, quiero a mi Senra. ¿Dónde está? ¿Qué has hecho con él?

En el cielo las nubes se abrían y se cerraban, jugando con el azul del lapislázuli y el verde de la malaquita, el blanco de la cal, ocre, amarillo y rojo, para fundirse en rizos glutinosos de donde fantásticas figuras venían a nacer y a transformarse.

—Murió en el asedio de Hetuaret, madre. Fue el primero en avanzar. Aún se habla de él en las tabernas y los mercados. Una leyenda entre Los Muchachos Del Fuerte Brazo. Incluso he oído que el Dios Bueno Tutmose estuvo a punto de colgar de su garganta el collar con Las Moscas de Oro.

Kamutef abandonó el porche de la entrada y marchó tras la casa; *a cazar mariposas*, hubiese respondido si le hubieran preguntado, pero en realidad se alejaba, sencillamente. Llevaba dos años escuchando la misma conversación, los mismos razonamientos, las mismas demandas y la misma rabia contenida. A estas alturas, ya sabía que todas las viudas de guerra dicen que a sus maridos les han estado a punto de condecorar con esta o aquella distinción y oropel, y que el asalto a Hetuaret había tenido lugar hacía veinte años por lo menos, no unas pocas estaciones atrás, y acaso Senra había muerto de escorbuto en alguna guarnición de frontera, o persiguiendo a unos pobres humanos descalzos, con espadas de madera y miembros famélicos recubiertos con piel de leopardo.

—¡Maldito seas, Senra, y maldita esta condenada Tierra Mestiza que me ha hecho llegar a vieja para cubrirme de llagas y padecimientos!

Medianoche lloraba otra vez. Ya sabía el resto. Su madre se sentaría a su lado y trabajaría en las azucenas recién recogidas. Más tarde, cuando estuviera la comida, le llamaría a voces, le buscaría en los sembrados y al final daría con él. Solo ella sabía siempre dónde encontrarle.

—¡Kamutef!

Invisibles como los vientos nuevos de la cosecha, sus miedos se disiparon, sus dudas se desvanecieron, y acudió a los brazos de su bella dama, que le esperaba sirviendo rebanadas de pan con puré de lentejas.

—¡Vamos, hermoso Príncipe, que luego te esperan tubérculos de papiro asados y..., tal vez, solo tal vez, un pastelillo de pasas y frutas!

Se sentó a la mesa. Medianoche tenía los ojos aún húmedos de lágrimas vertidas



Crónicas de la Tierra Mestiza.

y de impotencia. Afuera, Kamutef había atrapado una mariposa que erraba distraída entre los guijarros. La tenía en su puño, sometiendo mezquino su grácil voluntad. Quiso mostrársela. El insecto, aterrorizado, tan pronto se vio libre emprendió un vuelo frenético y zigzagueante lejos de su captor.

—¿No es hermosa, abuela?

La anciana levantó la cabeza y sus ojos ya no estaban nublados, sino enrojecidos de rabia y de dolor.

—Senra, nunca vayas a Hetuaret. Allí hay hombres sin alma, demonios hambrientos del Occidente que robarán el corazón y las entrañas a tu madre.

2

El despertar de Re hacía rato que inundaba con su luz sus pobres ojos cansados. Medianoche los apartó y vio al ser amado salir de la casa con paso decidido.

—Abuela, despierta por favor.

—No dormía. ¿Qué quieres, Senra?

En la cosecha, cuando las espigas empiezan a amarillear, el aire se llena de tiras de paja provenientes de la siega. Enseñoreado de volutas, el cabello de la anciana se alzaba envuelto en una danza de blancos rizos y destellos de cornalina.

—¿Has visto a mi madre?

Medianoche le miró un fugaz instante tratando de relacionar los pedazos de realidad en su corazón. Si él era Senra, entonces *ella* era su madre. Pero si no lo era, ¿dónde estaba Senra? Pero no era eso lo que le habían preguntado, le preguntaban por Luminosa_nova, le preguntaba su nieto, Kamutef, el hijo de Senra. Medianoche suspiró; aún le restaba un atisbo de cordura.

—No lo sé. Me trajo un ramillete de gladiolos, y luego fue a buscarte, o a buscar algo a la ciudad, o a enviar una carta. ¡Sí, eso dijo! Una carta —rio, hipó, le besó en las mejillas y regresó al silencio glacial de costumbre.

Kamutef fue hasta la cocina, cogió un puñado de higos y se sentó a esperar a su bella dama. Bostezó y se llevó a la boca el primero de ellos. Lentamente, le ganó el sueño y sus ojos comenzaron a cerrarse casi sin darse cuenta, hasta que...

—¿Duermes?

—... no, mamá.

—Mientes, Kamutef, pero no importa. Ven, tenemos que hablar de muchas cosas.

En la cosecha, el aire se llena de sonidos nuevos, viejos sonidos: el carro del amo y



Crónicas de la Tierra Mestiza.

su lacayo, los agrimensores con sus rollos de papiro y sus tinteros, las codornices revoloteando cerca del precioso grano, los niños que las ahuyentan con sus chillidos...

—Hijo, ¿te acuerdas de Jeda, tu tío, el hijo del hermanastro de tu padre?

Kamutef recordaba a un campesino estirado vestido con lino de la mejor calidad que había aparecido el último día de duelo con un séquito de plañideras y porteadores. Recordaba que les había hecho quedar como pordioseros con su aportación al ajuar funerario: lecho de ceremonia, armarios, cofres y vajilla completa. Recordaba sus manos agrietadas y sus labios resecos, y un rostro ovalado y taciturno que, aun siendo tan semejante al del pobre Senra, no se le parecía en nada.

—No sé quién es.

—¿De verdad no te acuerdas?

—No.

En la cosecha, el aire se llena del hedor sofocante a sudores de muchos hombres, del segador y el trillador encorvados desde el alba al anochecer, de los espigadores y los mendicantes, de burros cargados de grano enfilando cansinos el camino de la hacienda...

—Tu tío y yo hemos estado carteándonos, últimamente. Yo soy una viuda sin recursos y tú necesitas...

—Puedo trabajar.

—Tienes seis años.

—Podría arar la tierra yo solo.

—Kamutef, por favor.

—Podría hacerlo.

En la cosecha, el aire se llena del tacto de la tierra, del roce quejumbroso de un sinnúmero de espigas dispuestas en la era, del paso de los boyeros, los labradores y los hacinadores, del hollar de las bestias y el siseo de las horcas...

—Tu tío vendrá a buscarte antes de las Fiestas del Valle. Marcharás a Ity-tawy, al Doble Palacio de Ity-tawy, y aprenderás un buen oficio para labrarte un buen porvenir.

—Aquí podría trabajar..., y aprender un buen oficio y labrarme un buen porvenir.

—Lo harás por mí.

Recuerda que fue tu madre la que te trajo al mundo. Procura que nunca pueda censurarte ni levantar las manos al cielo para quejarse de ti; eso decían los escritos de los antiguos. Kamutef tenía presente las palabras de los Sabios Inmortales; de nada servía resistirse. Él era un bastón torcido y Luminosa-nova luchaba por enderezarlo.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Lo más importante, lo primero de todo, era el respeto a la madre. Inclino la cabeza.

—Obedeceré.

En la cosecha, el aire se llena de miedos y de esperanzas vanas. ¡Ay del campesino que haya ocultado siquiera una medida! ¡Bendito aquel que se ha enriquecido y hace rico igualmente a su Rey, a su ciudad, a su Comarca, a su ribera del Gran Río, a su país, a los agrimensores, a los nobles y a los estadistas de palacio! ¡Bendito sea!

—Madre...

—¿Sí?

—Cuando haya aprendido un buen oficio y me haya labrado un buen porvenir, ¿podré regresar a tu lado?

En la cosecha, los días son muy largos y las noches muy cortas.

—Rezaré cada amanecer para que, llegado ese momento, quieras aún regresar junto a tu pobre madre.

3

La misiva de su cuñada llegó al atardecer, mientras terminaba los preparativos para la Gran Recepción de Embajadores en el Palacio de Ity-tawy. Jeda removió la cabeza, entre pesaroso y contrariado. No había sabido nada de ella desde la muerte de Senra. Demasiado tiempo. ¿Cuántos años tendría ahora su sobrino? Por lo menos cinco. En verdad, todo aquel asunto le hacía sentirse bastante mal. Socorrer a la viuda en tiempos de aflicción era su deber como hombre y obligación de hermano. Además, acaso habría ganado peso para su corazón cuando, llegada la hora final, el Cinocéfalos dirimiera sus actos en la Sala de las dos Verdades.

Hizo que su secretario volviera a leerle la carta y luego le despidió sin contemplaciones. ¿Qué haría él con un niño de tan corta edad? Las cargas familiares no eran sino un lastre para la vida de palacio. ¿Cómo, sino a base de una completa dedicación, habría alcanzado un puesto como el suyo con apenas treinta años? Jeda, Maestro de los Jardines del Rey. Jeda, que había comenzado de simple aprendiz en los huertos, entre aperos de labranza, raíces, bulbos y verdugones propinados con una vara de sauce por el antiguo Maestro, el infame Heb, que los dioses le tengan en su gloria.

—¡Por las mil bestias del Desierto Oriental!

Iracundo, atravesó una a una las reales estancias arrancando las guirnaldas de flores e hizo traer a todos sus jardineros para repetirles cómo y de qué manera, exactamente, debían atar y trenzar cada ramillete. En el comedor de la Sala de Audiencias le vieron despedazar hasta el último centro de mesa por considerar las especies escogidas demasiado olorosas para un banquete y decidió que se quedaría hasta que



Crónicas de la Tierra Mestiza.

hubo formado el esqueleto de todos los cestos que debían sustituirlas.

Tan absorto estaba el maestro en su trabajo, que no vio llegar a sus espaldas a dos altas figuras carmesíes. La primera, completamente desnuda, era uno de los Loo más preeminentes dentro de la SoGen, la secta genetista que dirigía Constelación desde el Dominio de las Esposas del Dios. Precesin, que así se llamaba el alto dignatario, era uno de los pocos Loo macho nacidos en la Tierra Mestiza. Se trataba de un espécimen corpulento, que movía sus ojos compuestos en derredor buscando un lugar donde enfocar su atención, distorsionada por veintiséis lentes que giraban interminablemente.

Detrás de él estaba la sabia Lithista. Vestía el caparazón que habían traído los Loo del planeta Biwoses, el que llevaban cuando se zambullían en sus ciudades-estanque. Aunque no era tan alta ni fornida como Precesin, la vieja concha ceremonial le daba un aspecto hinchado y le hacía parecer torpe de movimientos. Pero nada más lejos de la verdad. Ni siquiera los Loo hermafroditas del sur o la propia Constelación eran tan ágiles y poderosos como las Lithistas. Ellas habían heredado la fuerza de los antepasados. Solo uno entre cien mil nacía con los vestigios de aquella antigua unión simbiote: los viejos espolones a los costados, que regulaban la temperatura corporal, y el Krank, la bestia de las que se nutrían las Piedras Sintientes y gobernaba los robots de palacio.

—¿Es este humano Jeda, el Maestro de los Jardines? —inquirió Precesin mostrando sus incisivos, afilados como cuchillas.

Jeda se revolvió, dejando caer un cesto casi terminado al suelo.

—Él es a quien buscamos —dijo la Lithista, juntando las manos en un gesto de respeto.

—Yo... yo —tartamudeó Jeda, incrédulo—. No esperaba la visita de sus excelencias.

—La Señora del Cielo nos habló de ti —le explicó Precesin—. Nos pidió que estuvieras presente mientras se crea la dualidad en la roca.

¿Milagro? ¿Dualidad? Jeda tardó un instante en comprender que se estaba refiriendo a la simbio-piedra. Había oído al Intendente de la Gran Casa que el Rey tenía pensado convertir la Sala de Audiencias en un lugar vivo, que reaccionase ante los diferentes estados de humor de sus inquilinos. Una nueva forma avanzada de Piedra Sintiente o algo por el estilo. Pero no prestó mucha atención. Tenía demasiadas cosas ya en la cabeza.

—No entiendo por qué la Reina-madre podría desear que alguien como yo fuese testigo de una ceremonia privada como esta y... —pero Jeda detuvo su lengua. La Lithista ya estaba cantando, y su voz hablaba de los océanos primigenios del planeta Biwoses, de la furia de las aguas, del sentimiento de plenitud y soledad en las



Crónicas de la Tierra Mestiza.

cavernas abisales, de sobrevivir a cualquier precio aun en la oscuridad de las profundidades. El tono de la canción se hizo más agudo hasta que Jeda hubo de taparse los oídos. Luego, súbitamente se volvió grave, sereno, hasta convertirse apenas en un susurro, como el rumor del oleaje.

—¿No es maravilloso? Serás el primer humano que asista al milagro de la expulsión del Krank —dijo Precesin.

Terminado su canto, la Lithista tomó aire por los pulmones. Precesin arrojó un balde de agua a su cabeza y las branquias del Loo se abrieron un breve instante, como si también estuvieran a punto de echarse a cantar. Pero Jeda no estaba preparado para lo que vino a continuación.

—¡Amón bendito! —exclamó, incrédulo.

Las mandíbulas de la Lithista se abrieron de par en par y entonces pudo ver la cabeza de un ser que a primera vista le pareció una flor colosal y fantástica, pero al cabo se dio cuenta que los pétalos no eran sino un sinfín de pequeños tentáculos radiales y que el estigma era en realidad una boca que se contraía luchando por su nacimiento. Nunca había visto cara a cara a un Krank. Alguna vez, un breve instante, un retazo de aquel ser asomaba por la cerviz de un robot doméstico, pero todo el mundo apartaba la vista ante el menor atisbo de un ser tan repulsivo.

—He aquí el milagro de la simbio-piedra —le descubrió Precesin, con una sonrisa.

El Krank saltó de la garganta de la Lithista y cayó sobre el enlosado con un ruido viscoso de chapoteo. No tardó en arrastrarse hacia la pared más cercana y fundirse en ella hasta desaparecer.

—¿Por qué tenía que asistir a esta ceremonia? —musitó Jeda en dirección a Precesin.

El alto dignatario de la SoGen se encogió de hombros.

—Yo solo obedezco a mi Señora del Cielo. No sé más.

La Lithista se incorporó en ese momento. Resoplaba, al límite de sus fuerzas. Precesin tuvo que sujetarla un momento temiendo que no pudiera tenerse en pie y sonrió a Jeda, enigmático. Al cabo, la Lithista caminó hasta la pared por donde había desaparecido el Krank y se arrojó sobre ella. Su cráneo resonó de una forma extraña, como un ánfora rota.

—Un final digno para la más digna de las profesiones —dijo Precesin, sin poder disimular su emoción.

Su cabeza estaba en el suelo, destrozada. El viejo caparazón ceremonial quedó hecho añicos en el suelo. La Lithista había muerto.

—Si usted lo dice, excelencia —contestó el Maestro.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Meneando la cabeza, Jeda se alejó de la Sala de Audiencias, sin fuerzas para ver cómo la piedra comenzaba a crecer, creando nuevas formas, columnas, esfinges, pedestales. Precesin sollozaba a su espalda.

—Si usted lo dice...

Y pronto toda aquella escena se borró de la mente del jardinero. Tenía demasiado trabajo pendiente. Además, nada le importaba aquella escena espantosa que acababa de presenciar, y todavía menos los motivos que pudieran tener los Loo para que él fuese testigo de algo semejante.

Cuando ya hubo anochecido Jeda tuvo la idea de descolgar los gladiolos que guardaban en los secaderos y prensarlos para embellecer mesas, sillas, taburetes y tocadores, y también arcones, hornacinas, estantes y reposacabezas. La Gran Casa debía resplandecer como la faz de Re en la primera alborada. Esas habían sido las palabras del divino Jiserkare, y por la boca el Dios Bueno exhalaba Verdad, Salud, Fuerza, Hábito de Vida, Armonía..., los fundamentos de la ley y el baremo de la Regla.

No daría oportunidad a la menor equivocación. Si era necesario, trabajaría hasta caer rendido.

Y entonces Jeda reanudó su trabajo encaminándose hacia la senda de paso que los invitados tomarían camino de la Sala de Audiencias.

De madrugada, luego que el silencio se apoderara de los Jardines del Rey, Tebi y Djoser iniciaban su ronda. Hablaban del buen vino y las buenas mujeres y de la mejor manera de romper el sello de ambos sin ensuciarse demasiado las manos. Reían. Eran viejos amigos. Habían servido con el gran Tutmose desde sus primeras campañas de reconquista y ahora, orgullosos y ajados, se les permitía envejecer bajo la protección del Doble Palacio.

En la memoria quedaban los altos muros de Hetuaret, donde toda una generación de jóvenes mestizos habían dejado la vida; quedaban atrás igualmente la dicha por la victoria y el entusiasmo del efímero instante en el que por fin el Rey pudo ceñirse las coronas blanca y roja, que en el lejano Egipto simbolizaran la unión entre el sur y el norte del país, pero que hoy eran el emblema de la unión de un nuevo pueblo nacido de humanos y de Loo. En la memoria a veces las cosas se visten con formas opacas, y no parecen las mismas de tantos ámbitos que no pueden ya recorrerse.

Tebi fue el primero en ver al intruso. Señaló en la lejanía aquella figura que gateaba junto a la Muralla Este y a punto estuvo de aullar de emoción. Avanzando apresurados con la lanza en ristre sus recuerdos volaban hacia el pasado, y Djoser tenía veinte años, y Tebi tenía dieciocho, y esos bárbaros solo-humanos, los Puros, resistían uno a uno los embates de la infantería Meshaw, los Muchachos de Fuerte Brazo, en cuyas unidades ellos servían.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—¡Cuidado!

Los perros solo-humanos trataban de romper el asedio. Aquel carro de guerra abandonó su escuadra y enfiló directamente hacia ellos, levantando nubes de polvo y astillas, pero Djoser fue más rápido; con la punta de su lanza láser apuntó al lanzador y una línea carmesí brotó del extremo de su arma, derribando a su enemigo sin esfuerzo. Detrás de él, Tebi pinchaba a los caballos hasta que estos se revolviéron, volcando la caja y separándola del yugo.

La caballería de los Puros no podía competir con la suya, pues no habían incorporado los avances técnicos con que los científicos Loo dotaban a los ejércitos mestizos. Aquella batalla estaba resultando una matanza. Y, sin embargo, en ese mismo instante, un descuido estaría a punto de costarles la vida.

«No bajéis nunca la guardia ante los vencidos. Hay muchas maneras de morir en batalla, y casi todas son fruto de la confianza y la estupidez.»

Habían olvidado las palabras de Senra, su adiestrador en la Casa de la Guerra y jefe de su unidad, y se acercaron exultantes a los restos del vehículo. Los caballos habían huido. El Conductor estaba muerto, estrangulado con las mismas riendas que le habían servido para gobernar su máquina infernal.

Djoser se inclinó sobre el cadáver empuñando su espada y cortó su mano derecha; con un gesto de su cabeza le indicó a su compañero que se apresurase a hacer lo propio con el Lanzador si no quería quedarse sin trofeo. Luego, de pronto, la escena se había tornado otra bien distinta: su espada había salido despedida y las riendas giraban y giraban apretando su cuello. El aliento del Puro traidor, que se había hecho pasar por muerto para engañarle, rebotaba denso en su nuca. Quiso gritar, quiso correr, quiso luchar, pero los colores perdían ya su intensidad cuando vio a Senra, su instructor, dando la última zancada, preparado para saltar sobre su enemigo. Quizá fuera ya demasiado tarde.

Pero al abrir los ojos su rostro se transfiguró en el del Maestro de los Jardines del Rey, que pateaba con los ojos desorbitados.

—¡Por el mismísimo falo de Osiris! —aulló Djoser—. ¿Qué hacéis a esta hora aún trabajando? ¿No os dais cuenta que pronto amanecerá? ¿No os han enseñado los escribas que, en la oscuridad, los vampiros del Inframundo acechan a los incautos para devorar sus almas?

Jeda arrojó su azada al suelo y trató de sonreír y recomponer sus vestiduras, pero su voz le traicionó y solo acertó a tartamudear:

—Yo... yo solo estaba recortando los arriates. Solo quería adornar el camino que mañana tomarán los invitados.



4

La nave, por un momento, aguardó remansada en la expectación y el mutismo de sus ocupantes. Todo estaba listo.

El Que Da La Cadencia hizo sonar su flauta y treinta remos se alzaron a un tiempo para bogar sobre las verdes aguas del Gran Río. En el altar del capitán, espirales de incienso se elevaban al cielo para dar gracias a los dioses. Los presagios eran favorables y la embarcación abandonó lentamente la sombra de la vieja Ity-tawy, la ciudad del Rey. Con su largo casco acabado en flor de loto, sus formas deliciosas parecían a punto de elevarse y emprender el vuelo hacia el firmamento, en busca de la unidad. Jeda, cansado de oficiales pavoneándose de sus conquistas y de marineros demasiado obtusos para decir gran cosa, se acercó a la camareta central, donde ya le esperaba el Príncipe Bakenkhonsu, un engreído jovencito de apenas dieciocho años.

—El Dios Bueno, nuestro Soberano, debe teneros en alta estima, Maestro de los Jardines, cuando os permite emplear a Montu Victorioso, la nave capitana, para un asunto personal que en nada favorece ni perjudica a los asuntos del reino. Yo he tenido la suerte de llevar el mismo rumbo que vos, pues en el Doble Palacio me indicaron que el uso de la nave ya había sido apalabrado para vuestro transporte.

Jeda asintió. Bakenkhonsu era un ser repulsivo. Obeso, de una corrección untuosa que escondía al más zafio y patético de los hombres, se mantenía en la corte por ser uno de los pocos que podían presumir de una línea de sangre directa con Rameses, hermano de Tutmose, e iniciador de la gran unificación del Doble País frente a los Puros. Así pues, era un ser repulsivo, obeso, zafio, patético y... peligroso. Debía ser precavido. Jeda escogió un racimo de uvas, separó dos o tres frutos y engulló distraído el primero de ellos.

—Jiserkare es generoso con los que fielmente le sirven, como vos y como yo, y nada le place más que restar a nuestras cargas el peso de nuevos contratiempos. Del naciente al poniente se rebosa alegría, pues la magnanimidad del Rey es inmensa como el océano primigenio y su furia se hace sentir en los Nueve Arcos con la fuerza de un millón de hombres.

El Príncipe Bakenkhonsu terminó de masticar una almendra e hizo un gesto con la mano. Antes de que lánguida la dejara caer sobre una de sus piernas, gruesa y estriada como un tronco de palmera, ya les habían traído unas jarras de Shedeh.

—Tus palabras son sabias —ahora le tuteaba—. En el Doble Palacio se alaba tu fidelidad y servicio, y pronto presumo se hablará de tu... diplomacia. Tus cualidades no pasan desapercibidas. Pocos han llegado de la nada hasta donde tú estás —sonrió cordial—. Espero que me consideres tu amigo.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Estrecharon sus manos. Unas copas de vino más tarde se les vio apoyados en las barandillas de estribor cantando tonadas picantes e intercambiándose amuletos. Montu Victorioso se fue a un lado de pronto, enrabiado, y ambos resbalaron quejosos por el suelo de la cubierta. Estallaron en carcajadas. Al poco, recordando seguramente su dignidad, se les vio apresurarse hasta la camareta central, y allí tomaron asiento para reflexionar en decoroso silencio.

—¡Viento del norte!

El Que Da La Cadencia hizo sonar su flauta y treinta remos se alzaron a un tiempo para bogar sobre las verdes aguas del Gran Río.

En el puerto de Ipu, Jeda tomó tierra, saludó cortésmente a su buen amigo Bakenkhonsu, que continuaba travesía hasta Mennefer, y se preparó para la última parte del trayecto. El Príncipe, sin duda, había tenido ya bastante con aquel paseo inicial y ahora se daba prisa en llegar a su destino. Por un instante, Jeda se quedó en la orilla mirando cómo la nave encendía los nuevos motores eléctricos alimentados por energía solar. La idea, desde el comienzo, había tenido una excelente acogida, pues todos veían extremadamente natural que el padre Re, que de tantas cosas proveía a sus hijos, les diese en su magnanimidad aquel nuevo regalo venido del cielo. Sin embargo, Jeda lamentaba lo rápido que se estaban produciendo los cambios en su mundo. Muy pronto, todas las embarcaciones dispondrían de aquellos ingenios mecánicos y la navegación por el Gran Río no volvería a ser como antes.

Pero nada es nunca como antes.

Jeda descubrió con agrado que sus órdenes se habían cumplido al pie de la letra: junto al camino se habían dispuesto una decena de carros, su silla de manos y seis portadores mecánicos, por lo que el viaje resultaría cómodo y hasta reparador después de los enérgicos vaivenes de Montu Victorioso.

Las gentes, que le veían pasar en su acolchada tarima, se interrogaban sobre la identidad del personaje que se permitía pasear con la pompa de un Visir y hacían apuestas sobre los honores que disfrutaría o su parentesco con este y aquel otro Rey.

—He oído decir que es primo carnal de... —consiguió distinguir entre el estruendo de la muchedumbre.

Jeda no ignoraba que hacía ostentación de una opulencia que, por su cargo, no le correspondía. Tenía sus propias razones: en siete años había salido tres veces de palacio, y siempre por razones perentorias; no gastaba un Deben de su sueldo en juergas o mujeres, excesos de los que hacía tiempo se había liberado; era parco en el vestir, parco en el comer y no gustaba de afeites ni abalorios. Nada le importaba sino sus sembrados, su estanque y sus arbustos en flor. Sin embargo, cada vez que el azar le obligara a salir de dominio, se trasladaría como si fuese el mismísimo Dios Viviente, y no pondría un pie en el lodo si antes no se había desplegado una esterilla y



Crónicas de la Tierra Mestiza.

cinco pares de sandalias doradas.

Una hora después, enfilando el camino de la ribera, vio a un enorme gentío congregado en la casa de su tía Medianoche. No le gustó. Creía recordar que las Fiestas del Valle no comenzaban hasta el mes siguiente; además, la Cosecha estaba ya en marcha y los braceros deberían estar cuidando de los campos. En un pequeño quiosco, al final de la propiedad, se hacinaban casi todos los curiosos. Tuvo de pronto la certeza de que algo terrible terminaba de suceder y se echó hacia atrás, mareado. Ordenó a los robots porteadores que avivaran el paso. Nada aún. Frunció los labios y acarició la efigie de Amón que adornaba su pecho.

Los alguaciles hicieron detener a la comitiva. Jeda descendió apresurado, llevándose por delante uno de los robots porteadores, que se arrojó al barro intentando que su amo no tropezase. El Krank que lo gobernaba asomó un instante por la cavidad craneal de la máquina y pareció dispuesto a emitir una queja desde la diminuta ranura de su boca. Pero el Krank era un ser mudo, ciego y dócil; *vacío de todo salvo de la voluntad de servir*, decían los Loo. Jeda ni siquiera reparó en el gesto de su lacayo y pisoteó su cuerpo metálico, como si fuese una pasarela improvisada, tambaleándose camino del viejo templete. Lo habían construido entre él y su primo Senra, hacía una eternidad. Entonces era solo un niño y durante muchos días trabajó, sangró y respiró para que aquel pabellón de madera cobrase vida. Volvió la vista: pese a estar terriblemente desfigurados, reconoció al momento los cadáveres de su tía Medianoche y de Luminosa-nova, su cuñada, tiradas como perros sobre los listones de enebro que él mismo serrara muchos años atrás.

—Amón misericordioso...

Los allí congregados estaban igualmente sorprendidos por la súbita irrupción de aquel aristócrata y toda su mesnada en una pobre finca campesina. Un hombre con túnica blanca se inclinó hacia él cortésmente. Comprendió al instante que le habían tomado por un noble remilgado y pedante que se había perdido en su peregrinaje hacia la Ciudad Santa de Abedju, a pocos Iterus de distancia:

—Os advierto que habéis irrumpido en mal momento, pues nos hallamos en medio de una investigación policial. Haceros a un lado y en breve podré atenderos con la dedicación que os merecéis —Su tono de voz seguía siendo cortés, pero también firme. Al fin y al cabo, era el encargado de velar por la Armonía en la tierra de Ipu—. Mi nombre es Irzapa, magistrado de la Comarca de Minu.

Jeda apretó los puños y recordó la última vez que estuvo en aquel lugar, con su pobre tía. «*Hijo, debes venir más a menudo. Sin Senra, me moriré de pena.*» Le había prometido a la anciana que no faltaría en la próxima Estación. Habían pasado dos años.

—Soy Jeda, sobrino de Medianoche —extendió una mano hacia el primer cadáver,



Crónicas de la Tierra Mestiza.

y todos comprendieron—. Jeda, Maestro de los Jardines del Dios Bueno Jiserkare.

Todos dieron un paso atrás cuando oyeron el nombre de Re del monarca, y los que no se habían inclinado ya ante él se postraron ahora de hinojos. Jeda, que sentía vértigos y náuseas, solo pensaba en acabar con todo aquello para poder ir a esconderse en la casa como cuando niño. Por la puerta de atrás accedería a los huertos, y allí podría eliminar las malas hierbas, acondicionar el suelo o cavar, cavar un hoyo de diez Codos de profundidad, uno lo bastante grande para enterrarse a él mismo, sus diez carros, su silla de manos y sus muchos yerros y flaquezas.

—Por favor, prosigan.

5

El alimoche que cerraba el grupo picó abruptamente hacia el suelo, dejando atrás a su bandada. Había visto algo, pero ese algo había desaparecido. Planeó hacia la derecha, alejándose sin prisas. Era un espécimen mayor, un buscador avezado, se equivocaba pocas veces. Esta vez se había equivocado. Y, sin embargo, estaba seguro de haber sentido la carne muerta, llamándole, allí, muy cerca.

—¡No, aún no!

Kamutef había extendido su mano derecha intentando asir el vacío, y sus dedos se cerraban ya cerca de uno de los capullos, acariciando con la imaginación sus amarillos pétalos. Se volvió hacia su madre y sonrió; de entre los arbustos emergía pálida y luminosa su bella dama, y su faz desprendía mil aromas de aceites perfumados, y sus palabras eran como ríos de vino, que vuelven ebrio al que escucha y loco al que recuerda:

—Las rosas son los espíritus más delicados de la Señora de los Campos. Espera al atardecer, hermoso Príncipe, la pradera detesta a los impacientes. Cuando el sol disminuya su llamarada, entonces habrá llegado el momento de someter la belleza a tus apetencias.

Esta vez no quiso saber por qué y se limitó a aceptar que en las horas de más calor la naturaleza no permitía de buen grado que se segasen sus miembros; aunque lo encontrase ridículo, aunque precisamente a esas horas le apeteciera hacerlo, aunque lo deseara de verdad. Sabía que si preguntaba, su madre se limitaría a decirle que llegaría el día en que le resultaría fácil dominar sus emociones y sus deseos, que entonces sería un hombre, un adulto. Kamutef pensaba a menudo que ser un adulto era un término para designar la capacidad de someterse a uno mismo.

—Muy bien, mamá.

Su abuela, la buena Medianoche, se llegó hasta él y le cogió del brazo.

—Siempre has sido un impaciente Senra; el primero en dar un beso a tu madre,



Crónicas de la Tierra Mestiza.

el primero en cargar los bultos más pesados, el primero en escalar las murallas de Hetuaret, seguramente —Kamutef la vio sonreír para sus adentros y, por primera vez en muchos meses, le pareció que la anciana sabía exactamente lo que se decía. Que solo se reía de sí misma y de sus desvaríos.

Iban los tres a la ribera a lavar la ropa. Los cestos eran pesados, y se sentaron a descansar no pocas veces. El camino era largo y Luminosa-nova propuso que cantaran. Ella empezaría con la primera tonada:

*La boca de mi amada es tierna flor
sus pechos manzanas que en mi pasión,
vuelven sus dedos cálices de loto,
su cabello lirio de pétalos rojos.
Juro que no es desvarío de mi corazón:
la boca de mi amada es tierna flor.*

6

Los cocodrilos les seguían desde la ciénaga. Les habían visto reír, cantar, jugar..., y habían olido su sangre. En la estación árida recorrían las tierras cultivadas para devorarlo todo a su antojo. Ahora deseaban la carne de aquellas pobres mujeres, y también la del niño. Y la tendrían. Abandonaron el refugio de las aguas y se precipitaron hasta sus presas. Se detuvieron de pronto, ocultos tras unos troncos. También sabían esperar.

Las hienas vieron a los cocodrilos, vieron a los hombres, vieron una barca acercándose a lo lejos, y lanzaron al viento sus voces ululantes. Habían recorrido una gran distancia desde el desierto donde, aquella estación, les había ganado la escasez. Iban, como siempre, en manada, buscando carroña y presas fáciles, seres débiles que no pusieran en peligro su cobardía. Aquel asunto no era totalmente de su agrado. Pero no había nada mejor que hacer, y quedaron al acecho.

Entretanto, Kamutef no salía de su asombro. Era la primera vez que su abuela les acompañaba desde que tuviera uso de razón. Era la primera vez que la veía salir en años de su propiedad. Cuando antes había hablado con ella hubiera jurado que le reconoció y que solo hacía ver que le confundía con Senra, su padre, que se reía de sí misma, de la pobre vieja senil que ya no distingue el sueño de la realidad. Se la veía feliz. Luminosa-nova notaba también algo extraño en su actitud y no dejaba de mirarla.

—¿Le sucede algo, madre?

Medianoche les miró dulcemente a ambos, primero a uno y luego al otro, con sus enormes ojos verdes como la miel. Le habló a Kamutef, su querido nieto:



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Esta noche, Senra, tu padre, se me apareció en sueños. Me dijo que hoy vendríamos al lavadero a cumplir con el destino. Me dijo que pronto me reuniría con él, que nos reuniríamos con él —Miraba ahora a Luminosa-nova—, y que no temiéramos, pues estaba escrito hacía mucho en la paño de las Háthores que acudiríamos al encuentro del ser amado y nos alcanzaría la paz y la unidad con los dioses —puso una mano en la de su nuera—. Has sido una buena esposa. Senra eligió sabiamente, y me alegro por los dos. Cuando era un muchacho de apenas quince años y le hallé malherido no muy lejos de aquí, en la otra orilla del río, supe que Senra sería el sustento de mi vejez. Por eso lo adopté y le di cobijo en mi casa. Mi sobrino Jeda es distinto, bien lo sabes; él no tiene más que un adarme de vida en sus venas, y apenas tiempo para otra cosa que sus plantas y sus temores a que ese adarme de vida quiera finalmente alzarse y vivir, respirar libre, aunque sea un breve instante. Solo lamentó que, precisamente hoy, cuando venía de visita después de tanto tiempo, no tengamos ya ocasión de verle, de darle un abrazo de despedida.

Luminosa-nova era una mujer supersticiosa y creía en el poder de los sueños, pero, ¿acaso Medianoche no habría enloquecido de dolor? La pobre mujer había sufrido mucho desde la muerte de su primogénito. No merecía que la reprendiese, ni siquiera que la contrariase.

—No todo está en los sueños; a veces las visiones no responden a la verdad. Para eso están aquellos hombres sabios que saben interpretarlas. Buscaremos a uno en el pueblo que posea ese don y así ya no tendrá que preocuparse por sus pesadillas.

Pero la anciana estaba tranquila, extrañamente sosegada, como si nada importara ya.

—No temas, hija mía. No escuches mis delirios si no quieres. Pronto caerá la tarde y podréis recoger esas rosas para mí. Las pondré en el jarrón que me regalaste, junto a mi estera, pero ahora siéntate a mi lado y no temas porque es tan breve la vida que no hay tiempo para el temor, solo para amar.

El cocodrilo apareció de la nada. La cabeza de su abuela desapareció entre sus fauces. Luminosa-nova saltó a un lado e intentó zafarse, pero un segundo reptil la asió de la cintura. Kamutef asistió atónito a los gemidos desgarradores de su bella dama y luego hizo lo que tenía que hacer, lo que todos los mestizos saben que hay que hacer. Desde la copa del sicomoro, como en una pesadilla, vio cómo llegaban las hienas.

—La boca de mi amada es tierna flor, sus pechos manzanas que en mi pasión...
—canturreaba.

Nunca supo cuánto tiempo pasó aferrado a la corteza del sicomoro. Le despertó su propia voz repitiendo como un eco aquellos primeros versos de la canción de Luminosa-nova. «Es hora de recoger las rosas», pensó. Los cocodrilos se habían marchado. Su padre decía que esas bestias huelen el peligro. Las hienas iban de un lado a otro, le miraban de soslayo y seguían con su festín. No parecían demasiado ham-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

brientas, cogían un poco de aquí, otro de allá y se sentaban a la sombra, vigilantes. Él era el postre, seguramente, una golosina que dejaban para el final. No importaba. Era hora de recoger las rosas.

—... vuelven sus dedos cálices de loto, su cabello lirio de pétalos rojos.

Descendió del árbol y las hienas, en silencio, se apostaron a su alrededor. Cogió la primera rosa. Sacó una pequeña daga. El corte en bisel, como le habían enseñado. Un gruñido. El monstruo estaba a su lado, relamiéndose. Entonces oyó como un silbido, y un brillo deslumbrante de metal avanzando vertiginoso sobre las aguas. Suspiró, inmensamente cansado.

—Juro que no es desvarío de mi corazón: la boca de mi amada es tierna flor.

7

Las estrellas habían detenido su trasiego infinito. Re, indeciso, se asomaba desde la balaustrada del horizonte para contemplar a su hijo. El universo todo puso sus ojos en Amu, y Amu esperó removiendo los pies, cabizbajo.

Amu era arponero del río. Con su poderosa lanza era capaz de atravesar un cocodrilo de lado a lado; eso era, al menos, lo que él decía. Miró a Irzapa y a Jeda. Se sentía estúpido allí plantado dando razones de aquellos dos cuerpos bañados en sangre. Amu era un héroe, un ser superior, no tendría por qué dar explicaciones de ninguno de sus actos.

—Le di a una en el lomo y las otras huyeron —Escupió al suelo—. Yo no uso esos arpones Loo tan modernos con sistema de autoguía por calor, ¡pero no me hace falta! Las hienas son unos demonios cobardes y al primer lanzamiento desaparecieron de mi vista. Así que me llevé a las señoras en mi barca y las traje a la finca. ¡Por la sangre de Horus! Esos demonios habían hecho bien su trabajo. No sabía dónde dejarlas, en la casa lo ensuciarían todo, ¿no es cierto? Entonces vi el templete y me dije: Amu, este es un buen sitio. Al fin y al cabo seguro que las buenas señoras venían aquí un día sí y otro también, entrada la tarde, ya saben, con una jarra de vin..., unas infusiones quería decir. Seguro que el sitio les gusta.

—¿Dónde está el niño? —preguntó Jeda.

—Se fue a la casa. Parecía en otra parte, no sé si me entienden —escupió al suelo—. Le expliqué cosas de mi trabajo, a ver si se animaba, cómo hacemos los arpones tradicionales y todo eso, y él me contestó no sé qué de las rosas y, ya saben... Lo que decía no tenía sentido, pero, ¡por la sangre de Horus! Esos demonios se habían comido a su madre y a su abuela. Pobre crío.

Amu esperó a que los alguaciles levantaran los cuerpos y comenzó a escupir a un lado y a otro, cada vez más incómodo. En la mano izquierda tenía agarrado aún su



Crónicas de la Tierra Mestiza.

arpón sucio de sangre, y todos le veían cruzarlo detrás de la espalda, y todos sabían que Amu temía que quisieran arrebatárselo poniendo por excusa la investigación de aquellas horribles muertes, en las que él, después de todo, no tenía nada que ver. Era una buena lanza, su preferida. Sería una lástima perderla.

—Si ya han terminado conmigo...

—Creo que sí —Irzapa miraba a Jeda de reajo, y Jeda miraba de reajo la casa.

—Perdone, señor juez, me gustaría que este hombre se quedase esta finca y la casa que hay en ella.

A Amu se le cayó el arpón al suelo. Irzapa se mesó el mentón con gesto calculado y examinó rápido el asunto desde la perspectiva de las normas y los preceptos.

—¿Son tuyas estas tierras?

—Eran de mi tía Medianoche y antes de los padres de mi padre. No queda más familia. Ahora serían del niño, Kamutef..., si tuviese edad, pero yo no quiero ninguna propiedad en provincias. Resido permanentemente en Ity-tawy, en el Doble Palacio de Ity-tawy; no tengo mujer ni hijos. Kamutef heredará mis bienes.

Dijo Irzapa:

—Es justo y conforme a la ley. Que se ponga todo por escrito.

Y añadió en voz baja:

—También la disposición a que el niño herede vuestro patrimonio. Es mejor no dejar cabos sueltos. Así lo aconseja el buen sentido... para preservar la Regla.

Jeda convino:

—Y sin la Regla nada somos.

8

Kamutef estaba en el comedor, ordenando las rosas sobre una mesa, buscando la cadencia y el equilibrio tal y como los hubiera buscado su madre. Las palabras de su bella dama rebotaban en su corazón como el sonido del tamboril, cerca, muy cerca, incansablemente:

Que parezca natural, como si las flores manasen de la base del ramo, como si naciesen así todos los días del año.

Alguien tosió a su espalda. Su tío Jeda. Le encontró mucho más viejo, mucho más cansado... Sabía que ahora tendrían una conversación, una de esas conversaciones niño-adulto que todos desearían no haber de iniciar jamás. Kamutef no quería conversar. Se dio cuenta que su tío tampoco lo deseaba y ello le hizo sentirse mejor, pero no haría las cosas más fáciles. Sentía frío. Las habitaciones le parecían extra-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

ñas, gélidas como una tumba, huérfanas de la presencia de su abuela y su madre.

—¿Te gustan las plantas?

—Sí, son hermosas; en el mundo hay pocas cosas hermosas y debemos cuidar las pocas que los dioses nos dan.

Jeda se acordó de esas palabras. Eran de su primo Senra. Supuso que luego pasarían a Medianoche, o a Luminosa-nova. Ahora eran de Kamutef.

—Yo soy jardinero en el palacio del Rey Jiserkare.

—Sí, lo sé. Mi madre me lo dijo.

Las habitaciones... gélidas como una tumba, pensó el niño.

—Tu madre quería que vinieses conmigo a aprender el oficio de jardinero.

Kamutef no pudo contenerse más. Temblaba de rabia. Todo su ser desprendía la cólera de los justos y de los inocentes. Nunca más se libraría de la rabia y de la cólera. Estaba seguro.

—Sí, me lo dijo. Me habló de ti y de tu estúpido trabajo, y de labrarme un porvenir, y...

De pronto, rompió a llorar, sin saber por qué ahora, inexplicablemente, tan inexplicablemente como todo el rato que llevaba sin hacerlo. Sintió unos brazos fuertes que le rodeaban. Sintió unas lágrimas negras y ardientes resbalar por sus mejillas. Sintió que el mundo había dejado de tener sentido, como si las Montañas del Amanecer y del Ocaso hubieran dejado de sostener la losa de los cielos.

—Yo no entiendo de personas, solo de lotos, granados, nenúfares y acacias. Ellos hacen mi vida pequeña, previsible y exacta, lejos de este mundo de hombres, lejos de este mundo... —Jeda lloraba con él, y juntos podrían haber ahogado al Gran Río—. Dime, ¿qué debo hacer para sanar nuestro dolor?

Quedaron en silencio y, súbitamente, estalló un amor profundo entre ambos, el amor que dos seres se profesan cuando, siendo sus universos perfectos, paralelos e imposibles de entrelazar, el hacha del Verdugo les fuerza a crear juntos un tercer universo que pueda cobijar a ambos.

—Tío Jeda...

—Sí...

Kamutef señaló el lecho de rosas que había compuesto desordenado sobre la mesa. Trató de esbozar una sonrisa.

—Forma este ramo como Luminosa-nova lo hubiera hecho. Luego lo llevaremos allí, sí, al cuarto de la abuela, junto a la estera, a ese jarrón tan feo, ese con incrustaciones de jaspe.

Las habitaciones se iluminaron entonces con el aceite de las lámparas. Envueltos



Crónicas de la Tierra Mestiza.

en sus quehaceres, frenéticos, no pensaron más en el presente en toda la noche. Kamutef barrió y ordenó las estancias de sus damas y Jeda fue a por más flores con las que convertirían su hogar en un vergel. De regreso, Kamutef vio que su tío apenas podía pasar por la puerta de tantos tallos y renuevos que carreteaba.

—¡Estupendo! —exclamó—. Mañana nos despertaremos todos oliendo a rosas.



CAPÍTULO 2: ***FRUTALES***

197 d.A.
(4 años después)

0

Un sistro, ¿alguien agitaba un sistro? Si así era, debía hacerlo muy cerca, justo a su espalda, pues el sonajero retumbaba como si se encontrase dentro de su cabeza. Se volvió, pero no había nadie. Tal vez solo fuera ya una anciana senil, y allí se originasen, precisamente, todas sus preocupaciones.

El sistro imaginario volvió a sonar, los platillos metálicos que conformaban sus entrañas retumbaron como era costumbre en las fiestas religiosas de toda la Tierra Mestiza y, en especial, en las de Hathor, la encarnación de la belleza.

De pronto, el sonido se extinguió y solo quedó el rumor de unos pasos que parecían adentrarse en el interior de los jardines, por sendas que conocían bien, huyendo del murmullo insidioso de la senectud, transformado en necias alucinaciones.

La Señora del Cielo, la Reina-madre Constelación, avanzaba ceñuda entre las higueras. Su Intendente, sus sirvientas, sus Jefes de Graneros y de Almacenes, todos coincidían en aconsejarle más cautela, hacerse custodiar por uno de esos aguerridos veteranos que formaban la Guardia. Sí, eso les hubiera complacido. Pero Constelación era demasiado vieja para complacer a nadie si no le venía en gana, demasiado estúpida para mostrar cautela, demasiado poderosa para escuchar los consejos de su servidumbre.

Vestía únicamente el viejo caparazón ceremonial de los Loo. Esbozando una sonrisa, paseaba bajo el mediodía de Re. El astro Rey estaba satisfecho; Constelación podía sentirlo, erizando su piel con su cálida caricia. Los presagios eran favorables, la hora se acercaba. Pronto nacería la niña; aquel mismo día, seguramente. Por eso había abandonado el Dominio de las Esposas de Dios, su residencia habitual desde hacía años, y navegado sin descanso hasta el Doble Palacio. Por eso y por la visión.

Pasó solo dos días atrás. Estaba con Precesin, dictándole una carta dirigida a su sobrino nieto, el Príncipe Bakenkhonsu, cuando sucedió todo. Lo recordaba bien porque a aquel títere obeso y falto de afecto debía siempre tratarlo con tacto infinito



Crónicas de la Tierra Mestiza.

para no herir su susceptibilidad, siempre presta al desencanto, regada por una infancia de burlas e insatisfacciones, en la que el niño Bakenkhonsu había tardado en comprender que un grueso muchacho, hijo de una esposa secundaria y enésimo en la línea de sucesión, no contaba en verdad mucho para nadie. Pero los años, la muerte de casi todos sus iguales, un carácter dúctil y cruel, y acaso también la sabia mano del destino, le habían convertido en un poderoso aliado, por lo que mantenía con él una amistosa y hasta íntima correspondencia.

—¿Algo más..., o termino así la misiva? —dijo de pronto Precesin.

Constelación abrió los ojos. ¿Se había quedado dormida? Oh, dioses, qué cosa tan terrible hacerse vieja.

—¿Qué es lo último que dije, amigo Rector?

Precesin era una de las pocas personas en las que aún se atrevía a depositar su confianza. Le desagradaba que el azar le hubiese conferido el raro honor de nacer macho en un lugar donde apenas había una docena de Loo con esa tara. Aunque era un joven intrigante, le había aupado a la cima de la SoGen porque era el más capaz de su generación. La vieja Reina no creía en favoritismos y, además, no creía que el hecho de ser varón, astuto y un punto embaucador le fuera nada mal en su cometido. Después de todo, era un funcionario.

—«Deseando que la Divina Tríada os acompañe...» —repitió con voz monótona Precesin—. Es lo último que apunté en el RLV.

—Pues añade: «os acompañe en cada uno de los avatares de la existencia, se despidió de su sobrino preferido...» —completó Constelación—. El resto puedes imaginarlo.

Precesin tecleó sus palabras y al cabo guardaron silencio. El Rector de la SoGen la miraba de reojo, como si estuviera reflexionando sobre sus próximas palabras. Parecía dubitativo, sopesando secretamente los pros y los contras de sacar a colación algún asunto.

—Supongo —dijo, todavía inseguro— que no me habéis llamado para dictarme una carta. Después de todo tenéis un millar de escribas que podrían hacer mejor que yo una tarea semejante.

—Tal vez quería disfrutar de tu compañía, Precesin.

—Tal vez.

Se hizo el silencio. Precesin meneó la cabeza, cansado de fingimientos.

—Tal vez quieras que te hable de las últimas novedades en nuestra investigación —dijo al fin, tuteándola—. Del tema de los fantasmas.

A Constelación se le escapó una sonrisa.

—Expíciate, pues, amigo Rector, si tantas ganas tienes de escuchar qué pienso



Crónicas de la Tierra Mestiza.

de tus pesquisas.

Precesin sonrió a su vez. No debería haber subestimado a la vieja Señora del Cielo.

—Bien, el caso es que se han dado demasiados casos para considerarlos una anomalía.

—¿Demasiados casos de qué?

—De fantasmas, Constelación. Hombres, mujeres, altos cargos de la corte, incluso miembros de la SoGen han visto apariciones fantasmales en los últimos meses. Los muertos, tal y como asegura la tradición egipcia, regresan a menudo a los lugares que en vida les fueron comunes. Parece como si la magia se negase a abandonarnos y...

—La magia no existe, Rector.

—Pero tú misma...

Precesin había callado por respeto, ¿por miedo? Constelación intentó buscar la mirada de su interlocutor y solo vio una masa de pequeñas lentes enfocadas en todas direcciones. Ella misma había ordenado que los altos jefes de la SoGen sustituyesen su sistema óptico por aquellos aparatos artificiales, herencia del planeta Biwo-ses. Solo tenía a su disposición un puñado de ellos y tardarían medio siglo al menos en alcanzar el nivel tecnológico que permitiera reproducirlos. Nadie había entendido por qué dio una orden semejante. En realidad, solo ella sabía que aquellos aparatos, que imitaban el ojo compuesto de algunos insectos, estaban secretamente relacionados con eso que Precesin, erróneamente, llamaba fantasmas.

—¿Qué decías?, amigo mío. Completa la frase, por favor.

—Pensé que tú también creías en ellos —reconoció Precesin, luego de una nueva pausa—. Después de todo, mandaste tapiar el cadáver del último mago humano y colocaste trampas que, según la tradición egipcia, evitarán que renazca como un ente espectral. Amén de un campo de fuerza, claro.

—Eso no significa que crea en la magia ni en los fantasmas. Toda esa pantomima la mandé ejecutar para el mismo mago, para que cuando renazca piense que no puede salir de su prisión. El campo de fuerza lo puse para que ningún idiota intente rescatarlo, naturalmente.

Precesin se mesó su amplio mentón antes de proseguir:

—No entiendo nada, mi Señora. Has dicho cuando renazca. Siptah, el mago, ha muerto. Nadie renace tras la muerte.

Constelación movió la cabeza en señal de asentimiento. Hizo una señal a un robot doméstico, que llenó su copa de vino con especias.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Sí y no. Todo este asunto es más complejo de lo que tú crees. Solo debes saber, sin embargo, que la magia no existe, y todo tiene una explicación científica. A su debido tiempo lo comprenderás. Para entonces ya habré muerto, pero eso es lo de menos ahora. Será mejor que todo este asunto se olvide y que, en adelante, no sea objeto de estudio de la Sogen y que neguemos sistemáticamente la existencia de fantasmas, espectros o como quieran llamarse. —Temiendo que Precesin exigiese ulteriores explicaciones, se apresuró a añadir—: Deberíais centraros en la investigación genética, que fue la razón por la que fuisteis concebidos. ¿Se ha avanzado algo en las hipótesis sobre la interprocreación?

El Rector de la SoGen estuvo a punto de hacer patente su desagrado por la forma en que se había dejado atrás el asunto de los fantasmas, pero cuando Constelación gruñó y mostró sus dientes desvencijados, comprendió que sería una pérdida de tiempo. Por el contrario, hizo una reverencia y respondió a su Señora:

—Seguimos pensando que la ingeniería genética tiene que ser la explicación. De alguna forma nuestros benefactores modificaron el ADN Loo con una enzimas especiales para que podamos reproducirnos con los humanos y...

—¿Cómo modificaron nuestro ADN, Precesin? No, no respondas. Ya sé que lo ignoras. Hablas de enzimas como podrías hablar de pasteles de miel. ¿Y cuándo? ¿Antes de nacer, en Biwoses? ¿Sesenta o setenta años antes de que nos trajeran a la Tierra Mestiza? ¿Lo prepararon sin que nadie lo supiese en nuestro planeta y luego nos trajeron hasta aquí justo antes que nuestra galaxia se convirtiera en nova?

Precesin sacudió la cabeza, contrariado.

—Bueno, los Universales son seres de gran poder y por tanto...

—¿Universales? —inquirió Constelación. El Rector de la SoGen, ante esta nueva interrupción, se irguió y caminó hacia un extremo de la habitación, intentando contener su rabia.

—De alguna manera teníamos que llamarlos. No tenemos ningún dato sobre los que nos salvaron. Nadie los ha visto. Nadie sabe nada ellos.

Constelación recordó a aquellos seres repulsivos, bañados en sangre, que les trajeron a través de la nada. No eran Universales, no eran eternos, solo eran una raza que se extinguía con un plan perverso entre manos.

—No quiero que los llaméis Universales. Llamadlos, si tanto necesitáis un epíteto, los Moribundos. Y créeme cuando te digo que pronto estaremos tan moribundos como ellos si no conseguimos saber la causa de nuestra venida a este mundo, o por qué humanos y Loo fuimos escogidos para fundar una nueva raza de mestizos.

—Pero Señora, lo que decís...

Presa de un temblor involuntario, Constelación se echó hacia atrás en su sillón y



Crónicas de la Tierra Mestiza.

sintió que una fuerza le abría los ojos y tiraba de ellos hacia el interior.

—¡Señora! Dama Constelación, ¿estáis bien? —gritaba Precetin a su lado.

Entonces tuvo la visión:

Amón, el Oculto, la miraba. En la banqueta donde antes estuviera el Rector de la SoGen ahora descansaba el dios de dioses. Sostenía el Cetro y el Símbolo de Vida. Parecía refulgir, magnífico, el que sostiene en equilibrio el Doble País. Se irguió de pronto señalándola con su vara:

—Mira dentro de mí —le ordenó.

El miedo la atenazaba, pero obedeció. Y vio a Solsticio, su bisnieta, esperando en su lecho al caer la noche. Sonreía, admirando la trabajada cabeza de la hermosa Hathor, jugando con las varillas que de ella sobresalían para imitar el sonido de titilantes flores de papiro, el sonido del sistro, el sistro que zumbaba dentro de sus oídos. La Gran Madre aguardaba la llegada de su esposo.

Y vio a Hapu, el heredero del trono, caer en trance en sus aposentos privados, y al Oculto hablarle dulcemente, como si fuese su hermano:

—Tú eres como el agua y yo soy como la tierra; juntos detendremos el fuego.

Y Amón tomaba la forma de Hapu para poder acceder al lecho de Solsticio y yacer con ella; porque Amón deseaba ardientemente a la mujer que estaba destinada a gobernar muy pronto la Tierra Mestiza.

Y Solsticio se maravillaba de la fragancia de incienso que impregnaba la piel de su amado, y de los collares de oro y las piedras preciosas que adornaban su persona. Sonreía. Sabía que el destino de todos ellos estaba ya escrito en el sagrado Árbol de Persea. Y dijo el Oculto, luego de yacer con la princesa:

—La que está unida a Amón, la niña Pleamar, será el fruto de la simiente que he depositado en ti. Ella será un día Rey y hará resplandecer los Nueve Arcos para insuflar al universo entero su hálito de vida.

Constelación se volvió hacia a Amón y quiso tocarlo con sus manos, que compartiera con ella su esencia divina. Pero Amón era solo un impostor decrepito, un ser antiquísimo y cubierto de podredumbre, plagado de úlceras, que se disfrazaba del viejo dios egipcio para engañarla. Amón era uno de los Moribundos, un navegante, un alma que erraba por el tiempo y el espacio camino de ninguna parte.

Constelación se despertó con un sobresalto.

El Moribundo la había liberado por fin y, de nuevo a solas, antes de irse, le habló de los árboles de Nlòplales de flores amarillas, de la luna Tonutir, del secreto que guardaba el estanque, de Siptah, el mago y enemigo de la luz que lo había embrujado, y de cómo vencer definitivamente su hechizo.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Sintió alegría, pánico, terror, aflicción, cólera y, de alguna forma, también sosiego. No podía pensar, calibrar, decidir..., solo sentir.

Y despertó de nuevo, bruscamente. Precésin la sujetaba de un brazo y de la cintura. Ella estaba en el aire, con medio cuerpo fuera de su sillón.

—Perdiste el conocimiento, mi Señora: creí por un instante que ibas a caer al suelo.

Constelación recuperó al instante la compostura, se deshizo del abrazo de su sirviente y cruzó las manos sobre el pecho, con toda la estancia dándole vueltas. Pero su voz solo dejó entrever ironía, y un punto de soberbia:

—Oh, amigo mío, no sería la primera vez que cayese al enlosado. Tampoco será la última.

1

Siptah, sentado en una banqueta de su vieja habitación, rodeado de polvo y telarañas, reflexionaba sobre su condición de espíritu errante, uno de esos espíritus que salen al alba de sus tumbas y vagan por los espacios terrenales que le son queridos, aquellos a los que están inextricablemente ligados por afinidad y conciencia.

Sin embargo, él no lo tenía nada fácil. Otros espíritus, aunque algo molestos porque las apetencias de su Ka no se hubieran completado y no pudieran acceder a la otra orilla, lo cierto es que gozaban de una cierta libertad y podían ir hasta la aldea que les vio nacer, hasta la casa de sus padres, o de sus familiares, incluso podían molestar a su viuda y aterrorizarla en el hogar que se había construido con su nuevo y flamante marido, un patán indecente y estúpido cuya sola visión justificaba, a ojos del aparecido, la desgracia de haber muerto... Por lo menos no había de soportar en vida ignominia semejante.

Pero Siptah estaba atado a aquel lugar, a sus húmedas habitaciones sobre las caballerizas, por causa de la ira de la Reina Constelación, que no le había perdonado aquel feo asunto con los ocho jardineros muertos ni el que hubiese destruido los Nlòplales con los que esperaba aferrarse al poder e instaurar un matriarcado Loo.

¿Quién le iba a decir que su propia discípula, su pequeña Nube, estaría también implicada en todo aquel asunto?

Uno no puede fiarse de esas Loo del demonio. Viven obsesionadas por conceptos ajenos al mundo real: independencia, esperanza, igualdad..., principios extraterrestres, en lugar de poner sus vidas en manos de la justicia, de la Regla y de la Armonía Universal, unos dogmas viejos y resabiados que llevan funcionando en manos de los humanos miles de años, asegurando la perpetuación del dominio del macho de la especie y la presencia ubicua de la guerra y el derramamiento de sangre como catarsis y principio de estabilidad del propio sistema.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

No, las mujeres Loo no sabían nada de la política, a juicio de Siptah, y su lugar estaba en el harén, en las alcobas, en los jardines, en el ejercicio de las artes, como la música o la danza..., había un sinfín de ocupaciones que les venían como anillo al dedo. No necesitaban el gobierno de la nación. Eso era cosa de los hombres y de sus soldados.

Mas, sin duda, el llevar muerto medio siglo había terminado por ranciar sus propias reflexiones, y a menudo ponía en duda que su juicio desaprobador no fuera causa de estar eternamente condenado entre aquellas cuatro paredes. ¡Solo faltaría que su castigo hubiera sido por nada, que hubiera luchado en el bando equivocado, que las mujeres fueran capaces de hacer las cosas mejor que aquellos que llevaban tantas y tantas generaciones royendo, consumiendo, mortificando al universo entero, de una parte a otra del orbe!

Muy pronto, la vieja Constelación volvería a enfrentar a viejos antagonistas. Sería una partida larga y disputada.

Lástima que su niña no se apercibiera que en una partida como esa, finalmente, todos los bandos están sin remedio abocados a la derrota.

2

La jarra casi le escapa de las manos. Dio un giro brusco a la muñeca y la atrajo hacia sí, sujetando luego la base con la otra mano. Aunque tenía sed, primero derramó un poco de agua en su nuca, dejando escapar un suspiro cuando los primeros surcos helados empezaron a resbalar por la espalda.

—Veamos, sobrino, tenemos el hoyo de Codo o Codo y medio por un Codo, ¿no es verdad? Ahora echamos las piedras y un poco de abono. Yo prefiero el que me traen de las caballerizas de los Heteri, pero cualquiera valdrá, mientras esté bien maduro. Ahora coges la vid... ¡No!... y la colocas... ¡No!..., con las raíces extendidas. ¡Bah! ¡Déjame a mí!

Jeda se hacía viejo. Encerrado en su Dominio, aunque aún no había cumplido ni de lejos los cuarenta, su pelo se volvía gris y las fuerzas le abandonaban. Buscaba la perfección en un mundo imperfecto, y ni siquiera sus jardines podían darle ya sosiego, quizá nunca se lo dieron. Kamutef era lo único que le quedaba, aunque le costara reconocerlo.

—Tío, pásame la hoz.

—¿Para qué la quieres? ¿No irás a destrozarme nada? ¡Ten cuidado con no acercarte al Campo de Fuerza que acaban de instalar en torno a la muralla!

Kamutef estaba acostumbrado al carácter del Maestro de los Jardines. Su amor por él no había hecho sino crecer en aquellos años que llevaban juntos, y ahora,



Crónicas de la Tierra Mestiza.

apenas un muchacho, comenzaba a cobrar conciencia que, en breve, sería el bastón de la vejez de su tío, como él fuera muralla de su niñez hasta ayer mismo. Se inclinó para coger la herramienta y vio las sandalias doradas, miró hacia arriba y comprendió que llevaba muchas horas bajo el sol; tal vez le hubiera dado una insolación. Aún era joven y su carne tierna, demasiado tierna para olvidarse por costumbre su gorro de trabajo.

—Hola, jovencito, buscaba al Maestro Jeda ¿Sabrías darme razón de él? —dijo la aparición.

—Sí..., detrás de mí —tartamudeó el niño.

Así pues, no soñaba: había hablado, aunque fuera por un instante, con la gran Constelación, esposa de Tutmose el Libertador, madre del Rey Jiserkare, Señora del Cielo y grande entre las damas del Doble País. Su tío se inclinó con las manos a la altura de las rodillas en señal de respeto. Kamutef se quedó de pie, boquiabierto, demasiado sorprendido para guardar las formas.

—Maestro, me apetece pasear, ¿querríais acompañarme? —dijo Constelación.

Jeda estiró la mano propinándole a su sobrino un pescozón que, de golpe, le postró de hinojos.

—Por supuesto —dijo, casi sin dar crédito a lo que estaba sucediendo.

Se alejaron lentamente, sin prisas, caminando el uno junto al otro. Kamutef se apercibió que en un par de ocasiones la anciana volvía el rostro y le miraba con interés. Cerca de una hora permanecieron en el Paseo de los Granados, para regocijo del joven jardinero, que les veía ir y venir, poniendo buen cuidado en que pareciese que estaba atareado todavía en los misterios insondables de la vides, su poda y su cultivo.

Al fin, comenzaron a desandar el corto trecho que les separaba de los frutales y pudo escuchar un breve fragmento de su conversación:

—Así pues, ¿cumpliréis con los deseos de una pobre vieja?

—Si pudiera, mi señora, lo haría gustoso, pero ya os he dicho que nunca ha sido posible, los Nlòplales perecen al poco de...

—Amón lo hará posible.

Por el sendero vio que reaparecían y no se le ocurrió nada mejor que improvisar una nueva cava para las vides con un instrumento tan poco adecuado como su hoz.

—Si es así, no precisaréis en demasía de mis servicios; pero tendréis mi ayuda, pese a todo —dijo su tío, en tono servil.

La Señora del Cielo le dedicó una tenue sonrisa de agradecimiento e inició el camino de regreso hacia palacio. Tal vez fuera una anciana, pero también era la mujer más poderosa de la Tierra Mestiza.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—No esperábamos menos de un hombre como vos —dijo Constelación, a modo de despedida.

A media tarde, Kamutef comenzó a sentirse abrumado por todo cuanto había aprendido y le pidió a su tío permiso para irse a jugar con sus amigos en la ciudad. Pero este ni siquiera le respondió, como si la misma idea de divertirse fuese algo impensable, y le señaló un árbol que se erguía delante de ellos. Era un espécimen joven, no demasiado alto; el tronco aún no se le retorció como a sus hermanos mayores. Un olivo. Jeda abarcó su contorno con la mano y lo zarandeó como si quisiera llamar la atención de un alumno travieso y distraído.

—Separaremos a los frutales por lo que nos dan: pepita, hueso o fruto seco —dijo, prosiguiendo con una clase que ya duraba seis horas—. Ya sé que es fácil dejarse llevar por las apariencias y solo ver que unos destacan hacia el cielo, otros parecen trepar sobre sí mismos y otros se estiran formando un seto. Pero debes olvidar lo aparente y concentrarte en lo real; eliminado el artificio es la realidad lo único que nos queda.

Pero Jeda hablaba sin convicción, porque sabía poco de la realidad y nada de la vida. Kamutef, perdido en un mar de cítricos, higueras, vides y granados, no observaba pepitas, huesos ni frutos secos, ni siquiera titánicos esfuerzos para alcanzar la bóveda celeste, haciendo mudas contorsiones, trepando o buscando el equilibrio de un cercado de matas y arbustos. Estaba rodeado de vida, de belleza, de la realidad que el Maestro buscaba en vano. El resto eran palabras.

—Tío Jeda, ¿quién te sucederá al frente de los Jardines del Rey?

—Si vivo lo bastante y convenzo a quien tiene el poder para ser convencido..., tú, por supuesto.

Kamutef se balanceó adelante y atrás, concentrado en sus pensamientos. Se miró los pies, sucios de tierra y hojarasca.

—¿Es eso lo que queremos?

—No sé lo que tú desees. Es el mejor destino que puedo ofrecerte.

Se hizo el silencio; un silencio denso, repleto de rumores de voces y suspiros del viento.

—Tío Jeda, a veces pienso en la vida en este lugar. Llevo ya algunos años contigo en el Doble Palacio. Prometí a mi madre que aprendería un oficio y me labraría un porvenir. Cuando lo haya hecho no sé si querré quedarme. No quiero ser prisionero de estos árboles, de los muros, del estanque.

¿Y yo lo soy? ¿Eso crees? —Los pensamientos de Jeda estuvieron a punto de hacerse verbo, pero no alcanzaron a ser pronunciados, y se perdieron en el rumor de aquel hablar cuyo sonido se nos escapa, en el siseo de las corrientes de aire.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Cuando seas un hombre, podrás decidir tu destino. Uno fácil y trillado u otro que te plazca. Es más de a lo que muchos pueden aspirar.

Y hablaron también del suelo, de cómo mejorarlo con un compuesto de estiércol y arena, del riego de ciertos frutales, más intenso el primer año, de la cava al principio del verano eliminando las malas hierbas para airear el terreno y facilitar la recogida de agua.

—Tío Jeda, yo te...

Ya lo sé. Yo también te amo. —Los pensamientos de Jeda estuvieron a punto de hacerse verbo, pero no alcanzaron a ser pronunciados, y se perdieron de nuevo y para siempre.

—Cuando seas un hombre, podrás decidir tu destino. Yo no te juzgaré —dijo el viejo jardinero.

—Sí, tío. Muy bien.

Kamutef, recordando muchos años después aquella lección magistral que Jeda le impartiera, supo que algo se les había escapado, algo que pudo unirles para siempre como a padre e hijo y, en adelante, solo levantaría barreras entre ambos.

—En la época de recogida de cada frutal, utilizarás cajas de madera o estanterías. Hay una habitación en los Almacenes Reales, la última, una muy oscura orientada hacia el norte. Ese es el lugar preciso, el lugar donde mejor se conservarán.

Se miraron un instante fugaz, tan breve como la vida; luego bajaron los ojos, turbados.

—El lugar propicio y adecuado —prosiguió el Maestro de los Jardines—. Su lugar.

3

La nodriza de la Reina, Parábola, penetró de puntillas en los aposentos de su ama; comprobó que seguía durmiendo, retiró un paño cubierto de sudor y lo sustituyó por uno limpio. Imploró a Meskhenet y a los dioses que presiden el Bello Occidente que el padecimiento de la nueva Isis no se prolongase por más tiempo. Miró a su señora un instante. Afligida, dio media vuelta y se fue a buscar a los Recitadores.

En su lecho enrejado, bajo el azul de la bóveda celeste, la Reina Solsticio sufría en silencio la agonía del nacimiento. Despertó. ¿Acaso se había desmayado? Un corredo retozaba con su madre y juntos dejaban que las horas pasasen bajo la protección de las primeras luces del alba. Volvió la vista. En las marismas de sus sueños, los ánades revoloteaban majestuosos sobre los campos de cañas. Sonrió. La Reina amaba las pinturas de palacio. Cuando el artista trabajaba con su pincel sobre las



Crónicas de la Tierra Mestiza.

pedras sintientes, la pintura parecía cobrar vida, contoneándose ante los ojos de su espectador, maravillándolo con mil gamas tonos y de convulsiones. En ellas el universo era siempre brillante, rico en matices, tinturas y caracteres. A menudo pensaba que aquellos dibujos saltarían de los muros para llevársela consigo. Pero era una reflexión siempre demasiado breve, subyugada como estaba su imaginación a los improporables deberes de la sangre de Reyes que corrían por sus venas.

Hapu, su esposo, vino a verla una vez por la mañana. Puso una mano en su frente, le preguntó si sufría mucho. Ella negó con la cabeza y él se sentó en la cabecera de la cama. Solsticio cerró los ojos un instante, sacudida por una punzada de dolor. Al abrirlos, estaba sola. Echó un vistazo más allá de sus estancias. Su esposo se alejaba del brazo de la tercera consorte, Iye, una perra humana, una de las pocas que había nacido mujer sin apenas rastro del estigma genético Loo. Era blanca de piel, y aunque tenía los hombros escamosos y el abdomen rechoncho, cubierto del vello negro y salvaje de las Loo genuinas, el resto de su cuerpo era el típico de la hembra humana. En realidad, esas aberraciones no eran demasiado codiciadas por los machos, que ya se habían acostumbrado a los cuerpos estilizados y carmesíes de sus amantes extraterrestres, pero Hapu se había encaprichado de ella y no había manera de quitársela de la cabeza.

—Señora, ¿necesitáis alguna cosa?

Era Parábola, su nodriza, y ahora también lo sería del recién nacido. Después de todo, estaba en buenas manos, pensó Solsticio. Aspiró hondo. Como si en verdad el estuco la hubiese engullido, las horas se fueron desvaneciendo, y ella se columpió de la bóveda celeste, volando junto a los ánades se llegó a un campo de cañas, y allí retozó con un corderillo y su madre hasta la puesta de sol.

—¡Señora! ¿Qué os pasa? —chilló de pronto su nodriza.

Sintió una cuchillada lacerante que la traspasaba. Buscó a Hapu con la mirada. Solo el rumor de un millar de sirvientes, lacayos y aduladores enmarcando las facciones atribuladas de Parábola. Se irguió con el rostro contraído por la angustia.

—Llama a las comadronas. Ya viene.

La espesura de papiros había sido preparada con mimo desde horas antes. Cien Codos de largo por cincuenta de ancho ocupaba el lugar donde el vástago de Hapu y Solsticio vendría al mundo. El Médico Jefe del Sur y del Norte aguardaba nervioso ordenando los últimos retoques. Con él estaban sus asistentes, tres Recitadores y el Supervisor de los Enanos, este último sin que nadie se explicase la razón de su presencia, fuera de la íntima relación de esos bufones diminutos con Bes, el dios protector de los nacimientos.

A Solsticio la traían en volandas cinco comadronas, entre gemidos e imprecaciones. Tan pronto como la Reina vio el gigantesco pabellón de madera, con sus colum-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

nas en forma de nudosos tallos —suspendidas en el aire gracias a dos motores de rotor— y las parras enroscándose voraces de la techumbre, prorrumpió en alaridos aún mayores que pusieron en marcha a médicos y asistentes. Solo el Supervisor de los Enanos permaneció en su sitio, mesándose la peluca con un rictus de extraña satisfacción.

Sobre los cuatro ladrillos donde la parturienta daría a luz, el Jefe de los Recitadores apeló a Tuert para que expulsase las aguas del nacimiento y liberara a su hija Solsticio. Luego se acercó a un pequeño fuego al fondo del pabellón y arrojó incienso y grasa de pájaro. Ahora que los magos habían desaparecido de la Tierra Mestiza, solo quedaban algunos vestigios de su poder, como la costumbre de que bufones relamidos declamaran viejos conjuros en ocasiones solemnes como aquella. Pero un Recitador no tenía nada que ver con un hombre mágico; solo era un farsante que repetía frases hechas y no conocía que ciertos encantamientos, en labios de un elegido, devienen Palabras de Poder.

—¡Tenemos la protección de Tuert! —dijo en un grito el farsante, para que le oyeran a cincuenta o sesenta Codos más allá.

—Tenemos la protección de Tuert —repitieron todos.

Solsticio, que había esperado desnuda apoyada en un lecho de almohadones que el hombre mágico acabara la ceremonia, fue esta vez arrastrada hasta los cuatro ladrillos. Entonces se pasaron las máscaras. La Reina vio de reojo a Isis colocarse tras ella sujetándole los brazos, Neftis le abrió las piernas y Heket le recogió los cabellos con una cinta. El resto de comadronas esperaban un poco apartadas con jarras de agua para lavar al recién nacido, luego que le cortaran el cordón umbilical, y una alfombra de lino para apoyar su cuerpo en su venida a esta orilla.

Se oyó un haz crepitar, una cosa caer y quebrarse, una letanía. El Recitador había arrojado alguna otra cosa al fuego.

—¡Tenemos la protección de Re! —gritó.

—Tenemos la protección de Re —repitieron todos.

Entonces llegó el dolor, el padre del dolor que es capaz de vaciar el universo de todo salvo de sí mismo. Y Solsticio lanzó un alarido que le dejó sin aire en los pulmones.

—¡Hapu!

Una voz se elevó inmediatamente desde muy lejos:

—¡Tenemos la protección de Nut! —gritó en esta ocasión el Recitador desde la letanía.

—Tenemos la protección de Nut —repitieron todos.

La Reina llamó entonces a Parábola con un gesto. Aunque no la hubiera visto



Crónicas de la Tierra Mestiza.

desde que la sacaron de sus aposentos, sabía que su nodriza estaba allí. Siempre estaba allí.

—Majestad.

—Decidle a ese patán que invoque a los dioses en silencio u ordenaré que esta misma noche se reúna con ellos.

Parábola reprimió una sonrisa.

—Sí, mi Señora.

A su lado, el Médico Jefe del Sur y del Norte, se asomó entre ella y la comadrona con máscara de rana. Heket se echó a un lado y el Médico Jefe asintió con gesto satisfecho. La dilatación era ya casi la adecuada. *La cirugía no será necesaria*, dictaminó.

Parábola se dio media vuelta pensando que, para saber eso, no se necesitaba al ministro de sanidad y tantos doctores de renombre. Se lo podría haber dicho ella misma.

—¡Tenemos la protección de Isis! —gritó una vez más el Jefe de los Recitadores.

—Tenemos la protección de Isis —repitieron todos.

La nodriza apretó el paso camino del lugar donde ardía la Hoguera de las Ofrendas, preocupada por la salud de aquellos estúpidos celebrantes que se hacían llamar Recitadores.

Habían pasado varias horas desde el parto. Solsticio, aunque agotada, no podía conciliar el sueño. El reposacabezas le hacía daño. Tal vez el soporte, demasiado alto para su gusto, pusiera su espalda en una postura tensa a la que su cuerpo no estaba acostumbrado, o tal vez fuera alguna cosa que se le escapaba. Pasó la mañana intentando encontrar el punto exacto, el giro de su cuerpo que le permitiera un poco de holgura y comodidad. Dejó de intentarlo cuando descubrió que el problema estaba en ella, no en el reposacabezas ni en ninguna otra parte.

A media tarde le trajeron al recién nacido. Iba envuelto en ropas de abrigo, quieto, expectante. Lo atrajo a su seno y se sintió radiante como Isis con su Horus, madre de una criatura hermosa y completa, vehículo de los infatigables planes del destino. Parábola le trajo un vaso de leche:

—Tómeselo, mi Señora, le hará bien.

Vio dos veces a su esposo. En una le descubrió paseando con los médicos a la entrada de sus aposentos. Más tarde la despertó con un beso en la frente.

—Muy bien, mi amada, ahora descansa —le dijo, pero su corazón pensaba otra cosa. Podía sentirlo.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Es una niña, Hapu. La llamaré Pleamar.

—Será bien venida al Doble Palacio de Ity-tawy.

Pero su corazón discurría: *tendré que nombrar heredero a uno de mis hijos varones, Amenmosis o Uadjamosis, aunque sean hijos de esposas secundarias, o incluso al joven Ajep, aunque sea débil y enfermizo; y nuestra hija recién nacida se desposará con uno de ellos, para salvaguardar la pureza de nuestra sangre, que es la sangre de Osiris derramada sobre la Tierra Mestiza.*

—Te amo.

—Adiós, esposa mía.

—Vuelve pronto.

—Así lo haré.

Pero Solsticio supo que mentía. Cerró los ojos para no ver como Iye, la puerca humana, se lo llevaba lejos de su lecho, de su hija, para emponzoñarle la sangre con su veneno. No volvería a verlo hasta abandonar su convalecencia para aventurarse de nuevo por la ensortijada red de corredores de la Gran Casa. Hapu tenía ahora que planificar su futuro, y ella y su hija se habían transformado en solo dos peones sacrificables de un gigantesco juego del Senet: cinco combatientes por lado, un tablero en forma de serpiente y una metáfora del tránsito infinito y de la vida palaciega, pues para alcanzar la meta final, todos eran igualmente sacrificables.

4

En la entrada principal se detuvo un instante a recuperar el resuello y, con gesto de pesadumbre, reanudó su esfuerzo apartando de su camino a un tembloroso sirviente, que salió despedido hacia la pared con los ojos desorbitados.

El Príncipe Bakenkhonsu respiraba agitadamente, agotado por la carrera. Trastabillando alcanzó el último tramo de escalones y dejó que sus carnes fofas se relajasen antes de entrar en los aposentos de la gran dama Constelación.

—Una niña —consiguió decir con voz no demasiado entrecortada.

—Sí, claro, buen Príncipe —dijo una voz meliflua.

El Supervisor de los Enanos estaba sentado en una banqueta, hablando con familiaridad con la Señora del Cielo, grande entre las grandes del Doble País. Escupía sus palabras por una boca desdentada, diminuta, y se relamía a cada momento, embebido en su relato:

—Como decía, Señora del Cielo, puse la cinta con las dos plumas en la mano del recién nacido aprovechando la desidia de esas necias comadronas. Luego, an-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

tes de que nadie pudiese reaccionar, caí al suelo entre grandes aspavientos. ¿Os dije alguna vez que, siendo joven, intervine con gran éxito en los Dramas Osiriacos de las Fiestas del Valle? Todos alabaron mis actuaciones, esperaban con ansia mi papel, *La Que Vuelve El Rostro*, el primero de los cuarenta y dos Asesores del Ahogado.

El enano reía convulso, buceando en sus hazañas de juventud mientras columpiaba arriba y abajo las piernas en su asiento como un niño, intentando, aunque fuera con la punta de los pies, tocar el suelo.

—Una vez en trance fui presa de temblores —prosiguió, sin dejar de sonreír ni por un momento—, solté espumarajos por la boca y di patadas a más de uno de esos estirados matasanos, con gran placer y maliciosa puntería, si he de seros franco. Hasta que ese patán imberbe de aprendiz de mago me arrojó grasa de pájaro a la cara, supongo por ser la cosa que tenía más a mano. ¡Desgraciado! Ojalá un asno copule con su esposa.

Bakenkhonsu, viendo que por el momento no pensaban reparar en su presencia, tomo asiento y se dispuso a escuchar el resto de la historia.

—Así que desperté milagrosamente y les hablé del Oculto —dijo el enano, bajando el tono de su voz—, que juré se me había aparecido para hablarme de la niña Pleamar y su glorioso destino. *La que está unida a Amón, la Todopoderosa Pleamar*, grité con voz estentórea. Entonces entraron el Rey (Vida, Salud y Fuerza), dos mil heraldos, Cancilleres, Chambelanes, Supervisores, Superintendentes..., y todos pudieron ver a la niña lloriquear sobre la alfombra de lino cogida bien fuerte en una de sus manitas la cinta con las dos plumas, la Sagrada Banda de Amón, que nadie había colocado allí, ni imaginaba cómo podía haber llegado. Por el pelo amarillo de Ptah que se armó una buena.

El enano, terminada su historia, saltó abruptamente de su tarima y se postró ante la Reina-madre.

—Ha sido, como siempre, un placer servir a vuestra Majestad, máxime cuando, como siempre, sabéis encontrar un servicio que nos aporta beneficios a ambos. Debo marchar con premura, sin embargo, y renunciar al placer de tan exquisita compañía, pues tengo en breve cita con Hapu, nuestro próximo Soberano, que quiere oír de mis labios los más mínimos detalles de tan fabulosa visión. Tal vez nos acompañe su Intérprete de Sueños, y acaso haya sido oportunamente sobornado para que acierte a discernirlos según nuestros deseos: los vuestros, cuyo afán último se me escapa, y los míos, que no van más allá de que se ilustre al buen Rey de la conveniencia de atribuir a este su servidor de nuevas cargas, dignidades y parabienes que le hagan su existencia terrena más llevadera.

Y el Supervisor de los Enanos marchó sin más ceremonia, con una mueca de torcida vanidad arrugando su feo rostro.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Mi Señora...

El gordo Príncipe inició una frase pero, dándose cuenta que aún no era objeto de atención, soltó un adiposo bufido y esperó.

Constelación parecía distraída. Tenía muchas cosas en la cabeza, cosas que requerían tiempo para prosperar o para desmadejarse, y el tiempo, como siempre, era una posesión extremadamente valiosa, sobre todo a sus años. Bakenkhonsu aguardaba en silencio. Miró a su sobrino. *¡Oh, aquel enojoso patán y su expresión de carnero degollado!* Pensó en la delicada red que tejen las Háthores con el destino, y en lo frágiles que podían ser los hilos que sostienen a los fuertes, y en lo trascendentales que podían resultar las acciones de los seres más frágiles. La edad le había enseñado una única lección: el azar es la única medida de las cosas.

Pero hasta el azar podía doblegarse a un corazón cauto, agudo, sutil.

—Acércate, amado mío.

Sí, tal vez. No podía confiar en nadie, no enteramente. Aunque encontrara alguien lo bastante decidido, tendría que ser, por la misma naturaleza de la misión, alguien íntegro; ¿y acaso alguien íntegro llevaría a cabo la misión encomendada? Pero si escogía alguien mezquino, ¿acaso no se vendería a unos nuevos amos en cuanto tuviese oportunidad?

—Siéntate a mi lado, pequeño Baki. Así, muy bien.

Pero aquel gordo amargado... ¡Oh, sí, por supuesto! Si consiguiera atraerle al vórtice de aquel juego diabólico. Porque, ¿acaso no se precipitaría ansioso en cuanto le hiciese partícipe? Lo pensó bien antes de empezar a hablar. Nadie jamás había confiado en él. Recadero de los poderosos, pasaba la mayor parte del año ejerciendo su labor de Director en el Lugar del Tránsito, la Morada Eterna de los difuntos en Itytawy. Constelación sabía que era un cargo honorífico y que el pobrecillo no tenía más ocupación que hartarse de carne de ave y arrastrarse de un aposento a otro intentando agradar a muchos que deberían postrarse a sus pies. Sonrió. Sería fácil.

—Baki, mi pequeño, ¿no es ese tu nombre familiar? Así te llamaba tu madre, ¿no es verdad? Pienso en ella a menudo. Era tan hermosa...

Le ofreció una jarra de vino, que él recogió ansioso.

—Tenía sed —reconoció.

—Príncipe Bakenkhonsu, escucha a esta anciana —dijo Constelación, en un tono que no admitía distracción ni duda—. Te he estado observando los últimos años. Sé que muchos piensan que vales poca cosa, un inútil, un indigno hijo de su padre; pero yo digo a todos que se equivocan, pues veo en ti los rasgos severos de tu abuelo Rameses, aunque tú no lo creas.

Bakenkhonsu estaba boquiabierto, cautivado ya por las palabras de la maga.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Y no soy la única. Amón se me apareció anteanoche en una visión, una visión verdadera, no ese ardid con el Supervisor de los Enanos. Entiendes la diferencia, ¿verdad?

El Príncipe asentía incontrolablemente.

—El Oculito me habló del futuro del Doble País, de una tarea insigne que debe ser propiciada. Luego se refirió a ti con gran respeto y me dijo que serías mi abanderado, el que respondería al fuego con el fuego: el Guardián del Destino.

El gordo Príncipe no podía dar crédito a lo que oía. Así que al final, después de tanto sufrimiento, los dioses le habían entregado la oportunidad que sus capacidades merecían. Y todo gracias a aquella mujer, la Señora del Cielo, bendita fuera un millón de veces. De su mano entraría en el Bello Occidente, tras la última hora, subido a un carro dorado.

—Oh, abuela venerada, contadme los designios del Oculito.

Constelación cruzó los brazos bajo su pecho y le miró con expresión grave.

—¿Qué sabes de Iye?

—¿La bruja solo-humana? Una esposa secundaria del heredero Hapu. Últimamente se les ve muy unidos. Creo que está embarazada.

Embarazada. La Señora del cielo retuvo la palabra en sus pensamientos, dejándola moverse ligera al compás de ese corazón suyo tan cauto, agudo y sutil.

—Sí; Amón me habló de ella también en mi sueño —mintió.

5

Una rana saltó del estanque a la ribera. Miró al gigante vestido de lino alejándose hacia el Paseo de los Eucaliptos y cantó dos veces. Se alejó a un lado, el derecho, con un gesto muy suave. Luego, de otro salto, regresó al estanque.

La Reina-madre Constelación oyó a la rana croar a sus espaldas antes de llegar a su destino, un árbol ajado e inútil como ella, un espécimen agrietado por el tiempo. Dos sirvientas la acompañaban, una con sus sandalias y otra con las banquetas. Cuando todo estuvo listo, las despidió con un escueto «marchaos». Odiaba ver a aquellas bobaliconas de pie, esperando mansamente una orden que no sabían nunca si iba a llegar. Precesin, el Rector de la SoGen y, de un tiempo a esta parte, su sombra particular, la vigilaba desde los arriates, intentando descubrir qué misterios guardaba todavía lejos de sus ojos indiscretos. ¡Menudo imbécil!

Parábola le trajo a la niña. La oyó vacilando al borde del paseo con el recién nacido arrancado de profundos sueños. Mitad respiración, mitad sollozo, la pequeña Pleamar lloraba en un continuo, melifluo, único lamento.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Pasa, mujer.

La nodriza real dio un paso, dos y se detuvo de nuevo.

—Señora del Cielo, os traigo a vuestra tataranieta, vástago del Heredero Hapu y de Solsticio, Hija Verdadera del Dios Bueno Jiserkare.

—Por favor, Parábola. Hace cuánto nos conocemos, ¿cuarenta, cincuenta años? En mi presencia, especialmente a solas, abandona ese tono de simio amaestrado o haré que te retiren del servicio.

—Sí, Majestad.

Parábola, algo ruborizada, le entregó a la princesa y tomó asiento a su lado, dejándose acariciar por la sombra de un endrino.

—Un día soleado —dijo.

La Reina-madre Constelación carraspeó. Contempló a lo lejos a una de sus sirvientas recoger los frutos de un árbol que, borroso, no supo reconocer, y alejarse luego con una cesta bajo el brazo. Luego le asaltó un pensamiento absurdo: si, a aquella distancia, no podía distinguir un árbol, ¿cómo había distinguido a su sirvienta? Meneó la cabeza. Su corazón era como un dédalo de sensaciones inconclusas, fluctuando siempre sin orden ni concierto. Cada vez le costaba más trabajo concentrarse en una sola cosa.

—Un día soleado, sí.

Solo entonces miró a la niña. Pleamar extendía nerviosa la mano, que se llevó luego a la cara para cubrirse sus párpados cansados, ahitos probablemente de tanta luz, tantos sonidos nuevos. Recordó aquel gesto, lo había visto antes muchas veces, pero fue incapaz de recordar. Por el contrario, y en voz muy baja, casi en un susurro, empezó a hilvanar un cuento para su pequeña. Primero, dejando que las palabras brotaran solas, pensó que podría manar cualquier historia. Después comprendió que era el relato y no ella quien deseaba ser contado:

»Hubo una vez un Rey triste, porque, aunque parezca mentira, los Reyes también pueden estar tristes, mi niña. Hubo pues un Rey muy triste, que padecía el tormento de no tener ningún hijo varón. Amón, el Oculto, sin embargo, se apiadó de él y le concedió un hermoso heredero, sano y fuerte, que pensaban todos sería la bendición de la familia. Pero las Háthores se llegaron hasta la cabecera de la cama del niño e hicieron su profecía: morirá por el cocodrilo o por la serpiente o por el perro, dijeron, y todos huyeron aterrorizados, pues es bien sabido que los nudos que las hijas de Hathor enredan, nadie puede deshacerlos

»El Rey mandó encerrar al niño tras altos muros, en palacio, y dentro de palacio, en el ala de los Amigos; dentro del ala de los Amigos, en los aposentos de las mujeres y las concubinas; y dentro de los aposentos de las mujeres y las concubinas, en un



Crónicas de la Tierra Mestiza.

cuarto de oro, enrejado, inaccesible desde el exterior tanto como el mundo de afuera lo era desde el interior.

»Así pues, el niño era un prisionero, de tal suerte que pensaba que el universo era un lugar inaccesible, vetado de dorados barrotes. Pero un día una imagen se escapó entre esos barrotes, y el Príncipe vio a un criado con un animal que le seguía. Nadie le había hablado de aquella bestia, ¿qué demonios sería? Lo preguntó: un perro, le contestaron. Y no paró hasta conseguir uno, porque, ¿quién puede negarle algo a un niño? Desde ese día el perro le seguiría a todas partes hasta el final de sus días.

»El tiempo pasó y el niño dejó de serlo para convertirse en un hombre, y descubriendo por su nodriza la profecía de las Háthores se presentó ante su padre y le acusó de haberle condenado a vivir en la desgracia, preso como un criminal. Pues, si el destino marcado no podía modificarse, ¿a qué venían los muros, los aposentos, los guardianes y los barrotes? Y, si podía modificarse, si existía el libre albedrío, ¿igualmente a qué venían los muros, los aposentos, los guardianes y los barrotes? Airado, abandonó la casa de su padre y, más tarde, el Doble País que los egipcios habían fundado en el planeta Tierra Mestiza. Como un hombre nuevo, olvidó su pasado, su estirpe de Reyes y se convirtió en uno más, en un hijo del Gran Río.

»Puso rumbo al norte, con su perro tras sus pasos, y vivió como un vagabundo, alimentándose de la tierra; y le pareció que todo era delicioso, porque creyó que no había barrotes por ninguna parte, salvo en los palacios, que aprendió a evitar en su viajes.

»Más allá del océano, del Gran Verde, descubrió que en la Tierra Mestiza no había otros pueblos diferentes a los mestizos, los Loo o los humanos, esos malditos Puros. En sus viajes, alcanzó el Desierto Occidental, la tierra de los Puros más irreductibles. Su caudillo era grande y poderoso, pero, como antaño el Rey del Doble País, no tenía hijos varones; en realidad tenía solo una hija.

»Aquí mi historia se pierde en la bruma de la leyenda, y sin duda mediaron muchas hazañas, actos de valentía, actos de honor, que acercaron el alma del caudillo extranjero a la del hijo del Doble País. El caso es que un día le entregó la mano de su hija, y como dote, una villa, esclavos, ganado y todas las cosas que precisa un hombre para ser feliz.

»Y sin embargo, al otrora Príncipe se le veía poco entre los muros de la casa, que él imaginaría siempre prisión de dorados barrotes, y prefería vagar por los valles, por las montañas, seguido de su perro, en busca de su destino.

»El tiempo pasó y un día el marido le habló a su esposa del pasado que, de pronto, le atormentaba; su nacimiento, su noble linaje, su encierro de tantos años, pero también la maldición que sobre él pesaba. Y repitió la profecía de las hijas de Hathor: morirá por el cocodrilo o por la serpiente o por el perro. Su esposa ordenó de inme-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

diato que matasen al perro, su viejo amigo de correrías, pero el Príncipe la detuvo: es mi amigo desde la infancia, le dijo, y en la casa se obedeció su voluntad.

»Al cabo del tiempo, el Príncipe, un hombre ya maduro, quiso regresar a la tierra de sus antepasados. No podía soportar por más tiempo la angustia de la separación. Así que recuperó su nombre, su linaje y marchó con su mujer y su anciano perro, que no quisieron dejarle solo.

»Llegaron a una ciudad y fijaron allí su residencia. Pero en aquella ciudad vivía un cocodrilo al que todos temían. Llamaron a un mago, y este, por medio de un poderoso sortilegio, lo ató a una gran piedra. Pero su esposa no tuvo bastante con esta garantía y todas las noches velaba el sueño de su amado y vigilaba los pasos del perro.

»Una noche la serpiente entró en la habitación del Príncipe, que dormía. Mas como su esposa estaba despierta y al acecho del enemigo, llamó a los sirvientes, que dieron muerte al monstruo. Entonces despertó el esposo y, viendo lo sucedido, prorrumpió en alabanzas a su esposa y a los dioses. Dijo: Amón ha puesto en mi mano uno de mis destinos.

»Desde ese día hizo ofrendas sin fin al Oculto para que le protegiera y pensó que, de este modo, por fin, estaría a salvo.

»Pero una mañana el Príncipe salió a pasear con su perro, que estaba ya muy muy viejo; pero el animal vio a un ave y la fue persiguiendo hasta caer ambos al río. El joven, riendo, se tiró tras ellos. Entonces apareció el cocodrilo, que se había liberado de la roca. Pero el animal, en lugar de devorarlo, lo aupó en su lomo y le dijo: mirad, soy vuestro destino que os sigue. Y le llevó a casa de un mago, de un mago poderoso y sabio llamado Siptah.

—¿Es todo?, ¿así se acaba, mi Señora? —decía una voz que parecía llegar de muy lejos.

Constelación, que hacía rato que estaba en silencio, en realidad miraba al cielo con los ojos cerrados. La niña se había dormido. Por un momento, creyó que también ella se había quedado traspuesta, pero, finalmente, con más esfuerzo del que sería capaz de reconocer, alzó la vista hacia su vieja amiga.

—¿Decías?

—¿Nada más?, ¿así acaba la historia?

—Sencillamente, el hombre mágico le hizo comprender al Príncipe predestinado que moriría por uno de los tres males, que su fin estaba cerca y que nada frenaría la mano del destino. No puede deshacerse el nudo de las Háthores, mi buena Parábola.

—¿Y? —dijo esta, ansiosa todavía por conocer el final de la historia.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Oh, resta que el Príncipe dejó de creer en las Háthores y se sintió traicionado por el Oculto, al que había confiado su vida, y no volvió a hacer ofrendas a los dioses que, desde ese día, abandonaron su casa.

Parábola se irguió y recogió a la pequeña Pleamar de brazos de su bisabuela. Se hacía tarde. Su ama le esperaba inquieta, seguramente.

—¿Y de esa forma venció al destino?

—En absoluto. Murió al poco tiempo y, por lo que yo sé, de acuerdo con la profecía.

La nodriza, que ya se había alejado unos pasos, se dio la vuelta.

—Sigo sin entender. ¿Cuál es, por fin, el objeto de la historia? ¿Que es inútil desafiar al destino?

—No creo que haya nada que entender, hija mía. Nuestro apuesto muchacho nunca comprendió su porvenir y, en su ignorancia, naturalmente, no supo enfrentarlo. El hijo del Rey, el Príncipe predestinado, estaba marcado por las siete hijas de Hathor. Mientras fue un vagabundo con falso nombre, buscando fortuna más allá del Gran Verde, se sustrajo a su destino: las Háthores no podían tocarle. Pero tuvo que decir la verdad, regresar al lugar de su condena y asumir su obligado final. Debería haber sobrevivido en la mentira y dejar la dignidad para a quien no está, como él, «predestinado» a entregar por ella la vida.

—Pero...

Parábola parecía dudar. Perder el nombre era algo terrible para un egipcio; nadie de tu sangre te reconocería en esta orilla; el Ahogado y sus cuarenta y dos Asesores no lo harían en la otra. La muerte, después de todo, era un instante comparada con el olvido.

—Yo pienso que obró correctamente, mi Señora.

Constelación, a quien sus pensamientos le habían llevado hacía rato al recóndito escondrijo que su corazón, por medio de aquella fábula, quería mostrarle, prefirió no llevar más allá la controversia.

—Tal vez por eso murió, amiga mía; tal vez por eso. Por obrar como era debido.

6

El cuchillo dibujó un signo nervioso en el aire cuando Iye regresó por fin a sus habitaciones. Su asesino llevaba demasiado tiempo esperando en las sombras y empezaba a impacientarse; había sacado su arma para regalarse algo de aplomo, de seguridad en sí mismo. Podía hacerlo, ¿no es verdad? Resultaba sorprendente como el tacto caliente de una hoja láser transformaba al cobarde en una hiena sedienta de



Crónicas de la Tierra Mestiza.

sangre. Pero a la dama le aguardaba un final distinto, nadie moría accidentalmente de esa forma, y aquello, después de todo, no era más que una catástrofe desafortunada. La Reina-madre Constelación le había aleccionado incluso en cómo eliminar toda sospecha. Una caída, un golpe, asfixia o una herida de cuchillo, por supuesto, eran cosas que exigirían una investigación. Pero si el crimen era algo lo bastante espantoso, aterrador, impensable..., entonces no sería más que una catástrofe desafortunada.

Iye se sentó holgazana y coqueta junto a su cofre de cosméticos y ordenó que la dejaran sola, sellando así su destino. El asesino volvió a enfundar la daga en su cintura. La espera había terminado.

Habían pasado dos meses desde que viniera al mundo Pleamar, el último nacido de la estirpe del viejo Soberano Jiserkare. El universo estaba en paz y se respiraba Armonía, allí, en el Doble País, el mejor de los mundos posibles.

De madrugada, luego que el silencio se apoderara de los Jardines del Rey, Tebi y Djoser iniciaban su ronda. Hablaban del buen vino y las buenas mujeres y de la mejor manera de romper el sello de ambos sin ensuciarse demasiado las manos. Reían. Eran viejos amigos.

—¡Kessi!

Tebi y Djoser oyeron los gritos desde su puesto de guardia. Avanzando apresurados con la lanza en ristre sus recuerdos volaban hacia el pasado, y Djoser tenía veinte años, y Tebi tenía dieciocho, y esos bárbaros solo-humanos, los Puros, resistían con denuedo el último embate de los infantes Meshaw, en cuyas unidades ellos servían.

El Palacio de Hetuaret estaba en llamas. Esos puercos extranjeros habían incendiado su fortaleza para que nada pudiera aprovecharse. ¡Malditos! Tebi iba el primero y Djoser le seguía. Todavía estaba demasiado débil después de casi perder la vida a manos del conductor de aquel carro diabólico. Se le revolvió el estómago solo de pensarlo. Bueno, ahora el infeliz se pudría en el Lago de Fuego gracias a Senra, su instructor.

—¡Cuidado!

Esquivaron por los pelos el leño carbonizado que se les venía encima. Senra se llegó entonces hasta ellos con una sonrisa que lazaba sus dos orejas.

—*Sin mí seríais como un corderito desvalido a merced de los predadores, como un odre de agua en el desierto, como un sabroso pescado en la nansa de un pescador, como...*

Como ya habían entendido el símil y el incendio no se detenía a su alrededor, dieron las gracias, se inclinaron en una precipitada reverencia y siguieron camino.

—Vamos.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

En las plantas superiores hallarían los tesoros escondidos de los Puros, estaban seguros de ello. Esos puercos solo-humanos no quemarían su soldada. Los ejércitos del Dios Bueno se merecían la mejor de las recompensas.

Entonces oyeron los gritos. Una mujer, seguramente joven y hermosa, atravesó frente a ellos envuelta en llamas. Sus finos ropajes eran ahora pasto para su inmólación. Apenas pudieron recuperar un par de sortijas ennegrecidas y una ajorca del pie. Pobrecilla.

—¿Saben cómo se originó el fuego?

Despertaron. El Príncipe Bakenkhonsu había sido el primero en llegar. Lo habían encontrado allí, plantado, contemplando las columnas de humo elevarse como en un sueño.

—No sabemos más que vos. Oímos gritos y...

El gordo sintió que se le erizaban los cabellos. La muy puta le había sorprendido. Cuando las llamas comenzaron a lamerla, Iye no se abalanzó sobre él, que huía para ponerse a cubierto, ni siquiera pidió ayuda a sus sirvientes, que llegaron demasiado tarde. Solo gritó una vez, muy fuerte: ¡*Kessi!*, el nombre con el que llamaba a su amado Hapu. La muy puta debía estar en verdad enamorada. Kessi... Rebuscó en sus recuerdos de estudiante y creyó intuir algo de una fábula de un hombre que idolatraba tanto a su esposa que se olvidó de las ofrendas a sus dioses. Una prueba más de que la muy puta estaba loca. Miró a los Capitanes de la Guardia, aprensivo.

—Esas perras humanas son unos espíritus torpes. Se incendiaría ella misma las ropas con una lámpara de aceite mientras se untaba esencias olorosas. Bah, jovencita irresponsable.

A una señal suya, Tebi y Djoser comenzaron las tareas de extinción, guiando a los robots domésticos hacia la habitación de la favorita del Rey, observando como estos carreteaban pesadas mangueras y arrojaban agua y espuma a las brasas. Por fin, entre voluntarios y robots domésticos apagaron el fuego de las estancias en menos de media hora. Al cabo, Bakenkhonsu permanecía erguido en el mismo lugar, contemplando ensimismado la escena. Hizo que envolvieran el cuerpo en una estera y se lo llevaran apresurados funcionarios del Lugar del Tránsito, a los que había mandado llamar antes incluso del accidente. A nadie le extrañó. Al fin y al cabo, ¿no era Bakenkhonsu el máximo responsable de la necrópolis real?

—Habéis hecho un buen trabajo —dijo a los Capitanes de la Guardia—. Yo mismo informaré a Hapu de vuestra prestancia y devoto servicio.

Tebi y Djoser se inclinaron ante su Príncipe murmurando confusas frases de agradecimiento. Solo Tebi se atrevió a decir en voz alta lo que todos pensaban:

—El Heredero Hapu se pondrá furioso como Seth durante la tormenta. Amaba muchísimo a esa mujer y, además...

—Sí —interrumpió Bakenkhonsu—, y además estaba embarazada. Ocho meses ya. Un niño, según decían los augurios. Qué pena. Una esposa real, tal vez la madre



Crónicas de la Tierra Mestiza.

del próximo heredero..., pero ya sabéis, ni los nobles se salvan de la tumba.

Tebi y Djoser se inclinaron de nuevo ante el Príncipe Bakenkhonsu, y le vieron marcharse tras el cadáver que, subido a una aerocamilla, levantó el vuelo a través de los corredores de palacio. El Príncipe parecía terriblemente afectado; aunque apenas podía hablar, deshecho de dolor, iba informando a su paso a unos y a otros de la *desafortunada catástrofe* que se había producido.

7

El Supervisor de los Escribas de Palacio se sorprendió de ver en su despacho al Príncipe Bakenkhonsu.

—Excelencia, ¿ahora hacéis las tareas de vuestros criados?

El gordo negó con la cabeza y depositó su carta en un cesto, junto a otras de altos dignatarios.

—Es una nota para mi querida abuela Constelación. Como bien sabéis, las redacto yo personalmente.

—¿Y ahora también las entregáis?

—Me venía de camino.

El Príncipe se retiró en silencio. Pasó una hora y luego otra. Por fin, el Supervisor de los Escribas se atrevió a desenrollar el papiro. Su aspecto, cierta tensión que había percibido, algo le había parecido sospechoso. ¿Acaso no era su misión velar para que ninguna intriga escapase al control del Rey? El papiro solo se utilizaba ya para misivas personales; el resto, novelas, poesía, tratados médicos..., se escribía en RLV. Pero precisamente por ello, el Supervisor tenía en su poder un sello idéntico al de cada habitante de la Gran Casa. Los espías del propio Soberano se encargaban de proporcionárselos. Quebraba la estampa, leía, hacía su informe y volvía a precintar. Poca cosa. Sin embargo, nunca en todos sus años de servicio se había preocupado de aquel bastardo de sangre aguada. Nunca hasta ahora. Se arrepintió al instante. Aquel imbécil ni siquiera había sido capaz de poner un encabezamiento laudatorio, una invocación a los dioses, seguir un mínimo estilo como aconsejan las buenas costumbres: no, directamente al grano, sin cumplidos, como si fuera un campesino ignorante. Y, después de todo, ¿qué podía pensarse de alguien que malgastaba tinta y papiro de primera calidad para dirigirse a la Señora del Cielo, casi un dios viviente, para hablarle de plantas? A veces, su celo resultaba excesivo, ¿cómo había podido desconfiar de un idiota semejante?

Tal y como vos me pedisteis, he comenzado a remover las aguas para que, llegado el momento, puedan crecer en el estanque los especímenes que hemos soñado.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Príncipe Bakenkhonsu

Obviando hacer un informe de algo como aquello, el Supervisor se marchó de su despacho riendo a carcajadas.



CAPÍTULO 3:

ESTANQUE Y PLANTAS DE RIBERA

205 d.A.
(8 años después)

0

Cuando la Reina-madre Constelación supo que sus días tocaban a su fin, se puso una peluca rojo oscuro a juego con su piel y se sentó a contemplar la puesta de sol.

—¿Está seguro, doctor?

El Médico Jefe del Sur y del Norte había viajado un día y una noche hasta el Dominio de las Esposas del Dios a fin de poder reconocer a la anciana Señora del Cielo, cuya salud era cada día más precaria. Le había extrañado que recurrieran a un sanador humano estando rodeada de los más grandes sabios y científicos Loo, pero supuso que debían estar desesperados. Y lo estaban. La Señora del Cielo, el alma de los Biwoses, pronto iba a desaparecer. Sería una pérdida irreparable para una civilización que aún estaba en pañales y apenas había comenzado a despuntar.

—¿Me muero, doctor?

Aunque era el último Loo genuino que quedaba en el Doble País, y por tanto buena parte de su biología distaba mucho de ser comparable a la del resto de población mestiza, el hecho es que... sí, estaba seguro. Constelación se moría. Así se lo hizo saber, postrado de hinojos, con las manos a la altura de las rodillas.

—¿Cuánto tiempo me queda? —quiso saber la anciana.

—Eso siempre es difícil de decir..., mi Señora. Un mes, acaso; tal vez menos.

—¿Un mes? ¿Solo eso?

Nada más preguntarlo, Constelación se arrepintió de sus palabras. ¿Cuánto más quería vivir? Pronto cumpliría doscientos treinta años. Había vivido lo suficiente, fuese cual fuese el baremo en aquel planeta, humano o mestizo; en realidad, había vivido casi medio siglo más de lo que un Loo en su planeta de origen acostumbraba a vivir.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Ojalá pudiera decir otra cosa —el galeno parecía a punto de desmayarse, tal era la tensión que se reflejaba en su rostro.

Constelación lo despidió y se quedó a solas en sus habitaciones, recobrado su interés por la puesta de sol, que se insinuaba ya más allá de las montañas, donde se perdía el horizonte. Cuando hubo anochecido, fue a buscar su caparazón ceremonial y se vistió como lo hacían los Loo tiempo atrás, mucho antes de que adoptasen aquella maldita religión humana de dioses con cabeza de chacal, cocodrilo o hipopótamo.

—¡Malditos humanos! ¡Malditos mestizos! —gritó a la luna Tonutir, que brillaba ahora en todo su azulado esplendor. Y recordó el día en que los Moribundos entonaron telepáticamente el secreto que escondía aquel astro de fulgor rojizo: los árboles de Nlòplal amarillo.

La servidumbre del Dominio la vio danzar como enloquecida durante toda la noche, declamando en una lengua extraterrestre antiguos cantos ya olvidados, que se perdían en la noche de los tiempos. Constelación había tomado una decisión, y si bien había vivido como una mestiza para dar forma a un nuevo pueblo, ahora que ya no tenía que dar cuentas a nadie..., ahora, moriría como una Loo.

El abrazo de la mañana a su hija, la Tierra Mestiza, se detuvo en la losa de los cielos durante un lapso de tiempo que buscó a tientas la eternidad, como la eternidad busca a tientas el abrazo del tiempo, mientras el tiempo se busca a sí mismo en un abrazo sin fin. La Señora del Cielo, la anciana Reina Constelación, paseaba por el Dominio de las Esposas del Dios, su residencia habitual, su harén particular, el único lugar del Doble País donde las mujeres eran completamente libres, sacerdotisas de Amón, vigilantes del destino de los mortales.

—Pobre Jiserkare.

El Dominio de las Esposa del Dios era un conjunto monumental de más de cien edificios consagrados a Amón por imperativo humano y a Pajet, una deidad guerrera de rasgos leoninos que desde el primer día fue escogida por Constelación como símbolo de su resistencia contra el poder de los hombres. A la entrada del Dominio, una estatua colosal de Pajet franqueaba el paso al viajero descuidado y le recordaba que aquel era un lugar regentado por mujeres capaces de desgarrar tu cuerpo con sus poderosas garras. La Reina-madre se apoyó en una pezuña de la gigantesca figura y volvió a lamentarse:

—Es triste sobrevivir a un nieto.

Acababan de recibirse noticias desde Ity-tawy. El Rey Jiserkare, su nieto, agonizaba en el Doble Palacio. Tanto el Soberano del Doble País como su Reina-madre eran reclamados a las puertas del Bello Occidente, el primero con apenas cuarenta años, la segunda con casi dos siglos de ventaja. Vaya ironía.

—Maldito sea este universo loco que juega con nosotros —masculló Constelación.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Precesin se acercó a la Señora del cielo y le colocó su peluca ceremonial, ajustándola con un turbante. La anciana se volvió para mirar al intruso.

—Dime, bufón. Mi hijo, el Rey Jiserkare, está a las puertas de la muerte y esos estúpidos médicos dicen que me queda apenas un mes de vida. ¿Crees que me preocupa mucho esa estúpida cabellera postiza?

—Tú misma me mandaste traerla hace apenas...

—¡Maldito idiota!

El Rector de la SoGen retrocedió, arrastrando los pies entre enérgicas reverencias.

—¿Y si muero antes de haber puesto en marcha todos los engranajes que demanda el destino? —gritó Constelación—. ¿Has iniciado los preparativos para el viaje a la luna Tonutir?

—Señora —balbuceó Precesin—, en este momento de nuestro progreso económico y social el coste de un proyecto espacial sería prohibitivo.

—En la luna Tonutir hay árboles de Nlòplal amarillo que nos permitirán gobernar de una vez por todas sobre los humanos.

—Señora, todo eso es una leyenda absurda que...

—No es una leyenda. Me lo dijeron los Moribundos.

Precesin miró a la Reina-madre como si pensase que se había vuelto, finalmente, loca. Pero descubrió la verdad en sus ojos y se postró de hinojos. A su espalda, el estanque del Dominio de las Esposas del Dios refulgía en destellos azules y dorados.

—Nunca me dijiste que conociste a los que nos trajeron a esta tierra y... —comenzó, vacilante.

—Tú sabes aquello que yo decido que debes saber, Rector. Nada más. Los Primeros tuvimos un breve encuentro con esos seres. Ha sido un secreto durante demasiado tiempo, pero ahora te digo que debes hacer llegar a uno de nosotros a la luna Tonutir y traer árboles de Nlòplal amarillo. De lo contrario, no solo nunca conseguiremos que un Loo gobierne este mundo, sino que nos extinguiremos en breve.

—¿Extinguirnos? Pero...

—No me preguntes cómo lo sé. Lo sé y punto. Moriremos como mi... pobre Jiserkare —murmuró una voz vieja y cansada mientras Precesin, aún arrodillado, la contemplaba con devoción.

Constelación, con la mirada perdida en el estanque, recordó cómo había perdido al primero de sus nietos, Senra, cuando este decidió abandonar la seguridad de su vida como Príncipe y heredero para vivir en el anonimato como uno más de sus súbditos. No había vuelto a verle, ni había sabido más de su destino. Sus espías le



Crónicas de la Tierra Mestiza.

habían perdido la pista en el Desierto Occidental, un lugar agreste donde los últimos Puros todavía resistían a las tropas mestizas. Senra se había marchado al único lugar de la tierra donde la mano de su madre no podría alcanzarle. La Señora del Cielo deseaba que, como en el cuento del Príncipe Predestinado, cuento que había inventado para paliar su dolor por aquella pérdida irreparable, su hijo se hubiese convertido en un hombre rico y vivido cómodamente hasta el final de sus días.

—Pequeño muchacho —dijo entonces, conteniendo el llanto; y echó entonces a caminar hacia el embarcadero, y en su mente se formó una pregunta: ¿por qué los Moribundos habían construido casi doscientos de aquellos estanques en la Tierra Mestiza? ¿por qué ellos, que no habían tenido el menor respeto por la civilización Loo, convirtiendo aquel planeta en un remedo del Egipto humano, se habían tomado tantas molestias con aquello? Ah, los Moribundos guardaban demasiados secretos, y por culpa de aquellos secretos, los hombres seguían luchando y muriendo.

—Luchando y muriendo —murmuró, deteniéndose al borde de las aguas.

Y recordó entonces cómo al poco tiempo nació Jiserkare y murió Tutmose, su hijo, quedando ella como regente del Doble País al fallecer asimismo su hija Nube. Siempre las muertes acechándola. Pero desde eso había pasado otra eternidad. A veces, Constelación comprendía que llevaba demasiado tiempo viendo pasar las generaciones y que su propio tiempo tenía, por fuerza, que llegar a su fin.

—¡Tráeme al niño, Rector! —dijo entonces, despertando de sus ensoñaciones justo antes de que las lágrimas acudieran a sus ojos.

Los estúpidos Recitadores de fórmulas habían discernido, luego de leer los libros de los viejos y extintos magos, que las vísceras del último ternero sacrificado evidenciaban signos evidentes, presagios de que un niño humano de cuatro años, el hijo de unos de los miembros de su guardia personal, escribiría con letras de oro su historia en el árbol del destino. Significara aquello lo que significase, Constelación sospechaba desde hacía tiempo que un niño-Rey habría de jugar un papel decisivo en el advenimiento de un reino gobernado por mujeres Loo, el reino por el que llevaba tanto tiempo luchando. Tal vez fuera aquel mocoso. Le observó fijamente: pequeño incluso para su edad, enjuto, de tez muy pálida. No vio nada que justificase la desazón de los adivinos.

—¿Cómo te llamas?

Al niño le temblaba todo el cuerpo, apenas podía disimular su terror y, aunque abrió la boca hasta en tres ocasiones, fue incapaz de articular palabra.

—Se llama Neheb, Señora del Cielo. Ya sabe que para el pueblo usted es poco menos que un Dios viviente, y el chico está impresionado.

Un dignatario tras el muchacho había hablado. Debía ser de nuevo Precesin, ese engreído jerarca de gesto inmutable. Sin duda era él, caminando desnudo como to-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

dos los de su rango y... Pero no, por Dios, no recordaba cómo era la cara, los rasgos del Rector. ¿Quién demonios era ese hombre? ¿Por qué ya ni siquiera era capaz de reconocer al mejor y más dotado de sus acólitos? Dios, no quería morir convertida en una parodia senil de sí misma.

—Sé muy bien toda esa mierda que le decís al pueblo que soy —contestó, desafiante.

Estiró la mano hacia el niño Neheb y sintió una punzada poderosa de energía y de cálida proximidad cuando el joven entrelazó sus pequeños dedos con la piel ajada de su palma. No le pasaron desapercibidos el gran poder y la determinación que se escondían en el interior del muchacho, listos para saltar y hacer añicos el mismo paño de las Háthores.

Los Recitadores, por una vez, no se habían equivocado.

—Vas a tener el gran honor de ser el primer humano que va a ingresar en el Dominio de las Esposas del Dios —susurró la anciana a aquel chiquillo pálido y ojeroso—. Un día serás miembro de la SoGen y bucearás en los misterios del universo.

El niño volvió la cara bruscamente. Las aguas del estanque se reflejaron en su rostro.

—No. No quiero ser como él —dijo, señalando a Precesin—. ¡No quiero tener esos ojos de mentira para cazar fantasmas!

Las veintiséis lentes de Precesin miraron a la vez al mocoso y no acertaron a ver más que manchas superpuestas. A partir de estas, codificó la realidad y enfocó y desenfocó a su objetivo hasta que comprendió que Neheb, de forma intuitiva, acaba de rebelarle algo extremadamente importante. Constelación estaba boquiabierta.

—Ven conmigo, Neheb. Me doy cuenta que en verdad un día serás imprescindible para nosotros. Tienes un don natural, ¿sabes? Eso no puede aprenderse ni enseñarse. Se nace con él o no se nace. —La vieja Constelación trató de dibujar una gran sonrisa y alargó una mano hacia Neheb, que se agarró sin dudarlo, comenzando ambos a caminar en torno al embarcadero—. Así que vamos a dar un paseo y entretanto hablaremos un poco del futuro de la Tierra Mestiza. Pronto descubrirás que soy de carne y hueso, ni un gigante ni un Dios, y que acaso solo tenga que ver con esas grandes divinidades el que, muy pronto, me temo que iré a reunirme con ellas a la otra orilla.

1

Era un día luminoso aquel que alboreaba en el horizonte después de que Re hubiera librado y vencido su cotidiana justa contra las fuerzas de la oscuridad. Y era un día doblemente luminoso porque al fin, con diecinueve años recién cumplidos, pondría un pie en los Jardines del Rey como su Segundo Servidor, ayudante del Maes-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

tro Jeda, su tío. Kamutef no podía disimular la emoción, pero Jeda no era persona inclinada a las felicitaciones, y le cogió del brazo, apresurándole:

—Vamos, perezoso.

Atravesando por los setos y el Templete del Sur, llegaron al estanque antes de que los niños o las nodrizas se hubieran acercado lo suficiente.

—Coge tú aquella y aquella otra. Yo cogeré estas de aquí.

Kamutef obedeció y se sumergió hasta la cintura en las aguas. Los Nlòplales, afectados de podredumbre de las raíces, habían enfermado otra vez. De pequeño, su tío le había explicado que una maldición pesaba sobre los Nlòplales en el Doble Palacio. A Kamutef siempre le había parecido que todo el mundo se tomaba muy en serio todo aquel asunto de los Nlòplales: maldiciones, cuchicheos, amenazas... Al fin y al cabo, solo eran un espécimen más, uno como otro cualquiera.

—Vamos, deprisa.

De cualquier manera, no terminaba de entender la razón que les llevaba a replantarlos, una y otra vez, obstinados, al comienzo de su estación. Luego todo eran quebraderos de cabeza, pues tenían que retirar la planta moribunda para que no estorbase los paseos en barca y los juegos de los nobles y Príncipes. Era una pérdida de tiempo, y en un jardín tan amplio y con tanto que hacer, era algo que no deberían poder permitirse.

—Vamos, no te pares.

Recordaba, a veces, acaso en sueños, a la vieja Señora del Cielo hablando a Jeda de Nlòplales mientras él, con una hoz en la mano, disimulaba escondido entre las vides. Porque el tiempo vuelve ensueño los recuerdos, y ahora solo podía invocar la visión fugaz de los ojos lánguidos de la diosa, de un pectoral de oro, de una cava mal empezada y peor completada.

—Aquellos dos aún no han muerto ni florecido, tío, ¿los retiro también?

—No, no hasta que les afecte la enfermedad.

Llegaban ya hasta ellos las risas de los niños abordando al estanque a través del Paseo de las Palmeras. Kamutef miró de soslayo a su tío que, habiendo terminado su trabajo, ya doblaba las rodillas ante los nuevos inquilinos.

—Ve a buscar al barquero, Kamutef. Debe haberse vuelto a dormir agarrado a una jarra de vino. Lo encontrarás...

Kamutef sabía dónde encontrarle. Llevaba doce Inundaciones viviendo en la Gran Casa. Empezó el camino pero se volvió a los pocos pasos, pensando que a su tío, encorvado en una reverencia, lo engulliría aquella manada que aparecía vocinglera ante sus ojos.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Tío Jeda, ¿que pasará si un día triunfáis en vuestro empeño, sobrevive uno de ellos y el Rey descubre que habéis plantado Nlòplales? Sabes bien que están prohibidos por un edicto real que se remonta al menos...

—Si eso sucede —le interrumpió su tío—, ¿crees que a alguien le importará una vieja leyenda de magos y flores endemoniadas?

Pero Kamutef descubrió en su tono que mentía, y que todo aquel asunto de los Nlòplales, para alguien, por alguna razón que se le escapaba, era condenadamente importante.

El pan tenía un regusto familiar, a leche de burra y a comino. Kamutef retenía aún aquel sabor, era el de Luminosa-nova y Medianoche, el de la ciudad de Ipu, el de su infancia en la memoria. Tal vez el nuevo panadero fuera de la misma Comarca o solo fuera casualidad o engaño de los sentidos. En cualquier caso, saboreó la última hogaza y se sentó a esperar.

La niña más alta se acercó a Kamutef y le miró con sorpresa. Iba con otros cuatro niños, uno de ellos era Pleamar, la Hija Verdadera del Rey; los otros, Amenmosis, Uadjamosis y Ajep, todos hijos de Hapu; la niña que le observaba era Remolino, hija de un notable local, el Primer Profeta de Ptah, si no andaba desencaminado. *Conoce a todo el mundo, sé siempre cauto cuando hables y vivirás largo tiempo en la corte*, decía siempre su tío. Y sus enseñanzas no se olvidaban fácilmente.

—¿Quién eres tú? —dijo la niña—. ¿Y el barquero?

—Hace unos días que falta a su trabajo, mi Señora. Yo ocuparé su lugar.

—¿Tú? ¿Quién eres tú?

—Kamutef, Segundo Servidor de los Jardines; sobrino de Jeda, Maestro...

—Sé quién es Jeda.

Uadjamosis y Amenmosis se sentaron en la orilla y rompieron a reír mientras hacían chapotear los pies.

—¿Ves como era verdad? —decía el primero—. Se lo oí comentar al Príncipe Bakenkhonsu.

—No siempre hay que hacer caso a lo que dice ese tonto. Además, ¿a quién le importa un miserable barquero?

Kamutef aguzó el oído mientras preparaba la embarcación para el paseo. Remolino no dejaba de mirarle y se sentía incómodo. Detrás de ella, Pleamar, la más pequeña del grupo junto a Ajep, cuchicheaba en voz baja con su amiga.

—Parece ser que le encontraron en las habitaciones de la nueva concubina. Ni siquiera recuerdo su nombre. Bueno, el caso es que primero pensaron que era un



Crónicas de la Tierra Mestiza.

asunto de apego excesivo y poco disimulado entre ambos, pero luego le encontraron un costal con broches y amuletos. Una historia triste.

—Ahora no tendrá manos con las que volver a robar —convino Amenmosis.

Así que era eso. Kamutef ralentizó sus deberes por si aún quedaba alguna cosa de la que enterarse y se volvió de costado, de manera que no fuera fácil ver qué hacía. Notó que Remolino no había dejado de mirarle.

—Uadjamosis, acaba ya tu historia o no saldremos nunca —dijo esta.

Kamutef se puso pálido y, a trompicones, llevó la barca de recreo hasta la orilla. Se inclinó suavemente e invitó a los jóvenes a pasar. Remolino le guiñó un ojo:

—Ya era hora.

—Id vosotros tres primero —dijo Amenmosis, y se tumbó bostezando junto al margen de las aguas.

—¿Tú tampoco vienes, Uadjamosis? —dijo Pleamar a su hermano mayor.

—No, pequeña, quizá luego. Nos quedaremos por aquí un rato charlando.

Remolino subió la primera, altiva, desafiante. Pleamar y Ajep la siguieron empujándose el uno al otro, buscando hacer perder el equilibrio al adversario. Al fin cayeron juntos, abrazados.

—¡Quita de encima! —chilló la niña.

Ajep se hizo a un lado. Chasqueó la lengua.

—Perdón.

Al volver la vista, la niña Pleamar descubrió que sus dos hermanos mayores caminaban ahora por la ribera, quejosos, entre grandes aspavientos. Ajep y ella contaban siete y nueve años, respectivamente; Remolino rondaría los doce; por el contrario, tanto Amenmosis como Uadjamosis tenían los dos más de quince.

—Ya están otra vez con sus intrigas.

—Eso es cosa de hacerse mayor —dijo Remolino.

—Pues no quiero hacerme mayor —objetó Pleamar.

Kamutef notó de pronto que Remolino volvía a mirarle insistentemente.

—¿Y tú, barquero? ¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve, Señora.

—¿Y qué piensas ser de mayor, barquero? ¿Maestro de los Jardines, como tu tío?

—Yo solo llevo vuestra barca, Señora. Conozco el ahora. No sé más.

Remolino arrojó un palo al agua y lo vieron alejarse, flotando hacia una masa de



Crónicas de la Tierra Mestiza.

plantas natatorias.

—Hoy va a ser un día muy aburrido —dijo la niña.

Navegaron dos horas enteras. Al menos en cinco ocasiones, Kamutef se vio obligado a encender los aerogeneradores y mostrarles a los niños aquel nuevo ingenio que permitía a las barcas planear en el cielo hasta los veinte Codos de altura.

—Muy pronto —dijo Ajep—, habrá aerobarcazas surcando el cielo del Doble País. Se lo he oído decir al Ingeniero Real en una audiencia con mi padre.

—Yo me lo creeré cuando lo vea —dijo Remolino.

—Ajep, por una vez, está en lo cierto —terció Pleamar, con tono de fastidio—. Empezaron con las sillas de manos, que ahora tripulan robots y llevan a los vagos volando tontamente por palacio. —Rio al recordar alguna escena en su memoria—; ahora están haciendo pruebas con todo tipo de objetos, como esta barca de recreo. Pronto la navegación será tanto por río como por aire.

—Pues vaya fastidio —replicó Remolino, que nunca parecía satisfecha, mientras arrojaba otro palo al estanque.

Enfilando hacia donde los lotos azules, previendo la llegada del atardecer, empezaban a cerrarse, los palos se terminaron y el rictus de fastidio de los pasajeros se hizo aún más intenso. Amenmosis y Uadjamosis habían desaparecido de la orilla. En su lugar, un grupo de nodrizas habían formado un corrillo y esperaban cuchicheantes a sus protegidos.

—Esos se han ido— dijo Remolino.

Pleamar rio sin causa aparente; acaso sus pensamientos estuvieran en otro lugar. El rostro de la niña era ya tan hermoso como el de su madre. Ajep la miraba de reojo, sin el descaro con el que Remolino miraba a Kamutef, pero con la misma insistencia.

—¿Qué es eso?

Kamutef se puso pálido por segunda vez aquella mañana. Aquel asunto siempre le había parecido una apuesta desgraciada.

—Es un Nlòplal.

—No es como las otras plantas —dijo el niño.

—Aún no ha florecido.

—De todas formas, no es como los otros.

Kamutef se resignó a decir la verdad.

—Es parecido a un nenúfar, pero de flores amarillas, joven Príncipe. También los



Crónicas de la Tierra Mestiza.

hay con flores rojas, blancas y azuladas, aunque esas variedades no parecen importarle a nadie. Es la única planta que crece en las Tierras Baldías.

Pleamar se inclinó para mirar de cerca cómo la planta se aguantaba sobre un fondo irregular perlado de guijarros.

—Pero aquí solo hay uno..., dos. Me gustan, ¿por qué no tenemos más que Nlòplales de flores amarillas? ¿No es este el estanque más grande del Doble País? ¿No mandó mi abuelo que se plantasen todas las especies...?

—Menos los Nlòplales amarillos, por la maldición que pesa sobre ellos.

No hay nada que deslumbre más a un niño que lo prohibido; una pizca de fatalidad o de misterio y pronto tendremos a toda nuestra audiencia dispuesta a creer a pie juntillas las cosas más ridículas e imposibles, entre las que a veces se escapa una hebra de verdad. Kamutef explicó lo que sabía, que no era gran cosa, sin alardes, artificios o mistificaciones. Los niños escucharon emocionados y luego le ordenaron hacer descender la barca. De nuevo sobre las aguas, le hicieron dirigir la embarcación hacia uno de los especímenes; el otro, enredado entre los jacintos, no estaba a su alcance.

—Tendríamos que abandonar la barca para acercarnos más, mi Señora.

—No importa —dijo Pleamar, tomando con desazón las hojas del primer Nlòplal—. ¿Habías visto algo más bonito?

Kamutef miró la planta. Era solo un Nlòplal. Y apestaba; todo el mundo sabe que los Nlòplales apestan. Sin embargo, a Pleamar no parecía importarle.

—No florecerá —se limitó a sancionar Kamutef.

—¡Te equivocas! —exclamó Pleamar—. Este florecerá. Remolino, díselo; Ajep, tú también. Este Nlòplal se hará grande y hermoso, con muchas de esas flores amarillas; y tú, barquero, me traerás cada estación para verlo hacerse más y más grande, y aún más hermoso. ¿No es así, barquero? ¿No es así?

2

El pato saltó del estanque a la ribera. Miró al gigante vestido de lino alejándose hacia el Paseo de las Parras y cantó dos veces. Se alejó a un lado, el izquierdo, con un gesto muy suave. Luego, de otro salto, regresó al estanque.

Mi nieto ha muerto, ¿cómo es posible?

La vieja Señora del Cielo, la Reina-madre Constelación, buscó en su corazón la esencia indeleble, más viva aún que la carne, del sabio Rey Jiserkare. El retoño llorón y palpitante que un día había yacido en su regazo, yacía hoy en la mesa del embalsamador, El que Viste a los Afligidos para ese último viaje que todos los naci-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

dos junto al Gran Río pasan la vida preparando, por si, entre unas cosas y otras, consiguen postergarlo. *Es triste sobrevivir a un nieto*, pensó y se sorprendió repitiendo su pensamiento en voz alta.

—Es triste sobrevivir a un nieto.

Y pensó luego que había sobrevivido a Tao, su esposo, a Sequenenre, su hijo, a su cuñado Rameses y a su hijo Tutmose antes que a Jiserkare; y que eran demasiados Reyes Justificados, demasiados de su sangre camino de la otra orilla sin que ella apenas hubiese tenido tiempo de decirles cuánto los amaba. Demasiado ocupada, siempre ocupaba en los asuntos de estado. No había tiempo para el dolor. Había que pensar en la Armonía, en el deber, en la Regla, que es el baremo de todas las cosas.

—Y sin la Regla nada somos.

Avanzó hasta que los nenúfares se le aparecieron flotando majestuosos ajenos a la náusea de un mundo siempre en descomposición. A cada golpe de luz, uno de oscuridad, ya lo decían los Sabios Inmortales. Sí. A veces uno pensaba que el discernimiento de los Sabios era ilimitado porque estaban ya muertos y sus conocimientos abarcaban esferas de la realidad prohibidas para nosotros; pero tal vez solo quisiéramos olvidar, olvidar para poder creer, olvidar que sus escritos los hicieron estando aún vivos, y entonces eran mucho menos sabios e infinitamente menos inmortales.

—Un golpe de luz, otro de oscuridad.

Y su hijo muerto, en el taller de la Casa de la Muerte en el Lugar del Tránsito, con su fiel Bakenkhonsu con la máscara de Anubis, tal vez convencido al fin que se había transfigurado ya por entero en el guardián de los difuntos como ya lo era del destino; y los nenúfares blancos flotando, y los Nlòplales amarillos pudriéndose, y la balanza de las cosas tan lejos de equilibrarse, y ella y sus sueños un peso tan leve que nada podrían alterar. ¿O sí?

—La balanza de las cosas.

—¿Deciais, mi señora?

Parábola la miraba. Constelación recordó una jovencita de diecisiete años cuyas nalgas pasaban del Copero al Chambelán, y de este al Superintendente de la Sala de Audiencias. Ahora tenía... ¡más de sesenta años! Nadie debería vivir tanto como para ver convertidos en ancianos a los que un día contempló como niños.

—¿Deciais, mi Señora? —insistió Parábola, mirándola dulcemente.

—Es triste sobrevivir a un nieto. Solo eso decía.

Y Amón, en su última visión le había avisado no solo de la muerte de su primogénito, sino de que Hapu no Reinara mucho, apenas unos años antes de convertirse él también en un Osiris. No quería sobrevivir a otro Soberano del Doble País.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Habría que preparar a la pequeña Pleamar para el futuro, un futuro en el que ella estaría ausente. Por fin.

—Constelación, dicen los mayores que debemos marchar: pronto comenzará el ritual de la Coronación —Neheb, su joven asistente, había aparecido de pronto entre los setos. A sus cinco años recién cumplidos, se expresaba como un muchacho de doce. Miró a Parábola y sonrió.

—Es cierto —coincidió esta—. Todo el mundo la espera, Señora del Cielo.

¿Señora del Cielo? Le había dicho mil veces que no la llamase así, que si ante ella se comportaba como un simio amaestrado terminaría haciendo que la retiraran del servicio. ¡Bah!

—Claro, mis niños —dijo la anciana—, echemos a correr, no vayamos a perdernos el nacimiento de un nuevo Horus.

3

Cuando Solsticio supo que sería Reina-consorte no sintió pena por su padre. Su padre, el Dios Bueno Jiserkare, había abandonado el mundo de los vivos y ahora recibiría toda una eternidad por recompensa. Pero ella tendría que sostener con su esposo Hapu el peso de la Doble Corona. A partir de ese momento solo eso importaba, el bienestar de sus súbditos debía garantizarse. No había tiempo para el dolor. A solas, en sus habitaciones, dentro de uno o dos meses ya tendría tiempo para el llanto por la muerte de su padre. Hapu, el Rey, la necesitaba.

—¡Parábola!

Llamó a su nodriza, que, luego de la Coronación, había acompañado a la Reina-madre Constelación, su abuela, a la nave que la llevaría de vuelta a su residencia, el Dominio de las Esposas del Dios. Acudió Parábola con gesto de cansancio, resoplando. Quizá estuviera ya un poco mayor para ocuparse de todo pero, ¿dónde encontraría a otra como ella? Callada, eficiente, fiel, devota de pocas cosas y, principalmente, de su niña Solsticio. No, nunca podría sustituirla.

—No perdamos más tiempo.

A una señal, marcharon juntas por los corredores hacia los aposentos de Hapu. De camino encontraron los pasillos atestados de sirvientes y robots domésticos corriendo frenéticos, trompicándose en baúles y banquetas, cargados de cofres, vasos y un sinnúmero de cachivaches. La nodriza real interrumpió a varios de ellos y regresó con su Dama.

—Parece ser que el Rey ha ordenado que antes de caer la noche nos traslademos, por una temporada, al Palacio del Muro Blanco.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—¿Mennefer? Los asuntos del estado están en Ity-tawy; ¿qué haremos en el Muro Blanco yo y mi esposo mientras...?

—Me ha parecido entender que la orden se circunscribe a vos, vuestra hija y algunas esposas menores y sus vástagos.

Silencio, un silencio denso con un fondo de rumores de criados arrastrando bultos.

—¿Sabes la causa?

—Parece que los Recitadores han visto señales en el cielo, malos augurios, hay que alejar a los Príncipes más pequeños del Doble Palacio. Eso se dice.

—Estupideces, quiere que yo me aleje de él. No me perdona que no le diese un hijo.

—No debéis echaros la culpa.

—Me culparé de lo que me plazca. Soy la Reina, no lo olvidéis.

—Sí, mi Señora.

Solsticio apretó los labios y se apoyó sobre una columna de simbio-piedra, que se abrió para formar una concavidad que acomodase mejor al cuerpo convulso de la joven. La lágrima brotó ella sola, resbalando sinuosa por su mejilla, prefigurando un mar de otras que la seguirían, perezosas, inextinguibles.

—¿Lloráis, mi señora?

La Reina-consorte se revolvió como la Pantera del Sur y a punto estuvo de arañar la cara de su vieja amiga.

—De ninguna manera. No hay tiempo para el llanto. El país y Hapu me necesitan.

4

La cabeza le iba a estallar al pobre Jeda. Aquel día debería haberlo pasado en cama, aliviándose la jaqueca con unas infusiones. La nueva cocinera era capaz de hacer maravillas con un poco de aciano, canela y adormidera. Pero no, Kamutef tenía el día libre y los Jardines del Rey no podían quedar desatendidos aunque la mayor parte de la familia real y del personal de palacio estuvieran en el Muro Blanco. Así pues, de nada servía quejarse. Sintió una nueva punzada en la sien.

—¡Por las mil bestias del Desierto Oriental!

El primer Nlòplal estaba muerto, otra vez la podredumbre de las raíces. Jeda lo apartó de los jacintos y los espinos y lo llevó afuera con otras plantas secas y malas hierbas que había ido desbrozando durante la tarde.

En el barro, junto al estanque, se concentró en las azucenas de agua, un poco



Crónicas de la Tierra Mestiza.

sensibles últimamente, y se entretuvo examinándolas a la busca de insectos que hubieran escapado a un primer vistazo. Nada.

Ya había acabado por aquel día. Ahora se volvería a casa y esperaría a Kamutef. El chico venía muy tarde desde hacía un tiempo. ¡Ah, la juventud! Jeda cargó en una cesta sus utensilios y se dio la vuelta.

—Amón misericordioso...

Los primeros brotes amarillos habían nacido. Pequeñas flores emergían elevándose de los tallos del último de los Nlòplales. Se acercó muy lentamente, como temeroso de quebrar el impensable prodigio y retiró el follaje más acusado para que nuevas flores amarillas como la llama nacieran con libertad.

Así pues, la perseverancia hacía todo posible, la perseverancia y la mano del Oculto que, no tenía razones para dudarlo, llegaba a todas partes, como las moscas, el azul del cielo o la crecida del Gran Río.

Por fin en casa, Jeda redactó un breve nota para la Reina-madre Constelación, la selló con cuidado y la entregó personalmente al Supervisor de los Escribas de Palacio. Apenas dos días después recibió respuesta. Un eunuco de mirada esquiva le llevó un papiro del mismo puño y letra de la Señora del Cielo. Lo leyó y luego procedió a quemarlo según se le indicaba. Los nobles y su inclinación a la intriga, que parecía no tener fin. Al fin y al cabo solo era una planta, un ser vivo; si antes no había crecido sería a causa de algo perfectamente explicable: el agua contaminada por Siptah, por ejemplo. El Maestro de los Jardines creía aún, como todos los seres que poblaban la Tierra Mestiza, en maldiciones y encantamientos, pero no respecto a su Dominio. Los Jardines eran un mundo aparte del universo real; ningún mal acechaba entre sus muros, y lo que sus muros encerraban era inmune a todo mal.

Miró hacia el cielo y vio la barca de Re alejándose para iniciar su viaje camino de los infiernos. Kamutef, como todos los días, aún no había regresado.

—Solo es un Nlòplal de flores amarillas —se repitió.

—Alabado sea Amón y la madre Mut —pensó Jeda—. Por fin.

Era de noche. El Maestro de los Jardines oyó cómo se cerraba la puerta de la entrada y supo que Kamutef había regresado. ¡Qué demonios, tenía casi veinte años! Sí, había visto a la chica por el hueco de la ventana. Se había subido de puntillas sobre un taburete. Casi se mata. Pero la había visto. Una chica guapa, formas turgentes, pechos y pezones pequeños, hermosos como cerezas maduras. Jeda recordaba su propia adolescencia y no encontraba nada parecido, ni siquiera algo similar. Hubo un beso: Cheri, la hija del Servidor del Zoológico Real. ¡Hacía tanto tiempo! Luego no tuvo tiempo para mayores escarceos. El trabajo, el deber, sus deseos de ser el mejor en su profesión... Excusas. Ahora estaba solo.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—¿Duermes, tío?

—No.

Kamutef le miró largamente. Sentado en su estera, incómodo en la vieja postura del escriba que, pese a molerle los huesos, se obstinaba en mantener, su tío le pareció un animal acorralado, el peso de todo lo que había conseguido le impedía moverse, trababa sus evoluciones, lastraba todos sus esfuerzos, y pronto no podría ni respirar.

—Tío, he sabido que te ofrecieron el puesto de Copero junto al Rey...

—¿Quién te lo dijo?

Kamutef se encogió de hombros. ¿Acaso no conocía Jeda el Doble Palacio? Allí podía guardarse cualquier cosa, menos un secreto.

—¿Es verdad?

—Sí.

—¿Por qué lo rechazaste?

—Mis jardines... Aún eres joven...

Excusas, excusas.

—Tío...

—Además, hasta hace poco decías que no continuarías mi labor, que cuando hubieses cumplido lo prometido a tu madre...

—Tío...

—Ya sé que ahora no, que ahora empieza a gustarte este lugar, pero...

Excusas, excusas.

Jeda dejó que el silencio sustituyera el vacío de sus razonamientos, como el miedo sustituyera antaño a sus acciones. Pero ni el silencio ni el miedo pueden durar siempre.

—Muchacho —dijo, con expresión afligida—, yo ya no puedo cambiar. Me costaría demasiado trabajo reconocer que llevo desde el primer paso equivocándome. No conseguirán sacarme de mi templo, de mi Dominio. No, aquí estoy a salvo.

—¿A salvo de qué, tío?

—A salvo del cambio. De moverme un paso a la derecha o a la izquierda y descubrir un nuevo Jeda que mira al viejo Jeda. Ambos morirían en el enfrentamiento. O ni eso; morirían de terror antes de enfrentarse.

Se dio cuenta que el muchacho no le entendía. ¿Cómo puede entender el peso de la derrota quien aún no ha entrado en batalla? Por otro lado, Jeda recordó que siem-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

pre había vencido y que la derrota debía haber llegado subrepticamente, de entre las sombras, tal vez de dentro de sí mismo, y no quiso volver a pensar en ello.

—Sobrino —dijo entonces, cambiando el tono de voz—, te he visto con cierta exquisita beldad. Espero que no me juzgarás mal si te pregunto de quién se trata.

—En absoluto, es Neny, hija del Servidor del Zoológico Real.

—¡El Servidor del Zoológico!

—Sí.

El rostro de Jeda se había puesto pálido. Kamutef empezó a preocuparse.

—¿Has bebido, tío?

—¿No sabrás por casualidad el nombre de su madre?

—Pues sí. Cheri, Cheri creo que se llama. Se lo oí decir...

Calló. Se dio cuenta que Jeda ya no le escuchaba. Había bajado la cabeza y parecía petrificado sobre su estera, inmóvil, con la expresión borrada de su faz, como si ya no estuviera allí y sus cuatro partes hubiesen emprendido el camino del Bello Occidente. Kamutef dio media vuelta y se marchó a su cuarto.

—Buenas noches, tío.

Se desvistió y bebió dos vasos de agua. Dijo sus oraciones, y honró la memoria de su abuela, la buena Medianoche, y de Luminosa-nova, su amada madre. Aquel día olvidó en sus oraciones a su padre, Senra, y oró por Jeda. Le pasaba muy a menudo, últimamente.

—¿Tío?

Oyó la puerta de la entrada cerrarse. Jeda, una noche más, partió solo hacia su Dominio bajo el frío glacial de la noche.

—Buenas noches, tío.

Afuera, el Maestro de los Jardines se detuvo, a solas con sus pensamientos:

Cuentan los Sabios Inmortales que uno trae a un hijo a la Tierra Mestiza para que este aprenda de lo que uno sabe y vaya más allá, haciendo del padre báculo para sus experiencias y plataforma para sus conquistas. El hijo, a cambio, recordará el nombre de su progenitor en incontables ofrendas de pan y de vino y de todas las cosas buenas que nos provee el Gran Río, y que entregará frente a su estela y a los servidores de su Ka, para que estos jamás descuiden la memoria del difunto, y sea loado por siempre.

En cierto sentido, he sido tan mal padre que acaso todos mis yerros sean un buen sostén, un fuerte armazón para ti, Kamutef. Tú eres capaz de triunfar donde yo fracasé, como un buen hijo. La hija del Servidor del Zoológico Real será tu esposa; estos Jardines no podrán contigo.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Pero tal vez deberías marcharte, Kamutef. Esto es más que un estanque, unos frutales, un huerto o unos arriates... Es todo un universo, pero tan pequeño que podemos ver su final, los muros que nos guardan y nos custodian. Como una prisión de matices infinitos. Una prisión, al fin y al cabo. Nunca lo olvides.

Porque uno nunca debería ver los contornos de su universo.

Afuera, el Maestro de los Jardines continuó su camino. Ya no le acompañaban siquiera sus pensamientos. Se volvió, y supo que una sombra en la ventana seguía sus pasos.

—Buenas noches, hijo mío.

5

Como una pluma, su alma se dejaba caer, abatida, a los brumosos abismos del sueño. Allí estaba un pequeño y regordete muchachito, rodeado de gente que no conocía, que adulaban a extraños, a extraños que no eran, después de todo, más que sombras de ellos mismos. Al fondo, en una banqueta, indolente, triste como siempre, su madre le mostraba su mano, ¿o se la retiraba? En las paredes, en la techumbre, un millón de figuras geométricas daban volteretas y jugaban a girar sin tocarse; por una de ellas, su Dama escapó convirtiéndose en una espiral de sangre, solo un olor dulzón que se evapora en la mixtura de otros olores.

¿Madre?

El Príncipe Bakenkhonsu suspiró, a punto de quedarse dormido. Estaba en el Doble Palacio, en las habitaciones de la vieja Señora del Cielo, donde esperaban que se iniciaran los funerales por el Rey difunto Jiserkare. Un nuevo Rey había sido coronado y el viejo monarca podía ya emprender su viaje. Hapu y Solsticio Reinarían en adelante el Doble País y convenía terminar con los rituales y pasar página. El asistente de la vieja Constelación, de pie al fondo de la estancia, siempre vigilante, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, como si aprobara el rumbo de sus pensamientos. Pero él no podía saber lo que pasaba en ese momento por su cabeza. ¿O sí? Aquel muchacho, casi un niño, era un ser extraño, inclasificable. Delgado, pálido, de cuerpo moreno y mirada aviesa. De alguna forma imposible de entender, daba miedo.

¿Madre? ¿Abuela? ¿Constelación?

Ella le tenía entre sus brazos y, de pronto, comenzó a hablarle de un hermoso futuro donde el Doble País sería gobernado por mujeres sabias, magas poderosas, como ella misma, y en el que no existiría dolor, sangre ni batallas, solo la mano protectora de las Esposas del Dios. Entre tanto, por desgracia, serían necesarias algunas muertes. Nada terrible, desde luego, solo unos breves trazos que corrigiesen los renglones



Crónicas de la Tierra Mestiza.

torcidos, ya que todo estaba escrito y nada podía cambiarse.

—¿Madre?

—¿Sí, dulce Bakhi?

No, no era su madre, muerta tanto tiempo atrás, sino la vieja Constelación. Aunque, en el fondo, casi era la misma cosa.

—Nada, solo recordaba —dijo Bakenkhonsu, sintiendo que su alma volvía a amodorrarse.

Recordar, pensó la diosa, mientras acariciaba el rostro abotargado de su sobrino-nieto. Ese era el punto crucial ahora que los Nlòplales al fin renacían. Recordar para luego olvidar y saber olvidado. Uno tiene que olvidar tantas cosas para alcanzar el conocimiento último: el poder es para unos pocos, y la sabiduría, para algunos de esos pocos. Constelación había sido hija, esposa, madre, regente y ahora abuela de Reyes. Había sabido retirarse y olvidar cuando fue necesario, para luego emerger y tomar las riendas del país cuando sus vástagos se mostraron débiles o demasiado infantiles aún. Pero nunca se hubiera atrevido a coronarse Rey ella misma. ¿Para qué? ¿Para que cuando conviniera retirarse no pudiera hacerlo? ¿Para que algún joven torpe con el linaje hirviéndole la sangre viniera a poner en duda su legitimidad? Entonces, ¿qué significaban las palabras de Amón en sus visiones? ¿Sería Pleamar Rey, después de todo?

—¿Abuel...? —Bakenkhonsu calló abruptamente cuando vio que un mocoso se inclinaba sobre él. Neheb le ofrecía una bandeja de fruta que apenas podía sostener con sus manitas. El Príncipe, siempre hambriento, cogió una rodaja de sandía, pero Constelación rechazó el ofrecimiento.

La anciana estaba ensimismada, recordando la fábula del Príncipe Predestinado. Cada vez que acudía al Doble Palacio, su pequeña niña Pleamar le hacía repetir aquella historia que ideara para ella, para ambas. En aquel relato se escondía un presagio, acaso funesto. Si Pleamar quería ser Rey tendría que vencer los miedos que doblaron al Príncipe Predestinado. Tendría que perder su identidad. Era la única manera.

—¿Abuela?

—Sí...

—¿En qué pensáis? Creí que dormíais también vos.

—No, solo pensaba en los transparentes que son los designios del Oculto, y en la suerte que tenemos porque nos haya elegido para cumplir con su voluntad. Eso pensaba.

Sus palabras sonaban falsas, tan falsas... Últimamente había tenido otras visiones, su difunto marido Tutmose se le aparecía a menudo tocando el sistro; un antiguo Escriba de los Campos de la casa de su madre, muerto por lo menos treinta años



Crónicas de la Tierra Mestiza.

atrás, le había instruido en el arte del cómputo de las medidas de cereal; un avestruz de compañía que había amado cuando niña le picoteaba los pies; incluso se le aparecían seres que no habían muerto aún y, a veces, tomaba infusiones a solas rodeada por invitados del otro mundo. En más de una ocasión se despertó medio desnuda, de pie, en su salón, riendo como una loca. Las criadas estaban aterrorizadas y los médicos cuchicheaban a sus espaldas: ¿acaso no estuvieron a punto de retenerla en su Dominio e impedirle que acudiera a los funerales del Rey, su hijo, el pobre Jiserkare?

¡Deberían hacer un funeral por los dos!, pensó, y casi se hecha a reír cuando comprendió que ella seguramente no sobreviviría más que unos días al sepelio.

¿Y si todo fuera mentira? ¿Y si sus visiones de Amón fuesen fruto de...? Pero el Oculito sabía que sería una niña, sabía su nombre. ¡Bah!, todos lo sabían. Si era una niña, Pleamar; si un niño, Hapu, como su padre. La mitad de posibilidades de acierto. ¿Y si todo...?

—¿Madre?

—Sí...

—¿Quieres que te cuente cómo murió Amenmosis?

—¿El hijo mayor de Hapu? ¿Ha muerto? ¿El hijo de esa esposa de segundo rango?

—Vuestro tataranieta, sí.

—¿Estabas allí, en la Ciudad del Pilar del Norte, donde estaba destinado?

—Oh, vaya si estaba... Un desagradable accidente. Uno puede encontrar la muerte hasta paseando en tu propia silla de manos. Ahora que se han convertido en chismes voladores es tan fácil sobornar a un técnico para que los motores no respondan como es debido...

Intercambiaron una mirada de inteligencia. El Príncipe Bakenkhonsu miró a su venerada Señora del Cielo, Constelación admiró a un hombre que se debatía en busca de aprobación, un rostro de patán que escondía una inteligencia afilada como un cuchillo, venenosa como la víbora, un hechicero prodigioso que la fortuna depositara en su lado de la verdad.

—Oh, Bakenkhonsu, eres tan adorable.

Apenas una hora después, el Príncipe Bakenkhonsu se retiró para alcanzar a tiempo la aerobarcaza experimental que la SoGen había puesto a su disposición. Antes del anochecer estaría en el Palacio de Mennefer, la Ciudad del Muro Blanco. De nuevo a solas con Neheb, el pequeño prodigio de la naturaleza, Constelación descubrió, con muda sorpresa, que ya lo echaba de menos.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

6

La aureola del Palacio de Mennefer, la ciudad del Muro Blanco, se extendía por la arteria principal de espaldas al templo de Ptah, cercada por mansiones de notables, erguida en la lejanía desde donde las vías secundarias se cruzaban hacia los barrios más humildes.

Muros blancos, entrada monumental, campo de fuerza, jardines, pórticos, patios flanqueados por colosales estatuas; puertas rojas, suelos de piedra o estucados, paredes con motivos de flores estilizadas y guirnaldas, mil salones: de recreo, de coronación, de gala, de recepciones, de apariciones...

Y en medio de tanto fasto, un grito, solo un grito basta para quebrar la Armonía.

Antes de que llegase la Guardia, el falso soldado se arrojó en la oscuridad; descolgándose hasta el balcón, alcanzó la balaustrada y, de un salto, desapareció en la noche. Solsticio atravesó corriendo sus estancias y las de su hija hasta llegar a las del Príncipe Ajep, que estaba inmóvil en su lecho, agazapado, mirando la luna Tonutir.

—Han intentado matarme, tía.

Entonces vio a Bakenkhonsu en el suelo, intentando levantarse. Llevaba un puñal clavado en el brazo y respiraba con dificultad. Vio a la Reina y se inclinó:

—El agresor ha huido, majestad, no pude doblegarle, era muy fuerte. Solo logré impedir... —sus ojos miraban al niño Ajep.

—¿Y qué hacías tú aquí?

—Yo..., siempre vigilo.

Bakenkhonsu reconoció el gesto de la Reina. Ahora creía que su esposo le había traído allí para cuidarles. Un acto de ingenio y perspicacia. ¿Quién pensaría que aquel gordo inútil podría interponerse en la zarpa de un asesino? Sí, y cuando el Rey supiese lo ocurrido pensaría que había sido Solsticio la ingeniosa y perspicaz. Para cuando al final quedase al descubierto, siempre podía decir que había actuado por cuenta propia o por cuenta de la Reina-madre, la vieja Constelación, que le respaldaría convenientemente. ¿Acaso ella, desde el Dominio de las Esposas del Dios, no podía velar por su familia?

—Ve a que te curen, Bakenkhonsu.

La madre de Ajep, Marea, entró en la habitación y se abrazó a su pequeño, que solo entonces rompió a llorar.

—Vino de las sombras y llevaba un cuchillo, mamá. Entonces el hombre gordo



Crónicas de la Tierra Mestiza.

luchó con él y chillaban y yo me oriné en la cama...

Solsticio se quedó allí hasta que volvió la calma y el niño Ajep se dejó llevar por el sueño. La Guardia se dobló en todas las estancias y se inició la búsqueda del intruso; sin éxito, naturalmente. Cuando regresó el alba, la Reina se hizo acompañar por Marea. Ninguna de las dos tenía sueño. Se sentaron en torno a una mesa baja y hablaron durante horas. Bebieron un poco de vino y se tomaron varios suplementos de pastillas engordantes. Marea pensaba que la nueva moda que empujaba a las hembras Loo a parecer siempre embarazadas era una estupidez, pero entendía el deseo secreto que movía a su especie, el deseo de dualidad, de ser dos en uno. Ella, por el contrario, desde que nació Ajep, se había sentido completa, y ya nunca más quiso ser nada más que ella misma, madre, pero a la vez solo Marea. Pero era un pensamiento que sabía que muchas mujeres no entenderían. ¡Oh, el pequeño Ajep! Si él muriese, prefería no seguir en este mundo.

—No es más que un pobre niño enfermo —dijo, desconsolada—. Todas las noches, Majestad, duermo con él, o si no lo hace su nodriza, pero hoy, con todo este ajetreo del traslado... Suerte del buen Príncipe Bakenkhonsu, el guardián de nuestros hijos.

—El guardián de nuestros hijos... —repitió la Reina.

—Fue un desgraciado error. La verdad es que no pensé que mi pobre niño estuviese amenazado.

Solsticio puso una mano en el hombro de su prima. Ella tampoco lo hubiera pensado jamás. Marea apretó los puños, cuyos nudillos, mortecinos, tensos, se clavaron finalmente en la mesa con un golpe seco.

—Yo soy su madre. Fue culpa mía. He sido una estúpida.

—No, prima, ¿quién iba a pensar...?

—La muerte de Amenmosis hace unos días ha sido un duro golpe, pero, pese a todo, queda Uadjamosis, el legítimo heredero, ¿no es cierto? Se casará con la pequeña Pleamar, tu hija, y formarán una familia. Ajep apenas puede correr unos Codos sin asfixiarse. Es un buen muchacho que se pasa el día con sus pinturas y sus libros y no hace daño a nadie.

—Pero si Uadjamosis muriera...

—¿Cómo, mi Reina? Es un joven sano que pronto se hará cargo de los ejércitos y...

Ambas mujeres callaron. Sus corazones empezaron a discurrir. Quien hubiese querido matar a Ajep era porque creía, sabía, que también lo haría Uadjamosis, si no, ¿qué sentido tenía todo aquello? Y si Uadjamosis moría con Ajep ya fallecido: el caos, el Doble País sin sucesor ni posibilidad de tenerlo. Hapu había subido al trono ya ma-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

yor, la Gran Esposa Real no le daría ya más vástagos y sin línea de descendencia tendría que nombrar Heredero a un general o al hijo de una concubina. El mismo Hapu era fruto de una situación análoga, en la que solo los hijos habidos de Solsticio podían ser considerados Verdaderos, legítimos portadores de la sangre de Osiris. Innumerables posibles futuros aparecieron en sus pensamientos, y a cada cual más aterrador. Muertos Uadjamosis y Ajep, cualquiera podría aspirar a gobernar el Doble país. Las intrigas y la muerte se desatarían por doquier. Tal vez ya se habían desatado.

—Marea, avisa a todo el mundo, volvemos a Ity-tawy.

—Mi señora, el Rey ha ordenado... —repuso esta, cabizbaja.

—Me importa poco lo que el Rey haya ordenado —Solsticio sonrió. Ella era la Gran Madre de la Tierra Mestiza. Aún tenía capacidad para decidir—. Volvemos al Doble Palacio.

7

El mismo día que todos arribaron desde Mennefer al Palacio de Ity-tawy, las escaleras retumbaron bajo el peso marcial de los soldados de la Guardia, que se abrían paso hasta los aposentos del Príncipe Bakenkhonsu como si les persiguiesen una jauría de demonios del desierto.

—Está bien así. Esperad afuera —les ordenó el Rey.

Hapu penetró en la estancia sin hacerse avisar, casi furtivamente. Su escolta personal le había acompañado hasta el mismo umbral, y ahora esperaban con la mirada torva y esa ferocidad que les había procurado a aquel puesto. No gustaban de cambios en el protocolo. En sus manos estaba la seguridad de la familia real y, por ende, el destino del Doble País.

—Primo, acércate.

Demasiado sorprendido para decir nada, Bakenkhonsu inició una temblorosa reverencia que el Rey detuvo con su poderoso brazo.

—Debería yo inclinarme ante vos.

—Mi Señor, me alabáis sin razón.

—De ninguna manera. Toma asiento a mi lado, Bakenkhonsu.

El taburete estaba frío. Acomodó sus gordas nalgas y esperó, tratando de recordar la última vez que Hapu y él habían conversado en privado; ¿diez, quince años?

—El Guardián de Nuestros Hijos, así os llaman, un título que os hace justicia y que ya he encargado se os haga llegar para que podáis disponer de él en vuestra Mo-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

rada Eterna, llegado el momento.

—La generosidad del Rey es de nuevo excesiva.

Hapu bajó los ojos.

—Los augurios son claros, los Recitadores están todos de acuerdo. Sobre mis hijos pende el hacha del Verdugo. Hasta ayer tú has sido su guardián en la sombra; hoy saldrás a la luz —con gesto de pesadumbre, el Soberano del Doble País se asió el mentón, inclinándose hacia adelante—. Tengo miedo, primo; mi mujer sospecha que se atentará contra la vida del primogénito Uadjamosis. Debéis impedirlo, descubrir a los culpables. A cualquier precio.

El Rey se levantó. Ya había hablado demasiado y consumido su tiempo. Era el hombre más grande del país y no era dueño de sus horas, ni de sus actos; siempre corriendo de aquí para allá, temeroso de sus hijos, de sus fronteras, de la crecida, de los campesinos... Con su mano ponía orden y equilibrio en la Tierra Mestiza, él no descansaba para que la humanidad pudiera descansar.

—Vuestra labor en el Lugar del Tránsito sigue siendo notable, ¿queréis que se os releve de esas obligaciones? —dijo Hapu, mientras ya avanzaba camino de la salida.

—Descargaría mi espalda y me permitiría concentrarme en mis nuevas tareas.

—Así se hará, pues. Sabed que podréis disponer de recursos ilimitados y de todos los hombres que pidáis.

—Gracias, mi señor.

—No me deis las gracias y salvad a Uadjamosis.

El Rey estaba de nuevo en el umbral. Su escolta le miraba con anhelo, como se mira a un Dios o a una jarra de cerveza tras todo un día de servicio.

—Otra cosa, Bakenkhonsu, ¿quién os envió al Muro Blanco para cuidar de Ajep y...?

—Nuestra Señora del Cielo me mandó que vigilara a los pequeños.

—Ah, la vieja Constelación.

Hapu recordó a la gran maga. Ella lo sabía todo y estaba en todas partes. Como Isis en el lejano Keben, no escatimaría esfuerzos para reunir los pedazos dispersos de Armonía para reunirlos en un Osiris redivivo, en un nuevo Horus. Suspiró, algo más tranquilo. La Señora del Cielo cuidaba de sus hijos. Y, sin embargo...

—Se dice que agoniza en su Dominio, primo.

—Lo han dicho tantas veces...

Sí, pensó Hapu, *pero esta vez es verdad*. Tenía un informe detallado en su despacho.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Quiera Amón preservar su vida eternamente.

El Rey se marchó por fin, rodeado por su escolta, y descendió ruidoso las escaleras que momentos antes ascendieran. Su destino era la Sala de Audiencias, donde hacía ya un buen rato que esperaba el Visir del Sur y los embajadores de los Loo del sur. Pero para Hapu los trabajos de ese día pasaron volando, y las preocupaciones de los notables le parecieron banales, indignas de provocar la menor inquietud. Muy pronto, todo volvería a la calma, la Armonía se iba a restablecer una vez más.

La Señora del Cielo y el Príncipe Bakenkhonsu cuidaban de sus hijos.

8

El enemigo, el embajador Cúmulo, el Loo carmesí sin alma, le esperaba al final de la Avenida Oeste, lejos de oídos curiosos.

—¡Maldito estúpido, casi me matas! —ladró Bakenkhonsu.

Cúmulo encajó el puñetazo del gordo Príncipe casi sin inmutarse. Se echó a reír, y su risa hizo temblar sus torneados músculos como si fuesen de piedra. Él era un solo-Loo, un hermafrodita, pero también uno de los más altos representantes del reino del sur, ahora de visita oficial al Doble País. En teoría, se trataba de un viaje oficial que buscaba normalizar las relaciones entre los dos estados. Cúmulo, sin embargo, había venido con otros planes en la mente.

—Calla, perro, ¿no querías que pareciera real? ¿Qué hay más real que una herida verdadera? Probablemente sea la única que sufras en tu vida, cobarde mestizo.

Bakenkhonsu, con el brazo inmovilizado y en cabestrillo, pensó por un momento si se habría equivocado con aquel gigante resentido. ¿Cómo se atrevía a hablarle de aquella forma? A él, un Príncipe que compartía la sangre de Rameses, un grande del Doble País.

—Se suponía que debías herirme, golpearme, no acuchillarme —objetó.

Cúmulo le observó sin disimular su desprecio. Al fin y al cabo, él era un Loo genuino, uno de los últimos supervivientes de una raza milenaria.

—Matices insignificantes, mestizo. Se suponía que mi padre tenía que pactar con vuestro Rey nuestra sumisión. Fuimos en son de paz y nos pusimos nuestros mejores caparzones ceremoniales. ¿Qué obtuvimos? Solo quedo yo de entre mi clan: mis parientes, mis hermanos, mis padres, mi esposa..., se pudrieron bajo el sol por vuestra traición. No lo olvides nunca.

—Eso pasó hace mucho, durante las guerras —rezongó Bakenkhonsu.

—No para mí —Cúmulo volvió su rostro. Sus orejas y nariz cercenadas le hacían parecer un monstruo fabuloso del inframundo, allí donde Seth da cobijo a las bestias



Crónicas de la Tierra Mestiza.

malditas, aquellas que en la paz y Armonía del Gran Río no son bienvenidas.

—Sobreviviste.

—Sobreviví para ser vuestro esclavo; para que me uncierais como a un animal de carga, para ser castigado por buscar la libertad; para que talaran mi rostro hasta convertirlo en algo inhumano —el Kushita se pasó una mano temblorosa por sus heridas.

—Pero escapaste, y ahora tendrás tu venganza. Yo voy a ayudarte, embajador, amigo mío, te prometí que podrías reparar el mal que se le hizo a tu clan. Y lo harás.

—No soy tu amigo, perro mestizo.

—El primogénito del Rey morirá, y Hapu vivirá para verse solo. Ese fue el trato, y entre ambos lo haremos posible.

Cúmulo sacó una daga y la blandió ante su rival, para luego deslizarla por sus atocinadas mejillas. Un surco de sangre resbaló ante el mirar aturdido de Bakenkhonsu.

—Ese fue nuestro pacto, perro, es verdad. Yo te he convertido en un héroe a ojos de los tuyos y tú me ayudarás a matar a Heredero. Quiero que el Rey siga vivo para expiar sus culpas; vivo para ver que todo por lo que ha luchado se desvanece como la arena entre los dedos, vivo para quedarse solo, sin lo que más ama en este mundo, con los demonios rondando, siempre rondando.

—Lo tendrás.

—Sí, eso dices tú, mestizo. Espero que, por tu bien, no me traiciones.

Bakenkhonsu notó que le flaqueaban las piernas. La daga acariciaba ahora su cuello.

—Esto no es necesario, Cúmulo. Yo soy tu amigo. Te quiero como a un hermano y te prometo que Uadjamosis morirá. Tienes mi palabra.

—La palabra de un perro mestizo no vale nada.

La hoja dejó de paladear su garganta. Cúmulo le dio la espalda y se alejó despacio, perdiéndose en dirección contraria, por la Avenida Este.

—Menos que nada, mestizo.

Bakenkhonsu regresaba a sus estancias al amparo de la noche. Se le veía tranquilo, relajado, tal vez un poco de peligro le hiciera bien a su espíritu, después de todo. Avanzó sin prisas junto a los muros de las residencias de los nobles, entre montañas de desperdicios, casi ajeno al hedor, pensando en que él solo, sin ayuda de la gran maga Constelación, era capaz de engarzar los nudos de aquella trama tan bien o mejor que la misma maestra. Porque había sido él quien hizo correr en-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

tre los Recitadores, esos pobres estúpidos, el rumor del peligro que acechaba a los hijos del Rey en Ity-tawy. Sabía que el destino lógico de un exilio protector sería el otro gran palacio, el de Mennefer, de donde era toda su familia materna, y donde tenía amigos en todas partes, y hasta en la Guardia de Extramuros, que no tuvo problema en dejar pasar a Cúmulo por el campo de fuerza para que representara aquella comedia en las habitaciones del niño Ajep. Todo había resultado tan fácil que casi invitaba a la risa. Tan solo ese pequeño cabo suelto de la condenada afición a los puñales de aquel Loo resentido.

Puerco extraterrestre del demonio.

Mientras caminaba, Bakenkhonsu contempló las obras del campo de fuerza que un día rodearía Ity-tawy. Un día, todas las ciudades del Doble País tendrían a su disposición aquella arma inexpugnable, decían los ingenieros. Él se reía de aquella presunción. Si un simple soborno había permitido entrar en un Palacio fuertemente custodiado a un asesino, ¿cómo podría defenderse el perímetro de una ciudad tan grande como la capital del reino? Era imposible. Pero al menos, daba a sus habitantes la sensación de que estaban a salvo.

Al torcer por una callejuela se encontró a un noble que estaba construyendo su mansión con simbio-piedra. ¡Vaya excentricidad! Hasta ahora solo los palacios se construían con aquella carísima y singular invención. Pero si uno tiene el suficiente dinero..., entonces todo es posible. Desde un templete, a la izquierda de la propiedad, pudo ver que aparecían dos Lithistas vestidas del lino más puro. Luego de una larga salmodia, abrieron sus bocas y escupieron al Krank sobre un montón de rocas. Aquella masa informe se echó a temblar, convertida ya en piedra sintiente, y al poco empezó a elevarse hasta formar dos columnas lotiformes, de las que no tardaría en manar el resto de la fachada del edificio. Bakenkhonsu meneó la cabeza, contrariado, y ser marchó antes de ver concluir aquel prodigio. Las cosas cambiaban muy rápido. Pronto sería un viejo cascarrabias tratando de luchar contra la corriente del paso del tiempo. Un poco como la anciana Constelación.

Por fin en casa, descubrió que su Intendente le había dejado el correo en su dormitorio. Entre todas aquellas misivas, recibos, peticiones de todo tipo de sus administradores, elegías de notables que volvían a acordarse del gordo Bakenkhonsu al saber de su nueva posición en la corte..., una llamó su atención por el sello; la abrió ansioso con su estilete apoyándose en el brazo herido, rechinando los dientes.

—¡Por el falo de Min!

Cuando la leyó, Bakenkhonsu musitó un rezo, maravillado, jubiloso por el auxilio de los dioses, que le daban cada nudo casi hecho, a medio trenzar o trenzado ya del todo, de manera que él solo tenía que apretarlo, bien fuerte, para que nada se escapase.

Para el Príncipe Bakenkhonsu, Guardián de Nuestros Hijos, de Marea,



Crónicas de la Tierra Mestiza.

vuestra humilde servidora.

Estoy abrumada por la culpa y el remordimiento. En mi desidia he permitido que un enemigo de la luz, un aliado de las sombras, entrase en nuestro hogar para dar muerte al hijo del Gran Rey. ¿He obrado tan mal que los dioses me negaran la unidad en el último día? Si es así, os pido a vos y a todos aquellos a los que he hecho daño, me perdonen.

Gracias a vos, Ajep, mi hijo, sigue con vida. ¿Cómo agradecéroslo? Sois un hombre virtuoso e íntegro y en vuestra prodigalidad la Tierra Mestiza se siente segura.

Espero que evolucionen bien vuestras heridas y que Amón todopoderoso os proteja.

Marea, segunda esposa del Dios Bueno Hapu.

9

El cocodrilo abría sus fauces para devorarla. Un paso atrás, solo uno, y podría liberarse; pero sus pies estaban doloridos, ya había caminado demasiado, y ni en su sueño tuvo fuerzas para esquivar la dentellada.

La muerte es solo una posibilidad. Dentro de mí, si el ciclo no se ha completado, mi Ba, el alma-pájaro, se negará a perecer. Transmigrará, sencillamente, a otro cuerpo, en otro lugar, donde otra burla del Hacedor jugará al juego de la existencia.

Constelación despertó sola, de madrugada, en el Dominio de las Esposas del Dios. ¡Maldita sea!, pensó, llevaba tantos años conviviendo con aquellos humanos de ascendencia egipcia que había terminando interiorizando buena parte de sus absurdas supersticiones.

Había regresado el día anterior de su paseo matutino abrumada por terribles presagios. Desde ese momento, ya no volvió a levantarse del lecho.

Ahora las visiones ya no le abandonaban, realidad y ficción se entremezclaban en un dédalo de sensaciones carnosas, sensibles al tacto, adheridas a su piel como una costra sangrante y ulcerada.

La muerte es solo una posibilidad. Mi Ka no colmó sus apetitos, han quedado tantas cosas por hacer... El camino va hacia el sur, donde repetiré perenne mis nacimientos, con otra carcasa, otras miserias, pero nunca quedaré saciada, pues mis cuatro partes aspiran de alguna forma a la eternidad. Por eso todos me llaman Señora del Cielo, ¿intuyen acaso que mi esencia de luz no pretende regresar a la Unidad sino convertirse en la Unidad misma? Ja, ja, ja. Pobre vieja loca.

Una tos negra y seca le raspó la garganta. Una mano oscura le cogió del corazón



Crónicas de la Tierra Mestiza.

y comenzó a oprimirlo. Supo que se moría. ¿Y su asistente, el joven Neheb? Recordó haberle mandado a otra habitación con cualquier excusa, quería estar sola para... tal vez para morir.

La muerte es solo una posibilidad.

Deja eso. Deja de pensar en tonterías. Constelación rodó de su lecho al suelo, se levantó y cayó de rodillas con la tos desgarrándole la garganta y el corazón a punto de estallar.

La que está unida a Amón, Pleamar, será el fruto de la simiente que he depositado en ti.

El rostro de Amón, el estanque, los Nlòplales, el sobrino del Maestro de los Jardines, Kamutef se llamaba. Su mirada infantil cuando lo vio por vez primera en las vi- des, años atrás, regresó desde los corredores de la memoria y le golpeó el rostro como una bofetada. Dioses, era el rostro de su nieto perdido tantos años atrás, el rostro de Senra. Él era el niño-Rey que había obrado el milagro del renacimiento del Nlòplal amarillo. Y Neheb, entonces el pequeño Neheb..., al que estaban formando para...

Ahora lo veía todo claro. ¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Cómo había sido tan estúpida? Tenía que avisar al Príncipe Bakenkhonsu antes de que cambiase el desti- no, antes de que...

Ella será un día Rey y hará resplandecer los Nueve Arcos y la tierra de Kemi para insuflar al universo entero su hálito de vida.

Vio al soldado, quieto, mirándola. Su silueta, aunque borrosa, le resultaba fami- liar, casi como si hubiera estado allí esperándola desde el principio de los tiempos. ¿Podría confiar en él o también habitaba sus sueños?

—Avisa, avisa al Príncipe Bakenkhonsu —el golpe interior fue tan fuerte que la echó hacia atrás y la sangre comenzó a manar por su boca—. Dile..., dile que deje al pequeño Uadjamosis vivir, que no le suministre el veneno —otro golpe y cayó en el enlosado boca arriba, sin aliento y sin esperanza—. Todo es una burla, una burla estúpida; si cortamos una línea de futuro, solo una, tal vez...

todo acabe.

No llegó a decir las últimas palabras. Agotada, boqueando en busca de un último soplo de vida, contempló a su interlocutor y vio a la estatua de la leona Pajet, que presidía sus habitaciones, mirándola con desprecio, a punto de soltar una carcajada. Estaba sola. Nadie había podido oírla.

Pobre Uadjamosis. Pobre Tierra Mestiza, poblada de demonios... —Esos fueron sus últimos pensamientos.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

10

Codiciamos lo que no está a nuestro alcance, decía la sombra. Atesoramos lo que no podremos custodiar. Amamos lo que no nos ama. Tenemos lo que nos dejan que tengamos. Somos lo que nadie quiere ser.

—¿Qué eres tú, pequeño Príncipe? —le preguntó la sombra.

—¿Yo?

De alguna manera, y aunque no la comprendiese, sabía la contestación. Un poder superior a sus fuerzas abrió su boca, movió su lengua, le impelió a hablar.

—Yo soy una posibilidad.

El aullido del viento despertó a Uadjamosis. Soñaba con la Sala de las Dos Verdades, en la perra Amait encorvada, presta a devorar su alma. Los cuarenta y dos Asesores habían dado a Osiris su veredicto: culpable. Uno de ellos, convertido en sombra, le interrogaba antes de que se leyese su condena.

—La fiebre ha subido, Majestad.

¿A quién hablan los médicos? A su padre, Hapu, Soberano del Doble País. Seguramente, pero no podía verlo, las brumas se lo impedían. Alguien lloraba, muy cerca. ¿Su madre?, ¿su nodriza?, ¿los sirvientes? En su corazón, todo estaba confuso.

—Salvadlo, os lo manda vuestro Rey.

Entonces, la perra Amait se lanzó sobre él, y lo arrancó de su lecho. Esperó, sintió, paladeando el instante de los instantes, ¿era esto la muerte? Un suave balanceo, como navegando por el Gran Río. Un bogar eterno. ¡Pero no! Alguien le arrastraba por una sala oscura y tenebrosa, y no era la perra Amait quien conducía sus pasos, se había quitado la máscara.

—Hola, Uadjamosis, pequeño.

—Hola, tatarabuena Constelación. ¿Dónde estamos? ¿Dónde me llevas?

—No vamos, querido, volvemos.

Y vio entonces a muchos que conocía, a su querido hermano Amenmosis, a su abuelo Jiserkare, a Iye, envuelta en llamas, y también a otros que recordaba por estatuas y relieves, Tutmose, Rameses, Nube, y muchos otros, un hombre con el bastón de Superintendente de la Sala de Audiencias, ocho jardineros aún con sus utensilios de trabajo en la mano y mojados de la cabeza a los pies, y muchos, muchos más. Pero no vio a Osiris ni a sus cuarenta y dos Asesores. Los dioses del Doble País no habitaban aquel lugar, y la Sala de las Dos Verdades era solo un escenario que escondía al ver-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

dadero Dios. Uadjamosis tuvo miedo, y el miedo de todos los inquilinos de aquella farsa no le reconfortó.

—¿Dónde estamos? —repitió.

Constelación se volvió a la concurrencia.

—¿Veis? Él tampoco lo sabe.

—¿Entonces quién? ¿Cuándo llegará el que podrá guiarnos? —era la voz de la multitud, la voz del pavor más absoluto.

—Llegará. Podéis creerme —sentenció el fantasma de la vieja Constelación.

—Un día llegará —murmuraba febril Uadjamosis.

—¿Qué llegará, hijo mío?

Hapu zarandeo a su hijo, presa de la desesperación, intentando arrebatarse ese último estertor para que regresase de nuevo a su lado.

—No se esfuerce, Majestad. Ha muerto —dijo una voz a su espalda.

Hapu, roto de dolor, apunto estuvo de levantar la mano contra su médico, que le miraba aterrorizado; pero entonces pensó en la vida, ese vehículo sagrado de eternidad que nadie tenía derecho siquiera a empobrecer, y que a él le había hurtado una redoma de veneno, un corazón traidor y cobarde que se escondía aún entre las sombras.

Desesperado, se alejó del galeno y descargó una patada sobre un robot aguador, que huyó de la habitación dando tumbos.

—Dejadme a solas con mi hijo —exigió, con los ojos brillantes.

Atardecía cuando Hapu y el cadáver de Uadjamosis se tumbaron juntos en el lecho para hablar de las muchas cosas que harían cuando el muchacho fuese un poco más mayor, de las batallas que acometerían, de la jornada gloriosa en que le nombraría corregente, de los nietos que le daría, de todas las cosas buenas que no debían perderse.

Hapu hablaba solo y reía y lloraba, deseando que los dioses se lo llevaran muy lejos, a la otra orilla, donde su hijo sin duda le estaría esperando.

Y el viaje espectral de Re por los abismos se hizo noche eterna.

El loto blanco extendió sus pétalos a la mañana, como si quisiera alcanzar el horizonte. En ese mismo instante, el loto azul abrió también el vuelo de su vestido,



Crónicas de la Tierra Mestiza.

mostrando unos aderezos más estrechos y agudos, igualmente hermosos. Pero el loto azul estaba triste, sus hojas habían enfermado, enquistadas en su figura individuos enredados en alas membranosas, larvas de larvas, que chupaban su esencia y le arrastraban lejos de la luz.

—Amón misericordioso...

Kamutef movió la cabeza, preocupado. Pulgón en los nenúfares y hongos en los lirios. A su tío no iba a gustarle. Últimamente, el estanque no traía más que preocupaciones. Con mucho cuidado derramó agua de un cuenco sobre las partes enfermas y observó cómo los insectos resbalaban al fondo, pasto para peces, ranas, salamandras y otros devoradores de plagas.

Terminada su labor, se arrodilló entonando un par de sortilegios breves que alejaban la enfermedad y se sintió un poco más tranquilo. ¿Surtirían efecto? En ningún lugar del Doble País estaban los dioses más ausentes que en palacio. Sus habitantes, cuyas vidas se diluían en rituales y públicas demostraciones de devoción, vagaban luego inmersos en sus contradicciones. Ni los propios servidores de Amón parecían tener un instante para el culto en su vida cotidiana. En todos aquellos años solo había oído el nombre de dios de labios de los Guardias de palacio, de algún sirviente y de él mismo. Encontró un nuevo brote de pulgones en los lotos del final del estanque.

—Amón misericordioso...

Kamutef no conseguía olvidar las enseñanzas de Luminosa-nova. Su amor por la vida, su cálida contemplación del Oculto en todas sus formas, su visión mística de la divinidad como expresión de la belleza y la vida. Secretamente, sabía que incluso aquellos insectos voraces, o las hojas enfermas cubiertas de costras rojizas, eran formas sagradas de Amón, que está en todas partes y todo lo hace explicable.

Sí. Ya no era un niño rebelde, un bastón torcido. Era un hombre que podía recordar la punzada del más terrible dolor. Y el dolor, luego que la quemadura cicatriza, otorga al herido fortaleza, equilibrio. Ya solo somos capaces de oírlo crepitar de madrugada en el corazón.

—Vaya, nunca había visto a un barquero tan devoto, rezando sumido en un trance.

Remolino otra vez. Tuvo que reunir todas sus fuerzas para que una mueca de disgusto no aflorase en su rostro. Era la tercera vez aquel día. Se sentía observado, vigilado constantemente por aquella mocosa babeante y estúpida. Kamutef nunca hubiera pensado que la quietud de aquel universo creado por Jeda, y heredado por él, pudiera quebrarse por las ansias de un ser tan mezquino y previsible.

—Noble Remolino, ¿cuál es ahora el motivo de vuestra visita?

—Pasaba por aquí.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Ah...

—Sí, y he pensado que tal vez podríamos caminar un rato por el Paseo de la Higueras hasta el Templete del Sur, hacia un sitio tranquilo. Hace un buen día para pasear, ¿no es verdad?

Tacto, había que tener tacto. Pocas cosas hay con más peligro que un noble caprichoso. En realidad, las enseñanzas de Jeda no hubieran sido en este caso necesarias. Podía oler el peligro.

—Remolino, sois tan bella que la oferta me seduce. Pero aún sois joven, una niña, con años para aprender...

—Ya he menstruado.

Así que era eso. Esta vez no estuvo seguro de haber podido reprimir un ademán de repulsa.

—Debéis entender. Yo soy de baja extracción. La gente no vería con buenos ojos una relación...

Remolino se echo a reír. Cogió un tubito de pastillas engordantes y lo precipitó sobre su boca, que tragó ávida su contenido. La muchacha se acarició lasciva su redondo vientre y le miró fijamente a los ojos:

—¿Qué relación, barquero? Yo solo quiero que derramáis sobre mí vuestro cuenco con agua. ¿Sabéis?, las mujeres también enfermamos por algunos pequeños insectos, tan voraces como esos que combatiais hace un momento.

—Noble Remolino, sabed que...

—¡Kamutef! —Su voz sonó como el chasquido de un látigo—. ¿Sabes quién es mi padre? Sí, lo sabes. ¿Sabes los problemas que puedo buscarte a ti y a tu tío el viejo jardinero? ¿Quieres probar quién es más poderoso? ¿Quieres que me arranque el cinturón y salga corriendo lanzando aullidos de terror? ¿Conoces cuál es el castigo por violación en el Doble País? ¿Lo sabes, barquero? Me has hecho venir tres veces y he perdido ya mucho tiempo en devaneos. Vendrás conmigo a pasear. Vendrás ahora.

De pronto, sin saber por qué, le vino a la memoria las primeras enseñanzas de Jeda cuando, un día, le mostró aquel estanque: *No plantes árboles tan cerca o taparás el sol a las especies que lo necesitan. No dejes libre ni un Codo de la ribera, pues si no el agua se llevará la tierra consigo. ¿Cómo cultivar los especímenes flotantes? Rasga un trozo, tíralo al agua y se reproducirá él solo.*

—... se reproducirá él solo —repetió, como si no estuviese allí. Tenía seis años y de nuevo aprendía las maravillas de aquel universo tan pequeño, tan completo, tan repetitivo como inextinguible.

Remolino esperaba, impaciente. Juguetecía con su cinturón. Sobre su cabeza, la figura solitaria de una aerobarcaza se perdía por el horizonte.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—¿Vendrás?

Kamutef recogió con parsimonia sus herramientas, dio la espalda a la niña y tomó el camino de regreso a casa. Con paso silencioso se fue alejando, tenso, listo para lo inevitable. Esperaba un grito, unos pies que corren, un alto de la Guardia. Tardó bastante en sentirse lo bastante lejos como para respirar tranquilo.

—Amón misericordioso...

12

Dio un rodeo para asegurarse que Tebi y Djoser le seguían a la distancia acordada. Se detuvo y los Capitanes de la Guardia mantuvieron la misma separación, como si fuesen dos amigos que se encontraban en medio de la calle y hablaran de sus cosas.

—Bien, todo va según lo planeado —se dijo Bakenkhonsu a sí mismo.

El enemigo, Cúmulo, el Loo carmesí sin alma, le esperaba al final de la Avenida Oeste, lejos de oídos curiosos. Cúmulo llevaba esperando casi una hora y comenzaba a hacer frío. *Este lugar hediondo y su clima absurdo*, pensó. Recordó las áridas tierras del sur, que pronto volvería a hollar luego ahora que su venganza tocaba a su fin. El gordo mestizo, después de todo, cumplió con su palabra. Había encontrado una forma para que entrase en las estancias del joven Heredero y Cúmulo pudo envenenar la jarra de Uadjamosis, el hijo de su enemigo. Todo había acabado. Pero a media mañana recibió nota de que debían encontrarse en el mismo punto que un mes atrás; había surgido un asunto, una emergencia, que tendrían que discutir. Vio venir al Príncipe y dejó de sentir frío. Por lo menos era la última vez que tendría que ver la fea cara de aquel noble engreído.

—¿Qué es eso tan importante que debías decirme? ¿Acaso el veneno no mató al hijo de Hapu?

—Tranquilo, todo va bien. Pero antes una cuestión, embajador. ¿Destruiste la redoma de veneno luego de usarla contra Uadjamosis?

—Claro, ¿me crees un imbécil?

—Un imbécil, sin duda, pero de otra especie.

—¿Cómo te atreves? Te voy a... —los músculos del Loo se habían tensado de rabia.

—Coge esto, ¡rápido! —le interrumpió Bakenkhonsu, pasándole alguna cosa en un gesto furtivo.

—Pero...

Cúmulo atrapó la redoma y la miró sin mucho interés. Había poca luz, pero aun



Crónicas de la Tierra Mestiza.

así no parecía sino un frasco medio vacío.

—¿Qué es?

—Un segundo frasco de veneno, naturalmente.

—Un segundo frasco. ¿Qué demonios significa eso? ¿Hay que matar a alguien más?

—¡Eso es, Loo estúpido! Al fin lo entendiste.

Bakenkhonsu hundió la daga en el vientre de Cúmulo. Este se revolvió y cayó hacia atrás, mirando hacia el sur, hacia la tierra que ya nunca volvería a ver. Un Loo jamás debería confiar en la palabra de un sucio mestizo.

—¡Perro traidor!

—En absoluto, Cúmulo, querido amigo. Uadjamosis ha muerto y Hapu vivirá. Tu venganza se ha cumplido. No te quedarás para verlo, pero eso no estaba en los términos de nuestro acuerdo. ¿O tal vez sí? Bueno, son solo matices insignificantes, como tú mismo dirías.

El Príncipe puso el pie en el mango de su daga y la hincó hasta el fondo. Un gemido y un sonido que recuerda a un gorgoteo. Nada más. Bakenkhonsu se volvió e hizo un gesto con la mano.

—¡Deprisa!

Tebi y Djoser aparecieron de entre las sombras. Pensó en aquellos soldados valientes, pero en el fondo tan simples, que formaban el ejército del Doble País. Eran una gran nación, de infinitos recursos y copiosas riquezas, pero nunca impondrían su ley sobre los Nueve Arcos del planeta, sobre todo la tierra conocida. Ese no era, por naturaleza, su destino. No con aquella mesnada de necios.

—¿Confesó? —Tebi parecía nervioso.

—Sí. Aún lleva la redoma en la mano. Me la mostró orgulloso. —Volvieron el cuerpo y contemplaron la ponzoña que había matado a la sagrada persona del Heredero derramándose por el suelo. El frasco estaba hecho añicos.

—Fuisteis muy hábil al convencer al traidor de que le conseguiríais una fuga a su país. Lástima que no le descubrieseis antes de que perpetrase su criminal maniobra.

Bakenkhonsu bajó la cabeza, compungido por el peso de su error. Djoser se acercó para consolarle.

—No temáis, el Rey os entregará cumplida recompensa. Vuestra devoción y esfuerzo son innegables, en cualquier caso. Nosotros daremos fe de ello.

Pero Tebi movía la cabeza, no del todo convencido.

—Lo que me extraña es que este espía Loo encontrase la manera de envenenar la



Crónicas de la Tierra Mestiza.

copa del Príncipe Uadjamosis sin nadie que...

—Tenía un cómplice en el Doble Palacio de Ity-tawy —se apresuró a sentenciar Bakenkhonsu.

Los dos Guardias se volvieron, con los ojos inyectados en sangre, listos para odiar a otro enemigo de la luz, otro monstruo venido de la negrura para quebrar la Armonía en la Tierra Mestiza, alguien que se había atrevido a mancillar la morada del Dios Bueno con sus oscuros propósitos.

—¿Sabéis su nombre?

El gordo Príncipe alargó aquel instante todo lo que le fue posible, sabiendo que cada momento que pasaba a sus acompañantes les ganaba la rabia, la curiosidad, se exaltaba su cumplimiento del deber y la repugnancia a toda deslealtad al mismo. Y todo ello serviría para borrar la poca inteligencia que aún les quedara. Bakenkhonsu ya se encargaría de pensar por ellos.

—Seguidme.

Tebi y Djoser tomaron el camino de vuelta hacia la Gran Casa, cegados por la furia, corriendo a trompicones.

¡Un cómplice en el Palacio de Ity-tawy!

Avanzando apresurados con la lanza en ristre sus recuerdos volaban hacia el pasado, y Djoser tenía veinte años, y Tebi tenía dieciocho, y esos bárbaros solo-humanos, los Puros, sucumbían a los embates de los infantes Meshaw, en cuyas unidades servían.

—Vamos, soldados —ladró Senra.

El día de la victoria era también el día de saldar cuentas. Hetuaret, la capital de los Puros, había caído. ¡La guerra había terminado! Hileras interminables de cadáveres solo-humanos flanqueaban el camino, mientras los guerreros del Gran Río contaban los trofeos que habían conseguido.

—Veinte manos —gritaba uno de carrera.

—Treinta —aseguraba un arquero, liberando sus flechas marcadas del pecho de un niño.

—No se entretengan —ladró Senra, su instructor en la Casa de la Guerra, su salvador en el campo de batalla y entre los muros de la ciudad asediada.

Maldita sea. A pesar de lo mucho que le respetaban, Senra les había requerido en el campo de la victoria y les llevaba a rastras hasta las tiendas de intendencia, lo cual solo podía significar que iba a encomendarles alguna tarea delicada. No necesitaban un servicio especial precisamente el día de la victoria. Senra les estaba jugando una mala pasada.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Al cabo de un rato, descubrieron que debían montar guardia a un traidor, un ser infame que había vendido a los suyos, retrasando meses enteros la victoria final en Hetuaret con su información al enemigo.

—¡Por los pelos del cogote de la serpiente Apop!

Cuando llegaron, un teniente de la guardia estaba despotricando como si el mismo Seth insuflase su corazón y la emprendía a puñetazos con un cadáver que se balanceaba del techo, con su sexo desnudo apuntándoles por encima de sus cabezas.

—Descuelguen a ese perro —dijo por fin el oficial, terminado su arrebató. Luego se marchó quejándose entre dientes que el juicio hubiese servido de ejemplo para otros que dudaban de qué lado depositar su fidelidad. La muerte del traidor no beneficiaba a nadie. Más que a él, claro, que se ahorra muchos trámites, torturas y menoscabos, que tal vez juzgó excusables.

—Yo corto la cuerda, Tebi, tú cógelo por aquí.

Lo bajaron, no sin cierto esfuerzo, pues era un hombre fornido. Llevaba muerto poco rato, aún estaba caliente, y todos los golpes que había recibido en su interrogatorio, bien visibles y sangrantes. Djoser permaneció callado largo rato después de terminar su trabajo; luego dio un paso atrás con un gesto de perplejidad que a nadie pasó desapercibido.

—¿Qué pasa, soldado? —Senra, que había aguardado tras ellos mientras descendían el cadáver, puso una mano sobre su hombro.

Djoser señaló a la figura caída en el suelo. Tebi, aún a sus pies, se arrastró un par de Codos a gatas hasta toparse con el rostro que, aunque terriblemente desfigurado, reconoció al instante.

—¡Es Siptah! ¡El mago más grande de la Tierra Mestiza! —dijo Tebi, sin dar crédito a sus propias palabras.

—Pero es que no puede ser. Siptah murió hace años en el Doble Palacio —dijo Djoser, aún con el rostro demudado por la sorpresa.

—Es Siptah y a la vez no lo es —terció Senra, bajando el tono de su voz, como si fuese a revelarles una confidencia—. Solo es alguien que se viste como él intentando que no olvidemos sus enseñanzas. Ahora que la magia ha muerto en el Doble País y la ciencia va ocupando lentamente su lugar..., ahora surgirán muchos Siptah, hombres dispuestos a reclamar que las viejas tradiciones no deben abandonarse. Yo os puedo jurar que la lucha entre magia y ciencia nunca terminará mientras exista sangre humana, verdadera sangre egipcia, en la Tierra Mestiza.

—¡Por los pelos del cogote de la serpiente Apop! —gritó una voz aguda, despertándoles de su ensueño.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Bakenkhonsu despotricaba como si el mismo Seth insuflase su corazón. Los Capitanes de la Guardia alzaron la vista y contemplaron cómo la vida se copia testarudamente a sí misma.

—Descuelguen a esa perra —dijo el gordo Príncipe, recogiendo del enlosado un trozo de papiro.

Pero no llegaron a cumplir la orden. Oyeron una exclamación ahogada a sus espaldas y, de pronto, sin saber cómo, estaban en el suelo, con las manos a la altura de las rodillas.

El Rey y la Reina rodearon la mancha de orina que brillaba en el piso con gesto de aprensión. Luego, por fin, se atrevieron a mirar. *Nunca podré volver a confiar en nadie*, pensó el Soberano del Doble País.

—Los culpables han sido desenmascarados —gruñó el Guardián de los Hijos del Rey.

Marea había muerto hacía más de dos horas. Su cuerpo se balanceaba obsceno suspendido del techo, con su sexo desnudo apuntándoles por encima de sus cabezas. El Rey parecía más viejo, taciturno, resignado. Había acudido a los aposentos tan pronto se lo comunicaron, abandonando el velatorio de Uadjamosis. Solsticio, la Gran Esposa Real, le acompañaba.

Esto es una infamia —dijo ella, mirando a Bakenkhonsu—. Espero, por vuestro bien, que os retractéis de unas acusaciones que aún ni siquiera os he oído pronunciar. Mandaré al Visir del Norte que investigue personalmente el asesinato de Marea y...

—Confesó antes de suicidarse —Bakenkhonsu entregó en una reverencia la nota hallada en el suelo de la cámara y volvió a inclinarse con las manos a la altura de las rodillas.

Para el Príncipe Bakenkhonsu, Guardián de Nuestros Hijos, de Marea, esposa del Dios Bueno.

Estoy abrumada por la culpa y el remordimiento. En mi desidia he permitido que un enemigo de la luz, un aliado de las sombras, entrase en nuestro hogar para dar muerte al hijo del Gran Hapu. ¿He obrado tan mal que los dioses me negaran la unidad en el último día? Si es así, os pido a vos y a todos aquellos a los que he hecho daño, me perdonen.

El borde inferior del papiro estaba rasgado, pero nadie le dio importancia en un momento como aquel. Al fin y al cabo, ella misma podría haberlo cortado para otro uso. A nadie se le ocurrió que aquella nota hablase del atentado contra Ajep. Todos pensaron, tal y como Bakenkhonsu anticipara, que creerían que confesaba su implicación en la muerte del primogénito y heredero al trono.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—¿Qué creéis que sucedió? —dijo Hapu.

—Quería a su hijo en el trono. ¿Quién pensaría que lo deseara? Ajep es un niño enfermizo, pero no parece que vaya a morir pronto, tan solo estará imposibilitado para gobernar como es debido. ¿Y quién creéis que lo haría en su lugar? Marea codiciaba el poder, un viejo argumento para el asesinato.

—¡Eso es una...! —Hapu apretó la mano de su mujer, conminándola al silencio.

—Se puso en contacto con uno de los embajadores Loo que están de visita oficial; un tal Cúmulo, último de los miembros de un clan rebelde que vuestra mano sojuzgó hace unos años. Cúmulo se disfrazó de sirviente y envenenó la copa de...

—¿Por qué no lo hizo ella misma? Marea tenía acceso a todas las estancias de palacio.

—Algunos valen para codiciar el poder y para quitarse la vida..., pero no para asesinar.

Solsticio no podía creerlo. Sencillamente, no podía creerlo. Su amiga, su prima, su confidente, ¿cómo podía haber estado tan ciega?

—¿Y el ataque a Ajep en Mennefer? —objetó, todavía incrédula.

—Ya lo creo, mi Señora, una buena pantomima —Bakenkhonsu respiró hondo—; allí se iniciaron mis sospechas. Demasiado fácilmente llegaron a mis oídos los rumores de que se iba a atentar contra el niño Ajep. Muy oportunamente Marea y su nodriza abandonaron las habitaciones aquella noche, ¿lo recordáis? Y el Loo, el mismo Cúmulo que ha acabado con la vida de vuestro hijo, pude reconocerlo esta tarde, ¿por qué no acabó su tarea dándome muerte a mí y luego al indefenso niño? No, el miedo, el envaramiento tras ser descubierto, no me parecieron razón suficiente para que huyese con las manos vacías.

—¿Y el destino del Loo? —preguntó entonces Hapu.

—Murió por mi mano. Confesó también y se halló en su poder la redoma con el veneno. Tengo testigos: los Capitanes de la Guardia, aquí presentes.

Hapu se volvió hacia Tebi y Djoser, que asentían ante las afirmaciones del Príncipe.

—Vosotros, id a apresar a la delegación Loo antes de que partan del embarcadero. Los quiero muertos antes del alba. Decid a todos que volvemos a estar en guerra con el Reino del Sur.

—Sí, señor —aullaron los Capitanes de la Guardia, y salieron a trompicones de la estancia.

Se hizo el silencio. La noche se había vuelto oscura, la más oscura que hubieran visto jamás. Solsticio lloraba. El Rey la cogió del brazo y echaron a andar hacia la sa-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

lida.

—Así pues, todo está explicado —se volvió en el pasillo y miró a Bakenkhonsu—. Presumo, Príncipe, que el título de Guardián de Nuestros Hijos es poco para vos. Tengo oro en mi corazón, el título de Amigo del Rey y quizá queráis el cargo de Visir del Sur, que hace meses quedó vacante.

—Vuestra amistad y el oro de los justos los recibiré con humildad. El título de Visir, sin embargo, aunque me honra mucho más de lo que merezco, debo rechazarlo, si me lo permitís, pues mi lugar está con mi Rey y con sus hijos en el Doble Palacio.

Hapu asintió complacido. Bakenkhonsu se dio cuenta que en ese momento el todopoderoso gobernante del Doble País confiaba solo en él. La única persona de todo el universo que merecía su afecto. Sabría corresponderle.

—Que así sea —dijo el Soberano, antes abandonar las estancias junto a la Gran Esposa Real, que sollozaba en su regazo.

De nuevo a solas con el cadáver de la pobre Marea, el gordo Príncipe renovó su orden de que descolgasen a la pérfida bruja y se marchó a sus habitaciones. Mientras, un grupo de ineptos robots domésticos cumpliría la orden. Si él había conseguido subirla hasta allá arriba, pensó, con lo que pataleaba la muy puta, los *cabeza de Krank* deberían bastarse para traerla de vuelta a su lecho.

Todavía retornaba sin cesar a su memoria aquella escena tan desagradable, la puta luchando temblona contra la muerte con la soga aplastando su garganta, destrozando su cuello y separándolo de la espalda, y Marea orinándose en el suelo sin el menor atisbo de dignidad.

El juego había terminado por hoy. La vieja Constelación ya no estaba y solo quedaba él para proteger a la Tierra Mestiza. De qué o de quién la protegiese eso ya no estaba tan claro. Pero tampoco la importaba. Mataría a cuantos se interpusiesen en su camino, y Pleamar sería Rey. Para eso había sido adiestrado. Una hembra Loo le había creído tan estúpido para traicionar a su pueblo y que los machos humanos dejaran de gobernar el Doble País. Pero Constelación, la última de los Primeros, estaba demasiado vieja y senil para entender lo que él hacía tiempo que sabía. Ya no había humanos, ya no había Loo. Todos eran ya mestizos.

¡Mestizos y nada más!

Comenzaba a haber hombres que nacían de color carmesí oscuro y con aquellos dos brazos huesudos que les brotaban a los Loo en el abdomen. También había mujeres cuyo aspecto externo parecía totalmente humano, y que bajo la ropa eran escamosas, con manchas rojizas, con o sin el vientre velludo y los ojos demasiado separados propios de los Loo; incluso había visto paseando por la Avenida del Oeste a los primeros humanos hermafroditas. Ahora eran un solo pueblo, y en todas sus formas eran



Crónicas de la Tierra Mestiza.

humanos y Loo; mestizos, en una palabra. Bakenkhonsu seguía jugando al juego de Constelación porque se sabía en el bando vencedor, nada más, y porque estaba convencido que, si jugaba bien sus cartas, acabaría cubierto de honores en el transcurso de su cruzada. Todas aquellas distinciones de género o de especie habían muerto con la vieja bruja y Señora del Cielo.

Ahora llegaba el momento de detenerse a contemplar los avances conseguidos, que no eran pocos, y disfrutar del momento presente. Pronto sería necesario volver a actuar, pero hasta ese momento...

Soltó un bufido tan pronto llegó a sus habitaciones. ¡Oh, dioses, necesitaba un descanso! Había sido una jornada muy dura.



SEGUNDA PARTE: EL GUARDIÁN DE NUESTROS HIJOS

Hurgando en mi corazón,
pretendo hallar lo que en él se oculta;
pero lo que un día aprendí
duerme hoy en el olvido
y de lo que forjaron nuestros antepasados
ya nada sirve.

Palabras de Anju



CAPÍTULO 4: TREPADORAS

211 d.A.
(6 años después)

0

Perdurar más allá del tiempo. El tránsito al otro mundo en veinte casillas. Cinco peones que se adentraban en los misterios de la eternidad para salir victoriosos, henchidos de sabiduría, o quedar atrapados en ella para siempre, presos de laberintos incognoscibles. Ese era el premio que se barajaba en cada partida.

El Príncipe Bakenkhonsu lo sabía perfectamente. Por su mesa de Senet habían pasado buena parte de los notables de la Tierra Mestiza. Fijada sobre un trineo, sus patas, acabadas en garras de león, se apoyaban en soportes de oro. Construida en el más fino ébano, la superficie de juego se había revestido de marfil. Bakenkhonsu, por su parte, era un jugador hábil y reconocido; pocos habían logrado doblegar su mano hasta ahora. Pero no siempre se puede ganar.

—Sois un contrincante extraordinario, mi Rey. Tres triunfos consecutivos. ¡No puedo creerlo!

Hapu rio de buena gana. Tenía la certeza casi absoluta de que su rival había forzado deliberadamente el error, cayendo en la Trampa de Agua para retroceder las posiciones suficientes que le permitiesen a su Rey acceder a la Casa de la Felicidad, y luego a la victoria. Pero no importaba, el Príncipe Bakenkhonsu era una de las pocas distracciones que se permitía desde hacía mucho tiempo. Y era un buen amigo, alguien de confianza. Esa cosa que es tan difícil de hallar, de conservar, para un gobernante.

—Creo que hoy la suerte se ha aliado conmigo. Mañana lo hará con mi primo.

Bakenkhonsu se inclinó en una reverencia.

—Eso espero.

Con una copa de vino en la mano abandonaron la mesa de Senet y alcanzaron la terraza, donde la puesta de sol desgranaba su último y agónico desenlace. Hapu se sentó en una banqueta y tomó un pequeño sorbo de su bebida.

—A menudo me entristece ver a mi padre Re alejarse en el horizonte para librar su batalla contra la serpiente Apop y todos esos terribles demonios de la oscuridad.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Si en el Doble País brillase siempre la Luz Divina el mal desaparecería.

Bakenkhonsu no pudo estar de acuerdo.

—Si no hubiese tinieblas no habría luz, ¿cómo sabríamos distinguir las? A la luz la llamaríamos oscuridad, y al desorden, luz. La Regla se quebraría.

—Una cosa no es nada sin su contrario.

—Así lo veo yo, mi Rey.

Las puertas se abrieron con gran estrépito. Un Guardia se abalanzó hacia donde se hallaban y les miró desconcertado. Se postró de hinojos.

—No oíamos voces. Todo estaba en silencio desde hacía demasiado rato. Desconfiamos. El Jefe de la Guardia me ordenó entrar. No pensamos que Su Majestad se hubiese retirado a...

—Si alguna vez más volvéis a interrumpir mi descanso en las estancias del Príncipe Bakenkhonsu perderéis la vida tú y el que te lo mande. Transmitid este mensaje al Jefe de la Guardia y a sus Capitanes.

El soldado desapareció.

—¡Esos borricos!

Hapu parecía enojado, pero no tardó en recuperar la calma. Miró a su primo, que aguantaba sus carnes atocinadas en una banqueta aún menor que la suya, al filo de la balaustrada, y pensó que seguramente aquel hombre, aunque de otra manera, soportaba como Re y como él mismo un peso superior al que, de forma natural, estaba preparado para sobrellevar. Quizá era eso lo que les unía. Le pareció una reflexión cruel, y la desechó de su corazón.

—Hay algo de lo que toda la corte habla, primo. El Visir, la Reina y todos los Amigos han venido a molestarme con ello. No me dejan en paz. Pero tú, primo, me distraes, me sirves bien y callas cuando es debido. Así pues, a ti te escucharé.

Bakenkhonsu se sintió halagado y algo sorprendido. ¿Cómo era posible que la vieja bruja Constelación hubiese previsto tantos años atrás aquel instante? *Llegados al punto en que las cosas deban empezar a trastocarse*, le había dicho una noche, *si quieres influir en Hapu, no le hables de nuestro tema si lo encuentras notorio y percibes que los demás le apremian. Él vendrá entonces a pedirte consejo*. Aquella mujer había sido una maga muy poderosa, aunque no creyera en la magia. Y todavía lo era desde el otro mundo.

—El asunto del Heredero, desde luego.

—Desde luego.

Respiró profundamente. *Expira y habla despacio, pequeño Bakenkhonsu, mi nietecito. Así creará que improvisas lo que dices. Aunque todo esté escrito, dibujado en las*



Crónicas de la Tierra Mestiza.

estrellas y en los designios del Oculto.

—Ajep es un Heredero disminuido, y será un Rey disminuido. La traición de Marea no puede quedar impune. Sería una afrenta a los ojos de dios —tragó saliva—. Pero, por otro lado, es el único Heredero válido. El resto no son sino hijos de concubinas, necios y bastardos. La mera posibilidad, el acercamiento, la duda que indujese a pensar que cualquiera de ellos tiene una opción de sucederos, aunque fuera remota, daría alas a todos los otros, y habríamos encendido una antorcha que puede envolvernos a todos con su llama. Tal vez una guerra civil.

—Eso pienso yo. Pero son muchos a los que les repugna la idea de que el hijo de esa ramera desleal vaya a...

—Queda Pleamar —le interrumpió Bakenkhonsu.

—Pleamar será Reina; lo que debe ser.

—¡Oh, puede ser mucho más que eso! Podríais dejar bien sentado ante vuestra esposa Solsticio, ante vuestro Visir y los Amigos del Rey, y ante todos los notables si es preciso, que es la niña Pleamar quien detenta al legítimo vínculo de sangre, el poder y la balanza del Doble País. Ella será Reina, y Ajep caminará a su lado, o mejor, detrás de ella. ¿No es eso lo que todos desearían?

Hapu le envolvió en una penetrante mirada. Había despertado su interés.

—¿Y Ajep no se levantará contra una sumisión semejante?

—¿Ajep? ¿Conocéis un poco a vuestro hijo? Se contentará con su plumier y sus cálamos, sus rollos de papiro y sus sueños. ¿Sabíais que pretende compilar toda la novelística desde Djordedef? ¿Que sueña con escribir unos Anales de nuestro país desde la unificación de vuestro abuelo Tutmose? ¿Que no usa RLV y escribe manuscritos como lo hacían nuestros antepasados en el lejano Egipto? No, ese muchacho se conformará con lo que le demos, fue cuidadosamente elegido por noso... —Bakenkhonsu se envaró, había estado a punto de hablar más de la cuenta, de revelar cómo los otros Herederos, niños sanos y un día hombres y Reyes fuertes, fueron apeados del camino para que la niña Pleamar pudiera gobernar sin nadie que le hiciera sombra—. Elegido por los dioses, quería decir, para acompañar a vuestra hija en el trono. Sabéis, siempre he creído que Pleamar será la primera mujer en gobernar de pleno derecho la Tierra Mestiza. El primer Rey nacido mujer.

Hapu rio de nuevo. No se había dado cuenta de nada.

—Una mujer..., Rey, ¡qué ideas se os ocurren!

Pero su rostro estaba tenso; imágenes confusas inundaban su corazón. Recordaba tal vez los extraños prodigios que sobrevinieron durante el nacimiento de la niña: la visión del Supervisor de los Enanos; la mágica aparición de la Sagrada Banda de Amón en manos del recién nacido; los magos, que interpretaron todos estos hechos como señal de una especial conjunción entre el Oculto y Pleamar. Ya entonces le habían hablado de que ella podía acabar siendo la que gobernase el Doble País por sí



Crónicas de la Tierra Mestiza.

misma, sin nadie a su lado.

Una mujer, un Loo..., Rey.

Repentinamente, se puso en pie y abandonó la terraza murmurando una despedida. La Guardia le siguió alarmada hasta los aposentos de su hija. Frente al umbral, Hapu esperó largo rato con su escolta mirando nerviosa en derredor, las manos repantando hacia el mango de sus cuchillos. Entró por fin, sin hacer ruido. Pleamar ya dormía. Su cabecita se inclinaba al compás de sus sueños.

—Una mujer..., Rey de este nuevo Egipto de las estrellas —musitó, perdido en sus pensamientos.

Pero sus palabras no despertaron a la niña.

1

Siptah estaba, como siempre, sentado en su fantasmal banquetta, prisionero de sus habitaciones sobre las caballerizas de los Heteri..., esperando. En ocasionales momentos de lucidez y de cordura conseguía entender que no había nada por lo que esperar, pero luego, con el nuevo amanecer, lo olvidaba, y seguía esperando.

A veces venía a visitarle el Amigo del Alba, la entidad que le había empujado a luchar contra la conjura de las Loo del harén real y sus Nlòplales pestilentes.

—Supongo que a estas alturas te habrás dado cuenta que no existo, que soy un fruto de tu mente, un símbolo de la tradición, de toda esa bazofia y esos preceptos caducos que llevan atando a los hombres al poder desde el principio de los tiempos. Solo te utilicé, o tú me utilizaste a mí, a este nivel de enajenación es difícil saberlo.

Por suerte, el amigo del Alba venía pocas veces, y desaparecía luego de alguna frase ingeniosa como la anterior, en medio de una espiral de humo.

Y eso le dejaba todo el tiempo del mundo para parafrasearse a sí mismo y pensar en sus dátiles: *dátiles suaves, dátiles grandes, hermosos, entre las manos, en la boca, bajo la lengua. Su pulpa dulcísima se deshace entre tus dientes, y el hueso, ¿cómo es posible? Apenas es un punto negro, una pepita, que dejamos pasar sin problema a la garganta. Nada se desperdicia en ese dátil, grande como una montaña, carnoso como unos labios de mujer...*

Desde joven habían sido la debilidad de Siptah. Los cogía él mismo mientras tuvo fuerzas y las palmeras no resultaron demasiado altas. Luego los hizo comprar, traer, almacenar, servir... Nada echaba en falta el mago de su vida anterior salvo los dátiles. Maldita sea. Si su espíritu no estuviese ya condenado lo vendería por un puñado de ellos.

Y, entre tanto, seguía esperando.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Neheb también esperaba. En el Dominio de las Esposas del Dios, las sacerdotisas adeptas a la vieja Constelación le habían educado hasta convertirle en un muchacho con las aptitudes y los conocimientos de un Príncipe. Él, por su parte, aunque solo contaba con once años, era lo bastante inteligente como para no desperdiciar una oportunidad como aquella: la sabiduría era un bien escaso en el mundo, y en la Tierra Mestiza conseguir dominar los jeroglíficos tanto en la lectura como en la escritura era ya, por sí mismo, y en el peor de los casos, la seguridad de un trabajo digno y bien remunerado como escriba; pan y cerveza suficientes, una casa y una buena mujer y el respeto de tus conciudadanos. Un hombre que supiese manejar los signos de un RLV era un pilar de su comunidad.

Pero en el Dominio de las Esposas del Dios tenían otros planes para Neheb. Se había decidido que el niño, una vez completada su formación intelectual, ingresase en el ejército y se labrase una buena hoja de servicios. Luego ya se encargarían ellas de acercar al muchacho hasta los círculos cortesanos del palacio de Ity-tawy. Y allí serviría a los intereses de la sabia maga Constelación como ya lo hacía el Príncipe Bakenkhonsu desde hacía años.

No importaba que la Señora del Cielo hubiera fallecido y alcanzado finalmente la otra orilla. Su larga mano alcanzaba a los mortales tanto desde este mundo como desde el otro, que no era sino una plataforma más desde la que vigilar a sus hijos como lo hiciera en vida. Todos habían oído rumores de que la Casa Real pensaba divinizarla y llevarla al panteón junto a los otros dioses. Un honor impensable, que ninguna mujer había conseguido en más de mil años en el antiguo Egipto. Pero Constelación no era solo una mujer, sino la Señora del Cielo, la última de los Primeros, la madre del Doble País.

Y entre tanto, Neheb, paciente, esperaba; esperaba en la biblioteca, aplicado en los estudios que un día le convertirían en un hombre erudito; esperaba que llegase el momento de escribir su historia con letras de oro en el Árbol del Destino, tal y como le habían prometido los Recitadores del Dominio y la propia Constelación. Pero si eso no sucedía, él podría conformarse con un trabajo digno y bien remunerado como escriba. Porque para él, aquel era ya un futuro digno de escribirse con letras de oro en cualquier parte. No necesitaba, no ambicionaba más. Al menos, no todavía.

Y es que Neheb no le pedía demasiado a la vida. Estaba cansado de todas las atenciones que recibía y de todo lo que se le exigía por haber recibido el honor de ser el primer humano entre aquellas cuatro paredes. Ojalá pudiera volver a atrás y escupir a la cara de Constelación el día que lo presentaron en sociedad. Ojalá pudiera volver a ser solo un niño.

Embebido en sus pensamientos, Neheb no reparó en la figura que le observaba desde el fondo de la estancia, en la penumbra, guiado por sus ojos compuestos que enfocaban y desenfocaban vertiginosos al muchacho. Precésin percibía alguna cosa extraña en él, algo que le inquietaba sin poder evitarlo. Era como si su precocidad no



Crónicas de la Tierra Mestiza.

le permitiera haber madurado como al resto de los jóvenes y le faltase algo que todos los hombres poseían: humanidad. Pero para un extraterrestre el concepto de humanidad era demasiado ambiguo, y su mente trataba de apaciguarle diciéndole que aquel joven era tan incomprensible a sus ojos como el resto de los mestizos de apariencia y costumbres humanas. Él era un Loo, el más alto cargo de la SoGen y del Dominio de las Esposas del Dios ahora que faltaba Constelación. Nunca entendería lo que de verdad pasaba por la cabeza de aquellos seres pálidos y enigmáticos.

Precesin avanzó al cabo por la biblioteca, una gran sala con imponentes columnas papiriformes, que guardaba la mayor colección de RLV de toda la Tierra Mestiza. El suelo formaba un mosaico de teselas rojas y blancas de las que emergía la figura de la leona Pajet, el alma protectora del Dominio, rindiendo pleitesía a la todopoderosa Reina-madre Constelación.

—Me han dicho que tus ansias de conocimiento te han convertido en el primero de tu clase —comenzó el Rector—. Nos sentimos satisfechos de que hayas respondido a las expectativas puestas en ti.

Neheb se incorporó y miró fijamente a su interlocutor, que le sacaba al menos cuatro Codos de altura. Su porte era majestuoso, vestido con una túnica de primera calidad y una cinta en la frente, también de lino, bordada a mano con la efigie de un león rampante. Mientras, el Loo, como todos los miembros de la SoGen, había venido a su encuentro completamente desnudo.

—Vuestras expectativas no son cosa mía, Precesin. Yo estudio para labrarme un futuro.

—Sin embargo, supongo que sabrás agradecer todo lo que hemos puesto a tu disposición, desde alojamiento a materiales educativos, en todos estos años.

Neheb pareció meditar su respuesta.

—Yo sé a qué y a quién debo mi ascendente y sabré recompensarle como se merece.

Esta críptica respuesta no gustó al Rector de la SoGen, pero prefirió no ahondar en aquel asunto, pues intuyó que solo serviría para comprobar su incomprensión de los asuntos humanos. Tomaron asiento en sendas banquetas y rehuyeron largamente sus miradas.

—Creo que has preguntado por nuestras investigaciones en cohetes —dijo de pronto Precesin.

—Sí, me ha llamado la atención que dediquéis tantos esfuerzos a algo que de nada va a servirle al pueblo.

—El pueblo no sabe lo que es útil y lo que no lo es —contraatacó el Rector—. Además, la Señora del Cielo dejó dicho que debíamos llegar lo antes posible a la luna Tonutir.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Neheb parecía interesarse por los primeros grupos de estudiantes, que salían a aquella hora de sus clases y empezaban a llegar a la biblioteca para completar sus horas lectivas. Sin embargo, repuso:

—¿El que la vieja Constelación lo pidiera en sus últimos días justifica el fabuloso gasto que sin duda se llevará a cabo en la próxima década? Ambos sabemos que su cabeza no estaba en su mejor momento por entonces.

—Tú no la conociste antes de esa fecha; tenías cinco años cuando murió. No puedes juzgar lo que pasó entonces como hoy no puedes juzgar qué es lo mejor para la Tierra Mestiza. Sigues siendo un niño.

—Y aun así ingresaré esta misma Estación en la SoGen, y ¡nada menos que en el Consejo Dirigente! —exclamó Neheb, simulando un asombro que no sentía.

—Así lo dejó dicho también la Señora del Cielo —dijo Precesin, encogiéndose de hombros.

—¡Menuda suerte! Debe ser maravilloso no tener que decidir nada y que un difunto se encargue de ordenar las cosas desde la otra orilla. Debes sentirte liberado de tantas inútiles obligaciones...

Precesin se sintió súbitamente observado. Sin quererlo, habían elevado el tono de sus voces y los novicios les contemplaban azorados.

—No conseguirás sacarme de mis casillas tan fácilmente, muchacho —dijo el Rector, dulcificando su gesto—. Debemos llegar a la luna Tonutir. De momento no hemos pasado de lanzar algunos cohetes a poca distancia y de elaborar un sinfín de planos. Pero en una década, como bien dices, o tal vez dos..., ¿quién sabe?

Neheb se inclinó sobre un RLV que llevaba en la mano derecha y lo desenrolló. Parecía buscar un antiguo texto. Lo leyó, y preguntó con ojos penetrantes:

—Dicen los Recitadores que en la luna hay árboles de Nlòplal amarillo. Que si conseguís unos especímenes y conseguís trasplantarlos ya no habrá necesidad de acudir a las Tierras Baldías buscando un pedazo de esa planta pestilente. Toda la Tierra Mestiza se llenará del hedor de vuestra victoria.

—Solo es una leyenda. Bastante absurda, por cierto —dijo Precesin con una sonrisa—. ¿A santo de qué los Moribundos habrían decidido plantar en todo nuestro satélite unos árboles que no tienen utilidad alguna?

—Todo tiene su utilidad, depende solo de para qué se necesite —sentenció el muchacho, que, haciendo una reverencia, dio por terminada la charla y se encaminó resueltamente hacia los portones de la biblioteca.

—¡Neheb! —dijo una voz a su espalda.

El muchacho se volvió. Precesin le escrutaba con sus ojos compuestos de veintiséis lentes.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Solo un necio se volvería contra la mano que le da de comer —dijo el Rector, con tristeza.

El rostro de Neheb estaba desencajado por la rabia. Habían puesto demasiadas esperanzas en él, y aún era demasiado pequeño para comprender que debería estar agradecido. De momento, solo entendía que habían arruinado su infancia.

—Tienes razón —contestó, midiendo sus palabras—. Solo un necio se volvería contra la mano que le da de comer..., mientras no pueda conseguir alimento por sí mismo.

2

El abanico podía esconder su rostro, pero no su ira. Se movía de un lado a otro de sus aposentos como un animal enjaulado. No podía hacer nada. Su padre, el poderoso Médico Jefe del Sur y del Norte, había sido tajante:

—Mira a tus amigas; tenían dieciséis años cuando se casaron. Tú tienes dieciocho, vienes de buena familia, debes contraer matrimonio por tu bien o por el mío.

Remolino empezó a urdir una excusa: aún no estaba preparada, tenían una prima en provincias que se casó a los veinte y... Pero su padre no quiso siquiera escucharla.

—Sabes que nuestro mundo necesita descendencia. Aún somos pocos y debemos diversificar nuestra sangre. Así que este año mis ojos te verán convertida en una respetable mujer casada.

Remolino, finalmente, se mostró conforme, mas su corazón no dejó por eso de lucubrar.

Este año. Maldita sea.

Así pues, sería ese año. Pero a su manera, naturalmente.

En una de las fiestas de la corte conoció a un joven noble de Abedju cuya presencia no le causaba más disgusto que la de cualquier hombre que no fuese Kamutef. Se fueron al lecho aquella noche. Se prometieron aquella misma Estación. Todo fue tan rápido que no parecía estar pasando de verdad.

Una tarde del último mes de la Cosecha, un día de calor inusitado, se reunieron ella y su prometido en una villa que poseía la familia de él en las afueras. Tenía una dársena artificial, y allí pasearon en un navío solar y más tarde en una aerobarcaza de vivos colores con la que surcaron un cielo azul de lapislázuli. De vuelta a la villa, el muchacho, ¿por qué era incapaz de recordar su nombre?, le ofreció amablemente asiento en una silla con respaldo, al fondo del comedor, en un lugar donde podía



Crónicas de la Tierra Mestiza.

sentirse la poca brisa que corría a esas horas. Un robot doméstico les sirvió unas copas y quedó a la espera, su mirada bobalicona esperando un gesto, una palabra, un *input* sensorial, que le ordenase alguna cosa, la que fuera. Pero el gesto no llegó y la máquina esperó pacientemente, como espera un arcón o un florero.

—Los Sabios Inmortales recomiendan que en la juventud no escatimemos amoríos y relaciones pasajeras antes de unir nuestras almas en matrimonio —dijo el noble de Abedju.

—Eso es verdad —dijo Remolino, que no sabía a dónde conducía aquello, pero que, de entrada, ya no era de su agrado.

—Yo aprendí el amor con una esclava nubia, y con varias de las sirvientas de mi madre. Ah, y también con Neny, la hija del Guardián del Zoológico Real, aparte de, claro está...

Remolino hizo un gesto airado con la mano, y su prometido calló abruptamente.

—No deseo saberlo.

Su pretendiente sonreía.

—Pero yo sí deseo saberlo de vos.

Así que era eso, pensó, algo desilusionada por la zafiedad de su amante. Saber, los hombres siempre quieren saber. Piensan que solo pueden controlar si conocen, e ignoran que todo conocimiento es solo fuente de nuevas dudas, de dolor, de sorpresa, de indignación.

—Solo estuve con un hombre antes que con vos. Su nombre no lo sabréis jamás.

—¿Por qué?

—Porque al tiempo que el amor me enseñó respeto hacia mí misma y el incalculable valor del silencio.

Era mentira. Pero a los hijos del Gran Río les gustan las frases pedantes, y ella jamás en la vida confesaría que yacía cada noche en sueños con el Segundo Servidor de los Jardines del Rey, porque luego de decir su nombre se hubiera echado a llorar, y todos sabrían que le amaba más que a nadie en este mundo.

Sus palabras no debieron convencer mucho a su prometido, pues al poco se presentó en la casa de su padre para ofrecerle un contrato temporal de matrimonio, solo nueve meses, por el que le hacía donación de unos bienes depositados en el templo de Ptah, del que ambos eran devotos. Su padre puso mala cara, pero ella aceptó, por supuesto; algo temporal, nada definitivo, eso es lo que Remolino siempre había deseado.

El día de la boda se ciñó su velo y acudió al domicilio de su prometido con tres valijas con su dote y un montón de pálidos robots domésticos que arrojaban flores a



Crónicas de la Tierra Mestiza.

los transeúntes, a los invitados, al arpista y hasta a las bailarinas —humanas, todo un lujo—, que, aceitosas y desnudas, respondieron con un gesto obsceno que la novia consideró muy apropiado.

—Tú eres mi marido —dijo ella.

—Tú eres mi mujer —dijo él.

Y eso fue todo. En la intimidad, y sin que nadie lo supiese, firmaron un documento anexo. En él se especificaba que, luego de los nueve meses de prueba, y aunque ellos consumaran su acuerdo, el matrimonio no sería definitivo hasta pasados diez años.

Y diez años eran mucho tiempo. Para entonces, el entrometido de su padre ya habría muerto, o ella habría pensado alguna excusa para divorciarse.

Al poco de casados, su esposo marchó de viaje de negocios y no volvió en nueve meses, fecha en la que ratificaron su unión. Desde esa fecha, ella durmió sola en sus habitaciones y su esposo y su asistente en la otra ala de la casa.

—No hay matrimonio más avenido en todo Ity-tawy —decían todos.

Y así era. Su padre sonreía feliz, y los dioses dieron su bendición a una existencia tan tramposa como la decencia y las buenas costumbres nos aconsejan que emprendamos.

3

La losa de los cielos estaba turbia de nubes negras en el momento en que se despidió de su amada. El resto del día el sol había brillado generoso, pero, de pronto, su faz se ensombrecía para teñir la tierra de oscuridad. Era un mal presagio. Kamutef, dominado por un súbito impulso, en lugar de girar hacia la salida, dio la vuelta, se encaramó a la tapia y pasó al otro lado.

—¡Maldita sea! —exclamó, comprendiendo que algo iba verdaderamente mal.

Porque entonces estuvo seguro de que le seguían. Desde la mañana que notaba la presencia de aquel sucio Puro. Primero en la Casa de Cerveza, luego en el parque de los tamarindos, más tarde de camino a la Casa del Guardián del Zoológico Real y ahora, luego de llegarse a la parte trasera de la hacienda y saltar el muro, le veía al otro lado de la calle, esperando que su presa apareciera por la entrada principal. Echó a andar y el hombre emprendió camino tras él. Ahora sin disimulo. No había ya qué disimular.

Recordaba a aquel hombre. ¿Dónde le había visto? Calle tras calle, barrio tras barrio, quedaron atrás mientras se devanaba los sesos. Dos aerodeslizadores casi co-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

lisionan y las voces airadas de dos adolescentes hijos de papá se elevaron sobre el murmullo de la multitud, todavía poco acostumbrada a aquellos ingenios voladores que se perdían perezosos hacia las factorías de las afueras. Cerca ya del Doble Palacio, cuando por un momento había dejado de pensar, el recuerdo vino por sí solo, y lo dejó helado, sin fuerzas. Se detuvo. Habían coincidido una vez, hacía mucho. Era un servidor de Remolino. Uno íntimo, de confianza, que llevaba años al servicio de la familia del Médico Jefe del Sur y del Norte.

Y, sin embargo, no era más que un puerco solo-humano, una bestia del Desierto Occidental.

Entró en otra Casa de Cerveza a ahogar en vino sus penas. Pasó una hora bebiendo, tal vez dos. Pagó y se volvió para irse. Entonces, al fondo de la sala, vio al Puro, engullendo ruidosamente una jarra de cerveza. Kamutef sintió náuseas, luego frío, luego de pronto sintió que regresaban sus fuerzas y sonrió al criado, que le devolvió la sonrisa. Dominado por un súbito impulso, cruzó el comedor en dos zancadas y se sentó en su mesa antes de que este pudiera abrir la boca.

—Dime, extranjero, ¿no está Remolino casada?

—¿Quién decís? No conozco a esa dama.

Kamutef sacó su daga y se hizo una honda herida en la mano. Cerró el puño con fuerza y la sangre empezó a manar profusamente sobre la mesa, justo delante del extranjero.

—Responde con verdad a lo que te pregunte o la próxima sangre que manará será la de tu garganta. ¿Me entiendes?

El Puro vio la muerte en sus ojos y asintió brevemente, aunque, sin inmutarse, alzó luego la mano y pidió otra jarra.

—Pregunta y sabrás lo que yo sepa.

Kamutef elevó su voz hasta convertirla en un alarido.

—¿No está Remolino casada con ese noble de Abedju?, ¿cómo se llama? —no conseguía recordar su nombre. Unos cuantos miraban pero nadie hizo nada. Al fin y al cabo, aquello era una Casa de Cerveza.

—Lo está.

—¿Entonces? ¿Por qué se interesa por lo que hago o dejo de hacer?

—Yo obedezco su mandato. Nada más.

—¿Y cuál es su mandato?

—Seguiros, informar de vuestra relación con cualquier mujer; Neny, particularmente.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Neny... ¿Por qué?

El Kemit removió la cabeza.

—Vos deberíais saberlo mejor que yo. Si guardaseis esa cosa diminuta que tenéis entre las piernas en vuestros pantalones, tal vez...

—¡Tú qué sabes, solo-humano!

El Puro se echó a reír.

—Un sucio mestizo me llama a mí solo-humano. Es toda una ironía. Tú eres el extraño, tú eres el extranjero, tú eres el monstruo de piel blanca, y algunas escamas, aquí y allá, que delatan tu mitad de sangre reptil. Yo soy un Puro Kemit, un egipcio verdadero.

—¿Un Puro Kemit? —replicó Kamutef—. Nunca oí nada semejante.

—Eso es porque nunca te has detenido a pensar en nosotros. Solo te interesa tu civilización mestiza que nos ganó en Hetuaret; te crees mejor que nadie porque vives en la opulencia y los míos deben vivir escondidos en el desierto. Pero no eres sino un ignorante. —El Puro le lanzó una mirada de condescendencia—. Hace más de dos siglos, cuando la Ciudad del Horizonte desapareció y llegamos a este condenado planeta, vivían en ella no solo egipcios, sino libios, nubios, hititas y otros cien tipos de asiáticos. Aquellos de nosotros cuya sangre es egipcia, sin tacha, somos los Puros Kemit.

—¿Y los descendientes de los otros pueblos?

—Bah, son solo sucios Puros Mashauash, Libu, Retenu..., hay centenares de ellos —reveló el sirviente, sin disimular su desprecio.

Esta vez fue Kamutef quien rio de buena gana. Humanos enfrentados a Loo, Puros Kemit enfrentados a Puros de otras ascendencias. Cada especie encontraba la forma de demostrar continuamente cuán lejos estaban de crear una sociedad donde los diferentes pudiesen convivir en igualdad.

—Puedes decirle a tu ama Remolino, esclavo, que por mí puede mandar a veinte como tú a perseguirme —dijo Kamutef, en voz lo bastante alta para que todo el local le escuchase—, pero que no conseguirá que esto que tenga entre las piernas se incline sobre las tuyas. Jamás.

Asqueado, avergonzado de un acceso de ira que ahora le quemaba por dentro, Kamutef abandonó tambaleándose la Casa de Cerveza. Su mano sangraba, su cabeza, retumbando sin cesar, parecía yugo que arrastrase un tiro desbocado de caballos.

Amón misericordioso..., ayúdame en esta hora de tribulación, gimió para sus adentros.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

El Puro Kemit vio alejarse a su presa y engulló su última jarra de cerveza. Qué poco conocía aquel tierno hijo del río a su ama. Cuando Remolino supiese lo serio que era aquel asunto entre Kamutef y Neny, se pondría como la Pantera del Oeste. No escucharía ningún otro de sus informes o explicaciones, y mucho menos las bravatas de un chiquillo acosado por más perras de las que podía domar.

—Pobre jardinero.

Ay, aquellos mestizos eran tan blandos, tan dóciles, tan incapaces como individuo, tan distintos a sus hermanos Puros, revoltosos, mucho menos condescendientes con el destino. Y, sin embargo, aquellos mismos Loo-humanos, como pueblo, eran invencibles, nunca conseguirían librarse de ellos.

Sí, como una nube de langostas a los sembrados.

4

El Bello Occidente, Osiris y sus cuarenta y dos asesores, el descanso eterno y el recomenzar. ¿Por qué sus pensamientos le habían llevado hasta ese punto? Volvía a estar despistado. No era extraño que encadenase una derrota tras otra.

—Pierdo turno otra vez —Hapu trató de mostrar el mismo tono cordial que mantenía toda la tarde, pero a nadie le gusta ser vencido, y menos a un Rey. Por un instante le asaltó la idea de que su primo trataba de humillarle, pero pronto la desechó. Bakenkhonsu era un hombre recto, de una sola cara, le había mostrado su fidelidad no pocas veces. Entonces, era otra cosa, pero, ¿qué otra cosa?

—A veces, en la vida nos toca perder. Es algo difícil de aceptar. Especialmente para un Rey. Pero eso ya lo estabais vos pensando. En eso no podré ayudaros.

Hacía mucho que Hapu no subestimaba a su primo. Era un digno heredero de su abuela, Constelación, a cuyas artes sabían todos que se entregaba con devoción. *En eso no podré ayudaros.* Así que en todo aquello se escondía una enseñanza, una nueva lección. Estaba impaciente por aprenderla.

Una lección moral. Algo importante, que no podría pasar por alto. Se incorporó a medias, apoyando los codos en la mesa de juego, y miró a su adversario.

—Pierdo turno otra vez más primo, ya lo sabéis. ¿Por qué no ganáis de una vez? Podríais hacerlo.

Bakenkhonsu negó con la cabeza.

—Debéis entender la esencia del Senet. Aun cuando solo me reste una ficha y la haya avanzado a la penúltima casilla, la Casa de Horus, por ejemplo, siempre puedo perder: un cuatro o un cinco me harían retroceder hasta el medio del tablero. Nada



Crónicas de la Tierra Mestiza.

es seguro. Todo es voluble y el piso de esta estancia puede convertirse en una ciénaga solo con un chasquido de mis dedos.

—Palabras, primo. Desde el principio de la partida vuestras cónicas huestes han pasado sobre las mías, y ni cuatro penalizaciones como esa que os imagináis me darían la victoria.

Bakenkhonsu destapó una jarra de Shedeh y llenó la copa de su Rey. No llenó su copa, que, aún a medio vaciar, le esperaba junto a las fichas victoriosas de Hapu, las pocas que habían conseguido abandonar el tablero.

—No, sin duda. Desde el comienzo los hados os dieron la espalda. Y os resignasteis, jugando sin concentración ni interés, y ahora no estaríais preparado aunque la fortuna cambiase de bando.

Hapu reflexionó sobre sus palabras: si hubiese bloqueado la casilla central con una de sus espirales, una penalización como la que acaba de servir de ejemplo, detendría definitivamente el cono de su primo hasta que él retirara la ficha. Entretanto, podría liberar el resto de sus huestes. Resopló, algo irritado consigo mismo. Apuró su jarra de vino. En realidad, había tenido la victoria al alcance de la mano.

—Solo es un juego.

—No lo es. No podréis equivocaros en la partida que se avecina, que es la definitiva para todo hombre. No os descuidéis y poned en práctica todo lo que os he enseñado.

Hapu sintió una punzada de terror. ¿La partida definitiva para todo hombre? Lo había dicho de una forma que... Recordó cómo en la muerte el difunto debía combatir en el Senet frente a las fuerzas de las tinieblas como un paso más en su camino al Bello Occidente y el reencuentro con los dioses. Pensó en llamar a la Guardia. ¡No! Todo aquello era una lección moral. Algo muy importante le iba a ser revelado. ¿Acaso estaba su vida en peligro? Su primo le protegería.

—Últimamente me han dicho que padecéis serios contratiempos con la marcha de vuestro corazón, que sus veintidós vasos no reparten sabiamente el aire y la sangre, la mucosidad, las lágrimas y la orina a las partes de vuestro cuerpo que las necesitan.

—Sí, mi médico está algo preocupado. Es un patán que no sabe más que rezongar y exclamarse por todo. Ha puesto a todos en mi contra por esas sospechas estúpidas de...

Hapu se echó hacia atrás en su banqueta, a punto de caer. Se sintió cansado, como si el mundo no dejase de dar vueltas y él estuviese en el vórtice de la espiral.

—Yo puse esas ideas en la cabeza de vuestro galeno, ese estúpido Médico Jefe del Sur y del Norte, mi Rey —dijo Bakenkhonsu, con voz apesadumbrada—. Le pedí



Crónicas de la Tierra Mestiza.

ayuda para un amigo que no existe, alguien con esa misma dolencia. Aderecé la descripción de mi amigo con síntomas vuestros de sobras conocidos y dejé que la estupidez de vuestro sanador hiciese el resto. Es un hombre débil. Le haré matar un día de estos. No podemos permitir que un imbécil de este calibre ponga en peligro el equilibrio del Doble País.

Hapu perdió el equilibrio y quedó de rodillas. Se dobló sobre sí mismo tratando de estirar un brazo hacia su asesino.

—Primo, tú...

—No luchéis, será más difícil. ¡Oh, sí! Lamento no haber encontrado un veneno menos doloroso, pero debe parecer una muerte natural. Debéis entenderlo, yo lo hago todo por Pleamar, vuestra hija. Ella ya está preparada. Vos sobráis.

Un dolor intenso, una quemazón que abrasa la garganta y avanza hasta la boca del estómago. Un torbellino de sensaciones que estallan y se enredan para luego fundirse y callar para siempre.

—Tengo casi cincuenta años, mi Señor. No podía esperar. Los próximos diez, quince o veinte años, los que Amón quiera entregarme, servirán para que forme en vuestra hija al Rey más grande que nunca se haya visto. Y yo gobernaré a su lado. A este fin he dedicado toda mi vida. No podía desatenderlo.

Un último estertor, un espasmo y sobreviene la muerte. Bakenkhonsu hizo chasquear sus dedos, al borde del llanto. Apreciaba a aquel hombre. Había sido un buen Rey.

—Echaré de menos nuestras partidas de Senet, primo Hapu.

Y echó a correr atropellado, lloroso, abriendo de un manotazo las puertas de su cámara, pidiendo ayuda a la sorprendida Escolta, llamando a gritos a los médicos.

5

Un áspid que se enfurece, una serpiente rebosando maldad y sinuosos anhelos, una bestia que es capaz de matar con su lengua venenosa. Sin duda era una de esas culebras del desierto la que había penetrado en su casa.

—Aparta, viejo, no es a ti a quien busco.

Muy lentamente, Jeda cortó un jazmín del ramo que llevaba en la mano y se lo ofreció a su visitante.

—Cogedlo, no os morderá, yo mismo los elegí.

—¡Oh, calla, viejo estúpido! ¿Está en casa? ¿Tendré que ir a buscarlo?

El Maestro de los Jardines se encogió de hombros manifestando su ignorancia,



Crónicas de la Tierra Mestiza.

acaso también su falta de interés, luego continuó trabajando en sus flores. De vez en cuando, aquí y allá, en la habitación de huéspedes, junto a la falsa puerta de la entrada, o detrás, en el silo, oía un objeto caer y hacerse pedazos. Casi podía olerse la rabia de tan pútrida y concentrada que llegaba a despedirse. Remolino parecía haberse vuelto loca.

—¡No está! Tú lo sabías. ¿Está con esa puerca de Neny? ¿No es eso? ¡No digas nada, viejo! Pero mejor será que le hagas entender al perro de tu sobrino...

Sollozos. Hacía mucho que no veía lágrimas en aquella casa. Desde que trajeron a Kamutef desde Ipu y, en medio de la noche, tuviera que levantarse de su estera a consolar al niño, carne de su carne, avanzando desvalido por sus pesadillas.

Los cocodrilos, tío. Los cocodrilos, se esconden detrás de esa lámpara para devorarme.

—Siempre se esconden.

—¿Qué dices, viejo?

—Los cocodrilos, noble Dama, siempre se esconden, siempre acechan.

En los ojos de su visitante brillaban chispas de furia. *Maldito viejo loco*. Afuera, había empezado a anochecer y pronto el hermoso resplandor del sol sería engullido por las tinieblas.

—Me marchó. Pero vuestro sobrino, maldito sea, no va a olvidar...

—¿No os apetece una copa de vino, dama Remolino? ¿Una infusión, tal vez?

Maldito viejo loco, pensó de nuevo la muchacha. Y, de pronto, sintió que la rabia desaparecía, la furia era una tela que ya se había rasgado del todo, y la noble Remolino se dejó caer en un taburete exhalando un largo quejido. *Las mujeres Loo son como el fuego, pensó Jeda: lejos no calientan, cerca abrasan, la justa distancia es difícil de hallar. Y, en todos los casos, son tan indispensables como ladinas, maravillosas e inquietantes..., amenazadoras como un cocodrilo oculto en las sombras.*

—¿Por qué no? Una copa de Shedeh estará bien.

Jeda se incorporó. Los jazmines resbalaron de sus dedos, trazando albas espirales pedunculadas, y cayeron blandamente en la mesa.

—Por supuesto.

Había pasado una hora. Remolino se había serenado un poco, aunque engullía pastillas engordantes como si fuesen caramelos. Kamutef, por su parte, tardaría aún mucho en regresar. Si regresaba aquella noche. *Así pues, el tiempo es mi aliado*, pensó Jeda.

—Noble dama, ahora sois una mujer casada. Quizá conviniera dejar los juegos de



Crónicas de la Tierra Mestiza.

adolescente y pensar en la familia, en...

—Vos no sabéis nada. Yo no juego.

—¿Entonces?

—Le amo. ¿No lo podéis entender?

No podía.

—Pero os desposasteis con ese noble de Abedju, ¿cómo demonios se llama? ¿Por qué no escogisteis a mi sobrino?

—Él no me ama. Y mi padre no hubiera aceptado jamás que me casase con un hombre de su condición.

—¿De verdad, noble dama?

—No lo habría aceptado.

Jeda volvió su vista al interior, a su corazón, y todo le fue revelado. Hay personas con un innato talento para la tragedia. Remolino podía fácilmente haber enamorado a su sobrino. Era hermosa, mucho más hermosa que Neny, y su sobrino no sabía nada de las mujeres y sus artes. No le habría costado demasiado. Pero su carácter era áspero, caprichoso, a menudo grosero, siempre consentido, y Kamutef amaba la sutileza. Definitivamente, Remolino no hubiera sido buena jardinera. Asimismo, también hubiera podido convencer sin mucho problema a su progenitor de la conveniencia de un matrimonio con el joven jardinero Kamutef. Jeda no se engañaba: su estirpe venía del lodo, pero, hoy por hoy, su posición social y económica superaba en más de un Codo a la de un Médico Jefe del Sur y del Norte que, en la propia corte, nadie respetaba ya demasiado, y hasta se decía que pronto caería en desgracia. Pero esas cosas eran del dominio público. Si Remolino no las sabía era porque no quería saberlas.

—¿Y que haréis? —inquirió Jeda, sin dejar de trabajar en un nuevo ramo.

—Será mío y solo mío. Y cuando a mí me plazca.

—¿Y si no?

—Si no, lo arrastraré conmigo a la muerte y a la perdición.

Hablaba en serio. El Maestro de los Jardines recogió sus jazmines y retornó a su trabajo sin prisas. El Oculto ponía a prueba día a día a sus devotos para que no errasen en su búsqueda del camino de la verdad.

—Apurad vuestra copa, noble Remolino, y hacedme el favor de abandonar luego mi casa. No os entretengáis.

—¿Pero qué dices, viejo? ¿Por qué?

Su visitante se había erguido, ultrajada. La muy estúpida ni siquiera comprendía el alcance de sus propias palabras. No era más que un áspid cuyo espíritu se conta-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

minara de su propia ponzoña. Jeda lamentó tener un carácter apocado y flemático que le impedía levantarse y abofetearla.

—Porque, a partir de hoy, maldita loca, eres mi enemiga.

6

—Una serpiente tendría más respeto que tú en un día como este. Eres el digno hijo de tu madre —sentenció la ahora Reina-madre Solsticio.

Se hizo el silencio. Parábola se lo pensó dos veces antes de atreverse a hablar; pensó en la terrible carga que suponía para su señora el ver al hijo de Marea ser proclamado Heredero al trono. Recordó el rostro de Uadjamosis contrayéndose de dolor por el veneno. El hijo de su asesina sería pronto Rey del Doble País. Una afrenta a los dioses. Su voz era casi un murmullo inaudible cuando dijo:

—Señora, no sea tan dura con el muchacho.

De nuevo, se hizo el silencio. Había perdido la cuenta de la primera vez, del momento preciso en que la Reina-madre empezó a ensañarse con el Heredero..., por llegar pronto, por llegar tarde, por vestir con excesivo decoro o con ninguno, por estar allí, sencillamente..., por existir. Ajep hacía rato que aguardaba sentado en un rincón, esperando que se olvidaran de él. Pero el Rey había muerto y Ajep tendría que ocupar su lugar. El joven comenzaba a entender que todos querrían poder olvidarse de él, pero no podían.

—Es una vergüenza que vaya a ser nuestro Soberano un... —dijo una voz a su espalda.

La vieja nodriza se volvió. Una criada desaparecía al final de la estancia. Su voz se perdió en el rumor de otras muchas.

—Oh, por dios bendito —ladró Parábola.

Ni las criadas tenían respeto al que debería sostener el equilibrio de la Tierra Mestiza. Eso tampoco era bueno para nadie. Suspiró y se sentó al lado del Heredero. Después de todo, tenía solo quince años. No era culpable de lo que había hecho esa bruja de Marea. Nadie tenía la culpa.

—Tienes razón, vieja amiga... —terció la vieja Reina—. He sido quizá demasiado severa con Ajep.

Pero su tono reveló alguna otra cosa. Parábola era también una criada, a pesar de todo. Sus muchos años de servicio le permitían dirigirse a ella sin preámbulos laudatorios, sin reverencias, y hasta se atrevía a hablarle con liberalidad. Pero censurar en público a una Reina, con Chambelanes, Supervisores y servidumbre entrando y saliendo sin cesar... Eso era otra cosa.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Perdonadme, Majestad.

La vieja nodriza se había postrado en el suelo con los brazos extendidos en señal de sumisión.

—Muy bien. No pasa nada.

Solsticio asintió, satisfecha, pero demoró casi una hora dispensar a su criada para que pudiera levantarse.

Pleamar miró con desprecio a su medio hermano, aún encorvado en su banqueta, escondido en un ángulo de los aposentos de Reina Solsticio. Saludó a Parábola, que se frotaba unas rodillas misteriosamente enrojecidas y, por fin, se abrazó a su madre. Pronto rodaron las lágrimas.

—No llores, mamá, Hapu murió en brazos de su primo Bakenkhonsu, el Guardián de sus Hijos. Cogido de esa mano amiga inició el largo viaje.

Alguien carraspeó. Parábola, acostumbrada a intuir cuándo debía salir de escena aunque no se lo ordenasen, cogió al joven Ajep de la mano y juntos abandonaron los reales aposentos. Pleamar les siguió con la mirada. Cuando estuvo segura de tenerlos lo bastante lejos el tono de su voz se hizo un acorde más agudo, casi estridente.

—He estado hablando con el buen Príncipe Bakenkhonsu. Mi padre no deseaba que ese bastardo le sucediese, sino que en secreto planeaba...

—No sigas, tu padre también me habló de sus sueños. Pero eran solo eso: sueños. Tu tatarabuela Constelación, a la que no conociste, todas las mujeres del harén real, hasta yo, todas hemos nacido a la sombra de ese sueño. Pero una mujer no sostendrá el Cetro y el Símbolo de Vida, no en este lugar, no en el Doble País que guían nuestros antepasados ni en la Tierra Mestiza que imagino para los que vendrán mañana. El peso de la tradición es demasiado grande. Además, los humanos no permitirían que una Loo... —No terminó la frase y se quedó con la boca abierta, dubitativa—. Tú, que serás la esposa de un Rey no deseado, tal vez encuentres la manera de construir lo que hoy no puede ni concebirse.

Pleamar sonreía.

—Yo sí puedo concebirlo, madre. Sé cómo hacerlo posible. La vieja maga, la Señora del Cielo, me explicó el secreto hace muchos años. ¿Conoces la fábula del Príncipe Predestinado?

Solsticio la miró sin entender. Conocía la fábula, claro. Un Príncipe que recibe el mal presagio de las Háthores de que su vida acabará por el ataque de un perro, de una serpiente o de un cocodrilo. Marcha al este y escapa de su destino con otro nombre. Hace fortuna. Al regresar a su país, recupera su pasado, su nombre y su linaje, y estos le pasan factura, y muere según los augurios. Aquella historia se parecía demasiado a la del propio Senra, el primer hijo de Constelación, aquel que había abandonado la se-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

guridad de palacio para convertirse en un ser anónimo, uno más entre los hijos del Gran Río.

—No veo la relación, mi niña.

—El Príncipe podría haberse ahorrado ese final, ¿no es verdad?

—Sí, hija, pero no entiendo que tiene eso que ver... —De pronto, una idea penetró precisa en su corazón. Parecía absurdo, pero, tal vez por eso mismo, no habría ningún impedimento legítimo para hacerlo posible. Las dificultades, sin embargo, serían extraordinarias.

—¿No pretenderás...?

—Sí, madre. Ahora seré Reina, y esposa de ese bastardo. Pero un día reuniré las fuerzas, los apoyos en la corte que necesito. Ese día, este mismo Ka, alma y esencia luminosa, en otro cuerpo, se convertirán en el Soberano del Doble País. Tres de mis cuatro partes serán Rey. Para mí, es más que suficiente.

7

Ajep entró en sus aposentos seguido de su aya, la dulce parábola. Un robot doméstico estaba barriendo el suelo, que resplandecía como Re al amanecer. Como no recibió ninguna orden, cuando terminó su tarea desapareció en silencio, dejando a su paso un vago rumor chirriante. El Heredero se sentía cansado y soltó un bostezo:

—Aya querida, contadme una historia. Una historia de un lugar muy lejano, de un tiempo muy lejano, que no se parezca a nada de este lugar ni de este tiempo.

Parábola observó al pequeño Ajep esconderse tras su tablero de escritura y sus rollos de papiro cortados a medida, tras su paleta con tinta roja y negra, tras todos aquellos instrumentos que le servían para huir de la realidad.

—¿Cuál elegís, la del Rey y los Magos, la de la Travesía a Tonutir, la del Campesino y el Dignatario?

—La del Príncipe Predestinado, aya querida.

—Esa no es una historia que tú...

—Por favor, aya querida.

Y Parábola comenzó aquella historia que oyera por primera vez a la Señora del Cielo, la gran Constelación, a la sombra de un endrino, entre los frutales.

Mientras Parábola desgranaba aquella vieja historia, Bakenkhonsu se estaba ocupando de un asunto de singular importancia.

Una de las muchas dignidades con las que se había agasajado últimamente al



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Príncipe era la muy estimable de Tercer Profeta de Amón en Ity-tawy. El Guardián de los Hijos del Rey, a fuerza de preeminencias, se había convertido en un cortesano de calculados modales, de expresión impenetrable, de mirada hosca y fiera. Había respondido con creces a las expectativas depositadas en él, que no era, después de todo, más que un hijo de una esposa secundaria que no pertenecía ni al círculo de la Gran Casa. Sin embargo, todos anticipaban que, fuera cual fuese el destino del Doble País, hombre o mujer el que las gobernase, con pleno derecho o sin él, Bakenkhonsu estaría a su lado.

—Mi Señora, el pueblo os espera en el Balcón de las Apariciones. Quieren saber del Tránsito del viejo Rey, del nombre del nuevo Horus —dijo Bakenkhonsu, con gesto dócil y sumiso, inclinándose hasta hincar su frente con el enlosado. Como parte de sus nuevas obligaciones como servidor del Dios Oculto, había sido designado oficiante en aquella ceremonia de regeneración en que los hijos del Gran Río sabrían por fin quién sería su próximo Soberano.

Solsticio le miró fijamente. Su hija le había dejado hacía solo unos instantes, suficientes empero para que sus ojos resplandecieran una vez más por ser cauce de lágrimas recién derramadas.

—Diselo tú al pueblo; yo no tengo fuerzas.

Pero el Príncipe permaneció inclinado con las manos a la altura de las rodillas, en el mismo punto donde aguardara antes Parábola, con un mohín colgando de su boca a modo de eterno conato de sonrisa. Sabía que la Reina obedecería a la llamada de sus súbditos, de sus obligaciones, de su sangre. Esperando, paciente, el mohín se transformó en mueca de labios apretados y sudor que resbala por la frente a la nariz y al fino, geométrico, enlosado. Solsticio, aburrida de ver arrugarse aquel cogote de tintes rosáceos, hastiada de silencios y de contener el llanto, se levantó por fin, ajustándose la peluca, que caía sobre su espalda en acaracolados mechones.

—¡Oh, Bakenkhonsu, maldito seas! ¿Quieres que salga a decir a esos idiotas que Ajep es el nuevo Rey y Pleamar su Reina?

—Es vuestro deber, mi Señora —tartamudeó el viejo Príncipe.

—Mi deber debería ser pasar a la otra orilla como ha hecho mi esposo antes de consentir que el hijo de Marea sea Soberano del Doble País, pero... —Solsticio detuvo su discurso y miró de hito en hito a su interlocutor—. Aunque supongo que ambos estamos aquí para que Ajep sea el Rey con menos poder y predicamento de la historia, ¿no es así?

Bakenkhonsu sonrió.

—Yo solo deseo servir a la niña Pleamar —dijo, y le ofreció graciosamente el brazo a la Reina para que ambos, muy juntos, fuesen vistos por el pueblo en el Balcón de las Apariciones.



Los abanicos se balanceaban arriba y abajo con una cadencia cansina que le resultaba exasperante. La Reina Pleamar detuvo su vaivén con un gesto nervioso de la mano, que se llevó luego a la cara para cubrirse sus párpados cansados. *Marchaos bien lejos y no volváis*, restalló. El Flabelífero de la Derecha se deshizo en alabanzas y desapareció tras los setos; su compañero de la izquierda repitió su ejemplo y tomó el camino de los frutales y el jardín bulboso. Ambos eran androides, de cuerpos relucientes y rosados, los primeros de entre sus hermanos dotados de la capacidad de hablar. Pero Pleamar solo veía un montón de metal, de cables y de circuitos gobernados por un Krank que, Dios sabía cómo, había aprendido a usar una interfaz que traducía los pensamientos de su pequeño cerebro.

Distraída, perdida en sus propios pensamientos, abandonó el Templo del Norte y avanzó hacia donde los granados y las palmeras formaban el tercero de los paseos que rodeaban el estanque. De pronto, su mirada se precipitó a un punto en la lejanía, una forma que parecía... ¿O no? Se acercó poco a poco, temblorosa, hasta que estuvo completamente segura.

Solo entonces empezó a gritar.

Aquella mañana, luego que el vocerío de los Príncipes, las nodrizas y la servidumbre se apoderara de los Jardines del Rey, Tebi y Djoser iniciaron su ronda. Hablaban del buen vino y las buenas mujeres y de la mejor manera de romper el sello de ambos sin ensuciarse demasiado las manos. Reían. Eran viejos amigos.

—¡Por el mismísimo falo de Osiris! —exclamaron al unísono.

Tebi y Djoser habían oído los gritos desde su puesto de guardia. Echaron a correr, y avanzando apresurados con la lanza en ristre sus recuerdos volaban hacia el pasado, y Djoser tenía veintiún años, y Tebi tenía diecinueve, y acababan de licenciarse tras cuatro años de servicio en la infantería Meshaw. Con gran orgullo habían participado en el asalto a la fortaleza de esos bárbaros solo-humanos, los Puros, en Hetuaret, y ahora que los enemigos de la luz huían despavoridos hacia el Desierto Occidental, y aunque el Dios Bueno se aprestaba a perseguirlos, ellos abandonaban el ejército. De pronto, sus ansias de sangre y de gloria se habían colmado, súbitamente empobrecidas al pasar del anhelo a lo cotidiano, y de lo cotidiano a sus pesadillas.

—*Hoy no saldremos de este condenado lugar* —dijo Tebi.

Parecía que no iban a conseguir ninguna embarcación, al menos no aquella jornada. Quizá mañana, les dijeron uno o dos patronos en el puerto. A decir verdad, no era demasiado extraño. Todo el mundo quería abandonar la ciudad maldita, la Hetuaret de los infames solo-humanos. Muchos porque dejaban el servicio, como ellos mismos,



Crónicas de la Tierra Mestiza.

otros para huir de represalias por su colaboración y connivencia con el enemigo, y por fin, los más avisados, iban y venían, sacando provecho de ese lúgubre negocio que es la guerra. Pero lo cierto es que la mayoría no revelaban la causa de su repentino apetito nómada y se alejaban sin prisas entre el estrépito de la muchedumbre.

—Hoy no saldremos de este condenado lugar —repitió Tebi.

Sin embargo, estaban contentos. Un suculento botín de lingotes de oro, plata y simbio-piedra, distribuido en varios baúles, un par de esclavos varones y la hembra más hermosa de todo el harén del generoso caudillo bárbaro, eran solo la parte principal del patrimonio que deberían repartirse entre los dos. Si todas las jornadas victoriosas fueran como aquella, en el Doble País abundarían los terratenientes y la estirpe de los soldados caminaría hacia la extinción.

—Será mejor que busquemos una fonda donde pasar la noche —repuso Djoser, apremiando a sus siervos, que arrastraban apesadumbrados los arcones con sus preciadas riquezas. Tenía la impresión que tampoco sería fácil encontrar un techo seguro en aquella ciudad mitad destruida, mitad saqueada, y llena a rebosar como Ity-tawy en un día de mercado.

Dieron con una mansión destartalada poco antes del anochecer. Los almacenes y parte del ala posterior habían sido pasto de las llamas, pero el primer piso, aunque ganado por el desorden y la rapiña, se mantenía en pie; la planta de arriba estaba prácticamente intacta.

Entonces oyeron los gritos. Un hombre pedía clemencia y demandaba socorro en el dialecto del Desierto Occidental. Cuando llegaron ya sabían que estaba muerto. Su cabeza se había abierto como una calabaza. Lo cierto es que daba bastante mala impresión, con todos aquellos sesos derramándose por el suelo en medio de una extraña profusión de lingotes dorados.

—¡Por el mismísimo falo de Osiris! —exclamaron al unísono.

Senra, su antiguo jefe de unidad, les miraba con las manos sucias de sangre. Estaba pálido, desvariaba, como si no pudiese soportar el peso del crimen que acaba de cometer.

—El Príncipe predestinado no debe recordar su nombre —balbuceaba.

Luego de un largo interrogatorio, armados de paciencia, consiguieron que Senra dijese alguna cosa con sentido y, por fin, consiguieron sacarle algunos detalles de lo sucedido. Su madre siempre se había opuesto a que entrase en el ejército y había mandado espías a buscarle por todo el Doble País, llegando a contratar a sicarios de entre los mismos enemigos del estado. Aquel Puro había dado con él, pero el muy imbécil no había aceptado el soborno de Senra. Habían luchado, y entonces...

—Diremos que ha sido un accidente, un caída, un mal gesto estúpido que acabó en... —empezó a decir Djoser, tratando de salvar el pellejo de su amigo como tantas



Crónicas de la Tierra Mestiza.

veces él hiciera con el suyo—. Además, a nadie le importa el destino de estos Puros. No creo que el juez de distrito te encause siquiera.

—Tu madre debe ser una mujer muy poderosa —dijo de pronto Tebi, pensando en el coste de enviar agentes por toda la nación buscando a un solo hombre.

—Mi madre es la Reina Constelación —confesó de pronto Senra, harto de tanta impostura.

Tebi y Djoser dieron un respingo y miraron a su viejo amigo como si fuese la primera vez que lo veían en toda su vida.

Luego de una corta conversación, resolvieron los tres que lo mejor sería marcharse de allí y no informar a las autoridades de lo sucedido. Después de todo, aquello había sido un accidente estúpido y nada más.

—Un accidente estúpido y nada más —dijo el Príncipe Bakenkhonsu, que había llegado tras ellos. Tebi y Djoser fueron devueltos con aquellas palabras al presente, lejos de los muros de Hetuaret y del orbicular paso del tiempo. Advirtiendo la presencia de su Reina, se postraron a toda prisa.

—¿Qué ha podido suceder?

Pleamar, una trémula figura de labios mortecinos, señalaba el cadáver, que mostraba el cráneo destrozado, abierto como una calabaza, en medio de una extraña profusión de dátiles esparcidos en todas direcciones.

—Debió caer —aventuró Tebi, mirando la alta palmera que ascendía a sus pies.

—Un accidente estúpido —convino Djoser, con el ceño fruncido.

El Médico Jefe del Sur y del Norte, ministro de sanidad y médico personal del viejo Rey Hapu, era, como todos sabían, aficionado a los dátiles, una costumbre común en palacio, donde se decía que crecían los mejores del país; mejores incluso para algunos que los del oasis del sur. Tal vez tenía tanta urgencia de ellos que decidió prescindir del siempre penoso trámite de llamar a los criados, mandarlos con orden de darse prisa y esperar que llegasen de vuelta aquel mismo día.

—Qué asunto más desagradable.

Un accidente doméstico no era contratiempo que debiera perturbar demasiado el ánimo de una Reina. Así que Tebi y Djoser quedaron al cuidado del difunto y comenzaron a dar órdenes a todo el que tuvo la mala suerte de asomar la cabeza por allí. Entretanto, el Guardián de los Hijos del Rey condujo a su sobrina de nuevo hasta el Templo del Norte, y de allí a la plataforma que precedía al embarcadero. Poco a poco, la pequeña Pleamar fue recobrando el color y la sonrisa.

—Era el padre de Remolino, mi querida amiga. Pobrecilla. No sé cómo voy a darle



Crónicas de la Tierra Mestiza.

la noticia —dijo la Reina, bajando la cabeza.

—O poco conozco a la dama Remolino, o más bien creo que sabrá guardar la compostura en todo momento. No creo que ni se inmute —opinó Bakenkhonsu, y al poco, percibiendo que Pleamar no aceptaba de buen grado que se criticase a aquella arpía a la que consideraba íntima y de toda confianza, añadió—: Al menos exteriormente; por dentro seguro que sufrirá de una forma inconcebible.

—Pobrecilla —repitió la Reina.

—Si es vuestro deseo, yo mismo podría darle la mala nueva.

Pleamar sonrió. Desde el comienzo, ese había sido su propósito.

—Muchas gracias, tío. Sois de gran ayuda para todos en estos momentos en que se suceden las desgracias.

—Yo solo aspiro a estar a vuestro servicio, mi Señora.

Caminando distraídos, atravesaron el Templete y su plataforma y llegaron sin saber cómo al estanque.

—¿Siempre os tendré a mi lado para protegerme, tío?

—Siempre, mi Dama.

La primera de las barcas era un pequeño esquife que no pertenecía a la escuadra voladora de paseo; tal vez se tratara de una de las embarcaciones que los jardineros utilizaban para sus tareas. Por su bajo calado, les permitiría alcanzar lugares que las adornadas naves de recreo solo podían divisar entre la espesura. Subieron los dos sin tener que consultarse, embargados por la traviesa sensación de estar haciendo algo indigno o fuera de lugar.

—¿Se cumplirán los deseos de mi padre? ¿Seré un día Rey?

Bakenkhonsu no tenía muchas ganas de hablar. Se sentía mal consigo mismo. Había asumido demasiados riesgos con la muerte del Médico Jefe del Sur y del Norte. Le había ganado el ansia, la necesidad de sacar de escena a un idiota y a un incompetente. Pero no en los jardines, donde podrían haberle visto aplastar su cabeza con una piedra y luego arrastrar el cuerpo debajo de aquella palmera... Había asumido demasiados riesgos. Además, no era una empresa necesaria. Lo había matado por capricho. Quizá comenzara a gustarle demasiado su trabajo. Y un hombre con un designio no puede permitirse disfrutar de nada fuera de su predestinación.

—Procuraremos que así sea, mi Dama.

El Nlòplal de flores amarillas les esperaba majestuoso al final de su trayecto. Guiados por su sueño, les resultaron invisibles lirios, espigas de agua, filigranas y nenúfares; por supuesto también plantas marginales, flotantes, y el resto de las embarcaciones, que esquivaron con soltura. El hedor de las flores ambarinas llegó por



Crónicas de la Tierra Mestiza.

fin hasta ellos.

—Pero Ajep es el Rey, y yo, con todo, solo soy su mujer.

—No solo, Majestad. Vos acumularéis más poder que ninguna otra Gran Esposa antes o después. Ajep se ha resignado a su destino y no pondrá impedimentos a que toméis el timón del estado. A la muerte del intruso, nadie os discutirá que sigáis haciéndolo.

Un solo Nlòplal, solo uno había podido sobrevivir en aquel lugar hostil. Rodeado, superado en número pero no en determinación, crecía irreductible desafiando incluso a las leyes de la naturaleza, ocupando por lo menos el doble de la superficie que cualquiera de sus hermanos.

—Por un tiempo, solamente. Porque al final, solo un hombre podrá sucederle.

Bakenkhonsu asintió. Aquel espécimen era hermoso como nada que antes se hubiera visto. Tenía algo especial, seductor, fascinador, que atraía la mirada sin poderlo evitar. Si no fuera por aquellas espantosas emanaciones... Pero el Príncipe y Guardián de los Hijos del Rey sabía que todo tiene necesariamente dos caras: una falsa y embriagadora, otra cierta y nauseabunda.

—Y, como bien sabemos, un hombre le sucederá. Un hombre llamado Pleamar.

9

—¡La Reina ha abandonado la casa!

Un murmullo creciente, como un zumbido de moscas, fue elevándose a su espalda hasta derivar en rumor de pasos a la carrera. Estaba harta.

La Guardia estaba preocupada por su seguridad, algo nerviosa después del asunto del Médico Jefe del Sur y del Norte. Los Capitanes en persona velarían hasta el final de la jornada por la seguridad de la sagrada persona de Pleamar, Reina del Doble País.

Ajena a sus preocupaciones, tan pronto Bakenkhonsu marchó con el luctuoso encargo de informar a la dama Remolino del accidente sufrido por su padre, la joven ordenó que la dejaran a solas en el estanque. Tebi y Djoser aceptaron a regañadientes y se alejaron murmurando sus quejas acerca de aquellos hombres-dioses que, a fuerza de extravagancias, les hacían imposible su trabajo. Luego les vio encaramarse a una de las torres de vigilancia y expulsar a los dos robots flabelíferos, que luego de recibir la orden de *marchar bien lejos y no volver*, llevaban horas vagando sin rumbo por los jardines, como un perro sin amo. Pleamar se volvió para mirarlos, y los descubrió al pie de la torre, con los abanicos caídos, mientras los Capitanes de la Guardia los escudriñaban con ojos homicidas. Se echó a reír. Bueno, por lo menos, todos



Crónicas de la Tierra Mestiza.

aquellos tontos le servían como diversión.

Kamutef había aparecido de pronto, avanzando a través de los huertos, y la esperaba ahora junto a la barca, como hacía a menudo. Para Pleamar, fuese cual fuese su cargo, siempre sería el barquero. Además, compartir a solas la nave con una Reina era un privilegio que bien pocos podían conseguir y que la mayoría le envidiaban.

—Majestad...

Se inclinó para dejarla pasar pero Pleamar le estiró del brazo. Hoy no habría un segundo paseo para ella. No le apetecía surcar los aires en aquella aerobarcaza de paseo. Deseaba otra forma de intimidad. Así que, con paso lánguido, tomaron el camino del Paseo de las Higueras. Hacía un buen día y caminaron sin importarles los comentarios que, a buen seguro, correrían sobre ellos a la mañana siguiente.

—Tenía ganas de hablar, y puesto que, pese al tiempo que hace que nos conocemos, de hecho no nos conocemos en absoluto, he pensado que serías la persona adecuada para charlar un rato.

Es por Remolino, pensó Kamutef. *Querrá convencerme de...* Y de pronto se dio cuenta, apesadumbrado, que si la Reina intercedía en favor de aquellas relaciones adúlteras, él no podría negarse.

—No tiene nada que ver con Remolino, no te preocupes —le explicó Pleamar, entre risas, viendo su mirada de preocupación—, es solo un truco que me enseñó mi abuela Constelación: *Cuando quieras hallar las respuestas que hay en ti, habla con desconocidos*. —Bajó los ojos, algo incómoda con sus propias palabras—. Constelación era una mujer curiosa, ¿no crees? Siempre diciendo todas esas cosas tan raras. Pero lo que me dijo las pocas veces que hablamos..., murió cuando yo tenía nueve años, ¿sabes? Lo que me dijo está clavado en algún lugar, muy adentro. —Rio de nuevo—. Ella tenía ese poder.

Kamutef recordó aquel asunto absurdo de los Nlòplales, y el espécimen que crecía y crecía en soledad dentro del estanque, y la obsesión de su tío luego de haber hablado con la Señora del Cielo, la gran Constelación.

—Sí, creo que sí.

Contemplaron los rosales. *Qué bonitos*, dijo Pleamar, y luego rodearon los setos, más altos que nunca. *Habrà que recortarlos pronto*, pensó Kamutef; y siguieron caminando hasta que la Muralla Sur les impidió proseguir. Aquel muro, con aquellas enredaderas colgando majestuosas como islas de verdor en el viejo adobe.

—¿Tú crees, Kamutef, que una mujer puede ser Rey?

—No parece razonable. Los Reyes son humanos y las Loo sois Reinas. Así ha sido desde que nuestros dos pueblos fundaron el Doble País. Vosotras controláis la ciencia o la gestión de los estanques con los que recordáis vuestro planeta Biwoses;



Crónicas de la Tierra Mestiza.

mientras, los hombres tenemos el poder y... —Había respondido sin pensar, demasiado rápido. Pensaba en las enredaderas, y sobre todo en las parras que había a su lado. Le extrañaba que su tío las hubiese plantado tan cerca de los muros. *Debe haber sido uno de esos estúpidos ayudantes nuevos que...*

—¿Sí?

Ahora no podía dar marcha atrás. *Habla lo menos posible con los poderosos y los hombres más sabios que tú. Te sobra con escuchar.* Jeda, a su manera, también era un hombre sabio. Pero Kamutef no era su tío.

—¿Veis esas parras? Sus brazos acaban en órganos prensiles y se enganchan como trepadoras. Sin embargo, su lugar son las superficies horizontales. No está adaptada a la vertical, no es su lugar; las paredes son demasiado altas en este punto. Así que ahora tenemos una ... —No pudo seguir, ni siquiera él era tan estúpido. Había oído los rumores en palacio. Quizá debiera asentir y abandonar aquel asunto cuanto antes.

—Una mala parra y una mala trepadora, ¿no es así?

—Supongo que sí, mi Reina, aunque no es eso exactamente lo que quería insinuar. Si la parra la hubiésemos plantado en su sitio estaría sana y más desarrollada. Está inclinada a ello, después de todo.

—Pero solo sería una parra, barquero.

Giraron a su izquierda hacia la Muralla Este y siguiendo la línea del Patio de Ejercicios alcanzaron el Templo de Poniente, donde confluían las últimas higueras con los palmerales. Allí comenzaba la segunda línea del campo de fuerza. Se le erizaron los cabellos a ambos ante aquel poder invisible que emitía un zumbido sordo, inextinguible. Kamutef extrajo un mando de su bolsillo y una abertura verdeazulada brilló delante de ellos. La atravesaron en silencio. A Pleamar parecía no importarle la audacia del joven jardinero durante la conversación anterior, pero este continuaba intranquilo, meditabundo. Es privilegio de los Reyes dejar diluir lentamente sus pensamientos para luego dejarlos caer en una sola y definitiva estocada.

—Me parece que tu tío te ha inculcado demasiados miedos, barquero. Si un día alguien poderoso busca tu ruina, el miedo no te salvará.

De alguien como Remolino, pensó Kamutef.

—De alguien como mi amiga Remolino, sí, por ejemplo —dijo Pleamar.

—Vos no podríais interceder para que...

—Los Reyes tenemos el deber de salvaguardar el equilibrio del universo, la Armonía y nociones de ese tipo, elevadas, intangibles; pero el amor, mi querido Kamutef, está en el lado de las tinieblas y del desorden. La Regla le teme más que a nada de este mundo. Está muy lejos del poder que los dioses han puesto en mi mano.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—¿El amor, mi Reina? Qué es lo que esa ramera busca sino...

—¡Calla, Kamutef! No vuelvas a hablar en ese tono de alguien que me es querido. No sabes nada de las mujeres. Ella os ama con una pasión desenfrenada. Una pasión que la destruirá, que os destruirá a los dos seguramente si no vences esos miedos.

—Esto es una locura. ¿Por qué no habláis con ella y la ayudáis a entrar en ra...?

—Ya hemos hablado bastante. Márchate, barquero, me quedaré a solas en el templete.

—Mi señora...

El rostro de la Reina se había contraído en una mueca de ira. Si la osadía del jardinero durante el paseo no lo había conseguido, el poner en entredicho a su mejor amiga la había enojado de verdad.

—Adiós, Kamutef —restalló, y no era una orden que pudiese ser obviada.

Al salir, el joven jardinero casi se tropieza con los Capitanes de la Guardia, que, alertados por los gritos de su Reina, se arrastraban a cuatro patas por detrás de los arriates para no ser descubiertos por esta, que les acababa de prohibir que la molestasen. Les saludó con una inclinación de cabeza. Una voz se elevó entonces a su espalda.

—Barquero, supongo que has pensado en avisar a tu tío de lo de esas parras... Para poderlas.

—Así es, Majestad.

La Reina buscó acomodo entre unos cojines y su figura desapareció en el interior del kiosco. Solo quedó su voz.

—No lo hagas. Aguarda un tiempo. Tal vez consigan escalar el muro.

10

Los ornamentos que cubrían la regia persona eran infinitos como la arena del desierto, perlados como las olas del mar, resplandecientes como los astros del cielo: pectorales, collares, brazaletes, ajorcas, anillos y amuletos..., oro, plata, cornalina, lapislázuli y electro. O, al menos, así querían llamarlos. A pesar de que aquel planeta hubiese sido terraformado a imagen y semejanza de su Egipto natal, no era el mismo mundo, no eran los mismos minerales, no eran las mismas bestias las que poblaban sus tierras; ellos les habían dado el mismo nombre: cocodrilo, chacal, serpiente..., pero no eran sino engendros extraterrestres, como ellos mismos, que ya no eran humanos ni Loo, sino mestizos en un planeta mestizo.

—Otro atardecer —murmuró la vieja Soberana.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

La Reina-madre Solsticio había contemplado las horas avanzar imparables en la clepsidra. En el atardecer de Re, las sombras se erguían ya para engullir voraces el universo que una vez fuera lienzo de luz, océano de colores que se contoneaban ignorantes de su fatuidad, de su efímero existir. Se entretuvo intentando imaginar cómo serían los verdaderos cocodrilos que poblaban el Gran Río del verdadero Egipto. Aquellos que les trajeron a este planeta —una raza moribunda, le había confesado una vez la vieja Constelación—, ¿trajeron también a todos los animales, aves, insectos? No parecía probable. A veces, Solsticio creía estar a punto de convertirse en una mujer sabia; en aquellas ocasiones, entendía que todo cuanto sabía de la Tierra Mestiza no era más que una gran mentira.

—Otro atardecer.

Tres largas estaciones se habían sucedido tras la muerte de Hapu, su amado esposo. Inundación, Siembra y Cosecha. El tiempo había pasado tan lento que parecía que Hapu iniciara su tránsito a la otra orilla hacía un millón de años. Y ahora, más que nunca, le parecía que todo cuanto le rodeaba era un engaño de los sentidos, un truco de magia que buscaba enloquecerla.

—¿Parábola?

La nodriza real emergió de una de las cámaras interiores, siempre alerta; sus ojos inquietos la miraban tiernos, compasivos. Solsticio se odió por despertar la compasión de una criada.

—¿Sí, mi Reina?

—Oh, Parábola, es que...

Había olvidado por qué la había llamado. Sacudió la cabeza y se hundió en sus recuerdos: Hapu en su carro desfilando tras una victoria ante los Loo del sur, Hapu y ella el día de su coronación, Hapu en el lecho mostrando su pecho fornido y susurrándole dulces palabras.

No. Basta. Debo pensar en el ahora.

Parábola. Su fiel Parábola la estaba mirando.

—Tengo entendido que el joven Rey Ajep espera para verme. Hacedlo pasar. —La nodriza marchó. Se oyó un rumor de pasos. Luego, un rumor distinto, titubeante, el sonido de una piernas fuertes, adolescentes, pero indecisas.

—Majestad, para mí es un honor —comenzó el muchacho.

—¡Siéntate, Ajep! —restalló la Reina—. Y no hables si no se te pregunta.

El muchacho bajó la cabeza y buscó una banqueta en un rincón, donde se sentó a esperar. Chasqueó la lengua.

—Voy a hablarte del pasado. ¿Ello te place?

—Sí..., supongo, Majestad.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Desde que murió Uadjamosis el corazón de mi esposo se llenó de pena. El agua que bebía ya no sabía fresca, la comida ya no era sabrosa. Luchar toda la vida para haber de entregar el Trono de los Vivientes al hijo de una... —Su rostro, contraído por la ira, se fue tensando más y más hasta que, de pronto, se relajó violentamente, como si algún secreto mecanismo hubiera cedido—. ¿Crees que es justo, mi joven Rey-consorte?

Silencio. Llamarle Rey-consorte era un insulto que nadie con sangre en las venas hubiera podido desatender. Era como decirle que Pleamar era quien tenía el poder y él solo un títere. Pero Ajep permaneció mudo, imperturbable.

—Te he preguntado.

—Supongo que no, Majestad.

¿Supongo? Solsticio deseaba perder el control, necesitaba perder el control. Aquellos asentimientos susurrados desde el miedo con un huidizo «supongo» no eran suficiente. Ajep tendría que defender su causa para que ella pudiese abrazarse por la suya.

—El Rey se fue distanciando de mí —prosiguió—. Quizá por el dolor, quizá porque tu madre, Marea, la víbora asesina, y yo éramos las mejores amigas, y siempre tuvo acceso a todo el palacio como si fuera yo misma, sin sospechar que iba a darme semejante pago. Pero bueno, lo mismo da, el Rey se alejó de mí..., y mi corazón, ya resquebrajado, se hizo pedazos. ¿Crees que es eso justo?

Otro silencio. Solsticio prosiguió, aún incapaz de destapar su ira a borbotones.

—Tú eres lo más cercano a un culpable que puedo imaginarme y, mientras yo viva, y más tarde aún, las cosas no te serán fáciles en el Palacio de Ity-tawy. Tengo más amigos de los que puedas...

—Todo eso ya lo sé, Majestad —le interrumpió el muchacho, esbozando una sonrisa—. El Príncipe Bakenkhonsu habló conmigo. Tengo suerte de que se me permita pasar mi estúpida vida recopilando viejos textos y haciendo acopio de sabiduría, como es mi voluntad. Si me comporto extremadamente bien y demuestro que soy digno de tantos honores, se me permitirá acudir a donde vayan nuestros ejércitos, hacer ver que los comando y contemplar cómo se extienden poderosos por los Nueve Arcos.

Algo había cambiado. El joven Rey la miraba directamente a los ojos, se había levantado de su banqueta. Solsticio notó que su cólera aumentaba, bullía, dispuesta a saltar.

—¿Detecto sarcasmo en tu voz? ¿Piensas que no se te trata con justicia? ¿No ves que el crimen de Marea...?

—Mi madre no cometió crimen alguno, y mi deseo no es gobernar, nunca lo fue, así que vuestra cárcel no es para el Rey-consorte, como bien me llamáis, más insoportable y opresiva que la propia existencia.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Miró una vez más al hijo de su prima, pero ahora desde una nueva perspectiva. *¿Marea inocente? ¡Qué disparate!* Tal vez, como la madre, su gesto cándido escondiera un monstruo incapaz de gobernar sus razonamientos y sus pasiones.

—¡Expílicate!

Ajep rio estentóreamente. Se reía de su ira, de su cólera; las llamaba con su carcajada, las incitaba a manifestarse.

—Vos conocisteis a Marea desde niña. ¿La creíais capaz de un crimen así? ¿Ajep Rey? ¡Por favor! Ella rezaba para que los dioses le dieran algún año más de vida. No codiciaba para mí más que un poco de salud.

—Entonces, ¿quién mató a...?

—No entendéis nada, no es eso de lo que estoy hablando. Hace mucho que no me pregunto por ello. El gordo Bakenkhonsu, tal vez, aunque no sé con qué motivación; o vos, mi Reina —Ajep volvió a reír, consciente de su atrevimiento—, casi siempre sospeché de vos. Pero ya os digo que no importa, esas muertes son solo una anécdota. Algo poco importante...

—¿Poco importante? ¿Cómo puedes decir semejante cosa? ¿Qué es para ti importante? —chilló Solsticio.

El rostro de Ajep estaba desencajado, macilento, como si su interior estuviese yermo, vacío, solo un saco de piel y huesos. Entonces comprendió que el muchacho también buscaba alguna cosa, tal vez no que la rabia estallase dentro de sí, tal vez que la rabia de Solsticio estallase contra él. Una agresión real, física, que sublimase las muchas agresiones veladas que recibía.

—¿Os habéis parado a pensar que sucedería si, por un azar, todos muriésemos de una extraña enfermedad y nuestra civilización desapareciese? Todos nuestros monumentos sepultados en el polvo. Las ciudades tragadas por la arena, todo desaparecido.

—¿A dónde conducen esas fantasías?

—Millones de años después, otra civilización encontraría nuestros restos. ¿Qué pensaría de su hallazgo?, ¿lo entendería, tal vez?

Esta vez fue Solsticio la que guardó silencio.

—Vería nuestras mentiras, poco más. Uadjamosis, Amenmosis, mi madre y quién sabe cuántos más murieron en la oscuridad de nuestras mentiras. Nadie sabrá lo que realmente fue de ellos. Proyectamos una imagen de la Tierra Mestiza que se ajusta a un ideal tan imposible como nuestros dioses y su búsqueda de lo eterno en una floresta de rostros cambiantes. Nuestra religión es un desfile de máscaras que se superponen, humano-Loo, Loo-humano, como nosotros mismos. Los hombres de ese futuro tratarán de encontrar explicación a nuestros disfraces sin entender que ellos son nosotros.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

La Reina-madre sabía que algunas formas de locura eran contagiosas, otras hereditarias, otras tan personales que desafiaban toda clasificación. La del joven Rey se manifestaba de pronto como amalgama de todas ellas.

—Calla de una vez. Tus desvaríos me fatigan.

—Cuando perdemos una batalla decimos que la ganamos —proseguía Ajep, imperturbable—, pues somos divinos y no podemos equivocarnos. En el lejano Egipto, borramos Soberanos de las Listas Reales, aquellos que no nos gustan, que no responden a la tradición o a la eventual idea que se impone de qué es la tradición. No creemos en la verdad, pues hemos edificado en su nombre toda nuestra civilización, y la verdad es la civilización misma, con todas sus contradicciones y todas sus civilizadas falsedades.

—No eres más que un perturbado, aléjate de mi presencia.

—La Regla no responde a la ley ni a la justicia, solo es un valor mudable que enmascara lo acaecido ajustándolo a sí misma.

—He dicho que te marches. ¡Parábola!

—Y vos, sentada aún en el Trono de los Vivientes, habéis malgastado la vida pali-deciendo a la sombra de un esposo que nunca os amó, con el que os casasteis por obligaciones de sangre, un hombre que compartía el lecho con todas las hembras de palacio menos con su mujer. ¿Cuántas veces al año compartíais el lecho? ¿Dos? ¿Cuántas desde que dejasteis de ser fértil? Me consta que ninguna, y eso fue antes de que muriera Uadjamosis, vuestro heredero. Quizá, mi Reina, deberíais recordar el pasado como realmente fue y dejar de buscar culpables en otra parte. Pero no, sois una hija del Gran Río, no creo que seáis capaz de recordar las cosas como sucedieron. Así que haremos remembranza ajustándonos a la Regla. ¿Cómo fue? Ah, sí, vuestro amante esposo, el Rey Hapu, se cansó de la vida y de vos tras morir Uadjamosis a manos de la puta de mi madre.

Por fin, Solsticio encontró las fuerzas para levantarse, aullar de rabia contenida y embestir a su enemigo, que cayó hacia atrás con la vieja Soberana arañándole el rostro.

—¡Perro! ¡Maldito perro hija de una ramera!

Se necesitaron cuatro hombres para separarlos. Ajep estaba magullado, sangraba por la cara y por el pecho: el lóbulo de una oreja colgaba de su cuello, a punto de desprenderse.

—¿Es esto lo que buscabais, joven Rey? —La Reina-madre jadeaba, agotada, abochornada, exultante.

—Sí, mi Señora. Quería saber qué sintió mi madre cuando la arrastraban a la soga para quitarle la vida y así justificar la vuestra.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—¿Y qué habéis descubierto, pobre loco?

—La vida duele más que unos pocos golpes, Majestad. —Volvió a reír con aquella risa crispada, que parecía provenir del otro mundo—. ¿Os he dicho antes que estáis muy hermosa hoy? ¿Que habéis acertado a la hora de escoger vuestro sudario?

Los ornamentos que cubrían la regia persona eran infinitos como la arena del desierto, perlados como las olas del mar, resplandecientes como los astros del cielo: pectorales, collares, brazaletes, ajorcas, anillos y amuletos..., oro, plata, cornalina, lapislázuli y electro.

Solsticio se llevó la mano al pecho; hacía rato que le dolía el brazo izquierdo, y durante la discusión, el dolor había ido aumentando, sordo y constante, como un latido.

—Sacadlo de mi vista.

Y sin poder añadir una palabra más, la Reina-madre cayó pesadamente al suelo.

11

Los Divinos Antepasados, los Reyes pretéritos del Doble País, aquellos que un día fueron declarados Justificados ante dios, la esperaban al final del sendero de luz.

El aullido del viento despertó a la Reina-madre Solsticio. Soñaba con la Sala de las Dos Verdades, con la perra Amait encorvada, presta a devorar su alma. Los cuarenta y dos Asesores habían dado a Osiris su veredicto: culpable. Uno de ellos, convertido en sombra, le interrogaba antes de que se leyese su condena.

Tres largas estaciones se habían sucedido tras la muerte de Hapu, su amado esposo. Inundación, Siembra y Cosecha. Demasiado tiempo. No pudo esperar más.

—¿Quién eres tú, pequeña?

—Yo soy una posibilidad —respondió Solsticio.

Entonces, la perra Amait se lanzó sobre ella y la arrancó del mundo de los vivos. Esperó, sintió millones de posibilidades desvaneciéndose, paladeando el instante de los instantes; ¿era esto la muerte? Un suave balanceo, como navegando por el Gran Río. Un bogar eterno. ¡Pero no! Alguien le arrastraba por una sala oscura y tenebrosa, y no era la perra Amait quien conducía sus pasos; se había quitado la máscara.

—Hola, Solsticio, querida mía.

—¡Abuela Constelación! ¿Dónde estamos? ¿Dónde me llevas?

Le vieja bruja le tendió una cuerda trenzada de un material que no supo reconocer; comenzaba muy lejos, a su espalda y terminaba más allá de donde alcanzaba su vista, en la oscuridad.

—¿Qué es esto, abuela? ¿Qué pasa?



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Prepárate para tirar, Solsticio, y no hagas preguntas. La batalla final se acerca. Tenemos que estar unidas en esto o fracasaremos.

—¿Fracasar? ¿En qué? ¿Para qué debemos estar unidas?

La vieja Señora del Cielo esbozó una sonrisa cruel y maliciosa.

—Para morir de una condenada vez, naturalmente.



CAPÍTULO 5:

ARBUSTOS Y MALAS HIERBAS

219 d.A.
(8 años después)

0

La mujer de Nakti no dejaba de chillar. Su amante esposo frotó contra su frente la cabeza de un siluro tal y como el Médico Jefe de la Ciudad Oriental le había enseñado. Nada. El mal no pasaba del cráneo de ella al del pez. Estaba perdiendo el tiempo.

—Por favor, Amón, apiádate de mi esposa.

Desesperado, arrojó la cabeza del siluro por la ventana y se sentó en el suelo de la habitación, incapaz de mover un músculo, derrotado. A su lado, el pequeño Irta, su hijo, contemplaba a la madre gritando, mesándose los cabellos, orinándose encima, defecando, poseída por algún terrible demonio que la conducía a la más completa de las destrucciones y de los padecimientos.

—¿Qué le pasa a mamá?

—Ya te lo dije, Irta. Tiene un huevo en la cabeza. No tiene cura, a menos que pudiésemos pagarnos uno de los sanadores de la corte, científicos que practican la trepanación y abren el cráneo de los enfermos y extraen el mal. Y no podemos. Me he gastado hasta nuestro último Deben en ese Médico Jefe de la Ciudad Oriental, un curandero que aún cree en el viejo arte de la medicina tradicional. Total, para nada. Debería haber contratado un médico Loo. Pero ella no se merece morir de esta manera y si sigue sufriendo la mataré con mis propias manos.

Irta, que tenía solo ocho años, no entendía el valor de las cosas, y veía a su madre pataleando, escupiendo, hablando una lengua diabólica y sibilante que ninguno de ellos entendía. Tuvieron que atarla. Era la tercera vez en cuatro días. No debía ser tan imposible conseguir uno de esos sanadores de la corte.

—Y si yo me pongo a trabajar, ¿conseguiríamos entre los dos el dinero que se necesita?

Nakti sonrió. Había olvidado cómo se hacía y solo le salió una mueca de labios



Crónicas de la Tierra Mestiza.

fruncidos y agrietados.

—No creo, hijo. No creo.

Neheb podía haber elegido cualquier otro camino en la vida, pero decidió ser una serpiente. Le criaron las brujas del Dominio de las Esposas del Dios para ser una de sus marionetas y habían terminado por tallar en él una voluntad de hierro, capaz de superar cualquier influencia externa a sí mismo. La desgracia era que su interior estaba lleno de negras simas, de hiel y de rabia purulentas. Precisamente le había parecido que su propio nombre, Neheb, estaba hecho a la medida de un monstruo. Después de todo, era el nombre de la serpiente que un día había estado a la diestra de Osiris como uno de sus asesores para luego traicionarlo y entregarse a las fuerzas de la oscuridad. Sí, Neheb adoraba ser una serpiente. Él traicionaría todo lo que le habían enseñado, por puro placer, porque es lo que debía hacerse, derribar las estructuras, unas estructuras odiosas que le habían convertido en garante de principios que no entendía y que no necesitaba entender. Por eso se había entregado a las fuerzas de la oscuridad. Por venganza. Que en verdad no tuviera razón alguna para vengarse sino para estar agradecido no hacía sino más dulce la venganza misma.

Y el vehículo primero de su venganza sería el noble arte de la lucha; a través de ella pervertiría a muchos que estaban en la órbita del poder y entonces las estructuras se vendrían abajo; al fin y al cabo, ¿no era para eso que le habían enviado al palacio de Ity-tawy desde el Dominio de las Esposas del Dios? ¿A destruir el gobierno de los machos humanos y a crear un nuevo orden de las cenizas? Pues eso tendrían precisamente.

Mas para completar su obra maestra necesitaba a alguien lo bastante desesperado y lo bastante estúpido para servir de catalizador a sus propósitos, así que acudió al barrio de Mut, donde le habían dicho que vivía Nakti. Lo había visto un par de veces en las recepciones oficiales, se encargaba de la intendencia de la División Amón, una de las mejores del ejército. Neheb era oficial en la división Ptah, así que nadie les podría relacionar, al menos directamente, si las cosas salían mal, como era previsible que sucediera.

—Hola, Nakti.

El muy idiota estaba junto al altar, rezando a los dioses que le habían abandonado, con su hijo dormido en su regazo. Aquello reafirmó su decisión de destruirlo.

—Ah, hola, no os había reconocido —Nakti miró a su interlocutor sin disimular su sorpresa. No eran lo bastante amigos para que acudiese a preocuparse por la salud de su esposa. En realidad, no eran en absoluto amigos—. ¿Qué se os ofrece?

El pequeño mocosito, Irta, despertó del sueño y le miró con ojos cansados. La serpiente revolvió su pelo en un gesto amistoso y el niño, instintivamente, se apartó y



Crónicas de la Tierra Mestiza.

echó a correr al interior de la casa.

—He oído, Nakti, que necesitáis una elevada suma de dinero para operar a vuestra esposa.

—Así es.

Ya había captado su atención. Todos sabían que su fortuna personal era inmensa, al fin y al cabo, aunque en secreto, todas sus acciones se subvencionaban desde el Dominio de las Esposas del Dios, cuyas arcas había dejado la vieja maga Constelación sobradamente provistas.

—Decidme, noble Neheb —intervino Nakti, nervioso, pensando que acaso aquel hombre fuese la respuesta a sus ruegos—. ¿Sabrías la forma en que podría hacerme con una suma semejante?

—Naturalmente, pero no me llames Neheb, amigo mío. Cuando no estemos en una reunión oficial llámame por mi verdadero nombre, llámame sencillamente Kau.

—¿Lo decís por la serpiente Neheb Kau, la víbora de dos caras, la bestia maldita del Inframundo? —repuso Nakti, arqueando sorprendido las cejas.

Neheb se echó a reír. Echó hacia atrás la cabeza y estalló en una sonora carcajada.

—Precisamente.

1

La tela de su faldellín se había rasgado al engancharse en una de las losas del interminable pasillo. Fatigado, se había apoyado en la pared y luego ella había querido quedarse con un trofeo al reanudar la marcha. Se palpó la pierna y comprobó que el desgarrón no era demasiado importante.

—Maldita sea.

Un último corredor sinuoso entre tinieblas. Y otro. ¡Y otro! Bakenkhonsu contó hasta cinco antes de que se detuvieran. No podía ver ni sus propios pies, y aún menos a ninguno de sus guardianes. Alguien rio a su izquierda. Se volvió.

—¿Neheb?

No hubo respuesta, y al momento reanudaron la marcha. Al fondo, muy al fondo, vio una luz meciéndose como si fuera una antorcha. Alguien habló. Ahora sí era Neheb, la serpiente, su guía en aquella odisea que prometía tantas emociones primarias, transgresivas, gratuitas, necesarias para llenar un universo cada vez más ordenado y vacío.

—Tranquilo, Príncipe, ya llegamos. Todo esto es solo por..., ¿cómo decirlo? Seguridad. Y no quiero que entendáis con ello que desconfiamos de vos. Nada más lejos



Crónicas de la Tierra Mestiza.

de nuestras intenciones. Pero debemos estar convencidos que nadie nos sigue.

Seguridad. Trató de masticar y digerir aquella palabra mientras la luz avanzaba y los rostros comenzaban a emerger como pálidos fantasmas: Neheb, un guardia armado, otro tras él y, finalmente, Bakenkhonsu y un último guardián cerrando el grupo.

Seguridad. Sí. A cualquiera de esos togados defensores de la Armonía en la Tierra Mestiza les encantaría dar con ellos. Les despedazarían y les arrojarían al Lago de Fuego sin pensárselo dos veces.

—Vos primero, Príncipe —musitó servil la serpiente.

Un pesado batiente de bronce se abrió súbitamente al doblar un recodo. Asomó la cabeza y vio un centenar de rostros que contenían la respiración, unidos en aquel terrible asunto. Reconoció a muchos notables, Gobernadores, algún Juez, Supervisores y Superintendentes, muchos rostros poderosos en la vieja Ity-tawy, y se frotó las manos, presa de una gran agitación. ¡Aquello era monstruosamente sublime! Mejor de lo que había imaginado.

—Tomad asiento.

La voz de Neheb le devolvió al momento presente. Una tarima, un círculo, una elipse de arena cubierta de flores de papiro, tres gradas de simbio-piedra. Había un cuerpo inmóvil en el suelo; entre cuatro guardianes se lo llevaron lejos de la zona de combate, más allá de los portones de bronce. Un presentador emergió de alguna parte bajo el podio ataviado únicamente con una piel de leopardo y se situó en el centro del escenario.

—Si supierais cuánto me alegro de haberos escuchado, noble Neheb —desconcertado por aquella maravilla, Bakenkhonsu había llamado a su anfitrión por su nombre, aunque sabía que no le estaba permitido hacerlo. Cuando se dio cuenta era ya demasiado tarde.

—Nunca, nunca más pronunciéis esa palabra. En este lugar soy la serpiente Kau, no soy un noble ni un oficial del ejército ni un servidor de palacio; solo un animal, un asesor de los grandes de este país, alguien que vela porque el bien y el mal, los pesos de la balanza, estén siempre en equilibrio.

El Príncipe asintió, volviendo la vista a la plataforma desde donde se anunciaba el próximo espectáculo. El presentador, hinchado como un pavo, había ascendido por una escalinata hasta el pedestal y daba vueltas a su alrededor, mirando a la concurrencia como si nadie, aparte de él mismo, importara lo más mínimo.

—Ayer, amigos míos, me levanté de mi lecho al mediodía. Sí, y podría haberme quedado más tiempo. ¿Qué más da? El país está en paz luego de que los Loo del sur hayan inclinado la cerviz, los campos rebosan frutos, la Inundación ha sido la mejor que nadie recuerda, el campesino está tirado a la sombra del sicomoro: no tiene necesidad de trabajar, alarga una mano y su puño regresa con un haz de trigo, un



Crónicas de la Tierra Mestiza.

racimo de uvas y unos buenos Deben de oro. Y si él descansa, disfrutando de las dádivas del mejor de los mundos, ¿que haremos nosotros, que gobernamos para él ese mundo y todos los demás?

Se oyó un rumor, un cacareo de voces que confirman, niegan, tratan de entender, tratan de elevarse sobre las otras.

—Cuando los ejércitos del Dios Justificado Tutmose tomaron la Hetuaret de los bárbaros Puros y reunificaron las tierras de los humanos, pensaron que en dos generaciones el Doble País volvería al máximo esplendor que una vez conocimos en Egipto, antes del Viaje de las Estrellas. Y bien, ¡lo consiguieron! ¿Pero ahora qué? ¿Nos sentaremos a engordar y a felicitarnos los unos a los otros? ¿Moriremos sin haber sentido un anhelo terrible que nos devore, sin haber bebido de las fuentes de la agonía, de la derrota, de la duda, del desamor? ¿Moriremos realmente cuando somos incapaces de renacer con Re cada mañana?

El rumor había desaparecido; solo quedaba un silencio expectante. La serpiente Kau reía entre dientes.

—Yo os digo que ayer me levanté al mediodía y me golpeé la frente. Dios, ¡era tardísimo! Había bebido alguna copa de más en casa del Jefe de Policía y las primeras horas de la mañana se marcharon, ya no volverían. Pero tenía tanto que hacer: hablar con los patrocinadores, reunir a los campeones de la anterior reunión, acondicionar el local, traer el vino que ahora engullís mientras me escucháis... ¡Y para todo eso solo tenía un día! Corrí, chillé, salté, soborné, saqué a muchos de la estera donde dormían, y yo aún no he visto a mi lecho, llevo más de cuarenta horas despierto, pero ha valido la pena, porque me sentí vivo por fin y ahora estamos aquí todos de nuevo, juntos en nuestra pasión por la lucha y por la vida.

Lucha y vida o, lo que era lo mismo, lucha y muerte. Bakenkhonsu aplaudió a rabiar solo de imaginar el trasfondo asociado a ambos conceptos. ¡Oh, estaba más que bien invertida la fortuna que había pagado a Neheb y sus secuaces para poder asistir a aquel acontecimiento!

—Desde tiempos inmemoriales la lucha... —comenzó su exposición el presentador.

¡Oh, sí, la lucha!, pensó Bakenkhonsu, abstrayéndose por un momento de la voz insinuante del maestro de ceremonias. La lucha..., una de las artes más nobles. Había asistido a competiciones de lucha y esgrima desde niño. Todos veneraban a aquellos valientes que se batían con honor hasta el desfallecimiento y que el Buen Dios condecoraba a menudo por sus hazañas. Pero hasta ahora solo habían llegado a eso, a desfallecer. Nunca más allá.

—No se admiten más armas que los brazos, un palo y un punzón. No se admite más amparo que un guardamano y una máscara de cuero. El resto del cuerpo estará desnudo y al descubierto.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Su acompañante, la serpiente, murmuró una disculpa y descendió hasta la grada inferior, donde le esperaban otros invitados, de menor altura y dignidad, pero que sin duda habrían pagado también su buen dinero por estar allí.

—... y al final, solo uno abandonará el círculo en esta orilla, el mundo de los vivos. Si los dos perdieran el conocimiento simultáneamente (no pongáis esas caras, se ha dado el caso) el combate será nulo, las apuestas se perderán. Además, para evitar sospechas de juego sucio o cualquier otro tipo de suspicacias, un combate nulo implicará la muerte de los dos contrincantes. Yo mismo me encargaré de que no... despierten.

El presentador descendió de su púlpito y desapareció por el escondite del podio. Poco después se abrieron las puertas de bronce y dos luchadores saltaron a la palestra. El primero era un Puro Mashauash, con su perilla puntiaguda, su taparrabos y su túnica de vivos colores; a poca distancia le seguía un guerrero Loo, trenzados los cabellos, obscuro en su carmesí desnudez. Bakenkhonsu recordó a Cúmulo, el hombre al que había asesinado para cubrir el magnicidio del legítimo heredero al trono, Uadjamosis, con una mezcla de placer y de aprensión.

Se oyó una voz:

—A combatir.

Fue una batalla dura, competida, que comenzó rápida y sobrecogedora, con sendos cortes en la cara y el muslo del Loo, más fuerte y lento que su oponente, pero que se fue enfriando según la resistencia y velocidad del Puro Mashauash disminuyeron y este se cansó de atacar a un rival que se limitaba a defenderse en un Codo de terreno, siempre en la misma postura, con la rodillas flexionadas y los brazos listos para detener cualquier embestida. Se detuvo el Puro por un instante a recuperar el resuello. Era todo lo que su enemigo necesitaba, el error que había estado esperando.

Un movimiento solamente, un golpe seco con el palo en la base del cráneo y el Mashauash cayó atrás con el rostro teñido con la tinte de la muerte. El Loo hizo un gesto de triunfo hacia el público, que respondió con un murmullo de satisfacción. Luego, con gesto de satisfacción, apoyó un pie en la garganta de su adversario, que se quebró con un sonido metálico que enfervorizó a la multitud, y esta rompió a gritar enloquecida.

Entonces, las Piedras Sintientes que rodeaban la arena se curvaron y abandonaron el muro, deslizándose sobre el escenario hasta engullir el cadáver que yacía en un charco de sangre. Lentamente, la roca se fue retrayendo hasta recobrar la forma original. El rostro del difunto quedó grabado en el ladrillo de uno de los pilares, con el rostro deformado por los estertores de la muerte. El Puro había desaparecido para siempre. Ahora sería parte para siempre del mismo escenario que les cobijaba, que luego de tragarlo pareció crecer un poco más. Bakenkhonsu, anonadado, contempló



Crónicas de la Tierra Mestiza.

cómo de una de las gradas a su espalda, todavía inacabada, emergían varios asientos adicionales.

—¿No es maravilloso? —La serpiente Kau se había sentado de nuevo a su lado. Tan absorto estaba en la pelea y en la transformación de la simbio-piedra, que no se había percatado de su presencia.

—¿Todo este recinto está hecho de...?

—Sí, querido Príncipe, de Piedra Sintiente —Kau sonreía mostrando una larga hilera de dientes blanquísimos—; y adelantándome a vuestra próxima pregunta, en efecto, no necesita de un Lithista para metamorfosearse. Un Maestro de esa ciencia programó el recinto para que engulla como una bestia del Inframundo a los luchadores que tienen la mala costumbre de morir.

Ambos rieron de buena gana.

—¿Eso no es ilegal, serpiente? Creí que los Lithistas...

—Todo lo que hacemos es ilegal, ¿no lo sabías? Pero este recinto, en sí mismo, no creo que lo sea. Ya sabes que los Loo solo creen en la ciencia. Si puede hacerse no es moralmente reprehensible. Yo tengo mi propia regla al respecto: si puede pagarse, puede hacerse.

Volvieron a echarse a reír. Entretanto, el guerrero Loo estaba abandonando el escenario entre vítores.

—Tengo una sorpresa más para vos, Príncipe Bakenkhonsu —dijo entonces la serpiente Kau, acercando su rostro, como si fuera a compartir con él el más dulce de los secretos.

—¿De qué se trata?

—Mirad ahí afuera y pronto lo descubriréis.

Los dos siguientes luchadores atravesaron el portón de bronce. Muy pronto se hizo el silencio.

—Dijisteis que esto era un asunto entre puercos solo-humanos, Loo, acaso algún Puro Kemit, esos salvajes de las lejanas tierras del Desierto Occidental, pero...

Todos miraban al primer luchador. Era, sin duda, un hijo del Gran Río, podría haber sido el hermano, un pariente o el protegido de cualquiera de ellos. Vestía incluso un faldellín de buen lino como si fuera un pequeño propietario o un funcionario medio del aparato del estado. El segundo luchador era precisamente un Puro del Desierto del Oeste, de largas barbas y cabello sujeto por una cinta.

—¿No es maravilloso? —dijo la serpiente.

—Sí, es horrendo; cuánto os admiro, amigo. Pero, decid, ¿cómo convencisteis a un egipcio, a uno de nosotros, para que se rebajase a participar en un espectáculo como este?



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Todo hombre tiene un precio. Buena parte de vuestros Deben irán a parar a este luchador.

—Si gana.

—También si pierde. Somos gente de honor, noble Príncipe.

—¿Y para qué necesita un hombre sencillo tanto dinero?

Neheb le miró con el rostro compungido.

—Una historia triste, mi señor. La mujer de este desgraciado, cuyo nombre es Nakti, tiene un tumor en la cabeza, piensa pagar a los mejores médicos. A los de la corte.

—Y su mujer, ¿tiene cura?

—No. Y él lo sabe. La desesperación hace que los hombres cometan verdaderas estupideces.

—Si es tan estúpido como decís, morirá.

—No creo, le enfrenté a mi peor luchador. En realidad no creo que merezca que le llamemos de tal forma, sería como insultar a los otros. Es un esclavo enfermo y escuálido que no me extrañaría que muriese él solo sin ayuda de nadie. Además, lo he drogado para que no quedase el menor margen para la sorpre...

El hijo del Gran Río pereció antes de que acabase la frase. Aterrorizado, clamando a la gloria de los dioses, de Amón y de Osiris, de Montu, el infeliz Nakti dejó pasar tres ocasiones de acabar con su torpe enemigo hasta que él mismo, envarado, dio un traspies cayó de bruces, quedando a merced del Puro, que no desaprovechó su oportunidad y le clavó su estilete en su espalda, atravesando su corazón. El hijo del Gran Río se desplomó con un rictus estúpido de sorpresa..., y acaso de alivio.

—¡Por la lengua de Ptah y el corazón de Re!

La serpiente saltó de su asiento y descendió de grada en grada tan rápido que alcanzó la arena antes de que el presentador apareciera de su escondite bajo el podio tratando de calmar a la airada multitud. La simbio-piedra comenzaba a temblar, reptando hacia el cadáver de Nakti. Pero eso no fue obstáculo para la muchedumbre, que, sin atender a razones, se llegó hasta el presentador y lo agarraron del pescuezo, arrastrándolo por los suelos entre aullidos de rabia y protestas.

—¡El puerco solo-humano ha matado a un Hijo del Río! —chillaban—. ¡Esto es un insulto! ¡Una infamia!

Solo había una salida. Neheb Kau se deshizo del abrazo de la multitud, que también trataba de darle caza, y corrió al centro del escenario, donde el Puro Kemit, narcotizado, observaba la que acontecía con la boca abierta y la baba cayéndole por la comisura de los labios. Sin mediar palabra, la serpiente atacó al luchador por la es-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

palda, y atrapando su cuello con el antebrazo, apretó hasta que el extranjero traidor dejó de patear. Para entonces la turba había soltado ya al presentador, caído inconsciente cubierto de moretones, y aplaudía a rabiar la audacia de su anfitrión.

Y siguieron aplaudiendo mientras la Piedra Sintiente engullía a los dos luchadores y tallaba su rostro en los pilares que soportaban el escenario, inmortalizando la estupidez humana y Loo por toda la eternidad.

Entretanto, la serpiente Neheb Kau, visiblemente emocionada, respondió a las aclamaciones de su público inclinándose en una reverencia.

2

Una vela que se pierde en el horizonte, la cresta de una ola rompiendo burbujeante entre las rocas, un rayo de la luna Tonutir que ilumina la noche, la arena empapada, fría, que se adhiere a sus pies, cada paso un poco más, hasta engullirlos. Eso era todo lo que le quedaba del pasado, de su infancia en la Región del Norte, el delta del Gran Río, y era muy poca cosa.

El Supervisor de los Heteri, la Carrería del Rey, estaba tumbado en su estera, con una hermosa mujer a su lado. Un nudoso tajo le recorría el rostro desde la ceja izquierda al pómulo derecho, atravesando una nariz que solo era el esbozo de lo que había sido. Pero el viejo soldado no pensaba en la guerra, de cuyas porfías ya había extraído todo lo que necesitaba, incluido su perfil desfigurado, y sí en aquel breve instante de placer con el que ansioso judicaba el resto de su existencia.

La verdad era que tenía razones para estar agradecido al buen Amón de Ity-tawy. En muchos años no había conseguido a ninguna mujer que no fuese una ramera o una ambiciosa joven de rango inferior a la que no le importaba su aspecto tanto como las amistades que supiera granjearse en su reptante ascenso hacia un buen y conveniente matrimonio. Pero una gran dama, ¡ah! Eso era algo que pensaba no volvería a estar a su alcance. Se inclinó para oler por su miembro cercenado el delicioso aroma de los afeites que impregnaban la piel de la noble Remolino, dormitando ajena a las ensoñaciones que en su amante despertaba. El Supervisor de los Heteri pensó que debía estar agradecido también a Mefdet, el Lince del Cuchillo, el Alma de su aldea, su protectora en la batalla y pronto en la muerte. Lo pensó una tercera vez, musitando el nombre de su diosa en voz baja, como una letanía. Pero en su corazón, la imagen de la divina Mefdet se confundió con el recuerdo de la mar hasta que no supo distinguir a una de la otra.

—Nací, oh, mi noble dama —le dijo a la sombra durmiente que respiraba en la oscuridad—, en una aldea campesina en la Comarca del Arpón Occidental, no muy lejos de Per-Uadyet, al oeste de la Región del Norte. No echo de menos aquello, al menos no más que uno encuentra a faltar el sentirse joven y maravillarse porque



Crónicas de la Tierra Mestiza.

vuelve a salir el sol y la enésima borrachera no ha podido tampoco con nuestro ánimo para empalmar con la siguiente. Pero a veces, de noche, al empezar la madrugada, me acercaba al espigón y nos quedábamos los dos, la luna Tonutir y yo, a contemplar cómo rompían las olas. Todas y cada una, negras como la tierra limosa de la que todos procedemos, danzando como una tela que en vano luchara por rasgarse, enroscándose, chocando contra sí misma, liberándose acaso..., sobresaltaban mi corazón, lo henchían hasta que parecía a punto de estallar. Es curioso, mi Señora, todas y cada una, como individuo, como colectivo, con sus formas cambiantes y sus borduras de jaspe, todas perduran en mi memoria perfectas, buscando aún el equilibrio en su balanceo imposible.

Su gato, Zarpas, atravesó la habitación arqueándose y bostezando. Como todas las mañanas, se desperezaba camino de las cocinas, donde le esperaba un tazón de leche, los restos de la cena y acaso un trozo de pastel olvidado entre las basuras.

—Cuando, muchos años después, volví a mi aldea, a la Región del Norte, ya como un alto oficial de los Heteri, pero antes de que el cuchillo de aquel sucio Puro destruyera mi identidad, me extrañó que aquellas olas hubieran un día rasgado mi alma, pues eran solo un montón de agua estrellándose furibunda, estéril, ensuciando mi traje de gala. ¿Habían cambiado ellas o yo? Un lienzo de sangre entelaba mi vista. Aún no estaba desfigurado, como ya os he dicho, pero ya estaba ciego. Hoy, si tuviera fuerzas para regresar, estoy seguro que volvería a emocionarme, porque el hombre con traje de gala se marchó y siento a menudo que el niño que se escapaba al espigón ha vuelto, no sé cómo, y anhela aquellas olas del Gran Verde, del océano que todo lo abarca.

Un rumor, los caballos se removían en su cuadra. Zarpas asomó la cabeza, le miró con sus ojos brillantes y retomó su camino hacia las cocinas.

—Mi noble Dama, vos me habéis traído a este lugar las olas que yo anhelaba. Nunca podré agradeceréoslo bastante.

Luego se quedó dormido, y soñó con una pequeña barca que a veces le prestaba un vecino cuando ambos eran jóvenes. Con ella navegaba horas y horas siguiendo la línea de la costa. El Gran Verde cobraba en su sueño la forma precisa, la efigie de Ahogado, fundido con el Árbol Celestial, convertido en Jentimentiu, el Señor de los Occidentales; y Osiris en su sueño le llamaba con dulces palabras:

—Ven, hijo mío, nos esperan donde rompen las olas.

Se despertó. Remolino se ponía un vaporoso vestido. Secamente, tal vez un poco asqueada por haber compartido con él su lecho y unas pocas caricias, le recordó los términos de su acuerdo. En otras circunstancias, le hubiese preguntado el porqué de una petición tan extraña, tan inusitada y perentoria que debía esconder algún acto contrario a la ley; eso por lo menos. Pero ella le había traído el aroma salobre de la mar y el estallar de las olas, le había llevado hasta el Ahogado, que ahora le esperaba



Crónicas de la Tierra Mestiza.

en la otra orilla para reunir sus cuatro partes, hoy dispersas aún dentro de sí mismo. Las motivaciones de la dama no tenían ya interés para él.

—Sí, mi señora, cursaré la petición para que amplíen estas caballerizas. No creo que haya ningún problema para que me sea aceptada, como ya os dije. Con la suficiente antelación os avisaré para que podáis cuidaros de vuestro asunto. Sí; el tema llevará poco tiempo. Seguro. Yo mismo estoy interesado en que se aceleren los trámites. Al cabo, regresaré a mi tierra. Ya he servido demasiado tiempo en este lugar. Me he ganado un descanso.

3

La temperatura había sido más alta que otras noches. Estaba empapada en sudor. La Reina Pleamar se dio la vuelta en el lecho y abrió un ojo con tremendo esfuerzo.

—Oh, dioses...

Se había despertado a las siete de la mañana, según su costumbre. Afuera, más allá de la puerta de su cámara, escuchó al Estilista y al Manicuro discutir con voz entrecortada defendiendo las excelencias de su oficio, denostando los banales propósitos del ajeno. Alguien les conminó al silencio, probablemente Parábola, que, desde la muerte de Solsticio, la Reina-madre, había entrado a su servicio. Entonces dio una palmada y entró su Mayordomo, el joven Neheb, al que apenas un par de semanas atrás había relevado de sus funciones en el ejército para encargarle de su cuidado personal, abrumada por un sinfín de cartas de recomendación venidas de una punta a la otra de sus dominios. Intercambiaron un par de frases y Neheb marchó con instrucciones de traer a toda prisa al Príncipe Bakenkhonsu.

Luego que el Manicuro y el Estilista acabaron su trabajo, aparecieron sus asistentes para vestirla. Bajo las órdenes de Parábola le colocaron un faldón plisado, el delantal, peluca, adornos, sandalias y vestido corto.

Cuando se sintió preparada hizo llamar al Escriba de Palacio, que leyó de un RLV las cartas de sus espías del Desierto Occidental, las quejas de algunos terratenientes descontentos con el precio de la Arura fijado para ese año y el informe de la victoriosa campaña que el Rey Ajep llevaba a cabo en las tierras del sur, en el Uauat y en el Kush, donde los Loo Verdaderos, cada vez en menor número, se retiraban en desbandada.

Pleamar, bastante disgustada con las buenas nuevas, despidió al Escriba de Palacio de mala gana.

—Ahora llamarán a ese marido mío Ajep el Victorioso, o alguna cosa peor —se lamentó.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Por fin llegó el turno de darse un baño. Al poco de empezado llegó noticia de su Mayordomo Neheb: el recién nombrado Segundo profeta de Amón, Príncipe Bakenkhonsu, presentaba humildemente sus respetos. Dio orden que la esperasen los dos hasta después del Sacrificio y trató de relajarse mientras las aguadoras derramaban una jarra tras otra en su piscina.

El Sacrificio tuvo lugar antes del mediodía y fue particularmente sangriento. Los Recitadores dijeron que los presagios eran, como siempre, inmejorables, y viendo sus vientres gordos, de carnes ahítas y labios remojados en buen vino con especias, pensó que acaso estuvieran por una vez en lo cierto.

El joven Neheb y el Príncipe Bakenkhonsu aguardaban de pie, junto a otros dignatarios, y no movieron un músculo hasta que ella les invitó a acercarse con un levisimo asentimiento de su cabeza. Terminaba por entonces la Plegaria Matinal del Sumo Sacerdote de Amón, que peroraba emocionado acerca de la sagrada concepción de los ocho Primordiales y algo sobre el sol que, en su cenit, mostraba no sé qué atributos especialmente divinos y trascendentes, propiciando la metamorfosis del Oculto en Amón-Re, dualidad inquebrantable, amalgama de las dos fuerzas generatrices del universo.

—Así que ahora, Amón y Re son una misma entidad, querido tío —dijo la Reina Pleamar al oído del viejo Bakenkhonsu.

—Siempre lo fueron, Majestad, nosotros solo hemos vuelto Verbo la esencia dual de dios —dijo el Príncipe, con un tono de voz irónico.

—¿Cuál dios, Amón o Re?

—Ambos y ninguno, pues todos los dioses son en esencia manifestaciones de un único ente supremo, el que está oculto, llámese Amón, Amón-Re o de cualquier otra manera.

—Y anteriormente, cuando estaban por separado, ¿también era dual su esencia?

—A partir de hoy no aceptaremos que estuvieran en ningún momento separados, diferenciados. Siempre juntos vagaron aunque como manifestación del ente supremo, de la unidad, si bien hasta ahora no estuvimos preparados para admirar la dualidad de esta manifestación de lo que, por definición, es solo uno.

—Eso que decís no tiene el menor sentido —dijo Pleamar, mirándolo fijamente a los ojos.

—No necesitamos que lo tenga —apostilló el Príncipe—. En cuestiones de religión, nadie ha notado jamás la diferencia.

Marcharon luego los tres al Pequeño Dominio de la SoGen, donde los acólitos de Constelación se afanaban con sus estudios y sus descubrimientos científicos. Era una réplica del Gran Dominio, el de las Esposa del Dios, pero en el Doble Palacio, y



Crónicas de la Tierra Mestiza.

en él acababan de construir una Sala de Observación que llamaban el Mirador de las Estrellas.

El mirador era un enorme artefacto cúbico de casi un centenar de metros de altura. Tenía un aspecto impresionante, casi aterrador; hacía que el espectador se interrogase acerca de su propia insignificancia. Por encima de ellos se elevaba una cúpula transparente, de reflejos iridiscentes, inclinada diez grados a lo largo de sus casi dos Iterus de diámetro. Se trataba, en suma, del telescopio más grande que nadie hubiera construido en la Tierra Mestiza.

—¡Dios Santo! —exclamaron Bakenkhonsu y Pleamar a un tiempo.

Precesin apareció poco después y saludó al Soberano en una reverencia. Pleamar correspondió a su súbdito y acto seguido se inició una abstrusa conversación sobre el proyecto Mirador.

—Hablamos de un telescopio de espejos múltiples, cada uno gobernado por un krank —aclaró Precesin, luego de un largo rodeo de crípticas fórmulas—. Será mil veces más preciso de lo que habíamos previsto en un principio. Toda una obra maestra de la ingeniería.

—¿Buscáis algo en especial allá arriba? —preguntó entonces Neheb con gesto ladino.

—Bucearemos en los universos-islas que perlan el firmamento —observó Precesin, moviendo uno de sus ojos y orientando todas sus lentes hacia su antiguo discípulo—. Buscaremos todo y nada. El fruto primero, como siempre, es el conocimiento. Las aplicaciones prácticas surgirán con el tiempo. No tenemos prisa.

Se despidieron poco después con la sensación de que el Rector de la SoGen les ocultaba algo. Pero, después de todo, ¿acaso no estaban siempre ocultando algo? No debería extrañarles ya a aquellas alturas.

—¿Las obras de la Sala de Audiencias han concluido? —preguntó de pronto Pleamar.

—A tu entera satisfacción, Soberano —dijo Neheb, sonriendo entre dientes—. Allí te esperan todos los nobles y altos dignatarios el país.

Así era. En la nueva Sala de Audiencias se había reunido el Consejo. Se trataba de una estancia enorme, sostenida por dieciocho columnas de oro macizo y dominada por una estatua colosal de la misma Pleamar, sedente, mirando circunspecta a una audiencia imaginaria. Aquella extravagancia había sido ordenada, a instancia del Mayordomo Real, al objeto de impresionar a los embajadores Puros y de los Loo del sur. Pero no solo ellos habían quedado impresionados. Los dos visires, los Amigos y los notables del Doble País se inclinaron ante su Reina, que tomó asiento en su trono, con aire distante, imitando acaso a su gigantesco doble de granito. La sala hervía de miembros de la SoGen y dignatarios de diversos niveles. Bakenkhonsu se



Crónicas de la Tierra Mestiza.

colocó un paso tras Precesin, que acababa de llegar tras revisar su Mirador de las Estrellas. Neheb, al fondo, se quedó observando la escena disimuladamente, como si todo aquello no fuera con él.

El Jefe de los Constructores recibió el encargo de restaurar varios monumentos y construir nuevos santuarios de Amón-Re, Ptah y Sobek en diferentes lugares del País.

El Intendente de la Doble Casa de Oro y Plata pidió que se nombraran nuevos funcionarios para acabar con prontitud el recuento de la cosecha.

El Visir del Sur alabó el valor y la gallardía del Rey Ajep y pidió condecoraciones para tres de sus generales más destacados en la campaña del sur.

El Visir del Norte, que había llegado más tarde aún que la Reina, y al que se le notaba manifiestamente enfermo y cansado, farfulló algo ininteligible y se detuvo; luego, con gran esfuerzo, consiguió explicar que aquel día, decimocuarto aniversario de la muerte de la Reina-madre Solsticio, era el mejor momento de reconocer su aportación y la de su linaje a la grandeza de la Tierra Mestiza. Pleamar pensó que tal vez abrumaba a algunos de sus cortesanos con demasiadas responsabilidades sin atender a que los años pasan incluso para los hombres de calidad y virtud.

La SoGen vio disminuida a la mitad su asignación de los fondos reales, lo cual provocó un murmullo, mitad sorpresa, mitad desaprobación, entre los notables. Pleamar ordenó secamente a todos que se callaran. Solo Neheb sonreía.

Por fin se decidió que un decreto real otorgaría a la Señora del Cielo, la gran Constelación, abuela de Solsticio y bisabuela de Pleamar, la condición de Alma Protectora del Lugar de la Verdad, la aldea de los obreros de Ity-tawy Oeste; propuesta que fue aceptada por aclamación. Por fin, la vieja bruja se convertía en deidad. Bakenkhonsu no pudo evitar que una enorme y carnosa sonrisa de satisfacción le iluminase el rostro.

Quedó aplazado para el mes siguiente el recibimiento de los embajadores Loo, que volvían a pedir, mejor rogar, la paz.

En medio de arduas discusiones acerca de los más mínimos detalles de todas estas empresas acabó al fin la reunión del Consejo. La SoGen no emitió queja alguna y, tan pronto como la etiqueta se lo permitió, abandonó en pleno, con Precesin a la cabeza, la Sala de Audiencias. Eran las seis de la tarde, y siempre acompañada por su querido tío y su joven Mayordomo, entre cuchicheos y reverencias, regresó la Reina a sus estancias, donde Parábola les buscó acomodo y sirvió unas infusiones en la terraza. El Príncipe estiró las piernas y desvió la mirada hacia los jardines, que se extendían lánguidos bajo sus ojos.

—Es sorprendente la forma en que la SoGen ha perdido vuestro favor.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—No ha perdido mi favor —negó su sobrina—. Solo es un reajuste presupuestario. Una nadería que no debería preocuparos. Además, no es esa la razón sobre la que quiero pedir os consejo.

—Como gustéis. —Bakenkhonsu inclinó la cabeza y esperó paciente hasta que Pleamar tomó de nuevo la palabra:

—Ajep regresará antes de un mes al Palacio Ity-tawy.

—Sí. Eso dicen, y también que ha aplastado a esos rebeldes Loo con mano de hierro a pesar del reducido y mal pertrechado ejército que le enviasteis, Majestad.

—Eso dicen.

—Con vuestras prisas, disteis la vuelta a una situación que os era favorable. Esos cortesanos que os apoyan os darán la espalda rápidamente deslumbrados por el resplandor de una hoja bañada en sangre. Nunca escucháis mis consejos. Y así os va, mi Reina.

Se hizo el silencio. Pleamar dio un sorbo a su taza y luego la apartó a un lado de la mesa.

—Fue un error, lo reconozco. Pensé que era el momento de acelerar las cosas.

—La gente de vuestra altura no se equivoca jamás. Vuestra información era sesgada, incompleta. Culpad de negligencia a cualquier subordinado.

—Eso no me preocupa. La reacción del Visir y del Consejo, sí. La de Ajep, también. Se ha convertido en un peligro para todos nosotros.

—¿Cómo, un Rey fuerte, un peligro? ¿Para quién?

—Bakenkhonsu, ¡maldita sea!, no me saques de mis casillas; ¿de qué lado estás?

—Del lado de la Regla y la Armonía, ¿y vos?

—Eso no es una respuesta.

—En realidad, era una pregunta: ¿de qué lado estáis vos?

—Del lado de la justicia. —La confianza de la Reina se quebraba por momentos, y se removía en su asiento, titubeante—. Uadjamosis era uno de vuestros mejores amigos, y vuestro primo. No pretenderéis hacerme creer que olvidasteis que Marea le mató para que su hijo pudiera hacer esa campaña del sur y gobernar el Doble País como único heredero.

Bakenkhonsu se encogió de hombros.

—Han pasado tantos años..., catorce, ¿no es verdad? Murió el mismo año que la vieja Constelación. Una eternidad. Casi ni me acuerdo.

—Pero...



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Uadjamosis murió. Ajep es el Rey —Bakenkhonsu elevó el tono de su voz y Pleamar pareció encogerse en su banqueta—. No debes precipitar las cosas y mostrarte imprudente de nuevo. Desafiar al Rey en la cumbre de su popularidad no es decisión inteligente. Déjame actuar en la sombra y ya veremos lo que se puede conseguir. Entretanto, Ajep seguirá siendo Rey y nadie lo discutirá..., de momento.

Una voz resonó a su espalda.

—Os equivocáis, noble Señor, el verdadero Rey no es sino Maatkare Pleamar, el que está unido a Amón.

No la que está unida a Amón, sino el que está unido a Amón, pensó Bakenkhonsu, y se volvió para observar al Mayordomo, el apuesto Neheb, la serpiente Neheb, que de pie tras ellos había asistido en silencio, sin hacerse notar, al igual que a la reunión del Consejo, a toda su conversación.

—¿Maatkare Pleamar? —inquirió Bakenkhonsu.

—Así es. Ese será muy pronto su verdadero nombre —asintió Neheb.

Maatkare Pleamar, pensó Bakenkhonsu. Todos en la Tierra Mestiza tenían un nombre egipcio y otro Loo. Así había sido desde el principio. Y también desde el principio, los hombres, cuya apariencia era más humana, habían tomado el nombre egipcio; mientras las hembras, sonrosadas y rollizas como los Loo Verdaderos, tomaban el Loo. Cuando la naturaleza o los genes cambiaban el signo de la evolución —y cada vez pasaba más a menudo—, y un macho nacía con apariencia Loo, los padres le dejaban elegir; igualmente a la inversa. Pero nadie, nunca, había usado ambos nombres a la vez. Eso despertaría muchas controversias. Pleamar lo tendría difícil para ser Rey si desde el principio desafiaba la tradición.

—¿Y vos, Mayordomo Real, cuál es vuestra ganancia en todo este asunto que, a mi modo de ver, nada os concierne? —demandó Bakenkhonsu, tratando de que la serpiente mostrase sus cartas.

Las palabras de la Reina restallaron entonces como un látigo.

—Neheb es mi Mayordomo y goza de mi mayor confianza. Se preocupa por mí y por mis intereses. ¿Queréis acaso insinuar alguna otra cosa?

El Segundo profeta de Amón-Re desvió una vez más su mirada hacia los jardines, y advirtió que se erguían delicados y exuberantes, mucho más hermosos que en su recuerdo.

—Solo pensaba que en un palacio donde el Rey no es Rey, un Mayordomo bien podría no ser Mayordomo.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

4

Su corazón estaba satisfecho, radiante, lleno de felicidad. Su latido se había acelerado y, errático, ya no enviaba sus fluidos, ya no controlaba el ser, obedecía a un poder mayor: el hermano del alma estaba cerca.

Neny atravesó corriendo la estancia y se echó en brazos del amado, el Segundo Servidor de los Jardines del Rey, Kamutef, sobrino e hijo adoptivo y heredero del Maestro Jeda, una persona respetada y con poder en el seno del Palacio de Ity-tawy. Neny estaba contenta del hombre que había atrapado. Colmaba de sobras sus más desmesuradas fantasías de adolescente.

—¡Oh, mi amado! He venido a ti con mi cuerpo resbalando afeites, mis cabellos perfumados y mis brazos cargados de ramas de Persea. ¿Hay a tus ojos mujer más apetecible, que despierte en ti mayores y salvajes instintos?

—Por los truenos de Seth que no, mi ranita, pues, ¿no sois la mismísima Hathor, dama de la belleza, de la alegría y de todas las cosas buenas de este mundo? Decidme que sí, que no estoy soñando.

—Para vos, en esta hora, soy Hathor, soy Neftis, soy Beset y hasta el Horus Viviente, ¿no veis que habéis caído en mi trampa de amor?

—¡Oh, dioses! Vi vuestra boca abrirse como capullo en flor, las nalgas prominentes, los pechos firmes como tomate en rama, y las piernas largas como una travesía a la luna Tonutir... pero no vi la trampa. Qué suerte tengo de ser tan estúpido y desprevenido.

Neny se echó a reír.

—Callad de una vez, pues sois tan meloso que temo caer en el lecho con esas piernas que piropeáis abiertas para vos.

Kamutef rio con ella, excitado por sus propias palabras, que manaban como río embravecido por los vientos.

—A eso vine, mi gacela. No huyáis, pues las Háthores ya dictaron nuestro destino.

El vestido de la muchacha resbaló hasta el suelo, llenando el momento con el sonido de su caricia sobre la piel.

—No huiré. Aquí me tenéis.

El Puro Kemit subió el volumen del dispositivo de escucha pero solo le llegaron unos gemidos sordos; al cabo, aplicó el oído a la pared y no encontró más aliado que el silencio. Qué estúpidos aquellos dos. Citarse para no ser descubiertos en la Casa de Placer más famosa de todo Ity-tawy. Los jóvenes son en exceso insensatos. Pero bueno, al fin y al cabo, solo conseguían hacer su trabajo un poco más fácil.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Déjame que te lo haga bien, así, así... Era la voz de la chica manando de su RLV. Ciertamente, el Srore, el último descubrimiento de los científicos Loo, era de lo más útil para su trabajo de espía. Las ondas Srore viajaban en el aire o en el vacío y, si se colocaba en una habitación un emisor, podían recogerse incluso a largas distancias las conversaciones que se produjeran en el entorno, solo dependía de la longitud de onda. Incluso había oído hablar de utilizarlas como sistema de comunicación valiéndose de implantes luego de que el programa espacial permitiera poner satélites en órbita a la Tierra Mestiza. Pero de momento, todo aquello solo eran especulaciones de los Loo, aunque él sabía bien que aquellos malditos eran capaces de lo que fuera para trastocar el orden natural de las cosas.

Más, dámelo todo..., gimió de pronto el RLV.

¡Qué muchacha más atrevida! El Kemit había desde el principio desarrollado hacia ella un sentimiento de... simpatía, por así decirlo. Tal vez cuando la dama Remolino hubiese acabado con aquella mal encaminada relación él tuviese tiempo de rescatar a Neny de su desdicha.

Te amo, mi Ranita, decía ahora él.

¡Bah! Qué aburrido era todo aquello. Debería retirarse ya a dar su informe, pero no, aguantaría hasta al final. Temía demasiado la ira de su dama. Seguramente ella estaría interesada por el más mínimo detalle.

¿Ya? No me has hecho llegar, bribón. ¡Sigue, sigue!

Silencio. Rumor de disculpas.

¡Pues empieza otra vez!

El Kemit se cubrió la boca con las manos para contener una carcajada. Aquel jardinero mojigato no se merecía una compañía tan exquisita como la que le había tocado en suerte. Los dioses no encontrarían Armonía en una unión semejante. Dama Remolino estaba en lo cierto.

¡Así, así!

Y la Armonía era una cosa que debía preservarse en todo momento y a toda costa.

—¡Shahdidi bendita! —gimió de pronto el Kemit, y abandonó su escondite con un gesto de feo disgusto en la cara. ¡Por Amón y por Shahdidi, estaba hablando como un maldito mestizo!

Y él no era un hijo del Gran Río, un sangre aguada como Kamutef, sino una bestia del desierto occidental. Los verdaderos egipcios, los Kemit, ya no creían en la Armonía, en la Regla ni en ninguna de las viejas creencias del pasado. Habían evolucionado y ahora solo creían en ellos mismos. Eso, al menos, es lo que le repetía una voz en su interior, pero si seguía hablando de todas aquellas cosas que los salvajes Kemit habían dejado atrás, terminaría olvidando todo lo que él era en realidad.

Y no estaba dispuesto a hacerlo. Costase lo que costase.



5

La vela que tenía encendida apenas bastaba para distinguir el contorno de su rostro. El resto se hundía en la oscuridad, entre cuyas sombras a veces parecía emerger un brazo, una mano, un dedo inquisidor que les señalaba sin piedad al menor comentario.

—Lo que me pedís es algo muy irregular, por no decir... otra cosa aún peor.

El Director de los Trabajos del Rey tomó un papiro de un cofre junto a su mesa y lo esgrimió con expresión de triunfo. Remolino aguantó su mirada. El Puro Kemit, de pie tras su señora, bajó los ojos en actitud falsamente sumisa.

—Aquí lo dice bien claro.

—Se ha hecho una petición en toda regla por parte del Supervisor de los Heteri y... —comenzó Remolino, pero se quedó sin palabras.

El Director de los Trabajos del Rey esgrimió de nuevo el documento.

—Y yo voy a denegarla. La planta superior de las caballerizas fue tapiada como parte del castigo eterno a un abyecto criminal, Siptah, el Devorador de Ity-tawy, hace más de sesenta años, por mandato de la Reina-regente, madre de Tutmose y Señora del Cielo, la Gran Constelación. Y leo: «... para salvaguardar a nuestro mundo de las fuerzas de la oscuridad y el desorden que en ella se cobijan y que podrían quebrar el equilibrio del universo». Es una exhortación al futuro. El interior fue provisto de sortilegios, maldiciones para sus profanadores y de una falsa puerta por si su inquilino decide regresar al mundo de los vivos no pueda abandonar esa prisión. Amén, por supuesto, de un campo de fuerza autónomo cuyo código de desactivación requeriría más papeleo y una larga búsqueda en los archivos.

—Pero...

—Y aún no me habéis explicado satisfactoriamente vuestro interés en este asunto —concluyó el funcionario, con una mueca de disgusto.

Remolino esperó a que su interlocutor, en tanto inventaba una respuesta, la hubiera examinado con cuidado de pies a cabeza. Se tomó cinco pastillas engordantes y se pasó la lengua por unos labios húmedos y carnosos. Luego sonrió maliciosa.

—No me andaré con rodeos. Yo esperaba que ese viejo papiro se traspapelase, que desapareciese. Nadie está vivo que recuerde esos hechos. A nadie le extrañará una simple y rutinaria ampliación de las caballerizas. Al fin y al cabo, los animales necesitan espacio, y más después de que les haya implantado quirúrgicamente ese nuevo blindaje anti-láser del que todos hablan.

—Pero, ¿qué sacáis vos con todo esto?



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Eso no importa, mi señor; importa que pensáis sacar vos de ello.

Remolino se liberó de su falda de lino y de la camisa e hizo una seña al Kemit para que le esperase afuera. Pero el Director de los Trabajos del Rey carraspeó y, recogiendo las vestiduras del suelo, las devolvió a la dama.

—No es ese el camino.

—¿Dinero, entonces?

—Tengo más del que podré gastar en esta vida.

Tal vez fuera insobornable. Remolino se quedó parada, esperando. A punto estuvo de darse por vencida. Entonces reparó en los ojos del hombre, fijos en un punto, relamiéndose. Entendió.

—Oh, tal vez sea yo la que deba abandonar vuestras estancias, señor Director. Regresaré en una hora.

—Que sean dos.

La puerta se cerró de pronto, dejando al sorprendido Kemit en el interior, sin saber de qué iba todo aquel asunto. Entonces se volvió y pudo ver también la mirada del funcionario.

—Mi rudo y sudoroso bruto del Desierto Occidental, dime, ¿qué cosas le harás a tu papi?

El Kemit removió la cabeza, dudó un instante pensando en la gran recompensa que pediría a su ama. Comenzó a desvestirse.

Aquellos malditos puercos mestizos, pensó, y se quedó en cueros delante del Director de los Trabajos del Rey.

6

El gato no había dejado de maullar desde la puesta de sol. Tal vez estuviera en celo, tal vez hubiera olido el rastro de un rival en su territorio, tal vez deseara su propia muerte. Kamutef se prometió a sí mismo que por la mañana arreglaría cuentas gustoso con aquel animal endemoniado. Por un momento, consiguió olvidarse del monstruo y cayó en un sopor profundo y hermoso, repleto de imágenes refulgentes de entre las que emergía su madre, Luminosa-nova, con un ramo de azucenas...

Un maullido estridente, interminable, le sacó de su fantasía.

—¡Por las mil bestias del Desierto Oriental!

No consiguió dormir más de un hora seguida en toda la noche.

Por la mañana, se despertó muy pronto, casi de madrugada. Las oraciones, las



Crónicas de la Tierra Mestiza.

abluciones matinales, el aseo y el vestido, todo formaba parte de un ritual cotidiano por el que Kamutef transitó dominado aún por el sueño. Hasta la segunda hora despierto su sobrino no regresaba al lugar de los vivos, eso decía siempre el viejo Jeda, Maestro de los Jardines del Dios Bueno Ajep.

Esa mañana repasarían los arbustos de todo el recinto. Eso eran muchos esquejes y muchas horas, pero Kamutef estaba acostumbrado a trabajar duro. No se asustaba fácilmente. Solo tenía miedo a encontrarse con Remolino, que cada estación se hacía más mayor, y más obcecada, rebelde, como una burra que una vez habían comprado y que al final tuvieron que sacrificar.

Cerca del Paseo de las Parras accedieron a los primeros ejemplares. *Verdes, púrpura o rojizos, gris azulado, dorados y también matizados en blanco*, diría Jeda. Luego hablaría de combinar bien toda esta riqueza cromática y sus períodos de floración, de la persistencia de las hojas de una especie a otra, del agua abundante, del abono mineral (*dos veces al año; no lo olvides*) y de airear la tierra o eliminar las malas hierbas. Pero Jeda guardó silencio y trabajaron hasta el mediodía con el zumbido de las moscas como único interlocutor. Kamutef pensó que acaso su tío estuviera preocupado por asuntos que él desconocía, pero prefirió no entrometerse. A la hora del descanso pasaron por las borduras que llevaban a la entrada de palacio. Junto al camino, un bello rosal dominaba un recodo. El viejo jardinero se detuvo a admirar el ejemplar, puso un dedo en el tallo, acarició las hojas y los pétalos azules... y las espinas se negaron a lastimar la mano amiga.

—¿Por qué piensas que elegí un rosal para esta encrucijada?

Kamutef rio. Era una pregunta fácil.

—Es una zona de paso. Has colocado en ella una composición aislada que destaque por su belleza; esta es particularmente valiosa por estar florecida casi todo el año.

—Ya ves, sobrino, tengo poco que enseñarte.

—¿Por eso no dijiste nada en toda la mañana?

—Tal vez.

Reanudaron la marcha. En los barracones esperaba el resto de la cuadrilla. Eran veinte personas o más, aparte de una docena de robots plantadores, un número elevado que solo la extensión de los jardines hacía posible. Se sentaron. Todos esperaban. Nadie empezaría su plato hasta que el Maestro de los jardines no lo hiciera. Jamás un Maestro había trabajado codo con codo con sus subalternos y compartido su comida. Con tan simple gesto Jeda se había ganado la fidelidad de todos aquellos hombres y les había transmitido su amor por las cosas sencillas. El Maestro mordió una hogaza de pan y todos comenzaron su plato.

—Tío.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—¿Sí, Kamutef?

—Prefiero que pase el día oyendo tu voz para explicarme lo que ya sé, al silencio. Me he acostumbrado a oírla.

Jeda masticaba lentamente su pan, cocido a la brasa, como a él le gustaba. Se llevó una mano a las sienes y resiguió el contorno de sus cabellos. Con la otra, cogió un poco de lechuga de una fuente y se la llevó a la boca.

—Debes ir haciéndote a la idea. Tal vez pronto llegue el día que de mí solo te reste el silencio.

El Segundo Servidor de los Jardines no se atrevió a preguntar la razón: intuyó algo terrible, ominoso, y se sirvió lechuga y apio de la misma fuente. Nadie habló ni una palabra más durante el resto de la comida.

7

Un fuerte dolor en el pecho, una violenta punzada, una advertencia en forma de espasmo, tan pronto traspasaron el umbral de la casa y salieron a la calle. Aquello era, sin lugar a dudas, una señal de mal agüero. A él, que había permanecido media vida en el Desierto Occidental, no era fácil que se le escapasen cosas así. Podía oler el peligro. Así se lo hizo saber a su señora.

—Solo son nervios. Te creía más valiente, Kemit.

Bajó la cabeza y murmuró una disculpa. No iba a permitir que una mujer pusiera en duda su hombría, pero, ¡que demonios! Estaba seguro. Era una mala señal.

De camino a las caballerizas vieron a Zarpas, el gato del Supervisor de los Heteri, subido a una de las Torres de Vigilancia, en la Muralla Sur, gimiendo desconsolado, con el pelo erizado y revuelto por la cercanía del campo de fuerza, cuyos efectos parecían atraerle como las hormigas a la miel. Remolino señaló al animal y el Kemit no pudo esconder una mueca de disgusto: una segunda señal de mal agüero. Tal vez debieran olvidarse de aquel asunto y volver a casa. Así se lo hizo saber a su señora.

—Tonterías —rezongó la noble dama.

Estúpidos mestizos.

En las caballerizas les esperaba una nueva señal, esta aún más evidente y difícil de soslayar. El Supervisor de los Heteri yacía en un charco de sangre, partido en dos por la rueda de un carro, con el rostro distorsionado en una mueca de éxtasis y alegría sin fin.

Remolino recordó la nota que había recibido de madrugada:

Las obras han comenzado. Los albañiles alcanzaron a media tarde el lugar que os



Crónicas de la Tierra Mestiza.

interesa y les he dado un par de días libres. Apresuraos, pues yo mismo me marchó. Vuelvo a mi tierra, junto al mar, donde rompen las olas.

—Estúpidos y enloquecidos mestizos —balbució el Kemit.

Pero nada podía arredrar a su ama, que ascendió resueltamente al piso superior limpiándose la sangre del Supervisor de los Heteri, adherida a sus sandalias, en los escalones.

—Vamos, Kemit.

Encontraron las habitaciones sin mucha dificultad: los ladrillos en el suelo, el polvo, las ratas, las telarañas y una pared derrumbada le salieron al paso. Del interior, envuelto en la oscuridad más absoluta, emanaba una pestilencia rancia indescriptible. Incluso Remolino se detuvo esta vez.

—Búscame una lámpara.

El Kemit tuvo que descender, rodear el charco de sangre y el cadáver del Supervisor, coger un candil solar de su mesa e iniciar un nuevo y penoso ascenso. Su ama le esperaba nerviosa.

—No tenemos todo el día, Kemit.

Y, por fin, se hizo la luz. Caminaron hasta la entrada, cuando una barrera de energía les echó hacia atrás.

—Hola, Siptah —dijo Remolino a la figura que se adivinaba a través de un resquicio de la puerta.

El espectro estaba en el medio de la estancia con los brazos abiertos en señal de bienvenida. Vestía de blanco inmaculado y tenía el signo Maat de la Armonía pintado en la frente.

—Nieta querida, siéntate. ¿Has venido a liberarme? Muy bien, muy bien. Lamento no tener nada que ofrecerte, ni tan siquiera un vaso de agua. Son los inconvenientes de la condenación eterna. ¿No tendrás tú unos dátiles por ahí? ¿No? Bueno, solo era una pregunta estúpida.

Mientras su ama sonreía interminablemente, el Kemit sintió que no podía dejar de temblar. Esos puercos mestizos y su fea costumbre de manejar a los hombres aun después de muertos. Malditos estúpidos.

—¿Quién es ese? ¡Un Puro! —rezongó el mago—. El mundo cambia. Nuestros enemigos son nuestros amigos; nuestros amigos, nuestros enemigos. Todo está del revés. Dijiste que no traes dátiles, ¿verdad? ¿Y los Nlòplales del estanque? ¿Han vuelto a infestarlo todo con pestilencia?

Remolino, haciendo caso omiso a sus desvaríos, extrajo de un bolsillo un man-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

do cuadrangular y pulsó un botón. El campo energético que protegía las estancias del mago se disipó ante sus ojos. Remolino avanzó entonces un poco más y se arrojó ante el espectro, entonando Palabras de Gran Poder. Luego calló y miró a Siptah. Este removía la cabeza.

—No está mal, pero no está bien. Así tardarás una eternidad en liberarme de las ataduras mágicas que me amarran a este lugar. Necesitarás la ayuda de tu abuelo para convertirte en una buena hechicera.

—No deseo convertirme en hechicera, abuelo, solo quiero que me entregues un sortilegio para que un monstruo de los abismos golpee a mi enemiga.

El rostro del mago se contrajo. Dio un paso atrás.

—¡No puede utilizarse la magia para obrar el mal!

—¿No me digas? Creo recordar que tú acabaste con la vida de ocho hombres al menos en el pasado.

—No era esa mi voluntad —dijo Siptah en tono afligido.

Remolino se revolvió, furiosa.

—¿Quieres quedarte aquí hasta el fin de los tiempos? ¿Te basta esta celda sucia, cubierta de polvo y telarañas o quieres volver a vagar por el mundo de los vivos?

—Yo..., no sé —reconoció el mago, encogiéndose de hombros.

—Eres un alma en pena, tu castigo es eterno, ¿qué más puedes perder? Yo tal vez pueda conseguirte una tumba digna en un lugar aislado, quizá en la misma Abedju. Tengo muchos amigos, y nadie se acuerda ya de lo que hiciste.

Siptah se quedó pensativo; vuelto de espaldas, sentado en una fantasmagórica banqueta. Sus manos y sus pies se movían al compás de una música que solo debía sonar en su cabeza. Pasó algún tiempo. De pronto, se echó a reír.

—Olvida lo de la tumba y consígueme una bolsa de dátiles.

8

La aerobarcaza había detenido por fin su ulular monótono e incansable. El Rey se recostó en su lecho un pequeño instante y se dispuso para la ceremonia de bienvenida, allí, en el Pilar del Sur. Extrañamente, antes de llegar a Ity-tawy había recibido aviso de que se le esperaba en la patria de Montu y no en la de Amón-Re, y había tenido que dar media vuelta con todo su séquito. Estaba seguro que ese no sería el último contratiempo de la jornada.

—Vamos allá —dijo, y chasqueó la lengua.

Todo el tiempo que estuvo en las tierras del Uauat tuvo tiempo para pensar, y no



Crónicas de la Tierra Mestiza.

solo en lo que había sucedido, sino cómo había sucedido y en lo que podría suceder si no aceptaba lo que los hados le habían dispuesto y se sometía a la tiranía de su esposa Pleamar. Apesadumbrado, descubrió que las cosas eran como eran, y de ninguna manera serían como él las imaginaba, y que el pasado debía quedar atrás o no habría futuro; y concluyó que lo único importante era formar parte de ese futuro, simple, egoístamente, continuar arrastrándose como un gusano por el fango limoso de la Tierra Mestiza. Y él no tenía nada en contra de los gusanos.

La aerobarcaza aterrizó cerca del embarcadero, en un lugar de atraque improvisado. Luego de las ceremonias de rigor y de dar las gracias a los tripulantes, Ajep descendió de su vehículo en olor de multitudes. Reconoció en las primeras filas a su tío Bakenkhonsu y, no sin cierta sorpresa, al Visir del Sur. El resto no pasaban de Jefes de lo que Está Sellado, nobles de provincias, cortesanos caídos en desgracia y subalternos de subalternos. Le habían preparado el recibimiento que esperaba, acorde con su situación.

—¿Dónde están todos los demás? —preguntó tan pronto pudo acercarse al Visir del Sur.

—Por pura casualidad —le confesó este—, los Recitadores han designado el día de hoy como nefasto, el día de la furia del Rey Hapu, Justificado Sea, que se remueve en su tumba por falta de ofrendas. Toda la corte se ha trasladado a la tumba del viejo Rey para rendirle homenaje.

—Entiendo.

La fachada del templo de Montu se abría al este a través de dos Pilonos majestuosos. Avanzaron hasta el Patio de las Donaciones, vitoreados por escribas, jardineros, pintores, panaderos, encargados de almacenes, cocineros, perfumistas, artesanos..., todo el personal laico del templo le esperaba para rendirle homenaje, ahogados por el sol, hacinados entre columnas porticadas, altares a Isis, Osiris y Montu, y mesas de ofrendas que rodaban con su contenido bajo el peso de la muchedumbre.

Al llegar a la Primera Sala Hipóstila le esperaban los iniciados, el sacerdocio del templo de Montu: puros, estolistas, redactores, lectores, horarios, horóscopos, cantores y funerarios, aparte de las altas jerarquías del dios. Luego que dejaron atrás el bosque de columnas, que imitaba la espesura de la ciénaga primordial, solo quedaban el mismo Ajep, el Primer Servidor de Montu, Bakenkhonsu y el Visir del Sur. Estaban en la Segunda Sala Hipóstila, que señalaba el camino al Santuario.

Pero el camino se había vuelto estrecho; la luz, antes omnipresente y poderosa, apenas era un resplandor a su espalda; el suelo se había elevado y la techumbre parecía descender a cada paso. Era como si la misma tierra quisiera tragarles.

Montu le esperaba. Debía darle las gracias por haberle ayudado en la batalla. Su cabeza de halcón observaba de soslayo a sus invitados mientras que sus fuertes brazos sujetaban el hacha de combate y el arco con el que hacía llover la muerte sobre



Crónicas de la Tierra Mestiza.

sus enemigos.

A su izquierda, un estanque de lotos perfumados; otro de los muchos que los Moribundos dejaron como regalo a los Loo.

Dio otro paso y penetró a solas en el Lugar Prohibido que No Debe Conocerse, la morada del dios de la guerra. Los oficiantes y encargados del culto ya le esperaban. Las ofrendas eran numerosas: mil jarras de cerveza y mil de vino, aves de corral, antílopes, bueyes, verduras, frutas, panes y pasteles.

Los dioses del Doble País tenían razones para seguir cuidando de sus hijos.

La escalinata le condujo a la terraza. El Santuario había quedado atrás, por fin. Supo que solo Bakenkhonsu le seguía. Penetró en una capilla dedicada a la resurrección de Osiris y se sentó en el suelo. Su tío le imitó, unos pasos tras él. Tal y como Ajep esperaba, no tardó en abordarle.

—El templo es un lugar mágico, una imagen que refleja el devenir del universo mismo. El suelo recuerda el color pardo del terruño, las columnas rematadas en capiteles florales nos hablan de la vegetación que se eleva de los campos hacia la eternidad, los techos azules son como el cielo, con todas esas estrellas doradas y la barca de Re que navega por los treinta y seis ámbitos que hay luego del horizonte. Yo lo sé bien, el templo es la manifestación del universo, su imagen, su reflejo, el lugar donde se mantiene la Armonía. Aquí encontraréis los apoyos que necesitáis para mantener el equilibrio en el universo.

El Rey miró dentro de sí y no vio sino oscuridad, traiciones, mentiras, hombres ataviados con atributos divinos... y soledad.

—Sí —concedió, sintiéndose súbitamente cansado—, tal vez tengáis razón y el Templo represente el universo, tal y como los hombres lo perciben. Afuera, los devotos, que nunca superarán el Patio de las Donaciones, no pueden admirar más allá de la fachada, los Pilonés, y los muros que representan la Gloria de los Reyes que iniciaron o concluyeron este lugar, los mitos de creación del mundo y poca cosa más. Mientras, el interior está reservado a gentes como tú y como yo, tan ociosos que tenemos tiempo para sentarnos a maquinar intrigas que nos conduzcan a la consecución de más poder, con el que construiremos nuevos templos, en los que otros podrán sentarse a maquinar ociosos cómo arrebatárnoslo.

—Majestad, no entiendo a dónde queréis ir a parar con...

El Rey envolvió a su enemigo en una penetrante mirada.

—Dime, Segundo Profeta de Amón-Re, Guardián de los Hijos del Rey, Grandes entre los Grandes de nuestro país, noble Príncipe Bakenkhonsu, ¿piensas tú también que soy un incapaz, un imbécil, aparte de un Rey indigno? Dime, ¿piensas como todos?



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Yo, Majestad, jamás...

—No esperaba respuesta, tío, así que será mejor que no ensayes ninguna. ¿Sabes? Yo sé bien cómo eres tú y tú sabes bien cómo soy yo. Crecí con la sombra de tus acciones sobre mis hombros, al fin y al cabo. Pero yo no te trato como si pensase que eres un imbécil o un incapaz. No lo hagas tú conmigo.

—Yo, Majestad, en ningún momento...

—Te diré qué sabes tú de mí y qué sé yo de ti, así tal vez comprendas de qué estoy hablando.

Ajep suspiró. El Segundo Profeta de Amón-Re permaneció en silencio, sin un amago de protesta.

—Yo sé que, por primera vez, comienza a haber algunas voces que defienden la causa del Rey Ajep. ¿No es ese muchacho, después de todo, hijo del buen Hapu? ¿No ha vencido con un reducido número de valientes a los Loo rebeldes de Uauat? La Reina se remueve nerviosa en su trono, piensa que tal vez su posición no sea tan segura y teme se le eche en cara sus amoríos con su Mayordomo (ah, ¿pensabais que no estaba informado?), o cualquier otra excusa para rebajarla al rol de mujer, una posición que le han enseñado a odiar más que a ninguna otra cosa.

El Príncipe Bakenkhonsu jugueteaba, nervioso, con uno de sus brazaletes. El Rey consideró aquella ansiedad, la incertidumbre provocada en su rival como una pequeña victoria, y saboreó el dulce instante en que su tío descubría que, en verdad, no se enfrentaba a un incapaz ni a un imbécil.

—Pero yo sé que tú sabes que Ajep no hará nada contra la pequeña Pleamar, porque a Ajep no le importa nada vuestro mundo y sus querellas, Ajep no nació para sentarse a maquinar traiciones, ni siquiera a maquinar cómo defenderse de las traiciones de los otros. He combatido en el Uauat y en el Kush, en todo el sur, porque no tuve más remedio; me perseguían mayores peligros si permanecía en palacio. Tú sabes, querido tío, que apostar por mí es hacerlo al perdedor, a la tirada que el azar no permitirá ver la luz.

Bakenkhonsu seguía callado, con cuatro de sus brazaletes en la mano, haciéndolos girar entre sus dedos, uno detrás del otro.

—Lo cierto, sin embargo, es que estás aquí, sabiendo que habrá más de un espía de la Reina husmeando cerca, para comunicarle tu adhesión a la causa del soldado Ajep. Tal vez incluso te hayas atrevido a insinuar a mi esposa que dudas de su legitimidad como Soberano. Ella es una mujer, ni siquiera su padre tuvo nunca muy claro que toda esta maniobra sirviera para algo. Ahora bien, ¿por qué actúas de esa forma?

Ya no había donde esconderse. No le quedaban más brazaletes. Su tío hizo un ademán de impotencia y dejó caer unas extremidades desnudas de adornos.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Hablad claro, Majestad.

—Es de dominio público que antes de finalizar el año sustituiréis al actual Sumo Sacerdote de Amón-Re; decrepito, senil e inclinado ya más a la bebida y a la especulación teológica que al noble arte de la intriga, que es lo que se espera de un hombre de su condición. Todos esos estúpidos que apoyan a Pleamar no comprenden algo tan simple como que recibirá mucho más el que duda que el devoto; el que duda debe ser sobornado, el devoto se entrega sin más. Por otro lado, Pleamar no conseguirá Reinar sin el apoyo del clero de Amón-Re, el Oculito, y nada intentará contra él ni contra vos. De esta forma, dudando pública y notoriamente, conseguiréis que se os compre, se os entreguen poderes públicos, acaso laicos, el de Visir del Sur (pues el hombre que ocupa el cargo barrunto no tardará en caer en desgracia) y Superintendente de Todos los Templos del País, por ejemplo, y conseguiréis finalmente que el Oculito no solo sea necesario para aupar a Pleamar al poder, sino para aupar a todos los que le sigan, a través de un proceso oracular o de una teogamia que justifique la llegada al poder del Rey como hijo de Osiris y remedo de Amón o Amón-Re, o hijo de Mut y primo lejano de Khonsu, ya os inventaréis algo, pero, en adelante, nadie sostendrá el Cetro sin vuestra aquiescencia.

El Segundo Profeta de Amón-Re volvió a colocarse sus brazaletes. Su expresión no había cambiado un ápice, pero su rostro había perdido firmeza, nervio, y ahora parecía solo un religioso más, instruido para hurgar en las miserias del hombre, ávido de poder.

—Veo que creéis saber muchas cosas.

—Las sé, tío.

—Llevo mucho tiempo conduciendo el destino de la pequeña Pleamar para dejar que ella tome sola todas las decisiones. Me merezco estar a su lado. Nadie lo merece más que yo. Así que creo que no estáis en posición de juzgarme por desear lo mejor para mi Dios, para mi Reina y para mí mismo.

Ajep habló esta vez con más amargura que determinación:

—No lo hago, solo os pido que abandonéis esta capilla y me dejéis en paz. Hemos permanecido el tiempo suficiente para que los necios sostengan que maquinamos el asalto al trono. Ya no necesitáis seguir importunándome. Además, me molesta vuestro hedor.

Bakenkhonsu se quedó tan sorprendido que tardó en reaccionar. Ajep se asía el mentón, con los pensamientos errando hacia cualquier otro lugar. Por un momento, el Segundo Profeta de Amón-Re habría jurado que era su padre, Hapu, el que le miraba, a punto de dejarse llevar por la furia:

—Vete. Ahora, gordo nauseabundo.

El Príncipe se inclinó y desapareció pensando cuán cerca estaba aquel muchacho



Crónicas de la Tierra Mestiza.

de ser un Rey poderoso. Bastaría con que lo desease. Su sangre le llamaba, pero Ajep solo tenía oídos para la verdad, y la verdad es buena consejera en los libros y mala para la vida. Por eso solo en los libros hallaba el joven Rey la paz anhelada. Aunque no por mucho tiempo. Un día, solo por haberse atrevido a insultarle, aquel *gordo nauseabundo* le conduciría de la mano a la más dolorosa de las muertes.

9

En el Lugar Prohibido que no Debe Conocerse las ceremonias tocaban a su fin. Los oficiantes habían elevado el tono de su voz para que nadie pudiera dejar de escuchar sus plegarias. Tenían prisa por regresar a sus habitaciones y comerse todo lo que habían ofrendado al Divino Montu.

—¿Estáis ahí?

Ajep estaba a solas en la terraza. Había abandonado la capilla de la resurrección de Osiris y caminado hasta el quiosco central y luego a la capilla de Isis. En ese momento, la figura que desde hacía rato permanecía agazapada tras la estatua de la Divina Madre se deslizó de su escondite e hizo una reverencia.

—¿Recibisteis mi carta, Vértice?

—Sí —respondió este.

—Pues ahorradme que suplique por mi vida también en persona. Yo no soy una amenaza para nadie y menos para Pleamar.

Vértice era un solo-Loo, un guerrero Loo hermafrodita, un gigante de enormes músculos carmesíes. Hijo de esclavos, aunque no tendría más de veinte años, hasta el momento ya había destacado en el ejército del Norte por su coraje e inteligencia. Recientemente se le había destinado a palacio, donde pronto demostró también su valía. De mirada torva y gélido semblante, siempre grave y circunspecto, el Rey, pese a creerle su más mortal enemigo, sintió hacia él desde el principio una irrefrenable simpatía, y habría lamentado que fuese aquel espía enigmático el que un día le quitase la vida.

—Ya lo sé —respondió el Loo—. Pero no sé hasta qué punto será posible complaceros. Esta conversación y vuestra carta me causan más vergüenza de la que podáis imaginar. Solo puedo deciros que, en la medida de mis fuerzas, nada os sucederá.

Vértice llevaba meses persiguiéndole por todo el sur, ora convertido en soldado del Rey, ora vestido como un guerrero del Uauat, vagando de un campo a otro de batalla, arrancando información a unos y a otros, sirviendo fielmente a Pleamar. Ajep, antes que temerle, le admiraba.

—No quiero morir, Vértice. He terminado de compilar a los clásicos de las diez



Crónicas de la Tierra Mestiza.

primeras dinastías. ¡Cincuenta rollos de papiro! Nada de esos ingenios de lectura virtual. Encargaré que os manden una copia.

—La esperaré impaciente, mi joven amigo.

Abajo, los sacerdotes terminaron con sus ritos. Dudaron un instante; el Rey no había descendido aún de la terraza y no podían abandonar el recinto en procesión y cerrar los sellos de la cámara del dios. De pronto, se oyeron unas voces quejosas, luego una orden seca del Visir del Sur. Los rezos y rituales recomenzaron. Vértice se acercó a la escalinata y espió las afectadas evoluciones de los servidores del dios de la guerra. El Visir dio un respingo al verle y volvió los ojos hacia otra parte; a su lado, Bakenkhonsu, que hacía años había olvidado lo que era sorprenderse, le ofreció una sonrisa.

—Sabéis, mi Rey, ya no soy el hombre que antes era; durante todo este tiempo que os he acechado en la sombra, he dejado atrás la inconsciencia de la juventud, apenas sin darme cuenta, y con ella ha llegado el peso de las acciones.

El Loo comenzó a descender por la escalinata. Ajep, unos pasos tras él, parecía dudar, y miraba con nostalgia el kiosco que dejaba a su espalda. Tal vez pudiera regresar hasta él y sentarse a la sombra, olvidar el presente y pensar una nueva obra con que llenar las horas muertas. El tiempo se detendría y él podría vivir para siempre libre entre los rollos de papiro.

—Adelántate tú, Vértice, yo...

La sonrisa de su enemigo, su mirada desde aquellos ojos tan separados y autónomos, le devolvió a la realidad de sus obligaciones.

—Tonterías, mi Rey, no más interrupciones —Vértice puso una mano en su hombro—. Vamos, alzá la cabeza, el pecho bien firme, que os vean abandonar el templo como lo que sois, un guerrero valeroso, hijo del mismo Montu, que todos recuerden el día que el buen Rey Ajep visitó la ciudad de Iunu, el Pilar del Sur.

10

El escarabajo arrastró la bola de excrementos un poco más allá, camino de su escondite. Se detuvo, percibiendo alguna clase de peligro, sintiendo que junto al estante había un gigante de carne, pero sintiendo también que, de alguna forma, no lo había. Dubitativo, el insecto reanudó la marcha. De pronto, sintió que una sombra entorpecía su paso; empujó con todas sus fuerzas, pero no pudo liberar a su tesoro, aquella esfera donde se escondían sus crías y el alimento que iban a necesitar. Observó luego que la sombra descendía y se quedó inmóvil, esperando la muerte. Nadie le separaría de sus hijos.

Siptah aplastó al escarabajo con la punta de su sandalia espectral. Lentamente, se



Crónicas de la Tierra Mestiza.

inclinó junto a la plataforma y derramó la redoma. Esperó. Nada. El Nlòplal seguía allí, insultándolo con su presencia. Intentó zambullirse en las aguas, pero no pudo, una fuerza se lo impedía. Aquel era el lugar de su crimen, la causa de su condenación. Por fin liberado, todos los lugares de palacio le estaban permitidos, menos aquel.

Al otro lado, muy lejos aún para distinguirlos, vio a los jóvenes enamorados listos para su viaje en barca. Neny y Kamutef eran sus nombres. Siptah no había querido verles siquiera la cara. Aquello estaba tan mal...

Siptah se llevó un dátil a la boca y consiguió sentirse un poco más tranquilo.

—Bueno, qué le vamos a hacer.

Entonó en voz baja el primer sortilegio de la furia del viento y se alejó hacia el Paseo de las Palmeras.

Aquella mañana, luego que el vocerío de los Príncipes, las nodrizas y la servidumbre se apoderara de los Jardines del Rey, Tebi y Djoser iniciaron su ronda. Hablaban del buen vino y las buenas mujeres y de la mejor manera de romper el sello de ambos sin ensuciarse demasiado las manos. Reían. Eran viejos amigos. Habían servido con el gran Tutmose desde sus primeras campañas y ahora, orgullosos y ajados, se les permitía envejecer bajo la protección del Doble Palacio.

En la memoria quedaban los altos muros de Hetuaret, donde toda una generación de jóvenes mestizos habían dejado la vida; quedaban atrás igualmente la dicha por la victoria y el entusiasmo del efímero instante en el que por fin el Rey pudo ceñirse las coronas blanca y roja del Alto y el Bajo País, unidos otra vez y para siempre. En la memoria a veces las cosas se visten con formas opacas, y no parecen las mismas de tantos ámbitos que no pueden ya recorrerse.

Tebi fue el primero en oír los gritos de socorro. Señaló en la lejanía aquella figura que braceaba impotente ante la furia del oleaje y a punto estuvo de aullar de emoción. Avanzando apresurados con la lanza en ristre sus recuerdos volaban hacia el pasado, y Djoser tenía veintiún años, y Tebi tenía diecinueve y, tras una corta espera, al fin habían conseguido escapar de Hetuaret en un barco Keben. Su destino eran las soleadas tierras de los Keftiu, los habitantes de una pequeña isla donde estaban seguros que aquel pueblo de marineros sabría acoger a unos veteranos del Rey de Kemi, sus dos esclavos, y sus cofres repletos de riquezas. Tal vez no regresarán jamás a la tierra que les había visto nacer.

—¡Cuidado!

El oleaje había estado a punto de hacer volcar la nave. Definitivamente, el océano, el Gran Verde, no era manso como el río que les había visto nacer. Aquellas aguas eran como una víbora furiosa que agitate su cola para arrojarles al abismo de la oscuridad. Se prometieron que si salían de aquello, se repartirían lo que salvaran de su fortuna y



Crónicas de la Tierra Mestiza.

regresarían a la Tierra Mestiza y al servicio de su Rey, que no deberían haber abandonado jamás.

El siguiente golpe partió la nave por la mitad y en unos instantes se vieron ellos dos y Senra flotando a la deriva encima de un gran pedazo de madera. Al único sirviente que se habían llevado en su viaje, un kemit que nunca les había infundido confianza, lo habían atado a uno de los arcones que debía guardar para evitar que escapase o que substraiese algo de valor. Oyeron sus gritos y luego vieron al muchacho hundirse con el baúl, intentando deshacerse de sus ligaduras.

—Ahí va nuestro oro —dijo Djoser, cariacontecido.

Entonces, el último cofre apareció flotando de la nada. Sin pensarlo, se arrojaron del tronco en el que flotaban y auparon su tesoro. Solo había sitio para dos hombres y el cofre. Senra fue el primero en darse cuenta que, si tomaban el oro, el tronco se hundiría. Sin decir nada, se desasíó de este y fue avanzando lentamente hacia las aguas.

—¿Qué hace, capitán? —inquirió Djoser, que era, de ellos dos, el que más apreciaba a su antiguo jefe.

—Estoy harto de huir de Constelación, de huir de mis obligaciones, de huir de mí mismo —musitó Senra, mientras se alejaba lentamente hacia el poniente.

—Sube al tronco, demonios, capitán. ¡Tiraremos el oro! —terció Tebi.

—¿A quién le importa el oro? Estoy cansado, amigos míos. La isla de los keftiu es la última habitada de nuestro mundo. Es un lugar desértico. Una rocalla y poco más. Más allá, en las siguientes islas o en la costa de más allá del Gran Verde, no encontraremos ni una brizna de vida. No sé si quiero vivir huyendo eternamente caminando por laberintos y desiertos. No sé si quiero vivir cuando no soy capaz...

La voz de Senra se quebró.

—El sol os hace desvariar —gritó Djoser, contemplando la figura que, cada vez más lejos, se hundía con la línea del horizonte—. ¡Volved aquí! ¡Rápido o no podréis ya regresar!

—Ya no puedo regresar. Hay algo en las aguas de este mar, y en los estanques del Doble País; algo que me llama para completar mi destino. Algo que...

Tebi y Djoser entendieron entonces que su antiguo comandante estaba ya tan lejos que no podría llegar al tronco de aquel árbol, aunque quisiera. Mientras la corriente se los llevaba, juraron que si ellos y su oro conseguían regresar a la Tierra Mestiza, por siempre jamás honrarían el sacrificio de Senra, aunque fuese fruto de la locura o de un exceso de cordura, que todos sabemos que es la misma cosa. En los años venideros, no faltaron ofrendas a su memoria en una estela de la ciudad santa de Abedju y prometieron que si algún día tenían la oportunidad de cruzarse con su descendencia, devol-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

verían aquel sacrificio con el suyo propio, luchando hasta la muerte por proteger a su parentela si fuera preciso.

Senra, ¿qué buscabas bajo las aguas del Gran Verde?

Pero entonces su rostro se transfiguró en el de Kamutef, Segundo servidor de los Jardines, al que auparon de las aguas y subieron a la plataforma. Y Tebi y Djoser descubrieron que, de alguna forma, el destino acababa de llamar a su puerta.

—Neny, mi prometida... —consiguió articular el jardinero—. La barca de recreo..., un golpe de viento y nos precipitamos al estanque. Ahora hay olas de varios metros. ¡No sé que está pasando!

Entonces vieron la aerobarcaza vuelta del revés, golpeada por el oleaje. Ni siquiera tuvieron tiempo para interrogarse sobre el absurdo de un fenómeno semejante en el estanque del Rey. La muchacha se aferraba desesperada mientras la nave se hundía. A su lado, flotaba el cadáver de uno de los jardineros, que también había acudido en su ayuda.

Tebi y Djoser se lanzaron a las aguas. Mientras luchaban contra el encantamiento de Siptah, pensaban en Kamutef, la viva imagen de su jefe de unidad; algo en su interior les impelía a combatir aquella fuerza titánica que golpeaba el estanque, porque salvando a su prometida tal vez se redimiesen del sentimiento de culpa que arrastraban desde hacía tantos años y cumpliesen con la promesa hecha ante su jefe moribundo.

Pero como Senra tanto tiempo atrás, no regresaron.

11

Siptah contemplaba la escena desde el Paseo de las Palmeras. Había puesto una piedra más de su condenación eterna matando a otro jardinero. El noveno, pues en vida ya había dado cuenta de otros ocho de aquellos patanes. Y también estaban, naturalmente, Tebi, Djoser y aquella muchacha, Neny: once en total. Kamutef, el único que había sobrevivido a su encantamiento, resoplaba medio-desmayado en el embarcadero. Los cadáveres de su amada, del barquero y de los dos Capitanes de la Guardia flotaban en el estanque.

—Once cadáveres —susurró al viento con voz desmayada.

Le crujían las tripas. Se llevó otro dátil a la boca. De nuevo una sensación momentánea, mentirosa, de alivio. Nada le saciaba. Remolino había trasladado la Falsa Puerta al sótano de un almacén y hacía que le llegaran todos los días incontables ofrendas mágicas a su estela, disimulada en un cenotafio de Abedju. Así que solo tenía que meter las manos en su talego y aparecían frutos secos, cerveza o incluso



Crónicas de la Tierra Mestiza.

una pierna de cordero, si era eso lo que deseaba. Pero su hambre no disminuía, nada podría detenerla.

—Kamutef. Pobre muchacho —susurró Siptah esta vez. Se fijó de nuevo en el estanque y contempló extenuado la barca, la joven muerta y los sollozos de su enamorado, hasta dejar que su mirada se llegase a los Nlòplales. Aquello era, sencillamente, imposible, ¿o no? Pensó en su sortilegio, en el jardinero Kamutef y en su rostro tan similar, idéntico al del gran Rey Tao, a los de todos los varones de su sangre. ¿Por qué aquel Nlòplal y solo aquel era inmune a su veneno?

—Kamutef...

Con empeño él lo conseguirá, nada puede luchar contra el tiempo y el anhelo. Pero solo un Rey deshará lo que por un Rey se hizo.

Su propio sortilegio había formado el primer eslabón para aquella cadena de acontecimientos. ¿O no? ¿Y si, en realidad...?

Entonces, súbitamente, comprendió y se volvió por fin al sótano de su nieta, donde ella le esperaba para recibir cumplida información de lo sucedido. Siptah se fue pensando que aquel asunto, desde el principio, había sido demasiado para un pobre mago.

12

Invoco a dios para que sane mi locura, pues no hay a mis ojos más mujer que la única, la hermosa sin igual, la Reina..., el Rey Maatkare Pleamar, el que está unido a Amón-Re.

Neheb acarició el rostro de su amada, que se había vuelto de lado en el lecho y murmuraba palabras borrosas desde alguna plácida fantasía del sueño. Y en sueños, cuando la amada esbozaba una sonrisa, su rostro se volvía aún más hermoso, como si la fantasía se volviera a sus ojos realidad.

Cuando la Reina Pleamar se despertó, el amado, Neheb, permanecía aún a su lado, vigilante. Suspiró, acaso desaprobando su excesivo celo.

—¿Estás enojada?

—No, pensaba en ese terrible asunto del estanque, todas esas muertes. Hace años, todas las Loo nos bañábamos en sus aguas al amanecer, como hacían nuestros antepasados en Biwoses. Ahora esa costumbre se ha perdido, como tantas otras; y sin embargo parece como si todo el universo diese vueltas alrededor de sus aguas, al final siempre volvemos al mismo punto.

Afuera, comenzaron los rumores y el vocerío del Estilista y el Manicuro, discutiendo como siempre sobre sus oficios.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Debes irte, amado mío. Ve por la puerta interior y darás al pasillo como si salieses de tus habitaciones. Entonces te haré llamar, y te dispensaré de tus obligaciones para el resto del día. Quiero que organices con tus mejores hombres la vigilancia del intruso Ajep y me mantengas informada las veinticuatro horas.

—Sí, mi Reina.

El amante se transformó de pronto en Mayordomo y se alejó del lecho, desapareciendo poco después por un pasadizo junto al arcón de los cosméticos. Pleamar esperó un tiempo prudencial y dio una palmada.

Entre su baño y el sacrificio matinal encontró un momento para su informador, Vértice, su espía personal. Aunque era un Loo del sur, un ser hermafrodita hijo de esclavos, la Reina sintió hacia él desde el principio una irrefrenable simpatía, y a estas alturas disfrutaba ya de toda su confianza. Vértice tenía el don de despertar la simpatía de todo el mundo. Un don, en verdad, nada despreciable.

Lo vio entrar. Sus músculos escarlatas brillaban como rubíes bajo la luz del mediodía y parecían tensarse como las cuerdas de un arco. Pleamar percibió que se le erizaba la piel y se obligó a pensar en Neheb. Pero pronto desechó esa idea de su corazón: una Reina no tenía tiempo para el amor. El placer, sin embargo, era algo tan inmediato, tan pasajero..., era como disfrutar de un momento sin que jamás hubiera sucedido. De pronto, se dio cuenta que aquel razonamiento lo habría suscrito seguramente su propio padre, Hapu. Amparándose en él abandonó a Solsticio, la Gran Esposa Real y madre de Pleamar, por años enteros, encerrada entre sirvientes y falsas prerrogativas. Fueron todos aquellos menosprecios y desatenciones los que debilitaron su espíritu y se la llevaron a la otra orilla, prematuramente, apenas unas pocas Estaciones después que al Rey, su esposo.

El Loo esperaba inclinado con las manos a la altura de las rodillas.

—Dime, Vértice, ¿qué viste en el Pilar del Sur?

La voz de la Reina se había vuelto sombría como la noche, dura como la piedra, esquiva como la tormenta. El gigante pensó de pronto que tal vez, por uno de esos avatares de palacio que él apenas comenzaba a desentrañar, había caído en desgracia, y dobló aún más el espinazo, acentuando su reverencia y sumisión. Entonces, comenzó a relatar su informe: la conspiración de Bakenkhonsu y el Rey Ajep, la presencia del Visir del Sur apoyando la causa del Rey, la presencia de otros notables de escasa influencia en la ciudad de Iunu.

Cuando terminó su relato, la Reina se inclinó para acariciarle su vientre cóncavo, y dejó que algunos de sus cabellos se enroscaran de sus dedos, e incluso, maliciosa, arrancó uno o dos mechones al azar. Luego se inclinó sobre el Loo y posó sus labios en los músculos tensos de su abdomen, resiguiendo lentamente con su lengua las formas redondeadas que aquel poderoso arco de rubí que, muy pronto, iba a tensarse



Crónicas de la Tierra Mestiza.

para ella y atravesarla con su dardo mortal.

—Tu trabajo ha sido, como siempre, notable por su eficiencia, Vértice. Y serás recompensado como te mereces.

13

Neheb puso la mano sobre su RLV y este se encendió: luego de una pausa en la que estuvo reflexionando sobre el tono que más convenía a sus intenciones, comenzó a hablar:

Yo, Neheb, decano del colegio de la SoGen y miembro del Consejo Dirigente, solicito que se me libere de mis cargos por razones personales. Asimismo, exijo que se me permita abandonar vuestra organización, cuyos principios, reglas y directrices no seguiré en adelante, sea cual sea el dictamen que se otorgue a esta mi petición.

Que la sabiduría del Dios Bueno Pleamar guíe vuestros pasos.

Neheb, mayordomo real.

Una semana más tarde, mientras Neheb hacía sus abluciones matinales, condujeron a su presencia a un joven acólito de la SoGen, que se hincó de rodillas en su presencia. Cuando estuvieron a solas, reveló de viva voz el texto que le habían obligado memorizar:

—Precesin, rector de la SoGen, a Neheb, decano y miembro del Consejo:

»No voy a negar que esperaba una reacción semejante desde hacía tiempo. Te he visto alejarte de nosotros a lo largo de estos últimos años y sabía que detestabas aquello en lo que quisimos convertirte o, al menos, en lo que tú piensas que pretendíamos.

»Una vez te advertí sobre los peligros de revolverse contra la mano que te da de comer. Me parece que piensas que ya no nos necesitas y que esa mano ya no puede darte sustento. Tal vez estés en lo cierto, pero no es menos cierto que tenemos agentes capaces de hacerte caer en desgracia en cuestión de horas. Una joya real robada que apareciese convenientemente en tus aposentos, por ejemplo. Así pues, borra esa sonrisa cínica de tu rostro. Saldrás de la SoGen cuando yo lo diga, que será cuando hayas cumplido el último servicio que precisemos, que aún no sé cuál es y tal vez no lo sepa nunca. Hasta ese día, esperarás.

»Pleamar no ha subido al poder para hacer lo que quiera ella o lo que quieras tú, sino para servir a la causa común de la supervivencia de la Tierra Mestiza.

»Que la señora del cielo guíe tus actos y los liberen del caos.

Cuando el acólito terminó de hablar, Neheb le pidió que tomara asiento a su derecha. El muchacho se dejó caer pesadamente en un taburete que había colocado



Crónicas de la Tierra Mestiza.

junto a la ventana. Dos robots domésticos contemplaban la escena posición de firmes. Cada uno a un lado de su amo.

—Supongo que podrás memorizar otro mensaje privado —dijo la serpiente—. Un mensaje solo para los oídos del rector.

El acólito asintió.

—Muy bien, pues, escucha lo que he de decir.

De pie en el púlpito, frente por frente con los grandes del Consejo Dirigente, el joven acólito tragó saliva. En un primer momento, su rostro reflejaba una profunda turbación, pero a medida que las palabras flotaban, su voz fue cobrando el tono arrogante, de desafío, de la serpiente:

—Yo, el mayordomo real, a toda la escoria de la SoGen:

»No sé si recordaréis que fuisteis creados por la bruja Constelación a fin de develar el misterio de la procreación humana y Loo. ¿Cómo es posible que dos pueblos que no compartan especie ni género pueda engendrar descendencia?, se preguntaba la bruja. Y aún os hacéis la misma pregunta.

»Mientras estudié con vosotros, fui testigo de largas disertaciones sobre manipulación genética, sobre cómo los moribundos nos debieron modificar insertando nuevos genes en la hebra original del ADN. Cada vez que oía decir «debieron», «seguramente» se valieron de ese ADN recombinante para poner las bases de nuestra gran nación mestiza, me entraban arcadas. No sabíais nada entonces y nada sabéis ahora.

»Ese fue, sin embargo, vuestro primer fracaso. También elaborasteis pomposas y complejas hipótesis acerca de la causa por la que más allá del Gran Verde no hay y no puede haber vida. En las Tierras Baldías nadie supo encontrar una flor, un matorral o el más pequeño de los mamíferos. En todos estos años aún nadie ha descubierto por qué.

»Habéis experimentado con las Lithistas y ahora son unas putas que se venden a terratenientes para construir mansiones excéntricas.

»Habéis lanzado cohetes por todo el Doble País y ahora decís que pronto pondréis un satélite en órbita. Como vuestros cohetes, acabará estrellado en el suelo. Si pensáis que alguna vez alcanzaréis la luna Tonutir y sus árboles de Nlòplal amarillo es que estáis todos completamente borrachos.

»Habéis construido un telescopio gigante con el que vais a descubrir quién sabe qué. Luego, como siempre, todo se quedará en agua de borrajas. Con vuestros ojos de insecto lo veis todo distorsionado y aunque os pasáis la vida estudiando la realidad, la veis desenfocada y nunca podréis entenderla.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

»¿Y los fantasmas? En los jardines, en las mansiones, en todas partes se les ve sin que podáis dar una explicación satisfactoria porque no sois capaces de dar una explicación satisfactoria a ninguno de los misterios de nuestro mundo. Así que me dé igual con lo que me amenacéis. Sois unos inútiles y yo no quiero tener nada que ver con vosotros. Es todo.

»Abandono la SoGen con o sin vuestro consentimiento y como intentéis alguna cosa en mi contra yo mismo me encargaré de arrancaros, uno a uno, la piel a tiras.

»Que el Dios Bueno Pleamar os proteja de nuevos y aún más sonados fracasos, malditos idiotas.

14

Proteger. Prometió proteger al pequeño Kamutef a su madre, Luminosa-nova. Ya casi había olvidado aquella promesa. Ella había enviado una misiva demandando su presencia en Ipu, donde el niño crecía a favor del viento, como un bastón torcido. Y él había acudido, naturalmente, y se había llevado al pequeño al Doble Palacio luego que la desgracia se abatiera sobre todos ellos. Lo hubiera hecho de todas formas.

Pero había pasado tanto tiempo que... quizá ya no pudiera seguir cumpliendo con aquella promesa.

El Maestro de los Jardines trajo toda la ropa de abrigo que encontró en la casa y, paciente, una tras otra, la desplegó sobre el cuerpo tembloroso de su sobrino. Luego se sentó a esperar a que la mañana regresase por fin. La pulmonía no le mataría, pero sí la pena. En su delirio, Kamutef repetía sin cesar el nombre de Neny. Jeda había visto a muchas plantas morir faltas de luz y a muchos hombres ahogarse en su propia tristeza. En el fondo, era la misma cosa.

Al segundo día abandonó por fin el lecho de Kamutef. Vio que el enfermo se incorporaba y bebía unas infusiones que la cocinera había elaborado especialmente para él. Cuando se dio cuenta que nadie notaría su ausencia si no la prolongaba demasiado se retiró a sus habitaciones, donde se cambió su faldellín, manchado de sangre. A veces, ni siquiera conseguía aguantarse la orina, y sentía la tibia glotonería de su enfermedad avanzar sin descanso.

El tercer día Kamutef comió un plato de garbanzos. Al atardecer salieron a la terraza y consiguió hacerle reír un par de veces recordándole el pasado, imitando sus gemidos, su miedo a los cocodrilos cuando de niño regresó de Ipu y por las noches le acosaban las pesadillas. Pero luego Kamutef reconoció el dolor que se escondía tras aquellos temores infantiles, recobró la sensación de pérdida terrible y volvió a invadirle la amargura y, más tarde, la melancolía.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

El cuarto día vinieron a verle sus amigos, sus subordinados en los Jardines del Rey, y en medio de la jarana, los apoyos incondicionales, las palmaditas en la espalda, las bromas de compañeros, nadie se apercibió de que Jeda se retiraba, escupiendo sangre por la boca, vomitando sus propias entrañas.

El quinto día, presa de dolores insoportables, le comentó a su sobrino que le habían llamado de Palacio para un asunto que no admitía demora y salió antes del mediodía.

El Médico Jefe de la Ciudad Oriental miró a Jeda de reajo, como si no se atreviera a hacerlo directamente.

—La micción de un muchacho impúber, tal vez —dijo por fin, encogiéndose de hombros—. Eso dicen los libros.

—¿Serviría de algo?

Jeda no esperaba respuesta. El Médico Jefe y él se conocían hacía veinte años. Habían acordado que no le engañaría más allá de lo absolutamente necesario.

—¿Moriré, doctor?

—Todos hemos de morir.

—Oh, vamos...

—Podríamos probar con fumigaciones.

Hacía calor, ese calor pegajoso, que resbala por la piel, empapa las ropas y nos deja reducidos a una masa de olores y transpiración.

—Os lo preguntaré de otra forma, doctor. ¿Algún paciente vuestro, con mis síntomas, sobrevivió mucho tiempo?

—La medicina Loo tal vez os ayude. Si queréis os recomiendo a un colega. Pero tenéis algo que ellos llaman cáncer y nosotros El-Que-Come-Las-Entrañas. La medicación tal vez retrase el final. Aunque no hay nada seguro.

Tal vez. No hay nada seguro.

—Doctor...

El final.

—¿Sí, Maestro Jeda?

—No quiero que nadie lo sepa. Ni familia, ni cortesanos, ni Príncipes o Reyes —Jeda se expresaba con serenidad, con la serenidad que da saber que tu tiempo está contado y que se acaban por fin los padecimientos de este mundo.

—Pero, viejo amigo...

—Es mi voluntad.

Se levantó. Kamutef le esperaba en casa. Debía cumplir con su promesa y prote-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

gerle hasta que se le acabaran las fuerzas.

—¡Jeda!

Se volvió. El rostro del Médico Jefe ya no era el mismo, era un rostro cualquiera que hablaba y le robaba su tiempo, su precioso tiempo.

—Los libros de los Recitadores dicen también que esta enfermedad es causada por un Dios o un muerto que anida en el vientre del enfermo. Poneos en paz con vuestros difuntos. Tal vez el alma errante de un enemigo en vuestra propia familia...

—No tengo ahora tiempo para mis difuntos ni para engordar con ofrendas a los sacerdotes —objetó el viejo jardinero—, pero meditaré vuestras palabras.

Afuera, en la entrada de la consulta, esperaban otros muchos, nobles en su mayoría. Todos se sorprendieron de que no se detuviera a saludarlos, como exigían las buenas costumbres, y que el maestro de los Jardines del Rey se precipitara escaleras abajo como alma que llevan los demonios.

Tiempo para los muertos. ¡Bah! En pocos días los difuntos podrían disfrutar de todo su tiempo si así lo deseaban.

15

De vuelta a casa, encontró a su sobrino fuera de la cama, en la cocina, comiendo una torta de higos mientras ojeaba un viejo rollo de papiro de máximas morales que Jeda apenas recordaba y que estaba casi seguro de haber arrojado hacía años al fuego luego de comprarse una versión moderna en RLV. Se miraron largamente.

—Me reconforta mucho, tío, leer en los escritos de los antiguos que otros sufrieron las mismas penalidades o peores que uno mismo.

—En los libros todas las desgracias ocupan el espacio del universo, todo es desmedido e insalvable. El doliente cuando escribe está tan absorto en el ahora que elude al hombre en que se convertirá mañana, ese hombre que llorará por otro universo, tan desmedido e insalvable como el de otrora, que contemplará sin embargo algo menos absorto.

Kamutef desvió la atención de la lectura.

—¿Y el hombre del día siguiente?

—El hombre del día siguiente, hijo, será incapaz de llorar por el ahora, el dolor que sienta le reconfortará, pues le traerá recuerdos del hombre que era justo ayer, o antes de ayer.

—¿Y por qué recordar el dolor, tío?

—Oh, el dolor es lo único que podemos recordar; la alegría viene y se va por sí sola,



Crónicas de la Tierra Mestiza.

nunca podremos domeñarla. Ella camina siempre a su libre albedrío, casi siempre lejos de nosotros, nunca demasiado cerca.

El olor de una nueva hornada de tortas llenó la estancia y el mismo Jeda se animó a engullir unas cuantas ante la mirada afectuosa de la cocinera. Kamutef le acompañó y empezó a untar algunas con miel por la cara superior.

—Siempre os gustaron las palabras, tío. Sin ellas no podríais explicaros a vos mismo.

—Un día tú también tendrás necesidad de aclarar ante Kamutef el porqué de haber tomado este o aquel otro camino. Las palabras, entonces, serán también buenas amigas tuyas.

—¿Y cuándo llegará ese día?

—Cuando los otros caminos, aquellos que abandonaste, vengán a llamar a tu puerta.

Kamutef negó con la cabeza.

—Yo no abriré la puerta a visitantes tan rencorosos y desagradecidos.

—Ah, no creo que les preocupe. Tardarán poco en echarla abajo.

Poco después, dieron por terminada la conversación y marcharon con los azadones a desbrozar la malas hierbas que crecían junto a la entrada de la casa. Como si fuera un niño recién venido de la ciudad de Ipu, atemorizado por los cocodrilos y perdido entre esa gran isla que eran de los Jardines del Rey, su tío le dio las primeras clases magistrales, le habló de preparar el terreno para su cultivo, removiendo y haciendo aflorar el fondo para luego desmenuzarlo y dejar la tierra cubierta de las sustancias más ricas; le habló también del acolchado, esa capa de hojas con la que se cubre el suelo para acumular humedad; del aporcado, ese montículo que da forma el jardinero alrededor de la base de la planta para protegerla de la lluvia y el viento.

Por fin, le llegó el turno a las malas hierbas, y hablaron de cómo reconocer a las plántulas perniciosas de las que deseamos que prosperen, de que a veces podremos salvarlas eliminando de forma selectiva al enemigo, pero que tendremos que acostumbrarnos a usar la azada y destruirlo todo cuando sea necesario.

Se fueron a dormir de madrugada.

A la mañana siguiente, Jeda amaneció muerto, ahogado en su propia sangre. La servidumbre avisó inmediatamente a Kamutef, pero este, lejos de parecer afligido, adoptó un rictus frío y distante, como si nada pudiera ya importunarle; pasadas unas horas, cuando vinieron a llevárselo los funcionarios del Lugar del Tránsito para acondicionar su cuerpo para el viaje, Kamutef descubrió que era incapaz de emitir el más pequeño lamento, no tenía más espacio en su alma para el dolor, y que se alegraba de que él y su tío hubieran pasado al menos aquella última jornada juntos,



Crónicas de la Tierra Mestiza.

desbrozando las malas hierbas y acercando sus corazones.

Vagando por la casa, tal vez a la búsqueda de recuerdos, vio reflejarse en un espejo de cobre la imagen de su tío. Se revolvió, pero no había nadie a su lado, a su espalda, en derredor. Se acercó al espejo y vio de nuevo el reflejo de Kamutef, reflejo que había confundido con el Jeda que vino al entierro de su padre o a buscarle a su aldea cuando niño. Los labios resecos, el rostro ovalado y taciturno, algunas canas, no muchas, brillando en el cráneo afeitado muy corto, aunque no al cero.

De pronto, rompió a llorar, sin saber por qué, inexplicablemente, tan inexplicablemente como todo el rato que llevaba sin hacerlo. Sintió unos brazos fuertes que le rodeaban. Eran los brazos de su tío. Sintió unas lágrimas negras y ardientes resbalar por sus mejillas. Sintió que el mundo había dejado de tener sentido, como si las Montañas del Amanecer y del Ocaso hubieran dejado de sostener la losa de los cielos.

—Yo no entiendo de personas, solo de lotos, granados, nenúfares y acacias. Ellos hacen mi vida pequeña, previsible y exacta, lejos de este mundo de hombres, lejos de este mundo... —Jeda, desde el fondo de su alma, lloraba con él, y juntos podrían haber ahogado al Gran Río—. Dime, ¿qué debo hacer para sanar nuestro dolor?



CAPÍTULO 6: **JARDÍN BULBOSO. MACIZOS**

226 d.A.
(7 años después)

0

Irta era un muchacho triste. Aunque en la Siembra cumpliría quince años, aunque estaba en la edad de descubrir la vida, de divertirse y de dejarse ganar por los excesos..., él era incapaz de disfrutar de la mejor época de la existencia, a juicio de los propios Sabios Inmortales. No, no podía. El odio era demasiado fuerte.

Cuando contaba ocho años, su padre, Nakti, había muerto en una elipse de arena para disfrute de algunos de los más poderosos de entre los grandes de la Tierra Mestiza. La serpiente Neheb le había conducido hasta el matadero con la promesa de que su esposa, y madre de Irta, se curaría a manos de los sanadores de la corte. Y Nakti había dejado la vida luchando por esa posibilidad.

Pero su madre tampoco se había salvado. El Maestro Trepanador había abierto el cráneo y luego había vuelto a cerrarlo, meneando la cabeza. *Esta es una enfermedad contra la que no lucharé. Es tarea para un mago*, dijo, sencillamente; pero los magos hacía décadas que no existían, por lo que, en realidad, sus palabras eran el equivalente a desahuciarla. Y así fue, en efecto. Su madre pereció tras cuatro días de terribles tormentos y alucinaciones, sin haber recuperado la cordura ni siquiera un instante tras la intervención.

Desde entonces, Irta se había convertido en el protegido de la serpiente Neheb, y esta lo había enviado de una parte a otra del país esperando que alguien quisiera hacerse cargo de aquel niño. Pero Irta no iba a hacerle las cosas fáciles, y se había especializado en adoptar conductas hoscas y salvajes que acababan, inevitablemente, con el muchacho de vuelta a Ity-tawi, acompañado de una carta de disculpa de sus padres putativos.

—Quieres buscarme la ruina, Irta —le dijo en una ocasión la serpiente, de regreso del Pilar de Sur, donde había llenado con excrementos de caballo uno de los baúles de ofrendas a Montu, dios de la guerra y Alma de la ciudad.

—En realidad, no, noble Neheb, solo deseo que me devolváis a mi padre y a mi



Crónicas de la Tierra Mestiza.

madre.

A la serpiente su rostro se le contrajo en una mueca de desprecio.

—Eres un estúpido. Tu madre ya estaba muerta cuando yo intervine, nadie hubiera podido salvarla. En cuanto a tu padre, era un pobre hombre. Si no hubiera sido yo, otro hubiera terminado por destruirlo. Es el destino de los débiles.

Irta se mordió un labio. Si no supiera que Neheb le habría derribado, y seguramente humillado con una buena sarta de pescozones, se habría abalanzado sobre la garganta de aquel monstruo que hablaba así de sus progenitores.

—Pero fuisteis vos, la serpiente Kau, quien lo envió a la muerte.

Neheb calló. Era un hombre torturado. Irta no ignoraba que aquel ser sostenía en su interior, en interminable lucha, las dos partes de sí mismo: una, el noble Neheb, Mayordomo y amante de la gran Reina Pleamar; otra, la serpiente traidora del inframundo, que derramaba la hiel de sus colmillos por el universo. Muchos consiguen vivir con su contrario auestas, pero Neheb era incapaz de controlarlo, de hacerse uno con sus contradicciones, y era virtuoso y perverso indistintamente, a veces hasta simultáneamente, fascinado tanto por sus deberes y obligaciones, cada vez mayores, y la necesidad de destruirlas, de hacer añicos las estructuras que él mismo ayudaba a levantar.

El joven Irta se marchó, satisfecho del sufrimiento de su enemigo, pero en secreto preocupado, pensando por una vez en su futuro. ¿Cuál sería la próxima familia de adopción que la serpiente le buscaría para intentar apagar el sentimiento de culpa que le corroía? Estaba seguro que Neheb ya lo había decidido. Esta vez sería alguien cercano, del mismo palacio de Ity-tawy. Nadie en provincias lo aceptaría. Su fama de conflictivo y de rebelde había traspasado ciudades y Nomos. Ahora, por primera vez en ocho años, viviría cerca del hombre al que más odiaba en este mundo. Y le buscaría la ruina. No importaba cuánto tuviese que esperar.

—No importa cuánto haya de esperar, serpiente. Mi tiempo llegará.

Y se alejó calle abajo pensando en el hermoso futuro que se abría ante él.

1

No conseguía que aquella imagen abandonara su corazón. Una y otra vez, Kamutef trataba de liberarse de su hechizo, pensando en el estanque, en los patos y los peces, en las trepadoras, en los frutales... Sin éxito.

Irta era un joven hermoso. Esbelto, atlético, siempre un gesto más rápido que nadie que hubiese visto. Parecía animado por el hálito del halcón. A veces, cuando le



Crónicas de la Tierra Mestiza.

acompañaba por los jardines en las tareas de la mañana, su rostro risueño emergía entre los arbustos, pálido y radiante, como otrora el de Luminosa-nova, su madre, en la lejana Ipu. Kamutef sabía que debe amarse a un hijo por encima de todas las cosas; pero en su mundo mesurado, de estaciones, períodos de floración y de espera, todo sentimiento humano tendía a hacerse fugaz, a empequeñecerse. Jeda le había enseñado que uno puede pasarse una vida entera sin dar pábulo a las emociones. Pero Irta..., aquel muchacho había despertado en él al hombre que habría sido lejos del Doble Palacio. Kamutef le idolatraba y daría por él cualquier cosa, incluso la vida. Era un pensamiento que le turbaba, pero al que sabía que le sería difícil sustraerse.

Estaban en el segundo mes de la Cosecha. Una época fértil y rica para las plantas. No era extraño encontrarse a Kamutef rondando sus Aruras de terreno desde la primera luz del amanecer y no abandonarlas hasta la puesta de sol, e incluso más allá. Los hijos del Doble País odian la oscuridad y las tinieblas, pero Kamutef, como su tío, había establecido un pacto con los habitantes de aquel universo: él les protegía, les mimaba y les daba sustento por el día; ellos le servían de guía, de refugio, de guarida en la noche.

Los dioses no sabrán distinguirnos en el Bello Occidente, tío Jeda, pensó para sus adentros. Y rio de buena gana. La próxima Estación cumpliría cuarenta años.

Pero Irta vino a perturbar sus horizontes antes de que terminaran de cerrarse. Una tarde, de improviso, Kamutef tuvo el honor de recibir la visita de uno de los grandes de la Tierra Mestiza. Hacía calor, uno de esos atardeceres tórridos que avanzan lentos entre sudores y el zumbido monótono de los mosquitos. Sus subalternos vinieron a avisarle. Dos guardias, el Rector de la SoGen y diversos acólitos, el Mayordomo Real y un joven que les acompañaba habían alcanzado ya el Paseo de los Granados.

—Están al llegar, apresuraos —gimoteaba su subalterno.

—No os preocupéis y volved al trabajo. —Kamutef se sonreía ante la impresión que causaba en sus jóvenes ayudantes la pompa de aquellos zánganos cortesanos. *Cuando lleven treinta Inundaciones viéndoles posarse de flor en flor en nombre de la Armonía y la Regla, pero solo conducidos por sus ansias de poder, ya no les causaran emoción alguna.* Hizo un gesto con la mano y le dejaron solo. Aspiró profundamente y se inclinó para proseguir con la planificación de los macizos, que aquel año pensaba extender hasta casi tocar los dominios del huerto.

—Veo que vos solo hacéis el trabajo de muchos. —La voz de Neheb le sonó fría, falsa, como si acostumbrara a modular su timbre a cada situación y reverencia, y hubiese terminado por olvidar cómo era ella misma sin la impostura.

—Esos muchos se retiraron para no molestar vuestro paseo, mi señor. Además, pensé que no querríais exponer vuestras palabras a oídos inoportunos.

—Seguramente, Maestro Kamutef.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Alzó la vista y miró más allá de su interlocutor: la gigantesca figura carmesí de Precesin, algunos novicios de la SoGen, la guardia personal del Mayordomo... eran desconocidos que conocía bien. Detrás de un gran hombre siempre hay gusanos deseosos de medrar, reptando sibilantes a su sombra. No llamaron su atención. Pero el joven erguido a su diestra se movía como si aquellos jardines fueran su lugar natural, no ya como uno de sus cuidadores, de brazos rápidos y andar cansino, sino como un pájaro, vagando libre de un lugar a otro, picoteando aquí, posándose allá, inquieto, hermoso, voluble. No tendría más de quince años. Atravesó dos veces los huertos sin dañar un tubérculo o un brote, como si flotase entre las hileras de sembrados, y luego regresó a la diestra de su amo.

—¿No marchitará tanta belleza este sol tan brillante? —quiso saber el joven.

Qué pregunta más extraña, pensó Kamutef. Un hijo del Gran Río, quejándose de la claridad y de la luz.

—La belleza escapa de las tierras umbrías. En tal situación los tallos se tornan débiles, se alargan y sus flores se reducen a la mínima expresión.

—¡Ah! ¿Eso pensáis?

Neheb se echó a reír ante la ocurrencia de su protegido.

—Haces bien preguntando al que sabe, joven Irta, y preguntas además en la dirección indicada, pues a partir de ahora este será tu lugar y este tu padre y tu maestro.

—¡Ah! Muy bien —repuso el muchacho, satisfecho por la decisión de la serpiente.

Kamutef miró a uno y a otro, perplejo.

—¿Es la voluntad de su excelencia que acoja entre mis subalternos a...?

—De nada vale andarse con rodeos con nosotros, Maestro —le interrumpió Neheb—. Sabemos por Remolino que sois hombre honesto y cumplidor, pero amante de la vida contemplativa y del celibato, especialmente después de la desgracia que segó la vida de vuestra prometida. Y alabamos vuestra inquebrantable lealtad. —Bajó la cabeza con gesto de abatimiento, como si lamentase hacer referencia a un suceso tan nefasto. El sacerdote asentía a su espalda—. Pero no queremos que estéis solo; un hombre no debe estarlo. A estas alturas ya seríais padre y nosotros no podemos negaros algo que en nuestra mano está...

Kamutef, al principio, no salía de su asombro, incluso cuando dejó de prestar atención a las palabras de Neheb. Si hubiese querido adoptar a un niño ya lo hubiese hecho. La Tierra Mestiza rebosaba de huérfanos, muchos de ellos brillantes y aplicados, que podrían ser su sostén en la vejez. Además, de haberlo decidido, jamás hubiese optado por un adolescente, sino por uno bastante menor, siete u ocho años a lo sumo.

—... a menudo los hombres alcanzamos la senectud sin recordar las verdaderas



Crónicas de la Tierra Mestiza.

virtudes de existir, la verdadera causa de nuestra presencia en el mundo de los vivos. Este muchacho, Irta, va a dar sentido a vuestros actos y... —proseguía su perorata el Mayordomo Real.

Poco a poco, fue entendiendo que no se le invitaba a tomar a Irta como hijo suyo, sino que se le conminaba a hacerlo. En adelante, y durante más de una hora, escuchó el discurso del gran hombre sin volver a preguntarse el porqué de aquella intromisión en su vida privada. Los poderosos siempre tenían extrañas ideas en la mente que salpicaban en derredor y a todos por igual, aunque a veces a unos más que a otros. No iba a intentar comprender a unos seres que no se entendían ni ellos mismos; eran más importantes la planificación de los macizos o la limpieza del estanque, tareas que esperaba concluir antes del anochecer.

Volvió en sí. Todos le miraban.

—Así pues, ¿estamos de acuerdo? —preguntaba Neheb, dando énfasis a sus palabras como si estas quemasen en su boca.

—Sí, desde luego, mi Señor.

Y todos sonrieron satisfechos. Si los poderosos estaban satisfechos, él viviría tranquilo. Al final, todo se reducía a algo tan simple como aquello.

—¿Y bien, padre?

Les habían dejados solos. Neheb y su mesnada estaban ya de regreso por el Paseo de los Granados en un desfile de sombrillas y de lisonjas, entre sirvientes postrados de hinojos y algarabía de multitudes. Le pareció ver a unos músicos con flautas y tamboriles.

—Nada. Bienvenido, supongo.

Irta parecía divertido, pero todo era una máscara, y sus ojos le contradecían, persiguiendo al cortejo de los nobles y los poderosos, destilando un odio profundo, inextinguible. Pero habla la máscara y detrás se esconde el hombre.

—He estado pensando, padre, en aquellos macizos; podríamos hacerlos llegar un poco más a la derecha. Aquí, detrás del huerto, son muy poco vistosos, no pueden contemplarse desde el paseo principal ni desde palacio.

El Maestro de los Jardines, sorprendido por la extrema agudeza de aquella observación, enarcó una ceja y se preguntó si a aquel joven ansioso también lo engullirían los jardines hasta convertirlo en uno de sus lacayos: enquistados, serenos, pacientes..., viviendo en la modorra de una existencia lenta y repetida. Esperaba que fracasasen esta vez.

—Las plantas más bajas delante y las mayores detrás, tonos vivos delante y oscuros en segundo plano.

—Eso está muy bien, padre, pero, ¿y mi idea de traslado?



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Tal vez el año que viene.

Irta estalló en una sonora carcajada. Todos se volvieron hacia él, incluso sus subalternos, que regresaban cautelosos haciendo chismes acerca de una historia que aún no habían escuchado, le observaron recelosos, como a una planta extraña, demasiado viva para aquel lugar adormecido.

—¿Qué es eso tan gracioso, Irta? Tal vez desees compartirlo con nosotros.

Kamutef trató de emplear la voz de su tío, la voz que conjuraba a los hombres en el respeto y la obediencia. Pero solo consiguió una mala imitación.

—Hoy es el mañana, padre, ¿no lo comprendes? Mucho me temo que en tus jardines, a este paso, el año que viene no llegará jamás.

2

Precesin y Neheb caminaban, avanzada la tarde, por el pequeño dominio de la SoGen en el Doble Palacio. Acababan de comer un poco de pescado en el despacho privado del rector y, hasta ese momento, solo habían hablado de vaguedades. La serpiente estaba intrigada:

—Últimamente, querido amigo —comentó, irónico—, os veo menos arrogante, colaborador, incluso me atrevería a decir que en vuestros rasgos aflora una brizna de humanidad. —El loo, con sus dos metros de piel escamosa y rojiza, resopló—. Tal vez habéis aceptado ya y finalmente que Pleamar Reina y vosotros la servís desde la SoGen, no a la inversa. Espero que nuestras desavenencias del pasado hayan quedado atrás de forma definitiva, especialmente ahora que cada uno está por fin en el sitio que le corresponde.

—Bueno, querido amigo —le correspondió Precesin, chasqueando los dedos—. A veces, un gesto amable, y en apariencia servil, tiene por objeto que el enemigo baje la guardia y puedas disponer de él a tu antojo.

Acto seguido y sin mediar palabra alguna, se abalanzaron sobre Neheb media docena de acólitos que habían aguardado en la estancia contigua una señal de su amo. En un abrir y cerrar de ojos, inmovilizaron a su presa de pies y manos.

—No creas, Precesin, que esto va a quedar así... —balbuceaba la serpiente.

—¡Silencio! Atiende las palabras de su excelencia —dijo uno de los acólitos, propinándole de pasada un pescozón en la cabeza.

Neheb fue obligado a arrodillarse delante del rector de la SoGen.

—¡Te destruiré! —ladró Neheb.

Un segundo golpe en la nuca le hizo caer de bruces. Llovieron entonces patadas y



Crónicas de la Tierra Mestiza.

puñetazos sin tregua sobre su cuerpo indefenso hasta que el Mayordomo Real, el rostro ensangrentado, volvió a ser incorporado del suelo y obligado a doblar la rodilla.

—Neheb, Decano de la SoGen y miembro del Consejo Dirigente, presenta sus respetos al rector —murmuró la serpiente, mientras escupía en el suelo una bilis encarnada.

—Eso está mejor, maldito asno engreído —le espetó Precesin. Las veintiséis lentes de cada uno de sus ojos le miraban inyectadas en sangre—. Yo, tu superior, voy a enseñarte algo de respeto y, de paso, te convertiré para siempre en uno de nosotros.

Neheb fue a abrir la boca, pero no pudo. Un acólito se inclinaba en ese instante sobre él portando un enorme objeto que acababa en un extremo afilado y una especie de tubo retráctil y que se retorció como si tuviese vida propia.

—¡No, Precesin, por favor! ¡Haré lo que quieras, pero no me tortures! ¡No es necesario! He comprendido mis muchos errores y mi arrogancia. Además, estoy seguro que podemos llegar a un acuerdo...

—No te vamos a torturar ni tampoco tenemos pensado quitarte la vida, maldito imbécil. Todo lo contrario. Vamos a darte la unidad con los otros miembros de la SoGen.

Y entonces Precesin arrebató el objeto punzante, similar a un bisturí, de manos del acólito e hizo una larga incisión en la garganta de Neheb, que chilló una sola vez y perdió el conocimiento.

El Mayordomo Real despertó a solas en sus habitaciones. Súbitamente consciente de seguir vivo, dio un salto de su estera y se pasó las manos por la cara, por el vientre, por los antebrazos, por todos los rincones de su cuerpo. Suspiraba cada vez que percibía el siguiente órgano en su sitio. Entonces, oyó la voz:

Los universos-islas se alejan más rápido en tanto más lejos se hayan. Esto es una verdad incontrovertible. ¿Qué quieres decirme con que no es verdad? Déjame ver esos datos y llévame hasta el Mirador de las Estrellas, inútil.

Aunque parecía increíble, aquella conversación tenía lugar en el pequeño Dominio de la SoGen, que Neheb sabía a quinientos Codos al menos de sus habitaciones. Ruido de pasos. Precesin maldiciendo. La serpiente, aterrorizada, se acurrucó detrás de su baúl de vestidos ¿Se había vuelto loco? Oía la voz de su enemigo en la cabeza, como si fueran uno y no pudieran...

Dame tu informe sobre las Tierras Baldías. La clave está en la fijación de nitrógeno, ¿no? Lo sospechaba. Debemos hallar los emisores. ¡Buscad los emisores! Un momento, aquí dice que crees que está relacionado con las proyecciones eidéticas que ve la población y toma por fantasmas. ¿En qué forma? Ah, una curiosa hipótesis. Tal vez demasiado arriesgada, pero brillante. La estudiaremos.

Entonces, Neheb no pudo más y se puso a rezar a Amón y la divina tríada. Prece-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

sin, desde la lejanía, soltó una de aquellas sonoras carcajadas que él tanto odiaba.

—Vaya. Parece que la serpiente dormilona ha vuelto a la vida. ¿Cómo está usted, señor Decano?

Neheb iba a contestar: «¡qué me has hecho, maldito!», pero antes de pronunciar aquellas palabras sintió que emanaban de él y llegaban bien altas hasta su interlocutor.

—Levántate y mírate al espejo; ahora sabrás, amigo mío —le explicó el rector, con un deje de sorna de la voz—, lo que significa pertenecer a la SoGen.

Empapado en sudor frío, la serpiente se puso en pie y caminó hasta el final de sus estancias, donde, sobre un amplio taburete de lectura, descansaba un espejo de cobre.

—Ahora que vuelves a ser uno de nosotros, ¿no eres feliz? —dijo Precesin, sin abandonar aquel tono que escondía tanto la burla como el desprecio.

Cuando Neheb vio que de su garganta habían nacido branquias y manaba de entre ellas un tubo de medio Codo que colgaba hasta la nuca, comenzó a gritar presa del terror, profiriendo alaridos de agonía que no cesaron hasta que la servidumbre, aterrada, irrumpió sus estancias con palos y cuchillos, pensando que su amo estaba en peligro de muerte.

Pero su vida no estaba en peligro, solo sucedía que el Mayordomo Real había perdido para siempre su libertad y, en adelante, nunca olvidaría lo que significaba intentar traicionar a la SoGen.

3

Pleamar, mientras regresaba a palacio en su silla en las manos en forma de caparazón, se sintió estúpida. Maldijo al androide que la conducía y le llamó *cabeza de Krank*. Este se volvió y le pidió disculpas si alguna cosa que le había hecho u omitido la había importunado. Pero aquella pobre mixtura de pólipo y metal no tenía culpa de nada. Era su vida, la vida de un Rey, la que le importunaba.

De vuelta a sus aposentos, se dejó caer en su lecho y rompió a llorar.

Si tuviese al menos un instante para ser ella misma..., para ser feliz.

Satisfacción, placer inmediato, un poco de sosiego..., eran cosas que hacía años venía negándose y en las que ya apenas pensaba. Cuando, en un lance demasiado remoto y frágil, llegaban hasta ella ráfagas de algún instante vacío en que pudo detenerse a contemplar el paso del tiempo, dentro y fuera de sí misma, sin otra preocupación que existir no existiendo; entonces se encerraba en sus habitaciones y dejaba fluir el recuerdo en la memoria hasta que este perdía el sabor, la textura..., y una brisa empu-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

jaba todos y cada uno de los fragmentos, danzando inconexos, hacia su escondite.

Pero en la soledad de sus estancias, Pleamar raramente encontraba la paz. Eso lo sabía bien. Afuera, en el tumulto de la servidumbre, el cacareo de los amigos, el zumbido de los interminables rituales de sus sacerdotes, allí podía dejar que las imágenes traspasasen su corazón hasta volverse irreales, relieves esculpidos a cincel en el muro de las percepciones, copias idealizadas y más bellas que la realidad, aunque copias al fin y al cabo. Desde hacía tiempo, sin embargo, no podía ya darse siquiera un respiro para mirar hacia adentro en busca de esa última paz de espíritu; los amigos la asediaban con reverencias y ofrecimientos, los sacerdotes habían tornado su zumbido fragor, la servidumbre pululaba sin rumbo y sin rostro, solo una mesnada de serviles susurrantes.

Nada volverá a ser como antes, pensó y, de pronto, se estremeció al recordar una extenuada madre de veintisiete años, una joven esposa de dieciséis, una niña de doce convertida en Reina-consorte, una chiquilla de ocho que veía alejarse al padre para convertirse en Rey..., y todas estaban en su interior, y todas habían clamado una vez: *Nada será como antes*. Bendito Dios, ¿antes? ¿Antes de qué?

—¿Nebulosa?

Caminó unos pasos en dirección a su hija, que gateaba frenética chillando y golpeando el suelo con sus pequeños puños, reclamando atenciones, cuidados, arrullos y besos, todo aquello a lo que su universo se aferraba para empezar a expandirse. Dos nodrizas la recogieron del suelo y soportaron su ira ante el rostro impávido de la Reina del Alto y Bajo País.

—¿Y Parábola?

—La nodriza real no está, mi Señora, salió de palacio hace unas horas.

—¿Con qué propósito?

—Nada dejó dicho, mi Reina.

Nebulosa le tendió los brazos y Pleamar la acurrucó en su pecho, dejando que su cabecita buscase el sueño al compás de los latidos de su corazón.

¡Cuánto pesa!

Por fin juntas, madre e hija se dejaron llevar por un instante mágico en que la paz anhelada lo llenó todo, derramándose por el borde de sus almas como olas regresando tras bifurcarse de un mismo e íntimo océano. *¡Qué sencillo es todo y qué difícil lo hacemos!*, pensó arrobada por la plenitud de aquel instante. Y Pleamar cobró nueva conciencia de algo que ya sabía, de la primera enseñanza de los Sabios Inmortales, y pensó en que el destino del hombre no es aprender, sino olvidar, porque todo lo que acumulamos no hace más que cubrir de sombras aquello que lo precedía, y así siempre somos la suma de dos o tres parcas realidades, eternamente



Crónicas de la Tierra Mestiza.

ignorantes.

Así lo de arriba como lo de abajo. Esas palabras, que los eruditos fantaseaban repletas de algún mensaje críptico, hacían referencia a Armonía, la Regla y el orden universal. Por más que nos esforcemos en elevarnos del suelo, del enlosado que soporta nuestro peso, al final, cuando lo consigamos, será para descubrir que la techumbre que hemos horadado y ascendido entre mil penalidades no eran sino las losas de nuestro piso, aquellas que nos soportaban, vistas desde su reverso.

¿Qué está arriba y qué abajo?, le susurró a la diminuta personita que cabeceaba en su regazo. Cada vez que damos un paso, ¿avanzamos, retrocedemos o huimos? Todo depende del punto focal, que es siempre el plano del espectador. Y pensó que demasiadas cosas dependían del plano del espectador. Quizá fuera mejor quedarse inmóvil y tener siempre la misma perspectiva.

Miró a su hija: el sueño se la había llevado de su lado. Ahora era un cuerpo inerme, suspendido del cielo de los sentidos.

—Ya se ha dormido. Lleváosla —restalló.

Las nodrizas se apresuraron, y arrancando a la niña del regazo de su madre, se alejaron de puntillas, como si carreteasen un jarrón tan infinitamente pesado como endeble y quebradizo. *¡Malditas imbéciles! ¿Dónde estará Parábola?* Pleamar se las quedó mirando descender hacia los jardines hasta que desaparecieron de su vista.

—Los niños necesitan algo más que sirvientas a su alrededor, Pleamar.

A su espalda, Bakenkhonsu, su tío y ahora Primer Profeta de Amón-Re, sonreía, agasajándola con una leve inclinación de su cabeza.

—Sois vos y gente como vos los que me alejáis de mis deberes de madre.

—Ciertamente.

—Yo misma apenas conocí a Hapu, mi padre, Justificado Sea. Antes estaban el país, la crecida, las guerras, las intrigas de palacio, las constantes peticiones de los sacerdotes del Oculto...

El Primer Profeta del Oculto Dios Amón-Re decidió no darse por aludido.

—Todo en la vida en una cuestión de prioridades.

—La Tierra Mestiza es mi prioridad, ¿acaso lo dudáis?

Pleamar sabía que Bakenkhonsu no la juzgaba. De hecho, no le creía capaz de emoción alguna. Calibraba, sencillamente, la situación, para estar mejor informado que nadie y obtener el mejor provecho. Nunca se sabe a qué barca tendrá uno que subirse. Ajep era, pese a todo, el Rey legítimo del Doble País. Tal vez la Reina Pleamar estuviera ya demasiado cansada de jugar a ser un hombre y deseara dedicar su tiempo a cuidar de su hija. Una decisión semejante contentaría a muchos. Pleamar



Crónicas de la Tierra Mestiza.

se dio cuenta que su tío, lejos de ser el guía con que fantaseaba la ayudaría una vez llegara al trono, había acabado por convertirse más en una carga que en un aliado.

—En absoluto, solo quería hacer brotar vuestros sentimientos, vuestras preocupaciones, hacerlas Verbo, para así poder serviros mejor, aconsejaros mejor, en conocimiento de la verdad.

La Reina se volvió y, luego de titubear, echó a andar hacia su lecho, junto al cual descansaba el arcón de sus pelucas. El postrer, acaso el único gesto de rebeldía que se permitía a estas alturas descansaba en aquellas hebras de cabello. Cuando alguien, algo, a menudo ella misma, le hastiaba, le ofendía, le asqueaba, la Reina Pleamar se cambiaba de peluca. Con un tocado distinto, se imaginaba una mujer distinta. Un engaño tan pueril basta a veces para volver a levantar la vista hacia un universo gastado de tanto reflejar la misma insensatez, día tras día.

—Mi verdad es solo mía, tío.

—Si vos lo decís, Majestad.

Abrió el cofre y extrajo la peluca más ostentosa que encontró, espiral imparable de trenzas en fibra vegetal que descendían por sus hombros y venían a morir al final de su espalda. Se volvió, un poco más tranquila. Luego llamaría a una sirvienta para que anudase los rizos más rebeldes.

—Supongo que vais a explicarme de una vez el objeto de vuestra visita, ese ruego de vuestro Dios que debe ser atendido. Seréis franco también, espero, con todos los Deben de oro que va a costarme.

—Mi Señora tiene el don de saber lo que mis labios van a pronunciar, y el don de...

En el lecho de la Reina alguna cosa se removió. Bakenkhonsu dio un paso atrás, sobresaltado y casi feliz. ¿Acaso Ajep y la Reina se habían reconciliado sin él saberlo? Era fundamental que ambos pareciesen unidos antes de terminar de despejar a su niña el camino del gobierno en solitario. Ahora no era el momento de ganarse enemigos, sino el de la prudencia y...

—Ah, Príncipe Bakenkhonsu, buenos días, ¿qué hacéis aquí tan pronto?

Neheb se frotaba los ojos con energía, intentando fijar la vista. Su actitud impune, la postura obscena, su presencia en aquel lecho, resultaron una ofensa que la razón del Primer Profeta no pudo controlar.

—Disculpad.

Una figura que se aleja. El Sumo Sacerdote del Dios Oculto casi estaba ya fuera de las habitaciones. La voz de la Reina silbó en el aire como un azote de mimbres sobre la carne del reo.

—¡Bakenkhonsu!



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Se detuvo. Se hizo el silencio.

—Aún no me habéis explicado ese asunto de vuestro Dios.

—Puede esperar.

—Pero, creía que era urgente y que...

—Esto no era necesario, mi Señora.

—¿El qué?

Bakenkhonsu volvió su rostro. Tenía los labios crispados. Su expresión transmitía un desprecio franco, sin fingimientos ni máscaras, que Pleamar nunca antes ni después tendría ocasión de contemplar. En ese momento se sintió confusa, insultada, pero más tarde, a solas y sin su peluca ni sus adornos, paladeó aquel instante y dejó fluir el recuerdo en la memoria hasta que este perdió el sabor y la textura, y solo le quedó un regusto amargo, una presión en el pecho, un ardor delicioso.

—Gobernáis sin injerencia. Todo el mundo sabía lo que hacíais con vuestro Mayordomo. No era necesario restregárselo por la cara al Rey, durmiendo juntos a la vista de sirvientas y nodrizas. ¿No veis que lo enfrentáis a una situación insostenible?

Neheb se alzó, desnudo y somnoliento, y abrió los brazos hacia su interlocutor, como si fuera a abrazarle. Este retrocedió envarado hasta tropicarse con una silla.

—Vamos, amigo, he pasado unos días terribles desde que me fue impuesto este horrible artilugio por los esbirros de la SoGen. —Cogió con dos dedos el implante que manaba de su cuello como si fuese una serpiente a punto de clavarle sus colmillos—. Pleamar solo me consolaba. Además, era tan de dominio público nuestra relación que pensamos...

—Tú cállate, imbécil.

Una sirvienta entró en las habitaciones. Iba a inclinarse ante su Reina. Vio al Mayordomo en cueros, a Pleamar junto a él mirando al frente con los puños apretados y el perfil rojo de ira. Oyó las palabras del Sumo sacerdote de Amón-Re: *Tú cállate, imbécil*. Con gesto pausado, como si no estuviese allí, retiró la parte de su cuerpo que ya estaba dentro de la estancia y huyó a toda prisa.

—No puedes hablar así a un Rey y a su...

—Vos no sois Rey, sino Reina, y no llegaréis a ser lo primero sin mi consentimiento.

—¿Cómo os atrevéis?

—Me atrevo porque puedo, Majestad. Pero no os engaños, ahora mismo y con este gesto, os habéis ganado mi apoyo en vuestra farsa de convertirlos en Soberano del Doble País. Siempre dudé que tuvieseis lo que hace falta. A veces pensaba que tendría que hacerlo todo yo. Ahora sé que podéis ser tan cruel como el peor de los hom-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

bres que os precedieron al frente del Doble País.

Pleamar se quedó muda. De alguna manera, si lo que pretendía era insultarla, lo había conseguido.

—¿Accederéis a lo que hace años os pedí? ¿Lo haréis por fin?

—Sí, desde luego, haré que redacten el sueño de vuestra bisabuela. Cómo la Reina Solsticio fue fecundada por el mismo Amón-Re para que diese a luz a una mujer Rey. No tiene el menor sentido, pero, como ya os dije en otras circunstancias y en otro momento, en cosas de religión nadie nota la diferencia.

—Os estaré eternamente agradecida.

—A su debido tiempo os haré llegar la cuantía exacta a la que debe ascender vuestro agradecimiento. Espero que os queden aún suficientes tierras y lingotes en el tesoro.

Una figura que nuevamente se aleja. El Sumo Sacerdote del dios Oculto había alcanzado ya el umbral de la puerta.

—Supongo que ahora ya he obtenido dispensa para retirarme —dijo Bakenkhonsu a modo de despedida, y sin ni siquiera esperar respuesta.

—Sí, podéis... —comenzó Pleamar, pero no acabó la frase. Su tío ya no estaba.

Bakenkhonsu abandonó las estancias con paso firme, las huellas de un enfado terrible aún deformándole el rostro. Lo último que vio fue a Pleamar y Neheb mirarse anonadados, sorprendidos de sus arrebatos, conscientes por fin del decisivo poder de Amón-Re y aquellos que le sirven, conscientes por fin de que solo gracias a Él seguirían en el poder, conscientes también de que solo Él podía arrebatárselo. Esto último era peligroso, pensó de pronto Bakenkhonsu. Tal vez un día, los Reyes se levantasen contra los sacerdotes del Oculto si no aprendían a expoliar a la corona de una forma más sutil y engañosa. De pronto, se arrepentía de haber perdido la compostura y se preguntaba cómo había sido capaz de enfrentarse a un hombre al que temía secretamente: Neheb, la serpiente Kau.

—Sí, mi Señor Rey Pleamar —dijo.

—A las órdenes de su Majestad, mi señor Rey Pleamar —añadió, con gesto contrito.

—Siempre a su servicio, mi Rey, y al de su Mayordomo —murmuró mirando servil a una pared de simbio-piedra que titiló como si pudiese escucharle y ensayar una reverencia.

Mientras ensayaba giros laudatorios y otras necedades que agradan a los poderosos, Bakenkhonsu fue olvidándose poco a poco de su ira y decidió concentrarse en las consecuencias de aquel encuentro. Todo debía precipitarse; pronto se sabría que Pleamar y su Mayordomo dormían juntos, y el Rey se vería forzado a sancionarlo y condenarse o enfrentarlo y tratar de deshacer la madeja que el gordo Príncipe



Crónicas de la Tierra Mestiza.

llevaba tantos años enredando. Así pues, la suerte estaba echada, el estrecho hilo que sustentaba al verdadero Rey, a Ajep, en el universo de los vivos, debía ser cortada.

4

Aquel hombre era un monstruo, una víbora del desierto, el peor de los seres sobre la faz de la tierra. El día de su nacimiento debieron conjurarse todas las señales nefastas para que las tinieblas arrojasen de su seno a alguien tan impuro, tan deshonesto, capaz de hacer en cada uno de sus actos gala de una perversidad apenas imaginable.

Parábola dio un último paso vacilante antes de arrojarse en su lecho. *Diré que me encuentro mal, una fiebre*, pensó. Sintiendo la comezón de la redoma en su palma, cerró el puño hasta que la mano empezó a dolerle de forma insoportable. *La Señora querrá saber, vendrá a verme. ¿Cómo podré ocultarle la verdad? ¡Oh, bendito Amón!*

Intentó recordar con nitidez el momento preciso en que lo comprendió todo por fin. El idiota de Bakenkhonsu hablaba y hablaba, llevaba una eternidad lamiéndola con lisonjas y verborrea de mendicante. *¡Ojalá su Ka se hubiera podrido antes de ver la luz!* Y entonces le mostró la redoma. Sonrió, habló de sus efectos, de la necesidad de cumplir con los designios del Oculto. ¿Qué sabría aquel patán de lo que Amonra-sonther, Rey de los dioses, en su gloria, dictaminaba para enfrentar los avatares del universo y sobrevivir al tiempo?

—Todos lo tomarán por un fallo de su corazón cuando muera el bueno de Ajep; al fin y al cabo, el padre pereció en la misma forma y nadie sospechó nada. Tampoco lo harán ahora. Además, hoy nuestros aliados son muchos más y mejor situados. No me gusta dejar ninguna cosa al azar...

Y el patán siguió su charla acerca de las necesidades del estado, de la pequeña Pleamar y el infame Ajep, de que los muertos se removerían en sus tumbas si veían a alguien que no fuera la divina hija de Hapu en el trono fabuloso del Doble País. Y siguió hablando.

La divina hija de Hapu.

Hapu el Grande.

El padre pereció en la misma forma y nadie sospechó nada.

Procuró encajar el golpe sin apenas un pestañeo. Dios, ese perro era capaz de reconocer en su torpeza que había asesinado al Horus Viviente y proseguir recitando las glosas de los Sabios Inmortales, el verbo de la divina Enéada e intercalar sus blasfemias con chanzas y muecas para atraerla a su bando. Divino Khonsu, ¿acaso no se le estaría insinuando? Procuró retirar esa idea de sus pensamientos, no quería



Crónicas de la Tierra Mestiza.

que la náusea nublase ahora su entendimiento.

—Vos, mi querida Parábola, sois una persona respetada y querida en palacio. Por todos. En mí los enemigos de la luz reconocen al siervo mejor y más destacado de la Reina, no me sería posible ni en un millón de años acercarme a Ajep y suministrarle..., bueno, por así decirlo, nuestra medicina. Pero vos...

Su corazón recordó la rápida agonía de Uadjamosis, o la prematura y muy desgraciada muerte del primer primogénito Amenmosis. En verdad, en el fondo de su alma, nunca creyó que Marea fuese responsable de los crímenes que se le atribuyeron. ¿De cuántos pecados atroces tendría que dar cuenta aquel monstruo el día que pesasen sus actos en la Sala de las Dos Verdades?

—Mi abuela, la muy poderosa Señora del Cielo —dijo entonces Bakenkhonsu—, siempre me habló de vos con admiración y simpatía. Os tenía por una persona de intachable conducta y fidelidad a...

La bruja Constelación. Poco a poco, las piezas sueltas en su cabeza fueron uniéndose en un tenebroso engranaje. La maga había sido la última gran Reina del país. Hija de una época de luchas y de muerte en que los hombres batallaban y morían recién salidos del gineceo, el harén real, había contemplado a su madre Telaraña y a sí misma regentando un país de niños-Reyes, decidiendo en nombre de ellos el porvenir de sus súbditos, remedos de Isis y Horus en una misma entidad. No, ellas nunca creyeron en el destino. Y, al final, no les había sido imposible sobrevivir a su propia muerte para dictar el sino de la Tierra Mestiza.

Los Nlòplales de flores amarillas.

Sí, porque también estaba todo aquel maldito asunto de los Nlòplales. Recordó lo que le había explicado su madre; ella había estado allí, con Constelación, cuando trajeron el cadáver del último Rey muerto por los Puros solo-humanos, el niño Rameses. ¿Y si todo fuera una maldición de los cielos por nuestra soberbia, por creer que podemos cambiar el equilibrio de las cosas, recrear la Armonía, trastocar el baremo de la Regla, por sabernos mejores y más poderosos que los propios dioses?

—¿Y bien?

Bakenkhonsu esperaba. Con calma mal disimulada, el Príncipe golpeaba con la yema de sus dedos la pulida superficie de su tablero de Senet..., y seguía esperando. Tal vez llevara un buen rato en silencio mientras ella vagaba absorta en sus descubrimientos, en el hallazgo de todas las mentiras y de unas pocas verdades.

—¿Qué debo hacer? —inquirió, temblorosa.

—La forma, poco importa. Intimaréis con él y le daréis un remedio para sus males. No temáis. Confía en vos, no en vano fuisteis también su nodriza.

Sí, maldito estúpido, también fui su nodriza. ¿Cómo puedes esperar que yo...?



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Sabré satisfaceros, Príncipe; a vos y a los mandatos del Oculto.

La entrevista se acabó poco después. Bakenkhonsu no parecía satisfecho con tan velado consentimiento y tuvo que hacerlo explícito de un centenar de formas diferentes. Al fin, probablemente percibiera la fatiga que la dominaba y la dejó a solas con el peso de tantas cosas nuevas que nunca quiso descubrir.

En verdad que el conocimiento es la primera fuente de dolor.

Parábola dio un último paso vacilante antes de arrojarle en su lecho. *Diré que me encuentro mal, una fiebre,* pensó. Sintiendo la comezón de la redoma en su palma, cerró el puño hasta que la mano empezó a dolerle de forma insoportable. *La Señora querrá saber, vendrá a verme. ¿Cómo podré ocultarle la verdad? ¡Oh, bendito Amón!*

Pero eso ya lo había vivido. ¡Llevaba dando vueltas y más vueltas a la última hora de su vida, incapaz de seguir adelante!

Y, de pronto, cobró conciencia de que tal vez la Reina ya estuviese informada, de que Bakenkhonsu y ella misma quizá fueran instrumentos de su afán, de su venganza, de su sueño de convertirse en Rey. Acaso la bruja Constelación hubiese ya entrevistado y mudado el porvenir de la pobre Parábola, como el de todos sus súbditos; y el porvenir es como un yugo, podemos tirar de él, hacia él, o detenernos. La muerte, la partida, es el único acto libre del alma en su viaje al lugar de los vivos.

Y aunque fue incapaz de conciliar el sueño, la tarde entera transcurrió sin que pudiera despertar de sus pesadillas.

5

La estatua de la mujer vieja le miraba. Estaba seguro. El Heredero dio la vuelta a la talla y la observó desde atrás, y luego otra vez por delante; la exploró de costado y de perfil, y finalmente se echó al suelo para vigilarla desde abajo. El rostro de roca titilaba, listo para erguirse si se atrevía a poner sus manos infantiles encima. Se trataba de simbio-piedra y sin duda había sido programada para causar respeto a los incautos que pasearan por aquellos jardines. Pero lo que Menkhep no sabía era si las brujas Lithistas podían hacer que esa cosa le mirase y le pusiese mala cara. Maldita mujer vieja y mala. Constelación, la Gran Esposa Real, Señora del Cielo y el Alma del Lugar de la Verdad. Ese había sido su nombre. El Heredero sabía quién era por su última nodriza, que era devota de aquella mujer tan mala. Al Heredero le gustaba escuchar a los mayores, se sentaba con un juguete en la mano y les escuchaba. Se aprendía mucho más que preguntando.

—¡Toma!

Su hermana, Galaxia, le dio un empujón cuando intentaba levantarse y cayó de bruces en un lecho de flores. Cuando la cogiera se iba a enterar. Uno de los mayores se acercó a reñirla, pero la niña corría ya entre risas hacia los arriates. Se alejaba.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Otros adultos la siguieron, entre ellos su nodriza.

Menkhep, el hijo mayor de la Segunda Esposa Horda y del Rey Ajep, se escapó a gatas de los mayores y se adentró en el jardín bulboso, entre las begonias. Entonces vio al bicho, que se arrastraba dejando un rastro blanquecino como leche de burra. ¿Estaría bueno? ¿A qué sabría? Intrigado, lo apresó entre dos dedos y se lo llevó a la boca.

—Bendito Amón... —dijo una voz a su espalda.

La bofetada le empujó un Codo hacia atrás, provocando su estupefacción primero y, más tarde, un llanto fogoso e inextinguible. La babosa, entretanto, había salido disparada hasta el tallo de una begonia y arrastrándose se adentró en el pequeño bosque esperando no despertar nuevo interés ni nuevas iras.

—¡Menkhep! ¿Así piensas que se debe comportar un Príncipe, tumbado en el suelo comiendo desperdicios y gusanos? —dijo de nuevo aquella voz.

Para al niño Menkhep las palabras de su madrastra, la Reina Pleamar, eran como la arena en el desierto. Su rostro le ardía y, en ese instante, la realidad nacía, se trazaba y concluía en esa sensación. Dolor. Un dolor provocado por la Reina Pleamar. Un dolor provocado a él, que no había hecho nada. Procuró recordar y ni siquiera sabía qué había hecho. Ella era mala. Por eso le había pegado.

—¡Mala!

Pleamar ni le escuchó. Vestía el mismo caparazón ceremonial que había vestido la vieja Señora del Cielo y se sentía satisfecha de recuperar aquella vieja tradición. Todavía airada, se volvió y aulló a unos y a otros órdenes rápidas, cortantes.

—La nodriza, ¿dónde está la nodriza?

Unos pasos, un rumor creciente, embarazoso..., disculpas, gritos. Otra vez los mayores y sus gritos.

—Yo solo me descuidé un instante. La niña Galaxia se escapó y...

Los mayores siempre gritan.

—¡Maldita estúpida!

Menkhep supo que aquel mismo día tendría una nueva nodriza. Si ya hubiera aprendido los números sabría que era la sexta en sus tres años de vida. Pero para él solo eran muchas. Caras vagando en sus recuerdos, gestos atemorizados. Hubiese preferido no tener nunca más nodrizas.

—Nunca más —dijo, pero, como siempre, los mayores no le escuchaban.

—Nuncaa maas —repitió una voz a su espalda. Sonrió. ¡Nebulosa! Su hermanastra le miraba con sus grandes ojos de lapislázuli. Su nodriza la había dejado en el suelo para intervenir en la discusión y la hija de Pleamar no había perdido ocasión



Crónicas de la Tierra Mestiza.

de acercarse hasta él.

—Estaba conmigo —se disculpaba entretanto una amedrentada nodriza—; también el Heredero. Pero, de pronto...

Los mayores siempre tienen miedo. Siempre dan excusas.

—Nunca más —dijo Nebulosa.

—Nunca más.

Se echaron a reír. Su hermanastra, en ese instante, con un mohín de sus labios, un destello de sus ojos, un balanceo de sus cabellos, consiguió llenar todo el universo.

—¡Malos! —dijeron al unísono, refiriéndose a todos los adultos de la Tierra Mestiza.

Cogidos de la mano avanzaron entre las begonias, los gladiolos, las fresias, las azucenas. El paraíso no parecía tener final. Pero se cansaron de andar y se sentaron en el suelo a jugar con los guijarros. Entonces oyeron los gritos.

Nos buscan, pensó. Nos han perdido de vista mientras discutían y ahora no nos encuentran.

—Malos —dijo.

—Malos —asintió Nebulosa, que aún no había cumplido los dos años y tenía problemas para pronunciar las *es* y las *des*.

El cráneo afeitado del Primer Profeta de Amón-Re, su tío Bakenkhonsu, apareció tras una higuera, en el borde del camino, donde empezaban los frutales. Su prima Nebulosa estiró la mano y un guijarro impactó en su frente. Galaxia, su hermana, que había aparecido gateando detrás del sacerdote, se echó a reír y a batir palmas. Intentó coger una piedra del suelo, pero era demasiado pesada, y luego de hacer una mueca de fastidio, se sentó en ella.

Bakenkhonsu se frotó el cogote y les miró consternado.

—¡Les he encontrado! ¡Aquí! ¡Aquí! —le oyeron que vociferaba.

—Mallo —dijeron al unísono Nebulosa y Galaxia.

Antes incluso que llegaran a acercarse lo suficiente para poder ponerles la mano encima, el gesto furioso de su Pleamar hizo que su hermanastra se echase a llorar.

—¡Culo no! —gritaba Nebulosa, mientras intentaba erguirse para huir de su progenitora.

Menkhep se adelantó y cogió a Pleamar de una pierna, tratando de impedir que castigase a Nebulosa. Ella intentó zafarse y luego permitió que Bakenkhonsu la ayudase. *Demonio de crío*, murmuró. Nebulosa echó a correr, pero a los dos pasos ya había sido cazada y a sus oídos llegaron atronadoras palmadas en sus nalgas.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡No! ¡No!

Nebulosa dejó de gritar y empezó a sollozar. Un guardia se llevó a las dos nodrizas caídas en desgracia. *Ninguna es como Parábola*, pensó la Reina, y volvieron aquellas órdenes rápidas, cortantes. Bakenkhonsu había cogido a Menkhep en volandas. Nebulosa seguía llorando. *Yo no he hecho nada*, pensaba el joven Príncipe, *todo esto es terriblemente injusto*.

—¡Aaah! —gimió su tío.

Había tenido que morderlo. Solo un poco, claro. Le soltó un momento en el suelo y consiguió zafarse. Varias manos se abalanzaron hacia Menkhep, pero consiguió pasar entre las piernas de alguien, cogió carrerilla y embistió a la poderosa Reina del Doble País, cayendo ambos aparatadamente sobre un macizo de begonias.

—Nunca más —le espetó a la cara de la mujer más poderosa del mundo conocido.

Nebulosa había dejado de gritar. Menkhep estaba tumbado boca abajo en el suelo. La babosa estaba quieta a su lado, paralizada por tanto alboroto en su hasta ese momento idílica existencia. El Heredero vio del revés a su tío Bakenkhonsu que se acercaba removiendo la cabeza. Se puso en pie. Pleamar se incorporó con la ayuda de unos sirvientes. La vio venir. Tuvo miedo, pero algo superior le obligó a inclinarse y a recoger al bicho del suelo. Tibio, viscoso, jamás debería habérselo metido en la boca. Ella tenía razón. Pero no importaba. La mano silbó en el aire como un azote de mimbres sobre la carne del reo. Luego se vio a sí mismo volando proyectado cuatro Codos más allá.

—¡Oh, Dios mío! —oyó que decían todos a su alrededor, sorprendidos por la furia de su Señora.

Esta vez no lloró y se levantó mirándola fijamente. Sus ojos eran como el fuego. El miedo había desaparecido.

—Mala.

6

Como matar a un hijo.

Ella lo había amamantado, le había abierto las puertas al mundo, le había visto crecer. Era un crimen tan horrible como matar a un hijo. Supo que sería incapaz de hacer algo semejante. Antes acabaría con su propia vida.

—¡Oh, mi aya querida! Pasad, pasad, por favor —la invitó Ajep, con aquella voz tan dulce que guardaba solo para ella—. Los asuntos de estado pueden esperar hoy. No todos los días recibo una visita tan anhelada. Pero cómo, ¿dudáis? Acercad una de esas banquetas. Así, cerca de mí. Tan cerca que no pueda dejar de sentir vuestras



Crónicas de la Tierra Mestiza.

historias. Sí, mi aya querida. ¿Os acordáis de la historia del Rey y los magos, o la del Príncipe Predestinado, de todas las veces que llenasteis mi aburrimiento con su odisea? ¿Me la explicaríais una vez más? ¿Solo una vez?

Parábola había intuido desde el principio que sería así, tan imposible como hincar una daga en su propio corazón. Y Ajep, el pobre niño Ajep, no había cambiado nada en todos aquellos años, y la miraba esperando su historia. ¡Oh, Amón! ¿Qué culpa tenía aquel pobre huérfano abrumado por los crímenes y las intrigas de otros? ¿Por qué el conocimiento, lejos de liberarla, la quemaba como fuego en las entrañas?

—La historia del Príncipe Predestinado, aya querida.

Se miraron. Ajep sonrió. Apenas una corta túnica para cubrir su cuerpo pequeño y delgado, una expresión turbia y sombría que trataba de mostrar entusiasmo, una mesa llena a rebosar de documentos y utensilios de escriba; todo en cuidadoso desorden, cada cosa fuera de su lugar y al alcance de la mano. Aquel muchacho nunca había sido Rey, su alma había vagado desde el primer momento en otros campos de batalla, en lugares donde los hombres y sus intrigas no tienen cabida, tras murallas que los grandes de la Tierra Mestiza no sabrían escalar, murallas hechas de signos, de tinta negra y roja, de papiro, quimeras y fantasmas.

—Tal vez, aya querida, queráis que me tome ya el contenido de esa redoma que escondéis entre los pliegues del vestido, pero prefiero que hablemos, es aún media tarde. Nos sobra tiempo.

Parábola sintió un puñal que le rasgaba por dentro. Su traición, su dolor, ¿eran acaso tan visibles? ¿Tan embustera era la mueca con que cubría su espanto? Esos monstruos de palacio la habían convertido a ella en otro monstruo. ¿Acaso, a sus setenta y cinco años, tenía que perder la dignidad por culpa de los poderosos?

—Hijo mío...

—¿Os inquietan otros asuntos? ¿Tenéis prisa?

—En absoluto, mi niño.

—Entonces, os agradecería la historia del Príncipe Predestinado.

—Esa es la historia de Pleamar, mi niño, su sueño.

—También es mi historia, mi pesadilla tal vez. Pero tan mía como suya, aya querida.

Trató de recordar. Pensó, rebuscó en sus recuerdos. ¿No era la historia preferida de la vieja bruja Constelación? Muchos años atrás la había escuchado de sus labios por primera vez. Casi lo había olvidado.

—Fue hace mucho tiempo, un Rey que no tenía descendencia de varones...

—¿Era un buen Rey, aya?

—Sí, sin duda, mi niño. El mejor de todos. Como vos. Pienso que él tampoco qui-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

so nunca ser el Soberano de este país. Eso le hacía más fuerte. No temía a las conju-
ras, solo a la magia.

—Yo no temo a la magia. La magia no existe, aya. Nosotros la hacemos existir.
Igual que a Dios.

Parábola continuó con su historia ajena al significado de aquellas palabras. Y
juntos asistieron al nacimiento del Príncipe, a la maldición de las Háthores (*morirá
por el cocodrilo o por la serpiente o por el perro*), a la construcción de la cárcel y pala-
cio en la que el joven pasaría su infancia y adolescencia, a su huida, su exilio, su for-
tuna en la tierra de los Kemit y su regreso al Doble País, donde le esperaban la mal-
dición de las Háthores y su destino: la muerte.

—¿Crees realmente, aya querida, que si el Príncipe hubiese renunciado a su
nombre para siempre, viviendo como un rico comerciante venido del este, las Hátho-
res no habrían podido tocarle?

—Eso creía Nuestra Señora del Cielo, la gran Constelación. Eso cree Pleamar.
Piensan que podemos engañar a dioses y a hombres a nuestro albur.

—Pero tú, aya, ¿qué crees?

Parábola era una hija del Gran Río, y sus aguas corren pausadas como la vida.
Inundación, Siembra y Cosecha. Siempre igual. Los dioses crearon un mundo de re-
peticiones. Sus hijos no deberían pensar siquiera en variar la cadencia del universo.

—Creo que nadie tiene la potestad para enfrentarse a su destino. No importa que
pueda eludirlo, importa que sepa aceptarlo.

El Rey extendió una mano y pronto descansó en su palma la redoma. *¡Qué poco
pesa!*, se exclamó. Una copa la esperaba en la mesa, entre la hoz para cortar a medi-
da las hojas, junto al mortero para moler los pigmentos. Se puso un pincel de reserva
en la oreja, como hacen los escribas cuando iban a empezar una tarea muy extensa y
saben que necesitarán más de uno para concluirla.

—Sois sabia, aya querida. Mucho más de lo que vos misma imagináis.

Apuró la copa de un trago. No se dijeron nada más. El Rey estuvo largo rato vuel-
to de espaldas, mirando a las estrellas resurgir en el horizonte. Cuando los primeros
efectos del veneno hicieron su aparición, y Ajep comenzó a temblar en su banco como
si estuviese bebido, la nodriza se colocó tras su niño y le abrazó por la cintura,
dejándolo caer sobre ella.

—Me siento cansado, aya querida, como si el mundo no dejase de dar vueltas y
yo estuviese en el vórtice de su espiral.

Los primeros espasmos fueron los más terribles. El Rey estuvo a punto de desasir-
se y caer al piso. Tuvo que agarrarlo con todas sus fuerzas. Ajep gemía, devorado por
el dolor. Los espasmos se fueron sucediendo, uno tras otro, con invisible compás, con



Crónicas de la Tierra Mestiza.

aguda perseverancia. Parábola estaba segura que cuando los dioses la juzgaran por su crimen en la Sala de las dos Verdades, ese sería su castigo. No el lago de Fuego. No más llamas. Bastaría revivir aquella escena para destruirla.

—Aya querida...

El Rey había dejado de temblar e intentaba incorporarse, con la vista perdida en las estrellas que tintineaban al borde de la losa de los cielos.

—¿Sí, mi niño?

—Aya, cuéntame otra vez esa historia, la del Rey que no tenía hijos varones, otra vez, por favor.

No tuvo fuerzas para negarse.

Hubo una vez un Rey triste, porque, aunque parezca mentira, los Reyes también pueden estar tristes, mi niño. Hubo pues un Rey muy triste, que padecía el gran sufrimiento de no tener ningún hijo varón. El Oculto, sin embargo, se apiadó de él y le concedió un hermoso heredero, sano y fuerte, que pensaban todos sería la bendición de la familia. Pero las Háthores se llegaron hasta la cabecera de la cama del niño e hicieron su profecía: morirá por el cocodrilo o por la serpiente o por el perro, dijeron, y todos huyeron aterrorizados, pues es bien sabido que los nudos que las hijas de Hathor enredan, nadie puede deshacerlos.

7

Kamutef se despertó con el cuerpo dolorido, como si hubiese ascendido una montaña en la noche y la cima tan solo se insinuase entre nubes, tras el horizonte.

Había amanecido ya. Remolino parloteaba en sueños a su lado en el lecho, satisfecha. La dama Remolino. Pensó en cómo se sentiría aquella hembra caprichosa después de haber conseguido lo que hacía tantos años perseguía. Quizás ahora entendiera que un pobre cuerpo campesino no era algo que su paladar debiera codiciar. Pero no tendría tanta suerte. Kamutef se levantó y, perezoso, envarado, vagó unos momentos por la habitación en penumbra antes de cubrirse con una sencilla túnica y salir al balcón, desde donde pudo contemplar el despegue de un cohete de pruebas: la última extravagancia de la SoGen, que desde el Dominio de las Esposas del Dios había planificado iniciar una nueva era de viajes interestelares, aunque de momento se conformaban con mandar perros y monos en naves de prueba que estallaban luego en el aire hechas añicos. Sin embargo, pronto iban a ir más lejos. Desde la balconada podía ver a lo lejos la montaña donde habían construido su centro de actividades espaciales, en las afueras de la ciudad occidental. Había oído decir que las mujeres de la SoGen habían elegido ya a aquel o aquella que pilotaría la primera nave tripulada de la historia: un Loo hermafrodita genuino, un tal Vértice.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—¡Malditas mujeres extraterrestres! —exclamó, pero en realidad su mente había regresado al punto inicial, a la dama Remolino y el lecho que acaba de abandonar.

Había cedido por Irta. No, lo hizo porque estaba cansado de luchar, o por ambas cosas, no valía la pena engañarse. Aquella bruja, sabiendo por experiencia que su presa no tenía un punto flaco donde golpearle, lo había creado para luego amenazarle con su destrucción. Ese muchacho curioso, irónico, mordaz en las palabras y extravagante en los gestos, le tenía robada el alma. Ese chiquillo y su propia debilidad le habían conducido a aquel lecho donde, a decir verdad, no lo había pasado del todo mal. Bueno, nada mal.

—Le mataré —le había dicho—. Tal vez Jeda remueva a todos los vampiros del Lago de Fuego si te toco un pelo de la cabeza, pero juro que tu hijo será mañana un Osiris si no apagas la sed que me abrasa desde hace tantos años.

¡Maldita mujer!

Pero no importaba, seguramente el propio Irta encontraría aquella situación lo bastante divertida para agujonearle con mordaces preguntas durante días enteros, meses tal vez. Ya lo imaginaba esperándole junto a los macizos con una sonrisa de oreja a oreja, sabedor que habían pasado quince horas y toda una noche desde que marchara a visitar a Remolino a su mansión después de su nota de apremio. *Una mañana espléndida y llena de buenos augurios, padre*, diría. *Os eché de menos al despertar, ¿marchasteis acaso a por semillas al almacén?* Y él sonreiría, y ambos sonreirían.

¡Maldito crío!

Entró de nuevo en la habitación y terminó de vestirse. Deseoso de escapar de aquel lugar, descuidó por una vez su aseo y salió a la calle. Afuera se hacinaban los incontables moradores de la ciudad de Ity-tawi, la ciudad de Amón-Re y la Divina Tríada, construida a imagen y semejanza de la Tebas egipcia. Una urbe donde el alboroto no te dejaba oír, el hedor no te dejaba respirar, el trasiego de millones no te dejaba moverte.

¡Malditos dioses!

Kamutef trató de imaginarse otro bullicio bien distinto, pero acaso aún peor: el de palacio; aquel universo teñido de oro, turquesas y lapislázuli, y quiso compararlo con este otro por el que ahora transitaba, con el sudoroso mudar de centenares de anónimos rostros por las callejuelas de la capital. No pudo. Cuando se quitaba la peluca, los ropajes suntuosos y los raros afeites con que todos se embadurnaban el cuerpo en los Reales Dominios, dejaba de ser el Maestro de los Jardines del Dios Bueno Ajep, el hombre poderoso que había ascendido a la sombra de su tío. No. Ahora era solo Kamutef, hijo de Senra.

Se dejó llevar, convertido en uno más. Una vieja chalana de pasajeros, una de las



Crónicas de la Tierra Mestiza.

pocas que aún navegaban el Gran Río a la vieja usanza, le llevó a la Ciudad Occidental en medio del fragor de los navíos solares, que pasaban raudos a su lado levantando surcos de espuma. De allí fue a pie hasta las puertas del Doble Palacio a través de una doble hilera de aceras móviles que acaban de inaugurarse apenas un par de meses atrás. Los guardianes de la entrada tardaron en reconocerle, descalzo y cubierto de polvo. Solo tras una larga charla y luego de dar explicaciones innecesarias durante media hora, consintieron en abrir el campo de fuerza y dejarle entrar en los jardines.

Avanzó en vertical a través de los macizos y no vio a Irta ni a ninguno de sus ayudantes. Ello le preocuparía un breve instante. Luego oyó las voces y los sollozos, la alegría que algunos disimulaban tras un rostro afligido. Situó a los hipócritas en un bando, a los pocos que lloraban de corazón en el otro y supo que Ajep había muerto. El luto duraría setenta días. Los jardines estarían días enteros desiertos, algunos especímenes se echarían a perder. Una lástima. Caminó hasta el jardín bulboso y se perdió entre las begonias y las fresias, inquieto por su mal estado. Era como si hubiera pasado por allí una manada de antílopes; muchas habían perecido aplastadas, otras colgaban moribundas de sus tallos, y las últimas, arrancadas, yacían en el suelo.

Malditos nobles y sus juegos.

Alcanzó el Templo del Norte sin apenas darse cuenta.

—Vaya, sobrino, ¡qué alegría verte! Siéntate, por favor.

Jeda le esperaba junto al kiosco, bajo la sombra de los granados que cobijaban el paseo. Sentado en la posición del escriba, parecía por su expresión a punto de echarse a dormir. Al principio, tuvo dificultades para reconocerlo. ¡Estaba tan joven! Tendría unos treinta años. La misma edad que cuando le rescató de Ipu, de los cocodrilos, las hienas y de una existencia lejos de la Gran Casa y sus moradores.

—Hola, tío.

Jeda asintió con la cabeza.

—Yo planté este árbol, ¿lo sabías? El primer granado de este lado del paseo. Antes estaban al fondo, donde las parras, mirando al oeste. Pero el occidente no es lugar propicio para que se miren los enamorados, para que el amante entregue a su hermana la granada, símbolo de un amor eterno. ¿No crees, hijo?

—Supongo que no.

Hacía tiempo que una sombra se movía en los jardines. Muchos la habían intuitido, algunos la percibieron un instante vagando solitaria junto a los muros, ahora él conseguía verla y hablar con ella. Los muertos retornaban a los árboles que plantaron en vida, estaban unidos a ellos por su Ka, por su espíritu y por todas esas cosas que sublimaban los sacerdotes. Compartían, en suma, un mismo hálito de vida. *Las cosas hechas por amor solo el amor puede separarlas*, decía en sus libros los Sabios



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Inmortales. Pero Kamutef sabía que su tío estaba allí por él.

—Este es mi lugar, hijo, no intentes apartarme.

—No lo pretendía.

—Pero mi presencia aquí te turba, no crees que esté del todo bien.

—¿Otros podrán verte o hablarte aparte de mí?

—No creo.

—Entonces puedes quedarte en mi jardín todo el tiempo que desees. —Dos palabras: *mi jardín*, habían surgido de su boca en un tono un poco más alto, lo bastante explícito.

—Gracias.

Se sentaron juntos. Entre los granados soplaba una brisa fresca, un soplo húmedo y tibio. Kamutef sintió que se le erizaban los cabellos.

—Así que al final sucumbiste a la artes de la noble Remolino —dijo el espectro de su tío.

—Era lo mejor.

—Un muchacho hermoso, ese Irta. Será un buen hijo, como tú lo fuiste para este pobre jardinero.

—Sí.

Siguieron hablando. Unas pocas palabras que se rellenaban con largos interludios de silencio. Y luego vuelta a empezar.

—Hijo mío, ¿fui un buen padre para ti?

—Fuiste un hombre, acertaste a veces y erraste otras muchas, como todos nosotros.

—¿Perdonaste mis yerros?

—Claro, tío, ¿no te lo dijeron los Servidores de tu Ka?

—Gastas una fortuna en unos hombres que están tan lejos de mi alma como no puedas imaginar.

—No volveré a hacerlo si no lo desees.

Otro silencio. Y otro. Kamutef se incorporó con desgana, pero también con determinación. Ya tendría tiempo de pensar en todo aquello. Ahora era un hombre con responsabilidades.

—¿Te marchas ya?

—Me esperan otros deberes: el Rey ha muerto, como seguramente ya sabes. Habrá que preparar sus exequias. —Se volvió con un rastro de duda en los ojos—.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

¿También lo mataron, tío?

—¡Psst! No hagas bromas de esas ni con los muertos. Estamos en el Doble País, donde triunfa el Orden sobre las tinieblas. ¿Piensas acaso que somos Puros solo-humanos, ignorantes y criminales? Aquí nunca nadie ha osado levantar su mano contra un Dios Viviente. Nuestros actos los gobiernan la Regla y la Armonía. No lo olvides.

—Todo el mundo lo sabe, o lo intuye, tío.

—Razón de más.

La brisa había dejado de soplar. El sol se asomaba magnífico desde las alturas. Aquella sería una jornada tórrida y seca, como casi todas.

—¿Murió en paz el Rey, en cualquier caso?

—Sí, hijo.

Kamutef dio un paso, triste porque en el mundo inferior subsistiesen las mismas falsedades que en el de los vivos. Armonía, Regla, orden, desorden, tinieblas, luz..., palabras todas sin sentido para ninguno de ellos.

—¿Vendrás pronto a verme, hijo?

—Tan pronto como mis deberes me lo permitan. —Los ojos de Kamutef sonreían—. Ya sabes, mejor será que no me esperes levantado.

8

Hubiese querido transformarse en un toro poderoso, un hombre fuerte y salvaje que pudiese dominar aquella situación. Pero él no era más que un pequeño y apocado propietario que trataba de salvar la vida.

—¡No! ¡No, por favor! Dejadme, os lo pido.

El noble de Abedju se zafó de su agresor rodando por el suelo, se dio la vuelta, se puso de rodillas y se arrastró unos Codos con la pierna izquierda aún trabada por su enemigo. Sacando fuerzas de la desesperación y del miedo, encogió la otra extremidad y la descargó con violencia hacia atrás. Se oyó un grito estrangulado y luego solo quedó el recuerdo del golpe sordo... y un cuerpo que cae.

—¡Por el enorme falo de Min!

Cojeando (le ardía el tobillo como si se abrasase), escapó de su despacho, donde su agresor había venido a atacarle. En la oscuridad, no le había visto la cara, ni... En realidad, había intuido alguna cosa mientras leía un informe de su administrador y se había revuelto, justo a tiempo para evitar el abrazo del intruso.

—Poderoso Min, soy tu siervo, en ti confío... —balbuceaba, presa del terror.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Siguió avanzando. Era el día libre de su sirvienta personal y su asistente había marchado a no sé dónde con un encargo urgente de su caprichosa mujer, la gran dama Remolino. Qué contrariedad, no podía llamar a nadie. Aquel no era su día.

—Poderoso Min, ayúdame, te lo ruego.

Decidió descender a la planta inferior y llegarse hasta los almacenes y las tierras de cultivo. Allí encontraría a los aparceros, y todos juntos retendrían al ladrón hasta que apareciese la autoridad.

—Pero...

Resbaló y cayó de costado. Una sensación punzante en la base de la espalda. Poderoso Min, aquel no era su día. Miró al suelo, cubierto de cáscaras de dátiles. Lo extraño es que no se hubiera matado rodando escaleras abajo. ¿Quién habría dejado todas aquellas...?

—Buenas tardes, mi señor. Lo lamento, pero debo aconsejaros regresar a vuestro despacho. Allí os esperan para concluir con lo pactado —dijo aquella figura aparecida de la nada.

El noble de Abedju había olvidado de pronto todos sus dolores y ahora no era más que una masa de carne acurrucada sobre sí misma, temblando febril.

—Vos sois... vos... Poderoso Min... sois...

Un ente translúcido, de lindes cambiantes, sinuosos como volutas, vestido de blanco y con el signo Maat pintado en la frente.

—Un espectro, sí, mi señor, pero esa no debería ser la mayor de vuestras inquietudes.

Siptah cogió al infeliz en volandas y lo llevó de vuelta a sus habitaciones, donde el Puro Kemit yacía desmayado con la nariz rota, el rostro ensangrentado.

—¡Despierta, bestia estúpida del desierto! ¡Vamos! —aulló el espectro.

El Kemit abrió los ojos súbitamente, como si regresara de un mal sueño. Miró a Siptah de mala gana y se incorporó mientras se palpaba las facciones, aún confuso.

—Ese puerco mestizo de Abedju, nunca pensé que tuviera tanta fuerza. ¿Dónde está?

El noble señor de la casa temblaba en un extremo del despacho, hecho un ovillo, murmurando una letanía para ahuyentar a los malos espíritus.

—Yo te conmino, espectro de ultratumba, en nombre de la piel de Sobek...

Siptah se había vuelto de espaldas tapándose sus fantasmales oídos.

—¿No puedes hacer que se calle?

—¿Te molestan esos conjuros, viejo mago del demonio? No sabía que hiciesen



Crónicas de la Tierra Mestiza.

efecto.

—Y no lo hacen. Solo son molestos, como un dolor de estómago.

La espada era uno de los sables amplificadores que usaba en el combate cuerpo a cuerpo la infantería Meshaw. Adornaba una pared del despacho, atrayendo hacia sí toda la atención. El Kemit la cogió de su soporte sujetándola con ambas manos. Tenía un buen peso.

—¡Por la gloria del poderoso Min! Puro traidor, te he tenido en mi casa todos estos años y así me lo pagas.

El noble de Abedju, hasta ese momento aterrado e inmóvil, intuyó por fin cuál era su destino y echó a correr hacia la puerta soltando improperios. El Kemit detuvo su carrera con un veloz mandoble. Ahora fue el cuerpo del amo el que cayó al suelo con un golpe sordo, partido en dos.

—Pobre estúpido y puerco mestizo.

—Pobre hombre —concedió el mago.

El líquido para bruñir el metal y un paño. El Kemit los había traído consigo, según las instrucciones de su ama. Todos conocían la pasión del señor de la casa por aquella espada. Era un ser tan torpe que halló la muerte mientras limpiaba la hoja. Se le resbaló y...

El Kemit se alejó pensando en aquella Tierra Mestiza donde todos los crímenes quedaban impunes, porque todo el mundo tenía la mala entraña para segar la vida del vecino, pero no el valor para adelantarse y proclamar su falta. También le pasó por la cabeza que, tras muchos años de servicio, y luego de este último, quizá debiera comprar su libertad y instalarse por su cuenta, tal vez incluso regresar a su lugar, al Desierto Occidental, donde podría pagarse la vida de un Rey.

Siptah se volvió hacia su sótano, del que no salía hacía años, pensando en la viudedad recién estrenada de su nieta, y en por qué la habría requerido con tanto apremio. Podrían haberse librado del señor de la casa con métodos mucho menos drásticos, incluso una separación no le hubiera sido tan gravosa ni desfavorable. Pero Siptah sabía que su nieta no estaba dispuesta a renunciar ni a un Deben de lo que había amasado en aquellos años. Una vez cogía algo con sus manos, no lo soltaría hasta la muerte.

—Y tal vez ni la muerte sea impedimento para un alma lo bastante pérfida —dijo en voz alta, ya a solas frente a la falsa puerta, por la que iba y venía del otro mundo. A él, sus crímenes le habían valido una eternidad para ahondar en razonamientos como aquel. Un pasatiempo estéril, pero no tenía nada mejor en que emplear el tiempo. Los asuntos de los Reyes, los Nlòplales, el estanque..., hacía años que, tras hondas reflexiones, decidió que ya le habían causado suficientes problemas.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Echó la mano a su talego. Una chuleta de buey poco hecha, sangrante, como a él le gustaba; unas legumbres, unos dátiles de postre.

Se sentó a reflexionar.

La muerte era algo ociosa y monótona, pero no estaba tan mal.

9

La algarabía, los gritos de los borrachos, exclamaciones de gozo y de lujuria, atravesaban los muros de palacio como si fueran hojas de papiro.

El Heredero Menkhep escuchaba desde su habitación las risas de los celebrantes. Los oboes, las cítaras y las arpas tañían desde la planta superior sones melódicos que, como intrusos, desvelaban su sueño infantil.

Veremos qué pasa, decidió.

No le fue difícil eludir la vigilancia de su nueva nodriza, que, como siempre, roncaba ignorante de todo lo que pasaba a su alrededor. Su hermana le hizo un gesto desde su camita. Menkhep le pidió que guardara silencio y Galaxia le dedicó una sonrisa maliciosa.

Cuéntamelo todo cuando vuelvas, decía la sonrisa de Galaxia.

Traspuso el umbral y alzó la vista: una lámpara de pie iluminaba el pasillo. Muy bien. Otro corredor, una segunda puerta y alcanzó la cámara central. Un guardia firme junto al rellano de escaleras. Aguardó un momento, dubitativo. No le había visto, si no estaría llamando a gritos a su nodriza, como tantas otras veces. Pasó a gatas hasta un banco de descanso dispuesto junto a la pared y se ocultó tras un ánfora que alguien habría dejado descuidada. La música cesó de pronto. ¿Le habrían descubierto? No, una nueva melodía llenó el aire de dulzura. *¡Ay, si pudiese estar ahora arriba disfrutando de todas esas cosas prohibidas que solo son para los mayores!*, clamaba su corazón.

—He venido —dijo una voz femenina.

Una sirvienta apareció del ala posterior de palacio y se situó frente al guardia. El tono de su voz le resultó extraño, no lo terminó de interpretar y ello encendió su infatigable curiosidad. Por un momento tuvo que luchar contra un doble deseo: quedarse o subir a la fiesta. ¡Pero la música era tan hermosa!

—Pensé que ya no lo harías, mi amor. Ven a mis brazos —dijo el guardia. Otra vez ese tono de voz.

Pasó junto a ambos sin el menor problema. Una jauría de Loo salvajes podrían haber pasado con él y nadie lo habría notado. Tras otros dos tramos de escalera apareció un alto dintel, y allí se quedó hasta que terminó la segunda melodía. ¡Qué her-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

mosa! Sin saber cómo, se encontró ante el último corredor y por fin apareció la sala donde tenía lugar la celebración.

—¡Otra, otra! —gritaba la muchedumbre a un arpista ciego, el músico de moda en todo el país.

¡Un momento! Aquel hombre junto a la columna en forma de loto... ¿No era Bakenkhonsu, su tío? A su lado, tan borracho como el primero, ¿el gran Precesin, el señor de la SoGen, haciendo girar esos ojos de mil caras que dan tanto miedo? Un corrillo de mujeres desconocidas tragaban pastillas engordantes en primera línea, pegaditas al músico, y le impedían ver con más claridad. Este comenzó a desgranar notas que hablaban de seres queridos que no regresarían jamás. De pronto se puso a pensar cuál sería la causa de aquel convite, y su corazón la encontró: *mi padre ha muerto y ello es motivo de celebración*. Seguro que la Reina, su malvada madrastra, habría inventado alguna otra excusa. Porque ella era mala. Mas los razonamientos de los niños son tan inestables como el fluir de las aguas en la tormenta, y cuando empezó la siguiente melodía ya lo había olvidado todo. Suspiró. El resto de los invitados quedaban cubiertos tras la poderosa columna central a su derecha y, a su izquierda, por el marco de la puerta.

—Entiendo a la Reina; quedarse viuda tan joven es una desgracia terrible que nos alcanza a tantas de nosotras..., afligidas, tumbadas en nuestros divanes, sumidas en el llanto. Ese no es destino para una mujer de bien. Hay que sobreponerse.

Miró a la mujer que había hablado. Estaba muy cerca, pero el maldito marco le impedía... Se acercó un poco más. Remolino. La conocía. Era compañía habitual de Pleamar en recepciones y homenajes, y aún más en la vida privada. Al niño Menkhep no le gustaba. También era mala.

—Pero vos, amiga mía, me han dicho que ya os estáis sobreponiendo y habéis dejado atrás el llanto. Un llanto que os habrá durado a lo sumo un Décimo. He oído que Vértice os ha visitado todos los días de este mes que termina, y que pasa largas tardes en vuestra compañía... Y largas noches.

Hablaba con otra mujer, una que llevaba un cono de perfume sobre su la cabeza. No la conocía. Parecían hermanas. Largas pelucas negras lacias con dos grandes trenzas cayendo sobre sus pechos desnudos. Túnica blanca transparente del lino más puro y el nuevo implante branquial que a muchos les colgaba del cuello. Había oído decir que aquella cosa les permitía comunicarse los unos con los otros a un nivel más personal que a través de la palabra gracias a unas ondas mágicas llamadas Srore. Menkhep pensaba que era otra de las mentiras de los adultos.

—Oh, sois malvada. Prestar oídos a esos chismes sobre mi relación con el noble Vértice —dijo entonces la dama Remolino.

—¿Son solo chismes?

—Oh, desde luego, ¿por quién me tomáis?



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Luego de un rato observándolas Menkhep, se dio cuenta que, físicamente, no se parecían en nada. Pero vestían de forma tan similar que los sentidos se engañaban fácilmente. Eso era la moda, su nodriza se lo había explicado. Pero él era listo y los mayores no conseguirían engañarle mucho tiempo ni aunque se disfrazasen.

—¿Pavo, señoras?

Estuvo a punto de gritar y reptó asustado hacia atrás hasta dar con su espalda en la pared. El robot camarero casi le había pisado con su enorme pie de metal. Le miró. Era un androide. Faldellín corto a la altura de las rodillas, rapado al cero, sostenía una bandeja con dos aves y su guarnición. A Menkhep le crujieron las tripas. Las dos amigas ignoraron a la figura carmesí como si no existiese y siguieron parlotando de hombres. Cuando el camarero desapareció de escena, la amiga de Remolino acudió al corrillo de mujeres que coreaban al arpista.

—¿Dónde vas?

—Por tu Ka, amiga mía, no me reprendas. La música me llama.

Remolino se quedó sola. Iba a abrir la boca para quejarse, pero su rostro mudó de expresión en un instante. Sus ojos brillaban como estrellas del firmamento, sus labios se humedecieron como la tierra en la Inundación, sus piernas temblaban como matorrales al viento. Al Heredero le encantaba observar a los mayores.

—Noble Vértice, qué gran honor —dijo mirando al recién llegado.

Uno de esos Loo gigantescos. Otro hermafrodita del sur capturado en alguna campaña.

—El honor es mío, mi bella señora. Máxime porque necesitaba un poco de diversión después de todas estas jornadas de trabajo.

—Sí, es cierto. Me han dicho que la SoGen os ha elegido para un cohete de pruebas. Que vais a ser el primero en orbitar nuestro planeta con una nave experimental.

—No tan experimental —razonó el Loo—. Todo está calculado. El único peligro, acaso, es la reentrada, más que el viaje. Existe posibilidad de que fallen los retropropulsores y la cápsula rebote, quedando para siempre en una órbita más alta, fuera de alcance y de toda posibilidad de rescate. Entonces no volveríamos a vernos, noble Remolino.

—Oh, dioses, no digáis esas cosas. ¡No podría soportarlo! —La joven se volvió y señaló hacia el exterior—. Pero, querido, hace una noche estupenda. ¿Os apetece un paseo? Podríais seguir hablándome de vuestro entrenamiento y mientras me enseñáis vuestros progresos yo os podría enseñar... mis progresos en otros ámbitos.

Ambos rieron.

—¿Cómo no? —repuso Vértice, ofreciendo galante el brazo a su dama.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Ahora quién se quedó solo fue Menkhep. En un rincón, sin nada ni nadie que le ocultase, Menkhep comprendió que hasta aquellos borrachos le verían sin esfuerzo. Se arrastró de cuclillas hasta una mesa baja que soportaba una piramidal bandeja de frutas, parte de cuyo contenido le fue hurtado por una mano infantil y traviesa. A su lado, el camarero montaba guardia con su pavo esperando que la muchedumbre reparase en él. Pero todos seguían dándole la espalda, con la atención puesta en el viejo arpista.

—El hombre es barro y dios es su hacedor —canturreaba—. Nuestros actos son vanos y nuestros pensamientos se pierden en el polvo.

Gateando otro poco más llegó al final de la estancia, donde Bakenkhonsu y Nheh dormían la borrachera separados el uno del otro por otra mesa y su correspondiente bandeja de frutas, que también fue purgada convenientemente.

—Tío Bakenkhonsu...

—Arghh, humm.

—¡Tío!

—Juurrh, eehh.

Suspiró de nuevo, enfurruñado. Había llegado tarde. Ya no había gran cosa que fisgar. No estaba la Reina Pleamar, tampoco su prima Nebulosa, ni la mayor parte de los Amigos y los grandes del Doble País. Ya debían haberse retirado a sus estancias.

—La existencia es breve, dios es infinito —apostillaban esta vez los cánticos.

No sabía qué dirección tomar. Hacia atrás, donde la muchedumbre y el arpista..., mejor no intentarlo. Mucha gente y ninguna salida. Le verían enseguida. Delante suyo, una primera puerta debía llevar a las cocinas, pues de ellas entraban y salían sin cesar sirvientes con bebida y comida. De hecho, en ese instante se percató que, con buen criterio, habían dejado de salir con viandas y solo servían ya vinos y cerveza. La segunda puerta llevaba a la terraza. Se decidió por esta, finalmente.

—Vivamos el momento. Mañana, los dioses nos habrán abandonado —cantaban a su espalda los celebrantes.

¡Qué frío!, pensó. Y luego vio el tablero de Senet. Una banqueta en cada extremo, fichas caídas a los lados, signos de una batalla que llegó a su fin. Probablemente su tío Bakenkhonsu habría derrotado a algún engreído Príncipe extranjero que no había oído hablar de su destreza. Su tío Bakenkhonsu era bueno. Le había prometido que le enseñaría a jugar. Bostezó. No había nadie más en la terraza. Nadie excepto el frío, el tablero de Senet y las dos banquetas. Había llegado tarde.

—Amón misericordioso...

La voz venía de debajo, de alguna de las avenidas con almacenes y viviendas de la servidumbre. Se asomó, pero no vio a nadie. Contempló los jardines y, más allá, el



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Gran Río, y el barrio Oriental de Ity-tawy. ¡Qué bella noche!

Bostezó de nuevo. Ya no tenía ganas de jugar. Aquella aventura había resultado de lo más aburrida. Desde la terraza al interior avanzó de pie y sin cuidado, que lo cogiesen si querían: él ya había terminado. Pero se perdió entre comensales, borrachos, músicos y sirvientes y salió por la puerta ignorado por todos. Afuera, estuvo a punto de tropezar con una de las lámparas de pie que iluminaban cada corredor.

—Los mayores son tontos.

Siguió su camino, bajó los tres tramos de escaleras, superó sin prisas, aún curioso, al guardia y la sirvienta, ahora sentados en el banco abrazados y besándose, y regresó a su habitación sin despertar a su nodriza. Habló un rato con su hermana de lo que había descubierto y Galaxia se durmió escuchando sus aburridas explicaciones. Decidió imitar su ejemplo. Definitivamente, no tenía suerte. Se perdía todas las cosas interesantes que hacían los mayores. Pero pronto sería mayor y le enseñarían a jugar al Senet.

—Pronto —musitó mientras se sumergía en el mundo de los sueños.

La nodriza se despertó de madrugada. ¿Qué había sido ese ruido? Miró a derecha y a izquierda. Todo estaba en calma. Era una tonta por preocuparse. El Heredero, a pesar de todas las advertencias que le habían hecho, era un alma cándida e inocente, incapaz de la menor maldad o travesura. Se levantó adormilada para arrojar a Menkhep y a Galaxia.

Un alma cándida e inocente.

Se volvió a su lecho y soñó que la echaban de su servicio en palacio y era reemplazada por una nueva nodriza que a su vez era reemplazada por otra que no tardaba en ser reemplazada; y se formaba una cola de millones que daba treinta vueltas al Palacio de Ity-tawy. Medio dormida, medio despierta, se prometió recordar su visión y visitar al día siguiente un intérprete de sueños.

No fuera que algún suceso nefasto se escondiese tras aquella revelación.

10

En el centro de Ity-tawy su hija tenía una pequeña pensión. No era gran cosa, pero habían pagado hasta el último Deben y ahora les pertenecía. Parábola tenía una habitación en la planta baja; aunque no siempre podía visitarla, su hija la mantenía limpia y ordenada para su uso. Los días que no tenía servicio acudía allí y se reunía con ella. Hoy, sin embargo, había dispuesto que no la molestaran. Esperaba una visita. Se sentó a la mesa y cruzó las piernas. No tuvo que esperar demasiado.

—Soy lo bastante anciana para ser vuestra madre, Príncipe. Tened algo de respe-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

to y abandonad las sombras.

Primero se mantuvo la tensión. Un instante solo. La respiración largo tiempo contenida, unos pasos deliberadamente silenciados, una daga que centellea bajo el reflejo de su lámpara de aceite, y todo regresó a la normalidad. Bakenkhonsu se irguió con la pesadez de un hombre con los huesos roídos por el tiempo y los músculos cansados de batallar.

—¿No estáis un poco mayor, vos también, para estos desmanes?

El gordo resopló y tomó asiento junto a ella. Parábola no pudo menos que observar que aún no la había mirado a los ojos.

—Sí, seguramente.

La vieja nodriza estiró su mano y removió el contenido de un viejo cofre que guardaba junto a su taburete. Bakenkhonsu no supo disimular su sorpresa. Apareció un viejo tablero de Senet, uno de los antiguos: superficie de enebro, figuras labradas por manos expertas, desgastadas por el tiempo, casi vivas.

—¿Queréis jugar? He oído que no hay nadie que pueda hacerlos frente dignamente. Tal vez no pongáis inconveniente a que una pobre vieja quiera intentarlo.

—Parábola, yo...

—No quiero pasar a la otra orilla. No aún. Hasta la muerte da al condenado la oportunidad de continuar si es capaz de ganar al Senet. ¿No lo haréis vos? ¿Acaso sois más poderoso que la muerte?

Bakenkhonsu, serio hasta ese instante, se echó a reír.

—Eso es solo palabrería, amiga mía. No conseguiréis hacer mella en mí apelando a las viejas tradiciones. Ni a nada, a decir verdad. ¿Ignoráis que fue la gran Constelación la que me enseñó a despreciar las reglas? No, no lo habéis olvidado. A su lado sois una aprendiz, y hoy, si la bruja viviera, ni ella sería capaz de engañarme de nuevo. Ni a favor de su cruzada ni en contra si ya estuviera en ella.

El tablero regresó al arcón, que volvió a cerrarse tras engullir a su invitado. La vieja nodriza se abismó en una expresión sombría.

—Ajep tomó el contenido de la redoma por propia voluntad. Yo no le maté, si es eso lo que teméis.

—¿Sí? ¿Es eso cierto? El pequeño retoño de Marea fue siempre un estúpido. Si hubiera tenido un poco más de la sangre del gran Hapu y hubiese plantado cara a Pleamar... ¡Ah! Entonces las cosas serían ahora muy distintas. Ni cien como yo hubieran podido dar muerte a todos los que habrían salido a defender sus derechos como hombre y como Rey.

—Pero no lo hizo porque era un estúpido, eso pensáis.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Sí, y de la peor clase. Porque una vez legitimado su poder podría haberse dedicado al ensayo y la lectura si eso es lo que le complacía, dejando el gobierno en manos más capaces y más interesadas.

—Como las vuestras.

—¿Por qué no? —Bakenkhonsu removió la cabeza— Sí, no me da pena. La pequeña Pleamar comenzó siendo la causa y hoy solo es la mejor baza de la que dispongo, el peón que bloquea la Trampa de Agua, si me permitís que me exprese en el argot del Senet.

La daga volvió a relucir lejos de su funda, pero ahora oculta tras la manga de una camisa del lino más suave y exquisito.

—¿Es eso la vida para ti? ¿Otra partida de Senet? Y mi pequeña Pleamar, ¿un peón más del juego?

—Sin ella retrocedería al medio del tablero y ya estoy viejo para empezar otra vez. E igualmente viejo para dejar cabos sueltos que puedan entorpecer mi camino hacia la meta.

—Ya os dije que no tuve nada que ver con su muerte, no soy un obstáculo, nada puedo decir que os incrim...

—¿Y quién habla ahora de ese imbécil? Sabéis demasiado. Eso es suficiente.

La vieja nodriza no dejó que la rabia le ganase, aquel ser no se lo merecía.

—Sois un monstruo, Príncipe Bakenkhonsu.

—No voy a ponerlo en duda. Hace mucho que me vi reflejado en las aguas del estanque. ¿Sabes, Parábola? No me gustó lo que vi y comencé a odiar todas esas mentiras, todas esas muertes indignas, inútiles, todo en lo que esa pérfida bruja y Señora del Cielo convertía aquello que tocaba. También me transformó a mí. Durante años enteros se removieron en mi conciencia las almas de todos esos infelices que envié a una mejor vida. Pero luego pensé: si yo mismo no soy capaz de perdonarme, ¿lo harán los dioses? No, ¿verdad? Y si me espera la extinción eterna o el Lago de Fuego, mejor será que acabe mi tarea. ¿Perderías tu alma por algo que ni siquiera pudiste terminar?

—¡Eres peor que una hiena! Matas sin razón y sin hambre. Solo porque...

Bakenkhonsu asió aún con más fuerza su puñal. Esperó un instante y empezó a mover la mano. Pero Parábola había sobrevivido a muchas celadas. Algo la impulsó a levantarse y a alejarse de él.

—Podría gritar. Esta finca hospeda a más de treinta inquilinos. —Tragó saliva—. Podría gritar —repitió.

—Podría. Y yo podría negarlo todo.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Pleamar me creería. Os despedazará cuando sepa que asesinasteis a su padre.

Bakenkhonsu enarcó una ceja. ¿Cómo sabía...? Ah, se lo había dicho él mismo. Era un estúpido. Se hacía viejo aún más rápido de lo que imaginaba. Y aquello le daba una razón adicional para librar el tablero de peones que pudieran estorbarle en su carrera.

—Sí, eso. Un error infantil, ¿no creéis? —Bakenkhonsu respiró hondo y se dejó caer de nuevo en su silla. Sonrió en una horrible mueca de ira y, a la vez, de profundo agotamiento—. Estabas preparada para mi llegada. Habías previsto que esto sucedería. Así que supongo que has pensado en un acuerdo... que nos satisfaga a ambos.

—Ahora habláis con cordura, Príncipe.

Parábola buscó una banqueta al otro lado de la habitación. Tomó asiento frente a su rival, lo más lejos que le fue posible, casi a tocar de la pared. Al cabo, volvió a tomar la palabra:

—Mi servicio en el Doble Palacio se remonta a los primeros años del Gran Jiserkare. Son muchos ya; Pleamar no me negará que me retire a este pequeño negocio con mi hija mayor. Lejos de Ity-tawy, no volveréis a saber nada de mí.

—Un plan pobre. Siempre significaríais un peligro potencial.

—Mejor potencial que inmediato.

La serpiente Neheb entró en completo silencio en la habitación. Diríase que se arrastraba fiel a su condición, a ras del suelo, siguiendo la línea de la pared a su derecha y luego girando a la izquierda hacia su víctima, sin que ella sospechase nada en absoluto. El asesino se colocó a su espalda y estiró de una cuerda gruesa de cáñamo que llevaba al cinto.

—Dejadme pensar, vieja amiga.

—No dispongo de mucho tiempo. He de regresar a palacio.

Algo en los ojos del Príncipe alertó a Parábola. Miraba tras ella. ¿Quizá hubiera otro hombre, un sicario, junto a él? Eso no lo había previsto. ¿O era solo un truco, y mientras ella se volvía el gordo se abalanzaría...

—No la hagáis sufrir innecesariamente. —¿El monstruo Bakenkhonsu intercedía por ella? No lo creía. Pero de pronto, una presión en su cuello, una sensación indefinible, como si sus entrañas fueran a estallar en pedazos. Luchó, pero no pudo frenar la mano de su asesino. Nadie puede eludir su destino. Su último pensamiento fue para Ajep, para Pleamar, para ambos. Si pudiera, habría soltado una carcajada.

Pero la serpiente no había acabado.

—Quizá debería acabar también con vos, que ya no servís para nada. Quizá sea Bakenkhonsu el peligro potencial del que hablabais.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Mi Señor Neheb..., gracias a mí seguís al lado de Pleamar y gracias a mí ella gobierna sin intrusión ni peligro alguno. Deberías agradecerme que... —Bakenkhonsu, mientras hablaba atropelladamente, se preguntó dónde había quedado el hombre que se había enfrentado al Mayordomo y a la Reina solo unos meses atrás. Súbitamente, se había vuelto viejo, había perdido las fuerzas. Luego de matar a Ajep el peso de sus acciones había venido a su encuentro. En el momento de la victoria, cuando por fin su niña Pleamar Reinaba a sus anchas, su paladar había perdido la capacidad de degustar la victoria. O, tal vez, es que, cumplido su designio, es como si su vida hubiera perdido toda razón de ser.

—¡Calla! —aulló Neheb, sacándole de sus cavilaciones—. Yo no le debo nada a nadie; ni a ti, ni a Pleamar, ni a la vieja Constelación, ni a los propios dioses.

Bakenkhonsu miró en derredor y comenzó a lanzar las cosas al suelo. Volcó la mesa y su contenido, y se acercó a un banco al fondo de la estancia.

—¿Qué haces, estúpido?

—Haremos que parezca un robo. Parábola se resistió y...

—Prende fuego a la casa.

Bakenkhonsu le miró asombrado.

—Mi Señor, si el cuerpo arde su muerte será indigna y nefasta y no podrá traspasar las puertas del Bello Occidente.

—Ello me causa un profunda tristeza, pero acaso así no tendrás otro difunto que atestigüe en tu contra en el tribunal de los cuarenta y dos asesores —el Mayordomo Real acarició su implante branquial y le miró con renovado desprecio.

—Pero morirán otros muchos. La pensión está llena y...

—Que mueran, Bakenkhonsu. No deberían haber nacido si iban estar en lugar tan inadecuado y en momento tan poco propicio.

La serpiente Neheb le dejó a solas poner la última piedra a su condenación eterna. Bakenkhonsu fue hasta el arcón para rescatar el tablero de Senet. Lo miró con cuidado y fue a depositarlo junto al cadáver. Mientras encendía la pira con la madera astillada de sillas, taburetes y mesas, se quedó pensando que si por azar algún día volvía a verse reflejado en el estanque, probablemente ya no sabría reconocerse.



TERCERA PARTE: UNA REINA-REY

Si el hombre no es sosegado,
su carácter no se colma.
Si se hace una guerra sin pausa
el ejército no tiene reposo alguno.
Si se hace una fiesta sin pausa
no se obtiene ningún placer.
Si un templo no goza de calma
los dioses lo abandonan.

Papiro moralista



CAPÍTULO 7: HUERTO. ÁRBOLES DE NLÒPLAL AMARILLO

234 d.A.
(8 años después)

0

Tenía el aspecto de una garza: cabeza pequeña, piernas delgadas y torcidas, hasta se recogía el pelo en un moño como si fuese a acudir a un baile de disfraces vestida... de garza, claro. No sabía en qué momento había comenzado a odiar a aquella fea asistente, pero la odiaba, profunda, íntimamente. Si pudiera la haría matar. *Oh, dioses, qué idea más provocadora*, pensó la dama Remolino, sintiendo que se le erizaban los cabellos. Trató de serenarse pensando en cualquier otra cosa.

La cucharilla cosmética resbaló de las manos de su asistente y repicó en el suelo de piedra. Remolino la fulminó con la mirada.

—¿Sabes cuánto me costó ese frasco de maquillaje, maldita imbécil? El doble de lo que tú vales.

La muchacha se inclinó en una reverencia y aprovechó el gesto para recoger la cucharilla. Isis, labrada en el mango, le hacía un gesto de desconfianza, y por mucho que intentó parecer segura de sí misma, no pudo dejar de temblar. Temía la ira de su ama. Todos la temían.

—¿Dónde aprendiste tu oficio, campesina, en un barco de pasajeros? Te mueves como si fueras a zozobrar.

Remolino rio bien alto su gracia para que la oyera su amante, que descansaba aún en el lecho, medio adormilado.

—¿Has oído, pichoncito mío? Como si fuera a zozobrar.

Irta se rascó meticuloso su oreja izquierda y se incorporó a medias para reír lo mejor que supo.

—Verdaderamente jocosos, mi ranita, verdaderamente jocosos. Y, hablando de cosas divertidas y jocosas, necesito otros cuatro o cinco Deben de oro.

—¿Más? ¿Qué hiciste con lo que te di ayer?

—Gastármelo —respondió Irta, sinceramente. Y rieron ambos de buena gana.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Eres un pilluelo, ¿cómo voy a saber que no te gastas el patrimonio de mi buen Vértice en las prostitutas del puerto?

—Para mí no hay más prostituta que tú, noble Remolino.

Ahora Irta rio de buena gana y Remolino fingió, mirándolo fijamente.

—A veces sueño que te estrangulo con mis propias manos. Debería ser un sueño nefasto, guardándote como te guardo en un lugar de privilegio dentro de mi corazón; pero es un sueño agradable, liberador. ¿Cómo lo interpretas, mi amable jardinero?

—Yo dejo los sueños a los sacerdotes, a los Recitadores y... también a los soñadores, naturalmente.

Remolino se mordía el labio inferior, realmente excitada por la idea de ver morir a su amante y a su asistente. Tal vez podría llamar a Siptah y... Se pasó una mano por lo pezones, pintados de ocre, duros como piedras.

—Naturalmente, mi joven muchacho. Soñar es algo al alcance de cualquiera. ¿No es verdad? —dijo, echando mano a su frasco de pastillas engordantes.

Irta salió del lecho y caminó majestuoso hasta el cuarto de baño, donde las aguadoras le esperaban para lavarle. En la bañera, envuelto en fragancias de aceites perfumados, las vasijas de agua derramándose sobre su cabeza, se dejó llevar por el placer de aquel instante, forzosamente breve.

Esa puerca de Remolino.

Irta recordó cómo, después de causar tanto sufrimiento, la gran dama Remolino se había cansado del cuerpo desgano y ya no tan joven de su Maestro y padre adoptivo Kamutef. Agotada su pasión por la monotonía de alcanzar lo tantas veces deseado, se había inclinado por manjares más tiernos, como él. Irta sabía que era uno de muchos, pero que también era uno de los primeros.

Sintió que lo observaban. Remolino, espléndida con su maquillaje y su peluca de mil trenzas.

—Tienes suerte de que ya casi haya terminado mi aseo, porque volvería al baño sin dudarlo dos veces, mi joven muchacho.

—Lástima que no podáis, pues el noble Vértice os espera tras su gran odisea en la luna Tonutir. Ahora vuestro esposo es un héroe. Fue el primero en orbitar nuestro planeta y ahora uno de los tres elegidos que han hollado la superficie de nuestro satélite. No podéis dejar al varón formidable presa de más rumores y cotilleos de los que deberá enfrentar cuando regrese.

Remolino se encogió de hombros.

—Vértice me creará a mí.

—Juzgáis a los seres humanos en demasía manipulables. Puede que un día no os sea tan fácil esconder todos los hombres que entran en vuestro lecho.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Remolino se revolvió furiosa y salió de la habitación. Irta, que muchas veces intentaba herirla, mostrándose irónico, descortés y lacerante, no lo había intentado esta vez. Había dicho solo lo que pensaba. Removió la cabeza. Aquella mujer endiosada, demasiado segura de sí misma, demasiado afecta a excesos y a riesgos innecesarios, podía labrarse la perdición y, de camino, también la suya. En aquel momento decidió que no volvería jamás a aquella casa.

La voz de Remolino le llegó del otro extremo de la estancia.

—Acabad pronto vuestro baño, hay que despejar las habitaciones.

El Segundo Servidor de los Jardines del Rey, Irta, hijo de Kamutef, salió apresurado por la puerta, se ciñó una falda corta y, tras un breve saludo, desapareció escaleras abajo.

1

Bakenkhonsu entró en las habitaciones de la dama sin hacerse avisar. Remolino correteaba desnuda de cintura para abajo; reía y se probaba un nuevo collar, dos nuevas ajorcas, dos juegos de brazaletes..., tan indiferente a todo como la había imaginado.

—Señora, la Reina os reclama en el centro de actividades espaciales de Ipet-sut. Todos están ya allí. Me manda a buscaros.

—Ya estoy, ya estoy.

Pese a todo, Remolino no parecía haberle escuchado. Iba de un lado para otro quitándose un anillo y poniéndose cuatro, daba una orden y un criado regresaba con una copa de vino, y luego se sentaba a mirarse las uñas, ajena a su presencia. Preguntó a una asistenta si le parecía que era demasiado estrecha su nueva peluca, quizá una de cabello natural, la negra lisa con...

—Por favor, mi Señora...

El Primer Profeta de Amón-Re y ahora Visir del Norte y del Sur, Bakenkhonsu, había aconsejado en más de una ocasión a su amigo Vértice que no desposase a aquella viuda enloquecida. Solo era cuestión de tiempo que le dejara en evidencia. Había vivido demasiado tiempo a la sombra de Pleamar, se creía invulnerable y, como tal, por encima de la ley, los preceptos y las normas. La contabilidad de su dominio no resistiría siquiera una mirada superficial, sus gastos eran superiores a los de Amigos y notables que ostentaban los más altos cargos del Doble País. El asunto había llegado a los Jefes de lo que Está Sellado, los encargados de las finanzas del reino, y se había armado un considerable revuelo. Pero Pleamar había paralizado la investigación. Remolino había argumentado ignorancia. Y ahora los dos Jefes de lo que Está Sellado habían pasado a engrosar su lista de amantes, que, por lo que él



Crónicas de la Tierra Mestiza.

sabía, no tenía fin.

—¿Me queda bien este amuleto en la garganta, noble Príncipe?

—Estáis radiante, Remolino, pero lo estaríais más camino del puerto.

La gran dama hizo batir sus largas pestañas con aire de abatimiento. *¡Oh, sois tan formal, tan estirado!*, le susurró a través de su implante branquial. Bakenkhonsu era uno de los primeros hombres que se lo había instalado. Había tenido incluso que someterse a una fea operación para obtener un remedo del sistema respiratorio externo herencia de los Loo. Sin embargo, había sido un sacrificio necesario. De pronto, todo el mundo conversaba a través de aquellos malditos implantes, y no poseer uno significaba quedarse al margen. Y quedarse al margen era una cosa que un hombre como él no podía permitirse.

No dilatéis más vuestras obligaciones con estos juegos, noble dama, os lo ruego, le transmitió el viejo Príncipe, luego de sintonizar su longitud de onda.

Finalmente, como si intuyese que su paciencia se terminaba, Remolino se acercó a él y le cogió del brazo.

—¿Qué hacéis ahí parado, mi buen Bakenkhonsu? ¿No sabéis que el Rey y mi esposo, el bravo Vértice, nos esperan en Ipet-sut?

De camino a Ipet-sut, uno junto al otro en la silla de manos, el ajado servidor del Dios Oculto y la gran dama de la corte apenas se dirigieron la palabra hasta que divisaron las primeras avenidas móviles. En ellas se apiñaban centenares, miles de personas, pues aquel día habían acudido a la capital gentes de todas las ciudades y pueblos del país, aparte la práctica totalidad de los miembros de la SoGen, para los que Vértice era un héroe y aquella misión el éxito más glorioso desde su creación, medio siglo atrás, por orden de Reina-madre Constelación.

—¡Oh, estoy tan contenta que mi aguerrido esposo, Vértice el Conquistador, regrese de esa misión tan lejana y comprometida! Casi temía que sería tan desconsiderado como ese noble de Abedju, por Amón, ¿cuál era su nombre? Bueno, ese holgazán que tuvo la indecencia de caerse sobre su propio estoque cuando lo limpiaba. Una muerte estúpida para un hombre estúpido, ¿no creéis?

Atravesaron la segunda línea de campos de fuerza y saludaron a una compañía de aerobarcazas que surcaba el cielo haciendo todo tipo de piruetas y acrobacias. Al fondo, desde un navío solar, comenzaron a lanzar fuegos de artificio.

—Sin duda, mi Señora.

Bakenkhonsu recordaba insistentes rumores de ruptura de la pareja previos al deceso de aquel pobre tonto, y sabía que un divorcio habría menguado considerablemente el patrimonio de Remolino. Respecto al accidente del noble de Abedju, ¿cómo se llamaba? Un nombre difícil de pronunciar, no parecía egipcio. Bueno, el accidente no



Crónicas de la Tierra Mestiza.

se lo había creído nadie. Pero Pleamar había paralizado nuevamente la investigación. El sacerdote miró con asco a su interlocutora. Había cosas en aquel Reinado que muchos encontraban detestables. Sonrió para sí mismo sabiendo que si gobernara un hombre sucederían las mismas cosas y entonces todos las verían como simples asuntos de estado. En la corte podían ser sectarios, pero no tontos. Solo los tontos se engañan a sí mismos a la vez que a los demás.

—¿Es verdad que la nave de mi esposo ha conseguido alcanzar el misterioso Tonutir y alunizar en solitario con un pequeño módulo? He oído que en el Estrecho de los Piratas libraron de ida y de vuelta sangrientas batallas con otras razas. Una amiga mía afirma que mi esposo fue capturado y se sublevó, y ahora trae consigo uno de esos barcos corsarios. También que ha conseguido no solo los árboles de Nlòplal amarillo que le pidió el Rey Pleamar, sino montañas de oro, terebinto, ébano y esclavos sin fin. Una maravilla, ¿no creéis?

Al atravesar la última de las avenidas móviles, vieron a una multitud enfervorizada chillando en dirección a las figuras del Rey Pleamar y de Vértice, que estaban subiendo a una larga plataforma iridiscente. Desde ella, sin duda, lanzarían sus discursos, pensó Bakenkhonsu, al tiempo que respondía:

—Señora mía, todo eso son patrañas y cuentos de viejas. No existe Estrecho de los Piratas ni alienígenas corsarios. Todo eso son leyendas del antiguo Egipto. Estamos solos en este rincón del universo, gracias a Dios. Vuestro esposo lleva quince meses navegando lejos de vuestro hogar; en todo ese tiempo, ¿no os interesasteis por todas estas cosas? ¿No preguntabais por la suerte de Vértice ni leíais los informes de palacio o lo que los heraldos...?

Bakenkhonsu calló abruptamente. La puta jamás había pensado que Vértice regresara. Muchos lo habían creído también. Era el primer viaje tripulado de la historia del pueblo mestizo y había tantas probabilidades de perecer que seguramente ella creyó que... De pronto, recordó que Remolino había animado en su momento a Vértice para que aceptase la misión de la SoGen. La muerte del Loo le habría convertido en una de las viudas más ricas de todo el país.

—¿Deciais, noble Bakenkhonsu?

—Nada, noble Remolino.

Cuando por fin alcanzaron las puertas del centro de actividades espaciales, el gentío bloqueaba las calles y solo los soldados pudieron conseguir que les abrieran un camino para pasar. Se oyeron gritos, el silbido de los palos, gemidos entrecortados, un recién nacido que llora caído con su madre en el suelo. Pero Bakenkhonsu no pensaba en nada de lo que sucedía a su alrededor. Cuando el Loo regresase, las pruebas incontestables de adulterio servirían para instruir una investigación que ni Pleamar podría frenar, a menos que quisiera poner en ridículo a Vértice, cosa que dudaba. Pero habría que actuar con suma cautela, no fuera que su viejo amigo tuvie-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

ra un desafortunado accidente mientras limpiaba su espada de comandante de la infantería Meshaw.

2

Muy lejos, a centenares de Iterus de distancia, Precesin y una pequeña de apenas siete años caminaban al encuentro del héroe perdido en la soledad de las Tierras Baldías. Desde siempre, se había dicho que en aquella tierra no podía haber vida. Los Moribundos, por razones que nadie entendía, habían dispuesto que solo una porción del planeta sería habitable. Así, tan pronto se abandonaba la Tierra Mestiza y el Gran Verde quedaba atrás, al viajero solo le salía al paso un paisaje desolado, hueco: un maldito desierto sin fin.

Ni una planta, ni una flor, ni un maldito insecto; sin embargo, la tradición decía que las primeras flores de Nlòplal eran originarias de las Tierras Baldías. Así lo había creído la misma Constelación. Por fuerza, razonaba Precesin, debía ser mentira.

Sin embargo, el que aquel lugar fue inhabitable servía los designios de la SoGen. En el corazón mismo de las tierras baldías se levantaba el verdadero centro de operaciones espaciales, el Ipet-re. Allí habían realizado a escondidas todo su programa de cohetes durante años. Allí, minutos antes, había aterrizado Vértice con la nave que en verdad había viajado a la luna. Mientras, un doble atendía a la multitud en Ity-tawy. En la representación que tenía lugar en la capital todo era calculado: no había margen para el error. En las Tierras Baldías podía suceder cualquier cosa, incluso un accidente. En realidad, se había producido una pequeña explosión y multitud de robots daban vueltas a la zona de aterrizaje frenéticos y concentrados en múltiples tareas.

Un pequeño problema con la reentrada, Colmena. La nave casi se estrella —sintonizó Precesin a través de su implante.

La niña detuvo una sonrisa en su rostro de ángel.

¿El héroe está en peligro, maestro?

No; me dicen que solo ha sufrido algunos golpes y magulladuras. Ahora se lo llevan en suspensión dentro de su cápsula de escape. La nave-krank modificó su forma para absorber el golpe gracias a la Señora del Cielo, y tanto Vértice como su carga están a salvo.

La niña pretendía recorrer el perímetro exterior de la zona de aterrizaje. Un androide se lo impidió.

—Es peligroso —entonó con una voz suave y casi humana.

Como sabes, Colmena, la velocidad de escape de la Tierra Mestiza es muy pequeña comparada con Biwoses, nuestro mundo de origen —comentó Precesin, intentando



Crónicas de la Tierra Mestiza.

aplacar con datos la curiosidad de la pequeña—. *La nave-krank puede hacer que la transición entre la energía cinética de escape y la potencial se efectúe más rápidamente y de forma más segura. Las modificaciones que hicimos a última hora en el diseño han salvado la misión.*

Sin embargo, algo falló. El héroe casi muere.

Siempre puede fallar algo. No somos infalibles.

Deberíamos, maestro. No podemos permitirnos errores. En nuestras manos está el destino de todo un mundo.

Colmena volvió sobre sus pasos y finalmente alcanzó la cápsula donde, en suspensión, se llevaban en volandas al héroe varios androides.

Quiero hablar con el héroe.

No es un héroe, jovencita. Y no puedes hablar con él —Precesin trató por una vez de mostrarse severo ante su favorita, pero ambos sabían que era incapaz.

La niña se plantó delante del cortejo de robots y lo detuvo con su sola presencia. Luego, armada solo de una enigmática sonrisa, se acercó a la cápsula con paso decidido. Uno de los robots se volvió hacia el rector de la SoGen y este asintió con un gesto. Colmena puso sus manos sobre el metal vivo de la cápsula y le susurró dulces palabras. Luego pareció escuchar y repetir con su voz las palabras de un tercero: «Te elevaste sobre el plano de la eclíptica. ¿Y qué viste?». Hacía un sol de justicia y por la amplia frente de Precesin corrían gruesas líneas de sudor. Sin embargo, al ver lo que la niña estaba haciendo, sintió un escalofrío.

¿Eres capaz de comunicar que convertirse a pesar de estar en coma inducido y de no tener conectado su implante?

Colmena volvió a sonreír. Su sonrisa era como la luna Tonutir, que desprendía su fulgor rojizo desde las alturas.

¿No debería poder, maestro? —repuso con falsa modestia.

Precesin miró a aquella niña humana recién admitida en la SoGen. No parecía mestiza. La había visto desnuda del estanque ritual y no tenía escamas ni cola ni ningún atributo Loo. Y, pese a todo, había nacido de la unión de dos Loo hermafroditas venidos del reino del sur y capturados décadas atrás en batalla. Por desgracia, sus progenitores habían muerto en un desafortunado accidente durante la construcción de la nave-krank y ahora la niña vivía con un padre adoptivo humano, pero nada de eso explicaba que un descendiente de dos de los suyos pudiera tener un aspecto completamente distinto a la natural biología Loo. Colmena era, por fuerza, una aberración o la prueba viviente de que su especie y el hombre estaban de alguna forma emparentadas.

—Tú puedes hacer lo que quieras, jovencita —dijo Precesin desconectando su



Crónicas de la Tierra Mestiza.

implante y volviendo a utilizar su verdadera voz. Al cabo, la niña se alejó amarrada de la cápsula de suspensión, y Precesin, mientras se alejaba, añadió—: todo lo que quieras.

3

El Kemit soñaba con cierta mañana, una mañana cristalina de hacía treinta años, en el oasis, un oasis, cualquier oasis de los que poblaban sus recuerdos; soñaba el Kemit con una mañana de risas y alboroto tras una larga caminata por el desierto Occidental. Allí estaba su tío, que le había criado tras morir sus progenitores; allí estaba su primo, y también muchos otros guerreros, amigos suyos, gente que habían crecido a su lado. Antes de que aquellos puercos mestizos le capturasen y le convirtiesen en esclavo.

Un ruido le llevó lejos de los dulces caminos de la memoria. Se despertó sobresaltado. ¿Qué demonios? Un, dos, tres golpes rápidos en el techo. Su esposa dormía a pierna suelta, soñando acaso con su propia juventud entre los Puros, en el hogar de los Kemit, de donde su rico esposo, una vez liberado del yugo de la esclavitud de Remolino, la había sacado para llevarla a una vida de opulencia en el Doble País, ese lugar lleno de puercos mestizos, de mentiras y de culpa.

Otra vez ese ruido. Se parecía a la señal acordada. Llevaba años esperando que no se produjera, deseando que se olvidaran de él. Casi había llegado a creerlo. ¡Maldita sea!

Hacía ya casi una década, su vida se había remansado en aquel recodo del Gran Río que los puercos llamaban Nejen. Como el mismo Gran Río, tras la crecida de la juventud, su avidez se había colmado, y ahora, abstraído en la contemplación de las pequeñas cosas, la vaciedad de la existencia, por ejemplo, o la dicha de un caminar suave y sin prisas, no aspiraba más que a seguir disfrutando de su mal ganada fortuna, de su casa en el Barrio de Sobek, un lugar céntrico y populoso al que se había hecho casi sin darse cuenta..., de sus dos esclavos, sus tres sirvientes y de una vida cómoda y regalada a la que se entregara casi con desánimo, pero con un desánimo tenaz y codicioso que no conseguía apartar de su lado y que pensaba defender con uñas y dientes de ser preciso.

Otra vez el ruido. Un, dos, tres golpes rápidos en el techo. Se dio la vuelta en la cama.

Otra vez más.

Cerró los ojos un instante. Si intentaba olvidarse del asunto, aquella cosa, tal vez, se olvidara de él.

Un hueso de dátíl se estrelló en su nuca, dos. Luego, al volverse, un tercero es-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

talló en su mejilla. Su esposa seguía dormida.

—Hola, Kemit.

—Hola, Siptah.

—Vamos, amigo, nuestra ama nos requiere una última vez.

El Puro se irguió con sigilo, se puso lo primero que encontró y volvió la vista: su esposa estiraba los brazos en sueños, satisfecha de un lecho súbitamente más amplio.

Salió de la casa en la negra noche tras la estela de un ente translúcido, de lindes cambiantes, sinuosos como volutas, vestido de blanco y con el signo Maat pintado en la frente.

Aquellos malditos puercos mestizos.

4

Dos días después que la nave de Vértice regresara a Ity-tawy, aún cansado por las celebraciones y los excesos de los que gustan los cortesanos, Kamutef recibió encargo del Rey Pleamar: se le esperaba en el Sublime Lugar para un asunto que no admitía demora.

El Rey Pleamar, pensó Kamutef algo divertido, y se imaginó a la aún hermosa Maatkare Pleamar con la barba masculina con que la había contemplado meses atrás en la última Fiesta del Valle.

Le esperaban en la entrada principal, junto a la torre del Muro Oeste.

Se había dispuesto una silla de manos —a la vieja usanza, nada de esos caparzones volantes tripulados por un robot— y una escolta de siete infantes. Era un buen número y el Maestro de los Jardines se dejó llevar mansamente del palacio a las montañas occidentales, contemplando ensimismado cómo se levantaba ante ellos el gigantesco talud de ocres destellos cuya falda se disputaban los hombres en su búsqueda vana de inmortalidad. No en vano, allí estaban las tumbas reales, el puerto espacial y ahora, muy pronto, la maravilla arquitectónica que acababa de diseñar el Gran Arquitecto Neheb.

Pasaron de largo la muralla del recinto sin que apenas nadie reparase en ellos. Una sirvienta levantó la vista, un funcionario pasó a su lado en una silla de manos convencional que comandaba un androide de piel argentina, un guardia saludó brevemente a un miembro de su escolta. Kamutef dejó escapar un bostezo cuando el primer campo de fuerza le dejó pasar al detectar su señal biológica.

Justo en la base de la primera de las rampas de la montaña occidental se detuvo el cortejo y el Maestro de los Jardines descendió de un salto. Un breve parterre de si-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

comoros flanqueaba la depresión a derecha y a izquierda y, según avanzaba, lo fue observando todo con ojo crítico.

Si él estuviera a cargo de aquel lugar, los árboles no tendrían ese aspecto tan apagado. Pero él no podía estar en todas partes.

El Sublime Lugar era el regalo de Neheb a su Señora. Lejos del colosalismo de sus predecesores, Neheb, ahora también Director de los Trabajos del Rey y Gran Arquitecto, había buscado la magnificencia en el paisaje y no en la roca labrada, en la superposición y en el equilibrio de una ascensión a través de suaves terrazas que parecían vivas, ondulando a los ojos del espectador.

—Aquí, Maestro.

El Rey Pleamar le esperaba junto a la base de la segunda rampa. Caminando lentamente, pasó entre dos pequeños estanques y nuevos parterres de sicomoros y palmeras. Las palmeras, pensó Kamutef, no estaban todo lo espléndidas y frondosas que deberían a aquellas alturas del año. Los jardineros del recinto debían ser hombres poco amantes de su trabajo, perros holgazanes y descuidados.

—Me alegra que hayáis podido venir tan pronto, Maestro. —Pleamar parecía buscar su aprobación con la mirada, lo cual le desconcertó.

—Mi deber es servirlos, Majestad —repuso, prudente.

Pleamar asintió.

—Venid, Maestro.

Caminando un paso tras su Rey, Kamutef ascendió una segunda rampa en pos de una nueva terraza. Contempló a la masa de artesanos que comenzaban las escenas que un día serían la exaltación del maravilloso viaje de Vértice a la luna Tonutir: Escribas de los Contornos, Yeseros, Peones y Escultores trabajaban con denuedo. Más adelante, las capillas de Osiris y Hathor no llamaron su atención, poco interesada ya en los grandes dioses de la Tierra Mestiza que, estaba seguro, no dedicaban tampoco su tiempo a pensar en él. De esta forma, y con los años, había llegado a la conclusión que su relación con las deidades quedaba saldada definitivamente.

—Oh, perdón.

Pleamar se había detenido y casi tropieza con ella. Miró al frente. Aquellas paredes estaban ya acabadas y representaban la Teogamia que ideó la vieja Constelación, el instante mágico en que el dios Oculto, transfigurado en el Rey Hapu, había puesto su simiente en la bella Solsticio para que concibiese una hembra especial, la primera de su especie, el/la que está unida a Amón-Re: *Ella será un día Rey y hará resplandecer los Nueve Arcos y el Doble País*, decía la inscripción.

Un ser destinado a trastocar el estado de las cosas.

—Hace un tiempo, Maestro, sostuvimos una larga conversación en los jardines



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Pleamar juzgó conveniente terminar en ese punto los preámbulos y Kamutef lo agradeció—. Hablamos de amor, de parras y de si debemos o no estar en el sitio que nos ha sido destinado. Supongo que la recordaréis.

—Sin duda, mi Reina.

Ella inspiró profundamente, pero calló, dejando la ofensa sin contestación. Nadie en el Doble Palacio ni fuera de él se atrevía a llamar al Horus de aquella forma, recordándole su viejo cuerpo femenino, la fatuidad de su farsa.

—Siempre me he preguntado..., ¿consiguieron las parras encaramarse al muro?

—Sí, se adaptaron bien y rápido. Mi tío no podía creerlo. Supongo que todo es posible y que vos teníais razón.

—No siempre la razón está de mi lado.

Kamutef la miró ceñudo. Supo que se refería a Remolino. Pleamar había pensado que la pasión que carcomía a su cortesana era verdadero amor, acaso la sombra del amor que la propia Pleamar estaba destinada a sentir por Neheb, y lo confundió con la gula, una gula lasciva de todo lo que parece no estar al alcance de la propia mano.

—Supongo que la razón no se queda en el mismo sitio demasiado tiempo, mi Señora.

Siguieron caminado, distraídos por el canto de una abubilla. Kamutef estuvo pensando en algo que quería salir de su boca y sabía que debería callar, pero alguna cosa desde el fondo de su ser le impulsaba desde niño a completar las cosas incompletas.

—Ese muro emparrado, mi Reina... —dudó.

—¿Sí?

—El Primer Profeta de Amón-Re, vuestro tío, el Príncipe Bakenkhonsu, por requerimiento del Príncipe Menkhep, lo hizo demoler. Ahora ocupa su lugar una capilla en loor al todopoderoso Oculto.

La abubilla seguía cantando con su voz monótona envuelta en un caparazón de vivos colores... Rojo, negro y blanco.

—Entiendo.

—Y vos misma disteis vuestro consentimiento.

Pleamar inspiró profundamente. Aquel hombrecillo era capaz de recordarle su condición de mujer llamándole Reina y Señora, para luego dejar caer sin un pestañeo que, como las parras, ella sería demolida por los intereses de otros, de los hombres y sus alianzas de poder. Incluso insinuaba que ella misma terminaría aceptándolo. Y eso lo decía de forma simple, en pocas palabras. El amor de Kamutef por la verdad hizo que el Rey recordase a alguien, y sintió un escalofrío.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Eres igual que mi hermano... y esposo, Ajep. No creía en el engaño, y no soportaba más ficciones que las que cubren una hoja de papiro. Dejé escritos unos Anales, una breve historia de esta dinastía de Reyes que ha devuelto el esplendor a los egipcios, aunque sea en otro planeta. Me he atrevido, en su ausencia, de proseguir la narración de nuestras desdichas... Ajep era un visionario. A veces pienso que él podría haber sido mi mejor aliado.

—Y vos lo convertisteis en vuestro enemigo.

Pleamar inclinó la cabeza.

—Él amaba la verdad y, como tú, no sabía callarse.

—Al final calló.

Pleamar se revolvió en un instante, airada por algo que había creído entender.

—Ajep murió de muerte natural, aunque él pensaba que iban a asesinarle. Pero debe ser falso. Por fuerza debe serlo. Nadie se atrevería a atentar contra la persona del Horus viviente.

Ni siquiera al loco de Kamutef se le pasó por la cabeza dar réplica a aquella nueva mixtificación.

—Por cierto que hoy hace un buen día magnífico, mi Reina. Mucho sol. La claridad lo domina todo con su luz —dijo Kamutef, cambiando de tema de una forma que, de tan manifiesta, solo podía considerarse una impertinencia.

Por un extremo de la terraza aparecieron un nutrido grupo de porteadores conducidos por Neheb, que sonreía hasta la mueca y la contorsión, feliz en su mullido tránsito por el mejor de los mundos posibles.

—Con todos estos sobresaltos se me olvidó deciros el porqué de vuestra presencia en este sagrado lugar. —El Rey le había dado la espalda para contemplar las evoluciones de su amado—. Los árboles de Nlòplal, el tesoro máspreciado de la Tierra Mestiza, serán plantados en esta terraza.

Kamutef hizo una seña a uno de los porteadores, que dejó su carga en el suelo. En cada costal aguardaba una planta, arrancada de raíz en el lejano Tonutir. Las examinó una por una. Pese al largo viaje y el tiempo transcurrido, no morirían, su tallo luchaba por aferrarse a la vida. Una fuerza y determinación gigantescas se escondían tras su aspecto tosco y achaparrado. Tal vez formara parte del mismo milagro que permitía que de un árbol naciesen flores que podían crecer y transformarse en plantas acuáticas. Sin duda, aquello solo podía ser obra de los Moribundos.

—¿Sobrevivirán tras el largo viaje? ¿Podrán trasplantarse sin problema? —Pleamar le miraba ansiosa.

—La mayor parte de ellos, seguramente; ahora mismo comenzaré la labor y...

—Lo haremos nosotros mismos. Vos debéis enseñarnos cómo hacerlo a mí y a mi



Crónicas de la Tierra Mestiza.

esposo, el noble Neheb.

Mi esposo, había dicho. El Director de Todos los Trabajos del Rey arrugó la frente, estupefacto, incapaz de creer que Pleamar hubiera dicho frente a un extraño cosa semejante. En realidad, no recordaba habérselo oído ni en privado.

—El Maestro de los Jardines ama la verdad; tal vez respire más Armonía que todos mis sacerdotes juntos. En su presencia la Reina... —volvió a mirar el rostro sorprendido de su amante—, la Reina, decía, no se cansará escondiéndose tras artificiosas palabras.

Neheb les hizo a ambos una reverencia y se alejó buscando al resto de porteadores y a los nobles invitados que asistirían a la plantación. Removía la cabeza, como si pensase que los efluvios malolientes de aquellas plantas malditas le hubiesen nublado al Soberano del Doble País momentáneamente el entendimiento.

5

El Kemit casi temblaba de dicha ante la idea de segar la vida de Bata, el infame traidor a su raza. En ocasiones, cuando unas cuantas jarras de cerveza fuerte le hacían ver con más claridad, caía en la cuenta que Bata era, como él mismo, un hijo del desierto al que el tiempo había convertido en egipcio, en un maldito y puerco mestizo, justo lo que más odiaba en este mundo.

Pero no, un Kemit no podía tener nada en común con un hombre como Bata.

Bata era el asistente personal de Vértice. Ahora que el bravo descubridor de la luna Tonutir había abandonado el hogar conyugal, Bata se había instalado con su amo en un palacio a las afueras de Ity-tawy, en una cámara contigua, para estar a su disposición las veinticuatro horas del día. El Kemit ignoraba las razones que habían impulsado a Vértice a tomar aquella decisión, pero no le importaban.

Bata era un Mashauash, un Puro feo y sin casta, un imbécil de sangre aguada, hijo de un pueblo débil y sin arrestos para gobernar su propio destino. Nada que ver con los Puros Kemit, naturalmente. Pero a ojos de esos puercos mestizos todos los Puros eran iguales, y no sabían diferenciar a uno del otro, pues ellos, a fuerza de mezclar sangre humana y Loo, eran ahora seres casi equidistantes entre una y otra raza, una suerte de engendros demoníacos que con la palabra mestizo no quedaban suficientemente matizados.

La idea fue de Remolino, claro. Estaba furiosa y alguien debía pagar los platos rotos. Siptah le explicó que hacerse pasar por Bata y acabar con la vida del Loo traidor no debería costarle demasiado, que lo haría él mismo si no fuera porque estaba viejo ya incluso para un espectro y que, cumplida la misión, Remolino se olvidaría para



Crónicas de la Tierra Mestiza.

siempre de la deuda de gratitud que les unía y le dejaría ir en paz.

Pero el Kemit no tenía ninguna deuda de gratitud con la aquella maldita mestiza y, luego de despedirse del fantasma del mago, se volvió a su casa y a su lecho, donde su mujer aún dormía.

Dos días después, sin embargo, sus pasos le llevaron a las afueras de la ciudad, y se sorprendió a sí mismo espiando el palacio de Vértice y a su asistente, Bata, el libro Mashauash. El Doble País es un lugar que llama a la intriga y al crimen. Se apoderan de tu alma y ya nunca más eres libre.

Pronto descubrió que las cosas no eran tan fáciles como parecían a primera vista. Los muros estaban bien defendidos y Bata resultó ser un individuo astuto y pusilánime que no salía casi nunca de la mansión, y si lo hacía era custodiado por dos o más guardias, como si temiese entrar en contacto con la chusma del puerto.

Al Kemit, todas aquellas dificultades le dieron coraje para cumplir su cometido. Si hubiese sido algo fácil no lo hubiera hecho, o tal vez sí, es difícil saberlo; pero algo como aquello, algo que requiriese toda su atención y destreza... No dejaría pasar la oportunidad de demostrar que él era un cazador, un hijo del oasis y del desierto.

Todo hombre tiene sus debilidades, y la de Bata eran las mujeres. Aunque tenía una mujer de su raza y dos hijas que vivían con él en la mansión de Vértice; aunque era un funcionario de renombre y bien reconocido; aunque el trabajo le absorbía, en su corazón siempre había un destello cuando se encontraba con una noble dama vestida con el lino más fino. Como buen hijo de la ciénaga, rescatado por la magnanimidad de los mestizos, le perdía la idea de poseer una mujer nacida en la Tierra Mestiza, una hermosa Loo de piel carmesí y muslos húmedos. El Kemit lo vio en sus ojos y bufó asqueado: aquel hombre habría deseado nacer mestizo; insultaba a su propia raza solo con existir. Pero pronto dejaría de insultar a los suyos.

Eligió a Cónica entre otras muchas después de una apresurada selección, en ocasiones guiada por el azar. Un ansia nueva le consumía, y no veía la hora en que el alma del traidor Bata cayera en sus manos.

La dama Cónica vivía cerca del Castillo Occidental de Amón-Re, en uno de esos barrios periféricos que los mestizos hacen aparecer de cualquier parte cuando no les queda espacio para tanto hijo del río. Era un barrio ridículo, de casas de adobe de una sola planta, mal acabadas y peor conservadas, pero que, por su situación, no era malo del todo a ojos de los especuladores inmobiliarios y las gentes con ganas de aparentar.

No muy lejos crecían las factorías Loo y las calles bullían de androides especializados, cabezas de Krank que realizaban todas las tareas onerosas que los hijos del río no deseaban hacer. El Kemit habría dado hasta dinero por no residir en aquel sector de la ciudad, pero bueno, los mestizos eran así de estúpidos, y la peor de ellos,



Crónicas de la Tierra Mestiza.

esa tal dama Cónica.

Ella era la hija única de un rico comerciante que, tras su muerte, había demostrado no ser tan rico. Recientemente viuda y con más deudas que otra cosa, se había trasladado a aquel barrio con aires de grandeza y de gran señora que la desgracia había abocado a aquel lugar, pero del que saldría pronto, pues los dioses siempre se apiadan de los justos. Los sacerdotes del Oculto, que se llevaban en dádivas buena parte de la pensión que le había quedado a la muchacha tras liquidar los bienes del padre, así se lo aseguraban un día sí y otro también.

Acaso el Kemit la eligió porque aquella ramera era alguien fácil de odiar, a la que no le importaría hacerse cruzar con su daga, llegado el momento.

El niño se llamaba Tuti y tenía siete años. El hijo de Cónica no parecía mal muchacho, correteando siempre de aquí para allá con sus tablillas y sus plumieres, pero el mundo es imperfecto y siempre acaban pagando los que no lo merecen.

Derribó en plena calle a la nodriza del pequeño y se llevó a Tuti al hombro como si fuese un fardo. Oyó gritos a su espalda, pero nadie hizo nada para detenerle. Después de todo, estaban en Ity-tawy, donde todo el mundo se preocupa de sus propios asuntos. Tuti pataleaba extrañado y confuso; no dijo nada hasta que llegaron a una casa que había alquilado junto a la dársena y lo arrojó de bruces en una habitación.

—Señor, por favor...

El Kemit le cerró la puerta en las narices. Al marchar, dejó al niño sollozando.

El sol se alzaba glorioso la mañana de aquel día. El Kemit caminaba por la calle silbando una tonadilla de esas que se oyen por el puerto. Encontró la casa de Cónica y avanzó resueltamente entre dos vacas que pastaban y un corro de niños que, puestos en cuclillas, esperaban que sus rivales saltaran sobre ellos. El juego del cabrito.

En la mansión aún no habían avisado a la policía. La nodriza gemía junto al estanque con Cónica frente a ella aguijoneándola con todas las preguntas imaginables. El Kemit entró en el jardín y se encaminó hacia las señoras.

—¡Es él! —gritó la nodriza, reconociéndole.

Los servidores del jardín acudieron entonces empuñando sus azadones con gesto amenazante. El Kemit se acercó a la señora y le habló al oído:

—Si queréis volver a ver a vuestro hijo os aconsejo que hablemos a solas, en la casa.

—Todo está bien —dijo Cónica, aplacando a su servidumbre—, este señor y yo vamos al despacho. Que nadie nos moleste.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Allí le habló de Bata y de la misión que se le requería si deseaba que el pequeño conservase la vida: debía quedar a solas con el infame Mashauash en una pensión convenida y sin la escolta que acompañaba siempre al libio traidor. Cónica exigió a cambio saber algo de su hijo y el Kemit le prometió traerle una tablilla cada dos días. Le hizo entender a la afligida madre que eran varios sus asociados en aquella aventura y que si alguien le seguía o le apresaban, la muerte del niño sería particularmente sangrienta y dolorosa.

—No le hagáis daño a mi pequeño Tuti, os lo pido. —Cónica lloraba.

Antes de irse tomó a Cónica por la fuerza. Quería saber que era eso que Bata aprendería a codiciar y que le llevaría a la muerte. Le pareció un premio exiguo para un pago tan cuantioso.

6

Al atardecer de aquel mismo día, Neheb contemplaba a su discípula con ojos de halcón, a la princesa Heredera con gesto dócil y humilde, a su hija con un mirar orgulloso, amante pero inflexible. Nunca podría reconocerla como hija suya, pues todos la creían fruto de la simiente de Ajep. Solo él y Plemar sabían la verdad. Y aquella verdad íntima e inconfesable atormentaba su corazón.

Nebulosa abrió el Rollo de la Sabiduría por la sesión de ese día, marcada con una línea roja. Neheb no le permitía usar esos horribles RLV de los Loo y estudiaba como desde tiempos inmemoriales lo hicieran los antiguos egipcios. Y ella había memorizado todos los textos y estaba segura de poder plasmar los signos, sin ningún error, en el papiro que le entregaría su maestro. Pero él encontraría algo de lo que quejarse. De eso estaba segura.

—Un Príncipe no puede conformarse con hacer las cosas *solo* bien —diría—. Un monarca exhala por la boca Hálito de Vida, Armonía, los fundamentos de la ley y el baremo de la Regla.

Y encendería el incensario. Entonces, el aire de la habitación se llenaría del aroma amargo pero delicioso del Nlòplal de flores amarillas.

Pero ella odiaba la física, la medicina, las matemáticas, aunque a veces disfrutaba con la historia, la geografía y, raramente, con la religión. No encontrarían en ella la devoción de otros Príncipes en el estudio. Nebulosa sería obediente, tenaz, pero el Rollo de la Sabiduría no enmarcaba sus horizontes. Neheb lo sabía y, muchas veces, cuando estaban, como ahora, a solas, le decía:

—¿Qué quieres ser de mayor, hija mía? Escribe, no, seguramente.

Y ella reía, porque en esas breves ocasiones volvía a ser su padre, ya no era maestro ni Guardián de los Alimentos, preceptor, Director de los Trabajos del Rey, ni



Crónicas de la Tierra Mestiza.

alguno de esos complicados cargos que Pleamar le otorgaba por todos aquellos años de matrimonio, de vida en común sin estar casados. No, entonces solo era su padre, aunque a ojos del pueblo siempre sería solo su alumna y nadie, al menos en voz alta, le reconocería como su progenitor.

—Di, ¿qué quieres ser, mi niña?

Una vez le contestó:

—Tu hija, solamente.

Neheb le miró triste, ¿altivo también? Por un instante, aquella niña, oficialmente hija del Rey Justificado Ajep y de Pleamar, no necesitó más que el reflejo cristalino de las ambiguas emociones de su padre, un padre imperfecto y temeroso de expresar lo que sentía, no un semidiós Justificado e inaccesible.

—Eso es poca cosa para ti, Nebulosa.

Ella sabía lo que tenía que responder. Lo que Pleamar esperaba que respondiese. Pero era aún una niña. No sabía lo que aquello significaba exactamente, pero intuía el peso de cargas insoportables reflejadas en el rostro de su madre.

—Quiero ser Rey.

—Pero un Rey no puede amar unas disciplinas más que otras. Dejar de lado las matemáticas y permitir que el gran terrateniente se imponga al campesino moviendo los mojones y quitándole valor a la Arura. Olvidar la medicina y no saber reconocer los síntomas del descontento o la enfermedad en su pueblo.

—Otros lo harán por mí.

—¿Y quién te guardará de esos otros, si te engañan? La ignorancia te impedirá discernir la verdad y la Armonía se quebrará.

—Vos me ayudaréis donde yo no alcance.

—Yo no viviré siempre y, en cualquier caso, ¿quién os guardará de mí?

Nebulosa se quedó pensativa. No podría fiarse de nadie. Nunca.

—¿Eso significa ser Rey?

—Entre otras muchas cosas.

—Entonces tal vez no quiera serlo.

Neheb rio.

—No lo digas en voz muy alta, sobre todo si está cerca tu madre.

El silencio se hizo en la habitación. Nebulosa puso la mano en el Rollo de la Sabiduría. La clepsidra marcaba las doce. Mediodía. Ahora tocaba la lección. Siempre tocaba a esa hora. Neheb habló por fin:



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Dime, ¿dónde buscarás a tus amigos?

—Entre personas de mi rango.

—Completa esta frase: Él, que ha hecho el mundo inferior según la forma correcta.

Era uno de los himnos a Ptah. ¿Cómo seguía?

—... y hace brotar...

—¡No!

La estancia siguiente. Era la siguiente. Ya.

—... que dulcifica los ardores de las almas en sus cavernas, en nombre del Rey del Alto y el Bajo País.

Neheb asintió con la cabeza y le alargó una hoja de papiro. Nebulosa suspiró aliviada y se aferró al Rollo de la Sabiduría. Se sabía muy bien la lección. Le daría una sorpresa. Pero, por el contrario, Neheb disimuló una aviesa sonrisa y dijo:

—Apunta: Somos ricos y tenemos siete casas; cada casa tiene siete gatos; cada gato mata siete ratones; cada ratón se come siete granos de cebada; cada grano de cebada habría producido siete medidas. ¿Cuántas medidas hemos perdido?

Nebulosa estaba boquiabierta. ¡Era la progresión más difícil que nunca había visto! Sería incapaz de hacerla. No sabía por dónde empezar. Tal vez, luego que hubieran trabajado en la lección del Rollo de la Sabiduría, si la hacía lo bastante bien, el castigo no sería excesivo. Miró a su padre, que le había dado la espalda y, de pronto, se dio cuenta. Neheb había intuido que llevaba la lección bien aprendida. No se la preguntaría.

Eso, seguramente, era una nueva advertencia de lo que significaba ser Rey.

Eran las siete de la tarde y Pleamar se extrañó de no ver a su hija correteando en los jardines. Se encontró con Kamutef y su hijo en el huerto, y preguntó por Nebulosa, pero no sabían nada. De regreso al interior de palacio llamó al Intendente de la Gran Casa, un viejo cascarrabias que llevaba entre aquellos muros desde antes de nacer la misma Solsticio. Él supo darle la respuesta que esperaba.

—Está aún en la sala de estudio con el noble Neheb, mi Rey.

¿A estas horas? ¡Qué extraño! Pleamar y todo se séquito avanzaron resueltamente un corredor tras otro; un flabelífero robot trastabilló con su abanico de plumas de avestruz, cayendo pesadamente al suelo con su pesado armatoste al hombro. Dos acólitos de la SoGen le salieron al paso por un pasillo y ellas les empujó sin miramientos.

—¡Neheb!



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Llamó con los nudillos a la puerta. Unos pasos calmos. El rostro amado. Al fondo, la niña Nebulosa con los codos hincados en su banco, las cifras danzando ante ella como fantasmas del Lago de Fuego.

—Hemos tenido un problema con cierta progresión matemática.

Pleamar le miró. Su voz era un susurro.

—¿Hace cuánto dura ese... problema?

—Algo más de cuatro horas.

—¿Sabrá ella resolverlo?

—No creo.

Pleamar imaginó a su pobre niña, durante horas interminables, esperando un castigo por su ignorancia que aún no había llegado. Tal vez intuía ya que la espera era el castigo, también la enseñanza.

—¿No se ha quejado la Esposa del Dios?

Neheb la miró de reajo, el resto de su cuerpo vuelto aún hacia Nebulosa. *Esposa del Dios*. Casi resultaba divertido. Ante la imposibilidad de hacer Heredera a su hija sin otra y aún más gravosa invención de los sacerdotes del Oculto, el Rey la había hecho su consorte. ¿Acaso Pleamar no era un hombre y Soberano del Doble País? Podía tomar esposa cuando quisiera. Legalmente al menos, Pleamar y Nebulosa eran marido y mujer. En privado eran madre e hija, y él su esposo. Pero todo eso valía menos que un grano de arena en el desierto.

—No se ha quejado, al menos no de palabra.

La niña, aunque sabía de la presencia del Rey, no había levantado la vista de su papiro. Su padre la miraba. Pleamar habló:

—¿Estáis orgulloso de ella?

—Sí, Majestad.

La niña temblaba solo de oírles, sudando por su mechón infantil, que coronaba un cráneo afeitado al cero.

—Será un buen Rey. El joven Rey que los Sacerdotes no me dejaron ser.

—Si Amón-Re así lo quiere.

Pleamar miró a su compañero y se alejó instintivamente ante el súbito brillo que descubrió en los ojos de él: duda, ira, fatalidad. Entonces transmitió por su implante branquial en la frecuencia privada que solo utilizaban ella, Neheb y Nebulosa, dejando que las ondas Srore flotasen largamente en el vacío:

Amón querrá lo que yo diga... cuando yo lo diga.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

7

El Kemit cogió un palo y lo blandió sobre la cabeza del infante. Se congratuló de su propia maldad y de que fuera capaz de llegar a extremos inimaginables solo un par de días atrás. Luego, súbitamente, sintió tristeza y asco de sí mismo, pero superó aquellos sentimientos débiles y apuntó con su garrote hacia el pobre crío, que lloraba desconsolado.

—Vamos a jugar a un juego, pequeño Tuti. El juego se llama: escribes lo que yo te mande y yo no te golpeo con esta vara de sauce.

—Por favor, señor, quiero volver con mi mamá. Ella vive en...

Un golpe seco junto en el cuello y el niño, luego de levantarse del suelo, lloriqueando de nuevo, apenas una hora después, ya no volvió a hacer comentario alguno.

Le hizo escribir al niño doce tablillas diferentes. Las tablillas de madera recubierta de una fina película de yeso, llevaban ya obsoletas cincuenta años. Sin embargo, y acaso por romanticismo, todo infante aprendía a escribir en sobre aquella superficie antes de utilizar el RLV, que obedecía a comandos de voz, por lo que, de no mediar aquel aprendizaje elemental e innecesario, muchos no sabrían ni siquiera escribir. Tuti era un niño aplicado y solícito que movía su punzón con la maestría caligráfica de un experto. En menos de una hora había acabado su cometido y redactado la docena de tablillas según las instrucciones del Kemit. En unas llovía, en otras hacía sol o estaba nublado, en todas hablaba del amor que sentía por su madre o de sus captores, que se vio obligado a describir como muchos y con espadas. La primera estaba fechada en el segundo mes de la Siembra, sexto día; la última, en el tercer mes, segundo día, pero el Kemit no pensaba que la cosa se fuese a alargar tanto. Algunas no las fechó, por si acaso.

Sintió una punzada de pena muy grande en el corazón cuando rebanó la garganta del muchacho. Apenas si hizo un aspaviento en la muerte. Habría sido un joven hermoso y un buen hombre acaso. Lástima que no naciera con suerte.

Luego de arrojarlo a las aguas del Gran Río que le dio la vida, se fue a una taberna a coger una buena borrachera. La ocasión lo merecía.

Dos días después entregó la primera tablilla.

Segundo mes, sexto día, noveno año del Rey Pleamar.

Tengo miedo. Aquí hay muchos hombres malos con espadas. Quiero volver a casa. ¿Por qué no puedo volver a casa?

Tuti.

Cónica, los ojos anegados en lágrimas, le informó que había pedido una pequeña suma a Vértice para hacer frente a unas deudas ficticias y que su mismo



Crónicas de la Tierra Mestiza.

asistente, el libio Bata, le había entregado la suma, unos pocos Deben, sin ningún interés añadido, lo que ella le había agradecido efusivamente. Había quedado con él para el día siguiente, bajo cierta excusa a la que el Kemit no prestó atención porque no le interesaba en absoluto.

Al cuarto día se puso a llover, cosa extraordinariamente extraña en Ity-tawy, y el Kemit agradeció a Shahdidi y al Oculito su astucia y previsión.

Noveno año del Rey Pleamar.

*Llueve mucho. Los hombres con espadas me vigilan. Te echo de menos.
Te quiero. Tráeme pronto de vuelta, por favor.*

Tuti.

—No está fechada —dijo la ramera mestiza, tras leerla—. ¿Cómo sé que no estaba escrita hace días?

—¿Ayer o hace días llovió? Cuándo fue la última vez, ¿cuántos meses? Será una distracción de vuestro hijo. Le regañaré bien fuerte para que no vuelva a suceder.

—No, no, por favor, no lo hagáis...

Y se le entregó de nuevo, la muy perra, para aplacar su ira. En el fondo, el Kemit creía que le provocaba para que la forzase.

Llegado el día sexto supo que aquella misma tarde acabaría todo. Bata y Cónica se habían citado en la pensión del Cocodrilo Azul, cerca del puerto espacial de Ipet-sut, donde meses atrás se consumara la hazaña de Vértice tras su odisea en la luna Tonutir.

Juntos, en silencio, ella sentada en el lecho y el Kemit de pie junto a la puerta, esperaron una hora que se hizo eterna.

—Nos pasamos la vida adorando a los dioses y ellos continúan sordos a nuestro dolor —dijo de pronto el Kemit, con ojos de alucinado—, sordos a todo, incluso a sí mismos, a la eternidad que les rodea en el lugar de los muertos, a la inutilidad de su controversia infinita. Porque no hay regla, no hay principios, no hay verdad. Solo existe la muerte. Si en mis manos está tañer la eternidad, solo es así porque soy un asesino, un devorador de almas. Al igual que el músico hilvana su arte y cree acercarse a Dios; al igual que el escultor extrae de la piedra con su mazo las formas que martillean su corazón y cree librarse de su peso; al igual que un maestro de los puercos mestizos hace repetir a los pequeños las sentencias de los Sabios Inmortales y está seguro de poder repartir su bagaje...; al igual que todos y mejor y peor que ninguno, el asesino cree acercarse a Dios con la belleza macabra de su arte, cree poder calmar a los fantasmas de su conciencia con el ritual de la hoja acariciando los despojos exangües, cree repartir el conocimiento hacia el lugar de donde proviene, devolviendo en el ocaso el equilibrio a lo que no lo tuvo en vida. Mentiras: todos mienten y utilizan lo aprendido para mentirse más y más completamente. Hemos venido



Crónicas de la Tierra Mestiza.

al mundo sin una razón, sin explicaciones, sin causas, sin objetivos. Lo que cuenta es ser feliz, pero obviando la búsqueda de esa felicidad soñada preferimos engañarnos, parapetarnos en nuestros valores, que no son sino cadenas para contentar la convivencia a costa del placer.

Esto dijo el Kemit mientras esperaba, con la dama Cónica a su lado, que terminase aquel atardecer tórrido de la Siembra. Mientras la mujer le miraba con los ojos muy abiertos, sin duda convencida que enloquecía por momentos, su corazón caminaba hacia adelante, hacia un futuro de felicidad soñado, de vuelta en el oasis de sus padres, y luego hacia atrás, hacia la necia existencia de Bata, o la de la fulana de Cónica y, de pronto, comprendió que podía ir de un lado a otro, regresar al punto de partida o detenerse, porque todo es lo mismo.

Él sería siempre, hasta el fin de sus días, un esclavo de los puercos mestizos.

Por fin sé oyó un sonido junto a la puerta y entró Bata, el infame Puro libio traidor a su raza.

—¿Dónde está mi princesa?

El Kemit estranguló al infeliz con sus propias manos. No fue cosa fácil; el Mas-hauash pataleó, le arañó los brazos, resopló como una lechuza y, finalmente, dejó de luchar. Con un estertor, cayó muerto a los pies de su asesino. El Kemit se entretuvo en despojarle de sus costosos ropajes y ataviarle con las vestiduras de campesino que él llevaba para la ocasión.

—Ya está —suspiró—. Ahora soy el noble Bata.

La ramera mestiza se alzó del lecho y escupió al cadáver de su «casi» amante al rostro. Luego sonrió al Kemit. Solo lo había hecho para congraciarse con él. ¿Qué razones podía tener ella para odiara al infeliz servidor de Vértice? Ninguna.

—¿Por qué tardaste tanto en matarlo? —dijo Cónica, con voz enojada, pero al instante dulcificó su rostro y extendió una temblorosa mano, esperando su recompensa. El Kemit le entregó la tercera tablilla, que ella leyó ávida, los ojos llorosos:

Segundo mes, décimo día, noveno año del Rey Pleamar.

Hace sol. Dice el jefe de los hombres de las espadas que después vendrás a buscarme. Te espero, mamá. No tardes.

Tuti.

—¿Cuándo podré verlo?

—Pronto.

El Kemit se divirtió con ella toda la tarde y, tras una corta siesta, de nuevo hasta el amanecer. La mujer le complacía sin demora en las cosas más abyectas, cosas que a menudo no deseaba pero que le resultaba imposible no reclamar, llevado por la cu-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

riosidad exquisita de saber hasta dónde, por miedo de perder a su hijito, estaba la puta mestiza dispuesta a rebajarse.

Llegó de nuevo la tarde y el cadáver del Mashauash, yerto a un lado del lecho, empezaba ya a apestar de forma escandalosa. El Kemit encendió incienso de Nlòplal amarillo y ni siquiera aquel olor nauseabundo pudo con el hedor de las carnes putrefactas de Bata. Tuvo miedo que la dueña de la pensión viniera a llamarles la atención. Comenzó a vestirse.

—¿Podré ahora reunirme con mi hijito?

El Kemit asintió.

—¿Qué piensas, que soy un puerco mestizo mentiroso que no cumple con su palabra?

Ella negó con la cabeza, asustada.

—No, no...

—Ponte algo de ropa.

La mujer obedeció y marchó con él hacia la salida. Antes de abrir la puerta, el Kemit se detuvo y agarró a la mujer por el cuello. Acercando sus labios a los de ella, la besó:

—Él te espera, estará contento de que marches a su encuentro.

Le arrancó el implante branquial y le rompió el cuello de un solo golpe. La fulana resbaló al suelo y quedó caída junto al Mashauash.

—Mira en lo que me habéis convertido, mestizos del demonio —murmuró el Kemit, mordiéndose los labios de rabia.

Con los ojos bañados en lágrimas, se dio la vuelta y salió a la calle.

8

El pequeño luchador Libu estaba vencido. Retrocedía con los brazos caídos y la expresión perdida en alguna parte muy lejos de la arena. El enemigo Aamu blandió su lanza y se precipitó hacia él aullando de alegría.

Con un giro y un salto calculados el Puro Libu culminó su engaño y consiguió descolocar al veterano lancero que, el costado al descubierto por su impericia, ni siquiera fue capaz de ver el golpe mortal que su enemigo le endosaba por la espalda.

Bakenkhonsu resopló. Había apostado muchos Deben por el Puro Aamu, veterano de varias guerras y uno de sus mejores luchadores. Aquel joven Libu no le acarrea con aquel golpe de suerte más que un nuevo sobresalto a su ya debilitado patrimonio. Aquellos malditos Puros, cuando luchaban entre ellos nunca se



Crónicas de la Tierra Mestiza.

sabía lo que podía pasar.

—¡Por los pelos del cogote de la serpiente Apop! ¡Tú por aquí después de tanto tiempo!

Neheb le saludaba desde la grada inferior. No le devolvió el saludo. Luego de que Bakenkhonsu en persona organizase la farsa por la que Pleamar había sido convertida en hombre y luego en Rey, el sacerdocio de Amón-Re había sido cubierto de dádivas y de prerrogativas. Él, como su sumo sacerdote, se había convertido en el ser más poderoso del país. Pero luego de la coronación, Pleamar no había vuelto a dirigirla la palabra. Ahora solo escuchaba a su amante, que ocupaba todas sus horas del día y gobernaba en secreto la Tierra Mestiza. Neheb era como esos luchadores Puros torpes y estúpidos, un estorbo que no hacía más que complicarle la existencia.

—¡Puros puercos del demonio! —gruñó, dándole la espalda a la serpiente Kau.

Bajó de la tribuna y se alejó cabizbajo de los corredores de apuestas, que recogían grandes sumas de dinero para el próximo combate. Ni siquiera se quedó para contemplar cómo las Piedras Sintientes reptaban sobre la arena para engullir a su presa y tallar finalmente el rostro deformado por la muerte en la roca de los pilares. Normalmente, aquella monstruosidad le encantaba. Pero no hoy. Un gigante Loo le abrió el portalón de entrada y, aún con la cabeza gacha, avanzó por las tortuosas galerías que un día traspasara con los ojos vendados, y que hoy no tenían misterio para él.

No volveré a apostar, se dijo a sí mismo en voz alta.

Pero ya se lo había dicho otras veces. Y en todas había sabido que se estaba mintiendo. Aquel desatino, aquellas muertes absurdas eran el único exceso que se permitía. Y una existencia sin excesos es solo una forma de anticiparse a la muerte. Bakenkhonsu, con sesenta y ocho años ya, a menudo pensaba en la otra orilla, y en el más allá que los sacerdotes le ganarían con sus guías del otro mundo, su confesión negativa y sus rezos sibilantes. No terminaban de reconfortarle las promesas del Bello Occidente. Le angustiaba la perspectiva de perdurar en la muerte junto al buen Osiris, bebiendo vino, comiendo pato asado y asistiendo a un millón de relamidas celebraciones. Tal vez fuera preferible el Lago de Fuego. Un instante de tormento, y luego..., una eternidad en el olvido.

—Sí, tal vez sea preferible.

—¿Qué es preferible, mi señor? —Su intendente le miraba con interés y preocupación. ¿Ya había llegado al Doble Palacio? ¿Había atravesado dos barrios de Ity-tawy, la puerta de entrada y tres pabellones sin darse cuenta? Bakenkhonsu comenzaba a sentir el peso de la vejez a sus espaldas y, con ella, se hinchaba como un odre el peso de las acciones.

—Nada, nada es preferible a esto. —Tenía la boca reseca. Tal vez estuviera en-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

fermo—. Lárgate. Quiero dormir una siesta.

Pero pudo cerrar los ojos apenas unos instantes. El carraspeo de su asistente le hizo volver a abrirlos para, inyectados en sangre, clavarlos en su lacayo.

—Probablemente, imbécil, haya que decirte las cosas veinte veces para que las puedas entender, pero...

—Príncipe, una visita de singular importancia...

¿Una visita de singular importancia? ¿Pleamar volvía a acordarse de él y se arrepentía de haberle enfrentado y ahora estaba por fin dispuesta a escucharle, a que él la guiase en las tareas de gobierno por los senderos de la paciencia y la sutileza, por todos esos lúgubres senderos que había transitado para llevar a su niña al trono de los vivos? ¿Sería posible que dejaran de ser rivales y antagonistas para poder abrazarse de nuevo como aquella vez que bogaron juntos por el estanque de los Nlòplales y su niña le preguntó si siempre estaría a su lado para ayudarla? ¿Sería posible?

—¿Se trata de mi niña, del mismo soberano Pleamar?

El asistente negó con la cabeza.

—Se trata del Heredero Menkhep, su hermana Galaxia y su madre, la Consorte Viuda Horda.

Bakenkhonsu abrió la boca, incrédulo. Sus amigos le daban la espalda y sus enemigos venían a su casa. El mundo se había vuelto del revés. Otra vez.

Horda se removía de un lado a otro de la estancia como una gata en celo mientras el Heredero, hierático en su silla con respaldo, la observaba ir y venir cada vez más nervioso. Galaxia le hizo un guiño cómplice y Menkhep trató de sonreír y recobrar la serenidad.

—Tal vez fue mala idea venir —dijo el niño.

—¡Tonterías!

—El próximo Rey, marchando a escondidas a las estancias de un Príncipe, enemigo declarado de su facción y que... —comenzó el niño.

—¡Silencio, Menkhep! La decisión ya está tomada. Nos quedaremos.

El niño apretó los puños. Nadie debería mandarle callar. Ni siquiera su madre. Miró a su hermana y respiró hondo. Tenía ya once años. Pronto ni Horda se atrevería a levantarle la voz.

—Madre, no debéis...

Bakenkhonsu apareció en el salón por una entrada lateral, provocando la sorpresa que esperaba. Nadie le había anunciado. No le habían visto llegar. Pero ahora le



Crónicas de la Tierra Mestiza.

contemplaban tomando asiento en su banqueta entre ellos y su mesa de Senet.

—Hoy es un hermoso día, ¿no creéis? El hermoso día en que un hombre sencillo tiene el honor de ser visitado por los que tienen en su mano el destino del universo.

Menkhep conocía la fábula. La había estudiado con sus preceptores. Sabía cómo seguía.

—Re está en su morada y...

—¡Vaya montón de estiércol! —aulló Horda—. Dejad de hablar como eruditos y dejar la literatura y las zalamerías para otro día y otro lugar. Aquí estamos expuestos, pronto los guardias querrán saber dónde nos encontramos. Hablemos de lo que es debido... Y punto.

A Bakenkhonsu le divirtió la interrupción. ¡Qué mujer más formidable! Casi se echa a reír. Menkhep, sin embargo, tenía los puños apretados y el rostro contraído por la ira. *Ah, estas madres protectoras...*, pensó Bakenkhonsu.

—El asunto que nos trae es trascendental para el futuro del Doble País —dijo Horda—. Mi hijo os hablará con respeto porque sabe que sois Grande entre los Grandes.

Bakenkhonsu inclinó la cabeza en respuesta al halago. Esperó mientras encendía el incensario y el aroma del Nlòplal inundaba el ambiente. Entretanto, Menkhep parecía buscar las palabras justas con las que iniciar su discurso.

—Un día, no muy lejano, tendré edad para gobernar en solitario.

—Aún faltan algunos años —objetó Bakenkhonsu. El Heredero pasó por alto la observación.

—Cuando llegue ese día reclamaré lo que es mío. No sería honesto para nadie que lo compartiera con la Reina-regente, y menos subordinarme a esa... mujer.

—¿Cuál mujer? Pleamar es, como bien sabéis, Rey, no Reina.

Horda le señaló con un haz de dedos temblorosos.

—Esperaba de vos el mismo respeto que con el que se os trata. Todo eso no es más que una pantomima que los sacerdotes de Amón-Re, contigo a la cabeza, habéis urdido. Nadie en su sano juicio lo cree realmente.

—Y, sin embargo —terció el viejo Príncipe—, la legítima para gobernar y para manteneros a todos en la sombra si lo cree conveniente. Y no creo que esos sean sus últimos objetivos.

Horda palideció.

—Así que vos también pensáis que tiene la intención de declarar corregente a Nebulosa para poder así cederle algún día la Doble Corona.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—No veo por qué no habría de hacerlo. La ha hecho su esposa..., ¿por qué no habría de hacerla corregente?

—Pero para eso habría que convertir a la muchacha en hombre también. El pueblo se levantaría ante un descaro semejante y...

—¡Madre! Déjame hablar a mí. ¡Te lo ordeno!

Se hizo el silencio. Galaxia se llevó a Horda al otro extremo de la habitación, a un diván bajo la ventana, y ambas tomaron asiento en recatado silencio.

—Cuando reclame lo que me pertenece... —comenzó de nuevo Menkhep.

—Joven amigo, tal vez vos y yo hablemos de cosas distintas. Me habláis de un día y de una posibilidad que, os repito, no llegará. Pleamar Reina. Nebulosa Reinará tras ella. ¿Qué es pues de lo que venís a hablarme?

Menkhep se envaró, quiso decir algo y luego calló.

—¿Daréis muerte al Horus Viviente? —aventuró Bakenkhonsu—. ¿Morirá Nebulosa? ¿Comandaréis a los contrarios a la Reina-Rey y dejaréis que estalle una guerra civil que diezmaría el Doble País?

Bakenkhonsu vio que sus interlocutores bajaban la cabeza, vislumbrando al fin ámbitos teñidos de oscuridad, situaciones que no habían previsto. Eran solo unos cachorros en la gran jungla del palacio de Ity-tawy; si no aprendían pronto a guarecerse, las bestias los devorarían. No le extrañaba del niño Menkhep, pero Horda, era una mujer astuta, ambiciosa, pero tal vez no tan inteligente como pretendía aparentar. Suspiró, nunca encontraría rivales a su altura o la de su abuela Constelación.

—¿Y bien, Heredero?

—Hay cosas que aún no hemos pensado.

—No habéis pensado en nada. Tal y como ahora os presentáis, un tribunal solo podría pensar que discutís la soberanía de un Rey legítimo.

A Menkhep le invadió el terror. *Tribunales, pensaba, jueces, culpabilidades, traición.*

—No temáis —dijo Bakenkhonsu, con gesto de fastidio—. No voy a denunciaros. Vinisteis como amigos, ¿pensáis que soy un monstruo?

Lo era, ¿no? Bakenkhonsu se quedó absorto por un instante en la mecánica de sus pensamientos. Menkhep, atento a todo lo que había oído, caviló largo rato y dijo al fin:

—¿Qué me aconsejáis entonces?

—¿Cómo podría ayudar un pobre viejo?

—Por favor, vos sois el más sabio. Todo el mundo lo sabe.

Bakenkhonsu sonrió y sacó pecho, complacido, inclinado como siempre a rendir-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

se ante la adulación.

—Mirad esta partida de Senet, pequeño Rey. —La mirada de ambos se deslizó sobre el tablero de ébano y marfil que presidía las habitaciones del otrora Guardián de los Hijos del Rey.

—Está empezada.

—Sí, sin duda. ¿Qué más veis?

—Conos ganarán a espirales.

—¿Sí? Por qué.

—El primer peón cónico bloquea la Casa de la Felicidad. El contrario no podrá conducir ninguna ficha a la victoria, pues debe pasar necesariamente por esa casilla.

—Muy bien, pero si vos llevarais espirales y quisieseis, como es lógico, ganar, ¿qué haríais?

—Trataría de liberar ese peón. Intercambiarlo por uno mío.

Bakenkhonsu sonrió.

—Ahí lo tenéis. Una excelente decisión. No necesitáis saber nada más.

De forma intuitiva, Menkhep supo que Bakenkhonsu no deseaba añadir nada más. Incluso con su gesto distraído tal vez le invitara a marcharse. Pero, ¿qué le había enseñado? No tardó en darse cuenta. A Pleamar le habían legitimado para el poder los sacerdotes de Amón-Re, convirtiéndola en Rey. El poder pasaba necesariamente por ellos. Debería desbancar necesariamente a Pleamar de esa casilla si quería gobernar. Que ellos creasen otra patraña para legitimarle a él al trono por encima de los intereses de Pleamar. No era imposible. Pese a sus cargos, honores y prebendas, los sacerdotes de Amón-Re estaban abiertos a traicionar al que fuese si la ganancia lo justificaba. Pero Bakenkhonsu nunca traicionaría a Pleamar. No a aquella altura de la partida. Menkhep volvió a mirar el tablero.

—¿Y vos, quién sois en ese tablero?

Bakenkhonsu, que no esperaba haber de proseguir la conversación, rio satisfecho.

—Ah, ¿no lo sabéis?

—La pieza que aguarda bloqueada en la Casa del Agua, seguramente.

—¿Sí?

—Mientras esa pieza esté ahí no podrán las espirales derribar a la ficha contigua de la Casa de la Felicidad. La primera le cubre las espaldas.

Bakenkhonsu rio de nuevo.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Habéis acertado. ¿Eso os dice algo?

—Sí, que no me ayudaréis.

—No, erráis al fin, joven e inteligente Heredero, significa que esa pieza, si ve peligrar la Casa de la Felicidad, permitirá que la penalicen y la manden al centro del tablero para poder desde allí perseguiros y daros alcance. Engulliros hasta que no quede nada de vos.

Horda se levantó. Aquello era demasiado. Pero Menkhep parecía aún interesado en las palabras del viejo Príncipe, y le hizo un gesto con la mano para detenerla.

—Si no ibais a ayudarme, ¿por qué me dais pistas de la estrategia a seguir?

Bakenkhonsu rio de nuevo mientras hacía crujir sus dedos.

—Oh, mi dulce niño-Rey. ¡Estaba tan aburrido! Dentro de muy poco vos me daréis una nueva y gran partida de Senet aún por empezar. Nueva desde el primer movimiento. Y entonces el Rey Pleamar volverá a necesitarme; como siempre, tendrá que echar mano del viejo zorro para jugar la partida decisiva.

El rostro de Menkhep se había vuelto sombrío. No parecía un niño.

—He oído que nunca nadie os venció.

—Nadie que yo no quisiera engañar para que se confiase y así la derrota final le resultara doblemente dolorosa.

Menkhep observó de reojo a Galaxia, que sujetaba a su irascible madre, a punto de abalanzarse contra el gordo Bakenkhonsu. El joven resolvió abandonar su banqueta y acudir a su encuentro. Cuando dio la espalda a su enemigo, dijo lo único que le quedaba por decir:

—Lamentaré el tener que aplastar a rival tan admirable.

9

—Todos los que habitamos este país de mestizos somos hijos del Gran Río —dijo el Kemit, mirando hacia el cielo, donde se diluía la estela de las aerobarcazas—. Hinchidos de muerte, altivos o con la cabeza gacha, sabios o dichosos, preparados o indecisos..., regresaremos a Él, porque Él está al principio y al final de todos los caminos. Yo, una vez fui un hijo del desierto, pero he dejado atrás lo que era, como un reptil su muda de piel. A veces, Hapi, el Gran Río, discurre rebosante de sí mismo; en ocasiones, sin embargo, digamos que cada mil años, fluye estéril, malhumorado. Los campesinos, presas del terror, acuden entre sollozos a sus mayores y les hablan de sus campos, que no se han anegado, de su ruina y su hambre, de la espalda encorvada y la vara de sauce, del tiempo que se llevó su juventud y no le ha dejado más que... miseria. Y sus mayores ensayan palabras de consuelo, palabras que parezcan



Crónicas de la Tierra Mestiza.

sinceras y no dejen entrever la indiferencia de los hombres que sostienen la Regla y el báculo de la ley hacia el pesar de los débiles. Al cabo, el campesino no podrá hacer frente a los impuestos y tendrá que decir adiós a su vieja propiedad, que en breve engrosará las de aquel templo o las de este noble palaciego. *Mil generaciones lleva este pedazo de tierra mestiza en manos de mi familia, ¿me oye? Mil generaciones*, proclamarán impotentes. Mil generaciones de pobreza. Poca cosa, en realidad. A veces, al igual que el Gran Río, la vida discurre rebotante de sí misma para luego desinflarse y desaparecer, mientras nosotros, sus moradores, nos debatimos en el mismo terror que sacudía al campesino; incapaces de ver dónde acaba el cauce; incapaces de adivinar dónde conduce el próximo recodo. En vano buscamos respuestas cuando no conocemos las preguntas.

El Kemit, antiguo servidor de la noble dama Remolino, hoy próspero hombre de negocios y deudor de los poderosos, o acaso, como el Gran Río, de sí mismo, entró en su casa, un palacete a las afueras del barrio de Sobek, y ordenó secamente a su esposa que regresase al oasis de sus padres y vendiese todas las propiedades de ambos en el Doble País. Ella obedeció, aunque de mala gana, pues casi se había acostumbrado al estilo de vida perezoso y lánguido de los mestizos.

—Esta tierra parece rica y próspera, pero está más seca que las dunas que rodean la casa de mi padre —convino, apelando al fondo de su alma.

Peor cara puso la buena mujer cuando escuchó que su esposo no regresaría aún, sino algo más tarde.

—Tengo que acabar unos asuntos.

Ella le miraba de reojo. ¿Qué asuntos? La mujer sabía que tenían fortuna propia y que su esposo se hacía llamar empresario para encubrir su mal ganado caudal. Pero no mostró ni una mueca de disgusto, ni un gesto. Ahora volvía a ser una hembra del Desierto Occidental.

—¿Cuándo volverás? —inquirió, presintiendo que algo no iba como debiera.

—Ya te he dicho que algo más tarde.

El Kemit se sentó en el suelo mientras su esposa iniciaba el trajín de la mudanza y llamaba a sus administradores para preparar la venta de sus bienes. Apesadumbrado recordó que, en las jornadas anteriores a la muerte, la existencia se revestía de densidad, de colores, de sensaciones y sabores, que nada era ya igual, sino la suma de todas las diferencias en un solo gusto. La naturaleza de las cosas cambiaba para que el ser se preparase para la unidad. No pudo precisar cómo lo sabía, dónde lo había oído, pero supo que estaba en lo cierto y que hoy podría dictar diez RLV de aquellos que usaban los malditos mestizos con todas las sensaciones que traspasaban en ese instante su corazón.

Para cuando se levantó y salió de nuevo a la calle, ya estaba resignado a su final.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

10

Maldad, una maldad densa y concentrada, un olor acre de podredumbre, de lujuria, de mentiras y de muerte.

—Por favor, señora, dejad las risas para otra ocasión. Estamos ante un asunto muy serio.

El rostro de Bakenkhonsu se contrajo de disgusto ante la sonora carcajada que se desencadenó a continuación. Aquella mujer era un demonio.

—¿De verdad creéis lo que decís, Visir, o solo habláis así para darme miedo? —La voz de Remolino abandonó de súbito el tono de chanza para volverse cruel y amarga como la hiel—. Un miedo que, evidentemente, no me dais.

El sacerdote se quedó callado. Había subestimado a su rival. Y era una cosa que no solía hacer. Había esperado una defensa airada por parte de la adúltera, pero Remolino se preparaba para el contraataque. Cuando era joven había participado en un centenar de partidas de caza por lo menos. Recordaba aquel sudor frío en la base de la espalda cuando la bestia estaba cerca y dispuesta para saltar.

—Los indicios de los que dispone vuestro esposo son innumerables. No creo que os atreváis a negar que habéis cohabitado con innumerables...

—¡Naturalmente que lo niego, maldita sea! Soy una mujer leal, obediente y casta, que ha permanecido devota y resignada esperando el regreso de su marido durante meses. Pero ahora, las absurdas difamaciones de unos envidiosos han enturbiado el razonamiento de mi esposo y hasta de un hombre docto como vos. ¿Dónde vamos a llegar? ¿No hay ya vergüenza y dignidad en la Tierra Mestiza? Miraos a la cara, ¡ya me habéis condenado!

Mucho más alto que las carcajadas. Había hablado en voz tan alta que en toda la casa habrían resonado sus lamentos. El magistrado que había venido a interrogarla, y que esperaba en las estancias contiguas, no podía haber dejado de oírla.

—Mi señora...

—Sabed que pediré a mi esposo Vértice una compensación económica por su agravio. Tal vez el divorcio, obligándole a renunciar a todo lo que aportó al matrimonio.

Bakenkhonsu enarcó una ceja. La bruja había bajado el tono, ahora hablaba solo para él.

—Haré pedazos el buen nombre de mi esposo y me quedaré con su dinero —concluyó.

—Eso que decís será imposible a menos que...

—Convocaré un Consejo Conyugal, naturalmente. En presencia de mi marido lavaré mi honra. Actuarán como testigos mis cinco sirvientas personales, mi asistente



Crónicas de la Tierra Mestiza.

y todos los criados que se juzguen convenientes.

—Todos ellos saben de vuestras indiscreciones.

—Y ninguno dirá nada. Intentadlo, si gustáis. Esta es la casa de mis padres, y ellos, sirvientes que llevan conmigo desde antes que yo naciera en todos los casos. Nadie es más espléndida que yo con los que me sirven bien. ¿Con quién creéis que está su fidelidad? El bravo Vértice siempre está fuera ensanchando los horizontes del Doble País. Así que este siempre ha sido mi Dominio. Aquí soy yo el Rey.

Se hizo el silencio.

—Y supongo que ya habéis previsto que vuestros amantes permanecerán igualmente callados —dijo Bakenkhonsu, que comenzaba a comprender a su rival.

—Son todos hombres casados, honorable Visir y Primer Profeta del Dios Oculto, no pondrán en peligro su futuro. ¿Y por qué habrían de hacerlo? ¿Por vos y vuestra Regla, la Armonía universal y...?

—El que miente ante el tribunal se niega a sí mismo y por tanto se niega la otra vida —pontificó el anciano—. Su espíritu puro y luminoso no sabrá reconocerle cuando cruce la otra orilla y sus partes no serán restauradas.

—Me buscaré un buen Recitador y un sacerdote funerario que me consiga la mejor guía del otro mundo.

Remolino hizo un gesto con la mano indicándole que se fuese. Ahora hablaría con el magistrado, que ya habría interrogado a la servidumbre y ya habría sido engañado. Probablemente, la justicia solo sacaría de aquel día de trabajo una demanda contra Vértice por falsa acusación.

—Me aseguraréis, al menos, que mi noble amigo no sufrirá un accidente mientras limpia su espada.

Remolino volvió a reír, aunque ahora ahogó la risa con la mano.

—Marchaos, divino Bakenkhonsu, por favor. Dejad las bromas para otro momento. Tengo que guardar la compostura cuando entre a verme el representante de la ley sagrada de nuestro país. Si seguís con esas historias tan divertidas no podré poner el gesto de mujer agraviada que espera de mí.

El sacerdote sintió que la ira le invadía. En su pecho estallaron llamas ardientes que le consumían. Por un instante, en su interior se desataron todos los monstruos del Lago de Fuego. Sin saber cómo, se vio a sí mismo coger del cuello a aquella perra mentirosa hasta que la hizo caer de la banqueta y, de rodillas, sujetarla al suelo.

—Eres como Pleamar, una puta que se cree por encima de la ley y de las costumbres. Una puta que no me escucha después de todo lo que he hecho por ella. Pero eso se va a acabar, para ti y para ella.

De un manotazo Remolino se soltó y retrocedió gateando hasta el final de la es-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

tancia.

—Habéis intentado asesinarme. Os denunciaré.

—No tenéis pruebas. Solo un enrojecimiento en la garganta que desaparecerá con el próximo grano de la clepsidra. ¿Veis, ya ha desaparecido?

Bakenkhonsu se dio la vuelta para irse. Había tenido bastante..., de momento. Pero la arpía quiso decir la última palabra:

—Cuando vea al Rey, le transmitiré vuestras palabras de apoyo a su causa.

—Oh, no, no creo que viváis lo suficiente para ello —sentenció Bakenkhonsu.

11

Su amo, Vértice, había dado orden que le escoltasen hasta la casa de Anubis, el dominio de los muertos en el Lugar de la Verdad y necrópolis de Ity-tawy. El falso Bata, el Kemit disfrazado de Mashauash, fue tras él hacia el mediodía, luego que se hubo llenado la panza con media docena de codornices de la bien provista despensa del Loo.

Junto a la entrada del taller de embalsamamiento donde, después de no pocas pesquisas, supo que se hallaba su víctima, le saludaron dos aurigas con una cortés inclinación de sus huecas cabezas. Eran de la mesnada de Vértice: los recordaba de sus largas jornadas de vigilancia junto a su mansión del Barrio de Mut. El libio Kemit respondió con un gesto distraído y petulante, remedo del original, que había observado repetir a Bata en el trato con todos sus inferiores.

Atravesó un corredor y entró en la Sala de Secado, donde dos docenas de cadáveres descansaban sobre cómodas literas de alabastro; un par de ellos estaban aún descubiertos y miraban con lástima y aprensión al tropel nervioso de servidores que les buscaban un sitio en su camino al Bello Occidente. El resto se hallaban cubiertos de natrón, esperando que cuarenta días de sepultura bastasen para chuparles los humores y ya estuvieran listos para ser vendados y enviados al paraíso, para mayor gloria de los dioses de la Tierra Mestiza.

A pesar de todos los avances de su civilización, aquel pueblo seguía momificando sus cadáveres exactamente igual que dos siglos atrás. En el Desierto Occidental, por el contrario, hacía tiempo que habían vuelto a las antiguas prácticas de los egipcios primitivos, y enterraban a sus muertos en la arena, sin tanta ceremonia ni tanto artificio. Aquellos malditos mestizos se habían vuelto estúpidos de tanto convivir con la ciencia Loo, y evolucionaban en nimiedades, objetos y accesorios, mientras, en lo fundamental, no acertaban a transformarse y copiaban el pasado sin apenas cuestionarlo.

Vértice le esperaba al fondo. Hablaba con un sacerdote de rango inferior, un Lec-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

tor. Una bolsa cargada de Deben de oro cambió de mano y alguien se aseguró un tratamiento principesco en su última hora. El religioso se alejó luego entre reverencias y lisonjas. Al cabo, quedaron a solas.

—¿Todo está listo para el viaje, Bata? —dijo el Loo.

Dudó solo un instante al mirarle. Por su semblante confiado, nadie hubiera podido intuir que el Kemit no sabía de qué demonios le estaban hablando.

—Ningún problema, mi señor —mintió.

No le había reconocido. Remolino estaba en lo cierto. Para mestizos o Loo, un Puro era como cualquier otro Puro, todos iguales, como un escorpión o un piojo. ¿Cómo iban a diferenciarles si apenas les miraban a la cara?

—Así pues, Bata, deja nuestro equipaje y el de la escolta en la Casa Flotante según lo convenido con los Jefes de Protocolo. Yo llegaré a última hora de la tarde para la fiesta. Mándame al manicuro, a un Lithista y dos sirvientas a las seis en punto a casa del noble Neheb.

De pronto, la sala de secado quedó vacía aparte de ellos dos. Los cadáveres habían sido cubiertos de sal, y los servidores de los difuntos y dos robots taxidermistas se afanaban ahora dos estancias más allá trajinando amuletos, joyeles y carlancas para, envueltas en vendas, vestir a los difuntos en su trasiego infinito.

—Desde luego, mi señor. Sin embargo, quisiera...

—Más tarde, Bata, ahora tengo prisa.

Vértice se dio media vuelta y le dejó con la palabra en la boca. El Kemit, la bestia del Desierto Occidental, cuyas manos reptaban ya hacia el mango de su daga, cuya hoja paladeaba ya en sueños la sangre del Kushita, tuvo que limitarse a hacer rechinar los dientes.

—¡Oh, noble Bata!

La nodriza de Tuti trataba de esbozar una sonrisa en su rostro anegado en lágrimas. Era una mujer rubicunda, de ojos enrojecidos por el llanto y manos de campesina. El sacerdote, el Lector que antes viera junto a Vértice, la acompañaba cariacontecido, doblado por el peso de los Deben de oro en su bolsa.

—Un asunto terrible... —se atrevió a musitar el Kemit, mirando fijamente a los ojos de una mujer que podría reconocerle y mandarle a la muerte en solo un instante. Pero ella tampoco le reconoció vestido como un pomposo y afectado mestizo. ¿Cómo diferenciar a un Puro de otro salvo por las vestiduras?

—¡Oh, noble Bata! Le dije una vez y otra, y otra, a mi ama Cónica que no confiase en ese puerco Puro maldito hijo de una rame... —De pronto, reparó en sus propias



Crónicas de la Tierra Mestiza.

palabras—. ¡Oh, perdóneme, noble Bata, no pretendía ofender a vuestra raza ni...!

—No se preocupe. Hay hombres nefastos, viles, en todos los pueblos, incluso entre los mestizos, y seguro que se sienta a la mesa de los poderosos alguno indigno del favor de los dioses.

—En eso tenéis razón —se apresuró a añadir el sacerdote que, como ya había cobrado, tenía prisa en comenzar las honras funerarias y daría la razón a todo el mundo para aligerar la conversación y marcharse a casa lo antes posible.

Aunque el Kemit intentó zafarse con una disculpa, la nodriza se cogió de su brazo y le arrastró a una cámara privada donde, por cortesía de Vértice, reposaban los cuerpos de Tuti y Cónica.

Aquel lugar apestaba a incienso de Nlòplal amarillo.

—Mi niño apareció esta mañana, cuando ya habíamos perdido la esperanza de recobrarlo. Se enrolló en la red de un pescador. Apenas si pudimos reconocerlo. Su cuerpo putrefacto, siete u ocho días muerto, dicen los médicos, degollado...

La vieja bruja no dejaba de llorar y el falso Bata comenzó a desear rajarle a ella también el pescuezo.

—Pero al final se reunirá con su madre. ¡Por Amón bendito, qué final más indigno! Apareció junto a aquel libio del demonio en una fonda de mala fama. Los dos, el uno junto al otro...

El sacerdote meneaba la cabeza, dando muestras de gran consternación.

—No entiendo cómo pudo ser. La dama Cónica y el criminal, el pequeño Tuti, todos camino de la otra orilla. La policía investiga este extraño caso perdida en un mar de dudas.

—Tal vez un cómplice —se aventuró a decir el falso Bata, igualmente compungido, mientras atravesaban la Sala de Secado, camino de la salida.

—¡Oh, dioses!

Cuando la nodriza estalló en un llanto desesperado, el falso Mashauash intercambió con el sacerdote un batir afectado de pestañas y una leve inclinación de sus nobles cabezas.

Pobre mujer.

El Príncipe Bakenkhonsu había ordenado instalar micrófonos al otro lado del muro norte exterior de sus estancias, intentando discernir lo que se decía de él fuera de aquellas cuatro paredes, y más allá, luego de sinuosos corredores, interminables



Crónicas de la Tierra Mestiza.

pasillos, entre susurros, ruegos y voces entrecortadas que vienen y van. Se había quedado solo y todos murmuraban a sus espaldas. Estaba seguro.

Entretanto, en el Palacio de Ity-tawy se vivía un clima de frenesí y expectación más propios de otros tiempos, cuando los Reyes eran hombres y la Armonía estaba incompleta. Los expedicionarios corrían de un lado a otro ultimando los preparativos para la Gran Expedición Real a la Montaña Desde la Que Hablan los Dioses, el santuario de la leona Pajet y el recinto sagrado conocido como el Dominio de las Esposas del Dios. Desde allí, la gran Constelación había dirigido el destino de un planeta, y aún desde el otro mundo todavía se dejaba sentir su influencia a través de la Sociedad Genetista. Aquella Expedición Real había desquiciado a todos los sirvientes de palacio, pues ningún Rey había visitado aquel lugar desde que Constelación había muerto. Nada podía salir mal y todos corrían como enloquecidos. Hasta su mesa de Senet llegaban los gritos, las pisadas erráticas, hijas de los olvidos, de las tardanzas... Todo debía estar terminado en menos de dos horas.

Pero en las estancias del Príncipe Bakenkhonsu, el otrora Guardián de los Hijos del Rey y hoy Visir y Primer Profeta de Amón-Re, se había enquistado la calma de los muertos. Había ordenado silencio a la servidumbre. Volutas de incienso de Nlòplal serpenteaban desde el altar del Divino Oculto, junto a la entrada principal. Pero aquel que un día tomó en sus manos los hilos de las Háthores, modificando el destino del Doble País y del universo a su antojo, esperaba en vano que se acordasen de él.

El Rey le había olvidado. Nadie había venido a pedirle oficial ni extraoficialmente que se uniera a los expedicionarios. Y eso que todos, hasta los nobles más bajos y venidos a menos, habían sido invitados al gran cortejo procesional hasta la ciudad de Jemenu. El gordo Príncipe había pensado al comienzo de aquello, unos cuantos meses atrás, que los desplantes de los Amigos y los grandes del país de Kemi eran algo casual, pero ahora no podía engañarse. El Rey le había olvidado y, tal vez, estuviera dispuesto a enfrentarle o a forzarle a dimitir de todos aquellos cargos que se había ganado a pulso durante décadas de entrega absoluta a su causa.

—Tú abres.

Como siempre, a esa hora de la tarde, cuando la gloria de Re comienza a desvanecerse, empezaba su partida con la serpiente Neheb, que nunca le olvidaba y venía a visitarle sin falta, a veces hasta cinco o seis veces en un mes. Bakenkhonsu, que le había insultado aquella primera vez en que lo halló bajo las sábanas de Pleamar, ahora tenía en Neheb al último de sus amigos y al mayor de sus enemigos. Pero acaso hubiera preferido quedarse a solas, que recibir la visita de aquel ser monstruoso que era una cosa y su contrario, el más noble de los nobles y a la vez una serpiente que se ocultaba tras el disfraz de la honradez y la fidelidad absolutas.

—Eres un imbécil —le había dicho el monstruo cuando hizo su aparición una



Crónicas de la Tierra Mestiza.

hora antes, desnudo y con su colgante que le identificaba como Decano de la SoGen. A veces, pensaba que se estaba volviendo loco.

—Sí, sin duda.

—¿Y qué harás para volver a ser el que una vez fuiste?

Él quería hablar de muerte, de sangre, de volver a estar en lo más alto, pero esta vez no quiso escucharlo.

—Nada. Solo quiero jugar al Senet.

Al cabo de un rato estaba cansado. Ganaba Neheb; últimamente siempre ganaba. Su rival no era el mismo de años atrás. Bakenkhonsu ya ni recordaba cuál era su bando, o por qué luchaba por la niña Pleamar. Braceaba contra corriente, como siempre, y hacía mucho que nada solo en el océano; había olvidado el punto cardinal de donde debía emerger la línea de la costa.

—Tú mueves, Príncipe.

—Ah, sí, perdona.

—Siempre en las nubes, viejo amigo.

Se sobresaltó cuando vio aparecer a su intendente abriendo atemorizado la puerta. Esta vez lo estrangularía con sus propias manos. Le había dicho que NUNCA, NADIE, podía visitarle a esas horas. Ninguna excusa valdría...

Pero sus intenciones y luego su ira se desvanecieron como por arte de magia. Directamente detrás de su intendente apareció la última persona del mundo que esperaba le visitase en su destierro. Bakenkhonsu se postró con las manos a la altura de las rodillas. Neheb se escurrió sin ser visto por el pasadizo lateral que el propio Bakenkhonsu utilizaba para desconcertar a algunas visitas. Su intendente desapareció también, oportunamente.

—Por favor, levántate, tío.

Bakenkhonsu estaba paralizado.

—Por favor —insistió aquella voz que tanto había añorado.

Un sonido rasgado y quejumbroso como el de una máquina de la cantera olvidada en el margen del desierto. Eran sus huesos incorporándose desde el suelo. Un instante después la banqueta volvía a estar ocupada y Bakenkhonsu miraba a su Rey asombrado y protegido tras las figuras de su tablero de Senet.

—Esta es una visita privada, tío —comenzó Pleamar—. He venido casi sin escolta, y en la casa, salvo tu intendente, todos, por mis ropas y maneras, creen que soy una noble más. ¿Una amiga, tal vez? Eso deberán seguir pensando cuando me vaya.

—Por supuesto, Majestad.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Se miraron. Lo que tarda en caer una gota en la clepsidra. Fue suficiente.

—En los últimos tiempos he dado orden que, de forma progresiva, se te apartase de tus tareas en el Doble Palacio, y he pactado con los servidores de Amón-Re nuevas prerrogativas a cambio de dejarte fuera incluso de ese ámbito del poder: muy pronto se conocerá que has sido destituido como Primer Profeta del Dios y también como Visir del reino; alegaremos razones de salud, por supuesto. Pero la causa es que no quiero verte cerca de mí. Supongo que te preguntarás el porqué.

—Sí, sí, mi Señora —tartamudeó Bakenkhonsu, tragando saliva—. Lamento cualquier mal que os pueda haber hecho. Humildemente... —No pudo decir nada más. Sentía más miedo que curiosidad. A estas alturas de su vida, después de tantas luchas y crímenes, soportaría con mejor cara su propia muerte que la enemistad con la niña Pleamar, que, para él, había dejado de ser un peón más... Era el tablero, la mesa que sostenía la partida. Bakenkhonsu tenía sesenta y ocho años. Demasiados. No le quedaban casillas para cambiar el rumbo a su vida.

—No sé si me habéis hecho mal alguno, tal vez todo lo contrario, pero eso no importa.

Se miraron de nuevo, una nueva gota cayó en la clepsidra.

—Un día, hace unos meses, mi corazón miró hacia atrás, miró en el pasado y me habló de la muerte de Ajep y Parábola, de mis hermanos más jóvenes, entre otras muchas cosas. Hablando hace unas semanas con Kamutef terminé de ver la luz. Descubrí que había estado ciega. Aún más: descubrí que había decidido estar ciega y no ver lo que sucedía a mi alrededor.

Bakenkhonsu se removió en su banqueta; hubiese querido que la mesa de Senet hubiese sido más alta para poder ocultarle totalmente. Pero, ¿por qué sentía vergüenza? ¿Qué había cambiado? Miró a su Rey. Era igual que la Señora del Cielo, la gran Constelación. El embrujo de la primera le dio fuerzas para matar. El desprecio de la segunda por sus crímenes le destruiría.

—Podría no haber creído las palabras de mi corazón. Pero me sorprendí desde el primer momento predispuesta a creer sin un atisbo de duda. Porque dentro de mí sabía que era la verdad. Siempre lo había sabido. —Cerró los ojos—. Así que uní las piezas. No fue muy difícil. Mis hermanos: Amenmosis y Uadjamosis. El Guardián de Nuestros Hijos era el único lo bastante cerca para matarlos a todos y solo dejar vivo al único lo bastante débil para dejar que lo gobernasen. Que yo lo gobernase. Pero luego creció y también era un peligro. Así que el protector de Pleamar volvió a... hacer su trabajo. Acaso la forma descuidada en que llevé mis amoríos con Neheb acelerara las cosas. Así que no me engaño: yo soy tan culpable como vos.

Bakenkhonsu soltó un bufido de relajación. Por suerte para él no había pensado en la muerte de su propio padre, el gran Hapu; era algo demasiado horrible, impensable; una catástrofe desafortunada, hubiese dicho Constelación, la vieja bruja, mal-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

dita fuera su memoria por toda la eternidad.

—Recordé a mi bisabuela Constelación —dijo Pleamar, como si pudiese leer su mente—. Ella me hablaba de ser Rey y del Príncipe Predestinado cuando yo aún había aprendido a andar. Los bebés recuerdan, ¿no lo sabías? Supongo que siempre has servido a la Señora de Cielo y, por ende, me servías a mí.

—Yo..., serviros ha sido toda mi vida.

—Lo sé. Al principio os odié. Pero ya no. Hablando de cosas cotidianas con mi hija o con Neheb, me he dado cuenta que nosotros existimos gracias a ti —removió la cabeza, angustiada—, pero no voy a engañaros. Estoy aquí porque os necesito. Estoy aquí para volver a olvidar, para esconder la cara cuando el Guardián del Destino levante la mano y descargue su hoz sobre una última víctima. Pero ello no significa que te vaya a restituir ninguno de tus títulos. Lo harás porque sabes que al final solo puedo recurrir a ti, y porque, aunque te despoje de todo, al final, un día, volveré a necesitarte.

Bakenkhonsu se sobresaltó. Los dioses, una vez más, premiaban su lealtad. ¡Le necesitaban! Él, que no era nada y lo había dado todo. Pleamar también le reconocía como el legítimo guardián del porvenir del Doble País.

—Estoy a vuestro servicio.

El hedor insoportablemente dulzón del incienso en el altar del Oculto llegó de pronto hasta ellos a través de estancias y corredores vacíos, llenando un instante con su llamarada.

—No podría pedir a nadie que condenase su alma con algo como lo que debo pedir, pero vos...

—Sí, mi Rey, yo ya estoy condenado. Hablad, no temáis. —Ahora sí sentía curiosidad. Debía ser algo terrible, pues Pleamar parecía apunto de llorar.

—Soy el Rey del Doble País. ¿No es cierto? Debo velar por la Armonía, por que el mundo no se parta, no ceda ante los embates de las tinieblas. No puedo permitir una lucha abierta con algunos de mis más valiosos generales o que el descontento se extienda entre mis cortesanos.

Bakenkhonsu estaba confuso.

—No entiendo.

Ante su sorpresa. Pleamar no pudo aguantar más y se perdió en un mar de sollozos.

—Si ella hubiese aceptado los cargos habría conservado la dignidad; yo la habría ayudado. Abandonaría el hogar conyugal y algunos bienes, pero no solo se niega, sino que ha humillado doblemente al militar más famoso e influyente del país con sus actos y demandándole por falsa acusación, y ha encolerizado a muchos otros, que me amenazan con...



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Hablaba, claro está, de Remolino. Ahora lo entendía por fin.

—Y no podría hacerse por una vía más legal, una forma de...

—La ley está de parte de Remolino. No hay pruebas reales en su contra; solo rumores. Además, Vértice no espera ya una compensación de ese tipo.

Bakenkhonsu comprendió la tristeza de su dueña.

—Es vuestra mejor amiga.

Pleamar asintió, incapaz ya de hablar.

—Así pues, os prometo que no sufrirá.

Estaba todo dicho, Pleamar se alzó y fue hacia la puerta. En la mente de Bakenkhonsu asomó un recuerdo. No podía dejar de compartirlo con su sobrina.

—Mi Rey. Esta noche se habrá restaurado la Armonía, aunque quebrando un poco más la Regla y la justicia, naturalmente. Están hechas de un material muy dúctil, de la capacidad de olvidar de los hombres. Es decir, que nada debéis temer por ese lado. Sin embargo, cuando todo haya vuelto a la calma, aunque os sintáis dichosa por recobrarla (yo me sentí exultante a menudo, no voy a negarlo), os equivocaríais pensando que solo se ha quebrado la Regla...; algo dentro de vos, algo que no sé explicar pero que os alcanzará sin dudar, se quebrará con ella.

Pleamar se volvió, aún con lágrimas en los ojos.

—En el momento de venir a vos, antes de sentarme a vuestra mesa, ya había sentido quebrarse mi alma.

13

No le fue fácil al Kemit disfrazado de Mashauash descubrir todo lo que ignoraba de la casa del bravo Vértice, de sus inferiores, de las órdenes que el amo ya había cursado y que él, antes que ningún otro, debía conocer, o de los entresijos del palacio que el Loo acababa de adquirir a las afueras del barrio de Amón o de su primera residencia en el barrio de Mut.

Se limitó a fingir indiferencia y a supervisar las tareas de sus sirvientes, cocineros, jardineros, panaderos, encargados de almacén..., hasta que, de unos y otros, consiguió saber que en el amarradero real esperaban los nobles, camino de la gran expedición que partiría en la mañana hacia la Montaña Desde la Que Hablan los Dioses. Tras una gran celebración agasajarían a su moradora, la sanguinaria y vengativa leona Pajet, patrona del Dominio de las Esposas del Dios.

No encontró un momento para estar a solas con su amo en toda la tarde, ni durante la fiesta ni más tarde, pues terminó perdiendo de vista a Vértice, bogando en un mar de prostitutas, bandejas de comida, ríos de vino, malabaristas, músicos y es-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

clavos de todas las clases.

Asistió a un espectáculo Lithista y descubrió que aquellas bestias con caparazón de tortuga eran capaces de atravesar las paredes, de hacer que el piso de arriba descendiese al de abajo, y viceversa y que podía acariciar a un trozo de pared y arrullarlo como si de un perro o una oca doméstica se tratase.

Luego corrió el vino y a muchos miembros de la SoGen se les fue la lengua, despotricaron contra los fantasmas, que ellos llamaban Fenómeno Espectral, y aseguraron saber la causa de que los humanos ignorantes viesan a los muertos regresar al alba. Pero no podían revelarlo. Alto secreto de la SoGen. Luego lo tildaron de reminiscencia del pensamiento mágico, de histeria colectiva..., y la turba, creyente en los aparecidos de familiares, les increpó duramente. Hubo un conato de pelea y entonces la orquesta tocó más fuerte y los acólitos se marcharon. El resto de la fiesta fueron objeto de burla por parte de todos.

El Kemit, sin embargo, nunca había visto uno de esos fantasmas y, secretamente, pensaba que aquellos Loo en cueros pensaban con claridad en la Tierra Mestiza.

Al amanecer, se dirigió a la Casa Flotante dispuesto a acabar su tarea antes de embarcarse, de cualquier manera, con una puñalada traidora en medio de la dársena. Como fuese. Pero una vez allí le ganó el orgullo, o la necedad, y quiso saber hasta qué punto podría estirar su farsa. ¿Sería capaz de ir y volver del Dominio de las Esposas del Dios entre aquellos nobles estirados, hediendo a almizcle y a perfumes? Él, un Kemit, un hijo del desierto, compartiría techo con los más grandes entre los puercos mestizos, compartiría el aliento de vida de la Reina-Rey..., cumpliría con su destino.

La embarcación tenía cuatro pisos, y era un crisol abigarrado de marineros haciendo equilibrios desde la verga mayor, nobles borrachos tumbados en baldaquinos para protegerse del sol, esclavos arrastrando baúles con el equipaje de sus señores e intendentes ceñudos entrando y saliendo del castillo de popa.

—¡Malditos puercos mestizos!

A un extremo del amarradero real, se erguía enorme y desproporcionada la Casa Flotante, envuelta en destellos pálidos que emanaban de finísimas planchas de granito dispuestas para decorar los mástiles de la nave, rematando las velas trapezoidales, a guisa de parodia de la Morada Eterna de los antiguos Reyes de Egipto: las pirámides. Podías subir o bajar, perderte en la camareta de un piso y en la del siguiente, o dejarte llevar en un dédalo de presencias silenciosas, de sirvientes mudos, de semblantes vacíos, de los hombres que agradan a los grandes del Doble País.

Marionetas.

Resignado, el falso Bata tomó su lugar y dejó pasar las horas y luego los días en busca de su oportunidad. Cuando entendió que no la encontraría, que ni Amón ni Shahdidi le permitirían cumplir con aquella inmolación absurda y que jamás esca-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

paría de su destino, porque nadie puede, se sentó en la posición del escriba, a la proa de la nave, con el susurro del mar a su espalda, y regresó al rictus de indiferencia que se esperaba de él.

En muchas ocasiones, el falso Mashauash estuvo de nuevo tentado de traer la sombra de la muerte a su amo. Cuando le daba la espalda, al servirle la comida, de noche, cuando le guardaba el sueño. El segundo amanecer los temores a ser descubierto terminaron por desaparecer, si es que alguna vez habían existido, y continuó su viaje prisionero de la Casa Flotante, sin escapatoria, sin salida.

Observó que, fuera de puntuales momentos, los nobles señores se habían dividido en grupos, hablando sin hablar en frecuencias privadas a través de aquellos implantes ridículos que pendían de sus cuellos.

Los Príncipes Menkhep y Nebulosa formaban el primero de ellos. Siempre juntos, en un cortejo de sonrisas, festival de miradas y de guiños y palabras susurradas a media voz, levantaban las iras de todos: Rey, sacerdotes, sirvientes..., que pronto el falso Bata descubrió separados en otra dualidad, otras dos facciones, los seguidores del muchacho, que temían la sorda influencia de la hija-Consorte del Rey en el que creían Heredero legítimo del Trono de los Vivientes, y los de la joven Reina, que temían lo contrario. El Kemit, por su parte, aprendió pronto a reírse de todos ellos.

La segunda pareja la formaban el Soberano Pleamar y el Príncipe Bakenkhonsu, que se decía había sido invitado de improviso, a última hora, luego de haber cumplido un encargo de su Rey. Aislados de los demás por muros de dignidad infranqueables y por un secreto en común que el Kemit intuía acababa de propiciarse, casi tan proclives a sostener largas e íntimas conversaciones como los Príncipes enamorados y más refractarios por su rango a ninguna interrupción, se les veía azorados o gesticulantes, metidos en arduas discusiones de índole moral las más de las veces, discusiones que nadie quería saber de qué trataban ni a qué punto conducirían pero que todos pretendían saber y asumían como propias. Fue observándolos a todos ellos, más que ninguna otra cosa en el disparatado viaje a la morada de la Diosa León, que pronto descubrió que el objetivo de todo aquel circo no era la devoción, ni la política, ni el solaz de los poderosos... Era una forma de gobierno ambulante, de estar todos juntos para unirse, aliarse o, finalmente, planificar la destrucción de unos y otros.

Y aún quedaba su señor Vértice, recién nombrado Tesorero del Rey, y el noble Neheb, Mayordomo y Padre de los Alimentos y Director de los Trabajos del Rey, que, descolgados de las otras dos parejas y del resto de nobles y de Príncipes, entre sacerdotes y militares de menos rango, paseaban sin que nadie pudiese adivinar en qué punto estaban sus razonamientos, dónde conducían sus afinidades, hacia quién o hacia qué estaban inclinados. El futuro de la Tierra Mestiza descansaba acaso en sus manos. El resto estaban demasiado a un lado o a otro, tanto que habían perdido de vista la línea del horizonte.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Precesin y algunos altos cargos de la SoGen cuchicheaban entre ellos, observaban a los demás con sus ojos múltiples de insecto y parecían sonreír entre dientes, como si supieran los secretos más ocultos de cada uno de los bandos.

Pero el falso Bata no dejaría que las intrigas de los poderosos le quitasen el sueño.

Por babor les adelantó Montu Victorioso, la vieja nave capitana, una de las muchas que servían de escolta a la Casa Flotante. El libio, absorto en los vaivenes de la anciana embarcación, pensó de pronto si, después de todo, no buscaría también su destrucción, como aquellos puercos mestizos enredado en sus intrigas. No le hubiera costado mucho huir con su esposa a algún oasis perdido, donde la mano de Remolino no le alcanzaría. Su antigua ama, debilitada por sus enemigos y por el tiempo, ya no arañaba como la Pantera del Oeste. Pero él había querido acudir a aquella bacanal de la estupidez. Era su destino.

Súbitamente, la Casa Flotante encendió sus motores solares, plegó el velamen y salió disparada camino del firmamento.

El Kemit y el falso Bata, unidos en un solo cuerpo, exhalaban un largo suspiro.

14

La tierra nos da la vida, el primer aliento, el despertar. En la infancia nos modela, nos mimas, nos hace uno con ella o ninguno dentro del caos de la existencia. Mas, ¿qué le damos nosotros a la tierra, al fango limoso de nuestros antepasados? Poca cosa, pues no hay forma de pagar lo impagable, de cuantificar lo inasible. Y además, nosotros, que no somos nada, ¿con qué podríamos dar pago a tanta generosidad?

Jeda, perdido en sus razonamientos, vio a la azada pasar junto a su cabeza e hincarse en el suelo de su jardín, que ahora era de su sobrino y un día lo sería de Irta. Un nuevo golpe de azada atravesó su hombro y él se quedó mirando su extremidad, esperando un rasguño que nunca llegaría.

—En vida fui un hombre taciturno, callado muchas veces, a menos que el asunto tuviera que ver con mis jardines. No es extraño que mi sobrino haya heredado estos defectos, tal vez un lastre familiar. Pero tú, Irta, no eres de mi misma sangre. No calles asuntos que os conciernen. No es esa la solución.

Irta se revolvió, aterrorizado por un instante. Luego, viendo el gesto apacible del espectro, que tomaba asiento a la sombra de un eucalipto, justo a unos pasos de donde acababan los sembrados, se serenó y miró a su padre adoptivo, que había adoptado una expresión de disgusto y, volviéndose hacia el aparecido, dijo:

—No es asunto tuyo, tío Jeda, déjanos a nosotros con nuestros problemas.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—¿No? —Jeda se echó la mano al pecho y empezó a toser. Irta se sorprendió que alguien del otro mundo arrastrase todavía los quebrantos físicos de este y se tocó sus ojos, que le dolían ya a una hora tan temprana: aún no era mediodía. Cada vez más pronto—. ¿Qué asuntos entonces deben preocuparme? ¿Me quedará el resto de la eternidad sentado por aquí temeroso de entrometerme en los asuntos de mi familia? ¿Esperaré a que me des audiencia?

Kamutef miró hacia otro lado y bajó nervioso la azada hacia el suelo, de vuelta a las malas hierbas, pero ahora sin cuidado, destrozando no solo las plántulas perniciosas, sino todo lo que crecía en derredor. Un robot jardinero acudió a la carrera a recoger los especímenes. Se trataba de un nuevo tipo de cabeza de Krank dotado de brazos telescópicos para coger grandes pesos, y le fue imposible realizar la tarea. Frustrado, se quedó de pie, mirando a sus amos con desazón.

—Ah, sé lo que piensas, sobrino —insistió Jeda, cuando comprendió que Kamutef no pretendía seguir con la conversación—. Que debería marcharme al Bello Occidente y dejarte a ti que malgastes el resto de tu pobre vida, que la malgastes como lo hizo tu pobre tío. Sí, tal vez debiera.

Irta recordó. Aquel hombre había sido Maestro de los Jardines durante muchos años... Jeda, había oído hablar mucho de él a los más ancianos de la Casa. También había oído rumores sobre los espectros que acudían a aquellos muros, no solo el de Jeda.

—Creo que incluso me echas la culpa de cosas que te he revelado, cosas que no quisieras saber. ¿Cuál será el buen camino? Llevamos años hablando. Seguro que callar no es la solución. Si ese fuera mi cometido, no me hubieran negado el paso al otro lado. ¿Cuál debe ser, pues, mi actitud?

Irta, al que ambos habían dejado al margen de su vieja disputa, empezó a cavilar. El Ka de Jeda no había cumplido su misión en la tierra y, de esta manera, a su Akh, el espíritu luminoso, se le impedía pasar al otro lado y unirse a las otras partes de Jeda para emprender el viaje. Jeda estaba atrapado. Irta tuvo una idea.

—¿Y si no fuese a Kamutef a quien tenéis que ayudar? ¿Y si no fuese ayuda lo que debéis prestar? Tal vez debáis comprender, arrepentiros, vengaros, o cualquier otra cosa.

—¿Crees que no lo he pensado, sobrino-nieto? —dijo Jeda, mientras soltaba un largo bufido de cansancio—. Muchas noches, vago de alcoba en alcoba de la Gran Casa y trato de encontrar respuestas, pero no sé las preguntas. Me esfuerzo en vano.

Un segundo robot jardinero se llegó hasta allí y, después de mirar fijamente al primero, pareció obedecer a un gesto de los grandes brazos de este, y recogió las plántulas destrozadas por el azadón de Kamutef.

—Por lo que yo sé, si un espíritu queda atrapado es porque debe deshacer un nudo que él empezó y que ya ni las Háthores pueden deshacer —dijo Irta, desplazan-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

do con su propia azada a ambos robots y conminándoles a proseguir sus tareas en cualquier otra parte. Estos obedecieron, y se alejaron lentamente, no sin antes echar una mirada contrita a las malas hierbas.

—Cada uno debe dar cuenta de sus errores, muchacho, tal vez estés en lo cierto. Es una lástima que, aunque tengas razón, siga tan perdido como antes. No sé dónde puede estar ese nudo.

Hablando con el fantasma, Irta y Kamutef fueron acercándose y, finalmente, sus cuerpos, hasta ese momento separados por el terco orgullo, se tocaron brevemente. Se separaron como si les hubiera alcanzado el pinchazo de una hoja bien afilada. Irta habló el primero, a modo de disculpa:

—No debí dejarme llevar por la pasión hasta el lecho de la dama Remolino. Puse en peligro a mi familia por algo estúpido y sin valor. —Se quedó pensativo. ¿Una pasión? Eso era falso. ¿Por qué lo había hecho? Por nada en realidad. Solo porque estaba en su mano hacerlo.

—Si te hubiesen declarado culpable de adulterio —le señaló Kamutef—, te hubieran expulsado del gremio de los jardineros y tendrías que haber compensado a tu mujer con todo lo que es tuyo. Sería tu ruina. Nuestra ruina.

—Lo sé y pido perdón.

—Piensa en la pequeña Colmena. Tu hija adoptiva es la estudiante más brillante que se recuerda en Ity-tawy. Hasta la SoGen se ha fijado en ella. ¿Quieres dejar de ver sus rizos dorados correteando de aquí para allá? ¿Todo por un poco de sexo con esa cortesana desquiciada?

Irta cerró los ojos y recordó a su hija, a la que había acogido con apenas tres años después de que sus padres murieran en extrañas circunstancias, cerca de Ipu, cuando experimentaban con nuevos cohetes para la SoGen. Ahora tenía siete, y había sido en ese tiempo la luz de sus días, aún más que su esposa, que le adoraba pero que llevaba mucho tiempo enferma del corazón. La pobre era un ser frágil, y él, con la placidez y la ternura del cuidador, le correspondía. Sin embargo, Colmena era toda su vida.

Kamutef sonreía. Como Irta volvía a estar en silencio, sabía que su hijo había comprendido y que ya no tendría de qué preocuparse en el futuro. Jeda trató de darle un codazo apremiándole a que hiciese aún otro gesto de reconciliación, pero su mano incorpórea le atravesó y el anciano dio un traspiés y cayó pesadamente al suelo. Kamutef le miró con gesto de duda:

—Pese a todo, lamento haberme metido en tu vida, Irta. No era asunto mío.

Irta echó un vistazo a Jeda, acostado entre las malas hierbas, y a punto estuvo de echarse a reír.

—Tal vez sí lo era.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Una nueva punzada de dolor en sus ojos, esta vez concentrada en el derecho, hizo que el Segundo Servidor de los Jardines dejase escapar una mueca que no pudo pasar desapercibida para su padre y su abuelo.

—Dijiste que irías al médico el mes pasado —dijo Kamutef.

—No menosprecies a la enfermedad o te vencerá —dijo Jeda, con cara de saber de qué estaba hablando.

Un clamor de voces, la servidumbre corriendo alborotada. Un robot plantador llegó a la carrera por el paseo haciendo grandes aspavientos.

—Venid, venid Maestro, ¡una cosa terrible! ¡Una cosa terrible! —dijo, con una voz metálica.

Jeda vio cómo sus retoños se marchaban y les siguió con la mirada. No fueron mucho más allá de los eucaliptos. Hasta el estanque, donde estaban amarradas las tres barcas de recreo, la de vela, la pequeña de remos y la aerobarcaza. Todos miraban junto a una de ellas, la embarcación estaba vuelta del revés. A ver..., algo flota en el agua. Kamutef mandó al robot a buscar a la guardia. ¡Dioses! Quizá porque estaba muerto, tuvo la sensación, la seguridad de saber de quién se trataba. Sí, notaba la presencia cerca de él. Aquella hiena había abandonado el mundo de los vivos. Tuvo el impulso de ir hasta allá para revelar a los suyos la identidad de... No, ambos la conocían bien, a estas alturas ya la habrían reconocido.

—¡Bendito Amón! ¿Eres tú, Jeda? Así que estoy muerta. Ese gordo traidor hijo de una bestia del inframundo. ¡Bakenkhonsu! ¡Ojalá te abrases en el Lago de Fuego!

Remolino, vestida de transparente lino, mojada de pies a cabeza, le miraba con los ojos inyectados en sangre. Se preguntó cómo se tomaría el pasar la eternidad de esa guisa, como él, tosiendo su mal. Seguramente, nada bien. Entretanto, Remolino seguía mirándole.

—Di algo, patán, ¡maldita sea! ¿Qué demonios hago yo en tu jodido jardín?

Jeda volvió a sentarse a la sombra del eucalipto pensando que ni en la muerte hallaría descanso. Ahora, más que nunca, debería afanarse a descubrir qué razón le retenía en aquel lugar. ¡Ojalá necesitase algo menos de una eternidad para descubrirlo!

El timonel guiaba su nave en el silencio de la noche. A una seña del hombre-sonda, viró un espacio a la izquierda, en una corrección casi imperceptible, suficiente empero para que la gigantesca estructura avivase su urdimbre y se deslizase con un contoneo un poco más allá, callada, solitaria, envuelta en el abrazo del Gran Río.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Por detrás de ella, perdidas en la bruma, el resto de embarcaciones, con Horus Victorioso a la cabeza, braceaban tras los Grandes del Doble País, buscando su sitio en un desfile de esquifes, achaparrados barcos Keben y otros mil diferentes especímenes, avanzando constreñidos en un solo trazo como un puñado de arena del desierto.

Con el nuevo día llegaron a Jemenu, la ciudad de Toth. Allí la expedición abandonó la Casa Flotante y descendió hasta el santuario del babuino, señor de la luna Tonutir, donde los poderosos y su mesnada se dejaron llevar de ritos ancestrales, abluciones y vehementes signos de devoción hasta bien entrada la tarde.

Vértice, ya por entonces, sabía que su asistente no era Bata. Muchos Iterus atrás, cuando el Loo hubo de doblar el espinazo ante aquellos que sostienen el poder y la Balanza de la Tierra Mestiza, cuando a su rostro carmesí, solapada como siempre, afloró una mueca de irrefrenable reluctancia, descubrió que su criado le miraba con respeto, con admiración. Entonces lo supo.

Bata, en primer lugar, jamás habría sido capaz de distinguir una sutileza semejante y, de haberlo conseguido por un azar inexplicable, solo habría podido enfrentarse a ello desde el pavor, miedo a que él (Vértice) descubriese que él (Bata) sabía; miedo de que los poderosos supiesen lo que él (Vértice) pensaba; miedo que los poderosos supiesen que él (Bata) sabía lo que él (Vértice) pensaba; miedo de unos sentimientos que nunca deberían salir a la superficie, acaso ni existir, y menos para ellos, a los que los poderosos y magnánimos señores del Doble País habían sacado del arroyo de la ignorancia en que estaban sumidas sus razas para compartir las migajas de su civilizado universo, el mejor de los mundos posibles.

Pero aquel no era Bata. ¿Quién era, pues? Vértice se pasó el resto de la jornada rodeado de su escolta, mandando a su asistente de un piso a otro, con cualquier excusa, para que no dejase de pasearse a su alrededor, para verle ir y venir un millón de veces si era preciso. No tardó en discernir que aquel hombre, aunque su rostro fuera el típico de los humanos Puros, no era en modo alguno semejante a Bata, quizá no fueran ni parecidos; el engaño se edificaba sobre la base del atuendo y en la estudiada expresión gestual, idéntica hasta en el menor de los detalles. Y poco más.

Llegó la noche. El bravo soldado Loo hizo llamar a su asistente a su camareta privada y le invitó a sentarse. En un RLV sonaba música de arpa: un solo muy de moda. En el ambiente flotaba el humo del incienso de Nlòplal.

—¿Un poco de vino con especias? Es de la Región del Norte. No lo encontrarás mejor en esta barcaza.

El falso Bata le observaba sin pestañear.

—Me halaga el señor; pero no, gracias.

Vértice insistió, y encontró una segunda negativa. No quiso esperar más.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—¿Has venido a matarme?

—No... —Un gesto de sorpresa tan breve que fue casi un respingo—. Sí. No estoy seguro.

—¿Quién eres?

—Soy un Puro Kemit.

—Y Bata es...

—Mashauash. Era un Puro Mashauash, una de las antiguas tribus libias al oeste de Egipto.

—¿Era?

—Bata está muerto. Le estrangulé hace unos cuatro días.

El Loo eligió ese momento para llenar la copa de su adversario. Este no la rechazó y ambos bebieron a la salud del Mashauash.

—Estaba pensando en Remolino, mi esposa, y en si ella tendrá algo que ver con tu presencia en la Casa Flotante —dijo de pronto Vértice.

—Hacéis bien. Dejé de servirla poco antes que vos irrumpierais en su lecho. De eso hace algunos años ya, como bien recordaréis.

El Loo asintió.

—Tengo curiosidad. ¿Qué os ha llevado hasta aquí? ¿Una deuda con la vieja bruja, tal vez?

—No, en realidad. Una deuda conmigo mismo, pienso ahora. Es esta maldita Tierra Mestiza, ¿sabéis? Este lugar es como el veneno y Remolino acaso sea el escorpión, la más avezada de sus crías.

—Ya no debemos preocuparnos por ello. Acaso a estas horas esté jugando al Sennet con Bata.

El Kemit se mesó el mentón, visiblemente divertido. Vértice cogió de la mesa la jarra de vino y llenó por segunda vez las copas de ambos.

—Brindemos por el Bello Occidente... y porque nuestros amigos estén ahora prisioneros del Lago de Fuego —dijo, mirando a los ojos de su adversario y descubriendo, aliviado, que había dejado de serlo.

Y el resto de la noche, hasta bien entrada la madrugada, lo pasaron hablando de las grandes llanuras del desierto Occidental que vieron nacer al Kemit, y de las tierras agrestes, montañosas y excelsas que vieron nacer al Loo. Juntos brindaron por el lejano sur, por el Kush y el Uauat, donde algunos alienígenas eran aún libres, pues dominaban las cataratas donde el Gran Río nacía para dar vida al Doble País, acaso no el mejor de los mundos posibles, pero..., ¿a quién demonios le importaba?



El Médico Jefe de la Ciudad Oriental miró a Irta de reajo, como si no se atreviera a hacerlo directamente.

—Una solución de hígado de buey y espigas de trigo, tal vez —dijo por fin, encojiéndose de hombros—. Eso dicen los libros.

—¿Serviría de algo?

Irta no esperaba respuesta. El Médico Jefe y él se conocían hacía diez años. Habían acordado que no le engañaría más allá de lo absolutamente necesario.

—¿Me quedaré ciego, doctor?

—Todos hemos, algún día, de envejecer y perder nuestras facultades.

—Oh, vamos... Tengo veinticuatro años.

—Podríamos inyectar por el oído el humor extraído de los ojos de un cerdo, así reemplazaríamos lo enfermo por lo sano. No olvidéis que, después de todo, ojos y oídos están regados por el mismo par de vasos de los veintidós con los que el corazón gobierna nuestro cuerpo.

Hacía calor, ese calor pegajoso que resbala por la piel, empapa las ropas y nos deja reducidos a una masa de olores y transpiración.

—Os lo preguntaré de otra forma. ¿Algún paciente vuestro, con mis síntomas, conservó la vista mucho tiempo?

—La medicación tal vez retrase el final y la ceguera no sea total durante un tiempo. Aunque no hay nada seguro.

Tal vez. No hay nada seguro.

—Doctor...

El final. La ceguera.

—¿Sí, muchacho?

—No quiero que nadie lo sepa. Ni familia, ni cortesanos, ni Príncipes o Reyes.

—Pero, viejo amigo...

—Es mi voluntad.

—Hay un médico Loo que deberías consultar ahora que la medicina tradicional ha fracasado. Sabes, mi oficio está en decadencia. La ciencia me ha derrotado y ya nadie viene apenas a verme. Por ello te aconsejo que...

—No más médicos.

Se levantó. Kamutef le esperaba en casa. Debía cumplir con sus obligaciones como esposo, como hijo y como Segundo Servidor de los Jardines.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—¡Irta!

Se volvió. El rostro del Médico Jefe ya no era el mismo, era un rostro cualquiera que hablaba y le robaba su tiempo, su precioso tiempo.

—Los libros dicen también que esta enfermedad es un castigo divino, sea por jurar en falso, por olvidar en las ofrendas a los dioses o a los antepasados, o por cualquier otra causa. Tal vez el alma errante de un enemigo en vuestra propia familia...

—No tengo ahora para pensar en los dioses ni para engordar con ofrendas a los sacerdotes, pero meditaré vuestras palabras.

Afuera, en la entrada de la consulta, esperaban otros muchos, gentes de las capas sociales más bajas en su mayoría. Los tiempos en que los nobles visitaban a los médicos egipcios habían quedado atrás. Ahora solo iban los desheredados, los que no podían pagarse la costosa medicina de los Loo. Así que nadie se sorprendió de que Irta no se detuviera a saludarlos, como exigían las buenas costumbres, y que el Segundo Servidor de los Jardines del Rey se precipitara escaleras abajo como alma que llevan los demonios.

17

El falso Bata y el noble Vértice no volvieron a hablar de todo aquel asunto. El vino y la familiaridad dejaron paso a la adhesión y al olvido. Con el nuevo amanecer eran de nuevo señor y criado, y juntos continuaron la peregrinación camino del santuario de la leona Pajet, en la falda de la montaña que coronaba el Dominio de las Esposas del Dios, esquiva y sinuosa entre las sombras del amanecer.

Allí, contemplaron al Rey Maatkare Pleamar transfigurarse en Isis, señora de la magia, presidir el boato y la ceremonia, coronar de ofrendas el ceño felino de la diosa, evitando así que con su furia cubriese de plagas los Dos Países.

Allí, el Rey Maatkare Pleamar restauró la realidad como había sido al comienzo, la primera vez.

Y los dioses se carcajearon satisfechos.

Pleamar se irguió delante de la colosal compuerta roja que franqueaba el paso al Dominio de las Esposas del Dios, y oró largo rato por la memoria de su bisabuela, la gran Constelación. Lentamente, seguida por centenares de acólitos, atravesó el patio central y se postró ante la imagen ciclópea de la Señora del Cielo, que dominaba la plaza vigilando a sus súbditos con la misma mirada gélida de antaño; a derecha e izquierda se erigían los recintos de la Sogen, recortándose sobre el horizonte, y a los pies de estos, hombres y mujeres, de toda fama y condición, venidos de los rincones más lejanos de la Tierra Mestiza para rendir pleitesía a la Leona Pajet y a su Señora



Crónicas de la Tierra Mestiza.

del Cielo, encarnaciones ambas de la mujer y de la especie Loo.

—Hola, mi Rey —dijo una voz meliflua a su espalda—. Me llaman Colmena.

Una niña, una pequeña de cabellos rubios muy rizados y mirada bondadosa. Nunca hubiese imaginado que la SoGen enviase para recibirla a un acólito cualquiera, y menos a uno humano. Ni siquiera sabía que estos existieran; ella pensaba que, salvo su Neheb, ningún otro hombre había pisado aquel lugar. Además, aquella niña, en particular, ni siquiera iba desnuda como el resto de sus iguales, sino que vestía una sencilla túnica de lino de baja calidad. ¿Qué significaba aquello? ¿Cómo debía interpretar el hecho de que le enviaran una mocosa como intermediario? Ella, que había hecho aquel gesto de acercamiento hacia la SoGen, ¿recibía a cambio su desprecio? ¿O era todo lo contrario? ¿Un símbolo hacia la mujer, que ambas representaban, una tan poderosa que se había transformado en hombre y la otra una pequeña flor aún por crecer y mostrar al mundo su belleza y capacidades?

—Hola, pequeña. Sin ánimo de ofender, esperaba al rector de la SoGen, o... alguien al menos del Consejo Dirigente.

La niña sonrió, mostrando unos dientes blanquísimos y una mirada diáfana capaz de derrumbar al universo.

—Los tienes a ambos ante ti. A un antiguo miembro del Consejo y al rector en persona. Precesin ha dimitido y ha disuelto los antiguos órganos de gobierno de nuestra organización. Ahora yo soy la única voz de la antigua Sociedad Genética.

Pleamar, boquiabierta, se aferró a la mano que la niña le tendía. No pudo dejar de observar que la pequeña no llevaba implante branquial.

No necesito implante, mi Rey —sintonizó la niña—. Hay muchas cosas que vosotros necesitáis y yo no, pero ahora no hay tiempo para explicaciones. Centrémonos en la ceremonia, que será larga y aburrida, como lo son todas. Al cabo, podemos hablar de mí, de ti y del futuro del Doble País.

Y Pleamar siguió a la niña Colmena entre los vítores exaltados de los acólitos, en dirección al altar de las ofrendas, una plataforma colosal de más de veinte Codos de altura; y allí ambas hicieron libaciones a Constelación y a la leona Pajet, devolviendo la Armonía a los dioses y mostrando al mundo la reconciliación de la casa real y la SoGen.

Cuando llegó el instante de la muerte, el guerrero del Desierto Occidental estaba preparado. Sabía que lo estaría. Sintió un nudo quebrarse, un océano de sensaciones, de densidad, de colores y sabores. Nada era ya igual que siempre, sino la suma de todas las diferencias en un solo gusto. La naturaleza de las cosas había cambiado para que el ser se preparase para la unidad.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

En ese instante final, su mente se detuvo, y murmuró:

Nos pasamos la vida adorando a los dioses y ellos continúan sordos a nuestro dolor, sordos a todo, incluso a sí mismos, a la eternidad que les rodea en el lugar de los muertos, a la inutilidad de su controversia infinita.

Todos hemos nacido del Gran Río. Hinchidos de muerte, altivos o con la cabeza gacha, sabios o dichosos, preparados o indecisos... regresaremos a Él, porque Él está al principio y al final de todos los caminos.

La tierra nos da la vida, el primer aliento, el despertar. En la infancia nos modela, nos mimas, nos hace uno con ella o ninguno dentro del caos de la existencia. Mas, ¿qué le damos nosotros a la tierra, al fango limoso de nuestros antepasados? Poca cosa, pues no hay forma de pagar lo impagable, de cuantificar lo inasible. Y además, nosotros, que no somos nada, ¿con qué podríamos dar pago a tanta generosidad?

Y llegó el momento de la unidad, el momento de regresar a las dunas y a la danza sinuosa de la arena y el viento.

Las solemnidades habían terminado. El Rey Pleamar había desaparecido y los nobles se arrastraban bajo el sol entre bostezos.

Descendiendo de la montaña de la diosa, cuando aún los Recitadores terminaban de enrollar sus viejos papiros, el falso Mashauash oyó un crepitar a sus espaldas, un rumor como el de un boomerang deslizándose en el aire. La roca desprendida saltaba dando botes hacia el desfiladero. En un instante brumoso vio a Vértice, ausente, absorbido por los rigores de la canícula, con el pensamiento en la lejana Tonutir; luego vio su mano empujar el cuerpo de ébano, haciéndolo rodar camino abajo como a un títere y, por fin, su propia zancada, lenta y pesada, como si el universo se hubiese detenido. No vio nada más. La roca se llevó por delante al Kemit, dos quironomistas, un alto cargo de la SoGen, un robot aguador y a un joven campesino que tocaba el tamboril.

Enterraron a todos en la misma Jemenu, en medio de honores y reverencias, pues todos entendieron que la desgracia era obra de la Diosa León, aún airada porque sus hijos hubieran dejado una vez que los Puros, esos bárbaros solo-humanos, pusieran en peligro el futuro de la Tierra Mestiza.

Vértice aguardó en la ciudad los setenta días que prescribe la ley y asistió al funeral vestido como una de las sagradas milanas, Neftis, la compañera estéril de Seth, el dios rojo del desierto. Acabada la ceremonia, camino del banquete, reunió a todos los presentes y pronunció estas palabras:

»Bata estuvo a mi servicio treinta largos años. Primero como Intendente, luego como Gran Intendente y, al fin, como Intendente Supremo. Jamás variaron sus responsabilidades. Cada vez que pedía un reconocimiento por sus años de entrega en mi casa le cambié el nombre a las funciones que desempeñaba y el quedó satisfecho.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

»Bata era un imbécil.

»Me alegro que un hombre valiente y contradictorio ocupe su lugar a la diestra de Osiris para el resto de la eternidad.

Su extraño discurso no fue entendido, por supuesto, fue atribuido al vino fuerte con especias que Vértice se hacía traer de la Región del Norte y fue objeto de toda suerte de comentarios y maliciosas interpretaciones. Pero, como todo en este mundo, cayó en el olvido y su recuerdo desapareció para siempre.



CAPÍTULO 8: TERRAZA Y PLANTAS DE INTERIOR

240 d.A.
(6 años después)

0

Las golondrinas volaban hacia el horizonte, alejándose del mediodía de Re. El astro, pronto en su cenit, se proyectaba insaciable sobre la Tierra Mestiza, mientras esta dormía tumbada al sol, levantando nubes de polvo, jugando a que ella también podría, si quisiera, volar hacia el horizonte. A la Tierra Mestiza le gusta jugar a ser una golondrina.

El asesino dio un paso atrás alejándose de la terraza y apartó lentamente los ojos del cielo, perlado de aerobarcazas, que parecía pronto a estallar en pinceladas de rojo y negro; aterrado, cambió el rumbo de sus pensamientos y trató de no pensar en nada en absoluto, desaparecer, fundirse con la línea del horizonte. Pero solo era un juego. Ni él ni la Tierra Mestiza podrían tampoco escapar a su destino.

Entró en las habitaciones de Nebulosa. La miró, tan hermosa y perfecta..., y dudó, dudó en un lapso infinito formado por un millón de instantes. ¿La despertaría del sueño de los inocentes para comenzar a enviarla al sueño de los justos? ¿Envenenaría a uno de los seres más dulces, delicados y sublimes del universo? Luego, por fin, se substrajo a sí mismo y volvió a ser solo lo que era, lo que siempre había sido: un instrumento del destino.

—Vamos, preciosa.

Nebulosa abrió un ojo con tremendo esfuerzo.

—Hola, ¿qué haces aquí tan pronto?

—He pensado que te apetecería un refresco para empezar el día.

—¿Qué es? ¡Ah, leche de cabra! ¡Qué rica! Mi preferida. ¡Eh! ¿Qué es esto? La jarra no está llena del todo. ¿No le habrás dado unos tragos por el camino? Confiesa, culpable.

La niña empujó con el hombro a su asesino, que se hizo a un lado, trastabillando



Crónicas de la Tierra Mestiza.

con el baúl de los vestidos de la Reina-consorte.

—En realidad, no, preciosa —consiguió decir, mientras se agarraba a una lámpara de pie—. Esta leche la he traído especialmente para ti.

Nebulosa hipaba y reía, tomando entre tanto grandes sorbos de su bebida, que le resbalaba escandalosa de las comisuras de los labios hasta la barbilla.

—Solo para ti.

1

Aún no había comenzado la jornada. Kamutef, como le enseñara Jeda, se levantaba el primero de todos y revisaba minucioso su Dominio. Acababan de llegar dos nuevos robots armados de brazos telescópicos capaces de acarrear grandes pesos, y se suponía que el Maestro de los Jardines debía estar satisfecho de que se los hubiesen enviado. Pero él echaba de menos el trato humano; de hecho, cada vez que se jubilaba un miembro de su cuadrilla era sustituido por aquellas máquinas tan eficientes gobernadas por ciegos y autómatas krank. Ojalá los científicos dejaran de inventar nuevos artilugios y se conformaran con los dones de la naturaleza.

Pero eso, por supuesto, sería demasiado pedir.

Súbitamente, distinguió una sombra envuelta en destellos de seda y oro avanzando entre las vides. Le sorprendió que hubiera alguien en el Templete del Sur. A través del Huerto y el Paseo de las Parras, hizo camino hasta el quiosco. Cuando reconoció a su inquilino estuvo a punto de retroceder y volverse por donde había venido. Pero le esperaban. Con un gesto de la mano, el Rey Maatkare Pleamar le invitó a acercarse a su lado, a postrarse ante su majestad y a tomar asiento luego con él/ella en el quiosco. Kamutef permaneció de pie, ajeno a que con un movimiento tan sutil pudieran ordenarse tantas cosas.

—Siempre me desconcertarás, Maestro —dijo el Rey—. Sé, y no preguntes cómo, que me eres enteramente fiel, y no por convicciones, sino por sentimiento y carácter. Pero rehusáis inclinaros ante mi divina presencia.

—Pensé que éramos amigos, pero si lo deseáis...

Kamutef comenzó a inclinar su cuerpo, o eso pensaba, porque se mantuvo tieso como un palo. Pleamar puso fin a sus esfuerzos.

—¡Basta! Hablemos como amigos, puesto que solo en ti puedo confiar.

—¿Solo en mí?

En verdad, los Reyes de la Tierra Mestiza no tenían a nadie por codiciarlo todo. Eran huérfanos en un mar de rostros aduladores.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Sí. Hay una misión que quiero encomendarte.

Kamutef tuvo una sensación en la base de la espalda. Un pinchazo, una premonición de amenazas y de muerte. Quiso esbozar una sonrisa, vencer su aprensión. No pudo.

—Por favor, Maestro, escuchadme. Esta conversación debe acabar antes de que nadie despierte y se personen tus subordinados y sus androides en los jardines. De lo contrario, de nada servirá el esfuerzo. Ni siquiera mi esposo Neheb o mi propia hija lo sabrán. Así, nuestro secreto será absoluto y nada podrás temer.

Kamutef asintió, agradecido. La Reina confiaba en él hasta un punto que consideraba no haber hecho méritos para disfrutar.

—Soy vuestros oídos.

Se sentaron el uno junto al otro. La proximidad del Horus Viviente, casi poder tocarlo, le daba a Kamutef escalofríos. Cualquier noble del Doble Palacio haría lo que fuese por estar en su lugar, por compartir aquel momento de intimidad.

Mi hija ha caído enferma. Grave y súbitamente enferma —transmitió Pleamar a través de su implante.

Kamutef sintonizó el suyo —había sido el último de palacio en colocarse aquel artilugio diabólico— y pidió a su Señora que repitiese la frase.

Vos teméis...

Mi médico personal y su padre, Neheb, la están velando. He mandado a hombres de confianza a buscar en la Casa de la Medicina por nuevos venenos que puedan escapar al conocimiento de los médicos Loo. Los Recitadores repiten que un espíritu malvado acosa su Ka, pero... yo no creo demasiado en espíritus.

Deberíais, señora —dijo Kamutef, pensando en Jeda—. *Pero, en cualquier caso, ¿qué puedo hacer yo?*

Pleamar inclinó la cabeza, apretó los labios. Estaba desesperada.

Tal vez nada, acaso mucho. La habitación de mi hija es muy austera, da al oeste y tiene una espaciosa terraza. He observado que las jardineras están secas y marchitas. Quizá podáis hacerlas renacer.

Si la terraza está orientada al septentrión los calores pueden resultar excesivos en verano, y será difícil...

Kamutef, me trae sin cuidado si lo conseguís o no. —A pesar de lo difícil que le resultaba al viejo Maestro discernir las emociones en aquel sonido hueco, metálico..., le pareció que había puesto a prueba la paciencia del Rey—. *Me informaréis de todo lo que veáis, de todo el que entre y salga de las habitaciones de Nebulosa. Pasaréis allí el día y la noche si conviene.*



Crónicas de la Tierra Mestiza.

¿Pensáis que alguien de vuestro entorno...?

¿Quién si no? Nadie puede acceder a nuestras reales personas excepto unos pocos elegidos.

Kamutef pensó en el Príncipe Menkhep y en sus muchos aliados, entre los que se contaba, según los rumores, muchos cortesanos del propio palacio de Ity-tawy. Nebulosa acaba de cumplir los dieciséis años y acaso no deseara que pasara de esposa del Dios a Rey corregente de Pleamar. Pero, ¿un veneno? Algo demasiado indigno. Kamutef había compartido muchas tardes en los jardines con el niño Menkhep y presumía de conocer bien su alma. Mucho tendrían que haberle cambiado las intrigas palaciegas para volverlo un inductor al asesinato. Muy al contrario, Kamutef pensaba que si Menkhep llegaba a saber de alguien que tratase de envenenar a su pequeña Nebulosa, como aún la llamaban todos, vendría para arrancar las entrañas a los culpables, aunque tuviese que abandonar el Desierto Occidental, donde ahora, con solo un año más que la joven, comandaba las tropas del Doble País contra los últimos Puros Kemit que quedaban en el planeta.

—¿En qué pensáis, Kamutef? —dijo de pronto Pleamar, abandonando la transmisión de ondas Srore.

Hasta la Reina/Rey se había apercibido que una sombra del pasado cruzaba por su mirada.

—Nada. Mi corazón se había perdido un momento en el país de los recuerdos.

—Sí, yo también pienso a menudo en los años que quedaron atrás. Mi hija, como yo, pasamos largos ratos contigo en el estanque de los Nlòplales. Ella quería que fueses tú y solo tú quien la llevase en barca. —Pleamar puso una mano sobre la suya—. Como su madre. Sé que Nebulosa os quiere bien.

—También pasé muchos ratos con el niño Menkhep. Y no sabría decir nada malo de él.

El rostro de Pleamar se contrajo, demudado por la ira. Hubiese querido golpear a su servidor y hacerle pagar su insolencia. Pero eran amigos. Hablaban desde la verdad. Se serenó.

—Así pues, no creéis que haya veneno en este asunto.

—No, solo me resulta difícil creer que Menkhep tenga algo que ver.

—¿Quién sabe lo que esa alimaña de Horda habrá hecho de él? Su madre es una bestia rencorosa que nunca ha aceptado que yo reine en lugar de su vástago; no creo que lo ignores.

—Eso mismo pensaba yo. —Mientras respondía, no pudo por menos que recordar a Horda, el tono de náusea con que Pleamar había pronunciado su nombre lo decía todo. Sí. La madre de Menkhep llevaba meses muy enferma, al borde de la muerte, se decía. Tal vez pensara llevarse con ella a la joven Nebulosa para abrir las puertas del



Crónicas de la Tierra Mestiza.

trono a su hijo.

—El día se levanta, mi señora —añadió, apremiándola a terminar con aquella conversión tan indiscreta.

Los cánticos de sus ayudantes llegaron como un eco lejano desde las casetas donde vivían antes de que sus cuerpos se distinguieran a lo largo del camino de la muralla Sur. Los nuevos robots de carga y tres capataces andróides se desconectaron de los muelles de carga donde pasaban la noche y fueron al encuentro de su amo, el Maestro de los Jardines.

Pleamar le transmitió un breve pulso electromagnético: «Confío en ti, amigo mío», dijo, se levantó en un suspiro y atravesó corriendo los jardines. En la puerta de entrada vio al Intendente de la Gran Casa, encorvado y casi ciego, que la esperaba para acompañarla a escondidas de regreso a sus habitaciones.

—El día se levanta, mi señora —repitió, acaso para sí mismo.

Kamutef, sin embargo, permaneció sentado, inmóvil entre las columnas del Templo, pensando en Horda, en Nebulosa, en los médicos, en Menkhep y el Desierto Occidental, en esos necios cortesanos de palacio, ávidos por ver de nuevo a un hombre en el Trono de los Vivientes. Una frase pronunciada por Pleamar se había enquistado en su corazón y vagaba dando vueltas y más vueltas. La repitió en voz alta, sintiendo que su piel se erizaba por un escalofrío:

—Pobre Nebulosa: un espíritu malvado acosa a su Ka.

2

El hombre fuerte tensa su arco ante la adversidad, cierra los ojos, no le importa donde vaya la flecha. Cree en su destino, y el destino cree en él.

Y Menkhep era el más fuerte de los hombres.

Galaxia y Vértice, tras muchas jornadas de viaje, por el Gran Río primero y más tarde por los infernales caminos del desierto, alcanzaron la fortaleza de Mafaqet. Tras cinco meses de campaña, Menkhep se había detenido a cobrar fuerzas para una nueva embestida. Buscaban al heredero, al Príncipe Menkhep. Este llevaba meses en el desierto occidental batallando contra los Puros Kemit, que se dirigían hacia el norte huyendo de los ejércitos mestizos. Al cabo, todos estaban seguros, los Kemit desaparecerían de la faz de la tierra.

Muchos esperaban que, como los Puros, el gobierno de Pleamar acabara de extinguirse de una maldita vez.

Vértice, aunque en la sombra, era la cabeza visible de aquellos que pretendían terminar con la ginococracia implantada en el Doble País por Pleamar, ese gobierno



Crónicas de la Tierra Mestiza.

de mujeres que atentaba contra los designios de Amón y contra la historia de cuantos faraones y Reyes habían escrito su nombre en letras de oro en el sagrado Árbol de Persea. En cualquier caso, Vértice no había olvidado todo el sufrimiento y la vergüenza que la dama Remolino le había hecho pasar, ni la connivencia del Rey Pleamar y de todo el aparato del estado en sus desmanes; el que, finalmente, el propio Rey o Reina, o lo que fuese, hubiese enmendado su error mandando asesinar a aquella ramera, no le parecía rectificación suficiente; para entonces, el Loo ya odiaba a la Reina-Rey y a todos sus subterfugios y sus vanas estratagemas para seguir en el poder a cualquier precio.

Galaxia, por el contrario, era el paradigma del tipo de mujer-Loo que Vértice añoraba. Hermosa aunque no demasiado, sencilla aunque no tarda, ambiciosa pero sumisa. La hermana de Menkhep sería una buena Reina como era una buena hermana. Y la sangre Loo, dominante ya en los nacimientos, propiciaría un futuro en que ya nadie se llamaría a sí mismo humano ni mestizo y todos los niños nacerían encarnados y con escamas, y volverían a ser un solo pueblo.

Ese era el sueño de Vértice, el Loo venido de las tierras hermanas del sur.

Los dos viajeros se detuvieron al pie de los muros de Mafaqet. No les interesaba contemplar las almenas, ni las torres de defensa, ni la lujosa aldea-cuartel con sus viviendas espaciosas, sus almacenes y sus tabernas. Le guiaba la urgencia por ver al ausente, el Heredero Menkhep, un hombre que tal vez muy pronto sostendría sobre su cabeza la corona blanca y la corona roja, los Dos Países, las dos razas, unidas por fin y definitivamente.

Encontraron al Heredero en la tienda de mando, no muy lejos de los muros de la fortaleza, discutiendo con sus generales la próxima campaña. Al verlos llegar, el corazón de Menkhep se llenó de alegría, cogió a su hermana en volandas y estrechó en un largo abrazo al Loo. Mas cuando le hablaron de la Reina-consorte, su semblante se volvió sombrío y la risa desapareció de sus labios.

—No sabía nada de la enfermedad de la pequeña Nebulosa. Pensaba que solo veníais a darme nuevas de mi madre, de Horda.

—Ella está un poco mejor. Hay días en los que se levanta del lecho y sale a pasear con sus asistentas. Ha recuperado algo de peso, aunque no mucho. Pregunta a todas horas por ti y... —comenzó Galaxia.

Menkhep, poco interesado en aquel asunto, se volvió hacia Vértice.

—Pero habladme más de Nebulosa. Empeoró repentinamente, según vuestras propias palabras. No hace falta que os diga que si descubro que alguien, que cualquiera ha... —Se detuvo para elegir cuidadosamente la expresión que utilizaría— «fomentado» que la princesa enfermara le arrancaré las entrañas con mis propias manos.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Galaxia y Vértice se miraron a hurtadillas mientras a su vez eran observados por el joven general de los ejércitos. ¿Hablaban en serio? ¿Llegaría a matarles si...? Sí, sin duda. Esa era una contingencia que, llegado el caso, no habían previsto. El Loo fue el primero en hablar.

—Mi señor, está la Reina-consorte custodiada las veinticuatro horas. Neheb y todo el cuerpo de guardia no abandonan la cabecera de su lecho. Las cocinas del Doble Palacio han sido tomadas al asalto y parecen un fortín. Por lo que he oído, uno debe pasar más controles que para una audiencia ante el Dios Viviente.

Menkhep asintió, dulcificando su gesto.

—Está bien.

Galaxia carraspeó y dio un codazo al gigante carmesí. Como este callaba, acaso por prudencia, ella tomó la iniciativa:

—Hay otro asunto, mi Rey, que deberíamos hablar. En caso de que, un día, haya que contrarrestar el dominio de Pleamar, ¿con cuántas provincias y gobernadores fieles contamos? ¿Lo sabéis? Nos hemos tomado la libertad de entrevistar a algunos de ellos, y os sorprendería ver la cantidad de partidarios que vuestra causa suscita.

El Heredero torció el gesto.

—No habrás hecho una lista, un informe o nada parecido.

—Mi señor nos ofende al creernos estúpidos. —Vértice había alzado las manos, desolado.

—Agradezco tu esfuerzo, Tesorero del Rey, y también el tuyo, mi fiel Galaxia, pero vuestras pesquisas son una pérdida de tiempo, pues nada de eso será necesario.

Galaxia se adelantó y cogió de la mano al joven general.

—Mi señor, hermano mío, vuestra edad ha llegado a un punto que pronto seréis un estorbo. Si no golpeáis primero...

—¿Qué mayor gloria que morir por lo que uno cree? Dejemos que otros se ensucien velando su tránsito infinito con mi sangre derramada. Yo, por mi parte, nada haré para impedirlo.

—¿Nada? Mi señor, cuando Nebulosa se recupere, Pleamar la nombrará corregente, ¿queréis acaso ser vos la Reina-consorte? ¿O que un día, en una celada, os asesie...?

—No creo que sea esa la intención de mi tía. Me teme. No mi humillará si me nuestro servil. Nebulosa no tomará esposo o tendrá un hombre con un cargo y prebendas similares a las de Neheb.

—¿Servil, mi Rey? —ladró impetuosa Galaxia—. Llegará un punto que seréis un estorbo aunque no lo queráis. ¿No lo fue Ajep, nuestro padre, que solo estaba preocu-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

pado por sus libros? ¿Qué hubiese sucedido si no hubiese muerto tan accidental como convenientemente?

Por fin mostró su punto de vista el gigante Vértice; dijo más o menos lo mismo que su hermana, si no en los mismos términos, sí con idéntica conclusión. Menkhep observó, disgustado, que si cerraba los ojos no sabía distinguir a uno, alto, encarnado, de cuerpo fibrado y poderoso, de la otra, de baja estatura, esbelta, casi una niña. Su propia voz se elevó como el trueno en la tormenta:

—No penséis que mi corta edad os servirá para juzgarme lento o previsible, poco avezado en los mecanismos del universo. He escogido un camino y he mirado con precaución en cuántas sendas se bifurca. No me gustan esas sendas, pero seguiré mi camino.

—Si Horda os oyera... —dijo Galaxia.

—Mi madre, hermana mía, pronto estará muerta.

—Mi Rey, oíd mis palabras. Soy viejo en estas lides y... —dijo Vértice.

Pero el Heredero le interrumpió sin miramientos:

—Cuando salgáis, amigos míos, llamad a mi escriba personal, tengo que dictar unas cartas. De vuelta a la corte espero que entreguéis mis RLV a quien corresponda.

—Pero, mi Rey... —dijeron dos voces contrariadas al unísono.

—Volved pronto.

Se inclinaron y retrocedieron en una reverencia. En el umbral de la tienda les alcanzó la voz de Menkhep.

—Ah, y os agradecería que, de ahora en adelante, ni siquiera en privado, me atribuyáis títulos que no me pertenecen, y menos el de Rey.

Vértice y Galaxia se miraron de nuevo, desconsolados. Habían enfrentado no pocos peligros para acudir a aquella reunión, especialmente el Loo, que aún gozaba de la confianza del Soberano, y éste/a le tenía por unos de sus más fieles partidarios. Siempre habían creído que podrían convencer sin dificultad al joven Menkhep para que abrazase una causa que, después de todo, era la suya propia. Pero hasta ese momento, no habían entendido el alcance de la decisión del Príncipe de mantenerse a la sombra y no perturbar el orden establecido. Y ambos percibieron que lo hacía por amor a Nebulosa, que ella quería transformarlo en una marioneta, como marioneta había sido su padre Ajep en manos de Pleamar. Así pues, solo había un camino posible: Nebulosa debía morir.

—No olvidéis que yo soy tan solo Menkhep, hijo de Ajep, Príncipe del Doble País —sentenció entonces el joven soldado, distrayéndoles de aquella terrible línea de razonamiento.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Pero dejó para el final lo que ni él mismo pensaba que fuera capaz de articular. Pero fue capaz:

—Pues no hay más Rey que el que está unido a Amón-Re, Maatkare Pleamar, como los tres sabemos muy bien.

3

Cuando Menkhep terminó de redactar sus cartas pidió que le dejaran solo, y hasta la guardia abandonó sus estancias. Habían pasado dos horas, y aunque Galaxia pidió audiencia, Menkhep no tenía la cabeza para más discusiones y le fue denegada.

Pensó en su madre. Hasta ahora le había dictado el camino a seguir, pero había llegado el momento de tomar el suyo propio. Además, él, que sería un día Soberano del Doble País, sabía intuitivamente cosas que aquel viejo intrigante y una niña de quince años, acostumbrados a los manejos de la corte, habían olvidado. Las oportunidades llegarían por sí mismas, no habría que forzarlas. Si encendía la antorcha de la rebelión, el planeta entero ardería como un campo de mies. Si tanto él como Pleamar se comportaban con mesura, todo seguiría como siempre había sido, la Armonía no se quebraría más de lo que necesario. Si él, con sus victorias y su talante conciliador, se ganaba el sentir de su pueblo, Nebulosa no sería Rey, sino su esposa. Tenía pocas dudas al respecto.

Vio a lo lejos los carros de guerra levantando polvo por la llanura, terminando su sesión diaria de ejercicios tácticos, y se quedó pensando en lo horrible que sería ver escenas semejantes en el Doble País, mestizo contra mestizo, desfilando camino de la muerte en la misma Ity-tawy.

Una cohorte de Muchachos del Fuerte Brazo se hizo fuerte en una colina y detuvo a los carros de guerra con sus lanzas láser y sus sables amplificadores. El sonido de las explosiones llegó a sus oídos, y Menkhep no pudo evitar pensar que un ejército tan impetuoso en el adiestramiento, por fuerza había de ser invencible en el campo de batalla.

A menos, naturalmente, que se enfrentase a sí mismo en una guerra civil.

4

*Siete meses han pasado desde que abandoné mi casa,
desde que dije adiós, con un beso, e hice soltar amarras,
desde que la distancia, perversa, se llevó lejos a mi amada
y la dejara en la orilla con las manos en la cara.*

*No hallaré paz si no vuelvo a ver tus labios besarme,
sentir tus miembros temblar y fundirse con mi carne.*



Crónicas de la Tierra Mestiza.

*No hallaré paz si es que el cielo vuelve a teñirse de sangre
y te arrebatara la vida.*

*¿Querrá el buen dios apiadarse y llevarme hasta tu lado,
que el Kemit quiebre su lanza, frene mi carro dorado
y me envíe al inframundo con nuestros antepasados?*

*Anoche soñé que mi cuerpo era pasto de los peces,
al despertar sonreía,
y se alejó de mi lado hace solo siete meses*

—¿No es hermoso, Maestro? —dijo Nebulosa tan pronto terminó la enésima lectura en voz alta, arrullando el Rollo de Lectura Virtual en su regazo como a un recién nacido.

Kamutef asintió y, dentro de su corazón, se regocijó por haber estado siempre en lo cierto respecto al Príncipe. Galaxia acababa de abandonar la habitación luego de entregar el RLV con los poemas de su enamorado. Nebulosa, en cuanto su huésped encontró una excusa para desaparecer, había leído a Kamutef aquella primera estancia; el resto lo supuso demasiado personal. En los ojos de Nebulosa había creído distinguir, ¿amor? Pensó de pronto en su promesa de informar al Rey de todo lo que sucediese. Pero ese asunto no concernía a Pleamar, o bien mirado sí, pero de todas formas no le iba a gustar, así que, ¿para qué contárselo?

Mientras en la terraza seleccionaba las especies más adecuadas según la orientación de la fachada, y se decidía entre el enebro y la clavellina, Kamutef hizo inventario de cada gesto, cada instante, cada palabra pronunciada por la dama Galaxia. No había visto nada raro. Si había tocado o envenenado alguna cosa debía ser una maestra consumada. Mas no debía imaginarla tan estúpida para exponerse ella misma. El veneno lo derramaría un sicario en las cocinas. Mas las cocinas y cada alimento lo vigilaban Neheb o Pleamar en persona, y todo lo demás lo supervisaba Vértice, que de vuelta de una larga expedición a la Región del Norte por asuntos de índole personal que no habían sido explicados convenientemente (como no fueran sus intereses en los caldos especia-dos de aquellas región), había recibido la encomienda por parte del propio Rey de vigilar las habitaciones de Nebulosa, y perseguía como una sombra del Lago de Fuego a sirvientes, coperos, flabelíferos..., y a cualquiera al que se le pasase por la cabeza que podía acercarse a menos de cien Codos de las habitaciones de la Reina-consorte. En realidad, seguramente no había ningún veneno.

—¡Ah, hoy me siento mucho mejor, mi buen jardinero! —exclamó la muchacha.

Pero era una falsa impresión, un engaño de los sentidos, algo propio del amor. La verdad era que Nebulosa tenía muy mal aspecto. La alegría que aquellos poemas de amor habían dejado en su organismo pronto dejaría paso a los dolores abdominales, a los vómitos. Llevaba así más de dos días. El Ka de Nebulosa estaba gravemente en-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

fermo.

Cuando Kamutef se hubo decidido por el enebro y comenzó a componer las jardineras, sintió un aliento dulce y juvenil a su espalda.

—¿Qué es eso?

La Princesa había abandonado el lecho y contemplaba su obra.

—No deberíais levantaros, aún no os habéis recuperado del todo.

Ella rio. La primera vez que le veía hacerlo en mucho tiempo.

—Oh, Maestro, no seas duro conmigo. No eres mi madre ni eres Neheb, además no te imagino como instructor, con una vara en la mano y el Rollo de la Sabiduría en la otra. Vos me enseñaréis porque sois mi amigo. Y seréis dulce y cortés, y consentiréis mis pequeños actos de desobediencia.

—Supongo que también porque soy vuestro amigo.

—Exacto.

Kamutef meneó la cabeza. Demasiados poderosos se jactaban últimamente de ser amigos suyos. En sus muchos años en la Gran Casa había aprendido que tanta amistad había conducido a no pocos a la otra orilla. *Yo tengo amigos solo en las Fiestas del Valle, y solo tras la tercera jarra de Shedeh*, había dicho siempre su tío. Se le escapó una mueca de disgusto. Desde hacía un tiempo, le costaba diferenciar sus propios pensamientos de las frases de su tío.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

—¿Y algo más concreto?

—Vas a plantar enebro en macetas...

—Son jardineras. Lo hago porque aguantan exposiciones a pleno sol mejor que...

—¿Y eso?

—Jazmines de olor. Para las moscas.

—¿Y eso?

—Es una palmera enana. Aún está por transplantar porque necesito...

Se detuvo a media frase; Nebulosa se balanceaba con los ojos en blanco, a punto de perder el conocimiento. La cogió de la cintura y la llevó hasta el lecho. Ella suspiró y él fue a buscar al médico. Vértice, que montaba guardia en la puerta, entró con él un instante después.

—Ya estoy mejor —dijo Nebulosa, tratando de parecer confiada—. Os preocupáis en exceso.

Pero su tez había cobrado la palidez de la muerte. Se miraron circunspectos



Crónicas de la Tierra Mestiza.

mientras el médico comenzaba un nuevo reconocimiento.

—Sí... Todo está bien, pero os haré un nuevo examen, por si acaso —dijo el gale-
no con una mueca aprensiva cruzándole el rostro.

—¡Oh, por Amón y su esposa Mut! ¡Dejadme en paz!

El corazón de la muchacha era transparente para Kamutef. Podía leer en su interior como en un libro abierto. La pequeña distracción en la terraza había terminado; la enfermedad la reclamaba para proseguir su infame pugna contra el destino.

5

En un trono de oro estaba sentado su enemigo. Le acusaba, le vejaba, con Palabras de Poder le enviaría al Lago de Fuego y, luego de enfrentarse a todas las fuerzas de la oscuridad, de regreso al lugar de los vivos.

—¿Dónde estoy?

La serpiente Neheb le había transportado al centro de la zona de combate, una elipse de arena cubierta de flores de papiro. Bakenkhonsu vestía un sencillo faldellín y el casco azul de batalla. La serpiente escondía su nudosa inhumanidad tras una falda corta plisada, delantal y vaporosa camisa del mejor lino; en sus manos el flagelo y el cetro Uas, y en su cabeza, la corona blanca y roja, símbolo de la unión entre el Alto y el Bajo País.

—¡Morirás aquí y ahora! —bramó el monstruo.

Bakenkhonsu fintó la primera embestida, la segunda, la tercera y también una cuarta. Con el antebrazo detuvo un golpe certero. Esquivó, reculando y agachándose, un nuevo mandoble. Estaba ya junto a la pared, sin resuello, incapaz de retroceder un paso más, sin fuerzas para retroceder un paso más. La serpiente Neheb le miró fijamente. No tenía ojos: sus cuencas se abrían negras, vacías.

—¿Piensas tal vez que tu misión ha concluido?

Bakenkhonsu negó con la cabeza.

—La misión no concluye jamás, pero yo terminé mi cometido. Me faltan fuerzas.

La serpiente aulló, al menos como ella acostumbraba a aullar, en un siseo de su lengua bífida. Saltó hacia adelante para hincarle su daga en el pecho. Pero el Ka del Príncipe no deseaba terminar, por mucho que su cuerpo oliese ya a putrefacción, y rodó sobre sí mismo, haciéndose a un lado en el último instante.

Notó cómo el cuerpo nudoso de la bestia tropezaba con su costado y luego se estrellaba violentamente contra la pared, con un sonido similar al crepitar de las brasas en una hoguera.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Y luego despertó del sueño.

Cuando supo por los médicos que la fiebre había bajado, que el Príncipe Bakenkhonsu estaba un poco mejor de su enfermedad, Vértice fue el primero en solicitar permiso para visitarle. Fue especialmente insistente, su expresión severa, ajena a los lamentos preocupados de los galenos. Así que, al tercer día, le dijeron que al caer la tarde podría acceder a sus estancias privadas. *Media hora, solo media hora; aún está débil.*

—¡Oh, qué gran honor!

Bakenkhonsu le esperaba sentado en su lecho bajo un gran toldo de vivos colores. Al Loo casi le pareció hallarse en una nave de recreo, en la zona entelada que precede a la camareta de descanso. Se quedó un momento en silencio ante el absurdo pensamiento de que el Príncipe, cada vez más gordo, ocuparía todo el espacio de su imaginada camareta.

—Sentaos a mi lado, noble Vértice. No sabéis lo contento que estoy de que el primero en venir a verme sea el Tesorero de la Casa del Oro y la Plata, el Portador del Sello Real, que no todos los hombres insignes se hayan olvidado de mí.

Vértice no era un hombre inclinado al disimulo.

—Por desgracia, es una visita oficial.

—Ah... —Una punzada de duda, miedo y luego otra vez la máscara de aplomo. El gordo se daba cuenta que no era un asunto que le fuera a beneficiar.

—Aunque la cortesía, naturalmente, nunca está de más y el Rey Pleamar os envía saludos y su deseo de una pronta recuperación.

—Cómo no, ¡cuánta amabilidad! Mandadle a su vez mis saludos al Soberano del Doble País.

Un asistente entró con dos criados que sostenían sendas fuentes de fruta y carne de buey, además de varias jarras de Shedeh. Al ver la mirada de su amo fulminándoles, salieron todos en tropel, tintineo de copas y pies que resbalan apresurados.

—Pensaba que sería una conversación amistosa y no de carácter privado. Había ordenado un refrigerio. Pero ya no molestarán más si no se les llama.

Vértice asintió. No era necesario andarse con más rodeos.

—¿Habéis oído hablar o tenéis noticia de ciertas veladas ilegales de lucha?

El gesto de Bakenkhonsu no se modificó un ápice.

—En realidad, no.

—Mi señor Príncipe, si tengo que probaros con testigos innumerables lo que ya sé, esta conversación se estirará de forma innecesaria... y excesiva para la agenda de ambos. Si somos sinceros, tal vez evitemos desgracias que acaso merezcamos.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

El Loo supo que su interlocutor habría sabido extraer de sus palabras que su deseo y el del Rey no era, al menos de momento, mandar ante la justicia a un anciano enfermo que había prestado innumerables, aunque a menudo oscuros, servicios al estado.

—No sé, Vértice. Seamos pues sinceros si lo deseáis. ¿Qué sabéis y qué creéis saber?

—Sé que asistíais a estos eventos con regularidad, que atrajisteis a otros nobles singulares a la perdición, que sois uno de los socios fundadores.

—Son muchos mis crímenes. Ese es solo uno más.

Vértice se puso tenso en su silla, le había parecido entrever que le amenazaba con revelar las muchas cosas turbias que el anciano sabía. Cosas que podían salpicar a todos: al Rey, a Neheb y a él mismo. En el Doble Palacio nadie estaba libre de culpas, de mentiras, de secretos inconfesables. Pero el rostro no semejaba amenazante, solo abatido por los años y la enfermedad.

—¿Todo lo corroboráis?

—Sí.

—¿Ante un juez, si fuera necesario?

Bakenkhonsu se sobresaltó un poco. Luego se encogió de hombros.

—Sí, ¿por qué no?

Vértice se mesó la barbilla, contento con el desarrollo de la charla.

—El deseo del Rey y también el mío es que declaréis que llevabais años informando en secreto a mí personalmente de esos nobles descarriados y de otros criminales, en vuestra lucha eterna y más que probada contra los rivales de la Armonía.

Bakenkhonsu casi se echó a reír. Otra vez la Regla y la justicia se escondían al paso de la poderosa Armonía.

—Entiendo. ¿Me creerán?

—Naturalmente. Además, aún no he sido informado oficialmente de esas veladas ilegales. Con diversas excusas he postergado la reunión en la que se pedirá vuestro encarcelamiento y el de muchos otros. Es una vieja costumbre en asuntos de esta condición. Mientras tanto me he informado por otros medios. Nada debe escapar a nuestro control.

—Naturalmente.

—Cuando sea informado, haré saber que ya conocía estos hechos, que vos trabajabais bajo vuestra apariencia de anciano senil e inofensivo entre los delincuentes más abyectos de la Tierra Mestiza.

Eso era un golpe bajo, innecesario a aquellas alturas. El Loo quería que supiese



Crónicas de la Tierra Mestiza.

que le despreciaba.

—¿Y mi castigo? Sabed que no aceptaré una condena ni el escarnio público. Prefiero pasar a la otra orilla de la vida y enfrentarme al cinocéfalo a las puertas del Bello Occidente. Hace años que tenemos pendiente una larga conversación.

—Eso dijo el Rey que escogeríais y, aunque yo dudaba, me aseguró que vuestras amenazas no serían vanas. Por todo ello os manda sus saludos y deseos de una pronta recuperación, al tiempo que se os hace saber que, en un futuro, no tendrá tiempo para vos, nunca, siempre la retendrán sus obligaciones.

—Entiendo.

—En cuanto a vuestros bienes, títulos y dignidades, por lo que sé, no harán sino aumentar, como corresponde a alguien que triunfa al servicio de su Majestad. Se os condecorará con el Oro de los Justos, por los servicios pasados y los presentes, aunque aquel día la soberana estará indispuesta, y también Neheb. Acaso también vos mismo deberíais estarlo; así se os hará entrega del oro vía administrativa o a través de alguno de vuestros inferiores.

—¿También Neheb? ¿Él no va a ser acusado de ser el promotor principal de esas veladas ilegales de lucha?

—En absoluto. El noble Neheb es uno de los que han cursado la denuncia contra los miserables que realmente estaban detrás de esos degradantes espectáculos.

El Príncipe Bakenkhonsu inclinó la cabeza, descorazonado.

—Entiendo.

No había más que hablar. Bakenkhonsu dio una sonora palmada y su intendente entró de nuevo con los criados, las bandejas de fruta y las jarras de Shedeh.

—Perdonadme si me hallo en un error —dijo el viejo Príncipe, haciendo una mueca traviesa—, creí que dabais la conversación por terminada y ahora sí convenía un pequeño refrigerio. No sé vos, pero yo estoy hambriento.

6

El mismo día que el Príncipe Bakenkhonsu fue recompensado con el Oro de los Justos, a muchos Iterus de distancia, Menkhep levantaba su campamento y ponía rumbo a casa.

Había pasado casi un año desde que saliera de los muros del Doble Palacio para enfrentarse a los Puros Kemit. En ese tiempo, había madurado, se había convertido en un hombre, había teñido la hoja de su sable amplificador con la sangre de dos veces diez hombres. Ya no era el mismo.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Los últimos Puros supervivientes colgaban crucificados a ambos lados de los caminos, observando en su agonía el desfile victorioso de las tropas mestizas, de sus carros de guerra, de sus aerobarcazas, de su general en jefe: el Príncipe Menkhep.

Su última orden antes de levantar el campamento fue que se crucificase a un prisionero y se plantase un árbol de Nlòplal, justo cada cien Codos de distancia, creando una hilera macabra que uniese la Región del Norte e Ity-tawy. Al cabo, sin mirar atrás, partió al galope camino del Doble Palacio. Sabía que su crueldad no se olvidaría fácilmente, y que los Kemit se lo pensarían dos veces antes de intentar levantarse ante sus nuevos amos. A veces, un gobernante debe tomar decisiones terribles para preservar la paz. Y Menkhep no era el tipo de persona que vacilase a la hora de enfrentarse a su destino.

Tras dos jornadas y media de marcha alcanzaron al fin el Gran Río y se bañaron en sus aguas, alborozados. Los hijos pródigos estaban de vuelta. Plantaron de nuevo el campamento y se reunieron todos junto al fuego para ver cómo Re se alejaba camino de los infiernos. Y cantaron hasta que el vino, el cansancio o el sueño pudo con ellos.

Menkhep se despertó a medianoche solo en su tienda. Tenía frío. Su tienda despedía un hedor rancio a humedad casi insoportable. Se levantó y llamó a su servidumbre, pero todos habían desaparecido. Alargó la mano para prender la mecha de su lámpara. Entonces Menkhep tuvo miedo. Supo que estaba solo y que a la vez, de alguna forma, no lo estaba. Pero prendió la llama. Porque Menkhep amaba la luz y odiaba las tinieblas.

Pero la luz no se hizo y una forma envuelta en un pálido sudario se apareció al joven guerrero. El espectro se presentó a sí mismo como Siptah, Amigo Único del Rey Tao.

—¿Qué quieres de mí? —dijo Menkhep, sin el menor atisbo de temor. El espectro se había acomodado en una banqueta y había cogido un bol de dátiles, que intentaba infructuosamente llevarse a la boca: resbalando por el aire, pasaban a través de la figura y caían al suelo.

—Inconvenientes de estar muerto —masculló—. ¿Deciais, joven Rey?

—¿Qué queréis de mí?

—Nada. Todo. ¿Quién sabe? Vos venís a mí y yo vengo a vos. Parece un trato justo.

—Yo no os conozco.

Siptah prosiguió como si nada hubiera dicho.

—Vos sois el Amigo del Alba, aunque también Kamutef lo es, a su modo, pero..., ¿acaso pensabais que no os iba a reconocer? Sois un símbolo, un maldito símbolo de



Crónicas de la Tierra Mestiza.

la tradición, de las costumbres, de todas esas cosas que apestan a repetición y náusea, y que me llevan arrastrando por este lúgubre sendero de la perdición eterna.

—Yo no soy ese Amigo del Alba del que habláis.

Siptah negó con la cabeza.

—Es que lo sois pero no lo sois; ¿acaso no hablo lo bastante claro? Este es mi último viaje; al fin lo entendí. El Amigo del Alba, como símbolo de la tradición, de los hombres aferrados al poder y la monotonía de una existencia basada en las guerras y la traición del macho de la especie, vino a mí, y me convenció para que destruyera el imperio de las mujeres Rey, ese imperio que quería forjar la bruja de Constelación. Ahora que, tantos años después, estas, de la mano de Pleamar, han conseguido triunfar, yo me convierto asimismo en símbolo y acudo ante ti para tomarte de la mano para que deshagas de nuevo el nudo que van hilando las mujeres. Ya sabes, he venido a ti para cumplir mi destino, que mi Ka cierre el círculo y yo pueda desaparecer.

—La verdad es que no entiendo nada de cuanto decís.

—Pero es que si vos no encontráis la manera de venir a mí, un día, cualquier día, no tendáis prisa, entonces yo no podré venir, pero ese es solo el menor de nuestros problemas. Todo este asunto se ha enmarañado de muy mala manera.

Menkhep dejó de tener miedo. ¿Un espíritu que desvaría? Se sentó en su estera y se limitó a escuchar. Ya tendría tiempo de entender lo que estaba sucediendo.

—Constelación vencería, los Nlòplales mágicos del Tonutir y todas esas patrañas, pero debéis creer en mí, o de lo contrario..., de lo contrario, ¿para qué andaría yo vagando sin escapatoria tantos años?

Menkhep trató de pensar. Si dormía y todo era un sueño, entonces nada importaba. Pero si no..., el espíritu había hablado ya por dos veces de su tatarabuela Constelación, y de Tao, un Rey Justificado más de cien años atrás, y de ¿Nlòplales? Recordó la leyenda y la obsesión de Pleamar por plantarlos en el estanque. Bueno, eso no podía hacer daño a nadie, ¿verdad?

—Yo amaba tanto los dátiles en vida... —prosiguió Siptah, bajando la voz—. Eran mi pasión, joven Rey. Una de mis pasiones, quiero decir. ¿Vos no tenéis pasiones? No, me olvidaba que vos sois Rey, no se os permite tener esas bajezas.

—No soy Rey.

Siptah le miró sin comprender.

—Ah, sí, ¿veis? A eso venía. Pronto seréis Rey y yo debo aconsejaros. Vuestros acólitos... Vértice y Galaxia no son gran cosa, ¿dónde los encontrasteis? Bueno, da igual. Escuchad.

—Os escucho... Pero no soy Rey.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Bien, como queráis, mientras seáis consciente que debéis apoyaros en la magia; solo la magia podrá salvaros. Aquí, allá, en todas partes hay sortilegios que han ido dejando las mujeres Rey. Protegeos de ellas. Quieren mandar, quieren gobernar. ¡Dioses, esas necias! Si Amón hubiese querido que gobernasen la Tierra Mestiza, ¿nos la hubiese entregado a nosotros, los hombres, unos seres tan patéticos, que solo valemos para mandar, aunque mal, se entiende, pero mandar? Esas puerkas quieren quitarnos lo único que tenemos: la ilusión de que controlamos. Con nuestras coronas, cetros, diademas, parecemos lo que no somos. ¿Para qué los quieren ellas? Ellas tienen paciencia, voluntad, inteligencia, son capaces de soportarnos, tienen todo aquello de lo que nosotros carecemos. —A Siptah le crujieron las tripas—. ¿Dónde estaba, noble Rey, casi Rey?

—Creo que queráis hablarme de conjuros y sortilegios.

—¡Sí! Sí, mi Rey. Constelación guardó la fuente de su poder en el estanque, en los Nlòplales de flores amarillas. Ellos no son de este mundo, ¿sabéis? Todo está relacionado con los que nos trajeron a este maldito lugar y las razones secretas que ocultaban con ese acto tan «benévolo». Bueno, lo mismo da, el caso es que sin los Nlòplales no podía el nudo comenzar a correr. —Siptah se levantó y caminó hacia el Heredero, atravesándolo de lado a lado sin apercibirse de lo que hacía—. Las mujeres tienen un don para ahondar en lo hermoso, ¿no es verdad? Yo destruí los Nlòplales y, de paso, a todo el cuerpo de jardineros. Pero todo eso es agua pasada. No me lo tomaréis en cuenta, espero. Pero no fue suficiente. Yo hice mal algunas cosas, hablé de más y, bueno, vuelve a haber un Nlòplal amarillo y una mujer en el trono. Pero eso ya está solucionado, y vos, muy pronto, seréis Rey.

Quedaron en silencio. Menkhep seguía esperando, a la expectativa. El mago había arrojado la bolsa de dátiles y caminaba de un lado a otro, fuera de sí.

—Y yo he venido... —dijo Siptah.

El joven general extendió las manos en un gesto de ignorancia.

—Yo he venido para preveniros de...

—Pronto seré Rey —gruñó Menkhep, cada vez más aburrido—, los Nlòplales, Constelación, el estanque...

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! He venido para preveniros que, cuando seáis Rey, si queréis evitaros estos problemas con las mujeres y sus ansias de dictarnos todas estas cosas que nosotros ya sabemos hacer sobradamente mal, destruyáis el estanque.

—Destruir el...

—Sí, hombre, destruir, vaciar, limpiar, todo eso.

Siptah desaparecía. Parecía como si la luz del amanecer diluyese su esencia. Pero parecía que a Siptah no le preocupaba demasiado.

—¿Eso es todo?



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—¿Todo? Bueno, sí, no... Si os pasáis por Abedju o por el Lugar del Tránsito en Ity-tawy, llevadme unos dátiles, haced lo que es de rigor, una ofrenda por escrito bastará, no sabéis el hambre que se pasa. Antes lo hacía mi nieta Remolino, pero ella ahora es solo un espectro, como yo mismo, y ya no tengo a nadie que se acuerde de mí. Eso es lo peor de todo, ¿sabéis? El que no se acuerden de uno.

El mago era ya casi una voz sin forma, un eco en la niebla. Casi era incapaz de distinguir sus contornos.

—Siptah...

—Mi señor Rey, esa bruja de Constelación me mató de hambre en las mazmorras de Ity-tawy. Creo que perdí un poco el juicio. ¡Esas mujeres! No podría haberme cortado el gáznate como haría un buen soldado, incluso un poco de tortura y sadismo no hubiesen estado mal... Entendedme, me hubiesen ofendido, pero luego se me olvidaría. Pero no, tenía que dejarme allí tirado como...

Las últimas palabras del espectro ya no pudo oírlas. Otra vez solo, estuvo un rato despierto pensando en aquella visión y en sus posibles y ocultos significados. Con la secreta convicción que en verdad pronto sería Rey, Menkhep se durmió. Al día siguiente, confundida la visión con sueños y pesadillas, Menkhep no fue capaz de recordar nada de lo sucedido. Lo único que le quedó fue un regusto en el estómago, un sabor inconfundible, como a dátiles amargos.

7

Una abeja vino a posarse en su nariz y casi le desvela. Le dio un manotazo y el insecto escapó revoloteando entre las macetas.

—No pongas tanta agua, esta especie no soporta el encharcamiento.

Kamutef estaba tumbado de espaldas, con la cabeza apoyada en una jardinera, soñando con su última adquisición para la terraza de Nebulosa, un pequeño cítrico de flores blancas y frutos en forma de pera que en sus fantasías dibujaba un universo de verde intenso y hojas perennes.

—¡Psst! Despierta.

Kamutef salió un instante de sus abismos interiores. Pensó en Neny, la única mujer que había ocupado su corazón, en su juventud, cuando era aún capaz de creer. Volvió a sumergirse en el sueño.

—Vamos, sobrino. ¡Despierta!

Se volvió, aún adormecido. ¿Jeda? Nunca se le había manifestado fuera del jardín. Incluso creía recordar que no podía hacerlo. No fuera del lugar donde se había extendido su influencia en vida. Entornó los ojos. Era él, dibujando transparencias entre el horizonte y sus jazmines de olor de la terraza de Nebulosa.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Tío, déjame en paz.

—¡Kamutef!

Le había gritado en el oído. Esta vez casi se pone en pie de un salto. Miró en derredor, temiendo que alguien más se diera cuenta. Pero nadie podía. Nebulosa dormía apaciblemente su mal y nadie más que él e Irta podían ver al espectro del difunto Maestro de Jardines.

—Creí que hasta aquí no podrías perseguirme con tus súplicas y tus requerimientos.

—Y no debería poder; por eso estoy aquí.

Kamutef ahogó una sonrisa. Casi había olvidado los esfuerzos de su tío por cruzar definitivamente a la otra orilla. Todo lo husmeaba, todo trataba de entenderlo. ¿Dónde estaría el error que le impedía descansar? Al contrario que Remolino, que solo se lamentaba y vagaba de un lado a otro entre sollozos, su tío pensaba que el conocimiento le salvaría.

—¿Y a qué has venido entonces?

Jeda no respondió. No lo sabía. Tal vez solo para sacarle del universo de los sueños. Estaba inventando una excusa cuando la puerta de la habitación se abrió con tanta ligereza, intentando hacer tan poco ruido, que llamó la atención de ambos. Entre las hojas de enebro, contemplaron el cuidado, el mimo con que el extraño se acercaba a la Reina-consorte. Aquel ser amaba a Nebulosa. Ellos, acostumbrados a dar y recibir el amor limpio y sereno del jardín y sus habitantes, sabían reconocerlo. Kamutef notó también una gran pena, pero atribuyéndola al pesar por la enfermedad de la pequeña Nebulosa, no volvió a pensar en ello.

—¿No vas a presentarte? —dijo entonces Jeda.

—No, tío, quedaría como un haragán si apareciera del suelo cubierto de polvo y hojas ante una persona de tal dignidad.

—¿Y si te ve? ¿No pensará que eres un espía entrometido?

—No creo, todos saben que la Reina me ordenó trabajar en la terraza. Además, también me ordenó que vigilase si...

Las palabras se le helaron en la boca cuando vio la redoma y cómo el asesino vertía su contenido en un vaso de leche.

—Levántate, mi pequeña.

Nebulosa se alzó media dormida y, luego de besar la mejilla del monstruo, cogió la copa de sus manos y bebió su contenido. Luego se recogió en un ovillo y volvió al sueño.

—Que duermas bien, mi pequeña.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

El monstruo, el asesino, tomó asiento entonces en una banqueta y miró hacia la terraza. Le había parecido oír un ruido. Pero no había nadie. A menos, claro, que estuviera tirado a ras de suelo. Rio de su ocurrencia. El peso de la culpa le volvería loco.

Kamutef convirtió su voz en un susurro:

—Tú sabías que pasaría esto, ¿no?

—No lo sabía, hijo mío, puedes creerme.

—No sabías el cómo, pero sabías...

—Sabía que pronto te reunirás con nuestros antepasados. Eso sí lo sabía. Y tenía miedo por ti. Pero no sabía cómo.

Kamutef trató de evaluar su situación. Estaba atrapado. Si se precipitaba, si le descubrían, no viviría ni lo que tarda una gota de agua en la clepsidra. Esperaría.

—Sobrino...

Cuando volvió a mirar hacia la habitación, el asesino ya no estaba y Vértice entraba por la puerta. Kamutef echó un bufido de satisfacción y salió de su escondite, sin reparar en los ojos desorbitados del Loo.

—Llama al Rey, Vértice. No creerás lo acabo de descubrir. Sé quién es el ases...

Al ver que el viejo guardia se abalanzaba sobre él enarbolando su lanza, Kamutef retrocedió, tropezando con una de sus jardineras. Su caída hacia atrás le salvo la vida, pues Vértice, luego de fallar la estocada, trastabilló y cayó tras él, con medio cuerpo en la terraza y medio dentro.

—¡Por Amón bendito!

Kamutef propinó a su agresor una patada en la cara cuando este trató de levantarse, pero el Loo la encajó sin dejar escapar una queja y se dio la vuelta, cubriendo toda posibilidad de huida más allá de las habitaciones. Pero no dijo una palabra.

—Tío, ¿dónde estás?

La hoja le señaló la espalda, rasgándole la camisa. Kamutef no tuvo más remedio que volver a la terraza y, luego de un instante de duda, saltar al vacío. La simbio-piedra reaccionó para salvar su vida y estiró los muros de la habitación en vano intento por frenar su caída, pero solo consiguió que cayera desequilibrado. Por el aire vio sus frutales y el jardín bulboso, y una pareja arrullándose que le miraba con extrañeza. No consiguió caer con los dos pies juntos y nada más llegar al suelo oyó un chasquido. Luego todo fue dolor, un dolor intenso en la rodilla. Maldiciendo a su tío, a Amón, a Re, a Vértice, al asesino regicida y a todos los poderosos, Kamutef se marchó arrastrando su pierna y su dolor camino abajo.

Mientras tanto, en el interior de palacio, Vértice corría de estancia en estancia



Crónicas de la Tierra Mestiza.

buscando a su cómplice, al padre de todas las conjuras, al asesino de la pequeña Nebulosa.

Y la niña, entretanto, gemía y se retorció en el lecho, dormida aún, tan débil que jamás volvería a despertar, perdida en negras pesadillas.

8

El Príncipe cogió al estúpido desgraciado de los hombros y lo zarandeó hasta que recobró un poco la cordura.

—Repítelo todo, paso a paso, y serénate, por Toth.

Bakenkhonsu miró a su intendente con el ceño torvo. Llevaba los bastantes años en el Doble Palacio para saber cuándo un asunto era lo bastante importante. Y aquel lo era. Dejó un instante que su asistente navegase en el caudal de sus recuerdos. Maldito idiota.

—Pues bien, mi señor, yo regresaba de una caminata galante con la hija menor del Guardián del Zoológico que, aunque tiene ya sus años, está de muy buen ver, y he de decir que su habilidad en ciertos asuntos personales hacen de ella una compañera más que notable a la hora de vencer el hastío de la vida palaciega que, como vos sabéis...

—La terraza, imbécil.

—Sí, mi señor. Oímos un ruido, un golpe, un forcejeo probablemente. Luego vimos al Portador del Sello, al bravo Vértice, intentando asesinar al Maestro de los Jardines, Kamutef. Este iba desarmado, y me extrañó que un hombre de tal condición buscara su Ka de esa manera tan artera por muy feo crimen que se hubieses...

—¿Y luego?

—Luego, señor, Kamutef saltó de la terraza y huyó hacia su casa, creo.

—¿Crees?

—Tomó el camino de la Muralla Sur, como si fuera a abandonar los jardines, señor. No le seguí para comprobarlo. Vine al momento a hablar con vos, pues me pareció un asunto...

El asistente siguió hablando, pero Bakenkhonsu ya no le escuchaba. En primera instancia había pensado que la falta de Kamutef debía ser muy grande para que le atacaran de esa forma, ¿después de todo, no habría estado el Maestro de los Jardines envenenando a la Reina-consorte? Desechó esa idea de su corazón. La enfermedad se había manifestado en la Princesa mucho antes de que Kamutef la tuviera a su alcance por aquel ridículo capricho de Pleamar de engalanar la terraza. Sus reflexiones se detuvieron de pronto en ese punto. ¿Capricho? No, Kamutef era recto y fiel como su tío Jeda, las últimas personas incorruptas que vagaban por aquel nido de



Crónicas de la Tierra Mestiza.

gusanos. La presencia de Kamutef allí no había sido casual y, entonces, ¿acaso no habría descubierto algo que...?

—¿Había alguien más en la terraza?

—No, mi señor —el asistente pareció dudar—. Luego Vértice marchó un instante y reapareció para mostrar por dónde había huido Kamutef. La simbio-piedra aún estaba rotando lentamente el muro de piedra, tratando de hacer regresar la habitación a su posición de origen.

—Si se lo mostró a alguien entonces no estaba solo, ¿verdad, imbécil? Debió llamar a una tercera persona, a la que le enseñaba la ruta de huida del Maestro.

—No, no estaba solo la segunda vez.

Cuando oyó el nombre del acompañante de Vértice sus ojos a punto estuvieron de salirse de las órbitas. Y comprendió, comprendió por fin la forma en que su obra iba a ser desbaratada. Comprendió que sus enemigos iban a triunfar si no volvía a transformarse en el Guardián de los Hijos del Rey.

—Dime, nadie os reconoció, ¿verdad?

—A decir verdad, no, mi señor. Estábamos junto a una higuera que impedía que nos vieses. El Maestro de Jardines no pudo dejar de vernos, claro, después de todo cayó al suelo junto a nosotros, pero sus agresores no pudieron vernos.

Bakenkhonsu asintió; retozaban al borde de un asesinato y un regicidio. Nunca llegó a pensar que la estupidez de aquel inepto podría darle una tan singular ventaja. En ella residían todas sus posibilidades. Debía ver a Pleamar y revelarles lo que había descubierto. Pero, ¡ah! Sus enemigos le habían alejado de su niña y no tenía permiso ni para demandarle audiencia. Pero, al mismo tiempo, ya no temían nada de él, creían estar a salvo, y ahora acudirían tras Kamutef. Tenía una posibilidad.

9

El Maestro de los Jardines del Rey bebió de un trago la primera copa y se sintió, al fin, un poco más tranquilo. De camino a casa se había dejado llevar por el terror y había pensado en salir huyendo hacia Ipu, un lugar que conocía bien, o hacia el Kush, el desierto, donde fuese, pero muy lejos, donde la furia de alguien tan poderoso no pudiera alcanzarle. Pero antes de traspasar el umbral de su casa se serenó, pensando en los suyos. Ipu era un lugar que conocía en sus recuerdos, pero no había estado en cincuenta años más que para visitar las estelas de su madre y de su abuela, y no llegaría a ninguno de los sitios que lucubraba, tal vez ni alcanzara el puerto de la ciudad Occidental antes de que lo derribasen sus sicarios. Pensó en mandar un mensaje a la Reina avisándola del complot, pero sus enemigos lo interceptarían. Luego pensó en transmitir por su implante, o por su RLV, la conjura que acababa de destapar, que to-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

dos los que estuviesen en la misma frecuencia oyesen la verdad; mas, ¿qué es la verdad cuando su voz sería acallada por la de otros con mucho más poder y predicamento entre la muchedumbre? Su familia pagaría el que cometiese un error semejante. Estaba seguro. Todos a los que amaba sufrirían la venganza de los poderosos, y eso no estaba dispuesto a permitirlo.

Por fin, una vez hubo traspasado el portón y vio a su nieta Colmena carreteando unas piedras por el patio, supo que no huiría a ninguna parte. Aquella casa era un lugar cómodo para su Ka; un lugar conocido, familiar, un buen lugar para sentarse y esperar la muerte.

Mientras observaba a su nieta, Kamutef percibió que una fina niebla se cernía sobre su finca, y más allá de los muros parecía reptar lánguida en su dirección, como si le persiguiese.

—Hola, abuelo.

Kamutef besó a la pequeña en la frente y le expuso brevemente sus deseos. Debían marcharse todos de la casa, inmediatamente y sin demora. No iba a dar una explicación y nadie debía requerirla. Él era el cabeza de familia y tenía sus razones para obrar de aquella forma.

—Eres muy joven para morir —le dijo de pronto Colmena, y Kamutef se sorprendió no solo de la tranquilidad, casi indiferencia, con la que había pronunciado aquellas palabras la pequeña, sino de la profunda paz que transmitían sus ojos, enmarcando un rostro ovalado, de nariz suavemente cincelada y extraordinaria belleza.

—¿Cómo sabes...? —tartamudeó el viejo maestro de los jardines.

—Lo sé..., y basta. A menudo también yo me pregunto cómo, pero esa no es la cuestión, la cuestión es por qué.

—Nunca he sido bueno encontrando el porqué de las cosas —reconoció Kamutef.

Colmena se echó a reír. Despacio, como si flotase, se llegó hasta él y, poniéndose de puntillas, le acarició ambas mejillas con unos dedos suaves y cálidos. Entonces añadió:

—Ve y cumple con tu destino —su voz ya no parecía profunda o indiferente, sino que estaba cargada de determinación—. Un día, pronto, daré sentido a tu sacrificio. Te lo prometo.

Kamutef asintió y salvó la extensión de mosaicos rojos que le separaban de la entrada de su casa. No miró atrás hacia la niña. Sabía que Colmena ya se había marchado.

Empezó por dar día libre a toda la servidumbre, apremiándoles para que abandonaran sus tareas con prontitud. Las cocineras se quejaron; después de todo, la



Crónicas de la Tierra Mestiza.

comida estaba ya en el fuego. El resto se marchó con regocijo, alabando la generosidad de su señor. A su asistente le ordenó que le trajera seis jarras del mejor vino de granadas que pudiera encontrar y, luego de dejarlo sobre su mesa, obtuvo permiso para marchar con los demás. Kamutef se sentó con semblante serio y se volvió para mirar a Irta, que avanzaba con su cayado tanteando el camino, contando las horas que faltaban para que la ceguera le alcanzase. ¿Cómo los dioses podían ser tan volubles? Aún no tenía treinta años. Pero los médicos no habían dejado lugar a la esperanza. Ni siquiera la medicina Loo podía luchar contra el destino.

—Coge a tus dos hijas, a tu mujer y marcha a la ciudad —le dijo, tan pronto le tuvo a su lado, carraspeando de forma incontrolable, como siempre que estaba nervioso—. Correos una buena fiesta, con vino, actores... Coge el dinero que necesites y, si aprecias tu Ka, no regreses hasta mañana.

Irta salió a la calle y ordenó a Colmena que llamase a su madre y preparase a su hermana pequeña. Kamutef le oyó dar voces desde el patio y luego su paso cansino regresando de vuelta a su lado.

—¿Olvidaste algo, hijo?

—Quería decirlos, padre, que...

Se le quebró la voz. A Kamutef, de haber estado hablando, se le hubiera quebrado también. Desde que le adoptara, catorce años atrás, Irta le había considerado su verdadero padre. Recordaba bien a sus progenitores, aunque jamás le hubiera hablado de ellos. En realidad prefería no recordarlos, nunca le había explicado el porqué. Había sido siempre demasiado orgulloso. A Kamutef se le escapó una sonrisa. En muchos aspectos, parecía realmente hijo suyo.

—Dime, Irta, muchacho.

—Tal vez no sea muy listo, padre, pero tampoco un tonto completo. Os conozco. Y he visto antes a alguien sentarse a esperar la muerte. Supongo que el asunto no admite vuelta atrás. No quiero cometer dos veces el mismo error. Me quedaré con usted, a esperar bebiendo buen vino de granada. Veo que habéis elegido el mejor de la casa.

Irta no había hablado nunca antes de su pasado. Se lo habían presentado, sencillamente, como un huérfano. Recordó la mirada de odio de Irta aquel día, y muchas cosas que no había entendido se volvieron nítidas.

—No puedes volver atrás para deshacer un error que, por otro lado, solo existe en tus remordimientos, hijo mío. Hiciste bien la primera vez, porque eras un niño, y un niño no debe pagar las ofensas de sus mayores. Y harás bien marchando ahora, porque eres un hombre, y tienes obligaciones.

—Padre, yo...



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—Mira, Irta, tu mujer y tus hijas te esperan en la puerta. No querrás que nos vean llorar y se preocupen. Muerto a mi lado, de nada servirás a los tuyos.

Irta asintió. Debía obedecer al padre. Él era un bastón torcido y Kamutef luchaba por enderezarlo. Lo más importante, lo primero de todo, era el respeto al padre. Inclino la cabeza.

—Papá...

Se volvió e hizo una señal con la mano para que su familia se adelantase. Les vio entre las tinieblas de su mirada caminar con algunos de los criados hacia el embarcadero.

—Dime.

—Padre, yo... —Se le atragantaron las palabras, y bajó la cabeza, como pidiéndole ayuda. Kamutef no cometería el mismo error que Jeda tanto tiempo atrás.

—Yo también te amo, Irta.

Cuando su hijo desapareció, Kamutef esperó una hora y fue a abrir de par en par todas las entradas: la puerta principal, la trasera y la de los almacenes. Así, si sus asesinos llegaban antes de lo que él esperaba, no tendrían que romper nada para darle muerte. Luego volvió a su mesa, bebió su primera copa y se sintió, al fin, un poco más tranquilo. Encendió su incensario y el aroma agrio del Nlòplal impregnó la habitación. Sin muchos ánimos comenzó a cantar una vieja tonada que, no recordaba la razón, pero siempre le daba ánimos cuando se sentía desfallecer.

*La boca de mi amada es tierna flor
sus pechos manzanas que en mi pasión,
vuelven sus dedos cálices de loto,
su cabello lirio de pétalos rojos.
Juro que no es desvarío de mi corazón:
la boca de mi amada es tierna flor.*

Más tarde, cuando estuvo lo bastante borracho, abandonó cojeando la casa y marchó hacia los jardines, hacia el estanque... El lugar donde todo había comenzado, el lugar donde todo tenía que acabar.

El Superintendente de la Sala de Audiencias miró a Bakenkhonsu con pesadumbre y desgana. Tenía orden de negarle el paso, con cualquier excusa, a aquel viejo loco. Creía recordar, por otra parte, que él mismo era consciente que ya no gozaba del favor de la corte. Y además, aquel día no admitía excepciones, un día en que Pleamar no tendría un instante de descanso, con la visita de las embajadas del reino Loo del



Crónicas de la Tierra Mestiza.

sur y de los refugiados Kemit que habían sobrevivido al exterminio durante la campaña de Menkheo; y todo en un sola tarde. Así que no entendía la insistencia de aquel viejo patán seboso y engreído. Le dijo:

—Su Majestad, el Rey del Doble País, Maatkare Pleamar, me habló en estos términos: «Que nadie me moleste, que nadie traspase estas puertas si no es miembro del cortejo de mis amigos del Kush o de mis súbditos del Desierto Occidental».

—Pero este asunto supera en importancia a cualquier otro, porque...

—Su majestad Maatkare fue explícita en sus palabras, Príncipe: «Que nadie me moleste, que nadie...»

Vértice, preocupado por la falta de noticias sobre Kamutef, abandonó su puesto de vigilancia en las habitaciones de Nebulosa y bajó las escaleras a toda prisa. El asesino debería haber regresado ya de dar muerte al jardinero. Tal vez todo se había echado a perder y habría que improvisar alguna otra solución de emergencia. Camino de la planta baja, vio al viejo Príncipe desafiando al Superintendente de la Sala de Audiencias y una repentina intuición le hizo detenerse. Muchos años de servicio en aquel lugar le permitían, como a la perra Amait, distinguir el hedor de la muerte.

—¿Qué os trae por aquí, divino Príncipe? —le dijo con voz meliflua.

El anciano se volvió y Vértice supo distinguir el brillo de la ira en sus ojos. Bakenkhonsu los acalló y volvió a mirarle, ahora con expresión serena.

—Nada, en realidad, vengo a hablar a mi Rey acerca de la injusticia que se obra con mi persona. Ya no se me llama a las recepciones ni a ningún acto donde los nobles y los Amigos vayan a tomar parte. Estoy entristecido. Me consume la pena y el dolor.

Vértice supo que le mentía. Algo iba mal, aunque no sabía el qué. Pero debía marcharse. El asunto de Kamutef era más urgente ahora, o ¿tal vez no?

—Creí que este conflicto había quedado saldado la última vez que hablamos, mas, en cualquier caso, es algo que bien puede esperar a mañana.

—En realidad, no, tengo especial interés en... —Se detuvo, incapaz de encontrar las palabras o de inventar una excusa—. Exijo que se me reintegren mis derechos.

La guardia se había acercado. Eran seis, aparte Vértice y el Superintendente de la Sala de Audiencias. El Príncipe resopló, intentando pensar, recuperar terreno, encontrar una salida. Varios porteadores del cortejo Loo esperaban con nuevos regalos para el Rey y se hallaban bloqueados por la disputa. Bakenkhonsu entendió que era su única oportunidad.

—Lamento haberos incomodado con mi aflicción, señores míos, pero..., ha sido un error por mi parte. Me marchó.

Reculó unos pasos, cabizbajo. El Jefe de la Sala de Audiencias abrió el portón para



Crónicas de la Tierra Mestiza.

los porteadores. Bakenkhonsu resopló por segunda vez, inmensamente cansado. No habría una segunda opción. Para cuando empezase la recepción, Kamutef y Nebulosa estarían muertos. No le cabía la menor duda.

—¡Ah, perros traidores...!

Con un gesto felino, impensable para un hombre de setenta y cuatro años, Bakenkhonsu se dio la vuelta y echó a correr hacia los batientes de bronce, rechinando los dientes, con ojos de alucinado, como una res hacia el sacrificio.

Por un momento, creyó encontrarse de nuevo en aquel sueño en el que la serpiente Neheb se enfrentaba con él en aquella elipse de arena donde había visto a tantos caer y ser tragados por la simbio-piedra. Pero esta vez no era un sueño. Oyó los gritos alzarse más allá de las brumas.

—¡Príncipe Bakenkhonsu! ¡Deténgase!

Era la voz de Vértice, el Loo carmesí sin alma. ¿No era gracioso? Tenía el mismo rostro que Cúmulo, al que enviara a la otra orilla tanto tiempo atrás, tanto que..., ¿acaso no fue otro Bakenkhonsu el que hincó la daga en el corazón del Loo? Aquel primer Bakenkhonsu era un mar de odios e inseguridad. El de hoy marchaba hacia la muerte seguro de que, por una vez, obedecía a la llamada de la justicia. ¡Oh, no, no más mentiras de la gran Señora del Cielo! No más surcos enrevesados y sinuosos. Una sola causa. No matarían a la niña Nebulosa. Ya no se quebrarían más la Regla, las costumbres y la ley para que la poderosa Armonía pudiera pasearse impunemente por el Doble Palacio como si fuese su dueña. A decir verdad, el Rey del Doble País ha sido siempre, desde tiempos inmemoriales, una mujer. ¡Puta Armonía!

Apartó de un manotazo al Superintendente de la Sala de Audiencias, que rebotó contra uno de sus sagrados portones, estrellándose luego contra el primero de los elementos de la guardia, cayendo ambos en un amasijo de brazos y piernas retorcidas.

Los enviados del reino Loo del sur huyeron despavoridos, dejando en el suelo montones de oro y de turquesas, especias y terebinto. Bakenkhonsu saltó por encima de los obstáculos como si tuviera dieciocho años, giró al llegar al primer batiente. ¡Podía conseguirlo! Pero algo le detuvo en seco. Una columna de músculos de rubí le barraba el paso.

—¡Morirás aquí y ahora! —bramó el monstruo.

—¡No me impedirás cumplir con mi destino, Cúmulo!

Porque Cúmulo es Vértice, porque Cúmulo murió desarmado en un recodo oscuro de la Avenida Oeste, porque Vértice no lleva un palo y un punzón, sino el largo sable amplificador de la infantería Meshaw. Bakenkhonsu se inclinó para recoger la lanza láser del guardia caído junto al Superintendente. Ambos sonrieron.

Se oyó una voz. El presentador les animaba desde su tarima:



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—A combatir.

Aquella voz había salido de su propia garganta y, mientras ladraba el inicio de la contienda, se preparó para asestar el primer golpe. Falló, pero Vértice hizo lo propio con su arma y la hoja silbó por encima de su cabeza. El Loo, una vez frenada su acometida, contempló incrédulo cómo el anciano Príncipe arremetía con su puño izquierdo y golpeaba su mandíbula con una fuerza descomunal que de cuajo le arrancó el implante branquial y lo mandó al suelo, escupiendo una bilis verde-marrón oscuro.

—Así que quieres jugar, gordo seboso. Pretendes que termine con tu vida, ¿no es eso? —musitó Vértice desde el suelo—. Quieres suicidarte valiéndote de mi espada de combate. Ahora lo veo claro.

Bakenkhonsu negó con la cabeza.

—Mi misión y mi vida no concluirán jamás, Cúmulo. Jamás.

Vértice no sabía quién demonios era ese tal Cúmulo, pero no le importó. Entrechocaron sus armas en dos ocasiones hasta que la muñeca del humano, poco acostumbrada a aquellas lides, cedió y su lanza se quebró por la mitad. Vértice pensó que había llegado su momento y cargó con su sable amplificador dibujando en el aire espirales de fuego que se extinguieron en una humarada y les cegaron a ambos. Cuando por fin descargó la hoja sobre su adversario, descubrió que este ya no estaba donde debería, que se había encogido sobre sí mismo y, casi en cuclillas, estiraba una pierna para estamparla con todas sus fuerzas en el redondo abdomen del Loo, que chilló como si todos los demonios le estuvieran agujoneando y volvió a caer hacia atrás, perdiendo su arma, que se alejó dando mortales y sinuosos molinetes pasillo abajo.

Bakenkhonsu no perdió su oportunidad y se abalanzó sobre su enemigo, esquivando un puntapié en la entrepierna que, de alcanzarle, hubiese terminado a buen seguro con todas sus posibilidades. De improviso, el Príncipe cambió de idea, dobló las rodillas y cayó cuan largo era, hincando su codo sobre el abdomen y el plexo solar de Vértice, que, viendo su reacción anterior, imaginó sería uno de sus puntos flacos.

No fue necesario nada más. Algo en el vientre del Loo se había quebrado con un ruido sordo. Vértice soltó un alarido de dolor y escupió un torrente de sangre por la boca. Luego comenzó a patallar, totalmente fuera de control y murió a los pocos segundos presa de espantosos dolores.

Cuando Bakenkhonsu se dio la vuelta, vio al resto de la guardia apostada a su alrededor. Cinco hienas sedientas de su sangre que no le iban a permitir cumplir finalmente con su destino. Supo que todo había acabado. ¡Maldita Tierra Mestiza! Recogió su lanza quebrada del suelo, la hizo girar con destreza y la hincó en el pecho del que cerraba el grupo a su izquierda. El pobre cayó de rodillas, con el cuerpo atra-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

vesado. Bakenkhonsu no pudo sacar el asta, enterrada a fuego en sus entrañas y ni siquiera intentó volverse. La primera estocada le alcanzó en medio de la espalda y jirones de su carne estallaron en un dolor que no es dolor, en una llama fugaz que se extingue en la nada.

Luego sintió las cuchilladas abriéndose paso en su ser, una tras otra, rasgando, rompiendo, quebrando, haciendo brotar, hendiendo caminos de fuga para sus humores, su aliento de vida, sus últimas fuerzas.

Al poco, dejó de sentir y pudo, finalmente, descansar.

11

Las plañideras pasaron a su lado ensayando su papel, lamentándose, tirándose de los cabellos, arrojando puñados de arena por encima de sus cabezas. Iban camino de un entierro y discutían la manera más efectiva de cumplir sus deberes. Una opinaba que no había nada más gratificante para los allegados que un jirón de cabellos rojos de sangre, la otra opinaba que en la desesperación de los alaridos estaba la clave de una buena procesión, que la familia agradecía más unos buenos gritos de dolor a que nadie se hiciese cortar a pedazos como Osiris en manos de su hermano Seth. Cuando la discusión subió de tono, el asesino esquivó a las mujeres de mala gana y torció hacia el muelle.

No mucho más allá observó aliviado a los criados de Kamutef alejándose con júbilo camino del embarcadero, donde las chalanas de pasajeros les llevarían a la Ciudad Oriental. Algunos tenían sus propias aerobarcazas y vio, en una de ellas, montar a Irta y a su familia. El hijo estaba ceñudo, casi lloroso, pero no sabía más de lo que siempre había intuido sobre él, de eso estaba seguro. Así pues, Kamutef había resultado lo que parecía y algo más, un hombre de honor que no pensaba sacrificar a nadie por una indiscreción que no tendría que haber sucedido. Así pues, un nuevo crimen que añadir para el día en que compareciese en la Sala de las Dos Verdades.

Llevaba consigo a un grupo de hombres de su confianza a los que mandó retirarse. Cuantos menos supiesen la verdad, mejor. Al fin y al cabo, Kamutef había elegido el silencio.

Mientras avanzaba por la avenida que desembocaba en el Doble Palacio, las gentes inclinándose a su paso, el asesino notó que sus manos le temblaban. El peso de la culpa acabaría con él, más tarde o más temprano.

Anochea.

El alimoche que cerraba el grupo picó abruptamente hacia el suelo, dejando atrás a su bandada. Había visto algo, pero ese algo había desaparecido. Planeó hacia la de-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

recha, alejándose sin prisas. Era un espécimen mayor, un buscador avezado, se equivocaba pocas veces. Esta vez se había equivocado. Y, sin embargo, estaba seguro de haber sentido la carne muerta, llamándole, allí, muy cerca.

—¡No, así no!

Kamutef había extendido su mano derecha intentando asir el vacío, y sus dedos se cerraban ya cerca de los capullos, acariciando con la imaginación sus amarillos pétalos. Se volvió hacia su madre y sonrió; de entre los arbustos emergía pálida y luminosa su bella dama, y su faz desprendía mil aromas de aceites perfumados, y sus palabras eran como ríos de vino, que vuelven ebrio al que escucha y loco al que recuerda:

—Los nenúfares y los lotos blancos son los espíritus predilectos de Amonrasonther. Los usurpadores extranjeros deben ser destruidos. No dudes, destruye al extraño de flores amarillas, hijo, y deshaz el nudo que nos mantiene a todos prisioneros.

Obedeció. ¿Quién no obedecería a una madre? Y rasgó, partió, dio muerte al Nlòplal con flores como llamas y aliento de quemadura. Dejó sus restos esparcidos flotando sobre las aguas, alejándose hacia los lotos azules, que terminarían por devorarlos.

Salió del estanque y se sentó a esperar en la plataforma del embarcadero. Al poco tiempo, Luminosa-nova vino a su lado y le tomó del brazo. Como unos niños, comenzaron a chapotear con los pies.

Medianoche, aparecida de la nada frente a ellos, flotando mágica entre las filigranas, les miró dulcemente a ambos, primero a uno y luego al otro, con sus enormes ojos verdes como la miel. Le habló a Kamutef, su querido nieto:

—Esta noche, Senra, tu padre, se me apareció en sueños. Me dijo que hoy vendríamos al estanque a cumplir con el destino. Me dijo que pronto nos reuniríamos con él, y que no temiéramos, pues estaba escrito hacía mucho en el paño de las Háthores que acudiríamos al encuentro del ser amado y nos alcanzaría la paz y la unidad con los dioses.

El asesino fue siguiendo a distancia a su víctima hasta el estanque. Llegó a tiempo para ver cómo el Maestro de los Jardines destruía su más preciado trofeo, el Nlòplal amarillo, y se tumbaba a esperar su final, tranquilo, con alguna copa de más, sus pies abriendo surcos de agua en el estanque, metáfora de los trillados caminos del río de la vida.

Su acólito, Vértice, no había llegado aún. Le había transmitido por su implante el lugar donde se hallaba Kamutef y sabía que lo había recibido, pero no obtuvo respuesta. Solo un gemido, como un estertor de muerte. Lo conocía lo suficiente para saber que debía existir alguna razón perentoria que se lo impidiera. ¿Les habrían



Crónicas de la Tierra Mestiza.

descubierto? Meneó la cabeza. Eso ya no importaba. Aunque lo hicieran, Nebulosa estaba condenada, el nudo se había vuelto del revés.

Pero si les habían descubierto, de nada servía acabar con la vida del Maestro de los Jardines. ¿O sí? ¡Bah! No iba a condenar su alma por algo que ni siquiera pudo terminar.

Tensó la cuerda, una cuerda nudosa de marinero. Avanzó hasta ponerse a su espalda. Kamutef silbaba una tonadilla.

No fue él quién habló. Fue una voz desde el fondo de su alma.

—Debes entenderme, Maestro.

—No hay nada que entender, noble Neheb.

—Sí lo hay. Nebulosa no podrá Reinar.

—¿No?

—Claro que no. Lo que Pleamar no entiende es que debe escogerse el Heredero por sus capacidades, no por ser hombre ni por ser mujer. Mi niña era un ser tierno y delicado. Una buena esposa. Solo nace una Pleamar cada cien generaciones.

—Pero es vuestra hija...

—¡Oh, dios, Kamutef! ¿Crees que lo he olvidado? Mas cuando el Rey la haga coregente nuestro mundo desaparecerá. Intrigas, asesinatos, guerra civil. Nadie la aceptará en el Trono de los Vivientes cuando Pleamar pase a la otra orilla. Menkhep tiene a la corte de su lado. Lo intuimos todos. Será el Horus más grande de toda la historia de la Tierra Mestiza. Así que debe Reinar. Las ambiciones personales deben plegarse ante esa verdad única.

—Vaya.

—Lo he hecho para salvaguardar la Armonía.

La Armonía. El verdadero Soberano de palacio. Todos llevaban generaciones asesinando por ella. Y todo para nada. Nadie sabía qué demonios era esa cosa inasible que todos parecían obedecer, aun cuando sirvieran a intereses contradictorios.

—Me cago en tu Armonía, Neheb —le espetó Kamutef, con los labios fruncidos por la ira—. Los sacerdotes deberían pintarse el signo Maat en el culo en lugar de en la lengua o en la frente. ¿Qué demonios es la Armonía? ¿Algo que te obliga a envenenar a tu hija, traicionar a tu esposa y condenarte al Lago de Fuego? Deja que Nebulosa reine y permanece a su lado, deja que los nobles se levanten en armas y coge tu sable, lucha por tu hija y por tu esposa, y muere como un hombre. Y a la Tierra Mestiza, la Armonía, la Regla, la justicia, los preceptos, los sacerdotes, los hombres y las mujeres, los Nlòplales amarillos..., todo, ¡por el falo de Min!, que se vaya a la mierda. Que te recuerden como a un traidor y como a un perro, que se olvide tu nombre para siempre, mientras tú pasas el resto de la eternidad con tu familia viendo cómo se pone el sol en el lugar de los justos



Crónicas de la Tierra Mestiza.

y de los puros de corazón. Porque Osiris no te negaría la entrada a su paraíso. Estoy seguro.

—No has entendido nada, jardinero. El Doble País, nuestras instituciones, nuestra supervivencia, debe preservarse a toda costa ahora que debemos abandonar este planeta en unos años porque...

—No hay nada que entender, cobarde. Haz lo que has venido a hacer... y cállate.

Le cegó la rabia. Neheb lazó el cuello de su enemigo con la cuerda, y apretó, apretó, hasta que los brazos de Kamutef dejaron de hacer aspavientos y cayeron flácidos a los lados.

Entonces rompió a llorar y a lamentarse, como enloquecido. Se arrancó los cabellos a puñados, se arrojó puñados de arena a los ojos y empezó una ardua discusión consigo mismo acerca de qué resultaba más conveniente, qué agradaría más a las masas de nobles sedientos de Armonía: un jirón de cabellos cubiertos de sangre o unos alaridos tan desesperados que hiciesen temblar a los propios muertos en sus sudarios.

Así encontraron a Neheb, Padre de los Alimentos y Supervisor de Todos los Trabajos del Rey, el primer turno de guardia de la noche, en la Hora Brillante, junto al cadáver, frío y deslavazado, del Maestro de los Jardines.

12

Codiciamos lo que no está a nuestro alcance —decía la sombra—. Atesoramos lo que no podremos custodiar. Amamos lo que no nos ama. Tenemos lo que nos dejan que tengamos. Somos lo que nadie quiere ser.

—¿Qué eres tú, pequeña Reina-consorte? —le preguntó la sombra.

—¿Yo?

De alguna manera, y aunque no la comprendiese, sabía la contestación. Un poder superior a sus fuerzas abrió su boca, movió su lengua, le impelió a hablar.

—Yo soy una posibilidad.

El aullido del viento despertó a Nebulosa. Soñaba en la Sala de las Dos Verdades, en la perra Amait encorvada, presta a devorar su alma. Los cuarenta y dos Asesores habían dado a Osiris su veredicto: culpable. Uno de ellos, convertido en sombra, le interrogaba antes de que se leyese su condena.

—La fiebre ha subido, Majestad.

¿A quién hablaban los médicos? A su madre, Pleamar, Soberano del Alto y el Bajo País. Seguramente, pero no podía verla, las brumas se lo impedían. Alguien lloraba,



Crónicas de la Tierra Mestiza.

muy cerca. ¿Su padre? ¿Su nodriza? ¿Los sirvientes? En su corazón, todo está confuso.

—Salvadla, os lo manda vuestro Rey.

Entonces, la perra Amaid se lanzó sobre ella y la arrancó de su lecho. Esperó, sintió, paladeando el instante de los instantes, ¿era esto la muerte? Un suave balanceo, como navegando por el Gran Río. Un bogar eterno. ¡Pero no! Alguien le arrastraba por una sala oscura y tenebrosa, y no era la perra Amaid quien conducía sus pasos, se había quitado la máscara.

—Hola, Nebulosa, pequeña.

—Hola, Kamutef. ¿Dónde estamos? ¿Dónde me llevas?

—No vamos, querida, volvemos.

Y vio entonces a muchos que conocía, a su tío Bakenkhonsu, a Vértice, a su ama de cría Parábola, a su abuelo Hapu, a su abuela Solsticio, a la Señora del Cielo, la gran Constelación, y también a otros que recordaba por estatuas y relieves, Amenmosis y Uadjamosis, los hermanos de su madre, Tutmose, Rameses, Telaraña, y muchos otros, un hombre con los emblemas de Intendente de la Gran Casa, ocho jardineros aún con sus utensilios de trabajo en la mano y mojados de la cabeza a los pies, y muchos, muchos más. Pero no vio a Osiris ni a sus cuarenta y dos Asesores. Los dioses de la Tierra Mestiza no habitaban aquel lugar, y la Sala de las Dos Verdades era solo un escenario que escondía el verdadero dios, y Nebulosa tuvo miedo, y el miedo de todos los inquilinos de aquella farsa no le reconfortó.

—El nudo se ha deshecho, esto ya no tiene razón de ser —dijo, desde el fondo de su alma. ¡No! Era, sencillamente, su alma la que hablaba.

Kamutef se volvió a la concurrencia.

—¿Veis?, al fin llegó la que nos ha de liberar.

—¡Pues que lo haga! ¡Que nos libere! —rompieron a chillar todos en una sola voz.

—¿Pero cómo voy a liberaros?

—¿Pero cómo?

—¿Qué dices, mi pequeña?

Pleamar zarandeo a su hija, presa de la desesperación, intentando arrebatárle ese último estertor para que regresase de nuevo a su lado.

—No se esfuerce, Majestad. Ha muerto.

El Rey, roto de dolor, apunto estuvo de levantar la mano contra su médico, que le miraba aterrorizado; pero entonces pensó en la vida, ese vehículo sagrado de eterni-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

dad que nadie tenía derecho siquiera a empobrecer, y que a él/ella le había hurtado una redoma de veneno, un corazón traidor y cobarde que ardería para siempre en el Lago de Fuego.

—Dejadme a solas con mi hija.

Atardecía cuando Pleamar y Nebulosa se tumbaron juntas en el lecho para hablar de las muchas cosas que harían cuando la muchacha fuese un poco más mayor, de las batallas que acometerían, de la jornada gloriosa en que la nombraría corregente, de los nietos que le daría, de todas las cosas buenas que no debían perderse.

Pleamar hablaba solo y reía y lloraba, deseando que los dioses se la llevaran muy lejos, a la otra orilla, donde su hijo sin duda la estaría esperando.

Y el viaje espectral de Re por los abismos se hizo noche eterna.

13

Desde su creación, la SoGen nunca había intervenido directamente en los asuntos del estado. Ocultos, en la sombra, habían provocado ciertos sucesos, ocultado otros, maquinado siempre, pero nunca hasta ese día se atrevieron a actuar sin el embozo de las sombras. Colmena, por primera vez en la historia, ordenó que el Doble Palacio fuese tomado por los acólitos. Pacíficamente, tres mil de ellos accedieron por los cuatro puntos cardinales luego de sabotear los campos de fuerza. La guardia, formada apenas por un centenar de efectivos, no opuso resistencia.

Pleamar se despertó cuando, desapacible, la luz del amanecer le estalló en pleno rostro. Se había quedado dormida mientras velaba el cadáver de su dulce niña. Conteniendo el llanto, ordenó al último sirviente humano de la casa que le trajese una cesta de su fruta, y este así lo hizo. Al terminar, sin embargo, en lugar de retirarse, como era preceptivo, se quedó de pie contemplando a su Rey mientras carraspeaba incontinentemente.

—¿Y bien? —le dijo Pleamar, viendo que el sirviente no se atrevía a decir palabra.

—Nadie quiere ser el primero en decíroslo, mi Rey. En el estado en que os encontráis, luego de perder a una hija... —se detuvo, como si dudase.

—¡Proseguid de una vez! —restalló Pleamar.

—Deberíais asomaros a la ventana y comprobar que tal vez las cosas en palacio han sufrido algún cambio mientras velabais a vuestra hija.

Pleamar se dirigió a la terraza y caminó lentamente entre los especímenes que había plantado Kamutef horas antes de morir. Dado lo temprano de la hora, espera-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

ba que los jardines, a sus pies, estarían desiertos; pero bullían de Loo en cueros, arracimados en torno al estanque.

¡La SoGen!

—¡Pero qué demonios!

Al tratar de salir de las habitaciones de su hija se encontró con una docena de acólitos armados hasta los dientes que le dieron el alto y los buenos días como si no sucediese nada de particular.

—Exijo ver a Colmena —dijo sencillamente el soberano.

—Ella os espera —dijo uno de los novicios.

Así, el Rey Pleamar supo que acababa de convertirse en prisionera en su propio palacio. Y eso la puso terriblemente furiosa.

—¿Te has vuelto loca, mocosa? —Pleamar no midió las palabras, ni se paró a pensar en el peligro que corría al pronunciarlas. Los acólitos que la custodiaban la miraron recelosos; Colmena, por su parte, sonreía.

—A veces, en la vida, hay que tomar decisiones—dijo la niña, muy tranquila, mientras Pleamar no salía de su asombro—. Presumo que acaso por ello Precesin y el Consejo me entregaron años atrás el poder que legítimamente les correspondía. No creas, mi Rey, que la de hoy ha sido una decisión fácil. Todo lo contrario. Mi abuelo murió hace apenas dos días y ahora mismo mi familia lo está velando como tú cuidabas del cadáver de la Princesa Nebulosa. No pude hacer nada por salvarlos. Carecía de medios, de hombres, de capacidad de decisión. Ello me hizo pensar que ahora, más que nunca, necesito ser capaz de actuar autónomamente, por así decirlo.

El alma del Rey sintió que la ira la abandonaba. Con aquel pequeño monstruo de nada servirían los gritos y las amenazas. A ella la gobernaba la razón, y solo con la razón se pondría fin a lo que fuera que estaba sucediendo. Así que tomó asiento en el embarcadero, justo al lado de la rectora de la SoGen, que le ofreció distraída un pan de higos. Pleamar lo rechazó y Colmena escogió el primero de una bandeja y le dio un mordisco. Mientras la niña masticaba el primer pedazo, el Rey volvió la vista hacia el estanque, al que una marea de acólitos vaciaban valiéndose de ululantes robots excavadores. Las plantas habían sido arrancadas y yacían muertas o moribundas a la orilla, secándose lentamente bajo los rayos del sol.

—Así que al final no fueron los hombres, sino una niña quien acabó con mi estanque y el sueño del Nlòplal amarillo, de un reino gobernado por mujeres Loo —dijo el Rey.

Colmena, una vez más, sonrió.

—No hay mujeres Loo, Pleamar, ni machos humanos. Tú eres mestiza y yo tan



Crónicas de la Tierra Mestiza.

mestiza como tú, aunque una combinación de genes dominantes y recesivos me hayan dado este aspecto de hembra solo-humana. Además, ¿de qué sirve que las mujeres gobernemos si, como tú, hemos de ser convertidas en hombres por esos descreídos sacerdotes de Amón? Constelación, que, no me cabe duda, habló con los Moribundos, no comprendió lo que le explicaron, o lo interpretó a voluntad dando rienda suelta a los deseos más profundos de su corazón. El Nlòplal no es un medio para conseguir objetivo alguno. Él es la clave de nuestra supervivencia.

El estanque casi estaba vacío ya y la tierra de debajo era visible por fin mientras una gigantesca mano excavadora, gobernada por un androide, comenzaba a horadar el suelo.

—¿Y eso? ¿Por qué él Nlòplal es tan importante? —inquirió Pleamar.

—Hace unos años, mientras visitaba las Tierras Baldías, pregunté la razón por la cual solo una cuarta parte de este planeta puede albergar vida —comenzó Colmena, tras una pausa—. No entendía cómo era posible que tres cuartas partes de nuestro mundo sean un desierto sin un solo ser vivo, planta o un maldito oasis en medio de la arena. Nadie supo decírmelo.

—Y tú lo investigaste.

Colmena asintió.

—Más que investigar, pensaba en ello a menudo. Leía informes; viejas hipótesis de trabajo desechadas... Contra más descabelladas, mejor. Una noche tuve un sueño. Me vi reflejada en las aguas del estanque del Dominio de las Esposas del Dios y se me apareció la Divina Constelación. Estaba triste. Desde su muerte, decía, se hallaba atrapada en un lugar extraño y aterrador: un falso teatro, lo llamaba ella, donde parecía esperar a algo o a alguien que los liberara. Y hablo en plural porque al parecer estaba en compañía de cientos y cientos de otros condenados. Al despertar, fui caminando hasta el embarcadero, uno casi idéntico a este en el que nos hallamos, y, por un instante, vi a la vieja señora, rodeada de muertos, animando a unos, consolando a otros, mirándome con ojos tristes y pidiéndome ayuda. Al cabo, los espectros desaparecieron.

—Los fantasmas son típicos de nuestras creencias —intervino el Rey—, y muchos los ven aun siendo descreídos, pues es el fruto de nuestra educación. Ponemos comida a los difuntos en sus estelas, juramos que no los olvidaremos y ellos, así, según dice los antiguos escritos de los Sabios Inmortales, no vendrán con el alba a acusarnos de ser negligentes con su Ka.

Colmena golpeó el suelo con su pequeño pie y al cabo lo estiró hacia el vacío que se abría voraz más abajo, desaparecidas las aguas del estanque.

—No es tan simple, Pleamar. Los fantasmas existen y los árboles de Nlòplal son mucho más de lo que parece. Porque, aunque no lo parezca, ambos misterios son



Crónicas de la Tierra Mestiza.

uno solo.

El brazo excavador había dado con algo bajo toneladas y toneladas de piedra. Un grupo de acólitos descendió entonces y empezaron a cavar en torno al objeto recién hallado, que a Pleamar se le antojó la parte superior de un cilindro enorme, de destellos metálico. Colmena prosiguió:

—Al día siguiente de la visión mandé dragar el estanque de nuestro dominio, como ahora hago con el vuestro. Hubo reticencias, claro, pero Precesin me apoyó. Aún tiene más poder que yo misma, aunque se precie de ocultarlo.

—¿Y qué encontrasteis? —preguntó el Rey, súbitamente interesada.

—Lo mismo que encontraremos aquí. Una explicación. A todo, a nuestra civilización entera.

Pleamar la cogió de un brazo, tierna, sumisa.

—Quiero saberlo, Colmena.

La niña sonrió una última vez y luego su semblante se tornó súbitamente pétreo, sin rasgos, como si no fuese su ser real, sino una entidad traída por los dioses para guiar a los mestizos hasta la última etapa de su evolución.

—Si recuerdas, mi Rey, este planeta fue transformado para los humanos. Es un ecosistema hecho a imagen y semejanza de su lugar de origen: el antiguo Egipto. A vosotros, tan solo, os regalaron los estanques. Construyeron nada menos que ciento cuarenta y siete a lo largo y ancho de la Tierra Mestiza. Algunos, como este, son enormes; otros, los más cercanos al océano, mucho más pequeños. Llegando a las Tierras Baldías y al desierto occidental, desaparecen.

¿Lo entendéis? ¿No? Crearon un ecosistema cerrado —transmitió Colmena para que solo el Rey pudiera oírla—. Una hermosa trampa para medio millón de almas mestizas.

¿Cómo?

Sencillo, en realidad. Las plantas no pueden absorber el nitrógeno del aire a menos que haya sido transformado en amoníaco por las bacterias que suelen vivir en sus raíces. Sin que el amoníaco haya sido fijado por ellas no puede haber plantas multicelulares ni animales superiores, que se alimentan de estas. Nuestro planeta fue creado con un déficit de estas bacterias y no puede albergar vida. Las Tierras Baldías no son la anomalía. Lo somos nosotros.

Pleamar pareció entender súbitamente.

Y algo que habita bajo los estanques hace nuestro parte de este mundo habitable.

Eso es. Y hay más. Algunas algas marinas, en los mares, hacen la misma función que las bacterias de las que te hablaba. El Nlòplal es una maravilla de la ciencia Moribunda, que imita a estas algas: es un árbol y a la vez una mónera, y también una



Crónicas de la Tierra Mestiza.

planta acuática. Lanza a la atmósfera las bacterias que fijan el amoníaco, al igual que hicieron los estanques durante generaciones. Los Moribundos calcularon que en este estadio de nuestra evolución podríamos alcanzar la luna y suplir con los árboles la maquinaria que hay bajo los estanques, pues esta se está apagando.

¿Apagando? ¿Quieres decir que nuestro mundo podría tornarse un desierto como las Tierras Baldías?

No, mi Rey. Pero solo gracias a que escuchaste las sabias palabras de Constelación y ahora el Doble país rebosa de árboles y de incienso de Nlòplal. Además, la maquinaria aún no se ha apagado salvo en algún caso particular. Calculo que le quedan unos veinte o treinta para terminar el proceso. Cerca de donde se produjeron grandes batallas, cerca de las necrópolis o en lugares donde han tenido lugar epidemias, la capacidad del estanque ha sido rebasada, pues este necesita cierto cupo de almas para terminar su programa.

Esta vez Pleamar no quiso preguntar a qué se refería la niña. Sabía que esta no tardaría en terminar de mostrarle cuáles habían sido sus descubrimientos. Al fin y al cabo, había tomado el Doble Palacio para abrir los ojos a su Soberano. Ahora lo veía claro. Cualquiera otro estanque les hubiese servido para corroborar que lo que habían descubierto en el Dominio de las Esposas del Dios no era casualidad. No, habían venido para que ella fuese testigo de la verdad con sus propios ojos. Para arrebatarse sus sueños de una civilización Loo y convencerla que el enemigo no eran los humanos y sus ridículas costumbres ancestrales, sino los Moribundos que seguían controlándoles y gobernando en secreto sus vidas a través de aquellos ingenios bajo las aguas.

—Mira, Pleamar —dijo Colmena, volviendo a usar su voz—, la parte superior de la máquina está al descubierto. Ahora, Precesin pondrá sus manos sobre el metal. Verás algo de lo más curioso.

En efecto, el Rey no tardó en distinguir al viejo rector entre un mar de acólitos, obedeciendo las órdenes que sin duda Colmena le hacía llegar mentalmente a su implante branquial. Cuando Precesin puso sus manos en el frío artefacto, Pleamar sintió una energía crepitando en el aire. El viejo rector parecía estar hablando con algo o alguien y Pleamar percibió por un instante un piélago de voces en su cabeza.

—Es el truco, se lo enseñé yo —le aseguró la niña—. El implante branquial sirve para muchas más cosas de las que fue concebido. Pronto lo perfeccionaré y..., bueno, esa es otra cuestión.

—¿Qué truco? No veo nada —dijo el Rey.

—Pero Precesin sí. Esos ojos compuestos que Constelación hizo implantar a los más altos cargos de nuestra organización sirven precisamente para esto, para ver fantasmas.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

De pronto, Jeda, el viejo maestro de los jardines, se apareció ante ellas.

Una buena elección, Precesin —transmitió Colmena.

El Rey estaba boquiabierto.

—Pero, tú estás muerto... —balbuceó.

—Y tú viva —repuso Jeda—. Si uno de nosotros tiene que echar en cara algo a alguien tendría que ser yo.

Pleamar se volvió hacia Colmena.

—Está muerto —repitió.

Colmena sonreía satisfecha.

—Te dije que no había fantasmas. Muchos humanos y Loo los han visto y, especialmente, aquellos que poseen la vista de veintiséis lentes de la SoGen, que permite detectar el movimiento de forma miles de veces más precisa. Porque no son espectros ni seres sobrenaturales, Pleamar, y se mueven como nosotros, solo que demasiado rápido. Yo los llamo apariciones eidéticas, porque en parte lo que vemos lo recreamos con los recuerdos que guardamos de Jeda en nuestra memoria, pero en parte es real, en particular, la esencia, el alma, que está atrapada ahí abajo, pero toma forma gaseosa, por momentos casi sólida, gracias a alguna suerte de energía Moribunda cuyo proceso último desconocemos. Por decirlo de alguna forma, la maquinaria de ahí abajo es, aparte de un fijador de amoníaco, un gigantesco colector. Los ciento cuarenta y siete estanques forman una red pensada para atrapar aproximadamente un millón trescientas mil almas a lo largo de doscientos cincuenta años. Son cifras teóricas teniendo en cuenta las dimensiones de cada estanque y su ubicación, pero creo que es una buena aproximación.

Acto seguido, Colmena volvió a transmitir por su implante:

Antes de que me preguntes el porqué de todo esto te diré que no lo sé. Los Moribundos necesitaban todas esas almas, y barrunto que dentro de treinta años volverán a por ellas. De hecho, nos transportaron a este mundo para llenar sus colectores. No pretendían salvarnos. Ninguna raza tiene unas motivaciones desinteresadas o filantrópicas, eso ya lo sabíamos, ¿no es verdad?

—Los Moribundos tienen presos a todos cuantos han muerto desde que llegamos a este planeta —maculló furiosa Pleamar—. Es una aberración. ¡Mandaré excavar y destruir todos los estanques del reino y...

—No podemos hacer eso —le interrumpió Colmena—. Estoy casi convencida que para evitar una reacción semejante por nuestra parte, fue por lo que no terminaron la terraformación y nos hicieron dependientes de la fijación del amoníaco. Si destruimos los colectores de almas, nuestro ecosistema sufrirá un daño irreparable. El Nlòplal no basta aún. Para cuando sea suficiente y los árboles de flores amarillas se hayan desarrollado por todo nuestro planeta, los Moribundos ya habrán regresado y



Crónicas de la Tierra Mestiza.

nos pedirán su pago: casi un millón y medio de almas.

La Reina recobró, una vez más, la calma.

—¿Se las daremos?

—De momento, reconstruirás este estanque como yo hice el mío del Dominio de las Esposas del Dios y les dejaremos retomar su trabajo. Luego, investigaremos su tecnología y comprobaremos si podemos o no liberar a nuestros antepasados de su prisión. Dentro de treinta años, ya veremos lo que conviene hacer o no hacer. Hasta ese día, espero que sigamos regularmente en contacto.

Colmena le dio la espalda y, con paso meditabundo, se alejó del embarcadero. Al volver la vista, durante un efímero instante le pareció ver a su abuelo Kamutef y a la princesa Nebulosa cogidos del talle, nadando juntos bajo las aguas.

—¿Me lo has dicho todo? —inquirió una voz a su espalda.

—Naturalmente que no, estúpida —repuso Jeda, que había asistido a toda aquella conversación de pie observándolas con desaprobación—, te ha dicho lo que debías saber... y punto. —Al cabo añadió, pensativo—: Ojalá ni tú ni yo sepamos nunca todo lo que pasa por la cabeza de esa niña.

Colmena se alejaba ya camino de las puertas del Doble Palacio. Tras ella, Precesin y tres mil acólitos de la SoGen partieron arrastrando los pies, lentamente, con la satisfacción del trabajo bien hecho y el deber cumplido, camino de su casa, cantando plegarias y letanías a la diosa leona Pajet y su Señora del Cielo, dama Constelación.

14

—¿Pero cómo voy a liberaros, Kamutef?

El viejo jardinero tomó en sus brazos a Nebulosa y, unidos como un solo ser, se elevaron mágicamente del suelo e iniciaron el último viaje: muro del este, arriates, patio de juegos, templete de poniente y, al fin...

Nebulosa se dejó llevar, suavemente, en un sueño sin sueño, hasta el nacimiento de las aguas. La superficie del estanque brillaba bajo la luz del mediodía, centelleante, invitándoles con su llamarada. Le pareció ver a una joven que les miraba con unos ojos brillantes mientras planeaban un último trecho antes de caer en picado. Era la niña Colmena.

—El estanque es el principio de todo. La primera ligadura del nudo. Mi nieta lo sabe y por ello ha venido a despedirse —dijo el Maestro de los Jardines.

Y se sumergieron en él; bucearon en su profundidades, bajo las plantas marginales y los especímenes flotantes, bajo los ladrillos que regulan la altura y los ejemplares acuáticos, bajo las piedras del fondo, a través de la tierra limosa para, por fin, ca-



Crónicas de la Tierra Mestiza.

er violentamente al lugar del destino: una isla de lapislázuli, rodeada de brumas, suspendida en el limbo. En su centro, el sagrado Persea, el árbol celestial, enmarcado entre los dos obeliscos del tiempo. De la última de sus ramas pende un huevo dorado, titilante, balanceándose a un lado y al otro entre los nombres de todos aquellos que han gobernado por derecho el Doble País, en cada hoja, los símbolos de un soberano.

—Aquí nace el último Nlòplal amarillo. Al que yo di vida para vosotras, aunque luego lo destruyera. Y lo hice crecer venciendo un peso enorme, el peso de la costumbre y los preceptos, un peso que ya nadie podrá, jamás, levantar en el futuro.

Y el huevo cayó de su rama, se abrió y ambos pudieron ver lo que escondía. Y vieron a Siptah, al legendario Rey Tao, a Solsticio y a Hapu, y a todos los Reyes y las Reinas desde el principio de los tiempos en el lejano Egipto, estirando de las raíces del Nlòplal para que se hundiera. Los tiradores se dividían en tres grupos, como las tres grandes divisiones del ejército, y llevaban sus estandartes: Ptah, Re y Amón, y al frente de cada una desfilaban los sacerdotes con sus libros y sus tradiciones, los maestros con sus convencionalismos y su Rollo de la sabiduría, los soldados con sus manos sucias de sangre y, tras todos ellos, los campesinos, hundidos en el barro, incapaces de hacer un gesto, atrapados... Y todos tiraban del tallo del gigantesco Nlòplal para hacerlo regresar al olvido.

—Maestro...

De pronto, el Maestro de los Jardines tenía el aspecto de un Horus Viviente, nuestra Majestad, Vida, Salud y Fuerza. Vestía falda corta plisada, delantal y una vaporosa camisa del mejor lino; en sus manos el flagelo y el cetro Uas; y en su cabeza, la corona blanca y roja, símbolo de la unión entre humanos y Loo.

—Maestro, vos...

—No temas, Nebulosa. Las historias deben terminar para poder empezarse. Una vez, no hace mucho, los dioses me crearon a su imagen. Vosotros, los poderosos, creéis que el universo está a vuestra merced, que el cielo y la tierra fueron creados para entreteneros. Pero no es así.

El huevo había dejado de moverse, de temblar. Ya no era dorado, sino transparente, como las aguas del estanque que habían dejado atrás. Parecía aguardar, expectante.

—Este lugar, este mundo fue creado para que yo pudiera habitar en él. Para que Kamutef, el verdadero heredero al Trono, hijo de Senra y nieto de Constelación, contemplara al Rey Pleamar luchando por lo inalcanzable. Luego vinieron los Nlòplales, Constelación, Bakenkhonsu, Siptah..., y también tú, mi pequeña. Ya he cumplido mi parte y los dioses no desean ver más. Debemos cumplir con el destino.

Nebulosa descubrió que comprender y creer eran, después de todo, la misma



Crónicas de la Tierra Mestiza.

cosa.

—Vos habéis sido siempre el único soberano del Doble País.

Cogidos del talle, listos para el sacrificio, el Rey Kamutef y su Reina-consorte se unieron a la división de Amón y tiraron una sola vez. Era el empujón que el Nlòplal, cansado ya de luchar, necesitaba.

Se hundió en el caos del olvido y desapareció para siempre.

Y el nudo se deshizo.

—Así pues, todo fue por un sueño —dijo la pequeña Nebulosa, en una mueca sombría de su dulce rostro.

Kamutef hubiese querido poder consolarla, pero solo acertó a acariciar los cabellos de su peluca, perdidos en rizos y en espirales sin fin, un nudo que nace y se deshace a cada instante.

—¿Y a qué venimos a este mundo, si no es a soñar?



EPÍLOGO: IRTA TERMINA NUESTRA HISTORIA

245 d.A. (5 años después)

Humanos y Loo están condenados
irremediablemente a entenderse.
La medida de su desencuentro
hacia la construcción de ese
futuro en común
será lo que un día llamaremos
ser un mestizo.

Reina-madre Constelación



Crónicas de la Tierra Mestiza.

0

Ayer vino a verme el Rey Maatkare Pleamar. Me halló paseando entre las Perseas, meditabundo, extraviado por unos senderos que mis cansados ojos ya no consiguen abarcar y la memoria domeña a sus apetitos. Sentí su presencia, el roce del lino más puro en el torbellino de la hojarasca, y mi corazón se llenó de gozo. Son pocas las alegrías de este mundo y, de entre ellas, unas pocas, aprendemos pronto a paladearlas sin prisas, porque los frutos más dulces son los primeros en resbalar de las manos.

Aguardé en silencio. ¿Qué podía hacer sino? A ella, que sostiene en su mano el equilibrio del universo y la Balanza de la Tierra Mestiza, ¿le iba a privar yo de mi silencio y de mi voluntad? Si había venido a mi encuentro ya no importaban los motivos, no deseaba conocerlos. Hacerme partícipe de ellos conduciría inevitablemente a su desaparición. El tiempo podía detenerse, llenando el ahora con cada instante. Crucé mi cayado sobre el pecho y dejé que la brisa de la mañana me acariciase el rostro.

—¿A quién esperas, Irta?

—A vos, Majestad.

Rio en un suspiro apagado. Una carcajada no habría podido disimular su tristeza. La recordé en la plenitud de su madurez correteando por mis jardines en pos del travieso Menkhep. Ya entonces la rodeaba un halo de melancolía, densa y profunda, que yo había atribuido a la predestinación. ¿Acaso hay alguien más solo y desamparado que el elegido de los dioses? Pero la sombra había crecido Inundación tras Inundación y Maatkare se enfundaba en ella como en sus vestidos y sus coronas, y el peso del Doble País se había hecho tal vez una carga insoportable para esa niña que yacía aún escondida entre los Nlòplales del estanque.

—¿Cuánto hace que sirves en la Gran Casa, mi joven amigo?

—Pronto hará veinte años, Majestad —respondí. Pero no solté una lágrima, no me creáis tan débil. Me di cuenta, por supuesto, que mi tiempo había concluido, que mi lugar sería pronto ocupado por uno de esos patanes con manos de escriba cuyos méritos se miden por la dignidad de su estirpe y la diligencia con que inclinan su espalda. Hem, él, seguramente. ¿Os hablé alguna vez de Hem? ¿No? Poco importa, porque esos imbéciles tienen razón, ¿de qué sirve un Maestro de los Jardines medio ciego?

—Son muchos años ya, Irta, y había pensado...

—En verdad pocos, Majestad, para el amante todo el tiempo del mundo es un grano de arena de un íntimo desierto y no le colma la eternidad. Estos jardines son mi esposa, mi amante, y sus palmeras, su huerto, sus árboles..., mis vástagos verdaderos.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

No me alejéis de aquellos a los que amo, de aquellos que bien me quieren. —He dicho que no lloré, pero no que me resignase. Sabéis que soy testarudo.

—¿Qué diría Colmena, o tu hijo pequeño, si te oyeran hablar en esa forma?

—Ellos me conocen. Les di mi simiente, les di mi nombre y mi casa, saben que mi alma se trunca como una flor seca cuando me alejo de mi Dominio y sus pétalos se esparcen entre la hierba para morir.

El Rey me escuchó paciente extenderme luego en mi amor a los sicomoros, a las flores de loto y las mismas Perseas que nos acompañaban. Al cabo me cogió de la mano y su tacto era frío, desabrido, y no supe escandalizarme por unir mi piel a la del Dios Viviente.

—Tu esposa murió hace ya dos años. Nada te retiene aquí. Tampoco tu trabajo.

—Pero, yo... Majestad... El estanque.

—El estanque es una trampa que los Moribundos construyeron, y los Nlòplales son el yugo con el que nos han uncido a esta tierra.

Callé, una vez más. ¿Qué podía añadir a aquel terrible, lúcido, razonamiento?

—Hay un trozo de tierra, fértil y espacioso, cerca de Ipu. Es una casa noble, rodeada de campos que se anegan con la primera crecida... Allí empezarás de nuevo.

¿Por qué Ipu? ¿No era extraño que después de tantos años me hiciese regresar al lugar donde empezó todo? Me encogí de hombros, resignado. La decisión ya estaba tomada. El sirviente obedece, los Reyes disponen, los dioses se solazan. Así son las cosas.

—¿Recuerdas? ¿Allí? Una vez fuimos niños y, como lo ignorábamos todo, creíamos que aún había esperanza. Luego vino el vacío a arrebatarnos la esperanza.

De pronto, la pequeña Pleamar apretó con fuerza mis dedos y señaló en la lejanía nuestro lugar secreto, allí, en el centro del estanque, el lugar donde mi padre había dado muerte al Nlòplal amarillo. Aunque yo no pudiera verlo sino entre brumas, podía imaginarlo, y describir el contorno entero de las aguas hasta el embarcadero y su plataforma, donde Kamutef abandonó este mundo camino de la otra orilla. Y allí se sentó a esperar a la niña Nebulosa, que le seguiría pocas horas después, para juntos, cogidos de la mano, como ahora Irta y el Rey Pleamar, afrontar el Juicio de las Almas.

—Mi Señora, el vacío nunca desaparece. Aquello que enterramos años atrás con nuestra esperanza es lo único que hoy queda de nosotros mismos.

Y lloramos en silencio, por si en adelante, inmersos en la despedida, no hubiera tiempo de nuevo para el recuerdo de lo que un día fuimos y ya nunca regresará.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

1

—El tiempo, las horas, las estaciones pasan y los hombres nunca cambiamos si no es a peor. Elaboramos burdas representaciones de nosotros mismos, menos complicadas, más visibles nuestros defectos, que hemos aprendido a arrastrar con soltura, pero siempre somos nosotros. Los reconocimientos, las dignidades, no nos convierten en mejores, sino que refuerzan nuestras mentiras, hasta que aciertan a cubrirnos completamente, y un manto de buenas maneras y de falso decoro es todo lo que nos define.

Escuché la voz del viejo espectro disertando camino del Paseo de los Eucaliptos. No tardé mucho en saber a dónde se dirigía. Respiré hondo y mi corazón se llenó del aire fresco de la mañana; sentí cómo avanzaba, reptando por el estómago y, de pronto, rebosando como un cántaro, dejé que me vaciase para devolverme al ahora; este ahora en que solo el Maestro de los Jardines no era un androide capataz o un robot jardinero. Poco a poco los hombres habían ido dejando su lugar a Rotulador, Sembrador, Regador..., así se llamaban esos kranks recubiertos de metal que ahora cuidaban de su dominio.

Jeda me esperaba sentado en las escaleras del embarcadero. Parecía inexplicablemente tranquilo, sereno. En los últimos tiempos, agujoneado por la presencia de Remolino, harto del limbo y del vacío de su no-existencia, ausente Kamutef, cuyas cuatro partes habían alcanzado sin más contratiempos el Bello Occidente... En los últimos tiempos, fuera de sí, andaba muchos días a la carrera espantando a los niños, persiguiendo a los ánares o sosteniendo acaloradas discusiones consigo mismo:

—Eres un imbécil, Maestro, siempre lo fuiste. Este es el destino que tú mismo te has buscado —afirmaba.

—¿Ah, sí, quién lo dice? —objetaba.

—¡Tú mismo, maldito loco! —concluía.

Pero ahora parecía un ser distinto, en paz consigo mismo, recogido en la lasitud, casi inmóvil. Solo el instinto me permitía adivinar sus formas encorvadas junto al nacimiento de las aguas. Con la mirada no hubiese conseguido discernir sus translúcidos devaneos en medio de esa marea de colores que son los jardines del Rey. Me dejé llevar por las sensaciones y ellas me llevaron a Jeda. En cualquier caso, me pareció que la bruma que configuraba al espectro era menos densa que días atrás, y que el halo de transparencias ya no era halo, sino apenas un reflejo argentino.

—¿Qué haces ahí, abuelo?

—Morir, morir por fin. ¿No es hermoso desaparecer? Ahora que los jardines de los hombres se han convertido en un nido de máquinas chirriantes..., ya no tengo más que hacer ni nadie a quien rendir cuentas de mis actos. Así que, de una vez por todas, muero.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—¿Te mueres?

En vano traté de comprender qué significado tendría esa frase para un difunto, un espíritu de ultratumba. Descansar, regresar, reunirse con sus otras partes... ¿Lo habría conseguido al fin?

—Estoy contento, joven Maestro, de que llegue el momento de marchar de este lugar, y volar..., volar hacia la unidad con los dioses.

No estaba seguro de si debía dar crédito a sus palabras. La soledad tal vez había terminado de enloquecerle.

—Abuelo...

—¿Recuerdas, Irta, cierta ocasión en que, eliminando las malas hierbas con tu padre, hablábamos de vuestras disputas por la noble Remolino, el día que ella apareció muerta en el estanque?

Asentí con la cabeza.

—Yo me maldecía por seguir atrapado en mi Dominio y tú me dijiste que tal vez yo hubiera contribuido a atar un nudo equivocado, un nudo que debía deshacerse para que mi alma descansase por fin. Un error que ya ni las Háthores podían enmendar. ¿Lo recuerdas? Sí, yo sé que sí. Ahora que tus bultos están ya preparados, y tus hijos juegan en la orilla a la espera de que Montu Victorioso venga a buscarlos, ahora el nudo se ha vuelto del revés. Por ello me extingo.

Seguí en silencio, sonriendo como un tonto. Los nudos que nacen y se transfiguran, los hombres y el destino, la vida y la muerte, son materias de estudio para Reyes, eruditos y difuntos. Yo vine a este mundo a disfrutar lo que buenamente pueda. Sin más.

—Soy un estúpido —me refirió Jeda—. Toda mi vida luché, sangré, morí por estos jardines. ¿Cuál fue mi error?, pensaba. Después de todo, hice bien mi trabajo. Hice todo lo que se me ordenó, renuncié a todo por...

Un ruido distrajo su atención, una rama que se quiebra en el vecino Paseo de los Granados, tal vez. Fuera real o imaginario, duró solo un instante. Regador 27 se alejaba por el camino llevando una manguera y un gran balde; silbaba una vieja tonadilla de las que la cuadrilla humana entonaba cada mañana al llegar al trabajo. Aquellos robots eran una burla cruel, una involuntaria sátira de nosotros mismos. Jeda suspiró.

—Cierta jornada marché hasta Ipu, donde ahora tú te diriges, y recogí a un niño asustado que la vida quiso quebrar para que, como el cáñamo, se irguiese del suelo a cada embestida del viento. Fui a Ipu sin nada, nada salvo mi título y mi dignidad de Maestro de los Jardines del Dios Bueno Jiserkare. ¡Basura! ¡Iba desnudo como un mendigo de las calles! Pero obtuve de los dioses un regalo maravilloso, inmerecido:



Crónicas de la Tierra Mestiza.

un hijo, alguien de mi sangre, a quien moldear como Khnum en mi torno. ¿Y qué hice? ¿Vendí mis posesiones en Ity-tawy, renuncié a mi título y me dispuse a enseñar a Kamutef las cosas buenas de este mundo: la paz, la verdad, el amor, el calor de las brasas en la noche, un buen pastel de higos..., las menudencias que configuran el universo sensible? ¡No! Le transmití mi vanidad, mi apatía, mis flaquezas, mi orgullo campesino por haber llegado a ser alguien en la corte, mis aperos, mis cadenas.

Jeda suspiró y me miró dulcemente.

—No debí regresar de Ipu a este mundo de haraganes, de suplicantes, de gusanos, con hombres que se comportan como bestias y mujeres que sueñan generación tras generación en igualarse en su bestialidad. Qué estúpidos y qué estúpidas, ¿no es verdad? Pero tú has deshecho nuestro nudo particular; acaso el último de ellos. Tú, mi buen Irta, y la Reina Maatkare Pleamar, que, por una vez, entendió que un gobernante no debe apuntalar con nuevos maderos lo que se cae a pedazos: un gobernante debe derrumbar lo que está mal atado, y volverlo a atar igual que siempre se ha hecho, con la misma sogá.

—Porque la sogá es la Tierra Mestiza —dije, sin pensar siquiera de dónde salían esas palabras. Como si no fuese yo quien hablase.

—Porque la Tierra Mestiza es Dios —dijo Jeda.

Del tronco de un granado se había arrastrado hasta el Templete del Norte, y de allí, tras una corta carrera, apareció a nuestra espalda. Era la noble dama Remolino, chapoteando, vestida de transparente lino, con su eterno mirar desapacible.

—Tonterías. Ni hombres ni mujeres, ni humanos ni Loo, ni Reyes ni Reinas. Dios no está en ninguna parte y vuestra Tierra Mestiza no es sino el mismísimo Lago de Fuego donde nuestras almas purgan sus pecados hasta el fin de la eternidad.

Se echó a reír, mientras daba vueltas, sinuosa, al compás de una música que debía sonar dentro de su cabeza.

—Los Moribundos nos hicieron a su imagen y semejanza; así que nacemos muertos, ¿sabéis? Ya lo estábamos en el primer día y luego de un millón de sufrimientos en esta ciénaga que llamáis el mejor de los mundos posibles..., entonces...

Y se alejó dando volteretas hasta alcanzar la plataforma, para luego, con un doble salto, hundirse en las aguas del estanque.

2

La Gran Casa estaba en sombras. Mi hogar durante tantos años se alejaba ante el irresistible correr de las aguas. Pleamar me había concedido el gran honor de presertarme la vieja barca capitana para ir a Ipu. Yo, a cambio, la obedecía y marchaba a



Crónicas de la Tierra Mestiza.

mi destierro con la cabeza bien alta. Montu Victorioso, nuestra nave, avanzaba en silencio camino del septentrión, siguiendo la estela de cualquiera de esas locas aerobarcazas que perlan el horizonte, listas para hacerse uno con el vaivén y el torbellino de reflejos que desgrana el Gran Río al fundirse con el horizonte.

No tuve miedo. No sentí pesar. Mi nueva vida en Ipu habría de ser la misma travesía de antaño en los Jardines del Rey, con el mismo cansado marinero, vagando como siempre en busca de la luna Tonutir, cuya fascinación interminable nacía de no poderlo abarcar, delimitar, medir con precisión..., de parecernos, en última instancia, un sueño, una falacia, invención alucinada de viajeros del confín del desierto y de intrépidos navegantes espaciales. Pero desde que el bravo Vértice nos trajo Tonutir al mundo real, desde que vimos con nuestros ojos los árboles de Nlòplal en las terrazas del Sublime Lugar y nos dejó en las estelas la descripción rigurosa de lo que antes era solo una fantasía; desde entonces dejamos de soñar, y ahora solo nos tranquiliza la búsqueda de una nueva Tonutir, no la de Vértice, sino otra que queda mucho más allá, tan lejos que no podríamos alcanzarla aunque quisiéramos, tan cerca que Ipu bien podría ser el Tonutir, y ni uno ni otro haber existido jamás.

Dador de Vida, mi hijo pequeño, jugaba en mi regazo, jugaba a colgar, a colgar con, a colgar de, a colgarse..., como un cinocéfalo, uno de esos traviesos monitos que buscan entre las ramas, entre tus manos, por tus brazos, en las axilas, buscan incansables algo que no conocían, algo que les sirva de soporte para proyectarse... hasta el infinito.

O tal vez hasta el mágico Tonutir.

Dador de Vida se colgaba de mi cuello y yo me fundí con él en un abrazo. Mi hijo, entonces, dejó escapar un gorgorito, un murmullo de satisfacción. Al poco se lo llevó el sueño.

En sueños, tal vez se encontró con las fantasías de Vértice y con su próxima odisea, el próximo sueño inalcanzable que se vendrá abajo.

Encontré a mi hija esperándome junto al castillo de proa. Colmena había venido desde el Dominio de las Esposas del Dios para acompañarme hasta mi exilio. Me alegré de verla; en los últimos cinco años se había hecho una mujer y yo apenas había tenido ocasión sino de sorprenderme cuando, una o dos veces por estación, coincidíamos en alguna recepción oficial.

—Hola, hija.

—Hola, padre —repuso. Estaba de pie, trasteando con un implante branquial y un RLV, que había unido en un solo artilugio de aspecto amenazador.

—Es un prototipo —me aclaró, observando mi gesto—. El implante branquial va a convertirse en implante branquio-táctil. Nuestra conexión dispondrá de una pantalla de medio Codo por medio Codo, y la capacidad interactiva de la nueva generación de



Crónicas de la Tierra Mestiza.

mestizos será inimaginable. Pronto seremos una comunidad de pensamiento.

—Fascinante.

—¿No querrás probarlo?

Me negué, pretextando que era demasiado mayor y obcecado para interesarme por los nuevos avances tecnológicos. Pero en verdad ni siquiera utilizaba a menudo el implante branquial. Prefiero hablar a mis congéneres cara a cara, como siempre se ha hecho.

—Hay una cosa de la que quería hablarte, padre. Acabo de leer un informe muy interesante que me tiene intrigada. —Era extraño que Colmena quisiera saber mi opinión sobre un asunto de la SoGen—. Un descubrimiento del Mirador de las Estrellas.

—Ah —repuse, tratando de parecer vagamente interesado.

—En los últimos meses hemos avanzado mucho en nuestro conocimiento de la tecnología Moribunda —comenzó, dubitativa—. Ya sabes, comenzamos a entender el funcionamiento de los colectores de almas e incluso hemos podido reproducirlos a pequeña escala. Estas investigaciones nos han permitido avanzar en varios campos e incluso aplicar estos descubrimientos a inventos ya existentes. Así, hemos mejorado el telescopio de palacio, valiéndonos sobre todo de la forma exponencial en que organizaban el almacenamiento de datos los Moribundos y, bueno, hemos descubierto algo singular. —Se detuvo, buscando las palabras exactas—. La luz de las galaxias lejanas se corre hacia el rojo y las cercanas hacia la azul, ¿no es verdad? Supongo que lo sabe todo el mundo. Eso es porque el universo está en movimiento continuo y..., ¿te aburro?

No había podido reprimir un bostezo.

—Pensaba que hablaríamos un poco de nosotros, no de tu trabajo.

Colmena asintió y accedimos al castillo de proa. Allí, nos pusimos a contar las estrellas como cuando era una niña asustada, poco tiempo después de que sus padres murieran trabajando para la SoGen. Me estremecí pensando que seguramente ellos estaban tan obsesionados por sus cohetes como Colmena con su telescopio y sus Colectores de Almas. Recordé asimismo que yo también fui una vez un niño asustado y tuve la suerte de tener a Kamutef que, a su vez, tuvo en su momento a Jeda. Al final, lo único importante en esta vida es la familia.

—¿Sabes? Mirando las estrellas he pensado en lo que te decía hace un momento del telescopio. —Se echó a reír—. Acabo en un segundo, ¿de acuerdo? Te iba a dar una explicación erudita, pero no, bueno, lo único que debes saber es que hemos descubierto que el universo ha frenado su expansión y aún no ha iniciado su contracción.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—¿Y eso significa...?

—Bien, cuando los Loo partieron de Biwoses los universos-islas que pueblan el espacio se expandían sin cesar y este proceso distaba mucho de haber terminado. La única explicación para que esto haya dejado de suceder es que los Moribundos nos llevaran a centenares de miles de años en el futuro, tal vez más. Pensábamos que había sido un viaje a través de la galaxia, pero también fue un viaje en el tiempo.

—¿Y eso a quién demonios le importa, hija? —repuse, de mala gana—. ¿Va a cambiar nuestras vidas hoy o mañana? ¿Vamos a ser más felices sabiendo que ignorando ese gran descubrimiento tuyo acerca de los malditos Moribundos?

—Bueno —tartamudeó, sorprendida por mi indiferencia—, intento conocerlos mejor para el día que regresen. Es mi trabajo. Al menos una parte importante de él.

Me puse en pie. Colmena hacía tiempo que, como un Rey, no era dueña de su tiempo. Las obligaciones de su cargo lo eran todo para ella.

—Esos seres a los que llamas Moribundos parece ser, según me explicas, que transportaron a más de cincuenta mil seres vivos a cien mil años en el futuro y a miles de millones de Iterus en el espacio. ¿No es eso? Si pueden obrar algo semejante, ¿quién te dice que hayan de regresar? Tal vez siguen aquí y siempre han estado entre los otros. Tal vez no conocen ninguna de nuestras limitaciones y vivan entre dimensiones y entre el espacio-tiempo. Tal vez no podamos ni comprender lo que ellos son en realidad.

Mientras me alejaba hacia la camareta central, y a pesar de mi ceguera, juraría que, por primera vez en mi vida, vi a Colmena palidecer como a un muerto.

3

Según pasaban las horas me apetecía menos comenzar nuestra nueva vida en la vieja Ipu, así que decidí hacer un alto en Abedju, la ciudad santa de Osiris, el lugar donde reposan sus divinos restos.

—Así visitaremos también la moradas de Jeda y Kamutef —dije, tan bajo que todos pensaron que hablaba para mí mismo.

Llegamos al mediodía. Una gran avenida móvil que nos lleva de la dársena al desierto, los guardianes de la necrópolis y los sacerdotes, los beatos y los mercaderes, los creyentes y los pícaros; cenotafios, tumbas, estelas, murallas que esconden tumbas de Reyes pretéritos, el templo de Osiris Jentamentiu, un oficiante con la máscara de Wepwawet movilizando a las huestes de la virtud contra el maléfico Sutekh; la batalla, las lágrimas, los heridos... y, por fin, Irta y su familia caminando como unos extraños, con el corazón postrado ante tanta maravilla.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Mientras mis dos hijos rezaban y hacían las ofrendas debidas ante la estela de mi padre, Kamutef, y de mi abuelo, Jeda, que tantos años fueran nuestros guías en esta tierra de tinieblas, dejé que mis pasos me guiasen al lugar donde podría concluir mi historia, el fragmento de historia que acierto a comprender.

Le reconocí. No sé cómo. Estaba al final de un estrecho pasillo, entre fragmentos desordenados de vasijas y estatuas votivas. Aguardaba sentado en la posición del escriba junto a un pequeño kiosco enrejado al que flanquean tres falsas puertas, las mágicas hendiduras por donde los espíritus abandonan el otro mundo para pasearse por el nuestro.

—Señor...

Le creía muerto. Aquella bestia, que se había llevado el hálito de vida de mis dos padres, no era más que un ser avejentado, pálido, una sombra de sí mismo.

Traté de recordar a mi primer padre, el pobre Nakti, un hombre débil sin sangre en las venas, y su rostro abismándose hasta casi desaparecer cuando los médicos le comunicaron que su esposa tenía un huevo en la cabeza.

—¿Morirá? —preguntó, tartamudeando.

Nadie le respondió. Pero mi padre no supo acatar la sinrazón del hilado de las Háthores y vendió su alma a la serpiente. Una mañana, la última vez que le vi, me levantó de mi estera de madrugada y me habló de un hombre, el noble Neheb, la serpiente Neheb, que le daría los Deben necesarios para que a mi madre la visitaran los mejores médicos, los Maestros Loo Trepanadores de la corte. Yo había asistido a parte de la conversación de mi padre con la serpiente y le pedí que no confiase en él, pero no me escuchó. Entretanto, mi madre agonizaba en sus habitaciones, extraviada en letanías y rezos a la sagrada tríada de Ity-tawy, y tuvo la suerte de no tomar conciencia de cómo su esposo dejaba la vida en una elipse de arena cubierta de flores de papiro.

Yo tenía ocho años, y durante otros tantos serví a los amigos y protegidos del Mayordomo Real, que debía sentirse culpable de mi orfandad, hasta que por fin, instigado por la noble dama Remolino, Neheb consiguió que me adoptara Kamutef, el Maestro de los Jardines.

—Mi señor... —repetí.

Pero muerto mi segundo padre, mientras la serpiente se retorció a sus pies, las mentiras comenzaron a aflorar hacia la superficie. Cuando el veneno terminó su trabajo y la Reina-consorte Nebulosa pasó a la otra orilla, se aclararon todas las dudas. El Mayordomo Real desapareció en las mazmorras de Ity-tawy y nadie volvió a preguntar por él.

—Mi señor... Neheb. Soy yo, Irta.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Me miró por fin. Sus ojos eran opacos, sin brillo. Pienso que su corazón había traspasado ya las puertas del otro mundo, mientras su cuerpo esperaba un final que no terminaba de llegar. Entonces supe la verdad. La SoGen había conseguido reproducir en parte la tecnología de colectores de almas de los Moribundos; Colmena me lo había revelado horas atrás. Al saberlo, Pleamar les había ordenado que construyesen una prisión de simbio-piedra que contuviese un pequeño colector para albergar a un cautivo cuyo crimen fue tan excepcional y terrible que requería un castigo en verdad excepcional y terrible.

—Qué tal, muchacho —dijo de pronto la serpiente.

—El tiempo ha pasado. Ya no soy un muchacho.

—Sí, supongo que sí. El tiempo pasó deprisa. ¿Tú lo viste pasar? Yo no. ¿El tiempo? ¿El presente? ¿Qué presente? Te daré un consejo, joven Irta, no te detengas a pensar en el ahora o desaparecerá.

Calló de pronto. El viento del desierto, desde el oeste, se levantaba a nuestra espalda levantando intrincadas figuras entre las dunas.

—Tengo sed, dame de beber, padre.

No necesité volverme. Recordaba aquella voz. De la primera falsa puerta había aparecido la figura de la pequeña Nebulosa, que, eternamente hermosa, había tomado asiento frente a su asesino. Neheb, encorvado e insignificante, no osaba mirarla, temblaba, se retorció las manos.

—¿Por qué, padre?

Rodaron las lágrimas por las mejillas del monstruo. Poco después, Nebulosa se desvaneció y solo quedó su voz.

—Tengo sed, padre, ¿por qué no sacias mi sed?

Y regresó el silencio a la necrópolis. Miré tras de mí. Colmena, en un margen de la avenida, arrodillada musitando sus rezos. Más allá, Dador de Vida, con el andar desmañado de los quince meses, avanzando hacia su padre. Le hice un gesto para que retrocediese, pero no me hizo caso. Reía.

—¿Por qué, señor? —pregunté esta vez.

Neheb se secaba las lágrimas con la manga de la camisa.

—Oh, muchacho, qué poco sabes de la vida.

—Y vos, ¿qué sabéis vos, señor?

—Sé que nada es verdad, muchacho. Ni tú ni yo, ni este planeta que llamamos Tierra Mestiza. Nada lo es. Venimos a cumplir con nuestro sino limitado y miserable. El instante no existe, el momento es la incertidumbre. El resto son palabras.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

—No os entiendo...

—Tal vez solo trate de justificarme. Esa mujer, mi dulce Pleamar, me levantó del cieno, me nombró Guardián de la Regla y la Armonía, me dio riquezas, honores, todo lo que un hombre puede desear.

Un rumor de pasos a nuestra espalda. Otro espectro. La Reina, que no Rey, Pleamar. El Soberano del Alto y del Bajo País había encontrado la muerte durante el sueño, plácidamente, en sus habitaciones. Eso lo supe después. Pero en ese instante, cuando el halo de transparencias que formaba su ser atravesó la falsa puerta, mis dudas se disiparon. El círculo se estaba cerrando.

—No pude volverme contra lo que yo era, no pude abandonarme a mí mismo ni a mis principios para defender a mi hija, exponiendo a nuestro pueblo a la guerra aunque fuera para que mi sangre corriera en adelante por la de todos los Reyes del Doble País.

Neheb iba a decir algo más, pero no tuvo fuerzas. Más que nadie, él era consciente de la poca solidez de sus argumentos. De lo indefendible que era su causa.

—No te preocupes, mi noble esposo —dijo entonces la Reina Pleamar, con una gran sonrisa—. Nunca estuvo en tus manos hacer ni deshacer, como tampoco en las mías. Este último nudo se creó para que pudiera desenredarse, hoy, ahora, en este momento. El universo da mil vueltas para volver al punto de partida. Solo en la digresión estamos vivos. Prisioneros de trampas orbiculares, tratando de huir hilvanamos las hebras de nuestra jaula.

Neheb vio a su esposa y le ofreció sus brazos huesudos, exánimes.

—Deberías haberme dado muerte en lugar de condenarme a este lugar. Exhibido como un animal de feria, prisionero de los muertos.

—Esposo mío, he venido a buscarte. Te perdono. ¿Podrás tú perdonarme?

—He llorado tanto...

—Oh, mi niño, ya no hay por qué sufrir. No temas, pues tan breve es la vida que no hay tiempo para el temor, solo para amar.

Dador de Vida llegó hasta el kiosco enrejado, subió con esfuerzo un par de peldaños y se cogió de mi falda. Ya habíamos visto demasiado. Era hora de irse.

Aparté la vista cuando el cocodrilo apareció por el último portal, abriendo sus fantasmagóricas fauces.

Y me alejé, dejando que Neheb muriese en paz. Al amanecer, Neheb volvería a aparecer por la Falsa Puerta, penaría sus crímenes, lloraría por la hija a la que vilmente asesinó y sería perdonado por Pleamar antes de morir una vez más.

Su tormento no terminaría hasta el día que la Tierra Mestiza exhalase su último



Crónicas de la Tierra Mestiza.

aliento.

4

Ya estábamos todos a bordo. El Capitán esperaba una orden que le permitiese zarpar. Entretanto, sentado en el castillo de proa, con el pequeño Bytan en el regazo, traté de contar las estrellas que se asomaban por el horizonte, consciente que Re, agonizante, se hundiría en breve en los infiernos.

—Debemos partir hacia Ipu, noble Irta. Caerá la noche y...

—Oh, por Amón Bendito, Capitán, no hay prisa.

Chasqué los dedos y la servidumbre comenzó a afanarse con su cometido. Una oca, dos patos, varias parejas de pichones, carne de bovino, fruta fresca, vino del Delta, pastelillos de miel y algarrobo y varios aguamaniles.

—Vamos, ¿acaso vais a rechazar lo que nos regala el Gran Río?

Dispuse que todos tomasen asiento en torno a la camareta central. Mis dos hijos y yo, cinco criados, mi asistente, diez remeros, cuatro marineros, el hombre-sonda y, por último, el Capitán, que parecía no aceptar de buen grado aquella situación.

—Señor, no deberíamos cenar con los inferiores...

—Señor, deberíamos partir...

—Señor...

El cuarto delantero de un buey cruzó volando de babor a estribor hasta impactar en el pecho del comandante de la nave.

—Comeremos hasta reventar —le informé—, bailaremos hasta el alba, dormiremos hasta el atardecer y bogaremos al caer de nuevo la noche, si es que me apetece. No importa. ¿Sabéis? Mañana, cuando llegemos a Ipu, un nuevo nudo empezará a trenzarse. Pasado ya no seremos libres, y mis hijos, vuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos, caminarán en círculos, sin rumbo y sin sentido, a merced de los dioses, hasta que el nudo se deshaga.

El hombre me miraba de reojo, pensando acaso en todos esos libros estúpidos que horadan la mente de los nobles hasta volverla una masa de elucubraciones absurdas.

—Papi.

Dador de Vida se había acercado hasta mí, arrastrando una bandeja vacía. Señalaba las turbias y fascinadoras aguas a donde nos dirigíamos en el silencio de la noche. El capitán se levantó de un salto.

—¡Avanzamos sin rumbo!



Crónicas de la Tierra Mestiza.

Se acercó al timón para enderezar la nave. Otros seguían sus pasos, pero les detuve.

—Bebed.

—Señor —se quejaron los marineros—, ¿quién habrá sido el asno que ha dejado sueltas las amarras? Podríamos embarrancar y...

He sido yo. Volved todos a la camareta. La cena se enfría —transmití a través de mi implante.

De mala gana, renegando acerca de los poderosos y la estupidez universal, hicieron lo que se les ordenaba. Su comandante se hizo cargo de la dirección de la nave. No tuve fuerzas para impedirselo. Hubiese sido demasiado para él.

Terminada la cena, Colmena, Dador de Vida y yo regresamos al castillo de proa, y recomenzamos nuestro cómputo de estrellas, innumerables y magníficas, imagen viva de los dioses. Miré a mi hijo. Era lo más hermoso de la creación. Solo por él tenía sentido mi existencia.

La línea del horizonte parecía inmóvil, preñada de azabaches que colgaban en el sólido esmalte de la losa de los cielos. Subidos a nuestro podio bamboleante, contemplamos por un instante al halcón, al milano, al buitre, aparecidos de la nada, suspendidos de la negrura interminable casi como en un sueño, sin batir apenas sus alas otrora poderosas, rindiendo acaso un tributo inconsciente a ese nudo que pronto volvería a enredarse y a arrastrarnos a todos en su urdimbre como a esclavos sin albedrío ni voluntad.

—¿A dónde vamos en verdad esta noche, padre? —me susurró Colmena, en voz muy baja, como si temiese conjurar el poder de aquellos animales fabulosos que nos vigilaban.

—¿A ónde amos, papi? —dijo Dador de Vida, balbuciendo las palabras con su pequeña boquita.

Montu Victorioso se fue a un lado de pronto, enrabietado, y a punto estuvimos de resbalar por el suelo de la cubierta.

—A ninguna parte, mis niños, a ninguna parte —les dije, rodeándolos con mi brazo—. Hoy dejaremos que el viento guíe nuestros pasos.



DRAMATIS PERSONAE

LA CASA REAL

- SOLSTICIO: Esposa de Hapu. Nieta de Constelación y Tutmose. Madre de Pleamar.
- TUTMOSE: Esposo y hermano de Nube.
- AJEP: Hijo de Solsticio y Hapu. Hermano y esposo de Pleamar.
- HORDA: Esposa secundaria de Ajep. Madre de Menkhep y Galaxia.
- BAKENKHONSU: Nieto segundón de Rameses, el hermano de Tutmose.
- PLEAMAR: Hija de Solsticio y Hapu. Hermana y esposa de Ajep. Madre de Nebulosa.
- CONSTELACIÓN: Madre de Tutmose y Nube.
- IYE: Esposa secundaria de Hapu.
- MENKHEP: Hijo de Ajep y Horda. Hermano de Galaxia.
- GALAXIA: Hija de Ajep y Horda. Hermana de Menkhep.
- MAREA: Esposa secundaria de Hapu.
- NUBE: Hija de Constelación. Abuela de Hapu y Solsticio. Bisabuela de Pleamar y Ajep.
- NEBULOSA: Hija de Pleamar.
- HAPU: Padre de Pleamar y Ajep. Esposo de Solsticio, Iye y Marea. Nieto de Constelación.
- PRECESIN: Rector de la SoGen.

LA ALDEA DE IPU

- AMU: Arponero del río.
- IRZAPA: Magistrado de la comarca de Minu.
- MEDIANOCHE: Abuela de Kamutef, madre de Senra.
- LUMINOSA-NOVA: Madre de Kamutef.



Crónicas de la Tierra Mestiza.

- SENRA: Padre de Kamutef.

LOS JARDINES

- IRTA: Hijo adoptivo de Kamutef.
- JEDA: Hermanastro de Senra, tío de Kamutef, Maestro de los Jardines del Rey.
- KAMUTEF: Jardinero. Sobrino de Jeda.
- COLMENA: Hija adoptiva de Irta.
- DADOR DE VIDA: Hijo natural de Irta.

PERSONALÍA DE PALACIO Y SERVIDUMBRE

- DJOSER: Junto con Tebi, Capitán de la Guardia de palacio.
- VÉRTICE: Loo al servicio de Pleamar.
- PARÁBOLA: Nodriza de Solsticio y, más tarde, de Pleamar.
- NEHEB: Mayordomo de Pleamar y luego su favorito.
- SIPTAH: Mago, Amigo Único del Rey, espectro de ultratumba.
- TEBI: Junto con Djoser, Capitán de la Guardia de palacio.
- KEMIT: Puro. Criado, asistente, asesino a sueldo de la dama Remolino.

OTROS

- BATA: Puro Mashauash al servicio de Vértice.
- BYTAN: Hijo de Irta.
- CÚMULO: Embajador Loo.
- NENY: Prometida de Kamutef.
- NOBLE DE ABEDJU: Primer esposo de Remolino.
- REMOLINO: Amiga de Pleamar, nieta de Siptah.